Tito Livio

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

CON LAS PERÍOCAS DE LOS LIBROS PERDIDOS

Tomo I

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

(AB URBE CONDITA)

CON LAS PERÍOCAS DE LOS LIBROS PERDIDOS

Traducción de Antonio Diego Duarte Sánchez

Procedencia: https://sites.google.com/site/adduartes/tito-livio consultado el 21 de abril de 2014.

TOMO I

Libros I-X
Períocas X-XX

ÍNDICE

PREFACIO

1. Puede que la tarea que me he impuesto de escribir una historia completa del pueblo romano desde el comienzo mismo de su existencia me recompense por el trabajo invertido en ella, no lo sé con certeza, ni creo que pueda aventurarlo. Porque veo que esta es una práctica común y antiguamente establecida, cada nuevo escritor está siempre persuadido de que ni lograrán mayor certidumbre en las materias de su narración, ni superarán la rudeza de la antigüedad en la excelencia de su estilo. Aunque esto sea así, seguirá siendo una gran satisfacción para mí haber tenido mi parte también en investigar, hasta el máximo de mis capacidades, los anales de la nación más importante del mundo, con un interés más profundo; y si en tal conjunto de escritores mi propia reputación resulta ocultada, me consuelo con la fama y la grandeza de aquellos que eclipsen mi fama. El asunto, además, es uno que exige un inmenso trabajo. Se remonta a más de 700 años atrás y, después de un comienzo modesto y humilde, ha crecido a tal magnitud que empieza a ser abrumador por su grandeza. No me cabe duda, tampoco, que para la mayoría de mis lectores los primeros tiempos y los inmediatamente siguientes tienen poco atractivo; Se apresurarán a estos tiempos modernos en los que el poderío de una nación principal es desgastado por el deterioro interno. Yo, en cambio, buscaré una mayor recompensa a mis trabajos en poder cerrar los ojos ante los males de que nuestra generación ha sido testigo durante tantos años; tanto tiempo, al menos, como estoy dedicando todo mi pensamiento a reproducir los claros registros, libre de toda la ansiedad que puede perturbar al historiador de su época, aunque no le puedan deformar la verdad.

La tradición de lo que ocurrió antes de la fundación de la Ciudad o mientras se estaba construyendo, está más próxima a adornar las creaciones del poeta que las actas auténticas del historiador, y no tengo ninguna intención de establecer su verdad o su falsedad. Esta licencia se concede tanto a los antiguos, que al mezclarse las acciones humanas con la voluntad divina se confiere una mayor y augusta dignidad a los orígenes de los Estados. Ahora bien, si a alguna nación se le debe permitir reclamar un origen sagrado y apuntar a una paternidad divina, ésa nación es Roma. Porque tal es su fama en la guerra que cuando se elige para representar a Marte como su propio padre y su fundador, las naciones del mundo aceptan tal declaración con la misma ecuanimidad con que aceptan su dominio. Pero cualesquiera opiniones o críticas a estas y otras tradiciones, las considero como de poca importancia. Los temas a los que les pido a cada uno de mis lectores que dediquen su atención son estas: la vida y costumbres de la comunidad, los hombres y las cualidades por las que a través de la política interna y la guerra exterior se ganó y amplió su dominio. Entonces, conforme se degradan las costumbres, se sigue la decadencia del carácter nacional, observando cómo al principio lentamente se hunde, y luego se desliza hacia abajo más rápidamente, y finalmente comienza a sumirse en una prolongada ruina, hasta que llega a estos días, en los que no podemos soportar nuestras enfermedades ni sus remedios.

Existe una excepcionalmente benéfica y fructífera ventaja derivada del estudio del pasado, como se ve, al poner a la clara luz de la verdad histórica ejemplos de cada posible índole. A partir de éstos, podrá seleccionar para uno y su país lo que imitar y también lo que, por ser malicioso en sus inicios y desastroso en sus términos, se debe evitar. A menos que, sin embargo, me engañe por el efecto de mi empresa, no ha existido ningún Estado con mayor potencia, con una moral más pura, o más fértil en buenos ejemplos; o cualquier otro en el que la avaricia y el lujo hayan tardado más en avanzar, o la pobreza y la frugalidad hayan sido tan alta y continuamente honradas, mostrando así claramente que cuanta menor riqueza poseen los hombres, menos codician. En estos últimos años la riqueza ha llevado a la avaricia, y el deseo ilimitado de placer ha creado en los hombres una pasión por arruinarse a sí mismos y todo lo demás a través de la auto-indulgencia y el libertinaje. Pero las críticas, que serán mal acogidas, aun cuando tal vez fuesen necesarias, no deben aparecer al principio de todos los eventos de esta extensa obra. Preferiremos empezar con presagios favorables, y si pudiésemos adoptar la costumbre de los poetas, habría sido mucho más agradable comenzar con las oraciones y súplicas a los dioses y diosas que garantizarían un resultado favorable y éxito a la gran tarea que tenemos ante nosotros.

LIBRO I. LAS PRIMERAS LEYENDAS

[1,1] Para empezar, se admite generalmente que después de la toma de Troya, mientras que el resto de los troyanos fueron masacrados, en contra de dos de ellos -Eneas y Antenor- los aqueos se negaron a ejercer el derecho de la guerra, en parte debido a los antiguos lazos de la hospitalidad, y en parte porque estos hombres habían estado siempre a favor de hacer la paz y entregar a Helena. Sus fortunas posteriores fueron distintas. Antenor navegó hasta la parte más alejada del Adriático, acompañado de cierto número de los de Eneas que habían sido expulsados de Paflagonia por una revolución, y que tras perder a su rey Pylamenes ante Troya estaban buscando un lugar donde asentarse y un jefe. La fuerza combinada de los de Eneas y los troyanos derrotaron a los Euganos, que habitaban entre el mar y los Alpes, y ocuparon sus tierras. El lugar donde desembarcaron fue llamado Troya, y el nombre se extendió a los alrededores, la nación entera fue llamada Vénetos. Desgracias similares llevaron a Eneas a convertirse en un vagabundo, pero los hados estaban preparando un destino más alto para él. Visitó en primer lugar Macedonia, a continuación se llegó a Sicilia en busca de un lugar donde asentarse; de Sicilia, dirigió su rumbo hacia el territorio Laurentiano. Aquí también se encuentra el nombre de Troya, y aquí desembarcaron los troyanos, y como sus viajes casi infinitos no les habían dejado más que sus armas y sus naves, comenzaron a saquear la zona. Los aborígenes, que ocupaban el país, con su rey Latino a la cabeza, llegaron apresuradamente desde la ciudad y los distritos rurales a fin de repeler las incursiones de los extranjeros por la fuerza de las armas.

Desde este punto hay una doble tradición. Según el uno, Latino fue derrotado en la batalla, e hizo la paz con Eneas, y, posteriormente, una alianza familiar. Según la otra, mientras que los dos ejércitos se encontraban dispuestos a enfrentarse y a la espera de la señal, Latino avanzó desde sus líneas e invitó al líder de los extranjeros a conferenciar. Él le preguntó qué clase de hombres eran, de dónde venían, lo que había ocurrido para hacerles abandonar sus hogares, qué buscaban cuando llegaron al territorio de Latino. Cuando se enteró de que los hombres eran troyanos, que su jefe era Eneas, hijo de Anquises y Venus, que su ciudad había sido quemada, y que los exiliados sin hogar estaban buscando un lugar para asentarse y construir una ciudad, quedó tan impresionado con el porte noble de los hombres y su jefe, y su disposición a aceptar tanto la paz como la guerra, que ofreció su mano derecha como compromiso solemne de amistad para el futuro. Un tratado formal se realizó entre los dirigentes y se intercambiaron saludos entre los ejércitos. Latino recibió a Eneas como invitado en su casa, y allí, en presencia de sus deidades tutelares, completó la alianza política con otra doméstica y dio a su hija en matrimonio a Eneas. Este incidente confirmó a los troyanos en la esperanza de que habían llegado al término de sus viajes y ganado un hogar permanente. Construyeron una ciudad, que Eneas llamó Lavinia por su esposa. En poco tiempo nació un niño del nuevo matrimonio, a quien sus padres le dieron el nombre de Ascanio.

[1,2] En un corto período de tiempo los aborígenes y troyanos se vieron envueltos en una guerra con, el rey de los rútulos. Lavinia había sido prometida al rey antes de la llegada de Eneas, y, furioso porque un extraño fuera preferido a él, declaró la guerra contra ambos, Latino y Eneas. Ninguna de las partes pudo felicitarse por el resultado de la batalla: los rútulos fueron derrotados, pero los victoriosos aborígenes los y troyanos perdieron a su jefe Latino. Sintiendo la necesidad de aliados, Turno y los rútulos hubieron de recurrir a la fuerza célebre de los etruscos y Mecencio, su rey, que reinaba en Caere, una ciudad rica en aquellos días. Desde el principio, no sintió más que placer por el crecimiento de la nueva ciudad, pero ahora consideraba el crecimiento del Estado de Troya como demasiado rápido para la seguridad de sus vecinos, por lo que acogió con satisfacción la propuesta de unir fuerzas con los rútulos. Para mantener a los aborígenes con él frente a esta poderosa coalición y asegurarse de que estaban no sólo bajo las mismas leyes, sino bajo el mismo mando, Eneas denominó a ambas naciones con el nombre de Latinos. A partir de ese momento los aborígenes no estuvieron por detrás de los troyanos en su leal devoción a Eneas. Tan grande era el

poder de Etruria que la fama de su pueblo había llegado no sólo a las partes interiores de Italia, sino también los distritos costeros a lo largo de las tierra desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina. Eneas, no obstante, confiando en la lealtad de las dos naciones que fueron creciendo día a día como una sola, condujo a sus fuerzas al campo de batalla, en lugar de esperar al enemigo detrás de sus muros. La batalla terminó a favor de los latinos, pero fue el último acto mortal de Eneas. Su tumba - si así se le puede considerar - está situada en la orilla del Numicius. Se le llama *Júpiter Indigetes*.

[1,3] Su hijo, Ascanio, no tenía la edad suficiente para asumir el gobierno, pero su trono permaneció seguro durante su minoría. En ese intervalo - tal era la fuerza de carácter de Lavinia - aunque una mujer fuese la regente, el Estado Latino, y el reino de su padre y su abuelo, se preservaron intactos para su hijo. No voy a discutir la cuestión (¿pues quién pudiera hablar con decisión sobre una cuestión de tan extrema antigüedad?) de si el hombre que quien la casa Julia proclama, bajo el nombre de Julo, ser su fundador, fue este Ascanio o uno más antiguo que él, nacido de Creusa, mientras Ilión aún estaba intacta, y después de la caída compartió la fortuna de su padre. Esta Ascanio, donde haya nacido, o cuál sea su madre (aunque se acepta generalmente que era el hijo de Eneas) dejó a su madre (o a su madrastra) la ciudad de Lavinio, que era por aquellos días una próspera y rica ciudad, con una población superabundante, y construyó una nueva ciudad, al pie de las colinas Albanas, que desde su posición, que se extiende a lo largo de la ladera de la colina, fue llamada *Alba Longa*. Transcurrió un intervalo de treinta años entre la fundación de Lavinio y la colonización de Alba Longa. Tal había sido el crecimiento del poder latino, principalmente a través de la derrota de los etruscos, que ni a la muerte de Eneas, ni durante la regencia de Lavinia, ni durante los años inmaduros[1] del reinado de Ascanio, ni Mecencio, ni los etruscos o cualquier otra de sus vecinos se aventuró a atacarlos. Cuando se determinaron los términos de la paz, el río Albula, ahora llamado Tíber, se fijó como la frontera entre los etruscos y los latinos.

Ascanio fue sucedido por su hijo Silvio, que por casualidad había nacido en el bosque. Se convirtió en el padre de Eneas Silvio, quien a su vez tuvo un hijo, Latino Silvio. Él fundó varias colonias: los colonos fueron llamados *prisci Latini*. El sobrenombre de Silvio era común a todos los reyes de Alba restantes, cada uno de los cuales sucedió a su padre. Sus nombres son: Alba, Atis, Capis, Capeto, Tiberino, que fue ahogado en el cruce del Albula, y se dio su nombre al río, que en adelante se convirtió en el famoso Tíber. Luego vino su hijo, Agrippa, tras él su hijo Rómulo Silvio. Fue golpeado por un rayo y dejó la corona a su hijo Aventino, cuyo santuario estaba en la colina que lleva su nombre y ahora es parte de la ciudad de Roma. Fue sucedido por Proca, quien tuvo dos hijos, Numitor y Amulio. A Numitor, el mayor, le legó el antiguo trono de la casa Silvia. La violencia, sin embargo, resultó más fuerte que la voluntad paterna o que el respeto debido a la antigüedad de su hermano, pues su hermano Amulio le expulsó y se apoderó de la corona. Añadiendo crimen sobre crimen, asesinó a los hijos de su hermano y convirtió a la hija, Rea Silvia, en virgen vestal; así, con apariencia de honrarla, la privó de toda esperanza de resurgir.

[1,4] Sin embargo, las Parcas habían, creo, ya decretado el origen de esta gran ciudad y de la fundación del más poderoso imperio bajo el cielo. La vestal fue violada por la fuerza y dio a luz gemelos. Declaró a Marte como su padre, ya sea porque realmente lo creía, o porque la falta pudiera parecer menos grave si una deidad fue la causa de la misma. Pero ni los dioses ni los hombres la protegieron a ella o sus niños de la crueldad del rey; la sacerdotisa fue enviada a prisión y se ordenó que los niños fuesen arrojados al río. Por un enviado del cielo, ocurrió que el Tiber desbordó sus orillas, y las franjas de agua estancada impidieron que se aproximaran al curso principal. Los que estaban llevando a los niños esperaban que esta agua estancada fuera suficiente para ahogarlos, por lo que con la impresión de estar llevando a cabo las órdenes del rey, expusieron los niños en el punto más cercano de la inundación, donde ahora se halla la higuera Ruminal (se dice que había

1 Minoría de edad. N. del T.

sido anteriormente llamada Romular). El lugar era entonces un páramo salvaje. La tradición continúa diciendo que, después que la cuna flotante, en la que los niños habían sido abandonados, hubiera sido dejada en tierra firme por las aguas que se retiraban, una loba sedienta de las colinas circundantes, atraída por el llanto de los niños, se acercó a ellos , les dio a chupar sus tetas y fue tan amable con ellos que el mayoral del rey la encontró lamiendo a los niños con su lengua. Según la historia, su nombre era Fáustulo. Se llevó a los niños a su choza y los dio a su esposa Larentia para que los criara. Algunos autores piensan que a Larentia, por su vida impura, se le había puesto el apodo de "Loba", entre los pastores, y que este fue el origen de la historia maravillosa. Tan pronto como los niños, así nacidos y criados, llegaron a ser hombres jóvenes que no descuidaban sus deberes pastoriles, pero su auténtico placer era recorrer los bosques en expediciones de caza. Como su fuerza y valor fuéronse así desarrollando, solían no sólo acechar a los feroces animales de presa, sino que incluso atacaban a los bandidos cuando cargaban con el botín. Distribuían lo que llevaron entre los pastores con quienes, rodeados de un grupo cada vez mayor de jóvenes, se asociaron tanto en sus empresas serias como en sus deportes y pasatiempos.

[1,5] Se dice que la fiesta de la Lupercalia, que se sigue observando, ya se celebraba en aquellos días en la colina del Palatino. Este cerro se llamó originalmente Pallantium de una ciudad del mismo nombre, en Arcadia; el nombre fue cambiado posteriormente a Palatium. Evandro, un arcadio, había poseído aquel territorio muchos años antes, y había introducido un festival anual de Arcadia en el que los jóvenes corrían desnudos por deporte y desenfreno, en honor de a Pan Liceo, a quien los romanos más tarde llamaron *Inuus*. La existencia de este festival fue ampliamente reconocida, y fue mientras los dos hermanos se participaban en él cuando los bandidos, enfurecidos por la pérdida de su botín, los emboscaron. Rómulo se defendió con éxito, pero Remo fue hecho prisionero y llevado ante Amulio, sus captores lo acusaron descaradamente de sus propios crímenes. La acusación principal contra ellos fue la de invadir las tierras de Numitor con un cuerpo de jóvenes que habían reunido, y llevarlos a saquear como en la guerra regular. Remo, en consecuencia, fue entregado a Numitor para que lo castigara. Fáustulo había sospechado desde el principio que los que había criado eran de descendencia real, porque era consciente de que los niños habían sido expuestos por orden del rey y el tiempo en que los había tomado correspondía exactamente con el de su exposición. Había, sin embargo, rechazado divulgar el asunto antes de tiempo, hasta que se produjera una oportunidad adecuada o la necesidad exigiera su divulgación. La necesidad se produjo antes. Alarmado por la seguridad de Remo, reveló el estado del caso a Rómulo. Sucedió además que Numitor, que tenía a Remo bajo su custodia, al enterarse de que él y su hermano eran gemelos y al comparar su edad y el carácter y porte tan diferentes a los de una condición servil, comenzó a recordar la memoria de sus nietos, y otras investigaciones lo llevaron a la misma conclusión que Fáustulo, nada más faltaba para el reconocimiento de Remo. Así el rey Amulio estaba acechado por todos los lados de propósitos hostiles. Rómulo rechazó un ataque directo con su cuerpo de pastores, porque no era rival para el rey en lucha abierta. Les instruyó para acercarse al palacio por diferentes vías y encontrarse allí en un momento dado, mientras que desde la casa de Numitor Remo les ayudaba con una segunda banda que había reunido. El ataque tuvo éxito y el rey fue asesinado.

[1,6] En el comienzo de la contienda, Numitor gritó que un enemigo había entrado en la ciudad y estaba atacando el palacio, para distraer a la soldadesca albana a la ciudadela, para defenderles. Cuando vio a los jóvenes que venían a felicitarle después del asesinato, convocó un consejo de su pueblo y explicó la infame conducta de su hermano hacia él, la historia de sus nietos, sus padres y su crianza y cómo él los reconoció. Luego procedió a informarles de la muerte del tirano y su responsabilidad en ella. Los jóvenes marcharon en formación por mitad de la asamblea y saludaron a su abuelo como rey; su acción fue aprobada por toda la población, que con una sola voz ratificaron el título y la soberanía del rey. Después de que el gobierno de Alba fuera así transferido a

Numitor, Rómulo y Remo fueron poseídos del deseo de construir una ciudad en el lugar donde habían sido abandonados. A la población sobrante de los Albanos y los pueblos latinos se unieron los pastores: Fue natural esperar que con todos ellos, Alba y Lavinio serían más pequeñas en comparación con la ciudad que se iba a fundar. Estas buenas expectativas fueron desechas por anticipaciones agradable fueron perturbados por la maldición ancestral (la ambición) que condujo a una lamentable disputa sobre lo que al principio era un asunto trivial. Como eran gemelos y ninguno podía pretender tener prioridad basada en la edad, decidieron consultar a las deidades tutelares del lugar para que por medio de un augurio decidieran quién daría su nombre a la nueva ciudad y quién habría de regirla después de haber sido fundada. Rómulo, en consecuencia, seleccionó el Palatino como su lugar de observación, Remo el Aventino. *(753 a.C.)*

[1,7] Se dijo que Remo había sido el primero en recibir un presagio: seis buitres se le aparecieron. Justo tras producirse el augurio, a Rómulo se le apareció el doble. Cada uno fue saludado como rey por su propio partido. Los unos basaron su aclamación en la prioridad de la aparición, los otros en el número de aves. Luego se siguió un violento altercado; el calor de la pasión condujo al derramamiento de sangre y, en el tumulto, Remo fue asesinado. La creencia más común es que Remo saltó con desprecio sobre las recién levantadas murallas y fue de inmediato asesinado por un Rómulo enfurecido, que exclamó: *Así será de ahora en adelante con cada uno que salte por encima de mis muros*. Rómulo se convirtió así en gobernante único, y la ciudad fue nombrada tras él, su fundador. Su primer trabajo fue fortificar la colina Palatina, donde se había criado. El culto de las otras deidades se llevó a cabo de acuerdo con el uso de Alba, pero el de Hércules lo fue de conformidad con los ritos griegos, tal y como habían sido instituidos por Evandro. Fue en este barrio, según la tradición, donde Hércules, después de haber matado a Gerión, llevó a sus bueyes, que eran de una belleza maravillosa. Nadó a través del Tíber, llevando los bueyes delante de él y, cansado del camino, se acostó en un lugar cubierto de hierba, cerca del río, para descansar él y los bueyes, que disfrutaban de los ricos pastos. Cuando el sueño se había apoderado de él, al ser pesado por la comida y el vino, un pastor que vivía cerca, llamado Caco, abusando de su fuerza y cautivado por la belleza de los bueyes, decidió hacerse con ellos. Si se los llevaba delante de él dentro de la cueva, sus cascos habrían conducido a su propietario en su búsqueda en la misma dirección, de modo que arrastró a la mejor de ellas hacia atrás, por la cola, hacia su cueva. Con las primeras luces del alba, Hércules despertó y al inspeccionar su rebaño vio que algunos habían desaparecido. Él se dirigió hacia la cueva más cercana, para ver si alguna pista apuntaba en esa dirección, pero se encontró con que todos los cascos venían de la cueva y ninguno hacia ella. Perplejo y atónito, comenzó a conducir el rebaño lejos de barrio tan peligroso. Algunos de los animales, echando de menos a los que quedaron atrás, mugieron como solían y un mujido en respuesta sonó desde la cueva. Hércules se volvió en esa dirección, y como Caco trató de impedirle por la fuerza la entrada en la cueva, fue muerto por un golpe del garrote de Hércules, después de pedir en vano ayuda a sus compañeros

El rey del país en ese momento era Evandro, un refugiado del Peloponeso, que gobernó más por ascendiente personal que por el ejercicio del poder. Se le respetaba por su conocimiento de las letras (una cosa nueva y maravillosa para los hombres incivilizados) pero fue aún más reverenciado a causa de su madre Carmenta, de quien se creía que era un ser divino y a quien se consideraba, con asombro de todos, intérprete del destino, en los días anteriores a la llegada de la Sibila a Italia. Este Evandro, alarmado por una multitud de excitados pastores que rodeaban a un extranjero, a quien acusaban de asesinato, averiguó por ellos la naturaleza del hecho y qué le llevó a cometerlo. Como observara que el porte y la estatura del hombre eran más que humanas en grandeza y augusta dignidad, le preguntó quién era. Cuando oyó su nombre y supo quién era su padre y cuál su país, dijo, *Hércules, hijo de Júpiter, salve! Mi madre, que dice la verdad en nombre de los dioses, ha profetizado que has de unirte a la compañía de los dioses, y que aquí te será dedicado un santuario, que en los siglos venideros la más poderosa nación del mundo la llamará su Ara*

Maxima y la honrará con un culto de brillo especial. Hércules tomó la mano derecha de Evandro y dijo que él cumpliría el presagio por sí mismo y completaría la profecía construyendo y consagrando el altar. Entonces, se tomó del rebaño una vaca de evidente belleza, y se ofreció el primer sacrificio. Los Potitios y Pinarios, las dos principales familias de aquellos lugares, fueron invitados por Hércules a ayudar en el sacrificio y en la fiesta que siguió. Sucedió que los Potitios llegaron en el momento señalado y se colocaron ante ellos las entrañas, Los Pinarios llegaron después que fueran consumidos el Pinarii llegó después de que éstos se consumieran y se quedaron para el resto del banquete. Se convirtió en una costumbre permanente, desde ese momento, que mientras la familia de los Pinarios perviviera no comerían de las entrañas de las víctimas. Los Potitios, tras ser instruidos por Evandro, presidieron el rito durante muchos siglos, hasta que que se entregó esta ocupación sacerdotal a funcionarios públicos; tras lo cual toda la raza de los Potitios se extinguió. Este, de todos los ritos extranjeros, fue el único que Rómulo adoptó, como si sintiera que la inmortalidad ganada a través del coraje, que aquel celebraba, sería un día su propia recompensa.

[1,8] Después que se hubieran cumplido las los deberes de la religión, Rómulo llamó a su gente a un concilio. Como nada podía unirlos en un solo cuerpo político, sino la observancia de las leyes y costumbres comunes, les dio un cuerpo de leyes, que pensaba que sólo serían respetadas por una raza de hombres incivilizados y rudos si les inspiraba temor al asumir los símbolos externos del poder. Se rodeó de los mayores signos de mando, y, en particular, llamó a su servicio doce lictores. Algunos piensan que fijó este número por la cantidad de aves que predijeron su soberanía, pero me inclino a estar de acuerdo con aquellos que piensan que como esta clase de funcionarios públicos fue tomada del mismo pueblo del que se adoptó la *silla curis* y la *toga pretexta* (sus vecinos, los etruscos) por lo que el número en sí también se tomó de ellos. Su uso entre los etruscos se remonta a la costumbre de las doce ciudades soberanas de Etruria, cuando conjuntamente elegían un rey, y le proporcionaban cada una un lictor. Mientras tanto, la ciudad fue creciendo y extendiendo sus murallas en varias direcciones; un aumento debido más a la previsión de su futuro crecimiento que a su población actual. Su siguiente medida fue para asegurar que un aumento de población al tamaño de la ciudad no resultase en fuente de debilidad. Había sido una antigua política de los fundadores de ciudades el reunir multitud de personas de origen oscuro y baja extracción y luego extender la ficción de que ellos eran originarios del terreno. De acuerdo con esta política, Rómulo abrió un lugar de refugio en el lugar donde, según se desciende desde el Capitolio, hay un espacio encerrado entre dos arboledas. Una multitud indiscriminada de hombres libres y esclavos, ansiosos de cambio, huyeron de los estados vecinos. Este fue el primer incremento de fortaleza a la naciente grandeza de la ciudad. Cuando estuvo satisfecho de su fortaleza, su siguiente paso fue para que tal fortaleza fuera dirigida sabiamente. Creó cien senadores, fuese porque ese número era el adecuado o porque sólo había un centenar de jefes [de *gens*]. En cualquier caso, se les llamó *Patres* en virtud de su rango, y sus descendientes fueron llamados *patricios*.

[1,9] El Estado romano se había vuelto tan fuerte que era un buen partido para cualquiera de sus vecinos en la guerra, pero su grandeza amenazaba con durar sólo una generación, ya que por la ausencia de mujeres no había ninguna esperanza de descendencia, y no tenían derecho a matrimonios con sus vecinos. Siguiendo el consejo del Senado, Rómulo envió mensajeros entre las naciones vecinas para buscar una alianza y el derecho al matrimonio mixto en nombre de su nueva comunidad. Ciudades que, como las otras, surgieron de los más humildes comienzos y que, ayudadas por su propio valor y del favor del cielo, ganaron por sí mismos gran poder y gran renombre. En cuanto al origen de Roma, es bien sabido que, si bien había recibido la ayuda divina, el coraje y la confianza en sí misma no faltaron. No debió, por tanto, existir rechazo de los hombres a mezclar su sangre con sus semejantes. En ninguna parte recibieron los enviados una recepción favorable. Aunque sus propuestas fueron rechazadas, hubo al mismo tiempo una sensación general de alarma por el poder que tan rápidamente crecía entre ellos. Por lo general, se les despedía con la

cuestión: *Si hubiérais abierto un asilo para las mujeres, ahora no tendríais que buscar matrimonios en igualdad de condiciones*. La juventud romana mal podía soportar tales insultos, y la única solución empezó parecer el recurso a la fuerza. Para asegurar un lugar y momento propicios para tal intento, Rómulo, disimulando su resentimiento, hizo preparativos para la celebración de unos juegos en honor de *Neptuno Ecuestre*, a los que llamó los *Consualia*. Ordenó que se diera anuncio de la celebración entre las ciudades vecinas, y su pueblo lo apoyó para hacer la celebración tan espléndida como les permitiesen sus conocimientos y recursos, de modo que se produjo gran expectación. Se reunión una gran multitud; la gente estaba ansiosa por ver la nueva ciudad, todos sus vecinos más cercanos (los pueblos de Caenina, Antemnae y Crustumerium) estaban allí, y vino toda la población Sabina, con sus esposas y familias. Se les invitó a aceptar la hospitalidad en distintas casas, y tras examinar la situación de la ciudad, sus murallas y el gran número de casas de que incluía, se asombraron por la rapidez con que había crecido el Estado romano.

Cuando llegó la hora de celebrar los juegos, y sus ojos y mentes estaban fijos en el espectáculo ante ellos, se dio la señal convenida y los jóvenes romanos corrieron desde todas las direcciones para llevarse a las doncellas que estaban presentes. La mayor parte fue llevada de manera indiscriminada; pero algunas, especialmente hermosas, que habían sido elegidas para los patricios principales, fueron llevadas a sus casas por plebeyos a quienes se les encomendó dicha tarea. Una, notable entre todas por su gracia y su belleza, se dice que fue raptada por un grupo mandado por un Talassio determinados, y a las múltiples preguntas de a quién estaba destinada, siempre le contestaban: *Para Talassio*. De aquí el empleo de esta palabra en los ritos del matrimonio. La alarma y la consternación interrumpieron los juegos y los padres de las jóvenes huyeron, aturdidos por el dolor, lanzando amargos reproches a los infractores de las leyes de la hospitalidad y apelando al dios por cuyos solemnes juegos habían acudido, sólo para ser víctimas de pérfida impiedad. Las muchachas secuestradas estaban tan desesperadas como indignadas. Rómulo, sin embargo, se les dirigió en persona, y les señaló que todo era debido al orgullo de sus padres por negar el matrimonio a sus vecinos. Vivirían en honroso matrimonio y compartirían todos sus bienes y derechos civiles, y (lo más querido de todo a la naturaleza humana) serían madres de hombres libres. Él les rogó que dejasen a un lado sus sentimientos de resentimiento y dieran su afecto a los que la fortuna había hecho dueños de sus personas. Una ofensa había llevado a menudo a la reconciliación y el amor, encontrarían a sus maridos mucho más afectuosos, porque cada uno haría todo lo posible, por lo que a él tocaba, para compensarlas por la pérdida de padres y país. Estos argumentos fueron reforzados por la ternura de sus maridos, quienes excusaron su conducta invocando la fuerza irresistible de su pasión (una declaración más efectiva que las demás, al apelar a la naturaleza femenina).

[1.10] Los sentimientos de las muchachas secuestradas quedaron así totalmente serenados, pero no así los de sus padres. Vistieron de luto, e intentaron con sus denuncias llenas de lágrimas llevar a sus compatriotas a la acción. Tampoco limitaron sus protestas a sus propias ciudades, sino que acudían de todas partes a Tito Tacio, el rey de los sabinos, y le enviaron delegados, pues era el nombre más influyente en esas regiones. Los pueblos de Caenina, Crustumerium y Antemnae fueron los que más sufrieron; pensaban que Tacio y sus Sabinos actuaban muy lentamente, por lo que estas tres ciudades se prepararon para hacer la guerra conjuntamente. Tales, sin embargo, fueron la impaciencia y la ira de los Caeninensianos que hasta les parecía que ni los Crustuminianos ni los Antemnatios mostraban la suficiente energía, por lo que los hombres de Caenina realizaron un ataque sobre territorio romano por su propia cuenta. Mientras estaban diseminados por todas partes, saqueando y destruyendo, Rómulo vino sobre ellos con un ejército y después de un breve encuentro les enseñó que la ira es inútil sin la fuerza. Les puso en precipitada fuga, y persiguiéndoles, mató a su rey y despojó su cuerpo; Luego, tras matar a su jefe, tomó la ciudad en el primer asalto. Él no estaba menos ansioso por mostrar sus victorias que por sus magníficos hechos, así que, tras llevar a casa el ejército victorioso, subió al Capitolio con los despojos de su enemigo muerto llevados

delante de él en un armazón construido a tal efecto. Los tendió allí sobre un roble, que los pastores consideraban como un árbol sagrado, y al mismo tiempo marcó el lugar para el templo de Júpiter, y dirigiéndose al dios por un nuevo título, pronunció la siguiente invocación: *¡Júpiter Feretrio!, estas armas tomadas de un rey, yo, Rómulo rey y conquistador, te traigo, y en este dominio, cuyos límites he trazado por mi voluntad propósito, dedico un templo para recibir el* spolia opima[2] *que la posteridad, siguiendo mi ejemplo, traerá aquí, tomado de los reyes y los generales de nuestros enemigos muertos en batalla*. Tal fue el origen del primer templo dedicado en Roma. Y los dioses decretaron que aunque su fundador no pronunció vanas palabras al declarar que la posteridad llevaría allí sus botines, el esplendor de tal ofrenda no debiera ser atenuada por aquellos que rivalizaban con sus logros. Porque después de haber transcurrido tantos años y haberse librado tantas guerras, sólo dos veces ha sido ofrendada la *spolia opima*. Pues rara vez ha concedido la Fortuna tal gloria a los hombres.

[1.11] Mientras que los romanos estaban así ocupados, el ejército de la Antemnates aprovechó que su territorio no había sido ocupado y lanzó un ataque contra la frontera romana. Rómulo condujo a toda prisa su legión contra este nuevo enemigo y los sorprendió al estar dispersos por los campos. Al primer impulso y gritos del ejército, el enemigo fue derrotado y su ciudad capturada. Mientras Rómulo estaba exultante por esta doble victoria, su esposa, Hersilia, movida por los ruegos de las doncellas secuestradas, le imploró que perdonase a sus padres y les concediese la ciudadanía, porque así se lograría la concordia. Él rápidamente accedió a su petición. Avanzó luego contra los Crustuminianos, que habían dado comienzo a la guerra, pero su ímpetu había quedado disminuido por las sucesivas derrotas de sus vecinos, y no ofrecieron sino una ligera resistencia. Se fundaron colonias en ambos lugares; debido a la fertilidad de los suelos de la región Crustumina, la mayoría se ofreció para ocupar esa colonia. Por otra parte, hubo numerosas migraciones a Roma, en su mayoría de los padres y familiares de las doncellas secuestradas. La última de esas guerras fue iniciada por los sabinos y demostró ser la más grave de todas, porque nada se hizo con pasión o impaciencia; ocultaron sus planes hasta que la guerra empezó efectivamente. A sus designios añadieron el engaño, como muestra el siguiente incidente. Espurio Tarpeio estaba al mando de la ciudadela romana. Mientras su hija había salido de las fortificaciones a buscar agua para algunas ceremonias religiosas, Tacio la sobornó para que introdujera sus tropas dentro de la ciudadela. Una vez dentro, la mataron aplastándola bajo sus escudos, o para que la ciudadela pareciera haber sido tomada por asalto, o para que su ejemplo quedase como advertencia de que ninguna confianza debe guardarse con los traidores. Una historia más antigua dice que los Sabinos tenían costumbre de llevar pesados brazaletes de oro en sus brazos izquierdos, así como anillos con piedras preciosas, y que la muchacha les hizo prometer que le darían *lo que llevaban en sus brazos izquierdos*; por lo tanto, ellos le arrojaron los escudos que portaban en lugar de sus dorados adornos. Algunos dicen que en la negociación de lo que llevaban en su mano izquierda, ella pidió expresamente sus escudos, y ante la sospecha de ser traicionarlos, la hicieron víctima de sus propias palabras.

[1.12] Como quiera que fuese, los Sabinos se apoderaron de la ciudadela. Y no bajaron de ella al día siguiente, aunque el ejército romano estaba desplegado en orden de batalla sobre todo el terreno entre el Palatino y el Capitolio, hasta que, exasperados por la pérdida de su ciudadela, y decididos a recuperarla , los romanos pasaron al ataque. Avanzando antes que los demás, Mecio Curcio, del bando de los Sabinos, y Hostio Hostilio, por parte romana, se enfrentaron en combate singular. Hostio, luchando en un terreno desfavorable, sostuvo la fortuna de Roma por su valor intrépido, pero al final cayó; se rompió la línea romana y huyeron a lo que entonces era la puerta del Palatino. Incluso Rómulo fue arrastrado por la multitud de fugitivos, y alzando sus manos al cielo, exclamó: *Júpiter, fue por tu presagio que te obedecí al poner aquí, en el Palatino, los primeros cimientos de la ciudad. Ahora los Sabinos poseen la ciudadela, habiéndola alcanzado mediante el*

2 Mejor despojo

soborno, y de allí se han apoderado del valle y están presionando acá, en batalla. ¡Tú, padre de los dioses y los hombres, lleva de aquí a nuestros enemigos, destierra el terror de los corazones de romanos y haz que desaparezca nuestra vergüenza! Aquí hago voto de un templo dedicado a ti, Júpiter Stator*, como recuerdo para las generaciones venideras de que es por tu ayuda presente que la Ciudad se ha salvado*. Luego, como si se hubiera dado cuenta de que su oración había sido escuchada, exclamó, ¡*Volved, romanos! Júpiter Óptimo Máximus os ordena resistir y renovar el combate*. Se detuvieron como si les mandase una voz divina, Rómulo recorrió la primera línea, así como Mecio Curtio había corrido hacia abajo desde la ciudadela al frente de los Sabinos y empujaron a los romanos en huida sobre la totalidad del suelo que ahora ocupa el Foro. Estaba no muy lejos de la puerta del Palatino y gritaba: *Hemos conquistado a nuestros infieles anfitriones, a nuestros cobardes enemigos; ahora saben que secuestrar doncellas en muy distinta cosa de combatir con hombres.* En medio de tales jactancias, Rómulo, con un grupo compacto de valientes soldados, cargó sobre él. Mecio estaba a caballo, por lo que fue el que más fácilmente retrocedió; los romanos le persiguieron y, inspirados por el coraje de su rey, el resto del ejército romano derrotó a los sabinos. Mecio, incapaz de controlar su caballo, enloquecido por el ruido de sus perseguidores, cayó en un pantano. El peligro de su general distrajo la atención de los Sabinos por un momento de la batalla; gritaron e hicieron señales para alentarle, y así, animado a realizar un nuevo esfuerzo, logró salir con bien. Entonces los romanos y sabinos renovaron los combates en el centro del valle, pero la fortuna de Roma fue superior.

[1.13] Fue entonces cuando las Sabinas, cuyos secuestro había llevado a la guerra, despojándose de todo temor mujeril en su aflicción, se atrevieron en medio de los proyectiles con el pelo revuelto y las ropas desgarradas. Corriendo a través del espacio entre los dos ejércitos, trataron de impedir la lucha y calmar las pasiones excitadas apelando a sus padres en uno de los ejércitos y a sus maridos en el otro, para que no incurriesen en una maldición por manchar sus manos con la sangre de un suegro o de un yerno, ni para legar a la posteridad la mancha del parricidio. *Siestán hastiados de estos lazos de parentesco, gritaron, de estas uniones matrimoniales, vuelquen su ira sobre nosotras; somos nosotras la causa de la guerra, somos nosotras las que han herido y matado a nuestros maridos y padres. Mejor será para nosotras morir antes que vivir sin el uno o el otro, como viudas o huérfanas*. Ambos ejércitos y sus líderes fueron igualmente conmovidos por esta súplica. Hubo un repentino silencio y apaciguamiento. Entonces los generales avanzaron para disponer los términos de un tratado. No sólo resultó que se hizo la paz; ambas naciones se unieron en un único Estado, el poder efectivo se compartió entre ellos y la sede del gobierno de ambas naciones fue Roma. Después duplicar así la Ciudad, se hizo concesión a los Sabinos de la nueva denominación de Quirites, por su antigua capital de Curas. En conmemoración de la batalla, el lugar donde Curtio consiguió sacar su caballo de la profunda ciénaga a terreno más seguro se llamó el lago Curtio. La paz gozosa, que puso un final repentino a tan deplorable guerra, hizo a las Sabinas aún más caras a sus maridos y padres, y sobre todo a al propio Rómulo. En consecuencia, cuando se efectuó la distribución de la población en las treinta curias, le pusieron su nombre a las curias. Sin duda hubo muchas más de treinta mujeres, y la tradición no dice nada sobre si las personas cuyos nombres fueron dados a las curias se eligieron en razón de la edad o por la distinción personal (fuera propia o de sus maridos) o simplemente por sorteo. El alistamiento de las tres centurias de caballeros tuvo lugar al mismo tiempo; Los Ramnenses fueron llamados así por Rómulo y los Titienses lo fueron por Tito Tacio. El nombre de los Luceres es de origen incierto. A partir de entonces los dos reyes ejercieron su soberanía conjunta en perfecta armonía.

[1.14] Algunos años más tarde los parientes del rey Tacio maltrataron a los embajadores de los Laurentinos. Vinieron a pedir reparación por ello, de conformidad con el derecho internacional, pero la influencia y poder de sus amigos pesaron más sobre Tacio que las peticiones de los Laurentinos. La consecuencia fue que atrajo sobre sí el castigo que le correspondía a ellos, pues

cuando fue al sacrificio anual en Lavinio, hubo un tumulto en el que fue asesinado. Se dice que Rómulo se afligió menos por este incidente de lo que exigía su posición; fuera por la infidelidad inherente a la soberanía compartida o porque pensara que había merecido su suerte. Él se negó, por lo tanto, a ir a la guerra, y pues ya que el daño hecho a los embajadores pudiera considerase expiado por el asesinato del rey, el tratado entre Roma y Lavinio se renovó. Si bien en este frente se garantizó una paz inesperada, la guerra estalló en un lugar mucho más cercano, de hecho, casi a las puertas de Roma. El pueblo de Fidenas consideró que el poder de Roma estaba creciendo demasiado cerca de ellos, de modo que, tanto para acabar con su fuerza presente como con la futura, tomó la iniciativa de hacerle la guerra. Jóvenes armados invadieron y devastaron la región que se extiende entre la Ciudad y Fidenas. Desde allí se dirigieron a la izquierda (pues el Tíber impedia su avance a la derecha), saqueando y destruyendo, con gran alarma de las gentes del campo. El primer indicio de lo que estaba sucediendo fue un tumulto repentino que llegó desde el campo. Una guerra tan cerca de sus puertas no admitía demora, y Rómulo condujo a toda prisa su ejército y acamparon a cerca de una milla de Fidenas. Dejando a un pequeño destacamento de guardia en el campamento, siguió adelante con todas sus fuerzas; y mientras que a una parte se le ordenó que se emboscara en un lugar cubierto de densos matorrales, él avanzó con la mayor parte de la infantería y toda la caballería hacia la ciudad , y cabalgando de modo provocativo y desordenado hasta las mismas puertas, consiguió atraer al enemigo. La caballería siguió esta táctica simulando que huían y, para que pareciese menos sospechoso, a su aparente vacilación entre luchar o huir se sumó la retirada de la infantería; el enemigo salió repentinamente de las puertas atestadas de gente, rompieron la línea romana y la presionaron ansiosamente hasta que fueron conducidos donde estaba dispuesta la emboscada. Entonces los romanos se levantaron repentinamente y atacaron al enemigo de flanco; su pánico fue aumentado por las tropas del campamento, que cayeron sobre ellos. Aterrorizados por los ataques que les amenazaban por todos lados, los Fidentinos dieron la vuelta y huyeron apenas antes de que Rómulo y sus hombres volvieran de su huida simulada. Regresaron a su ciudad mucho más rápidamente de lo que poco antes habían salido a perseguir a quienes fingían huir, aunque su huida era ahora genuina. No obstante, no pudieron librarse de la persecución; tenían a los romanos pisándoles los talones y, antes de que las puertas pudieran estar cerradas, irrumpió el enemigo mezclado con ellos.

[1.15] El contagio del espíritu de la guerra en Fidenas infectó a los Veyentinos. Este pueblo estaba unido por lazos de sangre con los Fidentinos, que también eran etruscos, y un incentivo adicional venía dado porque, dada la mera cercanía del lugar, Roma volvería sus armas contra todos sus vecinos. Hicieron una incursión en territorio romano, no tanto como por el botín sino como un acto de guerra regular. Después de obtener su botín regresaron con él a Veyes, sin fortificar su posición ni esperar al enemigo. Los romanos, por otra parte, al no encontrar al enemigo en su propio territorio, cruzaron el Tíber, preparados y decididos a librar una batalla decisiva. Al enterarse de que se habían fortificado y se preparaban para avanzar sobre su ciudad, los veyentinos salieron contra ellos, prefiriendo un combate en campo abierto a ser sitiados y tener que luchar desde las casas y las murallas. Rómulo obtuvo la victoria, no a través de artimañas, sino por la capacidad de su veterano ejército. Rechazó al enemigo a sus murallas, pero en vista de la fuerte posición y las fortificaciones de la ciudad, se abstuvo de asaltarla. En su marcha hacia su país devastó sus campos, más por venganza que por el beneficio del pillaje. La pérdida así sufrida, tanto como la derrota anterior, rompió el espíritu de los veyentinos y enviaron mensajeros a Roma para pedir la paz. Con la condición de una cesión de territorio, se les concedió una tregua durante cien años. Estos fueron los principales acontecimientos en el país y en la región que marcaron el reinado de Rómulo. De principio a fin (si tenemos en cuenta el valor que demostró en la recuperación de su trono ancestral, o la sabiduría exhibió al fundar la Ciudad e incrementar su fortaleza, por igual, mediante la guerra y la paz), no hallamos nada incompatible con la creencia en su origen divino y su acceso a la divina inmortalidad divina tras morir. Fue, de hecho, por la fortaleza que le proporcionó, que la ciudad fue

lo bastante fuerte como para disfrutar de una paz segura durante cuarenta años después de su partida. Fue, sin embargo, más aceptado por el pueblo que por los patricios; pero, sobre todo, era el ídolo de sus soldados. Mantuvo un cuerpo de guardaespaldas de trescientos hombres en torno a él, tanto en la paz como en la guerra. Les llamó los *Celeres*.

[1.16] Su elevación a la inmortalidad se produjo cuando Rómulo pasaba revista a su ejército en el *Caprae Palus* en el Campo de Marte. Una violenta tormenta se levantó de pronto y envolvió al rey en una nube tan densa que le hizo casi invisible a la Asamblea. Desde ese momento ya no se volvió a ver a Rómulo sobre la Tierra. Cuando los temores de los jóvenes romanos se vieron aliviados por el regreso de un sol brillante y de la calma tras un tiempo tan temible, vieron que el asiento real estaba vacío. Creyendo plenamente la afirmación de los senadores, que habían estado situados cerca de él, de que había sido arrebatado al cielo en un torbellino, todavía quedaron, por el miedo y el dolor, algún tiempo sin habla como hombres repentinamente desconsolados. Por fin, después que algunos tomasen la iniciativa, todos los presentes aclamaron a Rómulo como *un dios, el hijo de un dios, el rey y Padre de la Ciudad de Roma*. Suplicaron por su gracia y favor, y rezaron para que fuera propicio a sus hijos y les guardase y protegiese. Creo, sin embargo, que aun entonces hubo algunos que secretamente dieron a entender que había sido descuartizado por los senadores (una tradición en este sentido, aunque ciertamente muy tenue, ha llegado a nosotros). La otra, que yo sigo, ha prevalecido debido, sin duda, a la admiración sentida por los hombre y la aprensión causada por su desaparición. Esta creencia generalmente aceptada fue reforzada por la disposición inteligente de un hombre. La tradición cuenta que Próculo Julio, un hombre cuya autoridad tenía peso en los asuntos de la mayor importante, viendo cuán profundamente sentía la plebe la pérdida del rey y lo indignados que estaban contra los senadores, se adelantó en la asamblea y dijo: *¡Quirites!, al rayar el alba, hoy, el Padre de esta Ciudad de repente bajó del cielo y se me apareció. Mientras que, emocionado de asombro, quedé absorto ante él en la más profunda reverencia, rogando ser perdonado por mirarle, me dijo: "Ve y di a los romanos que es la voluntad del cielo que mi Roma debe ser la cabeza de todo el mundo. Que en adelante cultiven las artes de la guerra, y hazles saber con seguridad, y que transmitan este conocimiento a la posteridad, que ningún humano podrá resistir las armas romanas"*. Es prodigioso el crédito que se dio a la historia de este hombre, y cómo el dolor del pueblo y del ejército se calmó con el convencimiento que él creó sobre la inmortalidad de Rómulo. *(717 a.C.)*

[1.17] Surgieron disputas entre los senadores sobre el trono vacante. No era la envidia de los ciudadanos concretos, pues ninguno era lo suficientemente importante en un Estado tan joven, sino las rivalidades de las facciones en el Estado, las que llevaron a este conflicto. Las familias Sabinas temían perder su participación equitativa en el poder soberano, porque después de la muerte de Tacio no habían tenido representante en el trono; anhelaban, por lo tanto, que el rey se eligiese de entre ellas. Los antiguos romanos mal podían tolerar un rey extranjero; pero en medio de esta diversidad de puntos de vista políticos, todos deseaban la monarquía, pues aún no habían probado las mieles de la libertad. Los senadores empezaron a temer algún acto de agresión por parte de los Estados vecinos, ahora que la ciudad carecía de una autoridad central y el ejército de un general. Decidieron que debía haber algún jefe de Estado, pero nadie se decidía a reconocer tal dignidad a cualquier otra persona. El asunto fue resuelto por los cien senadores dividiéndose en diez decurias, y se eligió a uno de cada decuria para ejercer el poder supremo. Diez, por lo tanto, ejercían el cargo, pero sólo uno a la vez tenía la insignia de la autoridad y los lictores. Su autoridad individual se limitó a cinco días y la ejercieron por rotación. Este lapso en la monarquía duró un año, y fue llamado por el nombre que aún hoy tiene: el de *interregno*. Después de un tiempo la plebe empezó a murmurar que se multiplicaba su esclavitud, porque había un centenar de amos en lugar de uno sólo. Era evidente que insistirían en que fuese elegido un rey y que lo fuera por ellos. Cuando los senadores se dieron cuenta de esta determinación cada vez mayor, pensaron que sería mejor ofrecer

de forma espontánea lo que estaban obligados a aceptar, por lo que, como un acto de gracia, entregaron el poder supremo en manos de la gente, pero de tal manera que no perdieran ningún privilegio de los que tenían. Para ello aprobaron un decreto por el cual, cuando el pueblo hubiera elegido un rey, su elección sólo sería válida después que el Senado la ratificara con su autoridad. El mismo procedimiento existe hoy en la aprobación de leyes y la elección de los magistrados, pero el poder de rechazo ha sido retirado; el Senado da su ratificación antes que el pueblo proceda a la votación, mientras que el resultado de la elección es todavía incierto. En ese momento el *interrex* convocaba a la asamblea y se le dirigía de la siguiente manera: *¡Quirites, elegid vuestro rey, y que el cielo bendiga vuestros afanes! Si elegís uno considerado digno de suceder a Rómulo, el Senado ratificará vuestra elección*. Tan satisfecho quedó el pueblo ante tal propuesta que, para no parecer menos generosos, aprobaron una resolución para que fuera el Senado quien decretara quien debía reinar en Roma.

[1.18] Vivía, en esos días, en Cures, una ciudad sabina, un hombre de renombrada justicia y piedad: Numa Pompilio. Estaba tan versado como cualquier otro en esa época pudiera estarlo en todas las leyes divinas y humanas. Según la tradición, su maestro fue Pitágoras de Samos. Pero esto es erróneo, pues es generalmente aceptado que fue más de un siglo después, en el reinado de Servio Tulio, cuando Pitágoras reunió a su alrededor una multitud de estudiantes ansiosos, en la parte más distante de Italia, en la región de Metaponto, Heraclea, y Crotona. Ahora bien, incluso si hubiera sido contemporáneo de Numa, ¿cómo podría haber llegado a su reputación a los Sabinos? ¿De qué lugares, y en qué lengua común podría haber inducido a nadie a convertirse en su discípulo? ¿Quién podría haber garantizado la seguridad de un individuo solitario viajando a través de tantos países diferentes en el habla y el carácter? Yo creo más bien que las virtudes de Numa fueron el resultado de su carácter y auto-formación, moldeados no tanto por las influencias extranjeras como por el rigor y disciplina austera de los antiguos sabinos, que eran los más puros de los que existían en la antigüedad. Cuando se mencionaba el nombre de Numa, aunque los senadores romanos vieron que el equilibrio de poder estaría en el lado de los sabinos si el rey era elegido de entre ellos, nadie se atrevía a proponer un candidato propio, o a cualquier senador o ciudadano en vez de él. En consecuencia, por unanimidad acordaron que la corona debía ser ofrecida a Numa Pompilio. Fue invitado a Roma y siguiendo el precedente establecido por Rómulo, cuando obtuvo la corona por el augurio que sancionó la fundación de la ciudad, Numa ordenó que en su caso también los dioses debían ser consultados. Fue solemnemente llevado por un augur, que después fue honrado al convertirse en funcionario del Estado de por vida, a la Ciudadela, y se sentó sobre una piedra mirando al sur. El augur se sentó a su izquierda, con la cabeza cubierta, y sosteniendo en su mano derecha un bastón curvo, sin nudos, que se llama *Lituus*. Después de examinar la perspectiva de la ciudad y los alrededores, ofreció oraciones y marcó las regiones celestes con una línea imaginaria de este a oeste, la del sur fue llamada *la mano derecha*, la del norte como *la mano izquierda*. A continuación se concentró sobre un objeto, el más lejano de los que podía ver, como una marca de referencia, y pasando el *lituus* a su mano izquierda, colocó su mano derecha sobre la cabeza de Numa y ofreció esta oración: *Padre Júpiter, si es voluntad del cielo que este Numa Pompilio, cuya cabeza agarro, deba ser rey de Roma, significanoslo por signos seguros dentro de esos límites que he trazado*. Luego recitó del modo habitual el augurio que deseaba que le fuera enviado. Fueron enviados, y quedando revelado por ellos que Numa sería rey, bajaron del santuario.

[1.19] Habiendo en esta forma obtenido la corona, Numa se dispuso a fundar, por decirlo así, de nuevo, por las leyes y las costumbres, la Ciudad que tan recientemente había sido fundada por la fuerza de las armas. Vio que esto sería imposible mientras estuviesen en guerra, pues la guerra embrutece a los hombres. Pensando que la ferocidad de sus súbditos podría ser mitigada por el desuso de las armas, construyó el templo de Jano, al pie del Aventino, como índice de la paz y la guerra, significando cuando estaba abierto que el Estado estaba bajo los brazos y las en que fue

cerrada que todas las naciones circundantes estaban en paz. Dos veces desde su reinado ha sido cerrada, una vez después de la primera guerra púnica en el consulado de T. Manlio, la segunda vez, que el cielo ha permitido que nuestra generación sea de ella testigo, fue después de la batalla de Accio, cuando se obtuvo la paz en la tierra y el mar por el emperador César Augusto. Después de la firma de los tratados de alianza con todos sus vecinos y el cierre del templo de Jano, Numa dirigió su atención a los asuntos domésticos. La ausencia de todo peligro exterior podría inducir a sus súbditos a regodearse en la pereza, ya que dejaría de reprimirse por el temor de un enemigo o por la disciplina militar. Para evitar esto, se esforzó por inculcar en sus mentes el temor de los dioses, considerando ésta como la influencia más poderosa que podría actuar sobre un incivilizado y, en aquellos tiempos, bárbaro pueblo. Pero, ya que esto no produciría una profunda impresión sin cierta pretensión de sabiduría sobrenatural, fingió que había tenido conversaciones nocturnas con la ninfa Egeria: Y que fue por su consejo que estaba estableciendo el ritual más aceptables a los dioses y nombrando para cada deidad sus propios sacerdotes específicos. En primer lugar, dividió el año en doce meses, correspondientes a las revoluciones de la Luna. Pero como la Luna no completa treinta días de cada mes, y así hay menos días en el año lunar que en los medidos por el curso del sol, interpoló meses intercalares y los dispuso de modo que cada vigésimo año los días deberían coincidir con la misma posición del sol al empezar, quedando así completos los veinte años. También estableció una distinción entre los días en que se podrían efectuar los negocios jurídicos y aquellos en los que no se podía, porque a veces sería aconsejable que el pueblo no efectuase transacciones.

[1.20] A continuación, volvió su atención a la designación de los sacerdotes. Él mismo, sin embargo, llevó a cabo muchos servicios religiosos, especialmente los que pertenecen al *flamen* de Júpiter. Pero él pensó que en un estado tan belicoso habría más reyes del tipo de Rómulo que del de Numa, y que se encargaría del asunto en persona. Para protegerse, por lo tanto, de que los ritos sacrificiales que el rey realizaba fuesen interrumpidos, designó a un Flamen como sacerdote perpetuo de Júpiter, y ordenó que debía llevar un vestido distintivo y sentarse en la silla curul real. Nombró a dos flamines adicionales, una para Marte, y el otro para Quirino, y además escogió a vírgenes como sacerdotisas de Vesta. Este orden de sacerdotisas existió originalmente en Alba y estaba relacionado con el linaje de su fundador. Se les asignó un sueldo público para que pudieran dedicar todo su tiempo al templo, e hizo sus personas sagradas e inviolables, mediante un voto de castidad y otras sanciones religiosas. Del mismo modo eligió a doce *Salii* para Marte Gradivus, y se les asignó el vestido distintivo de una túnica bordada y sobre ella una coraza de bronce. Se les instruyó para marchar en procesión solemne por la ciudad, llevando los doce escudos llamado *Ancilia*, y cantar himnos mientras bailaban una danza solemne en tiempo triple. El siguiente puesto a cubrir fue el de Pontifex Maximus (Pontífice Máximo). Numa nombró al hijo de Marco, uno de los senadores -Numa Marcio- y todos los reglamentos concernientes a la religión, escritos y sellados, se pusieron a su cargo. Aquí se estableció qué víctimas, en qué días y a qué los templos, debían ser ofrecidos los diversos sacrificios, y de qué fuentes se sufragarían los gastos relacionados con ellos. Puso todas las demás funciones sagradas, tanto públicas como privadas, bajo la supervisión del Pontífice (Máximo), con el fin de que pudiera haber una autoridad a la que el pueblo consultara, y así evitar todos los problemas y confusiones derivados de adoptar ritos extranjeros y de evitar el abandono de sus suyos ancestrales. Tampoco se limitó sus funciones a la dirección de la adoración de los dioses celestiales, sino a instruir al pueblo sobre cómo llevar a cabo los funerales y apaciguar a los espíritus de los difuntos, y cómo interpretar los prodigios enviados por un rayo o de cualquier otra manera, y también cómo debían ser atendidos y expiados. Para obtener estas señales de la voluntad divina, dedicó un altar a Júpiter Elicius en el Aventino, y consultó al dios a través de augurios, en cuanto a qué prodigios debían recibir atención.

[1.21] Las deliberaciones y acuerdos relativas a estos asuntos desvió a la gente de los

pensamientos belicosos y les proporcionó amplia ocupación. La supervisión atenta de los dioses, que se manifiesta en la guía providencial de los asuntos humanos, había despertado en todos los corazones un tal sentimiento de piedad que el carácter sagrado de las promesas y la santidad de los juramentos fueron una fuerza de control para la comunidad no menos eficaz que el temor inspirado por las leyes y las sanciones. Y a pesar de sus súbditos moldeaban sus caracteres sobre el único ejemplo de su rey, las naciones vecinas, que hasta entonces habían creído que (Roma) era un campamento fortificado, y no una ciudad que fue puesta entre ellos para molestar la paz de todos, fueron ahora inducidos a respetarles tan altamente que pensaban que sería un pecado injuriar a un Estado tan enteramente dedicado al servicio de los dioses. Había un bosque en medio de un arroyo que fluía perenne, brotando de una cueva oscura. Aquí se retiraba frecuentemente Numa, en soledad, como si se fuera a encontrar con la diosa, y consagró el bosque a la Camaenae, porque fue allí donde tuvieron lugar sus encuentros con su esposa Egeria. También instituyó un sacrificio anual a la diosa Fides y ordenó que los flamines debían viajar a su templo en un carro cubierto, y debe realizar el servicio con sus manos cubiertas hasta los dedos, para significar que la fe debe ser protegido y que su asiento es santo, aún cuando esté en las manos derechas de los hombres. Hubo muchos otros sacrificios señalados por él y lugares designados para su ejecución por los pontífices llamados Argei. La mayor de todas sus obras fue la preservación de la paz y la seguridad de su reino a todo lo largo de su reinado. Así, por dos sucesivos reyes se acrecentó la grandeza del Estado, cada uno de una manera diferente: por la guerra, el primero; a través de la paz, el segundo. Rómulo reinó treinta y siete años, Numa cuarenta y tres años. El Estado era fuerte y disciplinado por las lecciones de la guerra y las artes de la paz.

[1.22] La muerte de Numa fue seguida por un segundo interregno. *(674 a.C.)* Luego, fue elegido rey por el pueblo Tulio Hostilio, nieto del Hostilio que había luchado tan brillantemente a los pies de la ciudadela contra los sabinos, y su elección fue confirmada por el Senado. No sólo era diferente al último rey, sino que era un hombre de espíritu más guerrero incluso que Rómulo y su ambición se encendió por su propia energía juvenil y por los gloriosos logros de su abuelo. Convencido de que el vigor del Estado se estaba debilitando por la inacción, buscaba un pretexto para tener una guerra. Sucedió, pues, que los campesinos romanos tenían en esos tiempos el hábito de saquear el territorio Albano y los Albanos de saquear el territorio romano. Cayo Cluilio gobernaba por entonces en Alba. Ambas partes enviaron Legados casi al mismo tiempo a obtener reparación. Tulio había dicho a sus embajadores que no perdieran tiempo en llevar a cabo sus instrucciones; estaba plenamente al tanto de que los Albanos negarían la satisfacción y así existiría una causa justa para declarar la guerra. Los Legados de Alba procedieron de una manera más pausada. Tulio les recibió con toda cortesía y los entretuvo con esplendidez. Mientras tanto, los romanos habían presentado sus demandas, y tras la negativa del gobernador Albano, habían declarado que la guerra comenzaría en treinta días. Cuando se informó de esto a Tulio, concedió a los Albanos una audiencia en la que iban a declarar el objeto de su visita. Ignorantes de todo lo que había sucedido, perdían el tiempo en explicar que era con gran reluctancia que debían decir algo que podría desagradar a Tulio, pero estaban obligados por sus instrucciones; que habían venido a demandar el resarcimiento y, que si les fuera negado, se les ordenaba declarar la guerra. *Dile a tu rey*, respondió Tulio, *que el rey de Roma pide a los dioses que sean testigos de que cualquier nación que sea la primera en despedir con ignominia a los embajadores que llegaron para buscar reparación, verá todos los sufrimientos de la guerra*.

[1.23] Los Albanos informaron de esto su ciudad. Ambas partes hicieron preparativos extraordinarios para la guerra, que se parecía mucho a una guerra civil entre padres e hijos, porque ambos eran descendientes de Troyanos, pues Lavinium era vástago de Troya, y Alba de Lavinium, y los romanos habían surgido del linaje de los reyes de Alba. El resultado de la guerra, sin embargo, hizo el conflicto menos deplorable, ya que no hubo ninguna batalla campal, y aunque una de las dos

ciudades fue destruida, los dos países se mezclaron en uno solo. Los Albanos fueron los primeros en moverse, e invadieron el territorio romano con un ejército inmenso. Fijaron su campamento a cinco millas de la ciudad y lo rodearon con un foso, lo que se llamó durante siglos el *foso Cluiliano* por el nombre del general Albano, hasta que por el transcurso del tiempo el nombre y la cosa en sí desaparecieron. Mientras estaban acampados, Cluilio, el rey de Alba, murió, y los Albanos nombraron dictador a Mecio Fufecio. La muerte del rey hizo a Tulio más optimista que nunca sobre el éxito. Proclamó que la ira del cielo que había caído en primer lugar sobre la cabeza de la nación, lo haría sobre toda la raza de Alba como justo castigo por su impía guerra. Dejando atrás el campamento enemigo mediante una marcha nocturna, avanzó sobre el territorio de Alba. Esto sacó a Mecio de sus trincheras. Marchó tan cerca de su enemigo como pudo, y luego envió a un oficial para decir a Tulio que antes del enfrentamiento era necesario que conferenciasen. Si le satisfacía concediéndole una entrevista, estaba convencido de que los asuntos tratados serían tan del interés de Roma como de Alba. Tulio no rechazó la propuesta, pero por si la conferencia resultase vana, sacó a sus hombres en orden de batalla. Los Albanos hicieron lo mismo. Después de haberse detenido frente a frente, los dos comandantes, con una pequeña escolta de oficiales superiores, avanzaron entre las líneas. El general Albano, frente a Tulio, dijo: *Creo haber escuchado decir a nuestro rey Cluilio que los actos de robo y la no restitución de los bienes sustraídos, en violación de los tratados existentes, fueron la causa de esta guerra, y no tengo dudas de que tú, Tulio, alegas la misma razón. Pero si hemos de decir lo que es verdadero, en lugar de lo que es plausible, debemos admitir que es el deseo del imperio lo que ha hecho a dos pueblos hermanos y vecinos tomar las armas. Sea con razón o sin ella, tal no juzgo; dejemos a quienes comenzaron la guerra ajustar ese asunto; yo sólo soy el que los Albanos han puesto al mando para conducir la guerra. Pero quiero advertirte algo, Tulio. Sabes, tú que en particular estás más cerca de ellos, de la grandeza del Estado Etrusco, que nos cerca a ambos y de su inmensa fuerza por tierra y aún más por mar. Recuerda ahora, una vez que hayas dado la señal para iniciar el combate, que nuestros dos ejércitos lucharán bajo su mirada, de modo que cuando estemos cansados y agotados podrán atacarnos a ambos, vencedores y vencidos. Si entonces, no contentos con la segura libertad que disfrutamos, nos determinamos a arriesgarnos a un juego de azar, donde las apuestas son la supremacía o la esclavitud, déjanos, en nombre del cielo, elegir algún método por el que, sin gran sufrimiento o derramamiento de sangre de ambas partes, se pueda decidir qué nación ha de ser dueña de la otra.* Aunque, por temperamento natural y por la seguridad que sentía de la victoria, Tulio estaba ansioso por pelear, no desaprobaba la propuesta. Después de mucha consideración en ambos lados, se adoptó un método por el que la propia Fortuna proporcionó los medios necesarios.

[1.24] Resultó existir en cada uno de los ejércitos un trío de hermanos, bastante igualados en años y fortaleza. Hay acuerdo general en que fueron llamados Horacios y Curiacios. Pocos incidentes en la antigüedad han sido más ampliamente celebrados, pero a pesar de su celebridad hay una discrepancia en los registros sobre a qué nación pertenecía cada uno. Hay autoridades de ambos lados, pero me parece que la mayoría dan el nombre de Horacios a los romanos, y mis simpatías me llevan a seguirlos. Los reyes les propusieron que cada uno debía luchar en nombre de su país, y que donde cayese la victoria debía quedar la soberanía. No pusieron objeción, de modo que se fijó el momento y el lugar. Pero antes de que se enfrentasen se firmó un tratado entre Romanos y Albanos, determinando que la nación cuyos representantes quedasen victoriosos debían recibir la pacífica sumisión de la otra. Esta es el más antiguo tratado firmado, y como en todos los tratados, pese a las distintas condiciones que puedan contener, se concluye con las mismas fórmulas. Voy a describir las formas con las que éste se concluyó, como dictadas por la tradición. El *Fecial*[3] plantea la cuestión formal a Tulio: *¿Me ordenas, rey, hacer un tratado con los Pater Patratus de la nación Albana?* A la respuesta afirmativa del rey, el Fecial dijo: *Exijo de ti, rey, algunos manojos de hierba.* El rey

3 Especie de Notario Mayor que estaba al frente del colegio de los Feciales, entre cuyas otras atribuciones se incluía ser garantes de la fe pública.- N. del T.

respondió: *Toma ésas,pues son puras*. El Fecial trajo hierba pura de la Ciudadela. Luego preguntó al rey: *¿Me constituyes en el plenipotenciario del pueblo de Roma, los Quirites, consagrando así mismo las vasijas y a mis compañeros?* A lo que el rey respondió: *Por cuanto puedo, sin dañarme a mí mismo y al pueblo de Roma, los Quirites, lo hago.* El Fecial era M. Valerio. Designó a Espurio Furio como Pater Patratus tocándole en su cabeza y pelo con la hierba. Entonces el Pater Patratus, que es designando con el propósito de dar a los tratados la sanción religiosa de un juramento, lo hizo mediante una larga fórmula en verso que no vale la pena citar. Después de recitar las condiciones exclamó: *Oye, Júpiter, Oye tú, Pater Patratus de la gente de Alba! Oíd, también, pueblo de Alba! Pues estas condiciones han sido públicamente repasadas de la primera a la última de estas tablillas, en perfecta buena fe, y en la medida en que han sido aquí y ahora más claramente entendidas, que por tales condiciones el pueblo de Roma no será el primero de devolverlas. Si ellos, en su consejo nacional, con falsedad y malicia intentaran ser los primeros en devolverlas, entonces tú, Júpiter, en ese día, hieras al pueblo Roma, así como yo aquí y ahora heriré este puerco, y los herirás tanto más fuerte, cuanto mayor es tu poder y tu fuerza*. Con estas palabras, golpeó al cerdo con una piedra. Con parecida sabiduría los Albanos recitaron sus juramentos y fórmulas a través de su propio dictador y sus sacerdotes.

[1.25] Tras la conclusión del tratado, los seis combatientes se armaron. Fueron recibidos con gritos de ánimo de sus compañeros, quienes les recordaron que los dioses de sus padres, su patria, sus padres, cada ciudadano, cada camarada, estaban ahora mirando sus armas y las manos que las empuñaban. Ansiosos por el combate y animados por el griterío en torno a ellos, avanzaron hacia el espacio abierto entre las líneas. Los dos ejércitos estaban situados delante de sus respectivos campamentos, libres de peligro personal pero no de la ansiedad, ya que de la suerte y el coraje del pequeño grupo pendía la cuestión del dominio. Atentos y nerviosos, contemplaban con febril intensidad un espectáculo en modo alguno divertido. La señal fue dada, y con las espadas en alto los seis jóvenes cargaron como en una línea de batalla con el coraje de un poderoso ejército. Ninguno de ellos pensó en su propio peligro, su único pensamiento era para su país, tanto si resultaban vencedores o vencidos, su única preocupación era que estaban decidiendo su suerte futura. Cuando, en el primer encuentro, las espadas alcanzaron los escudos de sus enemigos, un profundo escalofrío recorrió a los espectadores, y luego siguió un silencio absoluto, pues ninguno de ellos parecía estar obteniendo ventaja. Pronto, sin embargo, vieron algo más que los rápidos movimientos de las extremidades y el juego veloz de espadas y escudos: la sangre se hizo visible, fluyendo de las heridas abiertas. Dos de los romanos cayeron uno sobre el otro, dando el último aliento, resultando mientras heridos los tres Albanos. La caída de los romanos fue recibida con un estallido de júbilo del ejército Albano, mientras que las legiones romanas, que habían perdido toda esperanza, pero no la ansiedad, temblaban por su solitario campeón rodeado por los tres Curiacios.

Dio la casualidad de que estaba intacto, y aunque no en igualdad con los tres juntos, confiaba en la victoria contra cada uno por separado. Por lo tanto, para poder enfrentarse a cada uno individualmente, echó a correr suponiendo que le seguirían tanto como se lo permitiesen sus heridas. Había corrido a cierta distancia del lugar donde comenzó la lucha, cuando, al mirar atrás, les vio siguiéndole con grandes intervalos entre sí, el primero no lejos de él. Se volvió y lanzó un ataque desesperado contra él, y mientras el ejército Albano gritaba a los otros Curiacios para que fuesen en ayuda de su hermano, el Horacio ya había matado a su enemigo e, invicto, estaba esperando el segundo encuentro. Entonces los romanos aclamaron a su campeón con un grito, como el de hombres en los que la esperanza sigue a la desesperación, y él se apresuró a llevar la lucha a su fin. Antes de que el tercero, que no estaba lejos, pudiera llegar, despachó al segundo Curiacio. Los supervivientes estaban igualados en número, pero lejos de la paridad tanto en confianza como en fortaleza. El uno, ileso después de su doble victoria, estaba ansioso por enfrentar el tercer combate, y el otro, arrastrándose penosamente, agotado por sus heridas y por la carrera, desmoralizado por la anterior masacre de sus hermanos, fue una conquista fácil para su victorioso enemigo. No hubo, en

realidad, combate. El romano gritó exultante: *Dos he sacrificado para apaciguar las sombras de mis hermanos, al tercero lo ofreceré por el motivo de esta lucha: para que los romanos puedan gobernar a los Albanos.* Hendió la espada en el cuello de su oponente, que ya no podía levantar su escudo, y luego le despojó mientras yacía. Horacio fue bienvenido por los romanos con gritos de triunfo, aún más felices por los temores que habían sentido. Ambas partes se centraron en enterrar a sus campeones muertos, pero con sentimientos muy diferentes; los unos con la alegría por su ampliado dominio, los otros privados de su libertad y bajo el dominio extranjero. Las tumbas están en los sitios donde cayeron cada uno; las de los romanos, muy juntas, en la dirección de Alba; las tres tumbas de los Albanos, a intervalos en dirección a Roma.

[1.26] Antes de que se separasen los ejércitos, Mecio preguntó qué órdenes iba a recibir de conformidad con los términos del tratado. Tulio le ordenó mantener a los soldados de Alba en armas, ya que requeriría de sus servicios si hubiera guerra con los Veientinos. Ambos ejércitos se retiraron a sus hogares. Horacio marchaba a la cabeza del ejército romano, llevando ante él su triple botín. Su hermana, que había sido prometida a uno de los Curiacios, se reunió con él fuera de la puerta Capene. Reconoció, en los hombros de su hermano, el manto de su novio, que había hecho con sus propias manos y rompiendo en llanto se arrancó el pelo y llamó a su amante muerto por su nombre. El soldado triunfante se enfureció tanto por el estallido de dolor de su hermana, en medio de su propio triunfo y del regocijo del público, que sacó su espada y apuñaló a la chica. *¡Ve!,* exclamó, en tono de reproche amargo, *ve con tu novio con tu amor a destiempo, olvidando a tus hermanos muertos, al que aún vive, y a tu patria! Así perezca cada mujer romana que llore por un enemigo!* El hecho horrorizó a patricios y plebeyos por igual, pero sus recientes servicios fueron una compensación a los mismos. Fue llevado ante el rey para enjuiciarle. Para evitar la responsabilidad de aprobar una dura condena, que sería repugnante para la población, y luego llevarlo a la ejecución, el rey convocó a una asamblea del pueblo y dijo: *Nombrad a dos duumviros para juzgar la traición de Horacio conforme a la ley*. El lenguaje terrible de la ley era: *Los duumviros juzgarán los casos de traición a la patria, si el acusado apela contra los duumviros, la apelación será escuchada, si se confirma su sentencia, el lictor lo colgará de una cuerda en el árbol fatal, y se le flagelará ya sea dentro o fuera del pomerio*[4]. Los duumviros, nombrados de conformidad con esta ley, no creían que sus disposiciones tuvieran el poder de absolver incluso una persona inocente. En consecuencia se le condenó, y luego uno de ellos dijo: *Publio Horacio, te declaro culpable de traición. Lictor, ata sus manos.* El lictor se había acercado y sujetando la cuerda, cuando Horacio, a propuesta de Tulio, que tenía una interpretación misericordiosa de la ley, dijo: *Apelo*. El recurso se interpuso ante el pueblo.

Su decisión fue influenciada principalmente por Publio Horacio, el padre, quien declaró que su hija había sido justamente muerta; de no haber sido así, hubiera ejercido su autoridad como padre en castigar a su hijo. Entonces imploró que no despojaran de todos sus hijos al hombre que hasta tan poco antes había estado rodeado con tan noble descendencia. Mientras decía esto, abrazó a su hijo y, a continuación, señalando a los despojos de los Curiacios suspendida sobre el terreno que ahora se llama la Pila Horacia, dijo: *¿Podéis vosotros, Quirites, soportar el ver atado, azotado y arrastrado hasta la horca el hombre a quien habéis visto, recientemente, venir en triunfo adornado con el despojo de los enemigos? Pues así ni los mismos albanos podían soportar la vista de tan horrible espectáculo. Ve, lictor, ata tales manos que cuando estaban armadas, aún por breve tiempo, obtuvieron el poder para el pueblo romano. Ve, cubre la cabeza del Libertador de esta ciudad! Cuélgalo en el árbol fatal, azótalo en el pomerio, aunque sólo sea entre los trofeos de sus enemigos, o entre las tumbas de los Curiacios! ¿A qué lugar podréis llevar a esta juventud, donde los monumentos de sus espléndidas hazañas no los vindiquen con tan vergonzosos castigos?* Las lágrimas del padre y la valerosa disposición a correr cualquier peligro del joven soldado, fueron demasiado para el pueblo. Se lo absolvió porque admiraban su valor y no porque considerasen de

4 El límite sagrado de la ciudad, que se trazaba con un arado en la ceremonia fundacional.- N. del T.

justicia su comportamiento. Pero como un asesinato a plena luz del día exigía alguna expiación, se le mandó al padre hacer una expiación por su hijo a costa del Estado. Después de ofrecer ciertos sacrificios expiatorios erigió una viga a través de la calle e hizo que el joven pasara por debajo, como bajo un yugo, con la cabeza cubierta. Esta viga existe hoy en día, y siempre ha sido reparada a costa del Estado: se llama *La viga de la hermana.* Se construyó una tumba de piedra labrada para Horatia en el lugar donde fue asesinada.

[1.27] Pero la paz con Alba no fue duradera. El dictador Albano había incurrido en el odio general por haber confiado la suerte del Estado a tres soldados, y esto tuvo un efecto malévolo en su carácter débil. Como sencillos consejos habían resultado tan desafortunados, trató de recuperar el favor popular, recurriendo a los corruptos, y como antes había hecho de la paz su objetivo en la guerra, ahora buscaba la ocasión de la guerra en la paz. Reconocía que su Estado tenía más coraje que fuerza, por lo tanto incitó a otros países a declarar la guerra abierta y formalmente, mientras mantuvo para su propio pueblo proclive a la traición, bajo la máscara de una alianza. El pueblo de Fidenas, donde existía una colonia romana, fue inducido a ir a la guerra por un pacto con los Albanos para desertar de ellos; los veyentinos fueron incluidos en el complot. Cuando Fidenas se declaró en abierta revuelta, Tulio convocó a Mecio y su ejército de Alba y marchó contra el enemigo. Tras cruzar el Anio acampó en el cruce de ese río con el Tíber. El ejército de los veyentinos había cruzado el río Tíber, en un lugar entre su campamento y Fidenas. En la batalla, formaron el ala derecha cerca del río mientras los fidenenses estaban a la izquierda más cerca de las montañas. Tulio formó sus tropas frente a los veyentinos y colocó los albanos contra la legión de los fidenenses. El general Albano mostró tan poco valor como fidelidad, tanto para mantener su terreno como para desertar abiertamente, y se retiró poco a poco hacia las montañas. Cuando le pareció que se había retirado lo suficiente, detuvo todo su ejército, y aún indeciso, empezó a formar a sus hombres para atacar, a modo de ganar tiempo, con la intención de lanzar su fuerza en el lado ganador. Los romanos, que habían sido estacionados junto a los albanos, quedaron asombrados cuando un jinete llegó a toda velocidad e informó al rey que los albanos abandonaban el campo y al ver que sus aliados se retiraban y dejaban sus flancos al descubierto. En esta situación crítica, Tulio hizo voto de fundar un colegio de doce Salios y construir templos al Miedo y al Pavor[5]. Luego, reprendió a los caballeros lo bastante alto como para que el enemigo lo escuchase y les ordenó unirse a la línea de combate, agregando que no había motivo de alarma, pues era por sus órdenes que el ejército albano estaba dando un rodeo para caer por la retaguardia desprotegida de los fidenenses. Al mismo tiempo ordenó a la caballeros que alzasen sus lanzas; esta acción ocultó al ejército albano en retirada de una gran parte de la infantería romana. Los que lo habían visto, pensando que lo que el rey había dicho era realmente la verdad, lucharon aún más esforzadamente. Ahora era el turno de los enemigos para alarmarse; habían oído con claridad las palabras del rey y, además, una gran parte de los fidenenses que anteriormente se habían unido los colonos romanos entendían latín. Ante el temor de ser separados de su ciudad por una carga repentina de los albanos de las colinas, se retiraron. Tulio se lanzó al ataque y, después de expulsar a los fidenenses, atacó a los veyentinos con mayor confianza pues ya estaban desmoralizados por el pánico de sus aliados. No esperon la carga sino que huyeron río arriba, contracorriente. Cuando llegaron al río, algunos, arrojando sus armas, se lanzaron a ciegas en el agua; otros, dudando si luchar o huir, fueron alcanzados y muertos. Nunca habían combatido los romanos en una batalla tan sangrienta.

[1.28] Luego, el ejército Albano, que había estado observando la lucha, descendió a la llanura. Mecio felicitó a Tulio por su victoria, Tulio respondió en tono amistoso, y como señal de buena voluntad, ordenó a los albanos que instalaran su campamento junto a los romanos e hizo los preparativos para un *sacrificio lustral* a la mañana siguiente. Tan pronto como vino el nuevo día e hicieron todos los preparativos, dio a ambos ejércitos la orden habitual para formar. Los heraldos

5 Pallor et Pavor en el original: equivalentes a los Phobos y Deimos griegos.-N. del T.

comenzaron en el extremo del campamento, donde estaban los albanos, y los llamó en primer lugar; ellos, atraídos por la novedad de escuchar a los romanos dirigiendo a sus tropas, tomaron posiciones y quedaron rodeados por el ejército romano. Se había dado instrucciones secretas a los centuriones para que la legión romana estuviera bien armada detrás de ellos y que estuviesen preparados para ejecutar de inmediato las órdenes que recibieran. Tulio comenzó como sigue: *¡Romanos! Si en alguna guerra en que hayáis combatido ha habido motivo para agradecer, en primer lugar, a los dioses inmortales, y luego a vuestro propio valor, ése fue la batalla de ayer. Porque además de enfrentaros con un enemigo franco, hubo un conflicto aún más grave y peligroso contra la traición y la perfidia de vuestros aliados. Pues he de desengañaros: no fue por mis órdenes que los albanos se retiraron a las montañas. Lo que oyeron no era una orden real, sino una fingida, que utilicé como un artificio para evitar que supieseis que os abandonaban y descorazonarais en la batalla, y también para poner en el enemigo la alarma y el deseo de huir haciéndoles pensar que estaban siendo rodeados. La culpa que estoy denunciando no involucra a todos los albanos, sino sólo a su general, tal y como lo habría hecho yo de querer llevar mi ejército fuera del campo de batalla. Es Mecio quien guió esta marcha, Mecio quien pergeñó esta guerra, Mecio quien rompió el tratado entre Roma y Alba. Otros pueden aventurarse a prácticas similares, si no hago doy con este hombre una señal a todo el mundo.*

Los centuriones armados cercanos rodearon a Mecio, y el rey continuó: *Voy a tomar un decisión que traerá buena fortuna y felicidad al pueblo romano, a mí mismo y a vosotros, albanos; es mi intención de transferir toda la población de Alba a Roma, dar derecho de ciudadanía a los plebeyos y registrar los nobles en el Senado, y hacer una única ciudad, un único Estado. Pues antes el Estado Albano se dividió en dos naciones, así ahora volveremos a ser una sola.* Los soldados albanos escucharon estas palabras con sentimientos contradictorios, pero como estaban desarmados y rodeados por hombres armados, un miedo común los mantuvo en silencio. Luego, Tulio dijo: *¡Mecio Fufecio! Si pudieses aprender cómo mantener tu palabra y respetar los tratados, te lo enseñaría y respetaría la vida; pero pues tu carácter es incurable, enseña por lo menos con tu castigo a mantener sagradas las cosas que has ultrajado. Como ayer, en que tu interés estaba dividido entre los fidenenses y los romanos, hoy tu cuerpo será dividido y desmembrado.* Entonces se aparejaron dos cuádrigas y Metio fue atado a ellas. Los caballos tiraron en direcciones opuestas, llevándose las partes del cuerpo en cada carro donde los miembros habían sido asegurados por cuerdas. Todos los presentes apartaron los ojos del horrible espectáculo. Esta es la primera y última vez que se dio entre los romanos un castigo tan exento de humanidad. Entre otras motivos que componen la gloria de Roma, es también que ninguna nación se ha contentado nunca con penas más leves.

[1.29] Mientras tanto, la caballería había sido enviada de antemano para guiar a la población[6] a Roma; le siguieron las legiones, que fueron llevados allí para destruir la ciudad[7]. Cuando pasaron las puertas, no hubo más del ruido y el pánico que se encuentran generalmente en las ciudades conquistadas, donde, tras las puertas destrozadas o las paredes forzadas por el ariete o la ciudadela asaltada, los gritos del enemigo y el rumor de los soldados a través de las calles ponen todo en universal confusión con el fuego y la espada. Aquí, por el contrario, el silencio triste y un dolor más allá de las palabras petrificó las mentes de todos, que, olvidando en su terror lo que debían dejar atrás, lo que debían llevar con ellos, incapaces de pensar por sí mismos y pidiéndose unos a otros consejo, a ratos permanecían de pie en los umbrales o vagaban sin rumbo por sus casas, que veían por última vez. Pero ora eran despertados por los gritos de los jinetas que ordenaban su salida inmediata, ora por la caída de las casas en proceso de demolición, que se escuchaba en los más recónditos lugares de la ciudad, o por el polvo que aumentaba en varios lugares y lo cubría todo como una nube . Tomando apresuradamente lo que podían cargar, salieron de la ciudad, y dejaron

6 De Alba.- N. del T.
7 Idem.

atrás sus lares y penates y los hogares en los que habían nacido y crecido. Pronto una línea ininterrumpida de emigrantes llenó las calles, y conforme reconocían los unos en los otros su común miseria, se produjo un nuevo estallido de lágrimas. Gritos de dolor, especialmente de las mujeres, comenzaron a hacerse oír, al pasar delante de los templos venerados y verlos ocupados por las tropas, y sentían que se iban, dejando a sus dioses como prisioneros en manos del enemigo. Cuando los albanos hubieron dejado su ciudad, los romanos arrasaron todos los edificios privados y públicos, en todas direcciones; y en una simple hora quedaron destruidos cuatrocientos años de existencia de Alba. Los templos de los dioses, sin embargo, se salvaron, de conformidad con el edicto del rey.

[1.30] La caída de Alba llevó al crecimiento de Roma. El número de los ciudadanos se duplicó, el Celio se incluyó en la ciudad y, para que pudiera estar más poblada, Tulio lo eligió para edificar su palacio y luego vivió allí. Nombró nobles albanos para el Senado, de modo que este orden del Estado también pudo ser aumentado. Entre ellos estaban los Tulios, los Servilios, los Quinctios, los Geganios, los Curiacios, y los Cloelios. Para proporcionar un edificio consagrado, dado el aumento del número de senadores, construyó la Curia, que hasta el tiempo de nuestros padres fue conocida como Curia Hostilia. Con la nueva población aumentó la fuerza militar, formó diez turmas[8] de los caballeros de Alba; y con la misma procedencia restituyó las antiguas legiones a su número completo y alistó otras nuevas. Impulsado por la confianza en su fuerza, que estas medidas inspiraron, Tulio declaró la guerra contra los sabinos, una nación en ese momento la siguiente sólo a los etruscos en número y fuerza militar. Cada lado había causado lesiones en la otra y rechazaban cualquier reparación. Tulio se quejó de que los comerciantes romanos habían sido arrestados en el mercado abierto en el santuario de Feronia; las quejas de los sabinos eran que algunos de sus habitantes habían buscado refugio en el Asylum y Roma los protegía. Estos fueron los motivos aparentes de la guerra. Los sabinos estaban lejos de olvidar que una parte de sus fuerzas había sido trasladado a Roma por Tacio, y que el Estado romano había sido últimamente engrandecido por la inclusión de la población de Alba; por lo tanto, ellos por su parte empezaron a buscar ayuda exterior. Su vecino más cercano era Etruria, y, de los etruscos, los más cercanos a ellos eran los veyentinos. Sus pasadas derrotas todavía estaban en sus memorias, y los sabinos, instándolos a la rebelión, atrajeron a muchos voluntarios; otros, de las clases más pobres y sin hogar, fueron pagados para unirse a ellos. No se les proporcionó ayuda por el Estado. Con los veyentinos no es tan sorprendente que las otras ciudades no prestaran ninguna ninguna ayuda - la tregua con Roma se consideraba aún en vigor. Aunque los preparativos se estaban realizando en ambos lados con la mayor energía, y parecía que el éxito dependería de qué lado fuera el primero en tomar la ofensiva, Tulio inició la campaña invadiendo el territorio sabino. Un fuerte combate se libró en Selva Maliciosa. Aunque que los romanos eran potentes en infantería, su fortaleza principal estuvo en su recientemente aumentada caballería. Una carga repentina de caballería sembró la confusión en las filas sabinas, que ni pudieron ofrecer una resistencia eficaz ni pudieron huir sin sufrir grandes pérdidas.

[1.31] La derrota de los sabinos aumentó la gloria del reinado de Tulio y de todo el Estado, y contribuyó considerablemente a su fortaleza. En ese momento se informó al rey y al Senado de que había habido una lluvia de piedras en el Monte de Alba. Como la cosa parecía poco creíble, se enviaron hombres a inspeccionar el prodigio; Mientras procedían a la inspección, una fuerte lluvia de piedras cayó del cielo, como granizo amontonadas por el viento. Creyeron, también, haber oído una voz muy fuerte desde la cumbre, ofrendando los albanos sus ritos sagrados a la manera de sus padres. Habían dado al olvido estas solemnidades, como si hubieran abandonado sus dioses al abandonar su país y adoptar tanto los ritos romanos que, como sucede a veces, amargados ante su suerte, habían abandonado el servicio de los dioses. Como consecuencia de este prodigio, los

8 Fuerza de caballería de 30 hombres al mando de un decurión.- N. del T.

romanos establecieron la celebración pública de los novendiale[9], fuera - como afirma la tradición - a causa de la voz desde el Monte de Alba, o debido a la advertencia de los arúspices. En cualquier caso, sin embargo, quedó establecido de forma permanente que cada vez que se informara el mismo prodigio, se observaría la misma celebración pública. No mucho después, una peste causó gran angustia y los hombres quedaron imposibilitados para la dureza del servicio militar. El rey guerrero, sin embargo, no permitía descanso a los brazos; pensó, además, que sería más saludable para los soldados el campo que su hogar. Al fin él mismo fue postrado por una larga enfermedad, y ese espíritu feroz y agitado quedó tan roto por la debilidad del cuerpo que quien había creído que no había nada menos apropiado para un rey que la devoción a cuestiones sagradas, se vio repentinamente convertido en víctima de toda clase de terrores religiosos y llenó la Ciudad de observancias religiosas. Había un deseo general de recuperar la condición de las cosas como existían bajo Numa, pues los hombres sentían que la única ayuda que quedaba contra la enfermedad era obtener el perdón de los dioses y estar en paz con el cielo. La tradición conserva que el rey, mientras examinaba los comentarios de Numa, encontró allí una descripción de ciertos ritos secretos de sacrificio a Júpiter Elicius: se retiró a la privacidad, mientras se ocupaba con estos ritos, pero su ejecución fue defectuosa por omisiones o errores. No sólo no había, para él, señales del cielo, sino que despertó la ira de Júpiter por el falso culto que se le prestaba y quemó al rey y su casa con un rayo. Tulio había alcanzado gran renombre en la guerra y reinó durante treinta y dos años. *(641 a.C.)*

[1.32] A la muerte de Tulio, el gobierno, de conformidad con la Constitución original, volvió al Senado. Se nombró a un *interrex* para llevar a cabo la elección. El pueblo eligió como rey a Anco Marcio, el Senado confirmó la elección. Su madre era la hija de Numa. Al principio de su reinado (recordando lo que hizo su glorioso abuelo, y reconociendo que el último reinado, tan espléndido en otros aspectos, había sido muy lamentable por el abandono de la religión o la mala ejecución de los ritos) estaba decidido a volver a los modos más antiguos de culto y a dirigir los asuntos oficiales de la religión como fueron organizados por Numa. Instruyó al Pontífice para que copiara los comentarios[10] y los expusiera en público. Los Estados vecinos y su propio pueblo, que anhelaban de paz, tuvieron la esperanza de que el rey seguiría a su abuelo en talante y política. En este estado de cosas, los latinos, con los que se había hecho un tratado en el reinado de Tulio, recuperaron la confianza y efectuaron una incursión en territorio romano. Al solicitar los romanos reparación, la rechazaron arrogantemente, pensando que el rey de Roma iba a pasar su reinado entre capillas y altares. En el temperamento de Anco había un poco de Rómulo, además de Numa. Se dio cuenta de que la gran necesidad del reinado de Numa fue la paz, especialmente para una nación joven y agresiva; pero vio, también, que sería difícil para él mantener la paz sin disminuirse. Su paciencia fue puesta a prueba, y no sólo puesta a prueba, sino despreciada; los tiempos exigían un Tulio en lugar de un Numa. Numa había instituido la práctica religiosa para tiempos de paz, él dictaría las ceremonias apropiadas para el estado de guerra. Para que, así pues, tales guerras fueran no sólo dirigidas sino proclamadas con cierta formalidad, dictó la ley, tomada de la antigua nación de los equícolos, con la que los Feciales se conducen hasta hoy cuando requieren la reparación por daños. El procedimiento es el siguiente:

El embajador venda su cabeza con una orla de lana. Cuando se ha llegado a las fronteras de la nación de la que exige satisfacción, dice, *¡Oye, Júpiter! ¡Oíd, límites!* (nombrando la nación que fuere de los que allí son) *¡Oye, Justicia! Soy el heraldo público del pueblo romano. Con razón y debidamente autorizado vengo; sea dada fe a mis palabras*. Luego recita los términos de la demanda, y pone a Júpiter por testigo: *Si exijo la entrega de tales hombres o tales bienes en contra al contrario de la justicia y la religión, no me permitas disfrutar nunca más de mi tierra natal*. Él repite estas palabras a medida que cruza la frontera, las repite a quien fuere la primera persona que

9 Nueve días.- N. del T.
10 De Numa.- N. del T.

encuentra, las repite conforme atraviesa las puertas y después al entrar en el foro, con algunos ligeros cambios en la redacción de la fórmula. Si lo que demanda no es satisfecho al término de de treinta y tres días (que es el plazo de gracia fijado), se declara la guerra en los siguientes términos: *¡Escucha, Júpiter, y tú Jano Quirino, y todos vosotros dioses celestiales, y vosotros, dioses de la tierra y del mundo inferior, Oídme! Os pongo por testigos de que este pueblo* (mencionan su nombre) *es injusto y no cumple con sus obligaciones sagradas. Pero sobre estas cuestiones, debemos consultar a los ancianos en nuestra propia tierra sobre en qué manera podemos obtener nuestros derechos.*

Con estas palabras el embajador vuelve a Roma para consultar. El rey inmediatamente consultaba al Senado con palabras del siguiente tenor: *En cuanto a los asuntos, demandas y causas, de los cuales los Pater Patratus del pueblo romano y Quirites se han quejado a los Pater Patratus y pueblo de los latinos priscos, que estaban obligados solidariamente a entregar, descargar y reparar, sin haber hecho ninguna de estas cosas, ¿cuál es tu opinión?*. Aquel cuya opinión se preguntaba en primer lugar, respondía: *Yo soy de la opinión de que deben ser recuperados por una guerra justa y legal, por tanto, yo doy mi consentimiento y voto por ello*. Luego se preguntaba a los otros por orden, y cuando la mayoría de los presentes se declaraban de la misma opinión, se acordaba la guerra. Era costumbre que el Fecial llevara a las fronteras enemigas una lanza con punta de hierro o quemada al extremo y manchada de sangre; y, en presencia de al menos tres adultos, proclamar: *En la medida en que los pueblos de los latinos priscos han sido considerados culpables de injusticia contra el pueblo de Roma y los Quirites;, y dado que el pueblo de Roma y la Quirites han ordenado que haya guerra con los latinos priscos, y el Senado del pueblo de Roma y los Quirites han determinado y decretado que habrá guerra con los latinos priscos, por lo tanto yo y el pueblo de Roma, declaramos y hacemos la guerra a los pueblos de los latinos priscos.* Dichas estas palabras, arroja su lanza en su territorio. Esta fue la forma en que en tales tiempos fue exigida satisfacción a los latinos y se declaró la guerra, y la posteridad adoptó tal costumbre.

[1.33] Tras encargar el cuidado de los diversos ritos sacrificiales a los Flamines y otros sacerdotes, y alistar un nuevo ejército, Anco avanzó contra Politorio, una ciudad perteneciente a los latinos. La tomó al asalto, y siguiendo la costumbre de los primeros reyes que habían ampliado el Estado mediante la recepción de sus enemigos a la ciudadanía romana, transfirió la totalidad de la población a Roma. El Palatino había sido ocupado por los primeros romanos; los sabinos habían ocupado la colina del Capitolio, con la Ciudadela, en un lado del Palatino, y los albanos el Celio, en el otro, por lo que el Aventino fue asignado a los recién llegados. No mucho tiempo después hubo un incremento adicional del número de ciudadanos tras la captura de Telenas y Ficana. Politorio, después de su evacuación, fue capturada por los latinos y volvió a recuperarse; y ésta fue la razón por la que los romanos arrasaron la ciudad, para evitar que fuese un refugio permanente para el enemigo. Al final, toda la guerra se concentró alrededor de Medullia, y la lucha continuó durante cierto tiempo con resultado incierto. La Ciudad fue fortificada y su fuerza se incrementó con la presencia de una numerosa guarnición. El ejército latino se hallaba acampado en campo abierto y había tenido varios encuentros con los romanos. Al fin, Anco hizo un esfuerzo supremo con toda su fuerza y ganó una batalla campal, tras lo cual regresó con un inmenso botín a Roma, y muchos miles de latinos fueron admitidos a la ciudadanía. Con el fin de conectar el Aventino con el Palatino, se les asignó el distrito alrededor del altar de Venus Murcia. El Janículo fue también incorporado a los límites de la ciudad, no porque se necesitase el espacio sino para evitar que una posición tan fuerte fuese ocupado por un enemigo. Se decidió contactar esta colina con la Ciudad, no sólo llevando la muralla de la Ciudad en su alrededor, sino también por un puente, para la comodidad del tráfico. Este fue el primer puente construido sobre el Tíber, y fue conocido como el Puente Sublicio. La Fosa de los Quirites también fue obra del rey Anco, y ofrecía una protección considerable a las más bajas y por lo tanto más accesibles partes de la Ciudad. En medio de esta vasta población, ahora que el Estado se había visto tan grandemente aumentado, el sentido del bien

y del mal se oscureció y se cometieron muchos crímenes en secreto. Para intimidar a la creciente anarquía, fue construida una prisión en el corazón de la ciudad, con vistas al Foro. Las adiciones hechas por este rey no se limitan a la Ciudad. El Bosque Mesio fue tomado a los vetentinos, y el dominio Romano se extendió hasta el mar; en la desembocadura del río Tíber se fundó la ciudad de Ostia; se construyeron salinas a ambos lados del río, y el templo de Júpiter Feretrius se amplió a consecuencia de los brillantes éxitos en la guerra.

[1.34] Durante el reinado de Anco un hombre rico y ambicioso llamado Lucumo se trasladó a Roma, principalmente con la esperanza y el deseo de ganar alta distinción, para lo que no existía oportunidad en Tarquinia, pues era de estirpe extranjera. Era el hijo de Demarato el Corintio, quien había sido expulsado de su hogar por una revolución y que pasó a establecerse en Tarquinia. Allí se casó y tuvo dos hijos, sus nombres eran Lucumo y Arruncio. Arruncio murió antes que su padre, dejando a su mujer embarazada; Lucumo sobrevivió a su padre y heredó todos sus bienes. Pero Demarato murió poco después de Arruncio, no sabiendo del estado de su nuera, y nada había dispuesto en su testamento respecto de su nieto. El niño, así excluido de cualquier parte de la herencia de su abuelo, fue llamado, por su pobreza, Egerio. Lucumo, por otra parte, heredero de todos los bienes, jubiloso por su riqueza, vio aumentada su ambición por su matrimonio con Tanaquil. Esta mujer era descendiente de una de las principales familias del Estado, y no podía soportar la idea de su posición al haberse casado con alguien de menor dignidad que ella por nacimiento. Los etruscos menospreciaban a Lucumo como hijo de un refugiado extranjero; ella no podía soportar esta indignidad, y olvidando todos los lazos del patriotismo, para que su marido pudiera alcanzar mayor honor, decidieron emigrar de Tarquinia. Roma parecía el lugar más adecuado para su propósito. Ella creía que entre una joven nación donde toda la nobleza era cosa de reciente creación y ganada por el mérito personal, habría lugar para un hombre de valor y energía. Recordó que el sabio Tacio había reinado allí, que Numa había sido llamado desde Cures para ocupar el trono, que Anco mismo había nacido de madre sabina y no podría remontar su nobleza más allá de Numa. La ambición de su marido y el hecho de que Tarquinia era su país de origen sólo por el lado materno, le hizo atender atentamente a sus propuestas. En consecuencia, empacaron sus bienes y se trasladaron a Roma.

Habían llegado hasta el Janículo cuando un águila vino volando suavemente hacia abajo, estando sentado junto a su mujer en el carruaje, y le quitó el sombrero; a continuación, giró alrededor del vehículo con fuertes gritos, como si los cielos le hubieran encomendado esa tarea, y volvió a ponerlo sobre su cabeza, elevándose en la distancia. Se dice que Tanaquil, que, como la mayoría de los etruscos, era una experta en la interpretación de los prodigios celestes, estaba encantada con el presagio. Se abrazó a su marido y le dijo que se le ofrecía un destino alto y majestuoso, que tal era la interpretación de la aparición del águila, de la parte concreta del cielo desde la que apareció, y de la deidad que la envió. El presagio se dirigió a la coronación y encumbramiento de su persona, el pájaro había levantado a lo alto un adorno puesto por manos humanas, para reemplazarlo como el regalo del cielo. Lleno de estas esperanzas y conjeturas entraron en la ciudad, y después de procurarse un domicilio, se anunció como Lucio Tarquinio Prisco. El hecho de ser un extranjero, y uno rico, le ganó notoriedad, y aumentó la suerte que la fortuna le proporcionó por su conducta cortés, su pródiga hospitalidad y los muchos actos de bondad mediante los que se ganó a todos los que podía, hasta que su fama llegó a Palacio. Una vez presentado en Palacio, pronto ganó la confianza del rey y se hizo tan familiar que era consultado tanto en asuntos de Estado como en asuntos privados, de paz como de guerra. Por fin, después de pasar todas las pruebas de carácter y capacidad, fue nombrado por el rey tutor de sus hijos.

[1.35] Anco reinó veinticuatro años, no superado por ninguno de sus predecesores en capacidad y reputación, ni en la guerra o la paz. *(616 a.C.)* Sus hijos casi habían llegado a la edad adulta. Tarquinio estaba muy ansioso por que la elección del nuevo rey se celebrara tan pronto como

fuera posible. En el momento señalado para ello envió a los chicos fuera, en una expedición de caza. Se dice que fue el primero que se propuso para la corona y que pronunció un discurso para asegurarse el interés de la plebe. En él afirmó que no estaba haciendo una petición insólita, no era el primer extranjero que aspiraba al trono romano; si así fuera, cualquiera podría sentir sorpresa e indignación. Sino que era el tercero. Tacio no sólo era un extranjero, sino que fue hecho rey después de haber sido su enemigo; Numa, un completo desconocido de la Ciudad, había sido llamado al trono sin buscarlo por su parte. En cuanto a él, en cuanto fue dueño de sí mismo se había trasladado a Roma con su esposa y toda su fortuna; había vivido en Roma más tiempo que en su propia patria, desempeñando sus funciones de ciudadano, había aprendido las leyes de Roma, los ritos ceremoniales de Roma, tanto civiles como militares, bajo las órdenes de Anco, un maestro muy eficiente; que había sido insuperable en los deberes y servicios al rey, y que no había sido menos que el mismo rey en el trato generoso a los demás. Mientras estaba señalando estos hechos, que eran sin duda ciertos, el pueblo romano con entusiasta unanimidad lo eligió rey. Aunque en todos los demás aspectos un hombre excelente, su ambición, que lo impulsó a buscar la corona, le siguió en el trono; con el propósito de reforzarse él mismo tanto como de aumentar el Estado, nombró un centenar de nuevos senadores. Estos procedían de las tribus menores y formaron un cuerpo de incondicionales partidarios del rey, por cuyo favor habían entrado en el Senado. La primera guerra que tuvo fue con los latinos. Tomó la ciudad de Apiolas al asalto, y se llevaron mayor cantidad de botín de lo que hubiera podido esperarse del escaso interés mostrado en la guerra. Después de esto se llevado en carros a Roma, celebró los Juegos con mayor esplendor y en una escala mayor que sus predecesores. Entonces, por primera vez, se señaló un lugar en lo que es ahora el Circo Máximo. Se asignaron lugares a los patricios y caballeros donde cada uno de ellos pudiese construir sus tribunas, que fueron llamados foros, desde las que pudieran contemplar los Juegos. Estas tribunas se plantaron sobre puntales de madera, elevádose a lo alto hasta cuatro metros de altura. Las competiciones fueron carreras de caballos y lucha, los caballos y los luchadores en su mayoría traídos de Etruria. Al principio se celebraban [los juegos] en ocasiones de especial solemnidad; luego se convirtieron en anuales y fueron llamados indistintamente los *Romanos* o los *Grandes Juegos*. Este rey también dividió el terreno alrededor del Foro para la construcción de sitios, portales y tiendas que allí se instalaron.

[1.36] Él también estaba haciendo los preparativos para rodear la ciudad con un muro de piedra cuando sus designios fueron interrumpidos por la guerra con los sabinos. Tan repentino fue el ataque que el enemigo estaba cruzando el Anio antes de que el ejército romano pudiera reunirse y detenerlos. Hubo gran alarma en Roma. La primera batalla no fue decisiva y hubo gran mortandad por ambos lados. La vuelta de los enemigos a su campamento dio tiempo a los romanos para hacer los preparativos de una nueva campaña. Tarquinio pensó que su ejército era más débil en caballería y decidió duplicar las centurias, que Rómulo había formado, de los ramnes, titienses y luceres, y distinguirlas por su propio nombre. Ahora bien, como Rómulo había actuado bajo la sanción de los auspicios, Atto Navio, un famoso augur de aquellos días, insistió en que ningún cambio podría hacerse, nada nuevo ser introducido, a menos que las aves dieran un augurio favorable. La ira del rey se despertó y, en burla de las habilidades del augur se dice que dijo: *Ven, adivino, averigua por tu augurio lo que ahora estoy pensando hacer.* Atto, previa consulta a los augurios, declaró que sí podía. *Bueno*, dijio el rey: *Pensaba que deberías cortar una piedra de afilar con una navaja. Toma éstas, y realiza la hazaña que tus aves presagian que se puede hacer.* Se dice que sin la menor vacilación, pudo efectuar el corte. Solía haber una estatua de Atto, representándole con la cabeza cubierta, en el Comitium, en los peldaños a la izquierda del Senado, donde ocurrió el incidente. La piedra de afilar, según quedó registrado, también se colocó allí para que recordase el milagro a las generaciones futuras. En todo caso, los augurios y el colegio de los augures ganaron tanto prestigio que nada se hacía en paz o guerra sin su sanción; la Asamblea de las Curias, la Asamblea de las Centurias, los asuntos de la mayor importancia, se suspendían o interrumpían si el presagio de los

pájaros era desfavorable. Incluso en esa ocasión Tarquinio se abstuvo de hacer cambios en los nombres o los números de las centurias de los caballeros, sólo duplicó el número de hombres en cada una, de modo que las tres centurias alcanzaron mil ochocientos hombres. Aquellos que fueron agregados a las centurias llevaron su mismo nombre, sólo que se llamaron los *segundos* y las centurias así dobladas se llaman ahora las *seis centurias*.

[1.37] Después de que con esta división la fuerzas fuese aumentada, hubo un segundo combate con los sabinos en la que la incrementada fortaleza del ejército romano fue ayudada por un artificio. Se enviaron hombres a prender fuego a una gran cantidad de troncos depositados en las márgenes del Anio, y la mandaron flotando río abajo en balsas. El viento avivó las llamas, y conforme los troncos eran llevados contra los pilones y adheridos a ellos, prendieron fuego al puente. Este incidente, al producirse durante la batalla, creó el pánico entre los sabinos y condujo a su derrota, y al mismo tiempo evitó su fuga; muchos, después de escapar del enemigo, murieron en el río. Sus escudos flotaron en el río Tíber hasta la Ciudad, y siendo reconocidos, dejaron claro que había sido una victoria casi antes de que se pudiera anunciar. En esa batalla, la caballería se distinguió especialmente. Fueron situados en cada ala, y cuando la infantería en el centro estaba siendo obligada a retroceder, se dice que hicieron tan desesperada carga por ambos lados que no sólo detuvieron a las legiones sabinas que estaban presionando a los romanos en retirada, sino que las pusieron inmediatamente en fuga. Los sabinos, en el desorden, huyeron hacia las colinas, alcanzándolas muchos y, como se ha señalado anteriormente, fueron expulsados por la caballería hacia el río. Tarquinio decidió perseguirlos antes de que pudieran recuperarse de su pánico. Él envió a los prisioneros y el botín a Roma; los despojos del enemigo fueron ofrecidos a Vulcano, amontonados en consecuencia en una enorme pila y quemados; luego procedió de inmediato a llevar el ejército al territorio sabino. A pesar de su reciente derrota y la desesperar de recuperarse, los sabinos se le enfrentaron con un ejército alistado a toda prisa, ya que no había tiempo para pergeñar un plan de operaciones. De nuevo fueron derrotados, y como llevaron al borde de la ruina, buscaron la paz.

[1,38] Collatia y todo el territorio de este lado[11] fue tomado a los sabinos; Egerio, sobrino del rey, quedó para mantenerlo. El procedimiento para la entrega de Collatia fue el siguiente: El rey preguntó: *¿Habéis sido enviados como embajadores y legados por el pueblo de Collatia para hacer entrega de vosotros mismos y del pueblo de Collatia?—Sí.—¿Y es el pueblo de Collatia un pueblo independiente?—Lo es.—¿Os entregáis en mi poder y el del pueblo de Roma a vosotros mismos y al pueblo de Collatia, su ciudad, tierras, agua, fronteras, templos, vasos sagrados y todas las cosas divinas y humanas?—Las entregamos.—Así pues, las acepto.* Después concluir la guerra con los sabinos Tarquinio volvió en triunfo a Roma. Después hizo la guerra a los latinos priscos. No hubo batalla campal, atacó cada uno de sus pueblos sucesivamente y sometió toda la nación. Las ciudades de Cornículo, Ficulea Vieja, Cameria, Crustumerio, Ameriola, Medullia y Normento fueron conquistadas a los latinos priscos o a los que se habían pasado a ellos. Luego se hizo la paz. Las obras de la paz fueron ahora empezadas con mayor energía incluso de la mostrada en la guerra, de modo que la gente no disfrutó de mayor quietud en casa de la que tuvo en el campo de batalla. Hizo los preparativos para completar las obras, que habían sido interrumpidas por la guerra con los sabinos, y encerrar la ciudad en aquellos lugares donde no existían aún fortificaciones, con un muro de piedra. Las partes bajas de la Ciudad, alrededor del Foro, y los otros valles entre las colinas, donde el agua no podía escapar, fueron drenados por cloacas que desembocaban en el río Tíber. Construyó con mampostería un espacio nivelado sobre el Capitolio como lugar para el templo de Júpiter que había ofrecido durante la guerra Sabina, y la magnitud de la obra reveló su anticipación profética de la futura grandeza del lugar.

11 Del Anio.- N. del T.

[1.39] En ese momento se produjo un incidente tan maravilloso en su apariencia como se demostró en el resultado. Se dice que mientras que un niño llamado Servio Tulio dormía, su cabeza fue envuelta en llamas, ante los ojos de muchos de los que estaban presentes. El grito que estalló a la vista de tal maravilla despertó a la familia real, y cuando uno de los criados traía agua para apagar las llamas la Reina lo detuvo, y después de calmar la emoción le prohibió que molestasen al niño hasta que despertó por sí mismo. Al hacerlo, desaparecieron las llamas. Luego Tanaquil apartó a su esposo a un lado y le dijo: *¿Ves a este niño, al que estamos criando de un modo tan humilde? Puedes estar seguro de que algún día será una luz para nosotros en los problemas y la incertidumbre, y una protección para nuestra casa tambaleante. Así pues, procedamos con todo cuidado e indulgencia de quien será fuente de gloria inconmensurable para el Estado y para nosotros mismos.* Desde este momento el niño empezó a ser tratado como su hijo y entrenado en las cosas por las que los caracteres son estimulados a buscar un gran destino. La tarea fue fácil, ya que estaban llevando a cabo la voluntad de los dioses. El joven resultó tener una verdadera disposición real, y cuando se buscó un yerno para Tarquinio ninguno de los jóvenes romanos se pudo comparar con él en ningún aspecto, por lo que el rey prometió a su hija con él. El otorgamiento de este gran honor, cualquiera que fuese la razón para ello, nos impide creer que era hijo de un esclavo, y, en su infancia, un esclavo él mismo. Me inclino más a la opinión de aquellos que dicen que en la captura de Cornículo, Servio Tulio, el gobernante de esa ciudad, fue asesinado, y su esposa, que estaba a punto de ser madre, fue reconocida entre las mujeres cautivas y, a consecuencia de su alto rango fue eximida de la servidumbre por la reina romana, y dio a luz a un hijo en la casa de Tarquinio Prisco. Este tipo de tratamiento reforzó la intimidad entre la mujer y el niño que, habiendo sido criado desde la infancia en la casa real, fue criado con afecto y honor. Fue este destino de su madre, quien cayó en manos del enemigo cuando su ciudad natal fue conquistada, lo que hizo que la gente pensase que era hijo de un esclavo.

[1.40] Cuando Tarquinio llevaba treinta y ocho años en el trono, Servio Tulio era estimado, con mucho, por encima de cualquier otro, no sólo por el rey, sino también por los patricios y la plebe. Los dos hijos de Anco siempre habían sentido intensamente haber sido privados del trono de su padre por la traición de su tutor; su ocupación del trono por un extranjero que ni siquiera era de origen itálico, y mucho menos descendiente de romano, aumentaba su indignación; cuando vieron que ni incluso después de la muerte de Tarquinio volvería a ellos la corona, sino que descendería sobre un esclavo: ¡La corona que Rómulo, el hijo de un dios y él mismo un dios, había llevado mientras estaba en la tierra, ahora sería poseída por alguien nacido esclavo cien años más tarde! Pensaban que sería una desgracia para todo el pueblo romano, y especialmente para su casa, si, mientras que la descendencia masculina de Anco todavía estaba viva, la soberanía de Roma pudiera estar abierta no sólo a los extranjeros, sino incluso a los esclavos. Se determinaron, por lo tanto, a rechazar tal insulto por la espada. Pero fue sobre Tarquinio más que en Servio en quien buscaban vengar sus agravios: si el rey quedase con vida sería capaz de tomar una venganza más sumaria que un ciudadano común; y en caso de que Servio fuese asesinado, el rey sin duda elegiría a otro como yerno para que heredase la corona. Estas consideraciones les decidieron a tramar un un complot contra la vida del rey. Dos feroces pastores fueron seleccionados para la acción. Aparecieron en el vestíbulo del palacio, cada uno con sus herramientas habituales, y fingiendo una violenta y escandalosa pelea atrajeron la atención de todos los guardias reales. Luego, cuando ambos comenzaron a apelar al rey, y su clamor había penetrado en el palacio, fueron convocados ante el rey. Al principio trataron, gritándose el uno al otro, ver quién podía hacer más ruido, hasta que, después de ser reprimidos por el lictor, se les ordenó hablar por turno; se tranquilizaron y comenzaron a exponer su caso. Mientras la atención del rey estaba puesta en uno, el otro blandió su hacha y la clavó en la cabeza del rey, y dejando el arma en la herida ambos salieron corriendo del palacio. *(578 a.C.)*

[1.41] Mientras los espectadores recogían al moribundo Tarquinio en sus brazos, los lictores capturaron a los fugitivos. Los gritos atrajeron a una multitud, preguntándose qué había sucedido. En medio de la confusión, Tanaquil ordenó que el palacio fuera despejado y las puertas cerradas, curó con cuidado la herida, pues tenía esperanza de salvar la vida del rey; al mismo tiempo, decidió tomar otras precauciones, por si el caso resultase sin esperanza, y convocó a toda prisa a Servio. Le mostró a su marido en la agonía de la muerte, y tomando su mano, le imploró que no dejara sin venganza la muerte de su suegro, ni permitiera que su suegra se convirtiese en entretenimiento de sus enemigos. *El trono es tuyo, Servio*, dijo, *si eres un hombre; no pertenece a aquellos que han, por las manos de otros, cometido és que es el peor de los crímenes. ¡Arriba! ¡sigue la orientación de los dioses que presagiaron la exaltación de tal cabeza que fue una vez rodeada con el fuego divino! Deja que te inspiren las llamas enviadas por el cielo. ¡Aprestate con esta señal! Nosotros también, aunque extranjeros, hemos reinado. Sé consciente tú mismo no de dónde surgiste, sino de lo que eres. Si en esta situación de urgencia no te puedes decidir, sigue entonces mis consejos.* Como el clamor y la impaciencia del pueblo no se podía contener, Tanaquil se acercó a una ventana en la parte superior del palacio que da a la Vía Nova (el rey solía vivir en el templo de Júpiter Estator) y se dirigió al pueblo. Les rogó que se animasen, el rey había sido sorprendido por un golpe repentino, pero el arma no había penetrado a mucha profundidad, ya había recobrado el conocimiento, la sangre había sido lavada y examinada la herida, todos los síntomas eran favorables , estaba segura de que pronto volverían a verlo, mientras tanto, dio la orden que el pueblo debía reconocer la autoridad de Servio Tulio, quien se encargaría de administrar justicia y cumplir las demás funciones de la realeza. Servio apareció con su *trabea*[12] y asistido por los lictores, y después de tomar asiento en la silla real decidió en algunos casos e interrumpió la presentación de otros con la excusa de consultar al rey. Así, durante varios días después de la muerte de Tarquinio, Servio continuó fortaleciendo su posición ejerciendo una autoridad delegada. Al fin, los gritos de duelos se oyeron en palacio y se divulgó el hecho de la muerte del rey. Protegido por un fuerte cuerpo de guardia, Servio fue el primero que ascendió al trono sin ser elegido por el pueblo, aunque sin la oposición del Senado. Cuando los hijos de Anco oyeron que los instrumentos de su crimen habían sido detenidos, que el rey estaba todavía vivo, y que Servio era tan poderoso, se exiliaron en Suessa Pomecia.

[1.42] Servio consolidó su poder tanto por sus favores privados como por sus decisiones públicas. Para protegerse contra los hijos de Tarquinio, tratándolos como Tarquinio había tratado a los de Anco, casó sus dos hijas con los descendientes de la casa real, Lucio y Arruncio Tarquinio. Los consejos humanos no podrían detener el curso inevitable del destino, ni tampoco Servio evitar que los celos que causó su ascenso al trono provocaran en su familia la infidelidad y el odio. La tregua con los veyentinos había expirado y la reanudación de la guerra contra ellos y otras ciudades etruscas llegó muy oportunamente para ayudar a mantener la tranquilidad en el interior. En esta guerra, el coraje y la buena fortuna de Tulio fueron evidentes, y regresó a Roma, después de derrotar a una inmensa fuerza del enemigo, sintiéndose bastante afirmado en el trono y seguro de la buena voluntad de los patricios y la plebe. Entonces se dedicó a la mayor de todas las obras en tiempos de paz. Del mismo modo que Numa había sido el autor de las leyes religiosas y las instituciones, así la posteridad ensalza a Servio como fundador de las divisiones y clases del Estado que supusieron una clara distinción entre los distintos grados de dignidad y fortuna. Él instituyó el censo, una institución de lo más beneficiosa en lo que iba a ser un gran imperio, para que por su medio se definieran los distintos deberes que se debáin asignar así en paz como en guerra, no como hasta entonces, de manera indiscriminada, sino en proporción a la cantidad de propiedades que cada uno poseía. De aquéllas designó las clases y las centurias y la siguiente distribución de las mismas, adaptadas para la paz o la guerra.

12 Especie de toga, aunque más corta y estrecha que ésta.- N. del T.

[1.43] Aquellos cuyas propiedades alcanzaban o superaban las 100.000 libras de peso[13] en cobre fueron encuadrados en ochenta centurias, cuarenta de jóvenes y cuarenta de mayores. Estos fueron llamados la Primera Clase. Los mayores estaban para defender la Ciudad, los más jóvenes para servir en campaña. La armadura de que debían proveerse constaba de casco, escudo redondo, grebas, y armadura, todo de bronce, para proteger sus personas. Sus armas ofensivas eran la lanza y la espada. A esta clase se les unió dos centurias de carpinteros, cuyo deber era hacer y mantener las máquinas de guerra, y carecían de armas. La segunda clase consistió en las personas cuyos bienes ascendían a entre 75.000 y 100.000 libras de peso de cobre, que fueron formados, mayores y jóvenes, en veinte centurias. Su armamento era el mismo que los de la Primera Clase, excepto que tenían un escudo oblongo de madera en lugar del redondo de bronce y armadura. La Tercera Clase se formó de aquellos cuya propiedad cayó a un mínimo de 50.000 libras, los cuales también formaron veinte centurias, divididas igualmente en mayores y jóvenes. La única diferencia en la armadura era que no llevaban grebas. En la Cuarta Clase se integraron aquellos cuyas propiedades estaban por debajo de 25.000 libras. También formaron veinte centurias; sus únicas armas eran una lanza y una jabalina. La Quinta Clase era la mayor y estaba formada por treinta centurias. Llevaban hondas y piedras, e incluían los supernumerarios, cornícines[14] y los trompetistas, que formaron tres centurias. Esta Quinta Clase se evaluó en 11.000 libras. El resto de la población cuya propiedad cayó por debajo de ésta última cantidad formó una centuria y estaba exenta del servicio militar.

Después de regular así el equipamiento y distribución de la infantería, reorganizó la caballería. Alistó de entre los principales hombres del Estado a doce centurias. De la misma manera creó otras seis centurias (aunque Rómulo sólo había alistado tres) bajo los mismos nombres con que habían sido creadas las primeras. Para la adquisición de los caballos, se destinaron 10.000 libras del tesoro público; mientras que para su mantenimiento se determinó que ciertas viudas pagarían 2.000 libras al año, cada una. La carga de todos estos gastos se trasladó de los pobres a los ricos. Luego fueron otorgados otros privilegios. Los antiguos reyes habían mantenido la Constitución como fue dictada por Rómulo, a saber: Sufragio universal en el que todos los votos por igual tenían el mismo peso y los mismos derechos. Servio introdujo una graduación; de modo que, si bien ninguno fue aparentemente privado de su voto, todo el poder del sufragio quedó en manos de los hombres principales del Estado. Los caballeros eran los primeros convocados para emitir su voto, después las ochenta centurias de la infantería de la Primera Clase; si sus votos estaban divididos, lo que rara vez ha sucedido, se dispuso que se citase a la Segunda Clase; en muy pocas ocasiones se extendió el voto a las clases más bajas. No debería sorprender a nadie que ahora, tras el establecimiento definitivo de treinta y cinco tribus y el doble de centurias de jóvenes y mayores, no coincidan con las que hizo Servio Tulio. Porque, después de dividir la Ciudad con sus distritos y las colinas que estaban habitadas en cuatro partes, llamó a estas divisiones *tribus*, creo que a causa del tributo que pagaban, pues también introdujo la práctica de recaudar aplicando la misma tasa a cada valoración. Estas tribus no tenían nada que ver con la distribución y el número de las centurias.

[1.44] Los trabajos del censo se vieron acelerados por una ley en la que Servio disponía el encarcelamiento e incluso la pena capital contra los que evadieran la valoración de sus bienes. Al terminarlo emitió una orden para que todos los ciudadanos de Roma, caballeros e infantería por igual, debían concurrir en el Campo de Marte, cada uno en sus centurias. Después de todo el ejército se hubiera concentrado allí, él lo purificó mediante una *suovetaurilia*[15]. Esto se llamaba un sacrificio cerrado, porque con él el censo quedó concluido. Ochenta mil ciudadanos se dice que fueron incluidos en el censo. Fabio Pictor, el más antiguo de nuestros historiadores, afirma que este era el número de los que podían portar armas. Para contener esa población era evidente que la Ciudad tendría que ser ampliada. Añadió las dos colinas (el Quirinal y el Viminal) y luego hizo una

13 1 libra romana = 327,45 gr. Por lo tanto cien mil libras eran unos 32.745 kilos.- N. del T.
14 Tocadores del cuerno, instrumento de alarma.- N. del T.
15 El sacrificio triple de un cerdo, una oveja y un buey.- N. del T.

adición posterior, incluyendo el Esquilino, y para darle más importancia vivió él mismo allí. Rodeó la ciudad con de tierra y fosos y la muralla, de esta manera amplió el pomerio[16]. Mirando sólo a la etimología de la palabra, se explica *pomoerium* como *postmoerium*[17]; aunque se trata, más bien, de una *circamoerium*. Así dicho por el espacio que los etruscos de la antigüedad, al fundar sus ciudades, consagraban de acuerdo con augurios y marcaban con mojones a intervalos por cada lado, como la parte donde el muro iba a ser construido, se mantenía vacío para que los edificios no pudieran estar en contacto con la pared interior (aunque ahora, por lo general, lo tocan), y en el exterior algo de terreno debía permanecer como tierra virgen para el cultivo. Este espacio, en el que estaba prohibido construir o arar, y que no podía decirse que detrás de la pared del muro hubiera ningún otro muro era lo que los romanos llamaban el pomerio. Según crecía la Ciudad, estos mojones sagrados siempre se avanzaron conforme se adelantaban las murallas.

[1.45] Después de que el Estado fuese ampliado con la expansión de la Ciudad y adoptados todos los acuerdos domésticos referentes a las necesidades tanto de paz como de guerra, Servio trató de extender su dominio mediante las obras públicas, en lugar de engrandecerla por las armas, y al mismo tiempo hizo una adición al embellecimiento de la Ciudad. El templo de Diana de Éfeso era famoso en ese momento, y se dice que fue construido con la cooperación de los Estados de Asia. Servio había tomado la precaución de formar lazos de hospitalidad y amistad con los jefes de la nación Latina, y solía hablar con los mayores elogios de esta cooperación y el reconocimiento común de la misma deidad. A fuerza de insistir en este tema, finalmente indujo a las tribus latinas para unirse al pueblo de Roma en la construcción de un templo de Diana, en Roma. Hacerlo así era una admisión de la preponderancia de Roma, una cuestión que tantas veces había sido cuestionada por las armas. Aunque los latinos, después de sus muchas experiencias desafortunadas en la guerra, habían dejado de lado como nación todo pensamiento de éxito, había entre los sabinos un hombre que pensabe que se le presentaba una oportunidad para recuperar la supremacía a través de su propia astucia. La historia cuenta que un padre de familia pertenecientes a esa nación tenía una vaca de gran tamaño y maravillosa belleza. La maravilla quedó atestiguada para tiempos posteriores mediante sus cuernos, que fueron fijados en el vestíbulo del templo de Diana. La criatura se veía como (y realmente lo fue) un prodigio, y los adivinos predijeron que, quien quiera que fuese que lo sacrificara a Diana, el Estado del que él fuese ciudadano debe sería sede de Imperio. Esta profecía había llegado a los oídos del magistrado a cargo del templo de Diana. Al llegar el primer día adecuado para poder ofrecer sacrificios, el sabino llevó la vaca a Roma, la condujo al templo y la colocó frente al altar. El magistrado en ejercicio era un romano e, impresionado por el tamaño de la víctima, cuya fama ya conocía, recordó la profecía y dirigiéndose al sabino, le dijo: *¿Por qué estás, extranjero, preparándote para hacer un sacrificio contaminado a Diana? Ve y báñate primero en agua corriente. El Tíber baja por allí, en el fondo del valle.* Lleno de dudas, y ansioso por que todo se hiciese correctamente para que la predicción se cumpliera, el extranjero bajó rápidamente hasta el Tíber. Mientras tanto, los romanos sacrificaron la vaca a Diana. Esto fue motivo de gran satisfacción para el rey y su pueblo.

[1,46] Servio estaba ahora afirmado en el trono tras su larga posesión. Había, sin embargo, llegado a sus oídos que el joven Tarquinio estaba diciendo que reinaba sin el consentimiento del pueblo. Se aseguró, en primer lugar, la benevolencia de la plebe asignando a cada cabeza de familia una parcela de la tierra que había sido tomada al enemigo. Luego les propuso la cuestión de si era su voluntad y decisión que reinase. Fue aclamado rey por un tan voto unánime como ningún rey antes que él obtuvo. Esta acción no disminuyó en absoluto las esperanzas de Tarquinio de hacerse con el trono, antes al contrario. Era un joven audaz y ambicioso, y su esposa Tulia estimulaba su inquieta

16 Límite sagrado de la ciudad, dentro del que se efectuaban ciertos ritos y había que cumplir ciertas reglas: por ejemplo, no podía ser pisado por ejércitos en armas.- N. del T.

17 Pasado el muro.- N. del T.

ambición. Supo que la concesión de tierras al pueblo se oponía a la opinión del Senado, y aprovechó la oportunidad que se le brindaba para difamar a Servio y el fortalecer su propia facción en esa Asamblea. Así sucedió que el palacio romano proporcionó un ejemplo del crimen que los poetas trágicos han descrito, con el resultado de que el odio sentido por los reyes aceleró el advenimiento de la libertad, y la corona ganada por la maldad fue la última en serlo.

Este Lucio Tarquinio (no está claro que fuese hijo o el nieto del rey Tarquinio Prisco; de seguir a los Autores antiguos, era su hijo) tenía un hermano, Arruncio Tarquinio, un joven de carácter dulce. Los dos Tulias, las hijas del rey, habían casado, como ya he dicho, con estos dos hermanos, y el carácter de cada una era el opuesto al de sus maridos. Fue, creo yo, la buena fortuna de Roma la que intervino para evitar que dos naturalezas violentas se unieran en matrimonio, y para que el reinado de Servio Tulio pudiera durar lo bastante como permitir al Estado asentarse en su nueva constitución. El feroz espíritu de una de las dos Tulias estaba desazonado porque nada había en su marido que pudiera llenar su codicia o ambición. Todos sus afectos se cambiaron al otro Tarquinio; él era a quien admiraba; él, dijo, era un hombre, él era verdaderamente de sangre real. Despreciaba a su hermana, pues teniendo a un hombre por su marido, éste no estaba animado por el espíritu de una mujer. Tal semejanza de carácter pronto les unió, pues lo malo suele buscar lo malo. Pero fue la mujer la iniciadora de las maldades. Constantemente mantenía entrevistas secretas con el marido de su hermana, a quien incansablemente vilipendiaba[18] tanto como a su propio marido, afirmando que habría sido mejor para ella haber permanecido soltera y él soltero, que haber sido tan desigualmente desposados y llevados a la ociosidad por la cobardía de sus cónyuges. Si el cielo le hubiese dado el marido que merecía, pronto habría visto establecida en su propia casa la soberanía que su padre ejerció. Rápidamente infectó al joven con su propia imprudencia. Lucio Tarquino y Tulia la joven, con un doble asesinato, limpiaron en sus casas los obstáculos a un nuevo matrimonio; su boda fue celebrada con la aquiescencia tácita si no con la aprobación de Servio.

[1.47] Desde ese momento la vejez de Tulio se hizo más amarga, su reinado más infeliz. La mujer importunaba noche y día, sin dar reposo a su marido, por miedo a que los últimos asesinatos resultasen infructuosos. Lo que ella quería, dijo, no era un hombre que sólo fuese su marido en el nombre, o con quien fuera a vivir en resignada servidumbre; el hombre que necesitaba era alguien que se considerase digno de un trono, que recordase que era el hijo de Tarquinio Prisco, quien prefirió llevar una corona en lugar de vivir con la esperanza de ella. *Si eres el hombre con quien yo pensaba que estaba casada, entonces te llamo mi marido y mi rey; pero si no, he cambiado mi condición para peor, ya que no sólo eres un cobarde, sino un criminal. ¿Por qué no te dispones a actuar? No eres, como tu padre, natural de Corinto o de Tarquinia, ni es una corona extranjera la que tienes que ganar. Los penates de tu padre, la imagen de tus antepasados, el palacio real, el trono real dentro de él, el propio nombre Tarquinio, te declaran rey. Si no tienes el valor suficiente para ello, ¿por qué despiertas falsas esperanzas en el Estado? ¿Por qué te permites que te consideren miembro de la realeza? Vuelve a Tarquinia o a Corinto, vuelve a la posición desde la que surgísteis; tienes más la naturaleza de tu hermano que la de tu padre.* Con frases como estas ella lo acosaba. Ella, también, estaba constantemente obsesionada con la idea de que mientras Tanaquil, una mujer de origen extranjero, había demostrado tal espíritu como para dar la corona a su marido y a su yerno después, bien que ella misma, aunque de ascendencia real, no tenía ningún poder para darla o quitarla. Incitado por las palabras furiosas de su mujer, Tarquinio empezó tantear y entrevistarse con los nobles y plebeyos; les recordó el favor que su padre les había mostrado, y les pidió que demostrasen su gratitud; se ganó a los más más jóvenes con regalos . Haciendo promesas tan magníficas en cuanto a lo que haría, y haciendo denuncias contra el rey, su causa se hizo más fuerte entre todos los órdenes.

Al final, cuando él pensó que había llegado el momento de actuar, apareció de repente en el foro con un grupo de hombres armados. Se produjo un pánico general, durante el cual se sentó en la

18 A su hermana.- N. del T.

silla real del Senado y ordenó que los padres debían ser convocados por el pregonero a la presencia del rey Tarquinio. Ellos se reunieron a toda prisa, algunos ya preparados para lo que se avecinaba y otros, temerosos de que su ausencia pudiera despertar sospechas, y consternados por la extraordinaria naturaleza del incidente, estaban convencidos de que el destino de Servio estaba sellado. Tarquino recordó el linaje del rey, protestó diciendo que era un esclavo e hijo de un esclavo, y que después que su (del orador) padre fuera sido vilmente asesinado, tomó el trono, como regalo de una mujer, sin que fuese nombrado ningún *interrex* como hasta entonces lo había sido, sin haberse convocado ningún tipo de asamblea, sin que se emitiera ningún tipo de voto por el pueblo para adoptarlo ni confirmación alguna por el Senado. Sus simpatías estaban con la escoria de la sociedad de la que había surgido, y celoso de la nobleza a la que no pertenecía, había tomado la tierra de los hombres principales del Estado y la repartió entre los más viles; había descargado en ellos la totalidad de las cargas que antes había sido sufragadas en común por todos; había instituido el censo para que el conocimiento de las fortunas de los ricos pudieran mover a envidia, y que fuesen una fuente de fácil acceso para repartir prebendas, cuando quisiera, a los más necesitados. *(535 a.C.)*

[1,48] Servio había sido citado por un mensajero sin aliento, y llegó a la escena, mientras que Tarquinio estaba hablando. Tan pronto como llegó al vestíbulo, exclamó en voz alta: *¿Qué significa esto, Tarquinio? ¿Cómo te atreves, con tanta insolencia, a convocar al Senado o sentarte en esa silla mientras estoy vivo?* Tarquinio respondió violentamente que ocupaba el asiento de su padre, que el hijo de un rey era mucho más legítimo heredero al trono que un esclavo, y que él, Servio, en su juego imprudente, había insultado a sus amos el tiempo suficiente. Se oyeron gritos de sus partidarios respectivos, el pueblo se precipió en el Senado, y fue evidente que el quien ganase la lucha reinaría. Entonces Tarquinio, forzados por la apremiante necesidad a llegar al último extremo, agarró a Servio por la cintura, y siendo un hombre mucho más joven y fuerte, le sacó del Senado y lo arrojó escaleras abajo, hacia el Foro. Luego volvió a llamar al Senado al orden. Los magistrados y asistentes del rey habían huido.

Se cree actualmente que esto se hizo por sugerencia de Tulia, pues estaba muy en consonancia con su maldad. En todo caso, hay acuerdo general en que conducía por el Foro en un carro de dos ruedas, y desvergonzada por la presencia de la multitud, llamó a su esposo fuera del Senado y fue la primera en saludarlo como rey. Le dijo que se saliera del tumulto, y cuando a su regreso había llegado tan lejos como a la parte superior de la *Vicus Cyprius*, donde estaba últimamente el templo de Diana, y doblaba a la derecha hacia el *Clivus Urbius*, para llegar al Esquilino, el conductor paró horrorizado y se detuvo, señalando a su señora el cadáver de Servio, asesinado. Entonces, cuenta la tradición, se cometió un crimen abominable y antinatural, el recuerdo del lugar aún conserva y por eso lo llaman el *Vicus Sceleratus*[19]. Se dice que Tulia, incitada a la locura por los espíritus vengadores de su hermana y su marido, pasó el carro justo sobre el cuerpo de su padre, y llevó de vuelta un poco de la sangre de su padre en el carro y sobre ella misma, contaminada por si y por los penates de su marido, a través de cuya ira un reinado que comenzó con la maldad pronto fue llevado a su fin por una causa similar. Servio Tulio reinó cuarenta y cuatro años, e incluso un sucesor sabio y bueno habría tenido dificultades para ocupar el trono como él lo había hecho. La gloria de su reinado fue aún mayor porque con él pereció toda justa y legítima monarquía en Roma. Suave y moderado como fue su dominio, había sin embargo, según algunas autoridades, creado la tentación de declinarlo, pues se había concentrado el poder en una sola persona, pero este propósito de devolver la libertad al Estado se vio interrumpido por este crimen doméstico.

[1.49] Lucio Tarquinio empezó ahora su reinado. Su conducta le procuró el apodo de *Soberbio*, pues privó a su suegro de sepultura, con la excusa de que Rómulo no fue sepultado, y mató a los principales nobles de quienes sospechaba fuesen partidarios de Servio. Consciente de

19 Execrable.- N. del T.

que el precedente que había establecido, al trono por la violencia, podría ser utilizado en su contra, se rodeó de un guardia armada. Pues él no tenía nada por lo que hacer valer sus derechos a la corona, excepto la violencia actual; estaba reinando sin haber sido elegido por el pueblo, o confirmado por el Senado. Como, por otra parte, no tenía ninguna esperanza de ganarse el afecto de los ciudadanos, tuvo que mantener su dominio mediante el miedo. Para hacerse más temido, llevó a cabo los juicios en casos de pena capital, sin asesores, y bajo su presidencia fue capaz de condenar a muerte, desterrar, o multar no sólo a aquellos de los que sospechaba o le resultaban antipáticos, sino también a aquellos de quienes sólo pretendía obtener su dinero. Su objetivo principal era reducir así el número de senadores, negándose a cubrir las vacantes, para que la dignidad del propio orden disminuyera junto con su número. Fue el primero de los reyes en romper la tradicional costumbre de consultar al Senado sobre todas las cuestiones, el primero en gobernar con el asesoramiento de sus favoritos de palacio. La guerra, la paz, los tratados, las alianzas se hicieron o rompieron por su voluntad, tal como a él le pareciera bien, sin autorización alguna del pueblo o del Senado. Hizo hincapié en asegurarse el apoyo de la nación Latina, para que a través de su poder y su influencia en el extranjero pudiera sentirse más seguro entre sus súbditos en el país; no sólo formalizó lazos de hospitalidad con sus hombres principales sino que estableció los lazos familiares. Dio a su hija en matrimonio a Octavio Mamilio de Túsculo, que era el hombre más importante de la raza latina, descendiente, si hemos de creer a las tradiciones, de Ulises y Circe la diosa; a través de esa relación se ganó muchos de los amigos y conocidos de su yerno.

[1,50] Tarquinio había adquirido una considerable influencia entre la nobleza de los latinos y les envió un mensaje para reunirse en una fecha fijada en el lugar llamado Ferentina, pues había asuntos de interés común sobre los que desea consultarles. Se reunieron en número considerable al amanecer; Tarquinio mantuvo su cita, es cierto, pero no llegó hasta poco antes del atardecer. El Consejo dedicó todo el día discutiendo de muchos asuntos. Turno Herdonio, de Aricia, hizo un feroz ataque contra el ausente Tarquinio. No es de extrañar, dijo, que en Roma se le hubiera atribuído el epíteto de *tirano* (pues esto era lo que le llamaba habitualmente el pueblo, aunque sólo en voz baja), ¿Podía algo mostrar mejor que era un tirano que el modo en que jugaba con toda la nación Latina? Después de convocar a los jefes desde sus distantes hogares, el hombre que había pedido el Consejo no estaba presente. En realidad estaba tratando de saber cuán lejos podía llegar, de modo que si se sometían al yugo él podría aplastarlos. ¿Quién no vería que estaba trazando su camino a la soberanía sobre los latinos? Aun suponiendo que sus propios compatriotas hicieran bien en confiarle el poder supremo (en el supuesto de que se lo hubieran otorgado, en vez de haberlo ganado con un parricidio), los latinos no debían, incluso en tal caso, poner el poder en manos de un extranjero. Pero si su propio pueblo se entristecía amargamente con su dominio, viendo cómo estaban siendo asesinados, enviados al exilio, despojados de todos sus bienes, ¿podían los latinos esperar mejor destino? Si hubieran seguido el consejo del orador, se habrían vuelto a sus casas y habrían hecho tanto caso de la citación al Consejo como lo había hecho quien lo convocó. Justo mientras estos y otros sentimientos eran expuestos por el hombre que había ganado su influencia en Aricia por la traición y el crimen, Tarquinio apareció en la escena. Esto puso fin a su discurso, y todos dieron la espalda al orador para saludar al rey. Cuando se restableció el silencio, Tarquinio fue aconsejado por los que estaban cerca para que explicase por qué había llegado tan tarde. Dijo que, habiendo sido elegido mediador entre un padre y un hijo, se había retrasado por sus esfuerzos por reconciliarlos, y como el asunto le había había tomado todo el día, presentaría al día siguiente las medidas que había decidido. Se dice que, pese a esta explicación, Turno no dejó de comentar: ningún caso, argumentó, podría ocupar menos tiempo que el de uno entre un padre y un hijo, que podría ser resuelto con pocas palabras; si el hijo no cumplía los deseos del padre, se metía en problemas.

[1.51] Con estas censuras sobre el rey romano dejó el consejo. Tarquinio se tomó el asunto más en serio de lo que aparentó y enseguida comenzó a planear la muerte de Turno, a fin de que

aterrorizase a los latinos con el mismo terror con el cual había sojuzgado los espíritus de sus súbditos. Como no tenía poder para condenarle abiertamente a la muerte, ideó su destrucción mediante una falsa acusación. A través de algunos de los aricinos que se oponían a Turno, sobornó a un esclavo suyo para permitir que llevasen en secreto a sus cuarteles una gran cantidad de espadas. Este plan fue ejecutado en una noche. Poco antes del amanecer, Tarquinio convocó a los jefes de los latinosa su presencia, como si algo sucedido le hubiera producido gran alarma. Les dijo que su demora el día anterior había sido provocada por alguna providencia divina, pues había demostrado ser la salvación, tanto de ellos suya propia. Había sido informado de que Turno estaba planeando su asesinato y el de los hombres más importantes en las diferentes ciudades, para tener el poder absoluto sobre los latinos. Lo habría intentado el día anterior en el Consejo, pero el intento fue aplazado debido a la ausencia del convocante del Consejo, el principal objeto de su ataque. Por lo tanto las críticas formuladas contra él en su ausencia, pues debido a su retraso se habían frustrado sus esperanzas de éxito. Si las informaciones que le habían llegado eran cierta, no tenía ninguna duda de que, al inicio del Consejo al amanecer, Turno vendría armado y con muchos de los conspiradores. Se afirmó que se le había llevado un gran número de espadas. Si se trataba o no de un rumor podría comprobarse muy pronto y les pidió que lo acompañaran a ver a Turno. El carácter inquieto y ambicioso de Turno, su discurso del día anterior, y el retraso de Tarquinio, que explicaba fácilmente el aplazamiento de su asesinato, todo alimentaba sus sospechas. Fueron proclives a aceptar la declaración de Tarquinio, pero también a considerar toda la historia como carente de fundamento si las espadas no fuesen descubiertas. Cuando llegaron, Turno fue despertado y puesto bajo vigilancia, y los esclavos que por afecto a su amo se estaban preparando para su defensa fueron prendidos. Luego, cuando las espadas ocultas aparecieron por todos los rincones de su alojamiento, el asunto pareció demasiado cierto y Turno fue puesto en cadenas. En medio de gran tumulto se convocó en seguida un consejo de los latinos. La vista de las espadas, puestas en medio, despertó tan furioso resentimiento que fue condenado, sin ser oído en su defensa, a un modo de morir sin precedentes. Fue arrojado a la fuente Ferentina y ahogado poniendo sobre él una valla cargada con piedras.

[1.52] Después que los latinos volvieron a reunirse en el Consejo y que Tarquinio les hubiese agradecido el castigo infligido a Turno, acorde con sus designios parricidas, Tarquinio se dirigió a ellos de la siguiente manera: Fue en su mano ejercer un derecho de larga data pues , ya que todos los latinos remontaban su origen a Alba, estaban incluidos en el tratado hecho por Tulio por el cual el conjunto del Estado Albano con sus colonias pasaron bajo la soberanía de Roma. Pensaba, sin embargo, que sería más ventajoso para todas las partes si se renovaba ese tratado, a fin de que los latinos pudieran disfrutar de la prosperidad del pueblo romano, en lugar temer siempre al extranjero, o sufrir como ahora, la demolición de sus ciudades y la devastación de sus campos, como sucedió en el reinado de Anco y después, mientras su padre estaba en el trono. Los latinos fueron persuadidos sin mucha dificultad, aunque por el tratado Roma era el estado predominante, ya que vieron que los jefes de la Liga Latina daban su adhesión al rey, y Turno ofreció un ejemplo del peligro en que incurría cualquiera que se opusiera a los deseos del rey. Así se renovó el tratado, y se emitieron órdenes de los jóvenes entre los latinos se reunieran bajo las armas, de conformidad con el Tratado, un día determinado en el lugar de Ferentina. Cumpliendo la orden, se juntaron los contingentes de los treinta pueblos, y con el fin de privarlos de su propio general, de un mando separado, o de sus propios estandartes, unió una centuria latina y una romana dentro de un mismo manípulo, componiéndose el manípulo de ambas unidades y doblando su fuerza total, y puso a un centurión al mando de cada centuria.

[1,53] Aunque tiránico en su gobierno interior, el rey no era un general despreciable; en habilidad militar habría rivalizado con cualquiera de sus predecesores si la degeneración de su carácter en otros sentidos no le hubiese impedido alcanzar distinción también en este terreno. Fue el

primero en provocar la guerra con los volscos (una guerra que duró más de doscientos años tras él) y les tomó las ciudades de Pontino y Suessa. El botín fue vendido y se ingresaron cuarenta talentos de plata. A continuación, concibió ampliar el templo de Júpiter, que por su tamaño debía ser digno del rey de los dioses y los hombres, digno del Imperio Romano y digno de la majestad de la Ciudad misma. Dispuso de la suma antes mencionada para su construcción. La siguiente guerra le ocupó más de lo esperado. No pudiendo tomar la vecina ciudad de los gabios por asalto y resultar inútil tratar de asediarla, luego de ser derrotado bajo sus muros, empleó contra ella métodos que no tenían nada de romanos, es decir, el fraude y el engaño. Fingió haber renunciado a todo pensamiento de guerra y que se dedicaba devotamente a poner los cimientos del templo de Júpiter y otros trabajos en la ciudad. Mientras tanto, acordó que Sexto, el menor de sus tres hijos, se llegase a Gabii haciéndose pasar por refugiado, quejándose amargamente de la crueldad insoportable de su padre y declarando que había cambiado a su propia familia por la tiranía sobre los demás, e incluso consideró la presencia de sus hijos como una carga y que se preparaba a devastar a su propia familia tal como había devastado el Senado, de modo que no dejaría ningún descendiente, ni un solo heredero a la Corona. Había, dijo, escapado de la violencia asesina de su padre, y sentía que ningún lugar era seguro para él excepto entre los enemigos de Lucio Tarquinio. Que no se engañasen a sí mismos, la guerra que aparentemente había abandonado se cernía sobre ellos, y a la primera oportunidad les atacaría cuando menos lo esperasen. Si entre ellos no hubiese lugar para los suplicantes, vagaría por el Lacio, suplicaría a los volscos, a los ecuos, a los hernios, hasta encontrar a los que supiesen proteger a los hijos contra la persecución cruel y antinatural de sus padres. Tal vez hallaría pueblos con espíritu suficiente para tomar las armas contra un tirano despiadado respaldado por un pueblo guerrero. Como parecía probable que lo hiciese si no le prestaban atención, por su mal humor, el pueblo de Gabii le recibió con benignidad. Le dijeron que no se sorprendiese si su padre trataba a sus hijos como había tratado a sus propios súbditos y aliados; habiendo acabado con los demás también podría terminar asesinándolo a él. Ellos mostraron satisfacción por su llegada y expresaron su convicción de que con su ayuda a la guerra cambiaría de las puertas de Gabii a las murallas de Roma.

[1.54] Fue admitido en las reuniones del Consejo Nacional. Si bien expresó su acuerdo con los ancianos de Gabii sobre otros temas, de los que estaban mejor informados, les instaba constantemente a la guerra, y afirmó hablar con autoridad especial, porque estaba familiarizado con la fuerza de cada nación, y sabía que la tiranía del rey, que incluso sus propios hijos habían encontrado insoportable, era ciertamente odiada por sus súbditos. Así que después de inducir gradualmente a los dirigentes de los gabios a la revuelta, fue personalmente con algunos de los más entusiastas de entre los jóvenes en expediciones de saqueo. Al actuar hipócritamente, tanto en sus palabras como en sus acciones, se ganó cada vez más su engañada confianza y, por fin, fue elegido como comandante en la guerra. Mientras que la masa de la población ignoraba lo que pretendía, tuvieron lugar los combates entre Roma y Gabii con ventaja, en general, para éstos, hasta que todos los gabios, desde el más alto hasta el más bajo creyeron firmemente que Sexto Tarquinio había sido enviado por el cielo para dirigirlos. En cuanto a los soldados, por compartir todos sus trabajos y peligros fue muy apreciado, y por la distribución abundante del botín, se convirtió tan poderoso en Gabii como el anciano Tarquinio lo era en Roma.

Cuando se creyó lo suficientemente fuerte como para tener éxito en cualquier cosa intentase, envió a uno de sus amigos a su padre en Roma para preguntarle qué deseaba que hiciese ahora que los dioses le habían concedido el poder absoluto en Gabii. A este mensajero no se le dio respuesta verbal, porque, creo, desconfiaba de él. El rey entró en el jardín de palacio, sumido en sus pensamientos, seguido del mensajero de su hijo. Mientras caminaba en silencio, se dice que golpeó el más alto de los capullos de adormidera con su bastón. Cansado de pedir y esperar una respuesta, y sintiendo que su misión era un fracaso, el mensajero regresó a Gabii e informó de lo que había dicho y visto, y agregó que el rey, fuese por temperamento, por aversión personal o por su

arrogancia natural, no había pronunciado una sola palabra. Cuando se hizo evidente a Sextus lo que su padre deseaba de él por lo que hizo durante su misterioso silencio, procedió a deshacerse de todos los hombres del Estado difamando a algunos entre el pueblo, mientras que otros caían víctimas de su propia impopularidad. Muchos fueron ejecutados, algunos contra los que no habían cargos plausible fueron secretamente asesinados. A algunos se les permitió buscar la seguridad al huir o fueron enviados al exilio; sus propiedades, así como las de otros que fueron condenados a muerte, se repartieron en regalos y sobornos. La satisfacción que sintió cada receptor embotó su percepción sobre la agitación pública que se estaba forjando hasta que, privado de todo consejo y ayuda, el Estado de Gabii fue entregado al rey romano sin una sola batalla.

[1.55] Después de la toma de Gabii, Tarquinio hizo la paz con los ecuos y renovó el tratado con los etruscos. Luego volvió su atención a los asuntos de la Ciudad. Lo primero era el templo de Júpiter en el monte Tarpeyo, que estaba ansioso por legar como recuerdo de su reinado y de su nombre; todos los Tarquinios estaban interesados en su finalización, el padre lo había prometido, el hijo lo terminó. Para que el conjunto de la zona que el templo de Júpiter iba a ocupar pudiera ser enteramente dedicado a esa deidad, decidió desacralizar las capillas y sus terrenos circundantes, algunos de los cuales habían sido originalmente dedicados por el rey Tacio en la crisis de su batalla contra Rómulo y, posteriormente, consagrados e inaugurados. Dice la tradición que, al comienzo de estas obras, los dioses mandaron señales divinas sobre la grandeza futura del imperio, pues mientras que los presagios fueron favorables para la desacralización de todos los demás santuarios, resultaron desfavorables para la del templo de Terminus. Esto fue interpretado en el sentido de que, como la morada de Terminus no fue movida y sólo a él, de entre todos los dioses, le dejaron sus límites consagrados, las fronteras del futuro imperio serían firmes e inconmovibles. Este augurio de largo dominio fue seguido por un prodigio que presagiaba la grandeza del imperio. Se dice que mientras se estaba excavando los cimientos del templo, salió a la luz una cabeza humana con la cara íntegra; esta aparición presagiaba inequívocamente que el lugar sería la cabeza del imperio. Esta fue la interpretación dada tanto por los adivinos en la ciudad como por los que habían sido llamados desde Etruria. Los augurios incitaron el ánimo del rey; de tal manera que su porción del botín de Pomecia, que había sido apartada para completar la obra, a duras penas podía ahora sufragar el costo de los cimientos. Esto hace que me incline a confiar en Fabio (que, además, es la autoridad más antigua) cuando dice que la cantidad fue de sólo cuarenta talentos, en lugar de en Pisón, quien afirma que se apartaron con este fin cuarenta mil libras de plata. Porque no sólo es una suma mayor de la esperable del botín de una ciudad única en ese momento, sino que sería más que suficiente para los cimientos del edificio más suntuoso de la actualidad.

[1,56] Decidido a terminar el templo, mandó llamar obreros de todas partes de Etruria, y no sólo empleó el erario público para sufragar los gastos, sino que también obligó a los plebeyos a tomar parte en la obra. Este fue además de su servicio militar, y para nada resultó una carga ligera. Todavía se sufrían menos de una dificultad como construir los templos de los dioses con sus propias manos, como lo hicieron después, cuando fueron destinados a otras tareas menos imponentes pero de mayor fatiga (la construcción de plazas junto al Circo y la de la Cloaca Máxima, un túnel subterráneo para recibir todas las aguas residuales de la Ciudad). La magnificencia de estas dos obras difícilmente podría ser igualada por ninguna de la actualidad. Cuando los plebeyos ya no eran necesarios para estas obras, consideró que tal multitud de desempleados resultarían en una carga para el Estado, y como deseaba colonizar con más intensidad las fronteras del imperio, envió colonos a Signia y Circeii para que sirvieran de protección a la Ciudad por tierra y mar. Mientras estaba llevando a cabo estas empresas, ocurrió un presagio terrible: una serpiente salió de una columna de madera, provocando confusión y pánico en palacio. El propio rey no estaba tan aterrado como lleno de ansiosos presentimientos. Los adivinos etruscos eran empleados sólo para interpretar prodigios que afectasen al Estado; pero éste le incumbía a él personalmente y a su casa, por lo que

decidió enviar a consultar al más famoso oráculo del mundo, en Delfos. Temeroso de confiar la respuesta del oráculo a cualquier otra persona, envió a dos de sus hijos a Grecia, a través de tierras desconocidas en ese tiempo y de mares mucho menos conocidos. Tito y Arruncio comenzaron su viaje. Tenían como un compañero de viaje a L. Junio Bruto, el hijo de la hermana del rey, Tarquinia, un joven de un carácter muy diferente del que fingía tener. Cuando se enteró de la masacre de los principales ciudadanos, entre ellos su propio hermano, por órdenes de su tío, determinó que su inteligencia debía dar el rey motivo de alarma, ni su fortuna provocar su avaricia, y que, ya que las leyes no le ofrecían protección, buscaría la seguridad en la oscuridad y el abandono. En consecuencia, cuidó tener el aspecto y el comportamiento de un idiota, dejando al rey hacer lo que quisiera con su persona y bienes, y ni siquiera protestar contra su apodo de *Brutus*; pues bajo la protección de ese apodo esperaba el espíritu que estaba destinado a liberar un día a Roma. La historia cuenta que cuando fue llevado a Delfos por los Tarquinios, más como un bufón para su diversión que como un compañero, llevaba un bastón de oro encerrado en el hueco de otro de madera y lo ofreció a Apolo como un emblema místico de su propio carácter. Después de cumplir el encargo de su padre, los jóvenes estaban deseosos de averiguar cuál de ellos heredaría el reino de Roma. Se oyó una voz desde lo más profundo de la caverna: *Quien de vosotros, jóvenes, sea el primero en besar a su madre, tendrá el poder supremo en Roma.* Sexto se había quedado en Roma, y para mantenerlo en la ignorancia de este oráculo y así privarle de la oportunidad de llegar al trono, los dos Tarquinios insistió en mantener un silencio absoluto sobre el tema. Echaron a suertes cuál de ellos sería el primero en besar a su madre a su regreso a Roma. Bruto, pensando que la voz del oráculo tenía otro significado, fingió tropezar, y al caer besó el suelo, pues la tierra es, por supuesto, nuestra madre común. Luego regresó a Roma, donde se estaban haciendo enérgicos preparativos para una guerra con los rútulos.

[1.57] Este pueblo, que estaba en ese momento en posesión de Ardea, fue, considerando la naturaleza de su país y la época en que vivían, excepcionalmente rico. Esta circunstancia fue el motivo real de la guerra, porque el rey romano estaba deseoso de reparar su propia fortuna, que se había agotado por la escala de sus magníficas obras públicas, y también para conciliarse con sus súbditos mediante la distribución del botín de guerra. Su tiranía ya había producido descontento, pero lo que se trasladó el especial resentimiento fue la forma en el rey les había mantenido tanto tiempo en labores manuales e incluso en trabajos serviles. Se hizo un intento de tomar por asalto Ardea; al no poder, recurrió a asediar la ciudad para matar de hambre al enemigo. Cuando las tropas están quietas, como es el caso de los asedios, en vez de en campaña activa, es fácil de conceder permisos de salida, más a los oficiales, sin embargo, que a los soldados. Los príncipes reales a veces pasaban sus horas de ocio en fiestas y diversiones, y en una fiesta dada por Sexto Tarquinio Colatino en la que el hijo de Egerius estuvo presente, la conversación pasó a girar sobre sus esposas, y cada uno comenzó a hablar de la suya propia con extraordinarias palabras de alabanza. Encendidos con la discusión, Colatino dijo que no había necesidad de palabras, en pocas horas se podría comprobar hasta qué punto su Lucrecia era superior a las demás. *¿Por qué no?*, exclamó, *¿si tenemos algún vigor juvenil, montamos a caballo y hacemos a nuestras esposas una visita y veremos su condición según lo que estén haciendo? Como sea su comportamiento ante la llegada inesperada de su marido, así será la prueba más segura*. Ellos se habían calentado con el vino, y todos gritaron: *¡Bien! ¡Vamos!* Espoleando a los caballos galoparon a Roma, a donde llegaron cuando la oscuridad comenzaba a cerrar. Desde allí fueron a Colacia, donde encontraron a Lucrecia empleada de manera muy diferente a como estaban las nueras del rey, a quienes habían visto pasar el tiempo entre fiestas y lujo, con sus conocidos. Ella estaba sentada hilando la lana y rodeada de sus en medio de sus criadas. La palma en este concurso sobre la virtud de las esposas se otorgó a Lucrecia. Acogió con satisfacción la llegada de su marido y los Tarquinios, mientras que su esposo victorioso cortésmente invitaba a los príncipes a permanecer en calidad de huéspedes. Sexto Tarquinio, inflamado por la belleza y la pureza ejemplar de Lucrecia, tuvo la vil intención de

deshonrarla. Y con el pensamiento de esta travesura juvenil regresó al campamento.

[1.58] Pocos días después Sexto Tarquinio fue, sin saberlo Colatino, con un compañero a Colacia. Fue recibido amablemente en el hogar, sin ninguna sospecha, y después de la cena fue conducido a un dormitorio separado para huéspedes. Cuando todo le pareció seguro y todo el mundo dormía, fue con la agitación de su pasión armado con una espada donde dormía Lucrecia, y poniendo la mano izquierda sobre su pecho, le dijo: *¡Silencio, Lucrecia! Soy Sexto Tarquinio y tengo una espada en mi mano, si dices una palabra, morirás*. La mujer, despertada con miedo, vio que no había ayuda cercana y que la muerte instantánea la amenazaba; Tarquino comenzó a confesar su pasión, rogó, amenazó y empleó todos los argumentos que pueden influir en un corazón femenino. Cuando vio que ella era inflexible y no cedía ni siquiera por miedo a morir, la amenazó con su desgracia, declarando que pondría el cuerpo muerto de un esclavo junto a su cadáver y diría que la había hallado en sórdido adulterio. Con esta terrible amenaza, su lujuria triunfó sobre la castidad inflexible de Lucrecia y Tarquino salió exultante tras haber atacado con éxito su honor. Lucrecia, abrumada por la pena y el espantoso ultraje, envió un mensajero a su padre en Roma y a su marido en Ardea, pidiéndoles que acudieran a ella, cada uno acompañado por un amigo fiel; era necesario actuar, y actuar con prontitud , pues algo horrible había sucedido. Espurio Lucrecio llegó con Publio Valerio, el hijo de Voleso; Colatino, con Lucio Junio Bruto, a quien encontró regresando a Roma cuando estaba con el mensajero de su esposa. Encontraron a Lucrecia, sentada en su habitación y postrada por el dolor. Al entrar ellos, estalló en lágrimas, y al preguntarle su marido si todo estaba bien, respondió: *¡No! ¿Qué puede estar bien para una mujer cuando se ha perdido su honor? Las huellas de un extraño, Colatino, están en tu cama. Pero es sólo el cuerpo lo que ha sido violado, el alma es puro; la muerte será testigo de ello. Pero dame tu solemne palabra de que el adúltero no quedará impune. Fue Sexto Tarquino quien, viniendo como enemigo en vez de como invitado, me violó la noche pasada con una violencia brutal y un placer fatal para mí y, si sois hombres, fatal para él*. Todos ellos, sucesivamente, dieron su palabra y trataron de consolar el triste ánimo de la mujer, cambiando la culpa de la víctima al ultraje del autor e insistiéndole en que es la mente la que peca, no el cuerpo, y que donde no ha habido consentimiento no hay culpa. *Es por ti*, dijo ella, *el ver que él consigue su deseo, aunque a mí me absuelva del pecado, no me librará de la pena; ninguna mujer sin castidad alegará el ejemplo de Lucrecia*. Ella tenía un cuchillo escondido en su vestido, lo hundió en su corazón, y cayó muerta en el suelo. Su padre y su marido se lamentaron de la muerte.

[1,59] Mientras estaban encogidos en el dolor, Bruto sacó el cuchillo de la herida de Lucrecia, y sujetándolo goteando sangre frente a él, dijo: *Por esta sangre (la más pura antes del indignante ultraje hecho por el hijo del rey) yo juro, y a vosotros, oh dioses, pongo por testigos de que expulsaré a Lucio Tarquinio el Soberbio, junto con su maldita esposa y toda su prole, con fuego y espada y por todos los medios a mi alcance, y no sufriré que ellos o cualquier otro vuelvan a reinar en Roma.* Luego le entregó el cuchillo a Colatino y luego a Lucrecio y Valerio, que quedaron sorprendidos de su comportamiento, preguntándose dónde había adquirido Bruto ese nuevo carácter. Juraron como se les pidió; todo su dolor cambiado en ira, y siguieron el ejemplo de Bruto, quien les convocó a abolir inmediatamente la monarquía. Llevaron el cuerpo de Lucrecia de su casa hasta el Foro, donde a causa de lo inaudito de la atrocidad del crimen, reunieron una multitud. Cada uno tenía su propia queja sobre la maldad y la violencia de la casa real. Aunque todos fueron movidos por la profunda angustia del padre, Bruto les ordenó detener sus lágrimas y ociosos lamentos, y les instó a actuar como hombres y romanos, y tomar las armas contra sus insolentes enemigos. Esto animó a los hombres más jóvenes se presentaron armados, como voluntarios, el resto siguió su ejemplo. Una parte de este cuerpo fue dejado para guardar Colacia, y los guardias estaban apostados en las puertas para evitar que las noticias del movimiento alcanzaran al rey; el resto marchó armado a Roma con Bruto al mando. A su llegada, la visión de tantos hombres

armados esparció el pánico y la confusión donde quiera que llegasen, pero al ver de nuevo el pueblo que los más importantes hombres del Estado guiaban la revuelta, se dieron cuenta de que el motín era de la mayor gravedad. El terrible suceso no produjo menos indignación en Roma de la que había producido en Colacia; de todos los barrios de la Ciudad acudían gentes hacia el Foro. Cuando se hubieron reunido allí, el heraldo los convocó a atender al Tribuno de los Celeres, que era la magistratura que Bruto detentaba por entonces. Hizo un discurso muy distinto del esperado al que, hasta ese día, se suponía a su carácter y temperamento. Insistió en la brutalidad y el desenfreno de Sexto Tarquinio, el infame atentado contra Lucrecia y su muerte lamentable, la pérdida sufrida por su padre, Tricipitino, a quien el motivo de la muerte de su hija era más vergonzoso y doloroso que la muerte por sí misma. Luego hizo hincapié en la tiranía del rey, los trabajos y sufrimientos de los plebeyos mantenidos bajo tierra y limpiando zanjas y alcantarillas; ¡romanos, conquistadores de todas las naciones circundantes, vueltos de guerreros en artesanos y albañiles! Les recordó el asesinato vergonzoso de Servio Tulio y su hija conduciendo en su maldito carro sobre el cuerpo de su padre, y solemnemente invocó a los dioses como los vengadores de los padres asesinados. Al enumerar estos y, creo, otros incidentes aún más atroces que su agudo sentido de la injusticia actual le sugerían, pero que no es fácil explicar con detalle, incitó a la multitud indignada a despojar al rey de su soberanía y pronunciar un pena de expulsión contra Tarquinio con su esposa e hijos. Con un cuerpo selecto de los *iuniores*, que se ofreció a seguirlo, se fue al campamento de Ardea para incitar el ejército contra el rey, dejando el mando en la Ciudad a Lucrecio, que había sido prefecto de la Ciudad bajo el rey. Durante la conmoción Tulia huyó del palacio en medio de las maldiciones de todos los que la reconocían, hombres y mujeres por igual invocando contra ella el espíritu vengador de su padre. *(509 a.C.)*

[1,60] Cuando la noticia de estos sucesos llegó al campamento, el rey, alarmado por el giro que tomaban los acontecimientos, se apresuró a volver Roma para sofocar el brote. Bruto, que estaba en el mismo camino, se había enterado de su aproximación y para evitar encontrarse con él tomó otro camino, de modo que él llegó a Ardea y Tarquinio a Roma casi al mismo tiempo, aunque de diferentes maneras. Tarquinio encontró las puertas cerradas y dictado un decreto de expulsión contra él; el Libertador de la Ciudad recibió una alegre bienvenida en el campamento y expulsaron de él a los hijos del rey. Dos de ellos siguieron a su padre en el exilio, en Caere, entre los etruscos. Sexto Tarquinio marchó a Gabii, que consideraba su reino, pero fue asesinado en venganza por las viejas rencillas que habían provocado su rapiña y asesinatos. Lucio Tarquinio el Soberbio reinó veinte y cinco años. La duración total de la monarquía desde la fundación de la Ciudad hasta su liberación fue de doscientos cuarenta y cuatro años. Fueron elegidos dos cónsules por la asamblea de las centurias, convocada por el prefecto de la Ciudad, de acuerdo con las normas de Servio Tulio. Eran Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquinio Colatino.

LIBRO II: LOS PRIMEROS AÑOS DE LA REPÚBLICA

[2,1] Es de la Roma libre de la que de ahora en adelante voy a escribir la historia (su administración pública y el desarrollo de sus guerras, de sus magistrados elegidos anualmente, de la supremacía de la autoridad de sus leyes sobre todos sus ciudadanos. La tiranía del último rey hizo esta libertad aún más bienvenida, pues tal había sido el gobierno de los reyes anteriores que no sin merecimientos pueden ser considerados como los fundadores de las divisiones, en todo caso, de la Ciudad; pues las ampliaciones que se hicieron fueron necesarias para asentar la incrementada población que ellos mismos habían aumentado. No hay duda de que el Bruto que ganó tanta gloria a través de la expulsión del Soberbio hubiese causado la más grave lesión al Estado si se hubiese arrogado la soberanía de cualquier de los antiguos reyes con la excusa del deseo de una libertad para la que el pueblo no estaba maduro. ¿Cuál hubiera sido el resultado si esa horda de pastores e inmigrantes, fugitivos de sus propias ciudades, que habían conseguido la libertad, o la impunidad de sus acciones, al amparo de un asilo inviolable si, digo, hubieran sido liberados del poder restrictivo de los reyes y, agitados por los disturbios del tribuno, hubieran empezado a fomentar querellas con los patricios en una Ciudad donde antes habían sido extranjeros, antes de que pasado el tiempo suficiente para crear lazos familiares o un creciente amor por su territorio se hubiera efectuado la unión de sus corazones? El Estado naciente habría sido despedazado por las disensiones internas. Pero fue, sin embargo, la autoridad moderada y tranquilizante de los reyes la que había fomentado el modo en que por fin llegaron los frutos de la libertad justo en la madurez de su fuerza. Pero el origen de la libertad se puede determinar en este momento más bien por la limitación de la autoridad consular a un año que por el debilitamiento de la autoridad que los reyes habían detentado. Los primeros cónsules conservaron toda la antigua jurisdicción e insignias de la magistratura; uno por turno, sin embargo, tuvo las *fasces*[20], para evitar el temor que podría haber inspirado la doble visión de ambos con tales símbolos de terror. Por concesión de su colega, Bruto las tenido primero, y no fue menos celoso en la guarda de la libertad pública de lo que lo había sido en su consecución. Su primer acto fue garantizar que el pueblo, que ahora estaban celoso de su recién recuperada libertad, no fuese influido por ruegos o sobornos del rey. Por lo tanto, les hizo jurar que no sufrirían que ningún hombre reinase en Roma. El Senado había disminuido por la crueldad asesina de Tarquinio, y la preocupación siguiente de Bruto fue la de fortalecer su influencia mediante la selección de algunos de los principales hombres del orden ecuestre para llenar las vacantes; por este medio lo restauró a su antiguo número de trescientos. Los nuevos miembros fueron conocidos como *conscripti*, los antiguos conservaron su denominación de *patres*. Esta medida tuvo un efecto maravilloso en la promoción de la armonía en el Estado al llevar a los patricios y los plebeyos juntos al Senado.

[2,2] Después volvió su atención a los asuntos de la religión. Determinadas funciones públicas habían sido ejecutadas hasta entonces por los reyes en persona; con objeto de sustituirlos, instituyó en su lugar un *rex sacrorum*, y para que no pudiera convertirse en rey en nada más que el nombre, y que no amenazase esa libertad que era su principal preocupación, su magistratura estaba subordinada a la del Pontífice Máximo. Creo que llegaron a medidas poco razonables para garantizar su libertad en todos los aspectos, hasta en los más nimios. El segundo cónsul (L. Tarquinio Colatino) llevaba un nombre impopular (este era su único delito) y los ciudadanos decían que los Tarquinios ya habían estado demasiado tiempo en el poder. Empezaron con Prisco; luego reinó Servio Tulio y después Tarquinio el Soberbio, que incluso después de esta interrupción no había perdido de vista el trono que antes ocupase, recuperado mediante el crimen y la violencia como posesión hereditaria de su linaje. Y ahora que había sido expulsado, su poder estaba siendo

20 Haz de lictores: unión de 30 varas ,una por cada curia de la antigua Roma, atadas de manera ritual con una cinta de cuero rojo formando un cilindro y que sujetaba en un lado un hacha común o labrys. Acompañaban a los magistrados curules como símbolo de la autoridad de su imperium y su capacidad para ejercer la justicia [N. del T.]

ejercido por Colatino; los Tarquinios no sabían cómo vivir como ciudadanos privados, su sólo nombre era ya un peligro para la libertad. Cuáles fueran los primeros rumores en convertirse en la comidilla de la ciudad, como la gente se estaba volviendo suspicaz y se alarmase, Bruto convocó una asamblea. En primer lugar repasó el juramento del pueblo, de que no sufrirían que ningún hombre reinase o viviese en Roma por quien las libertades públicas fueran puestas en peligro. Esto se debía procurar con el máximo cuidado, sin parar en medios para ello. El respeto personal le hacía reacio a hablar, y no lo habría hecho de no sentirse obligado por su afecto a la Comunidad. El pueblo romano consideraba que su libertad no estaba aún plenamente ganada; la estirpe real, el nombre real, todavía estaba allí, no sólo entre los ciudadanos, sino en el gobierno; en tal hecho se apreciaba una injuria, un obstáculo a la plena libertad. Volviéndose a su colega, dijo: *Estos temores son por ti, L. Tarquinio, para que vayas al destierro por tu propia voluntad. No hemos olvidado, te lo aseguro, que expulsaste a la gens del rey; termina bien tu obra y expulsa su mismo nombre. Tus conciudadanos, bajo mi responsabilidad, no sólo no pondrán la mano sobre tus propiedades sino que si necesitas cualquier cosa se te añadirá con generosidad abundante. Ve, como amigo nuestro, y alivia a la Comunidad de un miedo, quizá, sin fundamento: los ciudadanos están convencidos de que sólo con la marcha de toda la gens, la tiranía de los Tarquinios terminará.* Al principio el cónsul se quedó mudo de asombro ante esta extraordinaria petición; después, cuando quiso empezar a hablar, los hombres principales de la comunidad le rodearon y le rogaban repetidamente lo mismo, aunque con poco éxito. No fue hasta que Espurio Lucrecio, su superior en edad y grado, y también su suegro, comenzó a emplear todos los medios de súplica y persuasión, que se rindió a la voluntad unánime. El cónsul, temiendo que después que hubiese expirado su año de mandato y regresase a la vida privada, le exigiesen lo mismo junto con la pérdida de sus propiedades y la ignominia de la expulsión, abdicó del consulado, y después de trasladar todas sus cosas a Lanuvio, se retiró. Un decreto del Senado facultó a Bruto para proponer al pueblo el exilio de todos los miembros de la casa de Tarquinio. Llevó a cabo la elección de un nuevo cónsul, y las centurias eligieron como su colega a Publio Valerio, que había actuado con él en la expulsión de la *gens* real.

[2,3] Aunque nadie dudaba de que la guerra con los Tarquinios era inminente, no llegó tan pronto como todos esperaban. Lo que no se esperaba, sin embargo, era que mediante la intriga y la traición estuviese todo a punto de perderse. Había en Roma algunos hombres jóvenes de alta cuna que durante el último reina habían hecho cuanto querían y, habiendo sido compañeros de juergas de los jóvenes Tarquinios, estaban acostumbrados a llevar una vida principesca. Ahora que todos eran iguales ante la ley, perdieron su antigua licencia y se quejaban de que la libertad que otros disfrutaba les había esclavizado; pues mientras que hubo un rey, hubo una persona de la que podían conseguir lo que querían, lícito o no, había lugar para la influencia personal y la amabilidad, podía mostrar severidad o indulgencia, podía discriminar entre sus amigos y sus enemigos. Pero la ley era una cosa, sorda e inexorable, más favorable a los débiles que a los poderosos, sin ninguna indulgencia o perdón para los transgresores; era peligroso confiar al error humano la pervivencia de la inocencia. Habiendo llegado ellos mismos a tal estado de descontento, llegaron legados de la *gens* real con una demanda para la devolución de sus bienes sin ninguna alusión a su posible retorno. Se les concedió una audiencia por el Senado, y el asunto se discutió durante algunos días; se expresaron temores de que la no devolución sería tomada como un pretexto para la guerra, mientras que si los devolvían les proporcionarían los medios para hacerla. Los legados, mientras tanto, se dedicaron a otro asunto: mientras que aparentaban ostensiblemente estar buscando sólo la devolución de los bienes, se dedicaban en secreto a intrigar para recuperar la corona. Mientras tanteaban a los nobles jóvenes en favor de su objetivo aparente, les sondearon sobre sus otros propósitos y, encontrándoles con disposición favorable, les entregaron cartas que les dirigían los Tarquinios y discutieron planes para introducirlos, secretamente por la noche, en la Ciudad.

[2,4] El proyecto fue confiado, al principio, a los hermanos Vitelios y Aquilios. La hermana

de los Vitelios estaba casada con el cónsul Bruto, y tuvo hijos de este matrimonio: Tito y Tiberio. Sus tíos les introdujeron en la conspiración; había otros más, cuyos nombres se han perdido. Mientras tanto, la opinión de que las propiedades debían ser devueltas resultó aprobada por la mayoría del Senado, lo que permitió a los legados prolongar su estancia, pues los cónsules les pidieron tiempo para proporcionar vehículos con los que transportar las mercancías. Se emplearon su tiempo en consultas con los conspiradores e insistían en obtener una carta que entregarían a los Tarquinios, pues sin esa garantía, argumentaban, ¿cómo podían estar seguros de que sus legados no habían traído promesas vacías en cuestión de importancia tan grande? En consecuencia, se les entregó una carta como prenda de buena fe, y esto era lo que condujo al descubrimiento de la trama. El día anterior a la salida de los legados, sucedió que fueron a cenar a casa de los Vitelios. Después de todos los que no estaban en el secreto se hubieron marchado, los conspiradores discutieron muchos detalles respeto a su prevista traición a la patria, que fueron escuchados por uno de los esclavos que había sospechado que algo se tramaba, pero que estaba esperando el momento en que la carta fuese entregada, ya que su captura sería una prueba completa del complot. Después que hubo sido entregada, reveló el asunto a los cónsules. De inmediato procedieron a detener a los legados y a los conspiradores, y abortaron la conjura sin suscitar alarma alguna. Su primer cuidado fue asegurar la carta antes de que fuese destruida. Los traidores fueron inmediatamente enviados a prisión, había algunas dudas sobre el trato que dar a los legados, y a pesar de que evidentemente habían sido culpables de un acto hostil, se les concedió el derecho de gentes.

[2,5] La cuestión de la devolución de los bienes volvió a ser tratada por el Senado, que cediendo a sus sentimientos de ira prohibió su devolución y prohibió que se llevaran al Tesoro; se entregó como botín a la plebe, para que su participación en el expolio destruyese para siempre toda perspectiva de relaciones pacíficas con los Tarquinos. La tierra de los Tarquinios, que se extendía entre la ciudad y el Tíber, fue en lo sucesivo consagrada a Marte y conocida como el Campo de Marte. Ocurrió, según se dice, que había un cultivo de farro[21] que estaba maduro para la cosecha y, como habría sido un sacrilegio consumir lo que había crecido en el campo, se envió una gran cantidad de hombres a segarlo. Lo llevaron todo, incluida la paja, en cestas hasta el Tíber y lo tiraron al río. Era a la altura del verano y la corriente venía baja, por consiguiente el farro quedó atrapado en las aguas poco profundas y montones quedaron cubiertos de barro; gradualmente, a medida que los desechos que el río arrastraba se amontonaban allí, se formó una isla. Creo que se aumentó posteriormente y se reforzó para que la superficie tuviese la suficiente altura sobre las aguas y la suficiente firmeza como para sostener templos y columnatas. Después que se dispuso de las propiedades reales, se condenó y ejecutó a los traidores. Su castigo produjo una gran sensación, debido al hecho de que la magistratura consular impuso a un padre el deber de castigar a sus propios hijos; y quien no debería haberlo contemplado estaba destinado a ser el vigilase que fuera efectivamente cumplido. Los jóvenes pertenecientes a las más nobles gens estaban de pie, atados al poste, pero todas las miradas se dirigieron a los hijos del cónsul, a los demás no les prestaban. Los hombres no lloraban tanto por el castigo como por el delito en que habían incurrido: que hubiesen concebido la idea, aquel año sobre todos, de traicionar por alguien que había sido un tirano cruel y ahora un exiliado y un enemigo, a una patria recién liberada, a su padre, que la había liberado, al consulado que se había originado en la casa Junia, al Senado, a la plebe, a todo lo que Roma tenía de humano o divino. Los cónsules tomaron asiento, se ordenó a los lictores que ejecutasen la pena, azotando sus espaldas desnudas con varas y luego decapitándolos. Durante todo el tiempo, el rostro del padre traicionó a sus sentimientos, pero la severa resolución del padre fue todavía más evidente a medida que supervisó la ejecución pública. Después que el culpable pagase su pena, un ejemplo notable de diferente naturaleza actuó como disuasión para la delincuencia, al informante se le entregó una suma de dinero del Tesoro Público, se le dio la libertad y los derechos de ciudadanía. Se dice que fue el primero en ser liberado por "vindicta". Algunos suponen que esta designación se

21 Gramínea parecida al trigo. Del latín fars vine el castellano harina. [N. del T.]

derivó de su nombre, Vindicius. Después de él, fue norma que a aquellos que fuesen liberados de esta manera se les admitiese en la ciudadanía.

[2,6] Un informe detallado de estos hechos llegó a Tarquinio. No sólo estaba furioso por el fracaso de los planes de los que había esperado tanto, sino que estaba lleno de ira al encontrar bloqueado el camino de sus intrigas secretas; por consiguiente, determinó ir a la guerra abierta. Visitó las ciudades de Etruria y solicitó ayuda; en particular, imploró a los pueblos de Veyes y Tarquinia que no permitieran que ante sus ojos muriese uno de su propia sangre, y que de ser un poderoso monarca quedase ahora, junto a sus hijos, sin hogar y derrocado. Otros, dijo, habían sido invitados desde el extranjero para reinar en Roma; él, el rey, mientras extendía el gobierno de Roma mediante guerra victoriosa, había sido expulsado por la más infame conspiración de sus parientes más cercanos. No tenían una sola persona entre ellos a quien considerasen digno de reinar, así que se habían repartido la autoridad real entre ellos y habían dado sus propiedades como botín al pueblo, para que todos estuviesen involucrados en el crimen. Quería recuperar su patria y su trono, y castigar a sus súbditos ingratos. Los veyentinos debían ayudarlo y proveerlo de suministros, debían mirar por vengar sus propios agravios: sus legiones a menudo despedazadas o los territorios que les tomaron. Esta llamada decidió a los veyentinos; todos y cada uno gritaban reclamando que se borrarían sus humillaciones y se recuperarían sus pérdidas ahora que tenían un romano para para guiarlos. El pueblo de Tarquinia se movilizó por el nombre y la nacionalidad del exiliado, pues se sentían orgullosos de que un compatriota fuese rey de Roma. Así que dos ejércitos de estas ciudades se unieron a Tarquinio para recuperar la corona y castigar a los romanos. Cuando hubieron entrado en territorio romano, los cónsules avanzaron contra ellos; Valerio con la infantería en cuatro formaciones, Bruto efectuando reconocimientos por delante con la caballería. Del mismo modo, la caballería del enemigo se encontraba por delante del cuerpo principal del ejército con Aruncio Tarquinio, hijo del rey, al mando de aquélla; el propio rey le seguía con sus legiones. Aunque todavía había distancia entre ellos, Aruncio distinguió al cónsul por su escolta de lictores; conforme se aproximaban, pudo distinguir claramente a Bruto por sus facciones, y en un arrebato de ira exclamó: *¡Ese es el hombre que nos expulsó de nuestro país; miradle avanzar, llevando con orgullo nuestra insignia! ¡Dioses, vengadores de reyes, ayudadme!* Con estas palabras, clavó espuelas en su caballo y se dirigió directamente hacia el cónsul. Bruto vio que que venía hacia él. Era asunto de honor en esos días que los líderes entablaran combate singular, así que aceptó el reto con entusiasmo y se cargaron con tal furia, sin pensar ninguno en protegerse como si sólo ellos pudiesen herir a su enemigo, que ambos chocaron sus lanzas al mismo tiempo contra el escudo contrario, y cayeron mortalmente heridos de sus caballos, con las lanzas ensartándoles. El resto de las caballerías se enfrentaron a continuación y no mucho después llegaron las infanterías. La batalla se combatió con distinta fortuna, ambos ejércitos estaban igualados; el ala derecha de cada uno salió victoriosa, el ala izquierda de cada uno fue derrotada. Los veyentinos, acostumbrados a la derrota de manos romanas, huyeron dispersándose, pero los tarquinios, un enemigo nuevo, no sólo mantuvo su posición, sino que obligó a los romanos a ceder terreno.

[2,7] Después que la batalla se desarrollase así, un inmenso pánico, tan grande, se apoderó de los tarquinios y los etruscos que ambos ejércitos de veyentinos y tarquinios, al llegar la noche, desesperaron de vencer, abandonaron el campo de batalla y volvieron a sus casas. Además de para una batalla, hubo lugar para el milagro. En el silencio de la noche siguiente a la batalla, se dice que fue oída una poderosa voz que venía del bosque de Arsia, creyeron que era la voz de Silvano[22], que habló así: *Los caídos de los Tuscos*[23] *son uno más que los de su enemigo; los romanos han ganado la batalla*. En todo caso, los romanos abandonaron el campo de batalla como vencedores; los etruscos también se consideraban victoriosos, pues cuando llegó la luz del día no apareció un solo

---

22 Dios de los bosques, campos y granjeros. [N. del T.]
23 Otro apelativo romano para etruscos. [N. del T.]

enemigo a la vista. P. Valerio, el cónsul, recogió el botín y regresó en triunfo a Roma. Celebró los funerales por su colega con toda la pompa posible en esos días; pero mucho mayor honor fue el hecho al muerto por el luto general, que resultó especialmente notable por el hecho de que las matronas llevasen luto por él durante todo un año, porque había sido designado como vengador de la castidad violada. Después de esto el cónsul sobreviviente, que había gozado del favor de la multitud, se vio (tal es la inconstancia de la plebe) no sólo impopular, sino objeto de sospecha, y una de carácter muy grave. Se rumoreaba que aspiraba a la monarquía, porque no había celebrado elecciones para sustituir a Bruto, y que se estaba construyendo una casa en la parte superior de la Velia, una fortaleza inexpugnable en esa posición alta y fuerte. El cónsul se sintió ofendido al ver que tales rumores eran tan extensamente creídos y convocó al pueblo a una asamblea. Al llegar él, las fasces se abatieron, para gran alegría de la multitud, que comprendió que era ante ellos que se abatían como confesión abierta de que la dignidad y poder del pueblo eran mayores que las del cónsul. Entonces, después de obtener el silencio, empezó a elogiar la buena fortuna de su colega que había encontrado la muerte, como libertador de su país, y que poseía el más alto honor que puede obtenerse: morir luchando por la república y que su gloria permaneciera intacta frente a los celos y la desconfianza. En cambio él mismo no sobrevivía a su gloria y había caído en días de sospecha y oprobio; de ser un libertador de su patria se había hundido hasta el nivel de los Aquilios y Vitelios. *¿Nunca habéis considerado*, les gritó, *tan seguros los méritos de un hombre que fuera imposible mancharlo con sospechas? ¿Teméis que yo, el más decidido enemigo de los reyes, quiera a mi vez reinar? Incluso si yo morase en la Ciudadela del Capitolio, ¿creería posible que fuese temido por mis conciudadanos? ¿Me ha sido tal reputación colgada de hilos tan débiles? ¿Reposa vuestra confianza sobre tan débiles cimientos que os importa más dónde estoy que quién soy? La casa de Publio Valerio no será freno a vuestra libertad, Quirites. Vuestra Velia no será edificada. No sólo edificaré mi casa a nivel del suelo, sino que se moverá a la parte inferior de la colina que podáis vivir por encima de los ciudadanos de quienes sospecháis. Que los moradores de la Velia sean estimados como más amigos de la Libertad de Publio Valerio.* Todos los materiales de construcción fueron llevados inmediatamente abajo de la Velia y su casa se construyó en la parte más inferior de la colina, donde ahora se levanta el templo de Vica Pota[24].

[2,8] Se aprobaron leyes que no sólo apartaron toda sospecha del cónsul, sino que produjeron la reacción de ganarse el afecto de la gente, de ahí su sobrenombre de Publícola. Las más populares de tales leyes fueron las que concedían el derecho de apelar al pueblo contra la sentencia de un magistrado y la que permitía consagrar a los dioses la persona y los bienes de cualquiera que albergase proyectos de convertirse en rey. Valerio obtuvo la aprobación de estas leyes mientras que todavía era cónsul en solitario, para que el pueblo sólo se sintiese agradecido a él; después convocó las elecciones para la designación de un colega. El cónsul elegido fue Espurio Lucrecio. Pero éste no tenía, debido a su avanzada edad, la fuerza suficiente para desempeñar las funciones de su cargo y a los pocos días murió. Fue elegido en su lugar Marco Horacio Pulvilo. No he encontrado mención, en algunos autores antiguos, a Lucrecio, apareciendo Horacio nombrado inmediatamente después de Bruto; como no pudo hacer nada digno de mención durante su magistratura, supongo, se perdió su memoria. Aún no se había consagrado el templo de Júpiter en el Capitolio, y los cónsules echaron a suerte quién lo dedicaría. La suerte cayó en Horacio. Publícola partió para la guerra contra los veyentinos. Sus amigos se mostraron molestos porque la dedicación de tan ínclito templo correspondiese a Horacio, y trataron por todos los medios de impedirlo. Cuando todo lo demás falló, trataron de alarmar el cónsul, mientras él sujetaba la jamba de la puerta durante la oración dedicatoria, con el mensaje perverso de que su hijo había muerto y que no podía consagrar el templo al ser su *gens* funesta. No se decide la tradición a decidir si él no creyó a los mensajeros o si su conducta simplemente mostró un extraordinario autocontrol, y los registros no ponen fácil la decisión. Sólo permitió que el mensaje le interrumpiese lo justo para ordenar que el cuerpo fuese

24 Diosa romana de la victoria y la conquista. [N. del T.]

incinerado; luego, con su mano aún en el marco de la puerta, terminó la oración y consagró el templo. Estos fueron los principales hechos que tuvieron lugar en casa y en la milicia durante el primer año tras la expulsión de los reyes. Los cónsules electos para el siguiente año *(508 a.C.)* fueron Publio Valerio, por segunda vez, y Tito Lucrecio.

[2,9] Los Tarquinios se habían refugiado con Lars Porsena, rey de Clusium, a quien trató de influir con ruegos mezclados de advertencias. En cierta ocasión le suplicaron que no permitiera que hombres de raza etrusca, de su misma sangre, sufrieran tan penoso exilio; en otra le advertían que no dejase sin castigo la nueva moda de expulsar a los reyes. La libertad, le decían, poseía suficiente fascinación por sí misma; a menos que los reyes defendieran su autoridad con tanta energía como la que mostraban sus súbditos para alcanzar la libertad, todas las cosas se igualarían, no habría ninguna cosa preeminente o o superior a las otras en el estado; sería pronto el fin del poder real, que es la más bella cosa tanto entre los dioses como entre los hombres. Porsena consideró que la presencia de un etrusco en el trono romano sería un honor para su nación; en consecuencia, avanzó con un ejército contra Roma. Nunca antes había estado el Senado en tal estado de alarma, tan grande en ese momento era el poder de Clusium y la reputación de Porsena. Temían no sólo al enemigo, sino incluso a sus propios conciudadanos, que la plebe, vencida por sus temores, admitiera a los Tarquinios en la ciudad y aceptasen la paz aunque significase la esclavitud. Muchas concesiones fueron hechas en ese momento a la plebe por el Senado. Su primer cuidado fue establecer la provisión de grano, y se enviaron comisionados entre los volscos y los de Cumas para adquirirlo. La venta de la sal, hasta entonces en manos de particulares que habían subido mucho los precios, fue totalmente transferida al Estado. La plebe quedó exenta del pago del portazgo y de las tasas de guerra, que caerían sobre los ricos, que podrían asumir la carga; los pobres ya pagaban lo suficiente al Estado criando a sus hijos. Esta acción generosa del Senado mantuvo tan absolutamente la armonía de la república durante el sitio que se produjo y el hambre posterior, que el aborrecimiento del nombre de rey no fue menor entre los Patres que entre el pueblo; y ningún demagogo tuvo luego tanto éxito en hacerse popular con malas artes como lo logró entonces el Senado con su generosa legislación.

[2.10] Al presentarse el enemigo, los campesinos huyeron a la Ciudad lo mejor que pudieron. Los puntos débiles en las defensas fueron ocupados por guarniciones militares; en las otras partes, las muralles y el Tíber se consideraron suficiente protección. El enemigo habría forzado el paso por el puente Sublicio de no haber sido por un hombre, Horacio Cocles. La buena fortuna de Roma le convirtió, ese día memorable, en su baluarte. Sucedió que estaba de guardia en el puente cuando vio que el Janículo era tomado por un asalto repentino y el enemigo descendía desde allí hacia el río mientras que sus propios hombres, presas del pánico, abandonaban sus puestos y arrojaban sus armas. Les reprochó, uno tras otro, por su cobardía; trató de detenerlos, les pidió en nombre del cielo que mantuviesen la posición, les dijo que era en vano buscar la seguridad en la huida mientras dejaban el puente abierto tras ellos; por él llegaría antes la mayor parte del enemigo al Palatino y el Capitolio de lo que habían tardado por el Janículo. Así que les incitó, gritando, a derribar el puente por la espada o el fuego, o por cualquier medio que pudieran, y él se enfrentaría al ataque enemigo tanto tiempo como pudiera mantenerlo a raya. Se acercó a la cabeza del puente. Entre los fugitivos, cuyas espaldas sólo eran visibles para el enemigo, él llamaba la atención al enfrentárseles armado y dispuesto a la lucha cuerpo a cuerpo. El enemigo se admiraba de su valor sobrenatural. Dos hombres se guardaron, por sentido de la vergüenza, de abandonarle: Spurio Lucrecio y Tito Herminio, ambos hombres de alta cuna y reconocido valor. Con ellos sostuvo el primer choque tempestuoso, salvaje y confuso, durante un breve intervalo. Entonces, mientras que sólo se mantenía en pie una pequeña porción del puente, los que lo cortaban les urgían a que se retirasen y él dijo a sus compañeros que se marchasen. Mirando a su alrededor con ojos turbios de amenaza a los jefes etruscos, les retó a un combate singular, y reprochó a todos ellos ser los esclavos de reyes

tiranos, y que sin preocuparse de su propia libertad viniesen a atacar la de otros. Durante algún tiempo dudaron, cada uno mirando a los demás para decidirse a empezar. Al final la vergüenza les llevó al combate y elevando un grito lanzaron sus jabalinas a la vez sobre su único enemigo. Las detuvo con su escudo rectangular, y con resolución inquebrantable mantuvo su lugar en el puente con los pies firmemente plantados. Estaban tratando de desalojarlo mediante una sola carga cuando el fragor del puente al romperse y el grito de los romanos al ver cómo conseguían su propósito suspendió el ataque y les llenó de un pánico repentino. Entonces Cocles dijo, *Padre Tíber, te ruego recibas en tu corriente propicia estas armas y este guerrero tuyo*. Así, completamente armado, se arrojó al Tíber y aunque muchos proyectiles cayeron sobre él, pudo cruzar nadando a la seguridad de los suyos: un acto de audacia más famoso que creído por la posteridad. El Estado mostró su agradecimiento por esa valentía; su estatua se colocó donde se reunían los Comicios y se le otorgó tanta tierra como pudiese arar en círculo en un día. Además de este honor público, los ciudadanos individualmente mostraron su aprecio; pues a pesar de la gran escasez, cada uno en proporción a sus medios sacrificó lo que pudo de sus propios bienes como regalo a Cocles.

[2.11] Rechazado en su primer intento, Porsena cambió sus planes del asalto al asedio. Después de colocar un destacamento para custodiar el Janículo, asentó su campamento en el valle entre esa colina y el Tíber, y mandó buscar naves por todas partes, en parte para interceptar cualquier intento de introducir grano en Roma y en parte para llevar sus tropas a diferentes puntos en busca de botín, si se les presentaba oportunidad. En poco tiempo hizo tan inseguro el territorio alrededor de Roma que no solo se abandonaron los cultivos, sino que incluso todo el ganado se llevó dentro de la Ciudad y nadie se aventuraba a salir más allá de las puertas. La impunidad con la que los etruscos cometían sus robos se debía a una estrategia por parte de los romanos, más que al miedo. Pues el cónsul Valerio, decidido a obtener una oportunidad para atacarles cuando estuviesen dispersos en gran cantidad por los campos, permitió que saliera ganado a forrajear mientras él se reservaba para un ataque mayor. Así que para atraer a los saqueadores, dio órdenes a un cuerpo considerable de sus hombres para conducir el ganado fuera de la puerta del Esquilino, que era la más alejada del enemigo, esperando que se enterarían de la salida a través de los esclavos que desertasen debido a la escasez producida por el bloqueo. La información fue debidamente transmitida y, en consecuencia, cruzaron el río en número mayor de lo habitual, con la esperanza de hacerse con todo el ganado. Publio Valerio ordenó a Tito Herminio que con un pequeño cuerpo de tropas se ocultase en cierta posición, a una distancia de dos millas en la Via Gabina; mientras, Spurio Larcio, con algunas tropas ligeras de infantería, se situaba en la puerta Colina hasta que el enemigo les sobrepasó y después interceptaron su retirada hacia el río. El otro cónsul, Tito Lucrecio, con unos cuantos manípulos hizo una salida por la puerta Nevia; Valerio mismo llevó algunos cohortes escogidas desde la colina Caelia, y éstas fueron las primeras en atraer la atención del enemigo. Cuando Herminio advirtió que había empezado el combate, salió de su emboscada y atrapó al enemigo, cuya retaguardia se estaba enfrentando con Valerio. Contestando a los gritos que se elevaban a derecha e izquierda, desde las puertas Colina y Nevia, los saqueadores, cercados, en lucha desigual y con todas sus vías de escape bloqueadas, fueron destrozados. Esto puso fin a las salidas de saqueo que efectuaban los etruscos.

[2.12] El bloqueo, sin embargo, continuó y con ello una creciente escasez de grano a precios de hambre. Porsena todavía acariciaba la esperanza de capturar la Ciudad manteniendo el asedio. Había un joven noble, Cayo Mucio, que consideraba una vergüenza que mientras que Roma, en los días de servidumbre bajo los reyes, nunca había sido asediada en ninguna guerra ni por ningún enemigo, debía ahora, en el día de su libertad, ser sitiada por aquellos etruscos cuyos ejércitos a menudo había derrotado. Pensando que esta desgracia debía ser vengada por algún acto de gran audacia, determinó en primera instancia penetrar en el campamento del enemigo, bajo su propia responsabilidad. Pensándolo mejor, sin embargo, temió que si actuaba sin órdenes de los cónsules, o

sin saberlo nadie, y le detenían en los puestos de vigilancia romanos, le podrían tomar por un desertor, una acusación que la situación de la Ciudad en aquellos momentos haría creíble. Así que se fue al Senado. *Me gustaría*, dijo, *Padres, atravesar el Tíber a nado y, si puedo, entrar en el campamento del enemigo, no como un saqueador sino para castigarles por sus pillajes. Estoy proponiéndoos, con la ayuda del cielo, una gran hazaña.* El Senado dio su aprobación. Escondiendo una espada en su túnica, partió. Cuando llegó al campamento se puso en la parte más densa de la multitud, cerca del Tribunal Real. Sucedió que era el día de la paga de los soldados, y un secretario, sentado junto al rey y vestido casi exactamente como él, estaba muy ocupado con los soldados que llegaban hasta él sin cesar. Temeroso de preguntar cuál de los dos era el rey, porque su ignorancia no le traicionase, Mucio eligó al azar su objetivo y, atacándolo, mató al secretario en lugar de al rey. Trató de forzar la huida blandiendo su puñal manchado de sangre ante la gente consternada, pero los gritos produjeron una gran excitación en el lugar; fue detenido y arrastrado por los guardaespaldas del rey ante el Tribunal Real. Aquí, solo y desamparado, y en el mayor de los peligros, todavía era capaz de inspirar más miedo del que él mismo sentía. *Soy un ciudadano de Roma*, dijo, *los hombres me llaman Cayo Mucio. Como enemigo, quería matar a un enemigo, y tengo suficiente valor como para enfrentar la muerte con tal de lograrlo. Es la naturaleza romana actuar con valentía y sufrir con valentía. No soy el único en haber tomado esta resolución en tu contra; detrás de mí hay una larga lista de aspirantes a la misma distinción. Si es tu deseo, prepárate para una lucha en la que habrás de combatir cada hora por tu vida y encontrar un enemigo armado en el umbral de tu tienda. Esta es la clase de guerra que nosotros, los jóvenes romanos, te declaramos. No temerás las formaciones, no temerás la batalla, es sólo cosa entre tú y cada uno de nosotros*. El rey, furioso e iracundo, y al mismo tiempo aterrorizado por el peligro desconocido, le amenazó con que si no explicaba inmediatamente la naturaleza de la conjura que tan veladamente le acechaba, le quemaría vivo. *Mira*, gritó Mucio, *y aprende cuán ligeramente consideran sus cuerpos aquellos que aspiran a una gran gloria*. Entonces metió la mano derecha en el fuego que ardía en el altar. Mientras la mantuvo allí, quemándose, fue como si estuviese desprovisto de toda sensación; el rey, asombrado por su conducta sobrenatural, saltó de su asiento y ordenó que le retirasen del altar. *Vete*, dijo, *Has sido peor enemigo de ti mismo que mío. Invocaría la bendición de los dioses a tu valor si se hubiese mostrado en favor de mi patria; como sea, te envio de vuelta y exento de todos los derechos de la guerra, ileso, y a salvo*. Entonces Mucio, en reciprocidad, por así decirlo, a este trato generoso, le dijo: *Ya que honras el valor, debes saber que lo que no pudiste obtener con amenazas lo obtendrás con la bondad. Trescientos de nosotros, los más importante entre los jóvenes romanos, han jurado que te atacarían de esta manera. La suerte cayó primero sobre mí; el resto, por el orden de su suerte, vendrá a su turno, hasta que la fortuna nos de una oportunidad favorable.*

[2.13] Despedido Mucio, recibió luego el sobrenombre de Escévola, por la pérdida de su mano derecha. Le siguieron a Roma legados de Porsena. Librado el rey por poco del primero de muchos atentados, que falló solo por el error de su atacante, y con la perspectiva de tener que enfrentar tantos ataques como conspiradores había, hizo propuestas de paz a Roma. Presentó una propuesta para la restauración de los Tarquinios, más para que se dijera que fueron ellos quienes rechazaron la propuesta que porque tuviese alguna esperanza de que la aceptaran. La demanda de restitución de su territorio a los veyentinos y la entrega de rehenes como condición para la retirada del destacamento del Janículo, fueron consideradas por los romanos como inevitables, y tras ser aceptadas se concluyó la paz; Porsena retiró sus tropas del Janículo y abandonó el territorio romano. Como reconocimiento de su valor el Senado concedió a Cayo Mucio unos terrenos más allá del río, que después fueron conocido como los Prados Mucianos. Tal honra concedida al valor incitó incluso a las mujeres a ejecutar cosas gloriosas para el Estado. El campamento etrusco estaba situado no lejos del río, y la virgen Clelia, una de los rehenes, se escapó sin ser vista, a través de los guardias y a la cabeza de sus hermanas rehenes nadó a través del río en medio de una lluvia de

jabalinas, devolviéndolas a la seguridad de sus *gens*. Cuando le llegó aviso de este incidente, el rey se enojó mucho inicialmente y envió a pedir la devolución de Clelia; las demás no le importaban. Pero después sus sentimientos cambiaron a la admiración; dijo que su proeza superó las de Cocles y Mucio, y anunció que, si bien por un lado debía considerar roto el tratado si no se la devolvían, por otra parte, si se la devolvían, la devolvería incólume con su gente. Ambas partes se comportaron en forma honorable; los romanos la devolvieron como prenda de lealtad a los términos del tratado; el rey etrusco demostró que, con él, no sólo era el valor seguro, sino honrado; y después de elogiar la conducta de la muchacha, dijo que le regalaría la mitad de los rehenes restantes, y que ella elegiría a quién liberar. Se dice que después que todos hubiesen comparecido ante ella, eligió a los niños de más tierna edad; una elección acorde con su modestia virginal, y que fue aprobada por los propios rehenes, ya que consideraban que los que por edad están más expuestos a los malos tratos deben tener preferencia para ser rescatados. Después que la paz fue así restablecida, los romanos recompensaron el valor sin precedentes mostrado por una mujer con un honor sin precedentes, a saber, una estatua ecuestre. En la parte más alta de la Vía Sacra se erigió una estatua que representa a la doncella montada a caballo.

[2.14] Bastante incompatible con esta retirada pacífica de la Ciudad por parte del rey etrusco es la costumbre que, con otras formalidades, se ha transmitido desde la antigüedad hasta nuestra época de *vender los bienes del rey Porsena*. Esta costumbre puede que se instaurase durante la guerra y se mantuviese después, o pudo tener un origen menos belicoso del que implicaría la descripción de los productos vendidos como tomados al enemigo. La tradición más probable es que Porsena, sabiendo que la Ciudad estaba sin alimentos por el largo asedio, hizo a los romanos un regalo desde su campamento en el Janículo, donde tenía las provisiones que se habían cosechado en los fértiles campos vecinos de Etruria. Después, para impedir que el pueblo se aprovechase indiscriminadamente de las provisiones, se vendieron regularmente conforme a la descripción de los *bienes de Porsena,* una descripción que indicaba más bien la gratitud del pueblo que una subasta de los bienes personales del rey, que nunca estuvieron a disposición de los romanos. Para evitar que su expedición pareciese totalmente inútil, Porsena, tras concluir la guerra con Roma, envió a su hijo Aruncio, con parte de su ejército, para atacar a Aricia. Al principio, los aricios quedaron sorprendidos por el inesperado ataque, pero los socorros que, en respuesta a su solicitud, fueron enviados desde las ciudades latinas y desde Cumas les alentaron tanto que se atrevieron a presentar batalla. Al comienzo de la acción los etruscos atacaron con tal vigor que derrotaron a los aricios en la primera carga. Las cohortes cumanas hicieron un movimiento estratégico por el flanco, y cuando el enemigo presionaba hacia delante en una desordenada persecución, les rodearon y les atacaron por la retaguardia. Así, los etruscos, cuando ya se creían victoriosos, se vieron cercados y destruidos. Un pequeño resto, después de perder a su general, marchó a Roma, pues no había cerca lugar más seguro. Sin armas, y con apariencia de suplicantes, fueron amablemente recibidos y distribuidos entre las diferentes casas. Después de recuperarse de sus heridas, algunos se fueron a sus casas, para contar la clase de hospitalidad que habían recibido; muchos se quedaron, por afecto hacia sus anfitriones y la Ciudad. Se les asignó un distrito para que lo habitaran, que posteriormente llevó el nombre de Vicus Tusco.

[2.15] Los nuevos cónsules fueron Espurio Larcio y Tito Herminio. Este año *(506 a.C.)*, Porsena hizo el último intento para restaurar a los Tarquinios. Los embajadores que había enviado a Roma con este objeto fueron informados de que el Senado iba a enviar una embajada al rey, y que el más honorable de los senadores sería enviado de inmediato. Declararon que la razón por la cual le habían enviado un selecto número de senadores, en vez de darle una respuesta a sus embajadores en Roma, no era porque no pudieran dar la breve respuesta de que nunca permitirían reyes en Roma, sino simplemente para decirle que resultaba superfluo hablar de ello; pues ya que tras el intercambio de tan benignos actos no debía haber causa de irritación si a él, Porsena, se le decía que

aquello era algo que iba contra la libertad de Roma. Los romanos, si no deseaban apresurar su propia ruina, debían rechazar la solicitud de uno a quien no deseaban negar nada. Roma no era una monarquía, sino una Ciudad libre, y habían tomado la decisión de abrir sus puertas a un enemigo antes que a un rey. Era deseo universal que todo lo que pusiera fin a la libertad de la Ciudad pusiera fin también a la misma Ciudad. Se le pidió, si deseaba que Roma estuviese segura, que le permitiese ser libre. Tocado por un sentimiento de simpatía y respeto, el rey les dijo: *Puesto que ésta es vuestra firme e inalterable determinación, no os acosaré con propuestas infructuosas, ni engañaré a los Tarquinios dándoles esperanzas de una ayuda que no les puedo prestar. En todo caso, tanto si insistían en la guerra o si preferían vivir tranquilamente, deberían buscar otro lugar de exilio, distinto del actual, para evitar cualquier interrupción de la paz entre ustedes y yo.* Siguió sus palabras con pruebas aún más fuertes de amistad, pues devolvió los rehenes restantes y restauró el territorio veyentino que había tomado bajo los términos del tratado. Al perder toda esperanza de restauración, Tarquinio marchó con su yerno, Mamilio Octavio, a Túsculo. Así permaneció intacta la paz entre Roma y Porsena.

[2.16] Los nuevos cónsules fueron Marco Valerio y Publio Postumio. Ese año *(505 a.C.)*, se libró un combate victorioso contra los sabinos; los cónsules celebraron un triunfo. Entonces, los sabinos se prepararon para la guerra a mayor escala. Para enfrentarse a ellos y, al mismo tiempo, precaverse contra el peligro que podía venir desde Túsculo (con quien la guerra, aunque no abiertamente declarada, estaba preparándose), fueron elegidos cónsules Publio Valerio por cuarta vez y Tito Lucrecio por segunda *(504 a.C.)*. Un conflicto entre sabinos partidarios de la paz y partidarios de la guerra, llevó a un aumento de la fortaleza de los romanos. Atio Clauso, que fue posteriormente conocido en Roma como Apio Claudio, era un defensor de la paz, pero, incapaz de mantenerse contra la facción contraria, que estaban provocando la guerra, huyó a Roma con una gran cantidad de sus clientes. Fueron admitidos a la ciudadanía y recibieron terrenos más allá del Anio. Fueron llamados tribu Claudia antigua, y a ellos se añadieron nuevos miembros procedentes de las tribus de aquellos campos. Después de su elección para el Senado, no pasó mucho tiempo antes de Apio obtuviese una posición prominente en ese órgano. Los cónsules marcharon contra territorio sabino, y por su devastación del país y las derrotas que le infligieron, dejaron al enemigo tan debilitado que durante mucho tiempo no hubo que temer la reanudación de la guerra. Los romanos regresaron triunfantes. Al año sig*uiente (50*3 *a.C.)*, en el consulado de Agripa Menenio y Publio Postumio, murió Publio Valerio Publícola. Fue universalmente considerado el primero tanto en las artes de la guerra como en las de la paz, pero aunque disfrutaba de una reputación tan inmensa, su fortuna personal era tan escasa que no podía sufragar los gastos de su funeral. Fueron sufragados por el Estado. Las matronas hicieron duelo por él como un segundo Bruto. En el mismo año, dos colonias latinas: Pomecia y Cora, se rebelaron y unieron a los auruncios. Empezó la guerra, y tras la derrota de un inmenso ejército que había tratado de oponerse al avance de los cónsules dentro de su territorio, todas las hostilidades se concentraron alrededor de Pomecia. No hubo tregua, tanto en el derramamiento de sangre posterior a la batalla como durante el combate murieron muchos más de los que fueron hechos prisioneros; éstos fueron masacrados por doquier, incluso los rehenes, trescientos de los cuales tenían en sus manos, cayeron víctimas de la furia sanguinaria del enemigo. Este año también triunfó Roma.

[2.17] Los cónsules que les sucedieron, Opiter Verginio y Espurio Casio *(502 a.C.)*, intentaron en un principio tomar Pomecia al asalto, pero luego hubieron de recurrir al asedio. Movidos más por un odio mortal que por cualquier esperanza o posibilidad de éxito, los auruncios hicieron una salida. La mayor parte estaban armados con antorchas encendidas y con ellas llevaron las llamas y la muerte a todas partes. Quemaron los manteletes[25], gran número de asediadores resultó muerto o

25 Tableros gruesos forrados de planchas de metal y a veces aspillerados, que servían de resguardo contra los tiros del enemigo. [N. del T.]

herido y casi mataron a uno de los cónsules (las fuentes no mencionan su nombre), herido de gravedad, después de haber caído de su caballo. Después de este desastre, los romanos volvieron a casa, con gran número de heridos, entre ellos el cónsul, cuyo estado era crítico. Tras un periodo lo bastante largo para que se recuperasen los heridos y se reemplazasen las bajas en las filas, se reanudaron las operaciones contra Pomecia con más fuerza y mayor furia. Se repararon los manteletes y se mejoraron el resto de máquinas de guerra, y cuando todo estaba dispuesto para que los soldados asaltasen las murallas, la plaza se rindió. Los auruncios, sin embargo, no fueron tratados con menos rigor por haber rendido la ciudad que si hubiese sido tomada por asalto; los hombres principales fueron decapitados y el resto del pueblo vendido como esclavos. La ciudad fue arrasada y las tierras se vendieron. Los cónsules celebraron un triunfo, más por la terrible venganza que se habían tomado que por la importancia de la guerra ya finalizada.

[2.18] El año siguiente *(501 a.C.)* tuvo como cónsules a Postumio Cominio y Tito Larcio. Durante este año se produjo un incidente que, aunque pequeño en sí mismo, amenazó con llevar a la reanudación de una guerra aún más temible que la Guerra Latina. Durante los juegos en Roma algunas cortesanas fueron raptadas por jóvenes sabinos llenos de lascivia. Se juntó una multitud y se produjo una disputa que se convirtió casi en una batalla campal. La alarma se incrementó al tener conocimiento cierto de que, a instancias de Octavio Mamilio, las treinta ciudades de latinas habían formado una Liga. El Estado se sintió tan atemorizado por situación de tanta gravedad que se sugirió por primera vez que se nombrase un dictador *(500 a.C.)*. No se puede asegurar, sin embargo, con certeza en qué año fue creada esta magistratura, o quiénes eran los cónsules que habían perdido la confianza del pueblo por su adhesión a los Tarquinios (esto, también, forma parte de la tradición), o quién fue el primer dictador. En la mayoría de los autores antiguos encuentro que fue Tito Larcio y que Espurio Casio fue su jefe de caballería. Sólo hombres de rango consular eran elegibles según la ley que regulaba el nombramiento. Esto me inclina aún más a creer que Larcio, que era de rango consular, fue nombrado por encima de los cónsules para restringir su poder y dirigirles con preferencia a Manlio Valerio, el hijo de Marco y niego de Voleso. Además, si hubiesen deseado que el dictador fuese elegido de una gens concreta, antes habrían preferido al padre, Marco Valerio, un hombre de valor probado y también de rango consular. Cuando, por vez primera, se nombró un dictador en Roma, cayó gran temor en el pueblo al ver las hachas que portaban delante de él y pusieron en adelante más cuidado en obedecer sus órdenes. Porque no había, como en el caso de los cónsules, en que cada uno de ellos tenía la misma autoridad que el otro, ninguna posibilidad de obtener la ayuda de uno contra el otro, ni había derecho de apelación alguno, ni en lo inmediato había seguridad más que en la obediencia estricta. Los sabinos se alarmaron aún más con el nombramiento de un dictador que los romanos, pues estaban convencidos de que había sido por ellos que se había nombrado. Por consiguiente, enviaron legados con propuestas de paz. Pidieron perdón al dictador y al Senado por lo que calificaron como error de adolescentes, pero se les contestó que a adolescentes se les podría perdonar pero no así a hombres adultos que continuamente estaban provocando nuevas guerras. Continuaron, sin embargo, las negociaciones y la paz podría haberse sellado si los sabinos hubiesen asumido la demanda de afrontar los gastos de la guerra. Se declaró la guerra; durante un año se mantuvo, sin embargo, una tregua informal sin choques.

[2.19] Los cónsules siguientes fueron Servio Sulpicio y Manlio Tulio. Nada digno de recuerdo fue llevado a cabo. Los cónsules del año siguiente *(499 a.C.)* fueron Tito Ebucio y Cayo Vetusio. Durante su consulado Fidenas fue sitiada; Crustumeria capturada; Palestrina se rebeló contra los latinos, a favor de Roma. La Guerra Latina, que había estado amenazando desde hacía algunos años, estalló finalmente. Nombraron dictador *(498 a.C.)* a Aulo Postumio y jefe de la caballería a Tito Ebucio; avanzaron con un gran ejército de infantería y caballería al lago Regilo, en la comarca de Túsculo y se encontraron con el principal ejército del enemigo. Al enterarse de que los Tarquinios estaban en el ejército de los latinos, las ira de los romanos se encendió tanto que

determinaron combatir enseguida. En la batalla que siguió se combatió con más obstinación y desesperación de lo que nunca se hizo en ninguna de las anteriores. Pues los jefes no sólo se dedicaron a dirigir el combate, sino que lucharon personalmente uno contra otro, y casi ninguno de los jefes de ambos ejércitos, con excepción del dictador romano, dejó el campo de batalla incólume. Tarquinio el Soberbio, aunque ahora debilitado por la edad, espoleó su caballo contra Postumio, que en vanguardia de las líneas dirigía y formaba a sus hombres; Fue herido en un costado y retirado por sus hombres a lugar seguro. Del mismo modo, en la otra ala, Ebucio, jefe de la caballería, dirigió su ataque contra Octavio Mamilio; el jefe túsculo lo vio venir y se dirigió a él a toda velocidad. Tan terrible fue el choque que el brazo de Ebucio fue traspasado por la lanza túscula; Mamilio, también con lanza, fue atravesado por el pecho y retirado por los latinos a segunda línea. Ebucio, incapaz de sostener un arma con su brazo herido, se retiró de la lucha. El jefe latino, en modo alguno desalentado por su herida, infundió nueva energía en el combate pues, viendo a sus hombres vacilantes, llamó a la cohorte de romanos exiliados, que fueron encabezados por Lucio Tarquinio. La pérdida de su patria y su fortuna les hizo luchar aún más desesperadamente; durante un breve periodo reanudaron la batalla y los romanos que se les oponían empezaron a ceder terreno.

[2.20] Marco Valerio, el hermano de Publícola, viendo al fogoso joven Tarquino hacerse destacar en primera línea, picó espuelas a su caballo y se dirigió a él con la lanza baja, deseoso de aumentar la gloria de su linaje, pues que la *gens* que se jactaba de haber expulsado los Tarquinios podría tener la gloria de matarlos. Tarquinio eludió a su enemigo retirándose detrás de sus hombres. Valerio, introduciéndose entre las filas de los exiliados, fue atravesado por una lanza por la espalda. Esto no detuvo al caballo y el romano cayó, muriendo en el suelo y siendo despojado de sus armas. Cuando el dictador Postumio vio que uno de sus principales oficiales había caído, y que los exiliados se precipitaban furiosamente en una masa compacta mientras que sus hombres se desmoralizaban y cedían terreno, ordenó a su propia cohorte (una fuerza escogida que formaba su guardia personal) que amenazasen a cualquiera de los suyos a quien viesen huyendo del enemigo. Amenazados a vanguardia y retaguardia, los romanos dieron la vuelta y enfrentaron al enemigo, cerrando sus filas. La cohorte del dictador, fresca física y anímicamente, entró ahora en acción y atacó a los agotados exiliados, haciéndoles gran masacre. Se produjo otro combate singular entre jefes; el general latino vio la cohorte de los exiliados casi cercada por el dictador romano y se lanzó al frente con algunos manípulos de las reservas. Tito Herminio los vio venir y reconoció a Mamilio por sus ropajes y armas. Atacó al general enemigo más fieramente de lo que antes lo hizo el jefe de la caballería; tanto, de hecho, que le mató atravesándole de lado a lado con su lanza. Mientras despojaba el cuerpo, él mismo fue alcanzado por una jabalina y después de ser llevado de vuelta al campamento, expiró mientras vendaban su herida. Entonces, el dictador fue rápidamente donde la caballería y les ordenó que ayudasen a la infantería, agotada con la lucha, desmontando y combatiendo a pie. Obedecieron, descabalgaron, se pusieron en primera línea y protegiéndose con sus parmas[26] combatieron delante de los estandartes. La infantería recuperó a su vez el valor cuando vio a la flor de la nobleza combatiendo como ellos y compartiendo los mismos peligros que ellos. Por fin, los latinos fueron obligados a dar la vuelta, vacilaron y, finalmente, rompieron sus filas. Trajeron los caballos para que la caballería pudiese perseguirlos y la infantería les siguió. Se dice que el dictador, sin omitir nada que pudiera garantizar la ayuda divina o la humana, se comprometió, durante la batalla, a dedicar un templo a Castor y prometió recompensas a quienes fuesen el primero y segundo en asaltar el campamento enemigo. Tal fue el ardor que los romanos mostraron, que con la misma carga que desbarataron al enemigo, alcanzaron su campamento. Así fue la batalla en el lago Regilo. El dictador y el jefe de la caballería volvieron triunfantes a la Ciudad.

[2.21] Durante los tres años siguientes no hubo ni guerra abierta ni paz concertada. Los

26 Escudos ovalados, usualmente empleados por la caballería. [N. del T.]

cónsules fueron Quinto Cloelio y Tito Larcio *(498 a.C.)*. Les sucedieron Aulo Sempronio y Marco Minucio *(497 a.C.)* Durante su consulado, se dedicó un templo a Saturno y fueron instituidas las Saturnales[27]. Los siguientes cónsules fueron Aulo Postumio y T*ito a.C.)*. Verginio *(496 a.C.)* He hallado que algunos autores fechan en este año la batalla del lago Regilo, y que Aulo Postumio renunció a su consulado por sospecharse de la fidelidad de su colega, designándose por este motivo un dictador. Esta es la causa de que se produzcan tantos errores en las fechas, debido a las variaciones en el orden de la sucesión de los cónsules, y que la lejanía en el tiempo tanto de los sucesos como de las autoridades hace imposible determinar qué cónsules sucedieron a cuáles o en qué año concreto sucedió algún hecho. Apio Claudio y Publio Servilio fueron los siguientes cónsules *(495 a.C.)* Este año es memorable por la noticia de la muerte de Tarquinio. Su muerte tuvo lugar en Cumas, donde se había retirado, buscando la protección del tirano Aristodemo, tras la derrota de las fuerzas latinas. La noticia fue recibida con satisfacción tanto por el Senado como por la plebe. Pero la euforia de los patricios les llevó al exceso. Hasta ese momento habían tratado al pueblo con la mayor deferencia, pero ahora sus dirigentes comenzaron a cometer injusticias contra ellos. El mismo año fue enviada una nueva partida de colonos para completar el número de Signia, una colonia fundada por el rey Tarquinio. El número de tribus en Roma se elevó a veintiuna. El templo de Mercurio fue consagrado el 15 de mayo.

[2.22] Las relaciones con los volscos durante la Guerra Latina no fueron ni amistosas ni abiertamente hostiles. Los volscos habían reunido un ejército habrían enviado en ayuda de los latinos si no se les hubiese anticipado el dictador por la rapidez de sus movimientos; una velocidad debida a su ansiedad por evitar una batalla con ambos ejércitos combinados. Para castigarlos, los cónsules condujeron a las legiones contra el país de los volscos. Este movimiento inesperado paralizó a los volscos, que no esperaban una respuesta a lo que había sido sólo una intención. Incapaces de ofrecer resistencia, dieron como rehenes a trescientos niños pertenecientes a la nobleza, traidos desde Cora y Pomecia. Las legiones, en consecuencia, se marcharon de regreso sin luchar. Aliviados del peligro inmediato, los volscos pronto volvieron a su antigua política, y después de formar una alianza armada con los hernicios, se prepararon secretamente para la guerra. También enviaron legados a lo largo y ancho del Lacio para inducir a esa nación a unírseles. Pero, después de su derrota en el Lago Regilo, los latinos se indignaron tanto contra quienes abogaban por la reanudación de la guerra que no sólo rechazaron a los legados volscos, sino que los detuvieron y los condujeron a Roma. Allí fueron entregados a los cónsules y se aportaron pruebas que demostraban que volscos y hernicios se estaban preparando para la guerra con Roma. Cuando el asunto fue llevado ante el Senado, éste quedó tan complacido por la acción de los latinos que liberó a seis mil prisioneros de guerra y puso a la consideración de los nuevos magistrados el asunto de un tratado que hasta entonces se habían negado persistentemente a considerar. Los latinos se felicitaron por al actitud que habían adoptado y los autores de la paz recibieron grandes honores. Enviaron una corona de oro como regalo a Júpiter Capitolino. La delegación que trajo el regalo fue acompañada por gran número de los prisioneros liberados, quienes visitaron las casas en que trabajaron como esclavos para agradecer a sus antiguos amos la amabilidad y consideración que les mostraron en su infortunio, y establecieron lazos de hospitalidad con ellos. En ninguna época anterior estuvo la nación latina en mejores términos de amistad, tanto política como personalmente, con el gobierno romano.

[2.23] Pero la guerra con los volscos era inminente y el Estado se dividió con disensiones internas; los patricios y los plebeyos se eran amargamente hostiles, debido principalmente a la situación desesperada de los deudores. Se quejaban de que mientras combatían en el exterior por la

27 Saturnalia en latín: fiestas en honor a Saturno, celebradas del 19 al 25 de diciembre (con un claro significado agrícola y astronómico), en que se daban raciones extras a los esclavos, se intercambiaban regalos y se celebraba el renacimiento del sol o Sol Invictus. [N. del T.]

libertad y el imperio, ellos eran oprimidos y esclavizados en sus propias casas por sus conciudadanos; su libertad estaba más segura en la guerra que en la paz, más segura entre los enemigos que entre su propio pueblo. El descontento, que crecía día tras día, se acrecentaba aún más por los signos de infortunio de un sólo individuo. Un anciano, mostrando pruebas visibles de todos los males que había sufrido, apareció de repente en el Foro. Su ropa estaba cubierta de suciedad, su apariencia personal era aún más repugnante por su hedor corporal y su palidez, la barba y pelo descuidados le hacían parecer un salvaje. A pesar de este desfiguramiento fue reconocido por los conmovidos testigos; dijeron que había sido centurión y mencionaron varias de sus condecoraciones militares. Se descubrió el pecho y mostró las cicatrices que atestiguaban las muchas luchas en que combatió honorablemente. La multitud había crecido hasta casi convertirse en una Asamblea del pueblo. Le preguntaron: *¿De dónde vienen esos vestidos y esa degradación?* Dijo que mientras servía en la Guerra Sabina, no sólo perdió el producto de sus tierras por las depredaciones del enemigo, sino que su granja había sido incendiada, toda su propiedad confiscada, sus ganados expoliados y los impuestos de guerra se llevaron cuanto fue capaz de pagar, quedando al fin como deudor. Esta deuda había aumentado considerablemente por la usura y le habían despojado, en primer lugar, de la granja de su padre y abuelo y después de sus otras propiedades, para por fin le atacara la peste. No sólo había sido esclavizado por su acreedor, sino puesto en un trabajo bajo tierra: una muerte en vida. Luego mostró su espalda escariada con las marcas recientes de los azotes.

Al ver y oír todo esto, se levantó un gran clamor; la emoción no se limitaba al Foro y se extendió por toda la ciudad. Los hombres que estaban esclavizados por deudas y los que habían sido puestos en libertad corrían por todos lados, en la vía pública, e invocaban *la protección de los Quirites*. Todo el mundo se dirigía gritando al Foro. Aquellos senadores que estaban en el Foro y se encontraron con la multitud, vieron sus vidas en peligro. Se habría ejercido violencia abierta si los cónsules, Publio Servilio y Apio Claudio *(495 a.C.)* no hubiesen intervenido para quebrar el alboroto. La multitud, a su alrededor, les mostró sus cadenas y otras marcas de la degradación. Éstos, dijeron, eran sus premios por haber servido a su país;recordaron sarcásticamente a los cónsules las campañas en las que habían combatido y les demandaban imperiosamente que se convocase al Senado. Entonces cercaron la Curia, decididos a ser ellos mismos los árbitros y directores de los asuntos públicos. Un número muy pequeño de senadores, que resultaron estar disponible, se unieron a los cónsules; los demás, que tenían miedo de ir hasta el Foro, aún más temían llegar al Senado. Ningún asunto podía tratarse, por no estar presentes el número mínimo de senadores. La gente empezó a pensar que jugaban con ellos y tratando quitárselos de encima; que los senadores ausentes no lo estaban por accidente o miedo, sino para impedir cualquier reparación de sus agravios y que los propios cónsules se regodeaban y reían de su miseria. La cuestión estaba llegando a un punto en que ni siquiera la majestad de los cónsules podría mantener a raya a la gente enfurecida; entonces llegaron los ausentes, indecisos por no saber el riesgo que corrían, y entraron finalmente al Senado. Ya había quórum, y se manifestó una división de opiniones no sólo entre los senadores, sino entre ambos cónsules. Apio, un hombre de temperamento apasionado, era de la opinión de que el asunto debía resolverse mediante una demostración de autoridad por parte de los cónsules; si se arrestaba a uno o dos de los amotinados, el resto se calmaría. Servilio, más inclinado a las medidas suaves, pensaba que cuando las pasiones de los hombres se excitaban, era más seguro y más fácil de doblegarlos que romperlos.

[2.24] En medio de estos disturbios, se produjo nueva alarma cuando llegaron jinetes latinos con la inquietante noticia de que un ejército volsco estaba en marcha para atacar la Ciudad. Esta noticia afectó a los patricios de modo muy distinto que a los plebeyos; hasta tal punto había dividido al Estado la discordia. Los plebeyos estaban exultantes: decían que los dioses se disponían a vengar la tiranía de los patricios; se animaban para evitar el alistamiento, pues les sería mejor morir unidos que perecer uno por uno. *Dejad que los patricios tomen las armas, que sirvan como*

soldados rasos, que los que se quedan con los despojos de la guerra sufran sus peligros. El Senado, por el contrario, temeroso tanto del pueblo como del enemigo, imploró al cónsul Servilio, con quien simpatizaba más la plebe, que liberase al Estado de los peligros que le acechaban por todas partes. Abandonó el Senado y se dirigió a la Asamblea de la plebe. Una vez allí les habló de cuán interesado estaba el Senado en procurar por los intereses de la plebe, pero sus deliberaciones respecto a ello fueron sólo una parte, si bien la más larga, de cuanto hablaron considerando la seguridad del Estado en su conjunto. El enemigo estaba casi a las puertas, y nada podía anteponerse a la guerra; pero, incluso si se aplazaba el ataque, no sería honorable por parte de los plebeyos negarse a tomar las armas para luchar por su país hasta ser recompensados por hacerlo, ni sería decoroso para el Senado que se dijese que había tomado ciertas medidas por miedo en vez de movido por su buena voluntad para con sus angustiados conciudadanos. Convenció a la Asamblea de su sinceridad mediante la emisión de un decreto por el que nadie podría coaccionar o encadenar a un ciudadano romano, impidiéndole prestar el servicio militar; nadie podría embargar o vender los bienes de un soldado mientras estuviese en campaña o detener a sus hijos o nietos. Tras la promulgación de este decreto aquellos deudores que estaban presentes dieron en seguida sus nombres para alistarse, y una multitud de personas proveniente de todos los barrios de la Ciudad, desde los lugares donde estaban detenidos, corrieron a juntarse en el Foro y prestaron el juramento militar. Entre todos formaron una unidad de fuerza considerable, y ninguna fue más notable por su valor y sus acciones en la Guerra Volsca. El cónsul condujo sus tropas contra el enemigo y acamparon a corta distancia de ellos.

[2.25] La noche siguiente, los volscos, confiados por las disensiones entre los romanos, hicieron un intento de asalto en la oscuridad, confiando que se produjeran deserciones o que alguien traicionase al campamento. Los centinelas les detectaron, el ejército fue alertado y tomaron las armas al darse la alarma, de modo que el intento volsco fracasó; durante el resto de la noche ambas partes se mantuvieron tranquilas. El día siguiente, al amanecer, los volscos rellenaron las trincheras y atacaron el vallado. Ya estaba siendo derribado por todos los lados, pero el cónsul, a pesar de los gritos de todo el ejército (sobre todo de los deudores) que le pedían ordenar el ataque, lo retrasó durante un tiempo para poner a prueba el temple de su hombres. Cuando quedó satisfecho de su coraje y determinación, dio la señal de cargar y puso en marcha sus soldados, deseosos de enfrentarse al enemigo. Fueron derrotados al primer choque, los fugitivos fueron derribados a medida que la infantería les alcanzaba y después la caballería llevó la confusión a su campamento. Presas del pánico, lo abandonaron, las legiones llegaron al punto, lo rodearon, capturaron y saquearon. Al día siguiente, las legiones marcharon a Suesa Pomecia, donde el enemigo había huido, y en unos pocos días fue capturada y entregada para el saqueo por los soldados. Esto, en cierta medida, alivió la pobreza de los soldados. El cónsul, cubierto de gloria, regresó con su ejército victorioso a Roma. Mientras marchaban fue visitado por los legados de los volscos de Ecetra, que estaban preocupados por su propia seguridad tras la captura de Pomecia. Por un decreto del Senado, se les concedió la paz y se les tomó algún territorio.

[2.26] Inmediatamente después, una nueva alarma se produjo en Roma por culpa de los sabinos, pero se trató más de una correría que de guerra abierta. Llegaron noticias durante la noche de que un ejército sabino había llegado hasta el Anio en una expedición de saqueo y que las granjas de las cercanías habían sido expoliadas y quemadas. Aulo Postumio, que había sido el dictador durante la Guerra Latina, fue enviado enseguida con la totalidad de la caballería; el cónsul Servilio le siguió con un cuerpo selecto de infantería. La mayoría de los enemigos fueron rodeados por la caballería mientras estaban dispersos por los campos; la legión sabina no ofreció resistencia al avance de la infantería. Cansados tras la marcha y el saqueo nocturno (gran parte de ellos estaban en las granjas, saciados de comida y vino) apenas tenían fuerzas para huir. La Guerra Sabina fue declarada y concluida en una noche, y hubo grandes esperanzas de que la paz se hubiese alcanzado

por todas partes. Al día siguiente, sin embargo, los legados de los auruncos llegaron para demandar la evacuación del territorio volsco o de lo contrario les declararían la guerra. El ejército de los auruncos había comenzado su avance al tiempo de la salida de los legados para su misión, y el informe de haberlo visto no lejos de Aricia creó tanto revuelo como confusión entre los romanos, ya que era imposible que el Senado tomase en consideración oficial el asunto, ni siquiera para dar respuesta favorable a aquellos que habían abierto las hostilidades, pues ellos mismos se estaban armando para rechazarlos. Marcharon contra Aricia; no lejos de allí se enfrentaron a los auruncos y con una batalla terminó la guerra.

[2.27] Después de la derrota de los Auruncos, los romanos, que en pocos días habían luchado con éxito en tantas guerras, esperaban el cumplimiento de las promesas que el cónsul les había hecho bajo la autoridad del Senado. Apio, en parte por su inclinación natural a la tiranía y en parte para socavar la confianza que tenían en su colega, dictó las penas más duras que pudo cuando los deudores se presentaron ante él. Uno tras otro, todos los que habían empeñado sus personas como fianza fueron entregados a manos de sus acreedores y se obligó a otros a prestar esa fianza Un soldado que se vio en esta situación apeló al colega de Apio. Una multitud se congregó en torno a Servilio, le recordaban sus promesas, le hacían ver los servicios que habían prestado y las heridas que habían recibido, y le pedían que obtuviese del Senado la aprobación de una ley o que, como cónsul, protegiera a su pueblo y como general a sus soldados. El cónsul simpatizaba con ellos, pero en aquellas circunstancias se veía obligado a contemporizar; no sólo su colega, sino también toda la nobleza se oponían imprudentemente a su política. Al tomar un camino intermedio, ni escapó al odio de la plebe ni se ganó el favor de los patricios. Estos lo consideraban débil y ambicioso, la plebe lo consideraba alguien falaz y pronto se hizo evidente que era tan detestado como Apio.

Había surgido una controversia entre los cónsules en cuanto a cuál de ellos debía dedicar el templo de Mercurio. El Senado trasladó la cuestión al pueblo, y ordenó que quien fuese elegido para efectuar la consagración presidiera la anona e instituyera un colegio de mercaderes y llevase a cabo ciertas solemnidades en sustitución del Pontífice Máximo. El pueblo designó para la dedicación del templo a Marco Letorio, centurión primipilo[28] de la legión, elección hecha, obviamente, no tanto para honrar a aquel hombre confiriéndole una magistratura tan por encima de su condición, como para desacreditar a los cónsules. Uno de ellos, en todo caso, estaba enojado en exceso, al igual que el Senado; pero el valor de la plebe también se había levantado y adoptaron un método muy distinto del que emplearon en un principio. Al no esperar ninguna ayuda de los cónsules o del Senado, se ocuparon de sus propios intereses y siempre que veían un deudor ante el tribunal acudían allí desde todas partes y con gritos y protestas impedían que se escuchase la sentencia de los cónsules, y cuando la pronunciaban, nadie la obedecía. Recurrieron a la violencia, y todo el miedo y el peligro por la libertad personal pasó de los deudores a los acreedores, que fueron rudamente tratados ante los ojos del cónsul. Además de todo esto, crecían los temores de una guerra con los sabinos. Se decretó el alistamiento, pero nadie dio su nombre. Apio estaba furioso; acusó a su colega de procurar el favor del pueblo, lo denunció como traidor a la república por negarse a dictar sentencia cuando los deudores se presentaban ante él y además se negó a alistar tropas después que el Senado hubiera decretado una leva. Sin embargo, declaró, la nave del Estado no estaba totalmente abandonada ni la autoridad consular esparcida al viento; él, por su propia mano, justificaría su propia dignidad y la del Senado. Mientras la multitud diaria habitual le rodeaba, cada vez más audaces en sus excesos, ordenó que arrestasen a uno de los líderes visibles de los agitadores. Mientras era arrastrado por los lictores, apeló. No había ninguna duda acerca de qué sentencia obtendría del pueblo; estaba tan determinado a arrostrar el odio popular que se habría obstinado en impedir la apelación, pese al clamor de la plebe, de no haber sido por la prudencia y autoridad del Senado. Aumentaba el malestar día tras día, no sólo con protestas evidentes sino, lo que era aún más

28 Oficial al mando de la 1ª centuria del 1er. manípulo de la 1ª cohorte de una legión; soldado, siempre de enorme experiencia, cuya opinión y presencia eran obligadas en los consejos de guerra previos a la batalla. [N. del T.]

peligroso, a través de la secesión y encuentros secretos. Al fin, los cónsules, detestados como eran por la plebe, dejaron sus magistraturas: Servilio, odiado de ambos órdenes por igual y Apio con el favor agradecido de los patricios.

[2.28] Luego Aulo Verginio y Tito Vetusio asumieron el cargo *(494 a.C.)*. Como los plebeyos estaban indecisos sobre la tendencia de estos cónsules, y estaban ansiosos por evitar cualquier acción precipitada o errónea que se pudiera adoptar en el Foro, empezaron a reunirse por la noche, algunos en el Esquilino y otros en el Aventino. Los cónsules consideraron que este estado de cosas estaba lleno de peligros, como así era, y emitieron un informe oficial al Senado. Pero cualquier discusión ordenada de su informe estaba fuera de lugar debido a la exaltación y griterío con que los senadores lo recibieron, y a la indignación que sentían hacia los cónsules, a los que acusaban de echar sobre sus hombres la decisión sobre medidas que debían haber tomado ellos con su autoridad con*sular. Segu*ramente, se *decía, si hubiera realmente magistrados a cargo del Estado, no habría habido ninguna reunión en Roma, más allá de la asamblea de la plebe; ahora el Estado está roto en mil senados y asambleas, unos reunidos en el Esquilino y otros en el Aventino. Un hombre fuerte, como Apio Claudio, que valía más que cualquier cónsul, habría dispersado esas discusiones en un m*omento. Cuando los cónsules, tras haber sido así censurados, les preguntaron qué deseaban que hiciesen, pues estaban preparados para actuar con toda la energía y determinación que decidiese el Senado, se les aprobó un decreto para que se efectuase la leva en el menor tiempo posible, pues el pueblo estaba cayendo más y más en la ociosidad. Tras abandonar el Senado, los cónsules subieron al tribunal y llamaron por su nombre a los más jóvenes. Ni un solo hombre respondió a su llamada. El pueblo, todo en pie como si estuviera en una asamblea oficial, declaró que nunca más obedecería la plebe ni obtendrían los cónsules un solo soldado hasta que se cumpliese la promesa efectuada en nombre del Estado. Antes de que los hombres empuñasen las armas se les debía restituir la libertad, para que pudiesen combatir por su patria y sus conciudadanos en vez de por amos tiránicos. Los cónsules eran bastante conscientes de las instrucciones que habían recibido del Senado, pero también eran conscientes de que ninguno de los que habían hablado con tanta valentía en el recinto del Senado estaban ahora presentes para compartir el odio en que estaban incurriendo. Parecía inevitable un conflicto desesperado con la plebe. Antes de tomar medidas extremas decidieron consultar nuevamente al Senado. Entonces, los senadores más jóvenes se levantaron de sus asientos y gritando alrededor de las sillas de los cónsules, les conminaron a dimitir de sus magistraturas y deponer una autoridad que no habían tenido el valor de sostener.

[2.29] Habiendo tenido bastante, por un lado, al tratar de coaccionar a la plebe, y por otro persuadir al Senado para que adoptase una política más suave, los cónsules dijeron finalmente: *Padres Conscriptos, para que no podáis decir que no se os ha prevenido, os advertimos que está a punto de suceder un serio disturbio. Exigimos que quienes más gritan acusándonos de cobardía nos apoyen mientras efectuamos la recluta. Vamos a actuar con toda la firmeza que proponéis, ya que ése es vuestro deseo.* Volvieron al tribunal y deliberadamente llamaron por su nombre a uno de los presentes. Como permanecía en silencia, y cierto número de hombres le rodeaba para impedir que se lo llevasen, los cónsules enviaron un lictor contra él. El lictor fue apartado, y aquellos senadores que estaban con los cónsules proclamaron que aquello era un ultraje y bajaron corriendo del tribunal para ayudar al lictor. La hostilidad de la multitud se desvió desde el lictor, a quien simplemente habían impedido efectuar el arresto, hacia los senadores. La interposición de los cónsules finalmente calmó el conflicto. No se había, sin embargo, arrojado piedras o empleado armas; por ello resultó ser más el ruido y las palabras airadas que no lesiones personales. El Senado fue convocado y reunido en desorden; su proceder fue aún más desordenado. Aquellos que habían sido tratados con rudeza exigieron una investigación, y la totalidad de los senadores más violentos apoyaron la demanda tanto con sus gritos y protestas como con sus votos. Cuando, por fin, el entusiasmo se hubo calmado, los cónsules les reprocharon mostrar tan poca serenidad de juicio en el

Senado como la que tuvieron en el Foro. Entonces, el debate se desarrolló en orden. Se defendieron tres clases de medidas. Publio Valerio no creía que se debiera plantear la cuestión de modo general; pensaba que solamente debían considerar el caso de aquellos que, de acuerdo con la promesa del cónsul Publio Servilio, hubieran servido en las Guerras Volsca, Auruncia y Sabina. Tito Larcio consideró que el tiempo de recompensar sólo a los que hubiesen servido en esas guerras había pasado; toda la plebe estaba abrumada por las deudas y el mal no se cortaría a menos que la medida tuviese carácter universal. Cualquier intento de hacer diferencias entre las diversas clases sólo avivaría la discordia en lugar de aliviarla. Apio Claudio, duro por naturaleza y ahora exasperado, de una parte, por el odio de la plebe, y de otro por las alabanzas del Senado, afirmó que estas reuniones sediciosas no eran el resultado de la miseria sino de la permisividad, la plebe estaba actuando más por libertinaje que por ira. Este era el daño que había surgido del derecho de apelación, pues los cónsules sólo podían amenazar sin capacidad para hacer cumplir sus amenazas, mientras los criminales pudiesen apelar a sus colegas. *Muy bien*, dijo, *creemos un dictador contra el que no haya apelación y pronto se acabará esta locura que está incendiándolo todo. Veremos entonces si alguno ataca a un lictor, sabiendo que su libertad y hasta su vida misma están únicamente en manos del hombre cuya autoridad viola*.

[2,30] Para muchos, los sentimientos que Apio mostraba les parecían crueles y monstruosos, y lo eran realmente. Por otra parte, las propuestas de Verginio y Larcio sentarían un peligroso precedente, la de Larcio sobre todo, pues destruiría toda confianza. El consejo dado por Verginio fue considerado como el más moderado, siendo una propuesta intermedia entre las otras dos. Pero por la fuerza de su partido y sus intereses personales, que siempre habían lesionado y siempre lesionarían el orden público, Apio resultó vencedor ese día. Estaba muy cerca de ser él mismo nombrado dictador, una designación que habría, más que cualquier otra cosa, distanciado a la plebe en el más inoportuno de los momentos, cuando los volscos, los ecuos y los sabinos se aliaron bajo las armas. Los cónsules y los patricios más ancianos, sin embargo, se encargaron de que una magistratura revestida de poderes tan grandes se confiase a un hombre de temperamento moderado. Nombraron a Marco Valerio, el hijo de Voleso, dictador. Aunque los plebeyos se dieron cuenta de que el dictador había sido nombrado en su contra, todavía, pues mantenían el derecho de apelación por la ley que había dictado su hermano, no temían tratos humillantes o tiránicos de esa *gens*. Sus esperanzas se vieron confirmadas por un decreto emitido por el dictador, muy similar al realizado por Servilio. Aquel edicto había sido ineficaz, pero ellos pensaban que podrían confiar más en la persona y poder del dictador por lo que, dejando toda oposición, dieron sus nombres para el alistamiento. Se formaron diez legiones, el mayor ejército que nunca se hubiese alistado. Tres de ellas fueron asignadas a cada uno de los cónsules, el dictador tomó el mando de cuatro.

La guerra ya no podía retrasarse. Los ecuos habían invadido el territorio latino. Los legados enviados por los latinos pidieron al Senado que les ayudase o les permitiese tomar las armas para defender sus fronteras. Consideraron más seguro defender a los latinos desarmados que permitirles volver a armarse. Se envió al cónsul Vetusio y ése fue el fin de las correrías. los ecuos se retiraron de las llanuras, y confiando más en la naturaleza del país que en sus armas, buscaron refugio en la espesura de las montañas. El otro cónsul avanzó contra los volscos, y para no perder tiempo, devastó sus campos para obligarlos a que acercasen su campamento y poder enfrentarlos. Los dos ejércitos estaban frente a frente, en el espacio abierto entre los campamentos. Los volscos tenían una ventaja numérica considerable, y por ellos se mostraron desordenados y despreciativos hacia sus enemigos. El cónsul romano mantuvo su ejército inmóvil, les prohibió contestar a sus provocaciones y les ordenó permanecer con sus lanzas quietas en el suelo, y cuando el enemigo se puso al alcance, mandó que hiciesen todo el uso posible de sus espadas. Los volscos, cansados por sus carreras y gritos, se abalanzaron sobre los romanos como si éstos fuesen hombres atemorizados, pero cuando notaron la fortaleza del contraataque y vieron las espadas blandidas ante ellos, retrocedieron confusamente como si hubiesen sido tomados en una emboscada, y debido a la

velocidad con la que entraron en combate casi no les quedaron fuerzas para huir. Los romanos, por otra parte, que al comienzo de la batalla se habían mantenido en silencio de pie, estaban frescos y vigorosos y fácilmente superaron a los agotados volscos, corrieron hacia su campamento, los expulsaron y los persiguieron hasta Velitras, donde entraron, vencedores y vencidos, en desorden. Hubo allí mayor matanza que en la propia batalla; a unos pocos que tiraron sus armas y se rindieron se les dio cuartel.

[2.31] Mientras estos hechos ocurrían entre los volscos, el dictador, después de entrar en territorio sabino, donde se produjo la parte más grave de la guerra, derrotó y puso en fuga al enemigo y los expulsó de su campamento. Una carga de caballería había roto el centro del enemigo que, debido a la prolongación excesiva de las alas, se vio debilitado por una insuficiente profundidad de filas, y tras quedar así desordenados la infantería les cargó. En la misma carga se capturó el campamento y se dio fin a la guerra. Desde la batalla del lago Regilo no se había efectuado una acción más brillante en aquellos años. El dictador entró en triunfo en la Ciudad. Además de las distinciones habituales, se le asignó un lugar en el Circo Máximo a él y a su descendencia, desde el que ver los Juegos, y se puso allí la silla curul[29]. Después de la subyugación de los volscos, el territorio de Velitras fue anexado y se enviaron ciudadanos romanos a colonizar la ciudad. Algún tiempo después, tuvo lugar un combate con los ecuos. El cónsul no quería luchar en un terreno que le era desfavorable, pero sus soldados lo obligaron a combatir. Lo acusaron de prolongar la guerra para que el mandato del dictador expirase antes de que ellos regresasen, en cuyo caso sus promesas ya no tendrían valor, como aquellas que antes había hecho. Le obligaron a hacer subir a su ejército a los peligros de la montaña; pero debido a la cobardía del enemigo esta maniobra imprudente terminó con éxito. Estaban tan asombrados por la audacia de los romanos que antes de que llegasen al alcance de sus armas abandonaron su campamento, que estaba en una posición muy fuerte, y se precipitaron hacia el valle por la parte de atrás. Así que los vencedores lograron una victoria con gran botín y sin derramamiento de sangre.

Si bien estas tres guerras fueron conducidas victoriosamente, el curso de los asuntos internos seguía siendo fuente de inquietud tanto para los patricios como para los plebeyos. Los prestamistas poseían tal influencia y habían tomado tan hábiles precauciones que engañaron, no sólo al pueblo, sino al propio dictador. Después que el cónsul Vetusio hubiera regresado, Valerio presentó, como el más importante asunto a considerar por el Senado, el tratamiento a dar a los hombres que habían conseguido la victoria, y propuso una resolución en cuanto a la decisión que debían tomar respecto a los deudores insolventes. Su moción fue denegada y, ante ello, les dijo, *No soy aceptable como defensor de la concordia. Confío en que muy pronto el pueblo tenga patrones tan fieles somo yo. En lo que a mí respecta, no voy a animar a mis conciudadanos con esperanzas vacías, ni voy a ser un dictador en vano. Los desórdenes internos y las guerras exteriores hicieron necesaria esta magistratura para la república; ahora se ha asegurado la paz exterior, pero la interior se ha hecho imposible. Prefiero verme involucrado en la sedición como un ciudadano privado que como dictador.* Y diciendo esto, abandonó el edificio y renunció a su dictadura. Para el pueblo, la razón esta muy clara; había renunciado a la magistratura porque estaba indignado por la forma en que fueron tratados. El incumplimiento de su promesa no no fue por su culpa; consideraron que hizo cuanto pudo para mantener su palabra y lo siguieron con aplausos en su vuelta a casa.

[2.32] El Senado empezó a temer que, una vez abandonasen el ejército, los ciudadanos volviesen a las conspiraciones y las reuniones secretas. Aunque era el dictador quien había efectuado de hecho el alistamiento, los soldados habían jurado obediencia a los cónsules. Recordándoles que seguían bajo el juramento militar, el Senado ordenó a las legiones que

---

29 Silla habitualmente construida en marfil, con patas curvadas formando una amplia X. No poseía respaldo, sus brazos eran bajos y se podía plegar. Era empleada por magistrados con imperium: dictador, magister equitum, cónsul, pretor, edil; y por el flamen dialis (sacerdote de Júpiter) aunque no lo poseyera. [N. del T.]

marchasen fuera de la Ciudad con la excusa de que se había reanudado la guerra con los ecuos. Esta decisión precipitó la sedición. Se dice que la primera idea fue dar muerte a los cónsules, para desligarse de su juramento; pero, comprendiendo que que ninguna obligación religiosa podría disolverse mediante un crimen, decidieron, por instigación de un tal Sicinio, ignorar a los cónsules y retirarse al Monte Sacro, que está al otro lado del Anio, a tres millas de la Ciudad. Esta es una tradición aceptada más comúnmente que la defendida por Pisón y que dice que la separación se hizo en el Aventino. Allí, sin jefe alguno y en un campamento fortificado con valla y foso, se retiraron sin nada más que lo básico para vivir y se mantuvieron varios días, ni efectuar ni recibir ninguna provocación. Un gran pánico se apoderó de la Ciudad, la desconfianza mutua llevó a un estado de parálisis general. Los plebeyos que habían sido dejados por sus compañeros en la Ciudad temían la violencia de los patricios; los patricios temían a los plebeyos que aún permanecían en la ciudad, y no sabían decidir si preferían que se quedasen o que se marchasen. *¿Cuánto tiempo*, se preguntaban, *permanecerá tranquila la multitud que se ha separado? ¿Qué pasaría si, entre tanto, estallase alguna guerra exterior?* Creían que todas sus esperanzas residían en la concordia entre los ciudadanos, y que esta debía ser restaurada a cualquier precio.

El Senado decidió, por tanto, enviar a Menenio Agripa como portavoz, un hombre elocuente y aceptable para la plebe, pues el mismo era de origen plebeyo. Fue admitido en el campamento, y se cuenta que él, simplemente, les contó la siguiente fábula en forma primitiva y tosca: *En los días en que todas las partes del cuerpo humano vivían, no juntas como ahora, sino cada miembro por su lado y hablando sólo de lo suyo, se indignaron todos contra el vientre y decían que todo lo que hacían era únicamente en beneficio suyo mientras éste estaba ocioso y no hacía más que disfrutar de todo. Y conspiraron contra él: las manos no llevarían comida a la boca, la boca no aceptaría la comida que se le ofreciese, los dientes no la masticarían. Mientras, en su resentimiento, estaban ansiosos por obligar al vientre mediante el hambre, ellos mismos se debilitaron y todo el cuerpo quedó al fin exhausto. Entonces se hizo evidente que el vientre no era un holgazán y que el alimento que recibía no era mayor que el que devolvía a todas las partes del cuerpo para que viviesen y se fortaleciesen, distribuyéndolo equitativamente entre las venas tras haberlo madurado con la digestión de los alimentos.* Mediante esta comparación, y mostrando cómo las discordias internas entre las partes del cuerpo se parecían a la animosidad de los plebeyos contra los patricios, logró conquistar a su audiencia.

[2.33] Se empezó a negociar buscando la reconciliación. Se llegó al acuerdo de que la plebe debía tener sus propios magistrados, cuyas personas serían inviolables, y que tendrían derecho de auxilio contra los cónsules. Y, además, no se le permitiría a ningún patricio el ejercicio de dicho cargo. Se eligieron dos tribunos de la plebe, Cayo Licinio y Lucio Albino. Estos eligieron a tres colegas. En general se acepta que Sicinio, el instigador de la secesión, fue uno de ellos, pero no se sabe quiénes fueron los otros dos. Algunos dicen que sólo se nombraron dos tribunos en el Monte Sacro y que fue allí donde se aprobó la *Lex Sacrata*. Durante la secesión de la plebe Espurio Casio y Postumio Cominio *(493 a.C.)* tomaron posesión de su consulado. En su año de magistratura se firmó un tratado de paz con las ciudades latinas, permaneciendo en Roma uno de los cónsules con éste propósito. El otro fue enviado a la guerra contra los volscos. Derrotó un ejército volsco de Ancio, y los persiguió hasta Longula, de la que se apoderó. Luego avanzó hacia Polusca, que también pertenecía a los volscos, y la capturó; después atacó Corioli con gran fuerza.

Uno de los más destacados entre los jóvenes soldados del campamento era Cneo Marcio, un joven de buen juicio y siempre dispuesto a la acción, quien más tarde recibió el sobrenombre de Coriolano. Durante el transcurso del asedio, mientras el ejército romano dedicaba su atención a toda la gente del pueblo que estaba cercada dentro de sus murallas y no a la detección de posibles movimientos hostiles exteriores, fueron repentinamente atacados por las legiones volscas que habían marchado desde Ancio. Al mismo tiempo, hicieron una salida desde la ciudad. Marcio resultó estar de guardia, y con un cuerpo selecto de hombres no sólo rechazó la salida sino que hizo

una incursión audaz por la puerta abierta, y tras hacer gran matanza en aquella parte de la ciudad, tomó un poco de fuego e incendió los edificios que lindaban con la muralla. Los gritos de los ciudadanos, que se mezclaban con los de las mujeres y los niños aterrorizados, envalentonaron a los romanos y desmoralizó a los volscos, que pensaron que la ciudad a la que habían venido a ayudar ya había sido capturada. Así, las tropas de Ancio fueron derrotados y Corioli capturada. La fama que ganó Marcio eclipsó tan completamente la del cónsul que, de no haber sido inscrito el tratado con los latinos (pues debido a la ausencia de su colega había sido firmado sólo por Espurio Casio) en una columna de bronce y así quedar permanentemente registrado, cualquier recuerdo de que fuera Postumio Cominio quién dirigió la guerra con los volscos habría perecido. En el mismo año murió Menenio Agripa, un hombre que durante toda su vida fue igualmente apreciado por los patricios y los plebeyos, y se hizo aún más querido de los plebeyos después de su secesión. Sin embargo, el negociador y árbitro de la reconciliación, el que actuó como el embajador de los patricios ante la plebe y devolvió a la Ciudad, no disponía de suficiente dinero para sufragar los gastos de su funeral. Fue enterrado por los plebeyos, cada uno aportando una sextante a su costa.

[2.34] Los nuevos cónsules fueron Tito Geganio y Publio Minucio *(492 a.C.)*. En este año, mientras que en el extranjero todo estuvo tranquilo y en el interior las disensiones civiles se calmaron, la república fue atacada por otro mal mucho más grave: en primer lugar, carestía de alimentos, debido a los campos sin cultivar durante la secesión, y luego una hambruna como la que sufriría una ciudad sitiada. Esto, en todo caso, habría conllevado la desaparición de los esclavos, y probablemente también habrían muerto muchos plebeyos, de no haber hecho frente los cónsules a la emergencia enviando comisionados a varios lugares para comprar grano. Marcharon no sólo a lo largo de la costa a la derecha de Ostia, en Etruria, sino también a la izquierda, pasado el país de los volscos, hasta llegar a Cumas. Su búsqueda se extendió incluso hasta Sicilia; a tal punto la hostilidad de sus vecinos los obligó a buscar ayuda tan lejos. Cuando el grano hubo sido comprado en Cumas, los barcos fueron detenidos por el tirano Aristodemo a modo de embargo en compensación sobre las propiedades romanas de Tarquinio, de quien era heredero. Entre los volscos y en el distrito de Pontino fue incluso imposible negociar la compra de grano, los comerciantes estuvieron a punto de ser atacados por la población. Desde Etruria llegó un poco de grano por el Tiber; esto sirvió para auxilio de los plebeyos. Habían sido acosados por una guerra, doblemente inoportuna al resultar tan escasas las provisiones, si los volscos, que ya estaban en marcha, no hubieran sido azonados por una terrible pestilencia. Este desastre intimidó al enemigo tan eficazmente que incluso cuando se hubo calmado su virulencia siguieron en cierta medida sobrecogidos; los romanos incrementaron el número de colonos en Velitras y establecieron una nueva colonia en Norba, en las montañas, para servir como bastión en el territorio de Pomptina.

Durante el consulado de Marco Minucio y Aulo Sempronio *(491 a.C.)* una gran cantidad de grano llegó desde Sicilia, la cuestión se debatió en el Senado: ¿a qué precio se le debía dar a la plebe? Muchos opinaban que había llegado el momento de ejercer presión sobre los plebeyos y recuperar los derechos que habían sido arrebatados al Senado mediante la secesión y la violencia que la acompañó. El principal de ellos fue Marcio Coriolano, un enemigo declarado de la potestad tribunicia. *Si*, sostuvo, *quieren su grano al precio antiguo, que devuelvan al Senado sus antiguos poderes. ¿Por qué, entonces, debería, tras haber sido subyugado y rescatado como si estuviese entre bandidos, ver a los plebeyos detentar magistraturas, o contemplar a un Sicinio en el poder? ¿Voy a soportar estas humillaciones un instante más? ¿Yo, que no pude soportar a un Tarquinio como rey, soportaré a un Sicinio? ¡Dejad que se marchen ahora! ¡que llamen a sus plebeyos!, ¡abiertas están las vías al Monte Sacro! ¡Dejad que se lleven el grado de nuestros campos como hicieron hace dos años; dejadles disfrutar de la escasez que con su locura han provocado! Me atrevo a decir que después de haber sido domesticados por estos sufrimientos, más preferirán trabajar como braceros en los campos que impedir que sean cultivadas por culpa de una secesión armada*. Es más fácil decir lo que debía haberse hecho que creer que se podía haber llevado a cabo:

que los senadores podrían haber logrado, bajando el precio del grano, la derogación del poder tribunicio y de todas las restricciones legales que se les impuso contra su voluntad.

[2.35] El Senado consideró estas intenciones muy peligrosas y los plebeyos, en su exasperación, casi corrieron a por las armas. El hambre, dijeron, estaba siendo usada como arma contra ellos, como si fueran enemigos; estaban siendo engañados con los alimentos y el sustento; el grano extranjero, que la fortuna les había dado de forma inesperada como su único medio de sustento, les iba a ser arrancado de sus bocas a menos que sus tribunos fueron entregados encadenados a Cneo Marcio, a menos que pudiera hacer caer su voluntad sobre las espaldas de los plebeyos romanos. En él veían surgir un nuevo verdugo, que les ordenaría morir o vivir como esclavos. Habría sido atacado al salir de la curia si los tribunos, muy oportunamente, no hubiesen fijado un día para su procesamiento. Esta medida disipó la cólera; cada hombre se vio como juez con poder de vida y muerte sobre su enemigo. Al principio, Marcio trató las amenazas de los tribunos con desprecio; éstos tenían el poder de proteger, no de castigar: eran los tribunos de la plebe, no de los patricios. Pero la ira de los plebeyos había sido tan excitada que los patricios pensaron que sólo podrían salvarse a sí mismos castigando a uno de su clase. Se resistieron, sin embargo, a pesar del odio: trataron de ejercer todos los poderes que poseían, tanto colectiva como individualmente. Al principio trataron de impedir el procedimiento situando grupos de sus clientes para disuadir a los individuos de que acudieran a las asambleas y reuniones. Luego actuaron colectivamente (como si todos los patricios estuviesen procesados) y rogaban a los plebeyos que si se negaban a absolver a un hombre inocente, al menos se lo entregasen a los senadores como culpable. Como él no hizo acto de presencia el día de su juicio, su resentimiento siguió inalterado y fue condenado en ausencia. Marchó al exilio entre los volscos, profiriendo amenazas contra su patria y dominado por el odio contra ella. Los volscos le recibieron de buen grado y se hizo más popular conforme su resentimiento contra sus compatriotas se volvía más encarnizado, escuchándose cada vez con más frecuencia sus quejas y amenazas. Disfrutó de la hospitalidad de Atio Tulio, que era el hombre más importante en ese momento entre los volscos y enemigo de Roma durante toda su vida. Impulsados ambos por motivos parecidos: el uno por un antiguo odio y el otro por uno reciente, hicieron planes para hacer la guerra a Roma. Tenían la impresión de que no se podría inducir fácilmente al pueblo, tras tantas derrotas, a tomar las armas de nuevo y que, después de sus pérdidas en tantas guerras y las últimas por la pestilencia, estaban desmoralizados. Había pasado tiempo suficiente para que se calmase la hostilidad; era necesario, por tanto, tramar un engaño por el cual se volvieran a exacerbar los ánimos.

[2.36] Sucedió que se estaban haciendo preparativos para una repetición de los grandes juegos. La razón de su repetición era que por la mañana temprano, antes del comienzo de los Juegos, un padre de familia después de azotar a su esclavo le había arrastrado por en medio del Circo Máximo. Luego los Juegos empezaron, como si el incidente no tuvo importancia religiosa. No mucho después, Tito Latino, un miembro de la plebe, tuvo un sueño. Júpiter se le apareció y le dijo que el bailarín que inició los Juegos le resultó desagradable, y agregó que a menos que estos Juegos se repitieran con la debida magnificencia, el desastre caería sobre la Ciudad, y que él tenía que ir e informar a los cónsules. A pesar de que no estaba en absoluto libre de escrúpulos religiosos, temía también decírselo a los cónsules para que no le hicieran objeto de escarnio público. Esta vacilación le costó cara porque en pocos días perdió a su hijo. Para que no cupiese duda en cuanto a la causa de esta repentina calamidad, la misma forma se apareció nuevamente al afligido padre en su sueño y le dijo que si no creía haber sido suficientemente castigado por su negligencia al cumplir la voluntad divina, otra más terrible le esperaba si no iba inmediatamente a informar a los cónsules. Aunque el asunto se hacía cada vez más urgente, siguió retrasándose y, mientras así lo iba postergando, fue atacado por una enfermedad grave en forma de parálisis súbita. Ahora, la ira divina le alarmó, y fatigado por su pasada desgracia así como por la actual, llamó a sus amistades y les

contó lo que había visto y oído; la repetida aparición de Júpiter en sus sueños y las amenazas y la caída de la ira del cielo sobre él por sus dudas. Con la firme recomendación de todos los presentes fue llevado en una litera ante los cónsules, en el Foro, y desde allí, por orden de los cónsules, al Senado. Después de repetir la misma historia a los senadores, para gran sorpresa de todos, se produjo otro milagro. La tradición cuenta que quien había sido llevado a la curia con todo su cuerpo paralizado, volvió a casa, después de cumplir con su deber, por sus propios pies.

[2.37] El Senado decretó que los Juegos debían celebrarse con el mayor esplendor. A sugerencia de Atio Tulio, un gran número de volscos acudió a ellos. De conformidad con un acuerdo previo con Marcio, Tulio se llegó a los cónsules, antes de que empezasen los juegos, y les dijo que había ciertos asuntos concernientes al Estado que deseaba discutir con ellos en privado. Cuando todos los demás se retiraron, comenzó: *No me gusta tener que hablar mal de mi pueblo. No vengo, sin embargo, para acusarlos de haber cometido realmente un delito, sino a tomar precauciones contra la comisión de uno. El carácter de nuestros ciudadanos es más voluble de lo que yo querría; lo hemos experimentado en muchas derrotas, por lo debemos nuestra actual seguridad no a nuestros méritos, sino a vuestra indulgencia. Aquí, en este momento, hay una gran multitud de volscos, los Juegos están en marcha y toda la Ciudad está pendiente del espectáculo. Recuerdo que un atentado fue cometido por los jóvenes sabinos en una ocasión similar y me estremezco al pensar que pudiera ocurrir algún incidente imprudente y temerario. Por nuestro bien y el vuestro, cónsules, pensé que lo correcto era advertirles. En lo que a mí respecta, tengo la intención de marcharme en seguida a mi casa no sea que, si me quedo, me vea envuelto en cualquier disturbio*. Con estas palabras, se marchó. Estas alusiones vagas, pronunciadas al parecer de buena fuente, fueron trasladadas por los cónsules al Senado. Como generalmente sucede, la autoridad de la fuente, en lugar de los hechos efectivos, los indujo a tomar precauciones incluso excesivas. Se aprobó un decreto por el que los volscos debían abandonar la Ciudad; se enviaron pregoneros para que se les ordenase a todos ellos salir antes del anochecer. Su primer sentimiento fue de pánico a medida que iban a sus alojamientos respectivos para retirar sus pertenencias; pero cuando habían empezado a marcharse, se apoderó de ellos un sentimiento de indignación al ser expulsados de los Juegos, de un festival que era a modo de reunión entre los dioses y los hombres, como si estuviesen impuros o fuesen criminales.

[2,38] A medida que se iban en un flujo casi continuo, Tulio, que se había adelantado, los esperaba en la Fuente Ferentina. Abordando a sus hombres más importantes a medida que llegaban, con tono de queja e indignación los condujo, con la ira de sus propias palabras y sus propios sentimientos de enojo, hacia la llanura que se extendía por debajo de la carretera. Allí comenzó su discurso: *Aunque olvidaseis todos los males que Roma os ha causado y las derrotas que el pueblo volsco ha sufrido, aunque lo olvidaseis todo, ¿con qué carácter, quisiera saber, ¿sufriréis este insulto de ayer, cuando comienzan sus juegos haciéndonos esta ignominia? ¿No creéis que hoy han triunfado sobre nosotros? ¿Que al salir fuisteis un espectáculo para el pueblo, para los extranjeros, para todas las poblaciones vecinas; que vuestras esposas, vuestros hijos, fueron exhibidos como espectáculo ante los ojos de todos? ¿Qué creéis que pensaban aquellos que escucharon la voz de los pregoneros, los que nos miraban partir, los que se encontraron con esta cabalgata ignominiosa? ¿Qué pueden haber pensado, sino que había alguna culpa terrible en nosotros, que si hubiésemos estado presentes en los Juegos los habríamos profanado y hecho necesaria una expiación, y que esta es la razón por la que hemos sido expulsados de las casas de esta buena y religiosa gente y de toda relación y asociación con ellos? ¿No se os ocurre que debemos nuestras vidas a la premura con la que partimos, si es que podemos llamarlo partida y no huida? ¿Y os dais cuenta de que esta Ciudad no es más que la Ciudad de vuestros enemigos donde, habiendo residido un sólo día, habéis estado a punto de morir? Os ha sido declarada la guerra, para gran mal de quienes os la han declarado si es que sois realmente hombres*. Así que marcharon a sus hogares,

con su resentimiento amargado por esta arenga. Ellos instigaron tanto los sentimientos de sus compatriotas, cada uno en su propia ciudad, que todo el pueblo volsco se sublevó.

[2.39] Por voto unánime de todos los generales, se confió la dirección de la guerra a Atio Tulio y a Cneo Marcio, el exiliado romano, en quien pusieron todas sus esperanzas. Él justificó totalmente sus expectativas, pues se hizo bastante evidente que la fuerza de Roma residía más en sus generales que en su ejército. Marchó en primer lugar contra Circeio, expulsó a los colonos romanos y se la entregó a los volscos como ciudad libre. Luego tomó Satrico, Longula, Polusca y Corioli, pueblos que los romanos habían capturado recientemente. Marchando a través del país por la Vía Latina, recuperó Lavinio y después, sucesivamente, Corbión, Vetelia, Trebio, Labico y Pedum. Por último, avanzó desde Pedum contra la Ciudad. Atrincheró su campamento en las fosas Cluilias, a unas cinco millas de distancia, y desde allí asoló el territorio romano. Las incursiones fueron acompañadas por hombres cuya misión era asegurarse de que las tierras de los patricios no fueran afectadas; una medida tomada bien porque su ira se dirigiese principalmente contra los plebeyos, bien porque esperase que surgiesen disturbios entre ellos y los patricios. Estos sin duda se habrían producido (a tal punto estaban los tribunos excitando a la plebe contra los hombres más importantes del Estado) de no haber sido porque el temor al enemigo que estaba fuera (el más fuerte lazo de unión) les unió a pesar de sus mutuas sospechas y aversión. En un punto que no estaban de acuerdo; el Senado y los cónsules ponían sus esperanzas únicamente en las armas, los plebeyos preferían cualquier cosa a la guerra. Espurio Nautio y Sexto Furio *(488 a.C.)* eran ahora cónsules. Mientras estaban revistando las legiones, guarneciendo las muralles y posicionando tropas en varios lugares, se reunió una enorme multitud. Al principio alarmaron a los cónsules con gritos sediciosos, y al final les obligaron a convocar el Senado y presentar una moción para enviar embajadores a Cneo Marcio. Como el valor de la plebe estaba, evidentemente, cediendo, el Senado aceptó la moción, y se enviaron embajadores a Marcio con propuestas de paz. Regresaron con la respuesta: Si se devolvía el territorio capturado a los volscos podrían hablar de paz; pero si deseaban disfrutar del botín de guerra a su placer, él no se había olvidado de los daños infligidos por sus compatriotas ni de la amabilidad que habían mostrado quienes ahora eran sus anfitriones, y se esforzaría por dejar claro que su espíritu se había despertado, no roto, con el exilio. Los mismos legados fueron enviados por segunda vez, pero no se les permitió la entrada en el campamento. Según la tradición, los sacerdotes, envueltos con sus ropajes, fueron como suplicantes al campamento enemigo, pero no tuvieron más influencia con él que la delegación anterior.

[2.40] Después se juntaron las matronas y fueron ver a Veturia, la madre de Coriolano, y a su esposa Volumnia. No puedo asegurar si esto fue consecuencia de un decreto del Senado, o simplemente a causa del miedo de las mujeres, pero en todo caso tuvieron éxito convenciendo a Veturia para que fuese con Volumnia y sus dos hijos pequeños al campamento enemigos. Mientras que los hombres eran incapaces de proteger a la ciudad por las armas, las mujeres buscaron hacerlo con sus lágrimas y oraciones. A su llegada al campamento, se envió recado a Coriolano de que se había presentado una gran cantidad de mujeres. Había permanecido impasible ante la majestad del Estado en la persona de sus embajadores, ante el llamamiento que a sus ojos y ánimo hicieron los sacerdotes; aún más dura fue para con las lágrimas de las mujeres. Entonces, uno de sus amigos, que había reconocido a Veturia, de pie entre su nuera y sus nietos, y visible entre todos ellos por su gran dolor, le dijo: *Si no me engañan mis ojos, tu madre, tu esposa y tus hijos están aquí*. Coriolano, casi como un loco, saltó de su asiento para abrazar a su madre. Ella, cambiando de tono de súplica a la ira, le dijo: *Antes de permitir tu abrazo, déjame saber he venido ante un hijo o ante un enemigo, si estoy en tu campamento como tu prisionera o como tu madre. Haber tenido una larga vida y una vejez infeliz me ha llevado a esto, ¿Que tenga que verte exiliado y convertido en enemigo? ¿Tendrás el corazón de arrasar este tierra en la que naciste y que te ha alimentado? ¿Cómo no cedió la ira hostil y amenazante con que llegaste al entrar en su territorio? ¿No te decías al posar*

tus ojos en Roma, "Dentro de esas murallas está mi casa, mis dioses familiares, mi madre, mi esposa, mis hijos?". Si yo no hubiese parido, ningún ataque habría recibido Roma; Si nunca hubiese tenido un hijo, habría terminado mis días como una mujer libre en un país libre. Pero no hay nada que yo pueda sufrir ahora que no te traiga a ti más desgracia de la que me has causado; cualquiera que sea la infelicidad que me espera, no será por mucho tiempo. Mira a éstos, a los cuales, si insistes en tus acciones actuales, les espera una muerte prematura o una larga vida de esclavitud. Cuando cesó, su esposa e hijos lo abrazaron, y todas las mujeres lloraban y se lamentaban de su destino y del de su país. Por fin, cedió y se compadeció. Abrazó a su familia, los despidió y levantó su campamento. Después de retirar sus legiones del territorio romano, se dice que cayó víctima del resentimiento que su acción despertó; pero en cuanto al momento y las circunstancias de su muerte, las tradiciones varían. Encuentro en Fabio, que es con mucho la mayor autoridad, que llegó a la ancianidad; dice de él que a menudo exclamaba en sus últimos años que un hombre no era viejo hasta que no sentía la completa miseria del exilio. Los maridos romanos no guardaron rencor a sus esposas por la gloria que habían ganado, tan absolutamente libres del espíritu de la envidia y la maledicencia estaban por aquellos días. Se construyó y consagró un templo a la Fortuna de las Mujeres que sirviera como recuerdo de su acción. Posteriormente, las fuerzas combinadas de los volscos y los ecuos volvieron a entrar en el territorio romano. Los ecuos, sin embargo, se negaron a aceptar por más tiempo el generalato de Atio Tulio, surgió una disputa en cuanto a qué nación debía proporcionar el comandante del ejército unido, y esto resultó en una sangrienta batalla. Aquí, la buena fortuna de Roma destruyó los dos ejércitos de sus enemigos en un conflicto tan ruinoso como obstinado. Los nuevos cónsules fueron Tito Sicinio y Cayo Aquilio *(487 a.C.)*. A Sicinio se le asignó la campaña contra los volscos, a Aquilio contra los hérnicos, pues también estaban en armas. En ese año fueron sometidos los hérnicos y la campaña contra los volscos terminó indecisa.

[2,41] Para el año siguiente *(486 a.C.)*, fueron elegidos cónsules Espurio Casio y Próculo Verginio. Se firmó un tratado con los hérnicos, se les quitó dos tercios de su territorio. De ésta, Casio destinó la mitad a los latinos y la otra mitad a la plebe romana. Contempló añadir a esas tierras otras que, alegó, aunque eran tierras del Estado, estaban ocupadas por particulares. Esto alarmó a muchos de los patricios, los ocupantes actuales, pues ponía en peligro la seguridad de sus bienes. Sobre los terrenos públicos, también se sentían inquietos, ya que consideraban que mediante esta generosidad el cónsul estaba creando un poder peligroso para la libertad. Entonces, por primera vez, se promulgó una ley agraria, y desde entonces hasta hoy nunca se ha sido debatida sin grandes conmociones. El otro cónsul se opuso a la propuesta. En esto fue apoyado por el Senado, mientras que la plebe estaba lejos de mostrarse unánime en favor de la ley. Estaban empezando a mirar con recelo que un don tan barato fuese compartido entre ciudadanos y aliados, y a menudo escuchaban decir al cónsul Verginio, en sus discursos públicos, que el regalo de su colega estaba lleno de malicia, que las tierras en cuestión traerían la esclavitud para quien las tomase y que estaba preparándose el camino para alcanzar el trono. ¿Por qué, preguntó, se había incluido a los aliados y a la Liga Latina? ¿Qué necesidad había de devolver una tercera parte del territorio de los hérnicos, tan recientemente nuestros enemigos, a menos que esas dos naciones quisieran tener como jefe a Casio, en lugar de Coriolano? El oponente de la Ley Agraria comenzó a ser popular. Entonces, ambos cónsules trataron de ir lo más lejos posible para complacer a la plebe. Verginio dijo que consentiría con la cesión de las tierras a condición de que se asignasen solamente a ciudadanos romanos. Casio había pretendido la popularidad entre los aliados mediante su inclusión en la distribución y por esto se hundió su estima entre sus conciudadanos. Para recuperar su favor, dio órdenes para que el dinero que habían recibido para el grano de Sicilia fuese devuelto al pueblo. La plebe consideró con desprecio esta oferta, como si fuese solamente el precio del trono. Debido a su desconfianza innata de que estaba pretendiendo la monarquía, sus regalos fueron rechazados por completo, como si tuvieran abundancia de todo. En general, se afirma que inmediatamente después

de dejar su magistratura fue condenado y ejecutado. Algunos afirman que su propio padre fue el autor de su castigo, que lo ejecutó en privado en su casa, y después de la flagelación le dio muerte y consagró sus propiedades privadas a Ceres. Allí erigió una estatua de la diosa con la inscripción *Donada por la familia Casia*. He visto que algunos autores dan un relato mucho más probable, es decir, que fue procesado por los cuestores Cesón Fabio y Lucio Valerio ante el pueblo y condenado por traición a la patria, dando orden de que su casa fuese demolida. Se encontraba (la casa) en el espacio abierto en frente del templo de Tellus. En cualquier caso, tanto si el juicio fue público o privado, su condena se llevó a cabo en el consulado de Servio Cornelio y Quinto Fabio *(485 a.C.)*.

[2.42] La ira popular contra Casio no duró mucho. La *Ley Agraria* resultó lo bastante atractiva, aunque fuera destituido de su autor, para despertar por sí misma el deseo de la plebe, y su avidez aumentó con la falta de escrúpulos del Senado, quien engañó a los soldados sobre su parte del botín que les correspondía sobre lo ganado ese año a los volscos y ecuos. Todo lo capturado al enemigo fue vendido por el cónsul Fabio y el importe se depositó en el Tesoro Público. A pesar del odio que esto produjo en la plebe contra todo el nombre Fabio, los patricios consiguieron que Cesón Fabio fuera elegido cónsul, para el año siguiente *(484 a.C.)*, junto con Lucio Emilio. Este disgustó aún más a la plege y los disturbios internos llevaron a una guerra exterior. Por el momento, se suspendieron las querellas civiles, los patricios y los plebeyos sólo tenían en la cabeza resistir a los ecuos y los volscos, y Emilio dirigió un combate que terminó en victoria. El enemigo sufrió más pérdidas durante la retirada que en la batalla, con tanto ardor fueron perseguidos por la caballería. En el mismo año, el 15 de julio, se consagró el templo de Cástor. Había sido prometido por el dictador Postumio durante la Guerra Latina; su hijo fue nombrado duunviro para consagrarlo. En este año, también, el atractivo de cuanto la Ley Agraria les prometía alteró al pueblo y los tribunos consiguieron hacer más apreciada por el pueblo su magistratura insistiendo constantemente en la aplicación de tan popular medida. Los patricios, creyendo que ya había más que suficientes alteraciones en la plebe, vieron con horror aquellos sobornos e incitaciones a la imprudencia. Los cónsules decidieron mostrar una resistencia más decidida, y el Senado ganó la partida. No fue sólo una victoria momentánea, pues eligieron como cónsules para el año siguiente *(483 a.C.)* a Marco Fabio, el hermano de Cesón, y a Lucio Valerio, que era objeto de un odio especial por parte de la plebe por su persecución de Espurio Casio. El enfrentamiento con los tribunos continuó durante todo el año; la Ley siguió siendo letra muerta y los tribunos, con sus promesas infructuosas, se convirtieron en holgazanes jactanciosos. La *gens* Fabia ganó una inmensa reputación tras los tres consulados sucesivos de miembros suyos, todos los cuales habían tenido, invariablemente, éxito en su resistencia a los tribunos. La magistratura permaneció durante un tiempo, como una inversión segura, oficina se mantuvo como una inversión segura, en la *gens*. Empezó una guerra con Veyes y resurgió la de los volscos. El pueblo contaba con fuerza más que suficiente para afrontar las guerras exteriores, pero la desperdiciaron en conflictos internos. La inquietud general se vio agravada por signos sobrenaturales que, casi a diario, se sucedían por igual en la Ciudad y en el campo. Los augures, que fueron consultados por el Estado y por particulares, declararon que la ira divina se debía sólo a la profanación de las funciones sagradas. Estos avisos dieron lugar al castigo de Oppia, una virgen vestal, que fue declarada culpable de fornicación.

[2.43] Los siguientes cónsules Quinto Fabio y Cayo Julio. Durante este año *(482 a.C.)*, las disensiones civiles siguieron tan vivas como siempre, y la guerra asumió un cariz más serio. Los ecuos se levantaron en armas, y los veyentinos hicieron estragos en el territorio romano. En medio de la creciente incertidumbre sobre estas guerras Cesón Fabio y Espurio Furio fueron nombrados cónsules *(481 a.C.)*. Los ecuos estaban atacando a Ortona, una ciudad latina; los veyentinos, cargados con el botín, amenazaban ahora con atacar la propia Roma. Esta condición alarmante de los asuntos debía haber limitado, aunque en realidad aumentó, la hostilidad de la plebe, y volvieron al viejo método de rechazar el servicio militar. Esta reacción no fue espontánea; Espurio Licinio,

uno de sus tribunos, pensando que era un buen momento para forzar al Senado, por pura necesidad, para que se cumpliese la Ley Agraria, había asumido la tarea de obstruir el reclutamiento. Todo el odio, sin embargo, excitado por este mal uso del poder tribunicio recayó sobre el autor: sus propios colegas estaban tan en contra de él como de los cónsules; con su ayuda pudieron los cónsules completar el alistamiento. Se levantó un ejército para cubrir dos guerras al mismo tiempo: uno contra los veyentinos, bajo el mando de Fabio, y el otro contra los ecuos, bajo el mando de Furio. En esta última campaña no ocurrió nada digno de mención. Fabio, sin embargo, tuvo muchos más problemas con sus propios hombres que con el enemigo. Él, el cónsul, en solitario, sostuvo entonces la República mientras su ejército, con su odio al cónsul, hizo cuanto pudo por traicionarlo. Porque, aparte de sus demás habilidades como jefe militar, de las que había dado sobradas muestras en sus preparativos para la guerra y en la dirección de la misma, había dispuesto de tal manera a sus tropas que derrotó al enemigo con el sólo envío contra él de la caballería. La infantería se negó a iniciar la persecución; no sólo desoyeron los llamamientos de su odiado general sino que llevaron sobre ellos la pública desgracia y la infamia, y hasta el peligro que se hubiera podido producir si el enemigo hubiera dejado de correr o se hubiese reorganizado. Se retiraron desobedeciendo las órdenes y, con la mirada triste (se podría suponer que habían sido derrotados), volvieron al campamento, maldiciendo a su jefe por el trabajo que había hecho la caballería. Contra este ejemplo de desmoralización general no pudo el general oponer ningún recurso; hasta tal punto pueden los hombres carecer de la capacidad de gobernar a su propio pueblo, aunque sepan vencer al enemigo. El cónsul regresó a Roma, pero no había acrecentado su reputación militar tanto como se había agravado y hecho más amargo el odio que sus soldados sentían por él. El Senado, sin embargo, logró mantener el consulado *en* la gens de los Fabios; nombraron cónsul a Marco Fabio y Cneo Manlio fue elegido como su *colega (480 a.C.)*.

[2.44] Este año también hubo un tribuno que abogó por la Ley Agraria. Era Tiberio Pontificio. Adoptó la misma actitud que Espurio Licinio y durante un corto espacio de tiempo impidió el alistamiento. El Senado se volvió a perturbar, pero Apio Claudio les dijo que el poder de los tribunos había sido vencido el año anterior y así seguía, de hecho, en ese momento, y el precedente así establecido regiría para el futuro, pues era evidente que se había quebrado su fortaleza. Pues nunca faltaría un tribuno deseoso de triunfar sobre su colega y asegurarse el favor del mejor partido para bien del Estado. Si se necesitaban más, había más dispuestos a acudir en ayuda de los cónsules, siendo incluso sólo uno suficiente, contra el resto. Los cónsules y los líderes del Senado sólo tenían que tomarse la molestia de asegurarse de que, si no todos, al menos alguno de los tribunos estaría al lado de la República y del Senado. Los senadores siguieron este consejo, y al mismo tiempo, todos a la vez, trataron a los tribunos con cortesía y amabilidad; los hombres de rango consular, en cada demanda privada que establecían lograron que, en parte por influencia personal, en parte por la autoridad que su rango les daba, los tribunos ejercieran su poner en beneficio del Estado. Cuatro de los tribunos se opusieron a quien constituía un obstáculo para el bien público; con su ayuda, los cónsules pudieron hacer el alistamiento.

Luego partieron a la campaña contra Veyes. Habían llegado socorros a esta ciudad desde todas las zonas de Etruria, no tanto por ayudar a los veyentinos como por las esperanzas que tenían en que se disolviera el estado romano por sus discordias intestinas. En las asambleas públicas de las ciudades de Etruria, los jefes proclamaban en voz alta que el poder romano sería eterno a menos que sus ciudadanos cayeran en la locura de luchar entre sí. Esto, decían, ha demostrado ser el único veneno, la única plaga de los Estados poderosos, que hizo morir a los grandes imperios. Tales males habían sido controlados durante largo tiempo, en parte por la sabia política del Senado, en parte por la paciencia de la plebe, pero ahora las cosas habían llegado al extremo. El Estado unido se había dividido en dos, cada uno con sus propios magistrados y con sus propias leyes. Al principio, los alistamientos produjeron reyertas, pero cuando ya se encontraban en el servicio los hombres obedecían a sus generales. Mientras la disciplina militar se mantuvo el mal pudo ser detenido,

cualquiera que fuese el estado de cosas en la Ciudad, pero ahora la costumbre de desobedecer a los magistrados se estaba extendiendo entre los soldados romanos en campaña. Durante la última guerra, en la misma batalla, en el momento crucial, la victoria pasó a los ecuos vencidos por la actitud común de todo el ejército: abandonaron los estandartes, abandonaron a su general sobre el campo de batalla y las tropas volvieron al campamento en contra de sus órdenes. De hecho, si se forzaban las cosas, Roma podría ser vencida por medio de sus propios soldados; sólo se necesitaba una declaración de guerra, una demostración de actividad militar y el destino y los dioses harían el resto. Previsiones de tal índole habían dado nuevas fuerzas a los etruscos, tras sus muchas vicisitudes de victoria y derrota.

[2.45] Los cónsules romanos, también, nada temían más que a sus propias fuerzas y sus propias armas. El recuerdo del precedente funesto establecido en la última guerra les disuadía de cualquier acción, y en virtud de ello temían un ataque simultáneo de dos ejércitos. Se confinaron en sus campamentos, y ante el doble peligro evitaron el enfrentamiento, esperando que el tiempo y las circunstancias pudieran quizá calmar las pasiones exaltadas y calmar los ánimos. Los veyentinos y los etruscos trataron por todos los medios de forzar la batalla; se acercaban al campamento y desafiaban a los romanos para que luchasen. Al final, ya que no conseguían nada con burlas e insultos ni contra el ejército ni contra los cónsules, declararon que los cónsules estaban usando el pretexto de las discordias internas para encubrir la cobardía de sus hombres, que desconfiaban de su valor más que dudaban de su lealtad. El silencio y la inactividad entre los hombres alistados era un nuevo tipo de sedición. También les gritaban, con verdades y mentiras, cosas sobre el origen reciente de su estirpe. Gritaban todo esto cerca de las murallas y puertas del campamento. Los cónsules se lo tomaron con calma, pero los soldados rasos se indignaron y avergonzaron, apartando sus pensamientos de los problemas internos. No querían que el enemigo siguiese impune, tampoco estaban dispuestos a que los patricios y los cónsules se salieran con la suya; el odio contra el enemigo trataba de imponerse al odio hacia sus compatriotas. Por fin, prevaleció el primero, tan despectiva e insolente se volvieron las burlas del enemigo. Se reunieron en multitud alrededor de las tiendas de los generales, insistiendo en combatir y pidiendo que dieran la señal para la acción. Los cónsules acercaron sus cabezas, como si deliberasen, y permanecieron así algún tiempo. Estaban ansiosos por luchar, pero tenían que reprimir y ocultar su ansiedad de modo que el entusiasmo de los soldados, una vez despertado, aumentase con la oposición y el retraso. Les dijeron que las cosas no estaban maduras, que aún no era el momento adecuado para la batalla y que debían permanecer dentro del campamento. A continuación, dictaron la orden de que no debía lucharse, y que cualquier que luchase contra las órdenes emitidas sería tratado como un enemigo. Los soldados, despedidos con esta respuesta, ansiaban aún más combatir cuanto que pensaban que los cónsules no lo deseaban. El enemigo se volvió aún más atrevido cuando se supo que los cónsules habían decidido no combatir; se imaginaban que podrían insultarles ahora con impunidad, pues no confiaban en los soldados y las cosas podrían alcanzar el estado de motín, llegando a su fin el dominio de Roma. En esta confianza corrían hacia las puertas, les lanzaban epítetos oprobiosos y casi llegaron a asaltar el campamento.

Naturalmente, los romanos no pudieron tolerar esos insultos más tiempo y fueron desde todas partes del campamento a ver a los cónsules; no hicieron sus peticiones a través de los centuriones principales, como antes, sino en medio de un gran griterío. Los ánimos estaban maduros, pero todavía los cónsules se retraían. Por fin, Cneo Manlio, temeroso de que la creciente agitación provocase un motín, cedió, y Fabio, después de ordenar que tocasen las trompetas para imponer silencio, se dirigió a su colega así: *Yo sé, Cneo Manlio, que estos hombres pueden vencer; y no es sino por su culpa que yo no supiese si deseaban hacerlo. Por tanto, se ha decidido y determinado no dar la señal para el combate a menos que juren que saldrán victoriosos de esta batalla. Un cónsul romano fue ya una vez fue engañado por sus soldados, pero no podrán engañar a los dioses*. Entre los centuriones principales que habían pedido ser llevados a la batalla estaba Marco

Flavoleyo. *Marco Fabio*, dijo, *Volveré victorioso de la batalla*. Invocó la ira del padre Júpiter, de Marte Gradivus y de otros dioses si él rompía su juramento. Todo el ejército repitió el juramento, hombre por hombre, después de él. Cuando hubieron jurado, se dio la señal, tomaron sus armas y entraron en acción, furiosos de rabia y seguros de la victoria. Les dijeron a los etruscos que se atrevieran a seguir con sus insultos, a ver si estaban igual de dispuestos a enfrentarse a ellos con las armas como lo estaban para hacerlo con sus lenguas Todos, patricios y plebeyos por igual, demostraron un notable valor ese día, el nombre Fabio se cubrió especialmente de gloria. Habían decidido recuperar, en esta batalla, la estima del pueblo, que habían perdido tras muchas contiendas políticas.

[2.46] Se formó la línea de batalla; ni los veyentinos ni las legiones etruscas rechazaron el combate. Estaban casi seguros de que los romanos no serían más combativos que contra los ecuos, y aún pensaban que podría sucederles algo todavía más grave considerando el estado de irritación en que estaban y la doble oportunidad que ahora se les presentaba. Las cosas tomaron un rumbo muy diferente, pues en ninguna otra guerra anterior los romanos habían entrado en acción con determinación más severa, tan excitados estaban por los insultos del enemigo y las tácticas dilatorias de los cónsules. Los etruscos apenas habían tenido tiempo para formar sus filas cuando, tras que las jabalinas hubieran sido arrojadas desordenadamente en vez de con regularidad, los guerreros entraron al cuerpo a cuerpo con las espadas, la clase más desesperada de lucha. Entre los más destacados estuvieron los Fabios, que dieron un espléndido ejemplo a seguir a sus compatriotas. Quinto Fabio (el que había sido cónsul dos años antes) cargó, ajeno al peligro, contra la masa Veyentina, y mientras estaba combatiendo con un gran número de enemigos, un toscano de fuerza enorme y espléndidamente armado hundió su espada en el pecho, y al sacarla Fabio cayó sobre la herida. Ambos ejércitos acusaron la caída de este hombre, y los romanos comenzaron a ceder terreno, entonces Marco Fabio, el cónsul, saltando por encima del cuerpo caído y sosteniendo su escudo, les gritó, *¿Es esto lo que jurasteis, soldados, que volverías huyendo al campamento? ¿Teméis más a este enemigo cobarde que a Júpiter y Marte, por quienes jurasteis? Yo, que no he jurado, volveré victorioso, o caeré luchando por ti, Quinto Fabio.* Luego, Cesón Fabio, el cónsul del año anterior dijo al cónsul, *¿Con estas palabras, hermano, crees que les harás luchar? Los dioses, por los que juraron, lo harán; nuestro deber como jefes, si queremos ser dignos del nombre Fabio, es encender el coraje de nuestros soldados con el combate en lugar de con arengas*. Así los dos Fabios se abalanzaron con sus lanzas en ristre y arrastraron con ellos a toda la línea.

[2.47] Mientras la batalla se recuperaba en un ala, el cónsul Cneo Manlio mostraba no menos de energía en la otra, donde la suerte del día dio un giro similar. Porque, como Quinto Fabio en el otro extremo, el cónsul Manlio estaba aquí conduciendo a sus hombres frente al enemigo cuando fue gravemente herido y se retiró del frente. Pensando que había muerto, cedieron terreno, y hubieran abandonado sus posiciones si el otro cónsul no llegase al galope tendido con algunas fuerzas de caballería, gritándoles que su colega estaba vivo y que él mismo había derrotado la otra ala enemiga, consiguiendo detener la retirada romana. Manlio también se mostró ante ellos, para reanimar a sus hombres. La conocidas voces de los dos cónsules dieron a los soldados nuevos ánimos. Al mismo tiempo, la línea enemiga estaba debilitada pues, confiados en su superioridad numérica, se habían desprendido de sus reservas y las habían enviado a asaltar el campamento. Éstas no encontraron sino una ligera resistencia y, mientras pensaban más en saquear que en combatir, los triarios romanos, que no habían podido resistir el primer ataque, enviaron mensajeros al cónsul para decirle cómo estaban las cosas y entonces, retirándose en orden al Pretorio[30] y reiniciando la lucha sin esperar órdenes. El cónsul Manlio había vuelto al campamento, y envió tropas a todas las puertas para bloquear la huida del enemigo. La situación desesperada despertó en los etruscos la locura en vez del valor; se lanzaron en cada dirección donde les parecía haber

30 Lugar del campamento donde se situaba la tienda del jefe de la fuerza. [N. del T.]

esperanza, y durante algún tiempo sus esfuerzos fueron infructuosos.

Por fin, un cuerpo compacto de jóvenes soldados atacaron al propio cónsul, visible por sus armas. Las primeras armas fueron detenidas por los que estaban a su alrededor, pero no pudieron aguantar mucho tiempo la violencia de su ataque. El cónsul cayó mortalmente herido y quienes le rodeaban fueron dispersados. Los etruscos se envalentonaron, los romanos huyeron presa del pánico a lo largo del campamento y las cosas podrían haberse descontrolado completamente si los miembros de la guardia del cónsul no hubiesen recuperado rápidamente su cuerpo y hubieran abierto una vía a través del enemigo hasta una de las puertas. Irrumpieron los etruscos a través de ella y, en una confusa masa, se encontraron con el otro cónsul que había ganado la batalla; allí fueron nuevamente masacrados y dispersados en todas direcciones. Se ganó una victoria gloriosa aunque triste por la muerte de dos hombres ilustres. El Senado decretó un triunfo, pero el cónsul respondió que si el ejército podía celebrar un triunfo sin su comandante, con mucho gusto les permitía hacerlo a cambio de su espléndido servicio en la guerra. Pero como su *gens* estaba de luto por su hermano, Quinto Fabio, y el Estado había sufrido parcialmente por la pérdida de uno de sus cónsules, no podía aceptar laureles para sí mismo que eran ensombrecidos por el público y privado. Fue más celebrado por declinar el triunfo que si lo hubiese celebrado, pues a veces la gloria desdeñada vuelve aumentada con el tiempo. Después dirigió las exequias de su colega y su hermano, y pronunció la oración fúnebre de cada uno. En la mayor parte de los elogios que les concedía, tenía parte él mismo. No había perdido de vista el objetivo que se propuso al comienzo de su consulado, la reconciliación con la plebe. Para promoverlo, se distribuyó entre los patricios el cuidado de los heridos. Los Fabios se hicieron cargo de un gran número y en ningún lugar se les mostró mayor atención. A partir de este momento comenzó a ser popular; y su popularidad fue ganada por métodos que no eran incompatibles con el bienestar del Estado.

[2.48] Por lo tanto la elección de Cesón Fabio como cónsul, junto con Tito Verginio *(479 a.C.)*, fue bien recibida tanto por la plebe como por los patricios. Ahora que existía una perspectiva favorable de concordia, subordinó todos los proyectos militares a la tarea unir a patricios y plebeyos a la mayor brevedad. Al comienzo de su año de magistratura, propuso que antes de que cualquier tribuno llegase a abogar por la Ley Agraria, el Senado debería anticiparse, tomar bajo su control la empresa y distribuir las tierras capturadas en la guerra entre los plebeyos tan justamente como fuese posible. Era justo que éstos obtuviesen aquello que se habían ganado con su sangre y su sudor. Los patricios trataron la propuesta con desprecio, algunos incluso se quejaron de que la mente una vez enérgica de Cesón se estaba volviendo débil y extravagante por el exceso de gloria que había ganado. No hubo luchas partidistas en la Ciudad. Los latinos estaban siendo acosados por las incursiones de los ecuos. Cesón fue enviado allí con un ejército, cruzaron la frontera hacia territorio ecuo y lo asolaron. Los ecuos se retiraron a sus ciudades y se mantuvieron tras sus murallas. No hubo ninguna batalla de importancia. Pero la temeridad del otro cónsul costó una derrota a manos de los Veyentinos, y sólo la llegada de Cesón Fabio con refuerzos salvó al ejército de la destrucción. A partir de ese momento no hubo ni paz ni guerra con los veyentinos, cuyos métodos bélicos eran muy parecidos a los de los bandidos. Se retiraban a sus ciudades ante las legiones romanas; luego, al saber que se habían retirado, hacían correrías por los campos; evitaban la guerra manteniéndose tranquilos pero impidiendo con la guerra la tranquilidad. Así que el asunto ni se podía abandonar y se podía terminar. La guerra amenazaba también en otros lugares; alguna parecía inminente, como en el caso de los ecuos y los volscos, que permanecían tranquilos sólo hasta que pasasen los efectos de su reciente derrota, mientras era evidente que los sabinos, perpetuos enemigos de Roma, y toda la Etruria estarían pronto en movimiento. Sin embargo, los veyentinos, un enemigo tan persistente como formidable, producían más molestias que alarma porque nunca resultaba seguro ignorarles o prestar atención a otro lugar. En estas circunstancias, los Fabios acudieron al Senado y el cónsul, en nombre de su casa, habló así: *Como sabéis, senadores, la Guerra Veyentina requiere más de persistencia que de un gran ejército. Cuidad vosotros de las otras guerras y dejad que los Fabios*

hagan frente a los veyentinos. Os garantizamos que en esto quedará siempre salva la majestad de Roma. Nos proponemos llevar a cabo esa guerra como cosa privada y a nuestra costa. Que el Estado se ahorre dinero y hombres. Se aprobó un voto de agradecimiento muy cordial; el cónsul abandonó la Curia y regresó a su casa acompañado por todos los Fabios, que se encontraban en el vestíbulo esperando la decisión del Senado. Después de recibir instrucciones para encontrarse a la mañana siguiente, armados, ante la casa del cónsul, se separaron para ir a sus hogares.

[2,49] La noticia de lo sucedido se extendió por toda la Ciudad, se puso a los Fabios por las nubes; la gente decía *Una gens ha asumido la carga del Estado, la Guerra Veyentina se ha convertido en un asunto privado, una disputa privada. Si hubiera dos gens en la Ciudad con la misma fuerza, y una reclamase la cuestión veyentina como propia mientras la otra lo hacía con la cuestión ecua, entonces serían subyugados los estados vecinos mientras la propia Roma permanecía en profunda tranquilidad*. Al día siguiente, los Fabios tomaron sus armas y se reunieron en el lugar designado. El cónsul, con su paludamentum[31], salió al vestíbulo y vio a la totalidad de su gens, dispuesta en orden de marcha. Tomando su lugar en el centro, dio orden de avanzar. Nunca había desfilado por la Ciudad un ejército más pequeño ni con tan brillante reputación o más universalmente admirado. Trescientos seis soldados, todos patricios, todos miembros de una gens, ni uno solo de los cuales el Senado, incluso en sus más prósperos días, habría considerado inadecuado para el alto mando, avanzaron amenazando ruina a los veyentinos con la fuerza de una sola familia. Fueron seguidos por una multitud; compuesta en parte por sus propios familiares y amigos, que no estaban preocupados con la natural ansiedad y esperanza sino llenos de los mejores augurios, y en parte de los que compartían la inquietud general y no podían encontrar palabras para expresar su afecto y admiración. *Adelante*, gritaban, *valientes, adelante, y ojalá seáis afortunados; que el resultado final iguale este comienzo y acudid luego a nosotros en busca de consulados, triunfos y toda clase de recompensas*. Conforme pasaban por la Ciudadela, el Capitolio y otros templos, sus amigos rezaban a cada dios cuya estatua o santuario veían, de modo de encomendaban aquella fuerza con todos los presagios favorables para el éxito y pedían que les devolviesen salvos a su patria y sus familias. ¡En vano fueron hechas las oraciones! Continuaron su infortunado camino por la arcada derecha de la puerta Carmental, y alcanzaron las orillas del Crémera. Ésta les pareció un lugar adecuado para una posición fortificada. Lucio Emilio y Cayo Servilio fueron los siguientes cónsules *(478 a.C.)*. En la medida en que sólo se trataba de hacer incursiones y correrías, los Fabios eran lo bastante fuertes como para proteger su puesto fortificado y, además, efectuar patrullas a ambos lados de la frontera entre los romanos y los territorios etruscos, haciendo que todo el territorio resultase seguro para ellos mismos y peligroso para el enemigo. Cesaron brevemente estos ataques cuando los veyentinos, después de reunir un ejército de Etruria, asaltaron el puesto fortificado en el Crémera. Fueron enviadas las legiones romanas al mando de Lucio Emilio y combatieron en una batalla campal contra las fuerzas etruscas. Los veyentinos, sin embargo, no tuvieron tiempo de formar sus líneas, y durante la confusión, mientras los hombres formaban y las reservas se situaban, un ala[32] atacó por sorpresa el flanco y no les dio oportunidad de empezar la batalla o siguiera de tomar posiciones. Fueron rechazados hasta su campamento en Saxa Rubra y pidieron la paz. La obtuvieron, pero su inconstancia natural les hizo rechazarla antes de que la guarnición romana abandonara la Crémera.

[2.50] Los conflictos entre los Fabios y el Estado de Veyes se reanudaron sin que hubiesen aumentado los preparativos militares sobre los que ya había. No sólo se dieron incursiones y ataques por sorpresa sobre ambos territorios, sino que a veces alcanzaban el nivel de batallas campales y esta única gens romana a menudo obtuvo la victoria sobre la que era en ese momento la

31 Capa rectangular, roja o púrpura, distintiva de legados y cónsules en campaña. [N. del T.]

32 Fuerza de caballería compuesta de 300 jinetes al mando de un tribuno y que se dividía en 10 turmas de 30 jinetes al mando de un decurión. [N. del T.]

ciudad más poderosa de Etruria. Esta era una amarga mortificación para los veyentinos, y fueron obligados por las circunstancias a planear una emboscada en la que atrapar a su audaz enemigo; incluso se alegraron de que las numerosas victorias de los Fabios les hubiese hecho más confiados. En consecuencia, pusieron manadas de ganado, como por casualidad, en el camino de las partidas de saqueo, los campesinos abandonaron los campos y los destacamentos de tropas enviados a repeler a los incursores huyeron en desbandada más a menudo de lo que solía suceder. En ese momento los Fabios habían concebido tal desprecio por sus enemigos que estaban convencidos de que bajo ninguna circunstacia, ni en ninguna ocasión o lugar podrían resistir a sus armas invencibles. Este orgullo les llevó tan lejos que, viendo algunas cabezas de ganado al otro lado de la ancha llanura que se extendía desde el campamento, corrieron hacia abajo para capturarlas, aunque muy pocos de los enemigos eran visibles. No sospechando peligro y sin mantener el orden se introdujeron en la emboscada que habían montado a cada lado del camino; al dispersarse tratando de capturar el ganado, que en su espanto corría de un lado a otro, fueron repentinamente atacados por el enemigo que surgió de su escondite. Al principio se alarmaron por los gritos a su alrededor; después empezaron a llover jabalinas sobre ellos desde todas las direcciones. Como los etruscos les habían rodeado, se vieron estrechados en un círculo de combatientes; y cuanto más les presionaba el enemigo menos espacio les quedaba para formar sus estrechos cuadros. Esto hizo contrastar fuertemente su escaso número contra la cantidad de los etruscos, cuyas filas se multiplicaban conforme las suyas se reducían. Después de un tiempo, dejaron de dar frente en todas las direcciones y adoptaron un sólo frente en formación en cuña, para forzar el paso a base de espada y músculo. El camino seguía hasta una elevación, y aquí se detuvieron. Cuando el terreno más elevado les dio espacio para respirar libremente y recuperarse de la sensación de desesperación, rechazaron a quienes subieron al ataque; y gracias a la ventaja de la posición podrían haber empezado a ganar la victoria de no haber alcanzado la cumbre algunos veyentidos enviados a rodear la colina. Así que el enemigo tuvo de nuevo la ventaja. Los Fabios quedaron reducidos a un sólo hombre, y capturaron su fuerte. Hay acuerdo general en que perecieron trescientos seis hombres, y que uno sólo, un joven inmaduro, quedó como reserva de la gens Fabia para ser el mayor auxilio de Roma en sus momentos de peligro, tanto exterior como interior.

[2,51] Cuando sucedió este desastre eran cónsules Cayo Horacio y Tito Menenio *(477 a.C.)*. Menenio fue enviado enseguida contra los etruscos,era a la vez envió contra los toscanos, exultalntes por su reciente victoria. Se libró otro combate sin éxito y el enemigo se apoderó del Janículo. La Ciudad, que sufría por la escasez tanto como por la guerra, podría haber sido invadida (pues los etruscos habían cruzado el Tíber) si no hubiesen reclamado al cónsul Horacio de entre los volscos. Los enfrentamientos se acercaron tanto a las murallas que la primera batalla, de resultado indeciso, tuvo lugar cerca del templo de Spes, y el segundo en la puerta Colina. En este último, aunque los romanos obtuvieron sólo una ligera ventaja, los soldados recuperaron algo de su antiguo valor y ganaron experiencia para futuras campañas. Los siguientes cónsules fueron Aulo Verginio y Espurio Servilio *(476 a.C.)* Después de su derrota en la última batalla, los veyentinos rehusaron combatir y efectuaron incursiones. Desde el Janículo y desde la ciudadela hacían correrías por todo el territorio romano; en ninguna parte estuvo segura la gente ni el ganado. Finalmente cayeron en la misma estratagema en que cayeron los Fabios. Algunos animales fueron llevados a propósito en diferentes direcciones, como un señuelo; los veyentinos lo siguieron y cayeron en una emboscada; y al ser mayor su número, mayor fue la masacre. Su rabia por esta derrota fue la causa y el inicio de una más grave. Cruzaron el río Tíber por la noche y marcharon a atacar el campamento de Servilio, pero fueron derrotados con grandes pérdidas y con gran dificultad alcanzaron el Janículo. El propio cónsul cruzó inmediatamente el Tíber y se atrincheró a los pies del Janículo. La confianza inspirada por su victoria del día anterior, y todavía más la escasez de grano, le hizo adoptar una medida inmediata aunque precipitada. Condujo a su ejército al amanecer por el lado del Janículo hacia el campamento enemigo; pero fue rechazado de modo más desastroso que lo que él había hecho el día

antes. Fue sólo por la intervención de su colega que se salvaron él y su ejército. Los etruscos, atrapados entre los dos ejércitos, y retirándose ante cada uno de ellos respectivamente, fueron aniquilados. Así la Guerra Veyentina fue terminada repentinamente gracias a un exitoso acto temerario.

[2.52] Junto con la paz, llegó el alimento a la Ciudad con mayor libertad. Se trajo grano de Campania, y como el miedo a la escasez inmediata había desaparecido, cada uno sacó lo que había acumulado. El resultado de la comodidad y la abundancia fue una nueva inquietud, y ya que habían desaparecido los antiguos males, los hombres comenzaron a buscarlos en casa. Los tribunos empezaron a envenenar la mente de los plebeyos con la *Ley Agraria* y les excitaron contra los senadores que se oponían a ella, no solo contra todo el Senado, sino contra cada uno de sus miembros individualmente. Quinto Considio y Tito Genucio, que abogaban por la Ley, establecieron un día para el juicio de Tito Menenio. El sentimiento popular se despertó en su contra por la pérdida de la fortaleza de Crémera ya que, como cónsul, tenía su campamento no muy lejos de ella. Esto lo quebrantó, aunque los senadores se esforzaron para él no menos de lo que lo habían hecho por Coriolano y la popularidad de su padre Agripa no se había desvanecido. Los tribunos se contentaron con una multa, aunque se le había acusado de un cargo capital y la cuantía se fijó en 2000 ases. Esto resultó ser una sentencia de muerte, porque dicen que, incapaz de soportar la vergüenza y el dolor, cayó enfermo de gravedad y falleció. Espurio Servilio fue el siguiente en ser procesado. Su acusación, conducida por los tribunos Lucio Cedicio y Tito Estacio, se produjo inmediatamente después de cesar en su magistratura, al comienzo del consulado de Cayo Naucio y Publio Valerio *(475 a.C.)*. Cuando llegó el día del juicio, el se enfrentó a las acusaciones de los tribunos, no como Menenio, haciendo llamamientos a su misericordia o a la de los senadores, sino confiando absolutamente en su inocencia y su influencia personal. Se le acusaba por su conducta en la batalla contra los etruscos, en el Janículo; pero el mismo valor que mostró entonces, cuando el Estado estaba en peligro, lo mostró ahora que era su propia vida la que peligraba. Enfrentando sus acusación con otras, hizo recaer sobre los tribunos y toda la plebe la culpa por la condena y muerte de Tito Menenio; el hijo, les recordó, del hombre por cuyos esfuerzos los plebeyos habían recuperado su posición en el Estado y disfrutaban ahora de aquellas magistraturas y leyes que les permitían mostrase crueles y vengativos. Con su audacia disipó el peligro, y su colega Verginio, que se presentó como testigo, le ayudó achacándole algunos de sus propios servicios al Estado. Lo que más le ayudó, sin embargo, fue la sentencia dictada contra Menenio que tan completamente había cambiado el sentimiento popular.

[2.53] Los conflictos internos llegaron a su fin; y empezó de nuevo la guerra con los veyentinos, con quien los Sabinos habían hecho una alianza militar. Se convocó a los auxiliares latinos y hérnicos y se envió al cónsul Publio Valerio, con un ejército, a Veyes. Él atacó inmediatamente el campamento sabino, que estaba situado en frente de las murallas de sus aliados, y creó tal confusión que, mientras pequeños grupos de defensores estaban haciendo salidas en varias direcciones para repeler el ataque, la puerta contra la que se hizo el primer asalto fue forzada, y una vez dentro de las murallas lo que se produjo fue una masacre, no una batalla. El ruido en el campamento llegó incluso hasta la ciudad, y los veyentinos corrieron a tomar las armas en un estado tal de alarma como si la propia Veyes fuese asaltada. Algunos acudieron en ayuda de los sabinos, otros atacaron a los romanos, que estaban totalmente ocupados en su asalto al campamento. Por unos momentos fueron rechazados y desordenados; luego, dando frente en todas direcciones, mantuvieron una firme resistencia mientras que el cónsul ordenaba a la caballería que cargase y derrotaba a los etruscos, poniéndolos en fuga. En la misma hora, dos ejércitos, los dos más poderosos de los estados vecinos, fueron vencidos. Mientras esto ocurría en Veyes, los volscos y ecuos habían acampado en el territorio latino y estaban causando estragos en sus fronteras. Los latinos, junto a los hérnicos, los obligaron a abandonar su campamento sin que hubiera de intervenir

un general romano o tropas de Roma. Recuperaron sus propios bienes y obtuvieron además un inmenso botín. Sin embargo, el cónsul Cayo Naucio fue enviado desde Roma contra los volscos. No estaban de acuerdo, creo, con la costumbre de que los aliados fuesen a la guerra con sus propias fuerzas y sus propias formas de luchar, sin ningún general romano al mando o sin estar al lado de un ejército romano. No hubo insulto o injuria que dejase de lanzarse contra los volscos; sin embargo, rehusaron dar batalla.

[2.54] Lucio Furio y Cayo Manlio fueron los siguientes cónsules *(474 a.C.).* Se le asignó a Manlio la provincia de Veyes. No obstante, no hubo guerra; por solicitud de ellos, se firmó una tregua de cuarenta años; se les ordenó entregar grano y pagar un tributo. A la paz en el exterior le siguió inmediatamente la discordia doméstica. Los tribunos se sirvieron de la Ley Agraria para incitar a la plebe hasta un estado de peligrosa excitación. Los cónsules, nada intimidados por la condena de Menenio o el peligro en que había estado Servilio, se resistieron con la mayor violencia. Al cesar en sus magistraturas, el tribuno Genucio les procesó. Fueron sucedidos por Lucio Emilio y Opiter Verginio *(473 a.C.)* He visto en algunos anales que aparece Vopisco Julio en vez de Verginio. Cualquiera que fuese el cónsul, fue en este año cuando Furio y Manlio, que iban a ser juzgados ante el pueblo, aparecieron vestidos de luto entre los jóvenes patricios más que entre el pueblo. Les instaron a mantenerse alejados de los altos cargos del Estado y de la administración de la república, y a que considerasen las fasces consulares, la pretexta y la silla curul sólo como las pompas fúnebres, pues cuando fuesen revestidos con tales insignias estarían adornados como las víctimas de un sacrificio. Si el consulado les atraía tanto, debían comprender claramente que esa magistratura había sido dominada y quebrada por el poder tribunicio; el cónsul debía actuar en todo a la entera disposición del tribuno, como si fuese su ayudante. Si tomaban una línea activa, si mostraban cualquier respeto por los patricios, si pensaban que algo que no fuese la plebe formaba parte de la república, debían fijarse antes en la expulsión de Cneo Marcio y en la condena y muerte de Menenio. Inflamados por estas palabras, los senadores celebraban encuentros en privado, fuera de la Curia, con sólo unos pocos invitados. Como el único punto en el que estaban de acuerdo era que los dos que estaban procesados debían ser liberados, por métodos legales o ilegales, el plan más desesperado se convirtió en el más aceptable, habiendo hombres que abogaban por el crimen más audaz. En consecuencia, el día del juicio, mientras la plebe estaba en el Foro, impaciente de expectación, quedó sorprendida cuando el tribuno no compareció ante ellos. El creciente retraso les hizo sospechar; creyeron que había sido intimidado por los jefes del senado y se quejaban de que la causa del pueblo había sido abandonada y traicionada. Por fin algunos de los que habían estado esperando en el vestíbulo de la casa del tribuno mandaron recado de que había sido encontrado muerto en su casa. Cuando se propagó esta noticia por la asamblea, se dispersaron en todas direcciones, como un ejército derrotado que ha perdido a su general. Los tribunos estaban especialmente alarmados, pues quedaron advertidos, por la muerte de su colega, de lo absolutamente ineficaces que resultaban las leyes sagradas para su protección. Los patricios, en cambio, mostraron una satisfacción poco moderada; tan lejos estaba cualquiera de ellos de lamentar el crimen, que incluso aquellos que no habían tomado parte en él se dieron prisa en aparentar que sí lo habían hecho, y se aseguraba públicamente que el poder tribunicio debía ser castigado con la sumisión.

[2.55] Aunque la impresión producida por este ejemplo terrible de crimen impune estaba aún fresca, se dieron órdenes de proceder a un alistamiento; y como los tribunos estaban completamente intimidados, los cónsules lo llevaron a cabo sin impedimento alguno por su parte. Pero ahora los plebeyos estaban más enojados con el silencio de los tribunos que en el ejercicio de la autoridad por parte de los cónsules. Dijeron que se había puesto fin a su libertad, que habían vuelto al viejo estado de cosas y que el poder tribunicio estaba muerto y enterrado con Genucio. Debían pensar y aprobar otro sistema para resistir a los patricios, y el único posible era que el pueblo se defendiera a sí

mismo, pues no tenían otra ayuda. Veinticuatro lictores auxiliaban a los cónsules, y todos estos hombres procedían de la plebe. Nada les resultaba más despreciable y frágil que ellos, si hubiese alguno que les pudiese tratar con desprecio, pero cada cual les imaginaba autores de cosas enormes y terribles. Tras haberse alentado los unos a los otros con estos discursos, Volero Publilio, un plebeyo, dijo que no debía servir como soldado raso después de haber servido como centurión. Los cónsules le enviaron un lictor. Volero apeló a los tribunos. Ninguno acudió en su ayuda, por lo que los cónsules ordenaron que le desnudaran mientras se preparaban las varas. *Apelo al pueblo*, dijo, *pues los tribunos prefieren antes ver a un ciudadano romano azotado ante sus ojos que ser asesinados en sus camas por vosotros.* Cuanto más gritaba, más tiraba el lictor de su toga para desnudarlo. Entonces Volero, que de por sí era un hombre de fuerza inusual, ayudado por aquellos a los que apeló, empujó al lictor y, entre las protestas indignadas de sus partidarios, se retiró entre la multitud gritando *¡Apelo al pueblo en mi auxilio! ¡Ayuda, conciudadanos! ¡Ayuda, compañeros de armas! No podéis esperar nada de los tribunos; son ellos mismos los que necesitan vuestra ayuda*. Los hombres, muy excitados, se dispusieron como para la batalla; y era una de lo más importante y amenazante, donde nadie mostraría el menor respeto por los derechos públicos o privados. Los cónsules trataron de retener la furia de la tormenta, pero pronto se dieron cuenta de que poca seguridad ofrecía la autoridad sin el auxilio de la fuerza. Los lictores fueron acosados, las fasces rotas, y los cónsules expulsados del Foro hasta la Curia, sin saber hasta qué punto llevaría Volero su victoria. Como el tumulto estaba cediendo convocaron al Senado, y cuando se reunió se quejaron del ultraje recibido, de la violencia de la plebe y de la audaz insolencia de Volero. Después de hacer muchos discursos violentos, prevaleció la opinión de los senadores de más edad; desaprobaban que a la intemperancia de la plebe se opusiese el resentimiento airado de los patricios.

[2,56] Volero tenía ahora el favor de la plebe, y en la siguiente elección le nombraron tribuno. Lucio Pinario y Publio Furio fueron los cónsules de ese año *(472 a.C.).* Todo el mundo supuso que Volero emplearía todo el poder de su tribunado para hostigar a los cónsules del año anterior. Por el contrario, subordinó sus quejas privadas a los intereses del Estado, y sin decir una sola palabra de crítica a los cónsules, propuso al pueblo una ley para que los magistrados de la plebe fuesen elegidos por la Asamblea de las tribus. A primera vista, esta medida parecía ser inofensiva, pero privaría a los patricios de todo el poder de elegir a través de los votos de sus clientes a quienes deseaban como tribunos. Fue más bienvenida por los plebeyos, pero los patricios se resistieron cuanto pudieron. Fueron incapaces de garantizar el único medio eficaz de resistencia, es decir, induciendo a uno de los tribunos, por influencia de los cónsules o de los líderes de los patricios, a interponer su veto. El peso y la importancia de la cuestión hizo que la controversia se prolongase durante todo el año. La plebe reeligió a Volero. Los patricios, percibiendo que la cuestión se acercaba rápidamente a una crisis, nombraron a Apio Claudio *(471 a.C.)*, el hijo de Apio, quien, desde los conflictos que su padre tuvo con ellos, había sido odiado por ellos, y a cambio también les odiaba cordialmente. Desde el mismo comienzo del año, la Ley tuvo precedencia sobre todos los demás asuntos. Volero había sido el primero en presentarla, pero su colega Letorio, aunque más tarde, fue un partidario aún más enérgico de la misma. Se había ganado una reputación enorme en la guerra, porque nadie era mejor luchador, y esto lo convirtió en un fuerte adversario. Volero en sus discursos se limitó estrictamente a discutir la Ley y se abstuvo de todo abuso contra los cónsules. Pero Letorio comenzó acusando a Apio y a su familia de tiranía y crueldad ante la plebe; dijo que no habían elegido un cónsul, sino un verdugo para acosar y torturar a los plebeyos. La lengua sin entrenamiento del soldado no podía expresar la libertad de sus sentimientos; como le faltasen las palabras, *dijo: No puedo hablar con tanta facilidad como puedo probar la verdad de lo que he dicho; venid aquí mañana, pereceré ante vuestros ojos o sacaré adelante* la Ley.

Al día siguiente los tribunos ocuparon en el templo, los cónsules y la nobleza estaban alrededor de la Asamblea para impedir la aprobación de la Ley. Letorio dio órdenes para que todos, a excepción de los votantes efectivos, se retirasen. Los jóvenes patricios se mantuvieron en sus

lugares y no hicieron caso a las órdenes del tribuno; a continuación Letorio ordenó que arrestasen a algunos. Apio insistió en que los tribunos no tenían jurisdicción más que sobre los plebeyos, no eran magistrados de todo el pueblo, sino sólo de la plebe; ni siquiera él podría, de acuerdo con las costumbres de sus antepasados, molestar a ningún hombre en virtud de su autoridad, mediante la fórmula ejecutiva: *Si os parece bien, Quirites, ¡partid!* Al hacer comentarios despectivos sobre su jurisdicción, pudo fácilmente desconcertar a Letorio. El tribuno, encendido de furia, envió a su ayudante contra el cónsul, el cónsul envió un lictor contra el tribuno, gritando que él era un ciudadano privado sin ninguna autoridad su ordenador con el cónsul, el cónsul envió un lictor a la tribuna, gritando que era un ciudadano, no un magistrado, sin ningún tipo de autoridad. El tribuno habría sido tratado indignamente si no se hubiese alzado toda la Asamblea para defender al tribuno contra el cónsul, mientras que la gente corría en multitud desde todas partes de la Ciudad hacia el Foro. Apio desafió la tormenta con inflexible determinación, y el conflicto habría terminado con derramamiento de sangre si el otro cónsul, Quincio, encargase a los consulares la tarea de llevarse, por la fuerza si es necesario, a su colega del Foro. Rogó a los furiosos plebeyos que se calmasen, e imploró a los tribunos que disolviesen la Asamblea; debían dejar que se enfriasen los ánimos, el retraso no les privaría de su poder, sino que añadiría prudencia a su fortaleza; el Senado se sometería a la autoridad del pueblo y los cónsules a la del Senado.

[2.57] Con dificultad, Quincio logró calmar a los plebeyos; a los senadores le costó mucho más apaciguar a Apio. Por fin, la Asamblea fue disuelta y los cónsules celebraron una reunión con el Senado. Se expresaron muy distintas opiniones, según predominase el miedo o la ira, pero cuanto mas pasaba el tiempo desde la acción impulsiva a la deliberación tranquila, más contrarios se volvían a prolongar el conflicto; tanto fue así, de hecho, que aprobaron un voto de agradecimiento a Quincio por haber disipado con sus esfuerzos los disturbios. Apio fue llamado para que diese su consentimiento para que se limitase la autoridad consular para acomodarla a la armonía común. Se les urgió a los tribunos y los cónsules, pues mientras cada uno trataba de poner bajo su control su parte respectiva, no había base para la acción común; el Estado se rasgó en dos, y lo único que importaba era quién debería gobernarlo, no cómo se podría preservar su seguridad. Apio, por otro lado, puso a los dioses y los hombres por testigos de que el Estado estaba siendo traicionado y abandonado por miedo; no era el cónsul quien estaba fallando al Senado, sino el Senado el que estaba fallando al cónsul; las condiciones que ahora se dictaban eran peores que las que presentaron los que se retiraron al Monte Sacro. Sin embargo, fue vencido por el sentimiento unánime del Senado y así calló. La ley fue aprobada en silencio. Entonces, por primera vez, los tribunos fueron elegidos por la Asamblea de las Tribus. Según Pisón, se añadieron otros tres, pues antes sólo había habido dos. Dice que fueron Cneo Siccio, Lucio Numitorio, Marco Duelio, Espurio Icilio y Lucio Mecilio.

[2.58] Durante los disturbios en Roma, estalló nuevamente la guerra con los volscos y los ecuos. Habían asolado los campos, a fin de que si hubiera una secesión de la plebe pudieran encontrar refugio con ellos. Cuando se restableció la tranquilidad, movieron más lejos su campamento. Apio Claudio fue enviado contra los volscos, los ecuos se le encargaron a Quincio. Apio mostró en campaña el mismo temperamento salvaje que había mostrado en casa, sólo que aún más desenfrenado, pues no estaba encadenado por los tribunos. Odiaba a la plebe con un odio más intenso del que su padre había sentido, porque habían conseguido lo mejor de él y habían aprobado su ley a pesar de que fue elegido cónsul como el único hombre que podría frustrar el poder tribunicio (una ley, también, que los antiguos cónsules, de los que el Senado esperaba menos que de él, habían obstruido con menos problemas). La ira y la indignación ante todo esto incitaban a su naturaleza imperiosa para acosar a su ejército con una disciplina implacable. Ninguna medida violenta, sin embargo, podría someterlos, tal era el espíritu de oposición que les llenaba. Hacían todo de manera superficial, ociosa, descuidada y desafiante; no les retenía ningún sentimiento de

vergüenza o miedo. Si quería que la columna se moviese más rápidamente, ellos machaban más lentamente; si venía a incitarles a apresurar sus trabajos, holgazaneaban cuando antes se habían mostrado enérgicos por sí mismos; en su presencia miraban hacia abajo y cuando pasaba ante ellos le maldecían; así que el valor que no cedió ante el odio de la plebe fue a veces agitado. Después de usar vanamente duras medidas de todo tipo, se abstuvo de cualquier otra relación con sus soldados, dijo que el ejército había sido corrompido por los centuriones, y a veces los llamaba, en tono burlón, tribunos de la plebe y Voleros.

[2,59] Nada de esto escapó a la atención de los veyentinos, y presionaron con más fuerza en la esperanza de que el ejército romano mostraría el mismo espíritu de desafección hacia Apio que había manifestado hacia Fabio. Pero la desafección fue mucho más violenta con Apio de lo que había sido con Fabio, pues los soldados no sólo no deseaban vencer, como el ejército de Fabio, sino que deseaban ser vencidos. Cuando se llevó al combate, rompieron filas en una vergonzosa fuga y se dirigieron al campamento, y no ofrecieron resistencia, de hecho, hasta que vieron a los volscos atacar sus trincheras y que en su retaguardia se producía una masacre. Entonces se vieron obligados a luchar, para poder desalojar al enemigo victorioso de su muralla;, resultó, sin embargo, bastante evidente que los soldados romanos sólo luchaban para impedir la captura de su campamento; de no ser así, se regocijaban con su ignominiosa derrota. La furiosa determinación de Apio no se debilitó por esto, pero cuando pensaba en adoptar medidas aún más severas y convocar una asamblea de sus tropas, sus legados y tribunos le rodearon y le advirtieron que en ningún caso pusiera en juego su autoridad, pues ésta dependía enteramente del libre consentimiento de quienes debían obedecerle. Dijeron que los soldados, como un solo hombre, rechazaban acudir a la asamblea y por todas partes se escuchaba su petición de retirarse del territorio volsco; sólo un poco antes el enemigo victorioso había logrado casi entrar en el campamento. No eran sólo sospechas de un grave motín, la evidencia estaba ante ellos.

Apio cedió finalmente a sus protestas. Sabía que ellos no ganarían nada, más que un retraso en su castigo, y consintió en renunciar a la asamblea. Con las primeras luces se dio la orden de partida. Cuando el ejército había salido del campamento y estaba formando en orden de marcha, los volscos, como si obedeciesen la misma señal, cayeron sobre la retaguardia. La confusión así producida se extendió a las filas de vanguardia y produjo tal pánico en todo el ejército que fue imposible que se escuchasen las órdenes o que se formase una línea de batalla. Nadie pensaba en nada más que huir. Se abrieron paso sobre montones de cuerpos y armas con tan apresurado salvajismo que el enemigo cesó en la persecución antes de que los romanos dejasen de huir. Por fin, después de que el cónsul hubiese tratado en vano de seguir y reunir a sus hombres, las tropas dispersas se reunieron de nuevo y asentaron su campamento en un territorio no alterado por la guerra. Convocó los hombres a una asamblea, y tras lanzar invectivas, con perfecta justicia, contra un ejército que había faltado a la disciplina militar y abandonado sus estandartes, les preguntó por separado dónde estaban sus estandartes, dónde estaban sus armas. Ordenó que azotasen y decapitasen a los soldados que habían arrojado sus armas, a los portaestandartes que habían perdido sus insignias, y además de éstos a los centuriones y duplicarios que habían desertado de sus filas. De cada diez hombres, se eligió uno por sorteo para recibir suplicio.

[2.60] Justo lo contrario sucedió con el ejército en campaña contra los ecuos, donde el cónsul y sus soldados competían entre sí en actos de bondad y compañerismo. Quincio era de naturaleza más suave, y la desafortunada severidad de su colega le hizo más proclive a seguir su inclinación afable. Los ecuos no se atrevieron a enfrentarse con un ejército en el que reinaba tal armonía entre el general y sus hombres; así permitieron que su enemigo devastase su territorio en todas direcciones. En ninguna guerra anterior se habían saqueado más territorios que en aquella. La totalidad de los mismos se entregó a los soldados, y con ellas las palabras de elogio que, no menos que las recompensas materiales, alegraron el ánimo de los soldados. El ejército volvió a casa en los

mejores términos con su general, y a través de él con los patricios; dijeron que mientras el Senado les había dado un padre a ellos, al otro ejército les había dado un tirano. El año, que había trascurrido con los distintos azares de la guerra y con las furiosas disensiones, tanto en casa como en el extranjero, fue memorable sobre todo por la Asamblea de las Tribus, que fue más importante por la victoria en sí que por cualesquiera ventaja adquirida. Porque con la retirada de los patricios de su Consejo, la Asamblea perdió más en dignidad de cualquier fortaleza que la plebe hubiese ganado o perdido los patricios.

[2.61] Lucio Valerio y Tiberio Emilio fueron nombrados cónsules para el próximo año *(470 a.C.)*, que fue todavía más tormentoso debido, en primer lugar, a la lucha entre los dos órdenes a cuenta de la Ley Agraria, y en segundo lugar al enjuiciamiento de Apio Claudio. Fue acusado por los tribunos, Marco Duellio y Cneo Siccio, sobre la base de su decidida oposición a la Ley, y también porque se opuso a la ocupación de las tierras públicas, como si se tratara de un tercer cónsul. Nunca antes había sido nadie llevado a juicio ante el pueblo, a quien la plebe hubiese detestado tan profundamente, tanto por él mismo como por su padre. Pero a casi nadie se esforzaron más los propios patricios en salvar que a él, a quien consideraban el campeón del Senado y vindicador de su autoridad, el baluarte contra los tumultos de los tribunos o la plebe; y ahora le veían expuesto a la ira de los plebeyos, simplemente por haber ido demasiado lejos en la lucha. El mismo Apio Claudio, pese a los ruegos de todos los patricios, miró a los tribunos, a la plebe y a su propio juicio como si no le importasen. Ni las amenazas de los plebeyos ni las súplicas del Senado pudieron inclinarle (no digo ya a cambiar su atuendo y presentarse como un suplicante) a suavizar y dominar en cierta medida la acostumbrada aspereza de su lengua cuando tuvo que hacer su defensa ante el pueblo. Tenía la misma expresión, la misma mirada desafiante, el mismo tono orgulloso al expresarse; de modo que un gran número de los plebeyos quedó no menos atemorizado por Apio en su juicio de lo que lo estuvieron cuando fue cónsul. Él sólo habló una vez en su defensa, pero en el mismo tono agresivo que siempre había adoptado, y su firmeza dejó tan atónitos a los tribunos y a la plebe, que aplazaron el caso por su propia voluntad y lo dejaron dilatarse. No pasó mucho tiempo, sin embargo. Antes que llegase la fecha del nuevo juicio, murió de enfermedad. Los tribunos trataron de impedir que se pronunciase se oración fúnebre, pero los plebeyos no permitirían que se despojasen las exequias de un hombre tan grande de los honores acostumbrados. Escucharon el panegírico del muerto con tanta atención como habían escuchado las acusaciones contra el vivo, y una gran multitud le siguió hasta la tumba.

[2.62] En el mismo año, el cónsul Valerio avanzó con un ejército contra los ecuos, pero no pudiendo atraer al enemigo al combate, inició un ataque a su campamento. Una tormenta terrible de trueno y granizo, enviada por el Cielo, le impidió continuar el ataque. La sorpresa fue mayor cuando, tras ordenarse la retirada, volvió el clima tranquilo y luminoso. Pensó que sería un acto de impiedad atacar una segunda vez un campo defendido por algún poder divino. Volvió sus energías guerreras a la devastación del país. El otro cónsul, Emilio, llevó a cabo una campaña entre los sabinos. Allí, también, como el enemigo se mantuvo detrás de sus murallas, fueron devastados sus campos. La quema no sólo de granjas dispersas, sino también de pueblos con poblaciones numerosas llevó a los sabinos a la acción. Se encontraron con los que algareaban, se combatió en una batalla indecisa y después trasladaron su campamento a un lugar más seguro. El cónsul viendo que dejaba al enemigo como derrotado, consideró esto razón suficiente y regresó, abandonando la guerra.

[2.63] Tito Numicio Prisco y Aulo Verginio fueron los nuevos cónsules *(469 a.C.)*. Los disturbios interiores siguieron pese a estas guerras y los plebeyos ya no iban, evidentemente, a tolerar más retrasos respecto a la Ley Agraria, y se estaban preparando para tomar medidas extremas cuando el humo de granjas quemadas y la huida de la gente del campo anunció la

aproximación de los volscos. Esto detuvo la revolución que ya estaba madura y a punto de estallar. El Senado fue convocado a toda prisa, y los cónsules condujeron a los hombres disponibles para el servicio activo a la batalla, quedando así el resto de la plebe con el ánimo apaciguado. El enemigo se retiró precipitadamente, sin haber hecho otra cosa más que llenar con grandes temores infundados a los romanos. Numicio avanzó contra los volscos en Anzio y Verginio contra los ecuos. Allí fue emboscado y escapó con dificultad de una grave derrota; el valor de los soldados cambió la suerte del día, que la negligencia del cónsul había hecho peligrar. Un generalato más hábil se mostró contra los volscos; el enemigo fue derrotado en el primer combate y puesto en fuga hacia Anzio que era, por aquellos días, una ciudad muy rica. El cónsul no se atrevió a atacarla, sin embargo tomó Cenon a los acíates, que en absoluto era un lugar tan rico. Mientras los ecuos y volscos mantenían los ejércitos romanos ocupados, los sabinos extendieron sus correrías hasta las puertas de la ciudad. En pocos días los cónsules invadieron su territorio, y, atacados con ferocidad por ambos ejércitos, sufrieron pérdidas mayores que las que habían infligido.

[2.64] Hacia el final del año hubo un breve intervalo de paz, pero, como de costumbre, estuvo marcado por la lucha entre los patricios y plebeyos. La plebe, en su desesperación, se negó a tomar parte en la elección de los cónsules, Tito Quincio y Quinto Servilio fueron elegidos cónsules por los patricios y sus clientes *(468 a.C.).* Tuvieron un año similar al anterior: agitación durante la primera parte, y luego calma a causa de la guerra exterior. Los Sabinos rápidamente atravesaron las llanuras de Crustumerio, y pasaron a sangre y fuego la zona regada por el Anio, pero fueron rechazados cuando estaban casi alcanzaban la puerta Colina y las murallas de la Ciudad. Tuvieron éxito, sin embargo, en llevarse un inmenso botín, tanto de hombres como de ganado. El cónsul Servilio les persiguió con un ejército ansioso de venganza, y aunque no pudo enfrentarse con su fuerza principal en campo abierto, efectuó sus estragos a una escala tan amplia que no dejó parte intacta por la guerra y regresó con un botín muchas veces mayor que el que obtuvo el enemigo. Entre los volscos, además, la causa de Roma fue espléndidamente servida por los esfuerzos de generales y soldados por igual. Para empezar, se enfrentaron en campo abierto y tuvo lugar una batalla con inmensas pérdidas en ambos bandos, tanto en muertos como en heridos. Los romanos, cuya escasez numérica hacía más sensibles sus pérdidas, se hubieran retirado de no haberles dicho sus cónsules que el enemigo, al otro extremo, huía, y con esta oportuna mentira incitaron al ejército a un nuevo esfuerzo. Cargaron y convirtieron una victoria supuesta en una victoria real. El cónsul, temiendo si llevaba el ataque demasiado lejos se reanudase la lucha, dio señal de retirarse. Durante los siguientes días ambas partes se mantuvieron tranquilas, como si hubiera un acuerdo tácito. Durante este intervalo, un cuerpo inmenso de hombres de todas las ciudades volscas y ecuas llegó al campamento, esperando que cuando los romanos escuchasen de su llegada, harían una retirada nocturna. En consecuencia, sobre la tercera guardia marcharon a atacar el campamento. Después de aclararse la confusión causada por la súbita alarma, Quincio ordenó a los soldados que permanecieran en silencio en sus tiendas, envió una cohorte de hérnicos a los puestos de avanzada, subió a los cornetas y trompetas a caballo y les ordenó que hicieran sus toques de llamada y mantener al enemigo en estado de alerta hasta el amanecer. Durante el resto de la noche todo estuvo tan tranquilo en el campamento que los romanos pudieron incluso dormir a gusto. La vista de la infantería armada, que los volscos tomaron por romanos, y más numerosos de lo que eran en realidad, el ruido y el relinchar de los caballos, inquietos bajo sus jinetes inexpertos y excitados por el sonido de las trompetas, mantuvo al enemigo en el temor constante de un ataque.

[2.65] Al amanecer, los romanos, descansados tras su sueño continuado, fueron conducidos al combate, y en la primera carga quebraron a los volscos, en pie toda la noche y faltos de sueño. Fue, sin embargo, una retirada, más que una derrota; a su retaguardia había colinas a las que todos los que había detrás del frente se retiraron con seguridad. Cuando llegaron donde se elevaba el terreno, el cónsul detuvo su ejército. Los soldados fueron retenidos con dificultad, gritaban para que se les

dejase perseguir al enemigo derrotado. La caballería insistía aún más, se amontonaban alrededor del general y en voz alta gritaban que irían por delante de la infantería. Mientras el cónsul, seguro del valor de sus hombres pero sin confiarse a causa de la naturaleza del terreno, aún vacilaba, gritaron que iban a continuar y a sus palabras hicieron seguir un avance. Hincando sus lanzas en el suelo, para poder subir más ligeros, echaron a correr. Los volscos lanzaron sus jabalinas a la primera aproximación y luego les arrojaron las piedras que tenían dispuestas a sus pies, conforme el enemigo se acercaba. Muchos fueron alcanzados, y fue tal el desorden creado que fueron obligados a retirarse del terreno más elevado. De esta manera el ala izquierda romana estaba casi derrotada, pero el cónsul con sus palabras les reprochó su temeridad y también su cobardía, haciendo que el miedo diera paso a la vergüenza. Al principio se afianzaron y resistieron con firmeza; luego, cuando manteniendo el terreno lograron recuperar fuerzas, se aventuraron a avanzar. Con un grito renovado toda la línea fue hacia delante, y presionando con una segunda carga superaron las dificultades de la ascensión; estaban a punto de llegar a la cumbre cuando el enemigo se dio la vuelta y huyó. Con una carrera salvaje, perseguidores y perseguidos se precipitaron casi juntos en el campamento, que fue tomado. Los volscos que lograron escapar fueron hacia Anzio, allí se dirigió el ejército romano. Tras unos pocos días de asedio, la ciudad se rindió, no debido a algún esfuerzo inusual por parte de los asaltantes, sino simplemente porque después de la batalla perdida y la captura de su campamento el enemigo se había desmoralizado.

LIBRO III. EL DECEMVIRATO

[3,1] Para el año siguiente a la captura de Anzio, Tiberio Emilio y Quincio Fabio fueron nombrados cónsules *(467 a.C.).* Este era el Fabio que resultó único superviviente tras la extinción de su gens en el Crémera. Emilio, en su anterior consulado, ya había abogado por la concesión de tierras a la plebe. Como ya era cónsul por segunda vez, el Partido Agrario abrigaba esperanzas de que la Ley se cumpliría; los tribunos se ocuparon del asunto con la firme esperanza de que tras tantos intentos podrían tener éxito ahora que un cónsul estaba de su parte; el punto de vista del cónsul sobre el asunto no había cambiado. Quienes poseían las tierras (la mayoría de los patricios) se quejaron de que la jefatura del Estado estaba adoptando los métodos de los tribunos y ganando popularidad a base de regalar la propiedad ajena, y de esta manera cambiaron sus odios de los tribunos al cónsul. Se daban todos los indicios de que iba a producirse un serio conflicto, pero Fabio los ahuyentó con una sugerencia aceptable para ambas partes, a saber, que como había una considerable cantidad de tierras tomadas a los volscos el año anterior, bajo el feliz generalato de Tito Quincio, debía asentarse una colonia en Anzio, la cual, como ciudad portuaria, resultaba adecuada para tal propósito. Esto permitiría a los plebeyos poseer terrenos públicos sin injusticia para los que ya poseían, y así se restableció la armonía en el Estado. Se aprobó esta proposición. Nombró como delegados para la distribución de la tierra a Tito Quincio, Aulo Verginio y Publio Furio. Se ordenó que quienes deseasen recibir tierras diesen sus nombres. Como de costumbre, la abundancia produjo asco, y tan pocos dieron en sus nombres que se tuvo que completar el número de colonos añadiendo volscos. El resto del pueblo quería las tierras en Roma, no en otra parte. El ecuos solicitaron la paz a Quinto Fabio, que había marchado contra ellos, pero la rompieron con una repentina incursión en territorio latino.

[3,2] El año siguiente *(466 a.C.)*, Quinto Servilio (que era cónsul junto a Espurio Postumio) fue enviado contra los ecuos, y sentó su campamento en territorio latino. Su ejército fue atacado por una epidemia y obligado a permanecer inactivo. La guerra se prolongó hasta su tercer año, cuando Quinto Fabio y Tito Quincio fueron cónsules *(465 a.C.).* Como Fabio, tras su victoria, había asegurado la paz con los ecuos, mediante un edicto especial le fue encargado este asunto. Partió con la firme convicción de que la fama de su nombre les dispondría a la paz; en consecuencia, envió emisarios a su Consejo Nacional que se encargaron de llevar un mensaje del cónsul Quinto Fabio en el sentido de que como él llevase la paz con los ecuos a Roma, ahora llevaba la guerra de Roma a los ecuos con la misma mano derecha, ahora armada, que les había dado antes como promesa de paz. Los dioses eran ahora testigos y pronto serían los vengadores de los responsables de aquella perfidia y aquel perjurio. En cualquier caso, sin embargo, él prefería que los ecuos se arrepintiesen por su propia voluntad a que sufriesen de manos del enemigo; si se arrepentían, con seguridad podrían encomendarse a su clemencia, que ya habían experimentado, pero si encontraban placer en perjudicarse a sí mismos, entonces más estarían siendo beligerantes contra los enojados dioses que contra sus enemigos terrenales.

Estas palabras, sin embargo, tuvieron tan poco efecto que los enviados escaparon ilesos por poco, y enviaron un ejército al Monte Álgido contra los romanos. Cuando se informó de esto en Roma, los sentimientos de indignación en lugar de los de aprehensión por el peligro urgieron al otro cónsul a salir de la Ciudad. Así que dos ejércitos bajo el mando de los cónsules avanzaron contra el enemigo en formación de batalla, para encarar un inmediato enfrentamiento. Pero sucedió que no quedaba mucha luz, y un soldado les increpó desde los puestos de avanzada de los enemigos: *Así, romanos, hacéis demostración de fuerza, sin combatir. Formáis vuestro frente cuando la noche está a punto de llegar; necesitamos más luz diurna para la batalla. Cuando mañana nazca el Sol, volved a formar. ¡No temáis, tendréis amplia oportunidad de combatir!* Picados por estas burlas, los soldados se marcharon de regreso en el campamento para esperar el día siguiente. Ellos pensaban que la noche que se avecina sería larga, pues se había retrasado la confrontación; tras volver al

campamento se rehicieron con la comida y el sueño. Cuando amaneció, al día siguiente, la línea romana formó un poco antes que la del enemigo. Por fin, los ecuos avanzaron. La lucha fue feroz en ambos lados; los romanos lucharon con ira y odio; los ecuos, conscientes del peligro en que sus fechorías les había puesto, y sin esperanza de que se volviesen a fiar de ellos, se vieron obligados a hacer un último y desesperado esfuerzo. Sin embargo, no mantuvieron su posición contra el ejército romano, sino que fueron derrotados y obligados a retirarse dentro de sus fronteras. El ánimo de las tropas permanecía intacto y ni un ápice más inclinado a la paz. Criticaron a sus generales por jugárselo todo en una batalla campal, un modo de luchar en que sobresalían los romanos, mientras que los ecuos, dijeron, eran mejores en las incursiones destructivas y correrías; numerosos grupos, actuando en todas direcciones, tendrían más éxito que se amontonaban en un gran ejército.

[3,3] En consecuencia, dejando un destacamento para vigilar el campamento, salieron e hicieron tales correrías en el territorio romano que el terror que causaron se extendió incluso a la Ciudad. La alarma fue aún mayor debido a que en absoluto se esperaban esas tácticas. Para nada les parecía menos de temer, de un enemigo que había sido derrotado y casi rodeado en su campamento, que pensasen en dedicarse a incursiones de pillaje; mientras el pánico de los campesinos afectados, llegando a las puertas de la Ciudad y exagerándolo todo con su alarma salvaje, exclamaba que no eran simples correrías o pequeños grupos de saqueadores, sino ejércitos completos enemigos los que se acercaban, preparándose para abatirse con violencia sobre la Ciudad. Los que estaban más cerca trasladaban a otros lo que oían, y los vagos rumores se hicieron cada vez mayores y más falsos. Las carreras y gritos de los hombres gritando *¡A las armas!* causaron un pánico casi tan grande como si la Ciudad hubiese sido realmente tomada. Afortunadamente, el cónsul Quincio regresó a Roma desde Álgido. Esto alivió sus temores, y después de calmar la excitación y reprenderles por temer a un enemigo derrotado, estacionó tropas para proteger las puertas. El Senado fue convocado, y por su autoridad se proclamó la suspensión de todos los negocios; tras lo cual se dedicó a proteger la frontera, dejando a Quinto Servilio como prefecto de la ciudad. Sin embargo, no encontró al enemigo. El otro cónsul logró un éxito brillante. Se informó de cuáles rutas usaría el enemigo, les atacó mientras iban cargados con el botín (obstaculizados así sus movimientos) y convirtió sus correrías de saqueo en fatales para ellos. Pocos enemigos escaparon y se recuperó todo el botín. El regreso del cónsul puso fin a la suspensión de los negocios, que duró cuatro días. Entonces se hizo el censo y Quincio cerró el lustro. Los números del censo expuesto fueron de ciento cuatro mil setecientos catorce, con exclusión de viudas y huérfanos. Nada más de importancia ocurrió entre los ecuos. Se retiraron a sus ciudades y miraban pasivamente el saqueo y el incendio de sus hogares. Después de marchar en varias ocasiones a lo largo y ancho del territorio enemigo y llevar la destrucción por todas partes, el cónsul regresó a Roma con gran gloria e inmenso botín.

[3,4] Los siguientes cónsules fueron Aulo Postumio Albo y Espurio Furio Fuso *(464 a.C.).* Algunos autores llaman a los Furios, Fusios. Digo esto por si acaso alguien supone erróneamente que nombres distintos denotan personas diferentes. En cualquier caso, uno de los cónsules continuó la guerra con los ecuos. Éstos enviaron a pedir ayuda a los volscos de Écetra. Tal era la rivalidad entre ellos en cuanto a quién debía mostrar la más inveterada enemistad con Roma, que la ayuda se concedió de buena gana y llevaron a cabo los preparativos para la guerra con la mayor energía. Los hérnicos se dieron cuenta de lo que estaba pasando y alertaron a los romanos de que Ecetra se había rebelado y unido a los ecuos. Se sospechó también de la colonia de Anzio, porque tras la captura de esa ciudad un gran número de sus habitantes se había refugiado entre los ecuos, y fueron los soldados más eficaces en toda la guerra. Cuando los ecuos fueron devueltos a sus ciudades amuralladas, esta multitud fue disuelta y regresó a Anzio. Allí se encontraron a los colonos dispuestos de por sí a la traición y lograron separarlos completamente de Roma. Antes de que los asuntos estuviesen maduros, llegó al Senado la noticia de que se preparaba una revuelta, y se indicó

a los cónsules que convocasen a Roma a los jefes de la colonia y se les preguntase qué estaba pasando. Vinieron sin vacilar, pero después de haber sido llevados al Senado por los cónsules, dieron respuestas tan insatisfactorias que dejaron aún mayores sospechas a su marcha que a su llegada. La guerra era segura. Espurio Furio, el cónsul a quien se encargó la dirección de la guerra, marchó contra los ecuos y los encontró efectuando correrías en territorio hérnico. Ignorante de su fuerza, porque no estaban a la vista todos a la vez, se lanzó temerariamente a la batalla con fuerzas inferiores. Fue rechazado en el primer choque y se retiró a su campamento, pero no quedó allí a salvo del peligro. Durante esa noche y el día siguiente, el campamento fue atacado con tal fuerza que ni siquiera pudo enviar un mensajero a Roma. La noticia del desafortunado combate y de la acción del cónsul y su ejército llegó a través de los hérnicos, produciendo tal alarma en el Senado que se emitió un decreto de una manera nunca usada hasta entonces, excepto en casos de extrema urgencia. Encargaron a Postum*io que mirara porque la república no sufrie*se daño. Se pensaba que lo mejor era que el cónsul permaneciese en Roma para alistar a todo el que pudiese empuñar un arma, mientras que Tito Quincio era enviado como legado proconsular para liberar el campamento con un ejército suministrado por los aliados. Esta fuerza estaría integrada por los latinos y los hérnicos, mientras que la colonia en Anzio debía proporcionar subitarios (designación que se aplica a tropas alistadas apresuradamente).

[3,5] Numerosas maniobras y escaramuzas tuvieron lugar durante esos días, porque el enemigo con su superioridad numérica era capaz de atacar a los romanos desde muchos lugares y agotar sus fuerzas, pues no pudieron hallarlos juntos en ningún sitio. Mientras una parte de su ejército atacaba el campamento, otra fue enviado a devastar el territorio romano, y, si se presentaba una oportunidad favorable, intentarlo en la propia Ciudad. Lucio Valerio se quedó para proteger a la ciudad y se envió al cónsul Postumio a repeler las incursiones en la frontera. No se omitió ninguna precaución ni se ahorró ningún esfuerzo; se situaron destacamentos ante las puertas, los veteranos guarnecieron las murallas y, como medida necesaria en momentos de tal perturbación, se suspendieron los asuntos públicos durante algunos días. En el campamento, mientras tanto, el cónsul Furio, después de permanecer inactivo durante los primeros días del asedio, hizo una salida por la puerta decumana y sorprendió al enemigo, y aunque pudo haberlos perseguido, se abstuvo de hacerlo, temiendo que el campamento pudiera ser atacado desde el otro lado. Furio, general y hermano del cónsul, llegó demasiado lejos en la carga y no se dio cuenta, en la emoción de la persecución, de que sus hombres estaban regresando y que el enemigo venía sobre él desde atrás. Al ver cortada la retirada, tras muchos intentos infructuosos por abrirse camino hasta el campamento, cayó luchando desesperadamente. El cónsul, al oír que su hermano estaba rodeado, volvió a la lucha, fue herido al sumergirse en el fragor de la refriega y con dificultad pudo ser rescatado por quienes le rodeaban. Este incidente amortiguó el coraje de sus hombres y acrecentó el de los enemigos, que tomaron tanto ánimo por la muerte de un general y por herir a un cónsul que los romanos, que habían sido rechazados a su campamento y estaban nuevamente sitiados, no volvieron a ser enemigo para ellos, ni en moral ni en fortaleza. Fracasaron sus mayores esfuerzos para contener al enemigo, y habrían estado en extremo peligro si Tito Quincio no hubiera llegado en su ayuda con las tropas aliadas, un ejército integrado por contingentes latinos y hérnicos. Como los ecuos estaban dirigiendo toda su atención al campamento romano y mostraban exultantes la cabeza del general al que habían atacado por la espalda, a una señal del cónsul Tito Quincio se efectuó simultáneamente una salida desde el campamento y quedó rodeada una gran cantidad de enemigos.

Entre los ecuos que estaban en territorio romano hubo menos pérdidas en muertos y heridos, pero fueron puestos en fuga rápidamente. Mientras estaban dispersos por todo el país con su botín, Postumio los atacó en varios lugares donde había situado destacamentos. Su ejército quedó así dividido en varios cuerpos de fugitivos y en su huida se encontraron con Quincio, que volvía de su victoria con el cónsul herido. El ejército del cónsul luchó en una brillante acción y vengó las heridas de los cónsules y la muerte del legado y sus cohortes. Durante esos días se infligieron y recibieron

grandes pérdidas por ambas partes. En un asunto de tanta antigüedad, es difícil hacer una declaración exacta del número de los que lucharon o de los que cayeron. Valerio de Anzio, sin embargo, se atreve a dar los totales definitivos. Dice que los romanos caídos en territorio hérnico eran 5.800, y los antiates muertos por Aulo Postumio mientras corrían el territorio romano fueron 2.400. El resto, que se encontró con tiempo Quincio cuando se llevaban su botín, se dispersó con pérdidas más pequeñas; da el número exacto de sus muertos: 4.230. Al regresar a Roma, se revocó la orden para el cese de todos los asuntos públicos. El cielo parecía estar todo encendido y también fueron vistos otros portentos, o la gente, en su miedo, imaginó que los veían. Para apartar estos presagios alarmantes, fueron ordenadas intercesiones públicas durante tres días, durante los cuales todos los templos se llenaron de multitud de hombres y mujeres, implorando la protección de los dioses. Después de esto las cohortes latinas y hérnicas recibieron el agradecimiento del Senado por sus servicios y fueron enviadas a sus hogares. Los mil soldados de Anzio, que habían llegado después de la batalla, demasiado tarde para ayudar, fueron enviados de vuelta casi con ignominia.

[3.6] A continuación se celebraron las elecciones, Lucio Ebucio y Publio Servilio fueron elegidos cónsules *(463 a.C.)*; tomaron posesión de sus cargos el 1º de agosto, que era entonces el comienzo del año consular. Ese año fue notable por la gran pestilencia que asoló tanto la Ciudad como los distritos rurales y afectó a los ganados tanto como a los seres humanos. La virulencia de la epidemia fue agravada por el hacinamiento en la Ciudad de la gente del campo y su ganado, por el temor a las correrías enemigas. Esta colección promiscua de animales de todo tipo se hizo ofensiva para los ciudadanos, por el olor inusual, y la gente del campo, constreñida como estaba en las viviendas, se afligían con el calor opresivo que no les dejaba conciliar el sueño. El contacto continuo entre ellos contribuyó a propagar la enfermedad. Mientras apenas eran capaces de soportar la presión de esta calamidad, los enviados de los hérnicos anunciaron que los ecuos y los volscos habían unido sus fuerzas, habían atrincherado su campamento dentro de su territorio y devastaban su frontera con un ejército inmenso. Los aliados de Roma no sólo vieron en el poco concurrido Senado una indicación de los sufrimientos causados por la epidemia, sino que también hubieron de llevar la melancólica respuesta de que los hérnicos debían, junto a los latinos, defenderse por sí mismos. La ciudad de Roma estaba siendo devastada por la peste enviada por la ira de los dioses; pero si el mal daba algún respiro, entonces enviarían socorro a sus aliados como lo habían hecho el año antes y en anteriores ocasiones. Los aliados partieron, llevando a casa en respuesta a las tristes noticias de que habían traído una respuesta aún más triste, porque quedaba en sus propias fuerzas en la que apenas tendrían igualdad sin el apoyo del poder de Roma. El enemigo ya no se limitó al país de los hérnicos, fueron a destruir los campos de Roma, que ya estaban devastados sin haber sufrido los estragos de la guerra. No encontraron a nadie, ni siquiera un campesino desarmado, y tras recorrer el país lo abandonaron como ya lo había sido por sus defensores y dejado sin cultivar, alcanzando la tercera piedra miliar desde Roma en la via Gabia. El cónsul Ebucio murió; su colega Servilio aún respiraba, pero con pocas esperanzas de recuperación; la mayoría de los hombres principales fueron afectados, también la mayoría de los senadores y casi todos los hombres en edad militar; de modo que no sólo era su fuerza menor que la necesaria para una expedición como la que requerían los acontecimientos, sino que difícilmente permitiría guarnecer la Ciudad para su defensa. Los deberes de centinela fueron encomendadas por los senadores a personas que por su edad y salud pudieran efectuarlas; los ediles de la plebe se encargaron de su inspección. En estos magistrados se había transferido la autoridad consular y el control supremo de todos los asuntos.

[3,7] Toda desierta, privada de su jefatura y de toda su fortaleza, fue salvada la Ciudad por sus dioses tutelares y por la Fortuna, que hicieron que los volscos y los ecuos pensasen más en el botín que en su enemigo. Pues nunca tuvieron esperanza siquiera de aproximarse a las murallas de Roma, y aún menos de capturarla. La visión lejana de sus casas y colinas, lejos de fascinarles, les repelió. Por todas partes de su campamento se levantaron furiosas protestas: *¿Por qué estaban perdiendo el*

tiempo sin hacer nada en una tierra desierta y devastada, en medio de hombres y bestias apestados, mientras había sitios libres de la epidemia y con grandes riquezas en territorio de Túsculo? Tomaron rápidamente sus estandartes, y marchando a través de los campos de los labicanos alcanzaron las colinas de Túsculo. Toda la violencia y la devastación de la guerra marchó en esta dirección. Mientras tanto, los hérnicos y los latinos unieron a sus fuerzas y se dirigieron a Roma. Actuaron así no sólo por un sentimiento de piedad, sino también porque la desgracia caería sobre ellos si no ofrecían ninguna oposición a su enemigo común mientras éste avanzaba para atacar a Roma y no llevaban ningún auxilio a quienes fueron sus aliados. Al no encontrar al enemigo allí, siguieron la información que les proporcionaban sus huellas, y les encontraron cuando estaban bajando desde las colinas de Túsculo al valle de Alba. Aquí combatieron por su propio impulso, y su fidelidad a sus aliados encontró, por el momento, poco éxito. La mortandad en Roma, por la epidemia, no era menor a la de los aliados por la espada. El cónsul superviviente murió; entre otras víctimas ilustres, murieron Marco Valerio y Tito Verginio Rutilo, los augures, y Servio Sulpicio, el Curio Máximo[33]. Entre el pueblo, la violencia de la epidemia hizo grandes estragos. El Senado, privado de toda ayuda humana, propuso al pueblo que se entregase a las oraciones; que ellos, con sus mujeres y niños, procesionasen como como suplicantes y rogasen misericordia a los dioses. Convocados por la autoridad pública para hacer lo que la miseria de cada cual le permitiese, abarrotaron todos los templos. Matronas postradas, barriendo con sus cabellos despeinados el suelo de los templos, iban por todas partes implorando el perdón de los ofendidos Cielos y rogando que por fin acabase la pestilencia.

[3,8] Fuera que los dioses respondieron graciosamente a los orantes o que hubiese pasado la estación insana, la gente poco a poco se recuperó de la epidemia y la salud pública se volvió más satisfactoria. La atención se volvió una vez más a los asuntos de Estado, y tras haber pasado uno o dos interregnos[34], Publio Valerio Publícola, que había sido interrex durante dos días, llevó a cabo la elección de Lucrecio Tricipitino y Tito Veturio Gémino (o Vetusio) como cónsules *(462 a.C.).* Tomaron posesión el 11 de agosto, y el Estado fue entonces lo bastante fuerte, no sólo para defender sus fronteras, sino tomar la ofensiva. En consecuencia, cuando los hérnicos anunciaron que el enemigo había cruzado sus fronteras, se les envió ayuda inmediatamente. Dos ejércitos consulares fueron alistados. Veturio fue enviado a actuar contra los volscos, Tricipitino tenía que proteger al país de los aliados de las incursiones depredatorias y no avanzar más allá de la frontera hérnica. En la primera batalla Veturio venció y puso en fuga al enemigo. Aunque Lucrecio estaba acampado entre los hérnicos, un destacamento de saqueadores lo evitó marchando por las montañas de Preneste, y descendiendo hacia las llanuras devastaron los campos de los prenestinos y gabios, luego volvieron a las colinas de Túsculo. Se produjo una gran alarma en Roma, más por la sorprendente rapidez del movimiento que por falta de fortaleza para repeler cualquier ataque. Quinto Fabio era el prefecto de la Ciudad. Armando a los hombres más jóvenes y guarneciendo las defensas, devolvió la tranquilidad y la seguridad en todas partes. El enemigo no se atrevió a atacar la Ciudad, pero regresó dando un rodeo con el botín que había obtenido de la vecindad. Cuanto mayor era su distancia de la Ciudad, con mayor descuido marchaban; y en tal estado dieron con el cónsul Lucrecio, que había reconocido la ruta que habían tomado y estaba en formación de combate, ansioso por luchar. Como ya estaban alertados y dispuestos contra el enemigo, los romanos, aunque considerablemente menos en número, los derrotaron y masacraron a la gran hueste, a quien el inesperado ataque confundió, llevó a los profundos valles e impidió su fuga. La nación volsca casi desapareció allí. Encuentro en algunos anales que cayeron entre la batalla y la persecución 13.470 hombres y que 1.750 fueron tomados prisioneros, mientras que se capturaron

33 Antiguo sacerdote que supervisaba las Curias (o a los curios, jefes de éstas), agrupación de ciudadanos que, originalmente, pudieron haber sido las tribus. [N. del T.]

34 Periodo de cinco días durante los cuales se hacía cargo de la jefatura del Estado el "interrex", que era un magistrado temporal, y se procedía la elección del dictador, generalmente en el segundo periodo aunque hubo excepciones. [N. del T.]

veintisiete estandartes militares. Aunque puede haber cierta exageración, ciertamente se produjo una gran masacre. El cónsul, después de obtener enorme botín, regresó victorioso a su campamento. Los dos cónsules, después, unieron sus campamentos; los volscos y los ecuos también concentraron sus destrozadas fuerzas. Una tercera batalla tuvo lugar ese año; de nuevo la Fortuna dio la victoria a los romanos, los enemigos fueron derrotados y su campamento capturado.

[3,9] Los asuntos domésticos volvían a su antiguo estado; los éxitos en la guerra de inmediato provocaban trastornos en la Ciudad. Cayo Terentilio Harsa era ese año uno de los tribunos de la plebe. Pensando que la ausencia de los cónsules ofrecía una buena oportunidad para la agitación tribunicia, pasó varios días arengando a la plebe sobre la prepotente arrogancia de los patricios. En particular, arremetió contra la autoridad de los cónsules como excesiva e intolerable en un Estado libre, pues mientras que nominalmente era menos injusto, en realidad era casi más duro y opresivo de lo que lo había sido el de los reyes; pues ahora, decía, tenían dos amos en lugar de uno sólo, con poderes ilimitados e incontrolados que, sin nada que les frenase, dirigían todas las amenazas y sanciones de las leyes contra la plebe. Para evitar que esta tiranía sin límites se hiciese eterna, dijo que propondría una ley para que se nombrase una comisión de cinco personas para que escribiesen las leyes que regulaban el poder de los cónsules. Cualesquiera fuesen los poderes sobre ellos mismos que el pueblo diese al cónsul, sólo serían aquéllos los que podría ejercer; no podría imponer su propio gusto y capricho como ley. Cuando esta medida fue promulgada, los patricios temieron que, en ausencia de los cónsules, ellos hubieran de aceptar el yugo. Quinto Fabio, el prefecto de la Ciudad, convocó una reunión del Senado. Hizo un ataque tan violento contra la proposición de ley propuesta y su autor, que las amenazas y la intimidación contra el tribuno no podrían haber sido mayores incluso si ambos cónsules hubieran estado en la tribuno, amenazando su vida. Lo acusó de planear traición, de aprovechar un momento favorable para planear la ruina de la república. *Si los dioses*, continuó, *nos hubiesen concedido un tribuno así el año pasado, durante la peste y la guerra, nada podría haberlo detenido. Tras la muerte de los dos cónsules, mientras el Estado estaba abatido, podría haber aprobado leyes, en medio de la confusión universal, para privar a la república del poder de los cónsules, habría llevado a los volscos y los ecuos a atacar la Ciudad. ¿Es que, si los cónsules se comportaban de manera tiránica o cruel contra cualquier ciudadano, no podía él señalar día para llevarlo a juicio ante tales jueces para ser acusados por aquellos contra los que se hubiera actuado con tal severidad? Su acción estaba haciendo que el poder tribunicio, y no la autoridad consular, se volviera odioso e intolerable, y que después de haber sido ejercido pacíficamente y en armonía con los patricios, tal poder volviese ahora a sus viejas malas prácticas. En cuanto a Terentilio, no se disuadió de seguir como empezó. En cuanto a vosotros,* dijo Fabio, *los demás tribunos, os rogamos que reflexionéis que en primera instancia vuestro poder os fue conferido para el auxilio de ciudadanos individuales, no para su ruina; habéis sido elegidos tribunos de la plebe, no enemigos de los patricios. Para nosotros es preocupante, para vosotros es una fuente de odio que la república sea así atacada mientras faltan sus jefes. No perjudicaréis vuestros derechos, sino que menguará el odio que se os tiene, si disponéis con vuestro colega que todo el asunto quede interrumpido hasta la llegada de los cónsules. Incluso los ecuos y los volscos, después que la epidemia se hubiese llevado a los cónsules el pasado año, no nos acosaron con guerra tan cruel y despiadada*. Los tribunos llegaron a un entendimiento con Terentilio, el procedimiento aparentemente se suspendió aunque, de hecho, fue abandonado. Se hizo regresar inmediatamente a los cónsules.

[3.10] Lucrecio regresó con una inmensa cantidad de botín, y con una reputación aún más brillante. Él incrementó este prestigio a su llegada, exponiendo todo el botín en el Campo de Marte durante tres días y que cada persona pudiese reconocer y llevarse lo que fuese de su propiedad. El resto, para lo que no apareció propietario, fue vendido. Por asentimiento general se otorgó un triunfo al cónsul, pero se retrasó a causa del tribuno, que estaba presionando para debatir su

propuesta. El cónsul consideró que ésta era la cuestión más importante. Durante algunos días el tema fue debatido tanto en el Senado como en la asamblea popular. Por fin, el tribuno cedió a la autoridad superior del cónsul y abandonó su propuesta. Entonces, el cónsul y su ejército recibieron el honor que se merecían; a la cabeza de sus legiones victoriosas, celebró su triunfo sobre los volscos y ecuos. Al otro cónsul se le permitió entrar en la ciudad sin sus tropas y disfrutar de una ovación[35]. Al año siguiente *(461 a.C.)*, los nuevos cónsules, Publio Volumnio y Servio Sulpicio, se enfrentaron al proyecto de ley de Terentilio, que ahora fue presentado por todo el colegio de tribunos. Durante el año, el cielo parecía estar en llamas, hubo un gran terremoto, y se creyó que un buey había hablado (el año anterior no se dio crédito a este mismo rumor). Entre otros portentos, llovió carne, y se dice que gran número de aves se apoderó de ella mientras estaban volando; lo que cayó al suelo permaneció allí durante varios días sin producir mal olor. Los libros sibilinos fueron consultados por los duumviros[36] y se halló una predicción de los peligros que resultarían de una alianza de extranjeros, atentados a los puntos más altos de la Ciudad y el consiguiente derramamiento de sangre. Entre otras advertencias, hubo una para que se abstuviesen de sediciones. Los tribunos alegaron que esto se hizo para impedir la aprobación de la Ley y parecía inminente un conflicto desesperado.

Como para mostrar cómo las cosas se repetían año tras año, los hérnicos advirtieron que los volscos y los ecuos, a pesar de su agotamiento, estaban equipando nuevos ejércitos. Anzio era el centro del movimiento; los colonos de Anzio celebraron reuniones públicas en Écetra, la capital y principal potencia de la guerra. Cuando llegó esta información al Senado, se dieron órdenes para proceder a un alistamiento. Se repartieron las operaciones entre los cónsules; los volscos fueron la provincia de uno y los ecuos del otro. Los tribunos, incluso delante de los cónsules, llenaron el Foro con sus gritos de que la historia de una guerra contra los volscos era una comedia convenida y que los hérnicos se habían preparado de antemano para el papel que debían desempeñar; las libertades de los romanos no estaban siendo reprimidas por una oposición directa, sino que estaban tratando de engañarles. Era imposible convencerlos de que los volscos y los ecuos, después de haber sido casi exterminados, podían iniciar por sí mismos las hostilidades; por lo tanto, se estaba buscando un nuevo enemigo; a una colonia que había sido un vecino leal se estaba cubierto de infamia. Se declaró así la guerra contra el pueblo inofensivo de Anzio; pero fue contra la plebe romana, realmente, contra quien se libraba la batalla. Después de cargarles con las armas les llevarían a toda prisa fuera de la Ciudad, y se vengarían de los tribunos condenando a sus conciudadanos al destierro. De este modo (que puede ser bien cierto) la Ley sería derrotada; a menos que, mientras que la cuestión estuviese aún por decidir y ellos aún permanecieran en casa sin alistar, tomasen medidas para impedir que les expulsasen de la Ciudad y les forzasen al yugo de la esclavitud. Si mostraban coraje no precisarían ayuda, fue la opinión unánime de los tribunos. No había motivo de alarma, no había peligro en el exterior. Los dioses se había ocupado, el año anterior, de que sus libertades fuesen protegidas con seguridad.

[3.11] Esto por parte de los tribunos. Los cónsules, en el otro extremo del Foro, sin embargo, colocaron sus sillas a la vista de los tribunos y procedieron al alistamiento. Los tribunos corrieron hacia allí, llevando a la Asamblea con ellos. Unos pocos fueron citados, aparentemente como una tentativa, y de inmediato se produjo un tumulto. Tan pronto como alguien era prendido por orden de los cónsules, un tribuno ordenaba que fuese liberado. Ninguno de ellos se mantuvo dentro de los límites de sus derechos legales; confiando en su fortaleza querían conseguir a la fuerza lo que deseaban. Los métodos de los tribunos para impedir el alistamiento fueron seguidos por los patricios para obstruir la Ley, que fue presentada cada día que se reunió la Asamblea. El problema comenzó cuando los tribunos hubieron ordenado al pueblo que procediera a la votación y los

35 Forma inferior al triunfo, para honrar una victoria contra un enemigo menor, por ejemplo, o sin que hubiese guerra declarada. [N. del T.]

36 Magistrados ordinarios anuales con diversos cometidos: convocar y presidir comicios, realizar censos y otros. En las ciudades bajo dominio romano eran el equivalente a los cónsules. [N. del T.]

patricios se negaron a retirarse. Los miembros más veteranos del orden estaban generalmente ausentes de los procedimientos que estaban seguros que no se controlarían mediante la razón, sino por la imprudencia y los excesos; los cónsules, también, se alejaron para que la dignidad de su magistratura no se viera expuesta a insultos. Ceso era un miembro de la gens Quincia, y su ascendencia noble, gran estatura y gran fuerza física le hacían un joven atrevido e intrépido. A estos dones de los dioses, agregaba brillantes cualidades militares y elocuencia como orador público, de modo que nadie en el Estado se preciaba de superarlo, fuera con la palabra o en la acción. Cuando asumió su puesto en medio de un grupo de patricios, visible entre todos ellos, llevando, por así decirlo, en su voz y en su fortaleza personal todas las dictaduras y consulados combinados, fue el único en resistir los ataques de los tribunos y las tormentas de indignación popular. Bajo su liderazgo, los tribunos fueron a menudo expulsados del Foro, los plebeyos derrotados y expulsados, cualquiera que se interpusiera en su camino era desnudado y golpeado. Se hizo evidente que si se dejaba seguir con este tipo de cosas, la Ley sería derrotada. Cuando los otros tribunos estaban casi desesperados, Aulo Verginio, uno de los colegiados, acusó a Ceso de un crimen capital. Este procedimiento inflamó, más que intimidó, a su carácter violento; se opuso a la Ley y hostigó a los plebeyos con más ferocidad que nunca, y declaró la guerra a los tribunos. Su acusador le dejó correr a su ruina y avivar la llama del odio popular, suministrando así nuevos cargos a las acusaciones que se le imputaban. Mientras tanto, continuó presentando la Ley, no tanto con la esperanza de aprobarla como para provocar que Ceso cometiese una mayor temeridad. Muchos discursos salvajes y excesos de los jóvenes patricios se achacaron a Ceso para reforzar las sospechas contra él. Sin embargo la oposición a la Ley se mantuvo. Aulo Verginio decía con frecuencia a los plebeyos: *¿Sois conscientes, Quirites, de que no podéis tener la ley que queréis y a Ceso, como ciudadano, juntos? Sin embargo, ¿por qué hablar de la Ley? Él es un enemigo de la libertad y supera a todos los Tarquinios en tiranía. Esperad a verlo, al hombre que ahora, en su condición privada, actúa con la audacia y violencia de un rey, esperad a verlo convertido en cónsul o dictador.* Sus palabras fueron apoyadas por muchos, que se quejaron de haber sido golpeados, y se urgió a los tribunos para que tomasen una decisión sobre el asunto.

[3.12] El día del juicio estaba próximo, y era evidente que el pueblo creía que su libertad dependía de la condena de Ceso. Por último, para su gran indignación, se vio obligado a acercarse a los miembros individuales de la plebe; fue seguido por sus amigos, que estaban entre los hombres más importantes de todo el Estado. Tito Quincio Capitolino, que había sido tres veces cónsul, tras describir sus numerosas propias distinciones y las de su familia, afirmó que ni en la gens Quincia ni en el Estado romano existía tal ejemplo de mérito personal y valor juvenil. Él había sido el soldado más importante en su ejército; a menudo había combatido bajo sus propios ojos. Espurio Furio dijo que Ceso había sido enviado por Quincio Capitolino en su ayuda cuando estaba en dificultades, y que ninguna persona había hecho más para recuperar la fortuna de aquel día. Lucio Lucrecio, el cónsul del año anterior, en el esplendor de su recién conquistada gloria, asoció a Ceso con su propio derecho a la distinción, enumeró las acciones en las que había tomado parte, contó sus brillantes hazañas en la marcha y en el campo, y se esforzó por persuadirlos para que conservasen como conciudadano a un joven adornado con tantos dones como podía conceder la naturaleza y la fortuna, que sería un inmenso poder para cualquier estado del que se convirtiese en miembro, en vez de arrojarlo a un pueblo extranjero. En cuanto a lo que había dado lugar a tal delito (su temperamento y audacia), estas fallas menguaban continuamente; lo que le faltaba (prudencia) iba en aumento día a día. Pues sus faltas decrecían y sus virtudes maduraban, debían permitir que un hombre así viviese con ellos hasta la vejez. Entre los que hablaron en su favor estuvo su padre, Lucio Quincio Cincinato. No volvió a repasar todos sus méritos, por temor a agravar el odio contra él, pero les rogó indulgencia por los errores de la juventud; él mismo nunca había ofendido a nadie, ya sea de palabra o de obra, y por su propio bien, les imploró el perdón para su hijo. Algunos se negaron a escuchar sus ruegos, para no desagradar a sus amigos; otros se quejaron de los malos tratos que

habían recibido, y por sus respuestas enojadas mostraron de antemano cuál sería su veredicto.

[3.13] Más allá de la exasperación general, un cargo en particular pesaba en su contra. Marco Volscio Fictor, que unos años antes había sido tribuno de la plebe, se había presentado a declarar que no mucho después de que la epidemia hubiera visitado la ciudad, había encontrado con unos jóvenes paseando por el Suburra. Se inició una lucha y su hermano mayor, todavía débil por la enfermedad, fue derribado por un puñetazo de Ceso, y llevado a casa en un estado crítico, murió después, según él, a consecuencia del golpe. Los cónsules no le habían permitido, durante los años transcurridos, obtener reparación judicial por el ultraje. Mientras Volscio estaba contando esta historia en un tono alto de voz, se produjo tal excitación que Ceso estuvo a punto de perder la vida a manos de la gente. Verginio ordenó que fuera detenido y llevado a la cárcel. Los patricios enfrentaron la violencia con la violencia. Tito Quincio reclamó que cuando se establecía la fecha del juicio para alguien acusado de un crimen capital y que estaba presente, no se podía limitar su libertad personal antes de que fuese oído el caso y emitida la sentencia. El tribuno respondió que no iba a infligir castigo a un hombre que no había sido hallado culpable; pero debía mantenerlo en prisión hasta el día del juicio, para que el pueblo romano pudiera estar en condiciones de sancionar a aquel que hubiese tomado la vida de un hombre. Se apeló a los demás tribunos, y éstos salvaron sus prerrogativas mediante un compromiso; impidieron que fuera llevado a prisión, y anunciaron que su decisión era que el acusado compareciese ante el tribuno, y que si no lo hacía, debía pagar una multa al pueblo. La pregunta era, ¿qué suma era justa? El asunto fue remitido al Senado y el acusado quedó detenido en la Asamblea, mientras los senadores deliberaban. Decidieron que debía prestar fianza, y tal fianza ascendía a 3.000 ases. Se dejaba a los tribunos la decisión de cuántos serían los fiadores; fijaron el número en diez. El fiscal liberó al acusado bajo fianza. Ceso fue el primero que prestó fianza en un juicio público. Después de abandonar el Foro, marchó la noche siguiente al exilio entre los etruscos. Cuando llegó el día del juicio, se declaró en defensa de su no comparecencia que había cambiado su domicilio para ir al exilio. Verginio, sin embargo, continuó con el procedimiento, pero sus colegas, a quienes se apeló, disolvieron la Asamblea. Se exigió, sin piedad, el dinero a su padre, que tuvo que vender todos sus bienes y vivir durante algún tiempo como un hombre desterrado en una choza al lado del Tíber.

[3.14] Este juicio y los debates sobre la Ley mantuvieron ocupado al Estado; hubo un respiro con los problemas exteriores. Los patricios quedaron intimidados por el destierro de Ceso, y los tribunos, que, según pensaban, habían obtenido la victoria, consideraban que la ley había quedado prácticamente aprobada. En lo que se refiere a los senadores veteranos, abandonaron el control de los asuntos públicos, pero los miembros más jóvenes, sobre todo aquellos que habían sido íntimos Ceso, aumentaron su ira contra los plebeyos y no se desanimaron. Ganaron más al efectuar sus ataques de un modo metódico. La primera vez que la ley fue presentada tras la huida de Ceso, se organizaron con una excusa y cuando los tribunos les mandaron retirarse, les atacaron con un enorme ejército de clientes, de tal modo que a nadie en especial se pudo achacar acción especial de gloria u odiosa. Los plebeyos se quejaron de que por un Ceso habían surgido miles. Mientras que los tribunos no presentaban la Ley, nada era más tranquilo o pacífico que aquellos mismos hombres; trataban afablemente a los plebeyos, conversaban con ellos, les invitaban a sus casas y cuando estaban en el Foro siempre permitían a los tribunos tratar de cualquier otra cuestión sin interrumpirles. Nunca eran desagradables con nadie, fuese en público o en privado, excepto cuando se inició una discusión sobre la Ley; en todas las demás ocasiones eran amistosos con el pueblo. No sólo los tribunos trataron sus otros asuntos tranquilamente, sino que incluso pudieron ser reelegidos para el año siguiente sin que se hiciese ningún comentario ofensivo ni se ejerciese violencia alguna. Con su comportamiento amable suavizaron el trato con la plebe y con aquellos ardides evitaron durante todo el año la aprobación de la Ley.

[3.15] Los nuevos cónsules, Cayo Claudio, el hijo de Apio, y Publio Valerio Publícola, se hicieron cargo el Estado en una situación más tranquila que de costumbre *(460 a.C.).* El nuevo año no trajo nada nuevo. El interés político se centraba en la discusión de la ley. Cuanto más se congraciaban los jóvenes senadores con la plebe, más feroz era la oposición de los tribunos. Éstos trataron de despertar sospechas en su contra, alegando que se había formado una conspiración; que Ceso estaba en Roma, que se había planeado asesinar a los tribunos y masacrar a los plebeyos; y además, que los senadores de alto rango habían encargado a los miembros más jóvenes del Senado la misión de abolir la autoridad tribunicia a fin de que las condiciones políticas volvieran a ser las mismas que antes de la ocupación del Monte Sacro. La guerra con los volscos y los ecuos se había convertido ya en algo habitual, de recurrencia casi anual, y se esperaba con aprensión. Una nueva desgracia sucedió cerca de casa. Los refugiados políticos y un número de esclavos, unos 2.500 en total, bajo la dirección de Apio Herdonio Sabino, se apoderaron de la Ciudadela y del Capitolio por la noche. Los que se negaron a unirse a los conspiradores fueron inmediatamente asesinados, otros en la confusión bajaron completamente aterrorizados hasta el Foro; se oyeron varios gri*tos de ¡A las armas! ¡El enemigo está en la* ciudad!. Los cónsules temían tanto armar a la plebe como dejarla desarmada. Inciertos en cuanto a la naturaleza del problema que se había apoderado de la ciudad, si era causado por ciudadanos o por extranjeros, por amargura de la plebe o por traición de los esclavos, intentaron calmar el tumulto y no consiguieron sino incrementarlo; en su estado de terror e inseguridad, no se pudo controlar al pueblo. Sin embargo, se distribuyeron armas, no indiscriminadamente, sino sólo, al tratarse de un enemigo desconocido, para garantizar la protección suficiente para cualquier emergencia. El resto de la noche la pasaron apostando hombres en todos los lugares convenientes de la Ciudad, mientras que su incertidumbre en cuanto a la naturaleza y el número de los enemigos les mantenían en suspenso. La luz del día, por fin, dio a conocer el enemigo y su jefe. Apio Herdonio estaba llamando desde el Capitolio a los esclavos para ganar su libertad, diciendo que él había abrazado la causa de todos los condenados a fin de restablecer los exiliados que habían sido injustamente expulsados y eliminar el pesado yugo de los cuellos de los esclavos. Él preferiría que esto se hiciera por ofrecimiento del pueblo romano, pero si eso fuese imposible, correría todos los riesgos y levantaría a los volscos y los ecuos.

[3.16] La situación se hizo más clara a los senadores y cónsules. Temían, sin embargo, que detrás de tales objetivos abiertamente declarados, hubiera alguna trampa de los veyentinos o los sabinos, y que mientras dentro de la Ciudad se mantenía esta fuerza hostil, las legiones etruscas y sabinas apareciesen, y luego los volscos y los ecuos, sus enemigos declarados, vinieran contra la misma Ciudad, que estaba ya parcialmente tomada, y no a rapiñar su territorio. Muchos y diversos eran sus temores. Lo que más temían era un levantamiento de esclavos, en el cual cada hombre tendría un enemigo en su propia casa y en el que sería igualmente peligroso confiar como no confiar, pues la pérdida de la confianza sería un enemigo aún mayor. Peligros tan amenazantes y abrumadores sólo se podrían superar mediante la unidad y la concordia, y ningún temor era mayor que el que tenían a los tribunos o a la plebe. Este miedo se vio mitigado, pues sólo desapareció cuando el resto de los males dieron un respiro, y se pensó que había disminuido por el temor a una agresión extranjera. Sin embargo, más que cualquier otra cosa, contribuyó a disminuir la suerte del Estado zozobrante. Pues tal locura se apoderó de los tribunos que sostenían que no había tal guerra, sino un simulacro, en el Capitolio para distraer los pensamientos del pueblo de la Ley. Aquellos amigos, decían, y clientes de los patricios saldrían más silenciosamente de lo que habían llegado, si se frustraba su ruidosa demostración con la aprobación de la ley. Luego convocaron al pueblo para que dejasen las armas y formase una Asamblea con el propósito de aprobar la Ley. Mientras tanto, los cónsules, más alarmados por la acción de los tribunos que por el enemigo nocturno, convocaron una reunión del Senado.

[3.17] Cuando se informó de que se habían dejado las armas y que los hombres estaban

abandonando sus puestos, Publio Valerio dejó a su colega guardando el Senado y se dirigió apresuradamente a los tribunos, en el Templo. *¿Qué significa esto, tribunos?*, preguntó, *¿Vais a derrocar el Estado, bajo la dirección de Apio Herdonio? ¿Ha tenido éxito ése hombre, cuya llamada no ha levantado un sólo esclavo, en corromperos? ¿Decidís deponer las armas y discutir las leyes cuando el enemigo está sobre nuestras cabezas?* Después, dirigiéndose a la Asamblea, dijo, *Si no os preocupáis, Quirites, por la Ciudad ni por vosotros mismos, ¡aún deberíais hacerlo por vuestros dioses, cautivos del enemigo! Júpiter Optimo Máximo, Juno Reina y Minerva, con otros dioses y diosas, están siendo asediados; un campamento de esclavos tiene en su poder a vuestros dioses tutelares. ¿Es esta la apariencia que creéis que debe tener un Estado en sus cabales? No sólo con una fuerza hostil dentro de las murallas, sino en la misma Ciudadela, sobre el Foro, sobre la Curia, mientras se celebra una Asamblea en el Foro y con el Senado reunido en la Curia, como si hubiese paz y tranquilidad, y los Quirites en la Asamblea procediendo a votar. ¿No sería más propio que cada hombre, patricios y plebeyos por igual, cónsules y tribunos, dioses y hombres, acudieran, todos y cada uno, con sus armas al rescate, a correr al Capitolio y restaurar la libertad y poner sosiego en la más que venerable morada de Júpiter Óptimo Máximo? ¡Oh, Padre Rómulo, concede a tus hijos ese espíritu con el que recuperaste de aquellos mismos sabinos la Ciudadela que había sido capturada mediante el oro! Hazles tomar el mismo camino por el que tu guiaste a tu ejército. Y yo, el cónsul, seré el primero en seguir tus pasos en tanto que un hombre pueda seguir a un dios.* Terminó su discurso diciendo que tomaría las armas y exhortó a todos los Quirites para también se armasen. Si alguien trataba de impedírselo, ignoraría los límites de su autoridad consular, la autoridad de los tribunos y las leyes que les hacían inviolables, y a quien o donde quiera que fuese, tanto en el Capitolio como en el Foro, los trataría como a enemigos públicos. Los tribunos tenían mejores armas para emplear contra Publio Valerio, el cónsul, pues les prohibían usarlas contra Apio Herdonio. Él se atrevería a hacer, con el asunto de los tribunos, lo que el primero de su familia[37] había hecho en el de los reyes. Pareció que se iba a recurrir a la fuerza, y que el enemigo disfrutaría del espectáculo de un motín en Roma. Sin embargo, la Ley no pudo ser sometida a votación, ni el cónsul ir al Capitolio, pues la noche puso fin al peligroso conflicto. Como llegó la noche, los tribunos se retiraron, temerosos de las armas del cónsul. Cuando los autores de la alteración hubieron desaparecido, los senadores fueron entre los plebeyos y mezclándose con distintos grupos les señalaban la gravedad de la crisis; les invitaban a reflexionar sobre la peligrosa posición a la que estaban llevando al Estado. No era una lucha entre patricios y plebeyos; sino que patricios y plebeyos por igual, la Ciudadela, los templos de los dioses, las deidades guardianas del Estado y las de cada casa estaban siendo entregados al enemigo. Mientras se tomaban estas medidas para borrar del Foro el espíritu de discordia, los cónsules habían ido a inspeccionar las puertas y murallas, por si se producía cualquier movimiento por parte de los sabinos o los veyentinos.

[3.18] La misma noche, llegaron mensajeros a Túsculo con noticias de la captura de la Ciudadela y el Capitolio, y de los disturbios en la Ciudad. Lucio Mamilio era en ese momento el dictador de Túsculo. Después de convocar a toda prisa el Senado y presentar a los mensajeros, instó enérgicamente a los senadores para que no esperasen la llegada de los enviados de Roma pidiendo ayuda; la certeza del peligro y la gravedad de la crisis, los dioses que vigilaban las alianzas y la lealtad a los tratados, todo exigía una acción inmediata. Nunca más los dioses nos presentarían ocasión tan favorable para ganar la obligación de un Estado tan poderoso ni tan cercano. Decidieron que se enviaría ayuda, los hombres en edad militar fueron reclutados y se distribuyeron las armas. Conforme se acercaban a Roma, en la madrugada, parecían en la distancia como si fuesen enemigos; parecía como si viniesen los volscos o los ecuos. Cuando se aclaró esta alarma infundada, se les dejó entrar en la Ciudad y llegaron desfilando hasta el Foro donde Publio Valerio, que había dejado a su colega mandando las tropas que guarnecían las puertas, estaba disponiendo su

37 Se refiere al Publio Valerio Publícola que había acompañado a Lucio Junio Bruto y a los otros tres en el primer año del consulado. [N. del T.]

ejército para la batalla. Era su autoridad la que había logrado este resultado; declaró que si, cuando el Capitolio fuese recuperado y la Ciudad pacificada, le permitían descubrirles la deshonestidad de la Ley que los tribunos les proponían, no se opondría a la celebración de la Asamblea del pueblo, pues él tenía presentes a sus antepasados y al nombre que llevaba, el cual hizo de la protección del pueblo, por así decir, una tarea hereditaria. Siguiendo su guía, en medio de las protestas inútiles de los tribunos, marcharon en orden de batalla a la colina del Capitolio, la legión de Túsculo marchaba con ellos. Los romanos y sus aliados compitieron por ver quién tendría la gloria de recuperar la Ciudadela. Cada uno de los jefes animaba a sus hombres. Entonces, el enemigo se desmoralizó, su confianza sólo se apoyaba en la fortaleza de su posición; mientras desfallecían así, los romanos y los aliados avanzaron para cargar. Ya habían forzado su entrada al vestíbulo del templo cuando Publio Valerio, que estaba en primera línea animando a sus hombres, fue muerto. Publio Volumnio, un hombre de rango consular, lo vio caer. Dirigió a sus hombres para proteger el cuerpo, corrió al frente y sustituyó al cónsul. En el calor de su carga, los soldados no se dieron cuenta de la pérdida que había sufrido; obtuvieron la victoria antes de saber que estaban luchando sin general. Muchos de los exiliados profanaron el templo con su sangre, muchos fueron hechos prisioneros y Herdonio fue muerto. Así se recuperó el Capitolio. Se castigó a los prisioneros de acuerdo a su condición, tanto esclavos como libres; se concedió un voto de agradecimiento a los tusculanos; el Capitolio fue limpiado y solemnemente purificado. Se afirma que los plebeyos lanzaron monedas a la casa del cónsul para que pudiese tener un funeral aún más espléndido.

[3.19] No bien se había restaurado el orden y la tranquilidad, los tribunos comenzaron a presionar a los senadores con la necesidad de hacer honor a la promesa hecha por Publio Valerio; urgieron a Claudio para que liberase a los manes de su colega de penar por decepción, permitiendo que la Ley se votase. El cónsul se negó hasta que se hubiera asegurado la elección de un colega. La disputa siguió hasta que se llevó a cabo la elección. En el mes de diciembre, después de los mayores esfuerzos por parte de los patricios, Lucio Quincio Cincinato, el padre de Ceso, fue elegido cónsul, y de inmediato tomó posesión de su cargo. Los plebeyos se sintieron consternados ante la perspectiva de tener como cónsul a un hombre enfurecido contra ellos; y poderoso por el caluroso apoyo del Senado, por sus propios méritos personales y por los de sus tres hijos, ninguno de los cuales era inferior a Ceso en la elevación de sus mentes y sí eran superiores a él exhibiendo prudencia y moderación cuando era necesario. Cuando tomó posesión de su magistratura, lanzaba continuamente arengas desde la tribuna, en las que censuraba el Senado tan enérgicamente como contenía a la plebe. Era, dijo, por culpa de la apatía de aquél estamento, que los tribunos de la plebe, ahora perpetuamente en su magistratura, se portaban como reyes en sus discursos y acusaciones, como si vivieran, no en la república de Roma, sino en alguna familia miserable y mal gobernada. El valor, la resolución, todo lo que hace que los jóvenes se distinguiesen en casa y en el campo de batalla, había sido expulsado y desterrado de Roma con su hijo Ceso. Agitadores locuaces, sembradores de discordia, nombramientos como tribunos por segunda y tercera vez consecutiva, se vivía en medio de prácticas infames de libertinaje Real. *¿Merece ese hombre,* preguntó Aulo Verginius, *aunque no estuviera en el Capitolio, menos castigo que Apio Herdonio? ¡Mucho más, por Hércules!, si se piensa bien. Herdonio, aún si no hiciera otra cosa, se declaró enemigo y con ello os avisó para tomar las armas; este hombre, negando la existencia de una guerra, os privó de vuestras armas y os expuso, sin defensa, a merced de vuestros esclavos y de los exiliados. Y a vosotros, sin faltar al respeto a Cayo Claudio ni al fallecido Publio Valerio, os pregunto: ¿avanzasteis contra el Capitolio antes de haber limpiado el Foro de tales enemigos? Es un ultraje, a los dioses y a los hombres, que cuando había enemigos en la Ciudadela y en el Capitolio, y el líder de los esclavos y de los exiliados, después de profanarlo todo, había establecido su cuartel en el mismo santuario de Júpiter Óptimo Máximo, fuese en Túsculo y no en Roma donde se tomasen las armas. No se sabía si la Ciudadela de Roma sería liberada por el general túsculo, Lucio Mamilio, o por los cónsules Publio Valerio y Cayo Claudio. Nosotros, que no habíamos permitido*

que los latinos se armasen, ni siquiera para defenderse contra una invasión, podíamos haber sido conquistados y destruidos si esos mismos latinos no hubiesen tomado las armas espontáneamente. ¡A esto, tribunos, es a lo que llamáis proteger a la plebe, exponerla a ser masacrada impotente por el enemigo! Si el más humilde miembro de vuestra plebe, a la que habéis separado del resto del pueblo y habéis convertido en una provincia, si tal persona, digo, os dijese que su casa estaba rodeada por esclavos armados pensaríais, supongo, que se le debe ayudar; ¿Y no merecía Júpiter Óptimo Máximo, tomado por esclavos armados y exiliados, recibir ayuda humana alguna? ¿Demandan tales individuos que sus personas sean sagradas e inviolables, cuando ni los propios dioses lo son ante sus ojos? Pero, incursos como estáis en crímenes contra los dioses y los hombres, proclamáis que vais a aprobar vuestra Ley este año. Entonces, por Hércules, con toda seguridad os digo que, si la proponéis, el día en que fui hecho cónsul será con mucho peor para el Estado que aquel en que murió Publio Valerio. Ahora tengo que daros un aviso, Quirites: la primera cosa que mi colega y yo pretendemos hacer es marchar con las legiones contra los volscos y los ecuos. Por una extraña fatalidad, resulta que los dioses nos son más propicios cuando estamos en guerra que cuando estamos en paz. Es mejor deducir de lo que ha ocurrido en el pasado que aprender por experiencia presente cuán grande pudo haber sido el peligro para aquellos Estados de los que se ha sabido que su Capitolio estuvo en poder de los exiliados".

[3.20] El discurso del cónsul produjo gran impresión en la plebe; los patricios se animaron y consideraron que se había restablecido el Estado. El otro cónsul, que mostró más coraje en el apoyo que en la propuesta, estaba muy contento de que su colega diera el primer paso en un asunto de tanta importancia, y que para su ejecución se hiciera plenamente responsable como cónsul. Los tribunos se rieron ante lo que consideraban palabras vanas; y constantemente preguntaban: *¿Cómo van los cónsules a alistar un ejército, cuando ninguno de nosotros se lo va a permitir?.—No hace falta,* dijo Quincio, *hacer un nuevo reclutamiento. En el momento en que Publio Valerio dio armas al pueblo para recuperar el Capitolio, todos ellos hicieron el juramento de ponerse a las órdenes del cónsul y no disolverse hasta que se les ordenase. Por lo tanto, doy la orden de que todos los que prestaron el juramento se reúnan, mañana, en el lago Regilio.* Entonces, los tribunos quisieron liberar al pueblo de su juramento mediante una sutileza. Argumentaron que no era Quincio cónsul cuando se tomó el juramento. Pero el abandono de los dioses, que prevalece en nuestra época, todavía no había aparecido, ni interpretaban los hombres sus juramentos y leyes sólo en el sentido que más les convenían; prefirieron comportarse cumpliendo la exigencia. Los tribunos, viendo que no tenían esperanza de obstruirlo, se dedicaron a retrasar la salida del ejército. Lo intentaron con ahínco, pues se había extendido el rumor de que los augures habían recibido órdenes de consagrar un lugar en el Lago Regilio, tras tomar los auspicios, donde asistiera el pueblo y se pudieran discutir sus asuntos; los hasta entonces votados en Roma, debido a la violencia de los tribunos, serían derogados allí mediante comicios. Esto permitiría que todas las medidas que se habían aprobado por el ejercicio violento de la autoridad tribunicia fuesen rechazadas en la Asamblea ordinaria de las Tribus. Todos votarían como los cónsules deseaban, porque el derecho de apelación no se extendía a más allá de una milla de la ciudad, y los propios tribunos, si iban con el ejército, estarían sujetos a la autoridad de los cónsules. Estos rumores eran alarmantes, pero lo que les llenó con el mayor temor fueron las repetidas afirmaciones de Quincio de que no se debía celebrar la elección de los cónsules; los males del Estado eran tales que ningún recurso habitual los podría remediar; la república necesitaba un dictador, para que todo el que quisiera alterar la Constitución supiese que contra las decisiones de un dictador no había apelación.

[3.21] El Senado estaba en el Capitolio. Allá fueron los tribunos, acompañados por los plebeyos muy perturbados. Gritaban pidiendo ayuda, en primer lugar a los cónsules y luego a los senadores, pero no conmovieron la determinación del cónsul, hasta que los tribunos hubieron prometido que se someterían a la autoridad del Senado. Los cónsules presentaron ante el Senado las

exigencias de la plebe y sus tribunos, y se aprobaron decretos sobre que los tribunos no deberían presentar su ley durante el año, ni los cónsules deberían llevar el ejército fuera de la ciudad. El Senado también consideró que iba en contra de los intereses del Estado que la duración del ejercicio de un magistrado se prolongase o que los tribunos fuesen reelegidos. Los cónsules cedieron a la autoridad del Senado, pero los tribunos, pese a las protestas de los cónsules, fueron reelegidos. A este respecto, el Senado, para no dar ninguna ventaja a la plebe, quiso reelegir también a Lucio Quincio como cónsul. Nada de cuanto ocurrió aquel año indignó al cónsul tanto como este proceder de los suyos. *¿Me puedo sorprender,* exclamó, *Padres Conscriptos, si vuestra autoridad tiene poco peso para la plebe? Vosotros mismos la debilitáis. Porque, en verdad, ellos han hecho caso omiso al decreto del Senado que prohíbe la continuación de un magistrado en el cargo, y vosotros mismos queréis que sea desobedecido, pues no vais a la zaga del populacho en obstinación irreflexiva, pues aunque poseéis mayor poder en el Estado, no mostráis menos ligereza y anarquía. Sin duda, es lo más tonto e inapropiado para acabar con las propias disposiciones que cualquier otra cosa. Imitáis, Padres Conscriptos, a la multitud desconsiderada; pecáis siguiendo el ejemplo de otros, vosotros que debíais ser un ejemplo para los demás, en vez de que los otros sigan el vuestro; pues yo no imitaré a los tribunos ni permitiré volver a ser cónsul en desafío a la resolución del Senado. A ti, Cayo Claudio, apelo encarecidamente, para que también tú impidas que el pueblo romano caiga en esta anarquía. En cuanto a mí, estad seguros de que voy a aceptar vuestra acción en la convicción de que no os habéis interpuesto en el progreso de mi carrera política, sino que tendré más gloria al rechazarlo y eliminaré el odio que mi permanencia en la magistratura pudiera haber provocado*. Entonces los dos cónsules emitieron un decreto conjunto para que nadie pudiera nombrar cónsul a Lucio Quincio; si alguno lo intentaba, no se le permitiría votar.

[3.22] Los cónsules electos fueron Quinto Fabio Vibulano, por tercera vez, y Lucio Cornelio Maluginense *(459 a.C.).* En ese año se celebró el censo, y debido a la toma del Capitolio y la muerte del cónsul, el lustro se clausuró por motivos religiosos[38]. Durante su consulado los asuntos se trastornaron desde el mismo principio del año. Los tribunos comenzaron a instigar a la plebe. Los latinos y y los hérnicos informaron de que los voscos y los ecuos habían empezado la guerra a gran escala; las legiones volscas ya estaban en Anzio y había grandes temores de que la propia colonia se rebelase. Con gran dificultad se convenció a los tribunos para que permitiesen que la guerra tuviese precedencia sobre su Ley. Luego se repartieron las misiones a los cónsules: Fabio fue encargado de llevar las legiones a Anzio; Cornelio se encargó de proteger Roma e impedir que los destacamentos enemigos llegasen a efectuar expediciones de saqueo, como era costumbre de los ecuos. A los hérnicos y latinos se les ordenó proporcionar tropas, de acuerdo con el tratado; dos tercios del ejército se componían de aliados, el resto de ciudadanos romanos. Los aliados llegaron en el día señalado, y el cónsul acampó fuera de la puerta Capena. Cuando se completó la lustración del ejército, se dirigió a Anzio y se detuvo a corta distancia de la ciudad y del campamento enemigo al pie de ella. Como el ejército ecuo no había llegado, los volscos no se aventuraron a combatir y se dispusieron a actuar a la defensiva y proteger su campamento. Al día siguiente, Fabio formó sus tropas alrededor de las murallas enemigas, no mezclando los ejércitos aliados y ciudadanos, sino cada nación en un cuerpo separado, permaneciendo él mismo en el centro con las legiones romanas. dio órdenes de observar cuidadosamente sus señales, para que todos avanzaran y se retirasen (cuando se diera la señal de retirada) al mismo tiempo. La caballería se situó tras sus respectivos cuerpos. Con esta triple formación asaltó el campamento por tres lugares, y los voslcos, incapaces de enfrentarse al ataque simultáneo, fueron desalojados de los parapetos. Penetrando entre sus líneas, sembró el pánico entre la multitud que presionaba en una sola dirección: fuera de su campamento. La caballería, incapaz de superar los parapetos, había sido hasta el momento mera espectadora de la lucha; ahora alcanzaron al enemigo y los destrozaron conforme huían en desorden

38 Se refiere el autor a que no se celebraron sacrificios; el lustro era una ceremonia religiosa de purificación en la que se celebraban varios sacrificios. [N. del T.]

sobre la llanura y así gozaron de una participación en la victoria. Hubo una gran masacre, tanto en el campamento como en la persecución, pero aún mayor cantidad de botín, pues es enemigo apenas pudo llevarse sus armas. Su ejército habría sido aniquilado si los fugitivos no se hubieran refugiado en el bosque.

[3.23] MIentras estos acontecimientos sucedían en Anzio, los ecuos enviaron en avanzada algunas de sus mejores tropas y mediante un ataque nocturno capturaron la ciudadela de Túsculo; el resto de su ejército se detuvo no lejos de las murallas, para distraer al enemigo. La noticia de esto llegó rápidamente a Roma, y de Roma llegó al campamento frente a Anzio, donde produjo tanta excitación como si hubiese sido tomado el Capitolio. El servicio que Túsculo había prestado tan recientemente y la similar naturaleza entre el peligro anterior y el actual, exigían un envío de ayuda parecido. Fabio tomó como su primer objetivo el llevar el botín del campamento a Anzio; dejando allí un pequeño destacamento, se apresuró a marchas forzadas a Túsculo. A los soldados no se les permitió llevar nada excepto sus armas y el pan que tenían a mano, el cónsul Cornelio envió suministros desde Roma. La lucha continuó durante algunos meses en Túsculo. Con una parte de su ejército del cónsul atacó el campamento de los ecuos, el resto lo dejó con los tusculanos para la reconquista de su ciudadela. Ésta no podía tomarse por un asalto directo. En última instancia, fue el hambre lo que obligó al enemigo a evacuarla, y después de ser reducido al último extremo, todos ellos fueron despojados de sus armas y ropas, y hechos pasar bajo el yugo. Mientras volvían a sus hogares en esta situación ignominiosa, el cónsul romano les alcanzó en el Álgido y dio muerte a todos. Después de esta victoria, llevó su ejército a un lugar llamado Columen, donde asentó su campamento. Como las murallas de Roma ya no estaban expuestas al peligro después de la derrota del enemigo, el otro cónsul también salió de la Ciudad. Los dos cónsules entraron en territorio de los enemigos por caminos separados, y cada uno trató de superar al otro devastando las tierras voslcas, por un lado, y los territorios ecuos por el otro. He visto que la mayor parte de los autores relatan que Anzio se sublevó ese año; el cónsul Lucio Cornelio dirigió una expedición y recapturó la ciudad. No me atrevería a asegurarlo, pues no hay mención de ello en los autores más antiguos.

[3,24] Cuando esta guerra hubo llegado a su fin, los temores de los patricios se despertaron a causa de la guerra que los tribunos empezaron en casa. Proclamaron que el ejército estaba siendo retenido en el extranjero con mala intención; que se tenía la intención de frustrar la aprobación de la Ley; todos tratarían de terminar lo que habían empezado. Lucio Lucrecio, el prefecto de la Ciudad, logró, sin embargo, convencer a los tribunos para que aplazasen la decisión hasta la llegada de los cónsules. Surgió una nueva fuente de problemas. Aulo Cornelio y Quinto Servilio, los cuestores, acusaron a Marco Volscio de haber prestado, indudablemente, falso testimonio contra Ceso. Se había sabido por muchas fuentes que después que el hermano de Volscio enfermó, no sólo no había sido nunca visto en público, sino que ni siquiera abandonó su cama y su muerte fue debida a una enfermedad que duró varios meses. En la fecha en que el testigo precisaba el crimen, Ceso no fue visto en Roma, mientras que los que habían servido con él declararon que había estado constantemente en su puesto en filas, con ellos, y no había disfrutado ningún permiso. Muchas personas instaron a Volscio a iniciar una demanda privada ante un juez. Como no se atrevió a hacerlo, y todas las pruebas mencionadas anteriormente señalaban a la misma conclusión, su condena no fue más dudosa que lo había sido la de Ceso con el testimonio que había prestado. Los tribunos lograron retrasar el asunto; dijeron que no permitirían que los cuestores llevasen al acusado ante la Asamblea a menos antes se la convocase para aprobar la Ley. Ambas cuestiones fueron aplazadas hasta la llegada de los cónsules. Cuando hicieron su entrada triunfal a la cabeza de su ejército victorioso, nada se dijo sobre la Ley; la mayoría de la gente supuso, por lo tanto, que se amenazó a los tribunos. Pero ya era el final del año, y optaban a su cuarto año de magistratura, convirtieron la aprobación de la Ley en asunto de debate electoral. A pesar de que los cónsules se habían opuesto a la continuación de los tribunos en su magistratura tan vigorosamente como si la

Ley se hubiera propuesto en detrimento de su autoridad, la victoria quedó de parte de los tribunos. En el mismo año, los ecuos pidieron y obtuvieron la paz. El censo, iniciado el año anterior, se completó, y el lustro, que se había clausurado, se dice que fue el décimo desde la fundación de la Ciudad. El número de los censados ascendió a 117.319 ciudadanos. Los cónsules de ese año ganaron gran reputación tanto en el hogar como en la guerra, pues aseguraron la paz exterior y, aunque no hubo armonía en el hogar, la república sufrió menos perturbaciones que en otras ocasiones.

[3.25] Los nuevos cónsules, Lucio Minucio y Cayo Naucio *(458 a.C.)*, se hicieron cargo de los dos asuntos que permanecían desde el año anterior. Como antes, obstruyeron la Ley y los tribunos impidieron el proceso de Volscio; pero los nuevos cuestores tenían mayor energía y mayor peso. Tito Quincio Capitolino, que había sido cónsul tres veces, fue cuestor con Marco Valerio, el hijo de Valerio y nieto de Voleso. Como Ceso no podía ser devuelto a la casa de la Quincios, ni el más grande de sus soldados devuelto al Estado, Quincio estaba obligado en justicia y por la lealtad a su familia a perseguir al testigo falso que había privado a un hombre inocente de poder alegar en su propia defensa. Como Verginio, y la mayoría de los tribunos, estaba agitando en favor de la Ley, se concedió a los cónsules dos meses para examinar la misma, a fin de que cuando hicieran comprender al pueblo la insidiosa falsedad que contenía, le dejarían votarla. Durante este intervalo, las cosas estuvieron tranquilas en la Ciudad. Los ecuos, sin embargo, no dieron mucho respiro. En violación del tratado hecho con Roma el año anterior, hicieron incursiones depredadoras en territorio de los labicos y luego en el de Túsculo. Habían puesto al mando a Graco Cloelio, su hombre más importante en esos momentos. Después de cargar con el botín, asentaron su campamento en el Monte Álgido. Quinto Fabio, Publio Volumnio, y Aulo Postumio fueron enviados desde Roma a exigir satisfacción, según los términos del tratado. La tienda del general estaba situada bajo un enorme roble y él dijo a los legados romanos que las instrucciones que habían recibido del Senado se las contasen al roble bajo cuya sombra se sentaban, que él estaba muy ocupado. Al retirarse, uno de ellos exclamó: *¡Que este roble sagrado, o cualquier otra deidad ofendida, sepa que habéis roto el tratado! ¡Que atiendan ahora nuestras quejas y presten ayuda a nuestras armas cuando tratemos de reparar el ultraje hecho así a los dioses como a los hombres!* Al regreso de los enviados, el Senado ordenó a uno de los cónsules que marchase contra Graco en Álgido; al otro se le ordenó que devastase el territorio de los ecuos. Como de costumbre, los tribunos intentaron obstruir el alistamiento y es probable que al final hubieran tenido éxito, si no se hubiese producido un nuevo motivo de alarma.

[3.26] Un inmenso ejército de sabinos llegó con sus estragos casi hasta las murallas de la ciudad. Los campos estaban en ruinas y la Ciudad aterrorizada. Ahora, los plebeyos tomaron las armas de buen grado, los tribunos protestaron en vano y se alistaron dos grandes ejércitos. Naucio dirigió uno de ellos contra los sabinos, construyó un campamento atrincherado y enviaba, generalmente por la noche, pequeños destacamentos que produjeron tal destrucción en territorio sabino que las fronteras romanas parecieron, en comparación, indemnes por la guerra. Minucio no fue tan afortunado, ni dirigió su campaña tampoco con la misma energía; después de ocupar una posición atrincherada no lejos del enemigo, se mantuvo tímidamente en su campamento, a pesar de que no había sufrido ninguna derrota importante. Como de costumbre, el enemigo se sintió alentado por la falta de coraje del otro bando. Hicieron un ataque nocturno a su campamento, pero al conseguir poca cosa con el asalto directo, procedieron a sitiarlo. Antes de que todas las salidas estuviesen cerradas por la circunvalación, cinco jinetes pasaron a través de los puestos exteriores del enemigo y llevaron a Roma las noticias de que el cónsul y su ejército estaban bloqueados. Nada podía haber ocurrido tan inesperado, tan inopinado; el pánico y la confusión fueron tan grandes como si hubiera sido la ciudad y no el campamento lo que habían sitiado. El cónsul Naucio fue llamado de regreso, pero como no actuó de acuerdo a la gravedad de la emergencia, decidieron

nombrar un dictador para enfrentar la peligrosa situación. Por el consenso unánime, Lucio Quincio Cincinato fue nombrado para el puesto *(458 a.C.)*.

Vale la pena que aquellos que desprecian todos los intereses humanos en comparación con la riqueza, y creen que no hay posibilidades de honores o de virtud excepto cuando la riqueza es abundante, escuchen esta historia. La única esperanza de Roma, Lucio Quincio, solía cultivar un campo de cuatro yugadas al otro lado del Tíber, justo enfrente del sitio donde están ahora los astilleros y el arsenal; lleva el nombre de Prados Quincios. Allí fue encontrado por la delegación del Senado, atareado con la excavación de una zanja o en la labranza, en todo caso, como se conviene en general, dedicado a la agricultura. Después de saludarse mutuamente, se le requirió para que vistiese su toga, pues debía escuchar el mandato del Senado y expresaron la esperanza de que todo ello fuese en bien suyo y del Estado. Les preguntó, sorprendido, si todo iba bien, y mando a su esposa, Racilia, a que le trajese rápidamente su toga de la casita. Limpiándose el polvo y el sudor, se la puso y se adelantó, a lo que la Diputación le saludó como dictador y lo felicitó, lo invitó a la ciudad y le explicaron el estado de temor en que se hallaba el ejército. Se había dispuesto una nave para él y, después de haber cruzado, recibió la bienvenida de sus tres hijos, que habían salido a su encuentro. Les siguieron otros familiares y amigos, y la mayoría del Senado. Escoltado por esta reunión numerosa y precedido por los lictores, fue conducido a su casa. También hubo una enorme concentración de la plebe, pero no estaban en absoluto tan contentos de ver a Quincio; consideraban excesivo el poder con el que se le había investido, y al hombre aún más peligroso que a su poder. Nada más se hizo esa noche, aparte de proveer la adecuada protección de la Ciudad.

[3.27] La mañana siguiente el dictador fue, antes del amanecer, al Foro y nombró como su jefe de caballería a Lucio Tarquinio, miembro de una gens patricia, pero que por su pobreza había servido en la infantería, donde estaba considerado de lejos el mejor de los soldados romanos. Acompañado por el jefe de la caballería, del dictador se dirigió a la Asamblea, proclamó la suspensión de todos los asuntos públicos, ordenó que se cerrasen las tiendas en toda la Ciudad y prohibió la ejecución de cualquier negocio privado. Luego ordenó a todos los que estaban en edad militar que acudieran completamente armados al Campo de Marte antes de la puesta del sol, cada uno con provisiones para cinco días y doce estacas. Los que estaban pasaban de esa edad fueron requeridos para cocinar las raciones de sus vecinos mientras éstos disponían sus armas y buscaban las estacas. Así que los soldados se dispersaron en busca de las estacas; las tomaron de los sitios más próximos, a nadie se le impidió y obedecieron prontos el edicto del dictador. La formación del ejército se adoptó de manera que fuese igualmente apta para la marcha o, si las circunstancias lo exigieran, para combatir; el dictador dirigió personalmente las legiones, el jefe de la caballería iba al frente de sus jinetes. A ambos cuerpos se dirigieron arengas adecuadas a la emergencia, exhortándoles a avanzar a marchas forzadas, pues había que apresurarse si querían alcanzar al enemigo de noche; un ejército romano con su cónsul llevaba asediado ya tres días, y no era fácil adivinar lo que el día o la noche traerían, y muchos grandes problemas se habían resuelto en un instante. Los hombres se gritaban unos a otros, *¡A toda prisa, abanderado! ¡Seguid, soldados!* para gran satisfacción de sus líderes. Llegaron a Álgido a la medianoche, y viendo que estaban cerca del enemigo, se detuvieron.

[3.28] El dictador, después de montar y dar una vuelta de reconocimiento a la posición y forma del campamento enemigo, mandó a los tribunos militares que ordenasen juntar la impedimenta y a los soldados con sus armas y estacas que formasen en sus puestos en las filas. Sus órdenes se ejecutaron. Luego, manteniendo la formación en la que habían marchado, todo el ejército, en una larga columna, rodeó las líneas enemigas. Con una señal, a todos se les ordenó lanzar el grito de guerra; tras lanzar el grito, cada hombre cavó una trinchera frente a él e hincó sus estacas. Una vez transmitida la orden, se dio la señal. Los hombres obedecieron la orden, y el grito de guerra pasó sobre los enemigos y llegó al campamento del cónsul. En unos produjo pánico, en

otros alegría. Los romanos reconocieron el grito de guerra de sus conciudadanos y se felicitaban mutuamente por la ayuda que estaba cercana. Incluso efectuaron salidas desde sus puestos avanzados contra el enemigo, incrementando así su alarma. El cónsul dijo que no debía haber ninguna demora, pues aquel grito no sólo significaba que sus amigos habían llegado sino que estaban combatiendo y le sorprendería si no estaban siendo ya atacadas las líneas exteriores del enemigo. Ordenó a sus hombres que empuñasen sus armas y le siguiesen. Empezó una batalla nocturna. Advirtieron, con sus gritos, a las legiones del dictador de que por su lado ya había comenzado la lucha. Los ecuos ya se estaban preparando para evitar ser rodeados cuando el enemigo asediado empezó la batalla; para impedir que rompiesen sus líneas, se volvieron desde los que les estaban rodeando hacia los de dentro, y así dejaron al dictador libre, toda la noche, para completar su tarea. La lucha contra el cónsul continuó hasta el amanecer. En ese momento estaban totalmente rodeados por el dictador, y apenas fueron capaces de mantener la lucha contra un ejército. Entonces, sus líneas fueron atacados por el ejército de Quincio, que había completado la circunvalación y retomado sus armas. Habían de mantener un nuevo frente mientras que el anterior no se había debilitado en absoluto. Bajo la presión del doble ataque, se convirtieron de guerreros en suplicantes, e imploraron al dictador por un lado y al cónsul por otro no hacer de su exterminio el precio de la victoria, sino que les permitiesen deponer sus armas y marcharse. El cónsul les mandó al dictador, el cual, en su ira, determinó humillar al enemigo derrotado. Ordenó que a Graco Cloelio y a otros de sus hombres principales que se les cargasen de cadenas, y a la ciudad de Corbión que fuese evacuada. Dijo a los ecuos que no quería su sangre, que eran libres de partir; pero que, como muestra evidente de la derrota y sometimiento de su nación, tendrían que pasar bajo el yugo. Este se hizo con tres lanzas, dos fijadas en el suelo, en posición vertical, y la tercera unida a ellas en su parte superior. Bajo este yugo hizo pasar el dictador a los ecuos.

[3,29] Encontraron su campamento lleno de toda clase de cosas (pues habían sido expulsados casi desnudos) y el dictador entregó todo el botín únicamente a sus propios soldados. Se dirigió al cónsul y a su ejército en tono de severa reprimenda: *Vosotros, soldados*, dijo, *os quedaréis sin vuestra parte del botín, pues vosotros mismos sois parte del botín arrancado al enemigo; y tú, Lucio Minucio, mandarás estas legiones como general hasta que muestres el ánimo de un cónsul.* Minucio abandonó su consulado y se quedó con el ejército bajo las órdenes del dictador. Pero tal ciega obediencia prestaban en aquellos días los soldados a la autoridad, cuando se ejercía con eficacia y sabiduría, que los soldados, conscientes del servicio que él había prestado y no del castigo que se les impuso, votaron para el dictador una corona de oro de una libra de peso, y cuando salió le saludaron como su patrono. Quinto Fabio, el prefecto de la Ciudad, convocó una reunión del Senado, y se decretó que Quincio, con el ejército que regresaba a casa, debía entrar en la Ciudad en procesión triunfal. Los jefes del enemigo irían al frente, luego los estandartes militares por delante del carro del general y le seguiría el ejército cargado con el botín. Se dice que se distribuyeron mesas con viandas por todas las casas, y que los festejantes siguieron al carro con canciones sobre el triunfo y las bromas y pasquines habituales. Ese día, fue entregada la ciudad de Túsculo a Lucio Mamilio, con la aprobación general. El dictador habría abandonado enseguida su magistratura si no se lo hubiera impedido la Asamblea que debía juzgar a Marco Volscio: el miedo al dictador evitó que los tribunos lo obstruyeran. Volscio fue condenado y marchó al exilio en Lanuvio. Quincio renunció al decimosexto día de la dictadura que le había sido concedida por seis meses. Durante ese período, el cónsul Naucio se enfrentó en una brillante acción con los sabinos en Eretum, quienes sufrieron una severa derrota además de la destrucción de sus campos. Fabio Quinto fue enviado a relevar en el mando a Minucio en Álgido. Hacia el final del año, los tribunos comenzaron a agitar la Ley, sino como había dos ejércitos desplegados en el exterior, el Senado logró impedir que se sometiera a la plebe cualquier medida. Esta última obtuvo algo, sin embargo, al asegurarse la reelección por quinta vez de los tribunos. Se dice que fueron vistos, en el Capitolio, lobos perseguidos por perros; este prodigio hizo necesaria su purificación. Tales fueron los

acontecimientos del año.

[3.30] Los cónsules siguientes fueron Quinto Minucio y Marco Horacio Pulvilo *(457 a.C.).* Como había paz en el exterior a principios de año, los problemas internos comenzaron de nuevo; los mismos tribunos haciendo campaña a favor de la misma Ley. Las cosas podrían haber ido más lejos (tan encendidas estaban las pasiones en ambos lados) si no hubiesen llegado noticias, como si se hubiese planeado deliberadamente, de la pérdida de la guarnición de Corbión en un ataque nocturno de los ecuos. Los cónsules convocaron una reunión del Senado; se les ordenó encuadrar una fuerza con todos los que pudiesen llevar armas y que marchasen hacia Álgido. La disputa sobre la Ley quedó suspendida y comenzó otra por el alistamiento. La autoridad consular estaba a punto de ser aplastada por la interferencia de los tribunos, cuando se produjo una nueva alarma. Un ejército sabino había descendido sobre los campos romanos para saquearlos, y se acercaban a la Ciudad. Muy asustados, los tribunos permitieron el alistamiento; no, empero, sin insistir en un acuerdo para alcanzar en adelante el número de diez tribunos de la plebe electos, ya que durante cinco años habían sido frustrados y muy poca había sido la protección de los plebeyos. La necesidad obligó al Senado a aceptar esto, con la única condición de que en el futuro no se verían los mismos tribunos en dos años sucesivos. Las elecciones para elegir tribunos se celebraron de inmediato, para evitar que también este acuerdo quedara sin efecto tras finalizar la guerra. La magistratura del tribunado había existido durante treinta y seis años cuando se nombraron diez por vez primera, dos de cada clase. Se dispuso definitivamente que ésa debería ser la norma en todas las elecciones futuras. Cuando el alistamiento se completó, Minucio avanzó contra los sabinos, pero no encontró al enemigo. Después de masacrar a la guarnición de Corbión, los ecuos habían capturado Ortona; Horacio les combatió en Álgido, causándoles gran masacre, y los expulsó no sólo de Álgido, sino también de Corbión y de Ortona; destruyó completamente Corbión por haber traicionado a la guarnición.

[3.31] Marco Valerio y Espurio Verginio fueron los nuevos cónsules *(456 a.C.).* Todo estaba tranquilo en casa y en el extranjero. Debido al exceso de lluvias hubo escasez de provisiones. Se aprobó una ley por la que se convertía al Aventino en parte del dominio del Estado. Se reeligieron a los tribunos de la plebe. Estos hombres, al año sig*uiente (455 a.C.)*, cuando Tito Romilio y Cayo Veturio fueron cónsules, hicieron continuamente de la Ley el añadido de todas sus arengas, y decían que deberían avergonzarse de que se hubiera aumentado su número sin ningún resultado, si este asunto progresase tan poco durante sus dos años de magistratura como durante los cinco anteriores. Mientras la agitación estaba en su apogeo, un mensaje urgente llegó de Túsculo, avisando de que los ecuos estaban en territorio tusculano. Los buenos servicios que esa nación había rendido hacía tan poco tiempo, avergonzó al pueblo de retrasar el envío de ayuda. Ambos cónsules fueron enviados contra el enemigo, y lo encontraron en su posición usual en el Álgido. Se combatió allí; cerca de 7.000 enemigos murieron y el resto fue puesto en fuga; se capturó un enorme botín. Este, debido a la mala situación de la hacienda pública, fue vendido por los cónsules. Su acción, sin embargo, creó malestar en el ejército, y ofreció a los tribunos una causa en la que basar una acusación contra ellos. Por consiguiente, cuando dejaron la magistratura, en la que fueron sucedidos por Espurio Tarpeyo y Aulo A*ternio (454 a.C.)*, fueron ambos acusados; Romilio por Cayo Calvio Cicerón, tribuno de la plebe, y Veturio por Lucio Alieno, edil de la plebe. Para intensa indignación del partido senatorial, ambos fueron condenados y multados; Romilio tuvo que pagar diez mil ases y Veturio, quince mil. La suerte de sus predecesores no debilitó la resolución de los nuevos cónsules; dijeron que, si bien era muy posible que a ellos también se les condenase, no iba a ser posible que la plebe y sus tribunos aprobasen la Ley. Después de tan largas discusiones, se había quedado obsoleta, los tribunos la usaban ahora como arma arrojadiza y se acercaron a los patricios con un espíritu menos agresivo. Les instaron a que pusieran fin a sus controversias, y ya que se oponían a las medidas aprobadas por los plebeyos, debían consentir en el nombramiento de un

cuerpo de legisladores, elegidos a partes iguales entre plebeyos y patricios, para promulgar lo que fuese útil a ambos órdenes y asegurase la igualdad de libertades para cada uno. Los patricios pensaban que la propuesta merecía ser considerada; dijeron, sin embargo, que nadie debía legislar a menos que fuese un patricio, pues ellos estaban de acuerdo con las leyes y sólo diferían en quién debía promulgarlas. Enviaron una legación a Atenas con instrucciones de hacer una copia de las famosas leyes de Solón y estudiar las instituciones, costumbres y leyes de los demás estados griegos. Sus nombres eran Espurio Postumio Albo, Aulo Manlio y Publio Sulpicio Camerino.

[3.32] Por lo que respecta a la guerra en el exterior, el año fue tranquilo. Al año siguiente *(453 a.C.)*, cuando fueron cónsules Publio Curiacio y Sexto Quintilio, fue aún más tranquilo a causa del persistente silencio de los tribunos. Esto se debió a dos causas: en primer lugar, que esperaban el regreso de los comisionados que habían ido a Atenas y las leyes extranjeras que iban a traer; y en segundo lugar, dos terribles desastres vinieron juntos, el hambre y la peste, que fueron fatales para los hombres y para el ganado. Los campos quedaron asolados, la Ciudad se agotó con una serie ininterrumpida de muertes, muchas de las más ilustres casas vistieron de luto. Murió el Flamen Quirinal, Servio Cornelio, murió también el augur Cayo Horacio Pulvilo, en cuyo lugar los augures eligieron a Cayo Veturio, tanto más impaciente cuanto que había sido condenado por la plebe. El cónsul Quintilio y cuatro tribunos de la plebe murieron. El año fue sombrío por las numerosas pérdidas. Hubo un respiro por parte de los enemigos exteriores. Los siguientes cónsules fueron Cayo Menenio y Publio Sestio Capitolino *(452 a.C.)*. Este año también estuvo libre de la guerra en el extranjero, pero empezaron los problemas en casa. Los legados habían vuelto con las leyes de Atenas; los tribunos, en consecuencia, insistieron más en que se debería empezar a compilar las leyes. Se decidió que se debía crear un conjunto de diez hombres (de ahí el nombre decenviros), contra los que no debería caber ningún recurso y que todas los demás magistrados debían suspenderse durante el resto del año. Hubo una larga controversia acerca de si debían ser admitidos los plebeyos; al fin cedieron a los patricios, a condición de que la Ley Icilia sobre el Aventino y las demás leyes sagradas no pudieran ser derogadas.

[3.33] Por segunda vez (en el año 301 de la fundación de Roma) cambió la forma de gobierno; la autoridad suprema fue transferida de los cónsules a los decenviros, igual que antes pasó de los reyes a los cónsules *(451 a.C.)*. El cambio fue menos notable debido a su corta duración, pues el comienzo feliz de este régimen se convirtió en una creciente lujuria; de aquí su temprano fracaso y la vuelta a la vieja práctica de cargar a dos hombres con el nombre y oficio de cónsul. Los decenviros fueron Apio Claudio, Tito Genucio, Publio Sestio, Lucio Veturio, Cayo Julio, Aulo Manlio, Publio Sulpicio, Publio Curiacio, Tito Romilio, y Espurio Postumio. Como Claudio y Genucio eran los cónsules designados para ese año, recibieron este honor en lugar del honor del que fueron privados. Sestio, uno de los cónsules del año anterior, fue honrado por haber, en contra de su colega, llevado el asunto ante el Senado. Junto a ellos estaban los tres comisionados que habían ido a Atenas, como recompensa por haberse comprometido con una embajada tan lejana, y también porque se pensaba que estarían familiarizados con las leyes de otros Estados extranjeros que podrían resultar útiles al compilar las nuevas. Se dice que en la votación final para completar el número con los cuatro restantes, los electores escogieron hombres de edad para evitar cualquier oposición violenta a las decisiones del resto. La presidencia de todo el grupo, de conformidad con los deseos de la plebe, fue confiada a Apio. Había asumido como un nuevo carácter, de ser un enemigo severo y amargo del pueblo, de pronto aparecía como su defensor, y desplegaba sus velas para captar cada aliento del favor popular. Ellos administran justicia cada diez días por turno, el que presidía el tribunal ese día era precedido por los doce lictores, los demás disponían sólo de un ordenanza para cada uno. Reinaba, no obstante, entre ellos una singular armonía (una armonía que en otras circunstancias podría resultar peligrosa para las personas) mostraban con los demás la más perfecta ecuanimidad. Será suficiente con un sólo ejemplo como prueba de la moderación con que

actuaron. Un cadáver había sido descubierto y desenterrado en la casa de Sestio, miembro de una gens patricia. Fue llevado a la Asamblea. Como era evidente que se había cometido un crimen atroz, Cayo Julio, un decenviro, acusó a Sestio y compareció en persona ante el pueblo para acusarle, aún cuando tenía derecho a ejercer como único juez en el caso. Él renunció a su derecho a fin de que la libertad del pueblo ganase el poder que él cedía.

[3,34] Mientras, así los más encumbrados como los más humildes disfrutaban de su rápida e imparcial administración de justicia, como emitida por un oráculo, y al mismo tiempo prestaban atención a la elaboración de las leyes. Estaban especialmente interesados en que las leyes fuesen al fin escritas en diez tablas que serían exhibidas en una Asamblea especialmente convocada para ese fin. Deseando que su trabajo aportase bienestar y felicidad al Estado, a ellos y a sus hijos, los decenviros les propusieron ir y leer las leyes que se exhibían. *Tanto como lo permite la sabiduría y previsión de diez hombres, han establecido leyes iguales para todos, tanto los que más tienen como los que menos; pero será de más ayuda que la multitud las debata. Deberá cada uno examinar cada ley por separado, discutirla con los demás y presentar al debate público lo que parezca superfluo o incorrecto de cada decreto. Las futuras leyes de Roma deben ser tales que parezcan haber sido unánimemente propuestas por el propio pueblo, en vez de que éste las haya ratificado a propuesta de otros.* Cuando parecía que habían sido suficientemente modificadas de acuerdo con lo que todos habían expresado, las *Leyes de las Diez Tablas* fueron aprobadas por los comicios centuriados. Incluso en la enormidad de la legislación actual, donde las leyes se apilan unas sobre otras en un confuso montón, aún son la fuente de toda la jurisprudencia pública y privada. Después de su ratificación, corrió el rumor de que faltaban dos tablas; si fuesen añadidas, el cuerpo, por así decir, de las leyes romanas quedaría completo. Conforme se acercaba el día de las elecciones, esta impresión produjo el deseo de nombrar decenviros para un segundo año. Los plebeyos habían aprendido a detestar el título de *cónsul* tanto como el de *rey*, y ahora que los decenviros admitían apelar a uno de ellos contra la decisión de otro, no necesitaban más la ayuda de sus tribunos.

[3,35] Sin embargo, después de notificar que la elección de decenviros se celebraría el tercer día de mercado, tantos desearon estar entre los elegidos, que hasta los más principales hombres del Estado iniciaron un postulado individual como humildes suplicantes de una magistratura a la que antes se habían opuesto con todas sus fuerzas, buscándola entre las manos de cualquier plebeyo con el que hasta entonces había estado enfrentado. Creo que temían que si no acaparaban aquellos puestos de gran autoridad, quedarían abiertos a hombres que no serían dignos de ellos. Apio Claudio era plenamente consciente de que podría no ser reelegido, a pesar de su edad y los honores que había disfrutado. Difícilmente se podría decir si lo consideraban como un decemvir o como un candidato. A veces parecía más alguien que buscase una magistratura que uno que de hecho ya la detentaba; acusaba a la nobleza y exaltaba a cualquier candidato pese a su bajo nacimiento o poca importancia; solía alborotar en el Foro, rodeado por ex-tribunos de los Duelios e Icilios, y a través de ellos hacía propuestas a los plebeyos; hasta que sus colegas, que hasta entonces le eran completamente afectos, empezaron a preguntarse qué era lo que pretendía. Estaban convencidos de que no había sinceridad en su comportamiento, pues un hombre tan orgulloso no exhibe tanta afabilidad por nada. Consideraban que este degradarse a sí mismo y codearse con vulgares particulares era la acción de un hombre que no estaba dispuesto a abandonar su magistratura y trataba de alcanzar algún modo para prolongarla. Sin atreverse a frustrar abiertamente sus intenciones, intentaron moderar su violencia a base de complacerle. Como él era el miembro más joven del decenvirato, unánimemente se le confirió el cargo de presidir los comicios. Mediante este artificio esperaban impedir que se eligiese a sí mismos; cosa que nadie, excepto los tribunos de la plebe, había hecho nunca, estableciendo así el peor de los precedentes. Sin embargo, él se dio cuenta de que, si todo iba bien, podría asegurar las elecciones, y convirtió lo que debía haber sido un impedimento en una gran oportunidad para llevar a cabo su propósito. Mediante la formación de

una coalición, se aseguró el rechazo de los dos Quincios, Capitolino y Cincinato, de su propio tío, Cayo Claudio, uno de los más firmes partidarios de la nobleza, y otros ciudadanos del mismo rango. Consiguió la elección de hombres que estaban muy lejos de ser sus iguales, fuera política o socialmente, él en primer lugar; esto fue algo que los hombres respetables desaprobaban, sobre todo porque ninguno le creía capaz de ello. Con él fueron elegidos Marco Cornelio Maluginense, Marco Sergio, Lucio Minucio, Quinto Fabio Vibulano, Quinto Petelio, Tito Antonio Merenda, Cesón Duilio, Espurio Opio Corniceno, y Manlio Rabuleyo *(450 a.C.).*

[3.36] Allí dejó Apio de llevar la máscara de alguien que no era. A partir de ese momento su conducta fue acorde con su disposición natural, y comenzó a manejar a sus nuevos compañeros, incluso antes de que tomasen posesión, de acuerdo con su propio carácter. Mantenían a diario reuniones privadas; luego, siguiendo planes urdidos en absoluto secreto para ejercer sin freno el poder, ya sin problemas para disimular su tiranía, se hicieron de difícil acceso, duros y severos para con aquellos a los que concedían audiencias. Así continuaron las cosas hasta mediados de mayo. Ese día, el 15 de mayo, era en el que los magistrados tomaban solemne posesión de sus cargos. En primer lugar, el primer día de su gobierno estuvo marcado por una manifestación que provocó grandes temores. Porque, mientras que los anteriores decenviros habían observado la norma de que sólo uno llevara las fasces y hacían que este emblema de la realeza se llevase por turno, ahora los diez aparecieron de pronto cada uno con sus doce lictores. El Foro estaba lleno de ciento veinte lictores, y llevaban las hachas atadas con las fasces. Los decenviros lo justificaron diciendo que ya que habían sido investidos con poder absoluto sobre la vida y la muerte, no había razón para que se quitasen las hachas. Presentaban el aspecto de diez reyes, y muchos temores fueron abrigados no sólo por las clases más bajas, sino incluso por los senadores más importantes. Se consideró que estaban buscando un pretexto para comenzar el derramamiento de sangre, de manera que si alguien pronunciaba, fuera en el Senado o entre el pueblo, una sola palabra que les recordara la libertad, las varas y las hachas se dispondrían inmediatamente contra él para intimidar al resto. Porque no sólo no había ya protección para el pueblo, ahora que el derecho de apelar se había eliminado, sino que los decenviros habían acordado entre ellos no interferir en las sentencias de los otros; mientras que los anteriores habían permitido que sus decisiones judiciales pudieran ser revisadas en apelación por otro colega, y determinados asuntos, al ser considerados jurisdicción del pueblo, le habían sido remitidos a éste. Durante algún tiempo inspiraron terror a todos por igual, poco a poco éste quedó solamente en la plebe. Los patricios no eran molestados; era el hombre de vida humilde al que reservaron su arbitrariedad y el trato cruel. Actuaron únicamente por motivos personales, no por la justicia de una causa, pues las influencias tenían con ellos la fuerza de la equidad. Celebraban sus juicios en sus casas y pronunciaban las sentencias en el Foro; si alguno apelaba a uno de sus colegas, abandonaba la presencia de éste último lamentándose de no haber aceptado la primera sentencia. Se había extendido la creencia, no atribuible a ninguna fuente de autoridad, de que su conspiración contra la ley y la justicia no se ceñía sólo al momento actual; existía un acuerdo secreto y sagrado entre ellos para no celebrar ninguna elección, sino mantenerse en el poder ahora que lo habían conseguido, haciendo perpetuo el decenvirato.

[3.37] Empezaron entonces los plebeyos a observar a los patricios, para captar algún pequeño destello de libertad en los hombres de quienes habían temido la esclavitud, pese a que tal temor había llevado la república a aquella condición. Los principales entre los patricios odiaban a los decenviros y odiaban a la plebe; no aprobaban lo que les estaba sucediendo, pero pensaban que los plebeyos se lo merecían totalmente y no querían ayudar a hombres que por correr demasiado en pos de la libertad, habían caído en la esclavitud. Incluso aumentaron los males que sufrían, para que por su impaciencia y malestar ante las condiciones presentes, deseasen volver al antiguo estado de cosas, con los dos cónsules como antaño. Ya había transcurrido la mayor parte del año; se habían añadido dos tablas a las diez del año anterior; si estas leyes restantes eran aprobadas por los

comicios centuriados ya no habría razón para que el decenvirato fuese considerado necesario más tiempo. Los hombres se preguntaban cuánto tardarían en anunciar las elecciones de cónsules; la única inquietud de los plebeyos era acerca del método por el que podrían restablecer aquel baluarte de sus libertades, la potestad tribunicia, que ahora estaba suspensa. Mientras tanto, nada se decía acerca de ninguna elección. Al principio, los decenviros habían buscado la popularidad ante la plebe compareciendo rodeados de ex-tribunos, pero ahora iban acompañados por una escolta de jóvenes patricios que se jactaban ante los tribunales, maltrataban a los plebeyos y saqueaban sus bienes; y siendo los más fuertes, alcanzaron a obtener todo aquello de lo que se encaprichaban. No se detenían en ejercer la violencia con las personas, algunos fueron azotados, otros decapitados y esto no era sin motivo, pues al castigo seguía la confiscación de los bienes. Corrompida por tales sobornos, los jóvenes nobles no sólo se negaban a oponerse a la ilegalidad de los decenviros, sino que preferían abiertamente su propia libertad a la libertad pública.

[3.38] El quince de mayo llegó, el periodo de la magistratura de los decenviros expiró, pero no se nombraron nuevos magistrados. Aunque ahora eran sólo ciudadanos particulares, los decenviros se mostraron tan determinados como siempre para hacer valer su autoridad y conservar todos los emblemas del poder. Ahora, en verdad, era una monarquía descarada. La libertad se consideró perdida para siempre, nadie se levantó para reclamarla ni parecía probable que alguien lo hiciera. No sólo el pueblo se había sumido en el desaliento, sino que empezaban a ser despreciados por sus vecinos, que despreciaba la idea de que el poder soberano existiese donde no había libertad. Los sabinos hicieron una fuerte incursión en territorio romano haciendo grandes destrozos, llevándose una inmensa cantidad de hombres y ganado a Ereto, donde reunieron sus fuerzas dispersas y acamparon con la esperanza de que el estado de cosas en Roma impidiera el alistamiento de un ejército. No sólo los mensajeros que traían las noticias, también los campesinos que huían a la Ciudad sembraron el pánico. Los decenviros, odiados por igual por el Senado y por la plebe, se quedaron sin apoyo alguno, y mientras celebraban consultas para adoptar las medidas necesarias, la Fortuna añadió un nuevo motivo de alarma. Los ecuos, avanzando en una dirección diferente, se habían atrincherado en Álgido, y desde allí hacían incursiones de saqueo en el territorio de Túsculo. Las nuevas fueron presentadas por los enviados de Túsculo, que imploraba ayuda. El pánico producido inquietó a los decenviros, y viendo la Ciudad enzarzada en dos guerras distintas se vieron obligados a consultar al Senado. Ordenaron convocar a los senadores, muy conscientes de que les esperaba una tormenta de resentimiento y de que sólo a ellos se haría responsables por la devastación del territorio y los peligros que amenazaban. Esto, esperaban, llevaría a un intento de privarlos de la magistratura, a menos que ofrecieron una resistencia unánime y que por un agudo ejercicio de la autoridad sobre algunos de los espíritus más audaces pudieran reprimir las intenciones de los demás.

Cuando la voz del pregonero se escuchó en el Foro, convocando a los patricios a la Curia para encontrarse con los decenviros, esta novedad tras tan largo tiempo de suspensión del Senado, llenó de asombro a los plebeyos. *¿Qué ha pasado para revivir una práctica tan en desuso?*, se preguntaban. *Debemos estar agradecidos al enemigo que nos amenaza con la guerra, pues ha provocado algo que es propio de un Estado libre.* Buscaban por el Foro algún senador, pero no reconocieron casi a ninguno; luego vieron la Curia y la soledad alrededor de los decenviros. Esto último se atribuyó al odio universal que sentían hacia su autoridad, los plebeyos lo explicaban diciendo que los senadores no se presentaron porque los ciudadanos privados no tenían derecho a convocarlos. Si la plebe hacía causa común con el Senado, aquellos que estaban empeñados en recuperar su libertad tendrían quienes les guiasen; y como los senadores no acudieron a la convocatoria, la plebe debía negarse al alistamiento para el servicio. Así expresaban su opinión los plebeyos. En cuanto a los senadores, apenas se hallaba uno de ellos en el Foro, y muy pocos en la Ciudad. Disgustado con el estado de cosas, se habían retirado a sus casas de campo y se ocupaban de sus propios asuntos, habiendo perdido todo interés en los del Estado. Pensaban que cuanto más

alejados se mantuvieran de cualquier reunión y relación con sus tiránicos amos, más seguros estarían. Como, habiendo sido citados, no vinieron, se les envió ujieres a sus casas para exigir las multas por no asistir y comprobar si se ausentaban a propósito. Volvieron diciendo que el Senado estaba en el campo. Esto fue menos desagradable para los decenviros que si hubieran estado en la Ciudad y hubiesen rechazado reconocer su autoridad. Se dieron órdenes de que se citase a todos para el día siguiente. Asistieron en mayor número de lo que ellos mismos esperaban. Esto llevó a los plebeyos a pensar que su libertad había sido traicionada por el Senado, ya que había obedecido a los hombres cuyo mandato había expirado y que, a pesar de la fuerza a su disposición, sólo eran ciudadanos particulares, reconociendo así su derecho a convocar al Senado.

[3,39] Esta obediencia, sin embargo, se mostró más por su llegada a la Curia que por cualquier servilismo en los pareceres que expresaron. Queda memoria de que después que Apio Claudio presentase la cuestión de la guerra, y antes de que empezase la discusión formal, Lucio Valerio Potitio hizo un inciso para pedir que se le permitiese hablar de la situación política, pero al negárselo los decenviros en tono amenazante declaró que se presentaría ante el pueblo. Marco Horacio Barbato se opuso abiertamente, llamando a los decenviros *diez Tarquinios* y recordándoles que fue bajo la guía de los Valerios y de los Horacios cuando se expulsó de Roma a la monarquía. No era del nombre de rey de lo que los hombres se habían cansado, ya que era el título propio de Júpiter; Rómulo, el fundador de la Ciudad y sus sucesores fueron llamados reyes, y éste nombre aún se conservaba por razones religiosas . Era la tiranía y la violencia de los reyes lo que los hombres detestaban. Si éstos eran insoportables en un rey o en el hijo de un rey, ¿quién lo soportaría de diez ciudadanos particulares? Ellos debían velar por esto, pues ellos no lo hacían; al prohibir hablar en la Curia les obligaban a hacerlo fuera de sus muros. No podía ver cómo era menos admisible que él, como ciudadano privado, convocase la Asamblea del pueblo, que para ellos convocar el Senado. Hallarían que en todas partes será mayor su dolor para vengar su libertad que su codiciosa ambición de la tiranía. Traían la cuestión de la guerra con los sabinos como si el pueblo romano no tuviese otra guerra más importante que aquella contra los hombres que, nombrados para elaborar las leyes, no dejaban vestigio alguno de ley o justicia en el Estado; los que habían abolido las elecciones, los magistrados anuales, la sucesión regular de gobernantes, los que eran garantes de la libertad igual para todos; quienes, aunque simples ciudadanos, aún retenían las fasces y del poder despótico de los monarcas. Después de la expulsión de los reyes, los magistrados eran patricios; después de la secesión de la plebe, fueron nombrados magistrados plebeyos. *¿A qué partido pertenecían estos hombres?* , preguntó. *¿Al partido popular? ¿Por qué?, ¿qué han hecho en unión de la plebe? ¿A la nobleza? ¡Qué! , ¿éstos hombres, que no han celebrado una reunión del Senado en casi un año y ahora, que están celebrando una, prohíben que se hable sobre la situación política? No confiéis demasiado en los temores ajenos. Los males que padecen ahora mismo los hombres les parecen mucho más graves que cualquier temor que alberguen sobre el futuro.*

[3.40] Mientras Horacio estaba pronunciando tan apasionado discurso, y los decenviros dudaban hasta dónde irían, ya fuera hacia la agria resistencia o hacia la concesión, y sin poder ver cuál sería el resultado, Cayo Claudio, el tío del decenviro Apio, hizo un discurso más orientado a la súplica que a la censura. Él le rogó, por el alma de su padre, que pensase más en el orden social bajo el que había nacido que en los nefastos acuerdos hechos con sus colegas. Hacía este ruego, dijo, mucho más por el bien de Apio que por el del Estado, pues el Estado podría hacer valer sus derechos a pesar suyo, si no podía hacerlo con su consentimiento. Pero las grandes controversias, en general, encienden grandes y amargas pasiones, y lo que temía es a lo que éstas podrían conducir. Aunque los decenviros prohibieron la discusión de cualquier asunto, aparte del que habían presentado, su respeto por Claudio les impidió interrumpirle, por lo que el concluyó con una resolución por la que el Senado no debía aprobar ningún decreto. Este se interpretó por todos como que Claudio les consideraba meros ciudadanos privados, y muchos de los consulares expresaron su

acuerdo. Otra propuesta, aparentemente más drástica, pero en realidad menos eficaz, fue que el Senado debería ordenar que los patricios se reunieran para nombrar un *interrex*. Pues para votar esto, decidieron que quienes estaban presidiendo el Senado eran magistrados legales, quienes quiera que fuesen, mientras que la propuesta que habían aprobado antes para que no se emitiese ningún decreto les convertía en ciudadanos privados.

La causa de los decenviros estaba a punto de derrumbarse cuando Lucio Cornelio Maluginense, el hermano del decenviro Marco Cornelio, que había sido deliberadamente elegido de entre los cónsules para cerrar el debate, emprendió la defensa de su hermano y de los colegas de éste mediante la expresión de grandes inquietudes acerca de la guerra. Se preguntaba, dijo, qué fatalidad había ocurrido para que los decenviros tuviesen que ser atacados por aquellos que habían pretendido ésa misma magistratura o por sus aliados o por aquellos hombres en particular; o por qué, durante todos los meses en que la república estuvo tranquila, nadie puso en cuestión si eran magistrados legítimos o no, hasta ahora, cuando el enemigo estaba casi a las puertas, y ellos azuzaban la discordia civil (a menos que supusieran que la naturaleza de su proceder sería menos evidente en medio de la confusión general). Nadie estaba justificado para producir un perjuicio así en un momento en que estaban preocupados por temores muchos más graves. Dio así su opinión de que la cuestión planteada por Valerio y Horacio, a saber, que los decenviros habían cesado en sus funciones el 15 de mayo, debía presentarse al Senado para su votación una vez que la guerra hubiera llegado a su fin y se hubiese restaurado la tranquilidad del Estado. Y, además, que Apio Claudio debía a la vez comprender que debía prepararse para desconvocar las elecciones de decenviros, indicando tanto que habían sido elegidos sólo para un año, o hasta el tiempo necesario para que las leyes fuesen aprobadas. En su opinión, todos los asuntos, menos la guerra, debían apartarse por el momento. Si pensaban que los informes que llegaban de fuera eran falsos y que, no sólo los mensajeros que habían venido sino también los legados túsculos, se habían inventado un cuento, entonces debían mandar partidas de reconocimiento para traer noticias exactas. Sin embargo, si creían que los mensajeros y los legados, debían hacer el alistamiento tan pronto como pudieran, los decenviros mandarían los ejércitos donde se juzgase mejor y nada debía tener más prioridad.

[3.41] Mientras se dividían las opiniones y los jóvenes senadores iban aceptando esta propuesta, Valerio y Horacio se levantaron de nuevo muy airados y a gritos exigieron que se les dejase examinar la situación política. Si, dijeron, aquella facción del Senado se lo impedía, lo harían ante el pueblo, pues los ciudadanos particulares no tenían poder para silenciarlos ni en la Curia ni en la Asamblea, y ellos no cederían antes las fasces de unos supuestos magistrados. Apio consideró que a menos que enfrentase su violencia con igual audacia, su autoridad había prácticamente llegado a su fin. *Será mejor*, dijo, *que no se hable de ningún otro tema salvo del que ahora estamos considerando*; y como Valerio insistió en que no guardaría silencio por orden de un ciudadano particular, Apio ordenó a un lictor que fuese por él. Valerio corrió a las puertas de la Curia, e invocó *la protección de los Quirites*. Lucio Cornelio puso fin a la escena abrazando a Apio como para proteger a Valerio, pero realmente para proteger a Apio de más daños. Obtuvo el permiso para que Valerio dijese lo que quisiera, y como esta libertad no fue más allá de las palabras, los decenviros lograron su propósito. Los cónsules y los senadores mayores notaron que la potestad tribunicia, a la que aún recordaban con asco, era más anhelada por el pueblo que la restauración de la autoridad consular; así que casi preferirían que los decenviros renunciasen voluntariamente a su magistratura tras un periodo, a que la plebe recuperase su poder a causa de su impopularidad. Si las cosas se pudieran solucionar con tranquilidad y restaurar a los cónsules sin alteraciones populares, pensaban que tanto la preocupación por la guerra como el ejercicio moderado del poder por parte de los cónsules harían que la plebe olvidase a sus tribunos. Se anunció el alistamiento sin ningún tipo de protesta del Senado. Los hombres en edad para el servicio activo respondieron a sus nombres, pues no se podía apelar contra la autoridad de los decenviros. Cuando las legiones fueron alistadas, los

decenviros se repartieron sus mandos respectivos. Los más importantes de entre ellos fueron Quinto Fabio y Apio Claudio. La guerra doméstica amenazaba con ser más seria que la del exterior, y el carácter violento de Apio se consideró más adecuado para reprimir altercados en la Ciudad mientras que el de Fabio se consideraba más inclinado a las malas prácticas que a beneficiarles en algo. Este hombre, en otro tiempo tan distinguido en la Ciudad como en el campo de batalla, había cambiado tanto con la magistratura y por influencia de sus colegas que prefería hacer de Apio su modelo antes que ser fiel a sí mismo. Se le confió la guerra contra los sabinos, y se le asoció a Manlio Rabuleyo y a Quinto Petilio para dirigirla. Marco Cornelio fue enviado a Álgido junto con Lucio Minucio, Tito Antonio, Céson Duilio y Marco Sergio. Se decretó que Espurio Opio debería ayudar a Apio Claudio en la defensa de la Ciudad, con una autoridad coordinada a la de los otros decenviros.

[3.42] Las operaciones militares no fueron más satisfactorias que la administración doméstica. Los comandantes tenían indudablemente la culpa de haberse vuelto detestables a los ciudadanos, pero también fueron culpables todos los soldados que, para impedir que nada tuviese éxito bajo el mando y los auspicios de los decenviros, se deshonraron a sí mismos y a sus generales dejándose derrotar. Ambos ejércitos habían sido derrotados, uno por los sabinos en Ereto, el otro por los ecuos en Álgido. Huyendo de Ereto en el silencio de la noche, se habían atrincherado en un terreno elevado cerca de la Ciudad, entre Fidenas y Crustumeria. Ellos se negaron a enfrentarse con el enemigo perseguidos en igualdad de condiciones, y confiaron su seguridad a sus trincheras y a la naturaleza del terreno antes que a sus armas o a su valor. En Álgido se comportaron de modo aún más vergonzoso, sufrieron una derrota más dura e incluso perdieron su campamento. Privados de todas sus vituallas, los soldados se dirigieron a Túsculo, fiando la subsistencia a la buena fe y compasión de sus anfitriones, y su confianza no fue defraudada. Tan alarmantes informes llegaron a Roma que el Senado, dejando a un lado sus sentimientos contra los decenviros, resolvió que se establecieran guardias en la Ciudad, ordenó que todos los que estaban en edad de portar armas debían guarnecer las murallas y pusieron puestos avanzados ante las puertas, y decretaron que se debía enviar armas a Túsculo para reemplazar las que se habían perdido y que los decenviros evacuarían Túsculo y mantendrían acampados a sus hombres. El otro campamento debía trasladarse desde Fidenas hasta territorio sabino, y pasando a la ofensiva se disuadiría al enemigo de cualquier proyecto de ataque a la Ciudad.

[3.43] A estas derrotas a manos del enemigo hubieron de añadirse dos crímenes infames por parte de los decenviros. Lucio Sicio estaba sirviendo en la campaña contra los sabinos. Al ver el resentimiento contra los decenviros, solía hablar en secreto con la soldadesca y aludía a la restauración de los tribunos y a la necesidad de una secesión. Fue enviado para seleccionar y examinar un sitio para un campamento, y los soldados a los que se les dijo que le acompañasen recibieron instrucciones para elegir una oportunidad favorable en que atacarle y matarle. Ellos no cumplieron su propósito con impunidad, algunos de los asesinos le rodearon mientras él se defendía con un valor igual a su fuerza, que era excepcional. Los demás llevaron al campamento la noticia de que Sicio había caído en una emboscada y había muerto luchando bravamente y que algunos soldados habían muerto con él. Al principio se les creyó; pero, posteriormente, una cohorte que había salido con permiso de los decenviros para enterrar a los caídos, no encontró, al llegar al lugar, ningún cuerpo despojado, sino que el cuerpo de Sicio reposaba en el centro completamente armado y rodeado por los demás vueltos hacia él, mientras que no había ningún cuerpo del enemigo ni señal de que se hubiesen retirado. Trajeron el cuerpo de vuelta y declararon que, sin duda ninguna, había sido asesinado por sus propios hombres. El campamento estaba lleno de un profundo resentimiento y se decidió que Sicio debía ser llevado inmediatamente a Roma. Los decenviros dieron solución a esto decidiendo enterrarle a toda prisa con honores militares a costa del Estado. Los soldados manifestaron profundo dolor en su funeral, y se tenían las peores sospechas posibles contra los decenviros.

[3.44] A esto le siguió una segunda atrocidad, resultado de una lujuria brutal, que ocurrió en la Ciudad y llevó a consecuencias no menos trágicas que las que tuvo el ultraje y muerte de Lucrecia, que había provocado la expulsión de la familia real. No sólo tuvieron los decenviros el mismo final que los reyes, sino que la causa para que perdiesen el poder fue el mismo en ambos casos. Apio Claudio había concebido una pasión culpable por una virgen de nacimiento plebeyo. El padre de la niña, Lucio Verginio, tenía un alto rango en el ejército en Álgido; era un hombre de carácter ejemplar, tanto en casa como en el campo de batalla. Su esposa había sido educada en principios igualmente altos, y sus hijos fueron criados en la misma forma. Había prometido a su hija con Lucio Icilio, que había sido tribuno, un hombre activo y enérgico cuyo valor se había demostrado en sus luchas en favor de la plebe. Esta muchacha, ahora en la flor de su juventud y belleza, excitó las pasiones de Apio y trató de prevalecer sobre ella mediante regalos y promesas. Cuando se encontró con que su virtud era a prueba contra toda tentación, recurrió a la violencia brutal y sin escrúpulos. Encargó a un cliente, Marco Claudio, que reclamase a la muchacha como su esclava y que no cediese a ninguna demanda de los amigos de la joven para retenerla hasta que el caso fuese juzgado, pues pensaba que la ausencia del padre le daba una buena ocasión para este desafuero. Cuando la chica iba a su escuela en el Foro (las escuelas de gramáticas tenían allí sus locales), el secuaz del decenviro la agarró y manifestó que ella era hija de un esclavo suyo, y ella misma esclava. Luego le ordenó que le siguiera y la amenazó, si vacilaba, con llevársela por la fuerza. Mientras la muchacha quedaba paralizada por el miedo, los gritos de su criada, invocando la protección de los Quirites, consiguieron atraer una multitud. Los nombres de su padre, Verginio, y de Icilio, su prometido, gozaban del respeto general. Al recordárselos sus amigos, los sentimientos de indignación valieron a la doncella el apoyo de la multitud. Ahora estaba a salvo de la violencia; el hombre que la reclamó dijo que estaba actuando de acuerdo con la ley, no por la violencia, y que no había necesidad de que se excitase la multitud. Citó a la muchacha ante el tribunal. Sus partidarios le aconsejaron seguirlo y llegaron ante el tribunal de Apio. El reclamante había ensayado una historia que ya conocía perfectamente al juez, pues éste había sido el autor del argumento. Cómo había nacido la muchacha en su casa, robada de ella, llevada a casa de Verginio y presentada como su hija; tales alegaciones se apoyarían en pruebas definitivas y se lo probaría al mismo Verginio, quien era en verdad el más afectado, pues se le había injuriado. Mientras tanto, instó, era justo que una esclava fuese con su amo. Los defensores de la muchacha manifestaron que Verginio estaba ausente, sirviendo al Estado, y que podría presentarse en dos días si se le enviaba aviso, y que era contrario a derecho que en su ausencia se pusiera en riesgo a sus hijos. Pidieron que se interrumpiese el procedimiento hasta la llegada del padre, y que de acuerdo con la ley que él mismo había redactado, se entregase la custodia de la muchacha a quienes asegurasen su libertad, y que no pudiese una doncella en plenitud sufrir peligro en su reputación al comprometerse su libertad.

[3.45] Antes de dictar sentencia, Apio demostró cómo la libertad era defendida por la misma ley a la que los amigos de Verginia habían apelado en apoyo de su demanda. Pero, continuó diciendo, garantizaba la libertad sólo en la medida en que sus disposiciones se respeten estrictamente en lo concerniente a las personas y cosas. Pero ya que la libertad personal era la causa de la reclamación, la proposición le parecía bien, pues todos debían poder alegar legítimamente, pero en el caso de quien aún estaba bajo la potestad del padre, nadie excepto éste podía renunciar a su posesión. Su decisión, por tanto, fue que se citase al padre y, en el entretanto, el hombre que la reclamaba no debía renunciar a su derecho a llevarse a la muchacha y dar seguridad de que se presentaría con ella a la llegada de su presunto padre. La injusticia de esta sentencia levantó muchas murmuraciones, pero nadie se atrevió a protestar abiertamente hasta que Publio Numitorio, el abuelo de la chica, e Icilio, su prometido, aparecieron en el lugar. La intervención de Icilio parecía ofrecer la mejor oportunidad de frustrar a Apio y la multitud le abría paso. El lictor le dijo que se había pronunciado sentencia, y como Icilio siguiera protestando a gritos, aquél trató de expulsarlo.

Una injusticia así habría encendido hasta al más templado. Exclamó: *Por tus órdenes, Apio, se me expulsa a punta de espada para ahogar cualquier comentario sobre lo que quieres mantener oculto. Me voy a casar con esta doncella, y estoy decidido a tener una esposa casta. Convoca todos los lictores de todos tus colegas, da orden de que alisten fasces y hachas, que la prometida de Icilio no quedará fuera de la casa de su padre. Incluso si nos has privado de las dos defensas de nuestra libertad, la ayuda de nuestros tribunos y el derecho de apelar al pueblo de Roma, esto no te da derecho sobre nuestras mujeres e hijos, las víctimas de tu lujuria. Desahoga tu crueldad en nuestras espaldas y cuellos; pero deja a salvo, al menos, el honor de las mujeres. Si se hace violencia a esta muchacha, invocaré aquí la ayuda de los Quirites para mi prometida, Verginio la de los soldados para su única hija; todos invocaremos la ayuda de los dioses y los hombres, y no podrás ejecutar tal sentencia sino al precio de nuestras vidas. ¡Reflexiona, Apio, te lo pido, el paso que das! Cuando Verginio haya venido, él deberá decidir qué acción tomar acerca de su hija; si accede a la pretensión de este hombre, tendrá que buscar otro marido para ella. Mientras tanto, reivindico su libertad al precio de mi vida, antes que sacrificar mi honor.*

[3.46] La gente estaba alterada y parecía inminente un enfrentamiento. Los lictores habían rodeado a Icilio, pero las cosas no habían pasado de las amenazas por ambas partes cuando Apio declaró que la defensa de Verginia no era la preocupación principal de Icilio; era un intrigante incansable, que aún aspiraba a restaurar el tribunado y buscaba la ocasión para provocar una sedición. Él no quería, sin embargo, darle motivo para ello ése día; pero que supiera que no estaba cediendo a causa su insolencia, sino por esperar al ausente Verginio, supuesto padre, y por la libertad, y no se pronunciaría ni emitiría sentencia alguna en ese momento. Pediría a Marco Claudio que renunciase a su derecho, y permitió que la muchacha continuase bajo la custodia de sus amigos hasta la mañana siguiente. Si el padre no aparecía para entonces, advirtió a Icilio y a quienes iban con él que ni como legislador podía traicionar su propia ley, ni como decenviro dejaría de ser firme en su ejecución. Él, por cierto, no llamaría a los lictores de sus colegas para reprimir a los cabecillas de la rebelión, sino que los contendría sólo con los suyos. Quedó así aplazado el momento para perpetrar esta ilegalidad y, tras retirarse los partidarios de la muchacha, se decidió que lo más importante era que el hermano de Icilio y uno de los hijos de Númitor, ambos jóvenes enérgicos, atravesaran inmediatamente las puertas y llegaran al campamento de Verginio a la mayor velocidad. Sabían que la seguridad de la muchacha dependía de que su protector contra el desafuero se presentase a tiempo. Se marcharon, y cabalgando a toda velocidad llevaron las noticias al padre. Mientras el reclamante de la chica estaba presionando a Icilio para que contestase a su demanda y diese el nombre de sus fiadores, Icilio le entretenía diciéndole que todo se estaba disponiendo y ganaba tiempo para que los mensajeros pudiesen llegar al campamento, la muchedumbre por todas partes le estrechaba las manos para mostrarle que cada uno de ellos estaba dispuesto a salir en su favor. Con lágrimas en los ojos, les decía: *Es muy amable de tu parte. Mañana puedo necesitar tu ayuda, por ahora tengo garantías suficientes*. Así, Verginia quedó a salvo con sus familiares. Apio permaneció algún tiempo en el tribunal, para que no pareciese que sólo había ido allí para atender ese asunto en particular. Cuando se enteró de que, debido al interés general por este único asunto, no se habían presentado otros litigantes, se retiró a su casa y escribió a sus colegas en el campamento para que no diesen permiso a Veginio para dejar su puesto y que, de hecho, lo arrestasen. Este consejo malicioso llegó, sin embargo, demasiado tarde, como merecía; Verginio ya había obtenido permiso y lo inició en la primera guardia. La carta ordenando su detención fue entregada a la mañana siguiente y, así, resultó inútil.

[3,47] En la Ciudad, los ciudadanos esperaban, con gran expectación, en el Foro desde la madrugada. Verginio, de luto, llevó a su hija vestida de manera similar y acompañada por cierto número de matronas, al Foro. Una multitud inmensa de simpatizantes les rodearon. Pasó entre la gente, les cogía las manos y pedía su ayuda, no sólo por compasión sino porque aquello también les

concernía; él permanecía en el frente un día tras otro, defendiendo a sus hijos y esposas; de ningún otro hombre escucharían más hazañas ni actos de tenacidad que de él. ¿De qué servía todo eso, les preguntaba, si mientras la Ciudad quedaba a salvo, sus hijos estaban expuestos a un destino peor que si hubiesen sido realmente capturados? Los hombres se reunieron alrededor de él, mientras que él hablaba como si se dirigiera a la Asamblea. Icilio le seguía con la misma tensión. Las mujeres que le acompañaban producían una impresión más profunda con su silencio que con cualquier palabra que pudieran haber pronunciado. Insensible a todo esto (pues, con seguridad, era la locura y no el amor lo que había nublado su juicio), Apio constituyó el tribunal. El demandante comenzó con una breve protesta contra las actuaciones del día anterior; el juicio, dijo, no tuvo lugar por culpa de la parcialidad del juez. Pero antes de poder seguir con su demanda o de que Verginio tuviese oportunidad de responder, Apio intervino. Es posible que los escritores antiguos hayan descrito adecuadamente los considerandos de su sentencia, pero no he encontrado en ninguna parte motivo alguno para justificar su inicua resolución. Lo único en lo que todos están de acuerdo es en la sentencia que dio. Resolvió que la niña era una esclava. Al principio, todos quedaron estupefactos y asombrados ante esta atrocidad, y por unos momentos hubo un silencio de muerte. Entonces, como Marco Claudio se acercase a las matronas que rodeaban a la muchacha para apoderarse de ella entre sus gritos y lágrimas, Verginio, señalando con el brazo extendido a Apio, gritó: *¡Es a Icilio y no a ti, Apio, a quien he prometido a mi hija; la he criado para el matrimonio, no para el ultraje. ¿Estás decidido a satisfacer tus brutales deseos como el ganado y las bestias salvajes? Si esta gente se conforma con ello, no lo sé, pero espero que quienes tengan armas lo rechacen*. Mientras que el hombre reclamaba a la joven era rechazado por el grupo de mujeres y los que estaban alrededor, el pregonero pidió silencio.

[3.48] El decenviro, totalmente poseído por su pasión, se dirigió a la multitud y les dijo que había comprobado, no sólo por el insolente abuso de Icilio el día antes y por la violencia de Verginio que el pueblo romano podía atestiguar, sino por una información definitiva que le había llegado, que durante la noche se habían celebrado reuniones en la Ciudad para organizar un movimiento sedicioso. Avisado del riesgo de disturbios, había venido al Foro con una escolta armada, no para herir a ciudadanos pacíficos, sino para afianzar la autoridad del gobierno acabando con los perturbadores de la tranquilidad pública. *Por lo tanto*, prosiguió, *será mejor para vosotros que guardéis silencio. Ve, lictor, disuelve a la multitud y despeja el camino para que el amo tome posesión de su esclava.* Como había rugido estas palabras en un arrebato de ira, la gente retrocedió y dejó a la niña abandonada a la injusticia. Verginio, no viendo ayuda por ninguna parte, se dirigió al tribunal. *Perdóname, Apio, te lo ruego, si te he hablado sin respeto, perdona el dolor de un padre. Permíteme que interrogue aquí a su nodriza, en presencia de la doncella, por los hechos exactos del asunto; pues si he sido llamado padre con engaño, podré dejarla marchar con la mayor resignación.* Habiendo obtenido el permiso, llevó a la muchacha y a su ama de cría junto a las tiendas cercanas al templo de Venus Cloacina, que ahora se conocen como *Tiendas Nuevas*, y allí, empuñando un cuchillo de carnicero, lo hundió en su pecho diciendo: *Hija mía, ésta es la única forma en que puedo darte la libertad*. Entonces, mirando hacia el tribunal, dijo: *Por esta sangre, Apio, dedico tu cabeza a los dioses infernales*. Alarmado por las protestas que surgieron de este hecho terrible, el decenviro ordenó que detuviesen a Verginio. Blandiendo el cuchillo, se abrió paso delante de él, protegido por una multitud de simpatizantes, y llegó a la puerta de la ciudad. Icilio y Numitorio tomaron el cuerpo sin vida y lo mostraron al pueblo; lamentaron la vileza de Apio, la mortal belleza de la muchacha y la terrible presión bajo la que había actuado el padre. Las matronas, que le habían seguido con gritos de cólera, preguntaban: *¿Bajo estas condiciones iban a criar hijos, era ésta la recompensa de la modestia y la pureza?*. Y así con otras manifestaciones de femenino pesar que, por su mayor sensibilidad, exhibían más abiertamente y se expresaban con las maneras y movimientos más penosos. Los hombres, y especialmente Icilio, no hablaban más que de la abolición de la potestad tribunicia y del derecho de apelación y protestaban airadamente por el

estado de los asuntos públicos.

[3,49]. La gente estaba indignada, en parte por la atrocidad de lo ocurrido y en parte por la oportunidad que se le ofrecía de recuperar sus libertades. Apio ordenó en primer lugar que se citase a Icilio para comparecer ante él, después, al negarse, ordenó que le arrestasen. Como los lictores no pudieron acercarse a él, el propio Apio junto a un grupo de jóvenes patricios se abrió paso a través de la multitud y ordenó que fuera conducido a la cárcel. En esos momentos, Icilio no sólo estaba rodeado por la gente sino que también estaban allí los líderes del pueblo, Lucio Valerio y Marco Horacio. Rechazaron a los lictores y dijeron que, si iban a proceder con arreglo a la ley, ellos asumirían la defensa de Icilio contra quien sólo era un ciudadano particular; pero que si deseaban emplear la fuerza, también les enfrentarían. Se inició una furiosa reyerta; los lictores del decenviro atacaron a Valerio y a Horacio, sus fasces fueron quebrados por la gente; Apio subió a la tribuna y Horacio y Valerio le siguieron; la Asamblea les escuchó mientras que Apio fue abucheado. Valerio, con tono lleno de autoridad, ordenó a los lictores que dejasen de ayudar a quien no ostentaba ningún cargo oficial; a lo que Apio, completamente acobardado y temiendo por su vida, envolvió su cabeza con la toga y se retiró a su casa cerca del Foro sin que sus enemigos percibiesen su huida. Espurio Opio irrumpió por el otro lado del Foro para apoyar a su colega y vio que su autoridad fue superada por una fuerza superior. Sin saber qué hacer y distraído por los consejos contradictorios que le daban por todas partes, ordenó que se convocase al Senado. Como se pensaba que gran número de senadores desaprobaban la conducta de los decenviros, el pueblo esperaba que se pusiera fin a su poder a través de la acción del Senado y, en consecuencia, se tranquilizó. El Senado decidió que no debía hacerse nada que irritase a la plebe y, lo que era mucho más importante, que se debían tomar todas las precauciones para impedir que la llegada de Verginio crease una conmoción en el ejército.

[3.50] En consecuencia, algunos de los senadores más jóvenes fueron enviados al campamento, que estaba por entonces en el Monte Vecilio. Informaron a los tres decenviros que estaban al mando que por todos los medios posibles impidieran que los soldados se amotinasen. Verginio causó mayor conmoción en el campamento que la que había dejado tras él en la Ciudad. La vista de su llegada desde la Ciudad, con un grupo de cerca de 400 hombres que llenos de indignación se habían alistado a sí mismos como sus camaradas, empuñando aún el arma en su mano y con las ropas ensangrentadas, llamó la atención de todo el campamento. Las vestiduras civiles por todas partes del campamento hizo que la cantidad de ciudadanos que le habían acompañado pareciera mayor de lo que era. Interrogado sobre lo sucedido, Verginio tardó en hablar, impedido por el llanto; por fin, cuando los que le habían rodeado se hubieron callado y estaban en silencio, les explicó todo en el orden en que sucedió. Entonces, alzando sus manos al cielo, apeló a ellos como sus camaradas y les imploró que no le atribuyeron lo que realmente era el crimen de Apio, ni que le mirasen con horror por considerarlo el asesino de sus hijos. La vida de su hija era para él más querida que la suya propia, si se le hubiera permitido vivirla en libertad y con pureza; cuando la vio arrastrada como una esclava para ultrajarla, pensó que sería mejor perder a su hija por la muerte que por la deshonra. Fue por la compasión que sintió por ella que había caído en lo que parecía crueldad, ni la habría sobrevivido de no abrigar la esperanza de vengar su muerte con la ayuda de sus camaradas. Pues ellos, también, tenían hijas, hermanas y esposas; la lujuria de Apio no se había extinguido con la vida de su hija, antes bien, cuanta mayor fuera su impunidad, más desenfrenado sería su deseo. A través de los sufrimientos de otro habían sido advertidos de cómo protegerse a sí mismos contra un mal similar. En cuanto a él, su esposa le había sido arrebatada por el destino; su hija, al no poder ya vivir en castidad, había encontrado una lamentable, aunque honrosa, muerte. Ya no había en su casa posibilidad alguna de que Apio satisficiera; de cualquier otra violencia de aquel hombre podría defenderse él con la misma resolución con que había defendido a su niña; los demás debían preocuparse por sí mismos y por sus hijos.

A este llamamiento apasionado de Verginio, la multitud respondió con un grito que no le

faltarían en su dolor ni en la defensa de su libertad. Los civiles que se mezclaban con la multitud de soldados contaron la misma trágica historia y cómo fue aún más escandalosa de contemplar que de oír; al mismo tiempo, les participaban la funesta confusión de los asuntos en Roma y que algunos les habían seguido al campamento con las noticias de que Apio, tras casi haber sido asesinado, había marchado al exilio. El resultado fue un llamado general a las armas, se apoderaron de los estandartes y marcharon hacia Roma. Los decenviros, alarmados por lo que vieron y por lo que habían oído sobre el estado de cosas en Roma, fueron a distintas partes del campamento para tratar de calmar la excitación. En donde usaban de la persuasión, no obtenían respuestas; y donde trataron de emplear su autoridad, la respuesta fue: *Somos hombres y tenemos armas*. Se marcharon en orden de combate hacia la Ciudad y ocuparon el Aventino. A todo el que se encontraban le instaban para recuperar las libertades de la plebe y a nombre tribunos; aparte de esto, no se escucharon llamamientos a la violencia. La reunión del Senado fue presidida por Espurio Opio. Se decidió no adoptar medidas de dureza, pues había sido por culpa de los decenviros que había surgido la rebelión. Se enviaron tres legados de rango consular a inquirir en nombre del Senado bajo qué órdenes habían abandonado su campamento y que significaba aquella forzada ocupación del Aventino con las armas, cambiando la guerra desde los enemigos hacia sus propios conciudadanos. Se marcharon sin respuesta, por no haber quien la diera, pues no habían nombrado un jefe y los oficiales no se atrevían a exponerse a los peligros de tal situación. La única respuesta fue una demanda fuerte y general para que se les enviase a Lucio Valerio y Marco Horacio, a estos hombres darían una respuesta formal.

[3.51] Tras despedir a los legados, Verginio señaló a los soldados que, pocos momentos antes, se habían sentido avergonzados en un asunto de poca importancia al ser una multitud sin cabeza; y la respuesta que habían dado, aunque servía por el momento, era más el resultado del sentir del momento que de una intención pensada. Él era de la opinión de que se debía elegir a diez hombres para el mando supremo, y que en virtud de su rango militar debían ser llamados tribunos militares. Él mismo fue el primero a quien se ofreció esta distinción, pero respondió: *Reservad la opinión que os habéis formado de mí hasta que estemos en circunstancias más favorables; mientras mi hija no haya sido vengada, ningún honor me proporcionará placer ni en el presente estado de confusión de la república hay ventaja alguna en que los que os manden sean hombres desagradables a la malicia de las partes. Si he de ser de alguna utilidad lo seré, no obstante, sólo a título privado*. A continuación se nombraron diez tribunos militares. El ejército que actuaba contra los sabinos no permaneció inactivo. Allí, también, a instancias de Icilio y Numitorio, se produjo una rebelión contra los decenviros. Los sentimientos de los soldados se despertaron por el recuerdo del asesinado Sicio no menos que por la reciente noticia de la doncella a quien se había hecho víctima de una loca lujuria. Cuando Icilio oyó que se habían elegido tribunos militares en el Aventino, anticipando que la Asamblea de la plebe seguiría el precedente de la Asamblea militar y nombraría sus propios tribunos de la plebe de entre los tribunos militares ya nombrados. Como él mismo aspiraba al tribunado, tuvo cuidado de que por sus hombres se nombrase el mismo número y con el mismo poder, antes de entrar en la Ciudad. Ellos hicieron su entrada por la puerta Colina en orden de marcha, con los estandartes desplegados y desfilando por el corazón de la Ciudad hacia el Aventino. Allí, unidos ambos ejércitos, se pidió a los veinte tribunos militares que eligiesen a dos de entre ellos para encargarse del mando supremo. Se nombró a Marco Opio y a Sexto Manlio. Alarmado por el cariz que tomaban las cosas el Senado se reunió diariamente, pero pasaban el tiempo haciéndose reproches mutuos en vez de deliberar. Se acusó abiertamente a los decenviros del asesinato de Sicio, del libertinaje de Apio y de la deshonra militar. Se propuso que Valerio y Horacio fuesen al Aventino, pero se negaron a ir a menos que los decenviros entregasen las insignias de una magistratura que había expirado el año anterior. Los decenviros protestaron contra este intento de coacción, y dijeron que no abdicarían de su autoridad hasta que las leyes que habían elaborado fuesen adecuadamente promulgadas.

[3.52] Marco Duilio, un antiguo tribuno, informó a la plebe que debido a las incesantes discusiones nada se estaba decidiendo en el Senado. No creía que los senadores se preocuparían hasta que viesen la Ciudad desierta; el Monte Sacro les recordaría la firme determinación que ya una vez mostró la plebe, y comprenderían que a menos que se restaurase la potestad tribunicia, no habría concordia en el Estado. Los ejércitos dejaron el Aventino y, saliendo por la Vía Nomentana (o como se llamaba entonces, la Ficolense), acamparon en el Monte Sacro, imitando la moderación de sus padres al abstenerse de toda violencia. Los plebeyos civiles siguieron al ejército, ninguno cuya edad se lo permitiera dejó de ir. Sus esposas e hijos les siguieron, preguntándoles en tono lastimero por qué les dejaban en la Ciudad, donde ni su pudor ni su libertad serían respetadas. La inusitada soledad daba un aspecto triste y abandonado a toda Roma; en el Foro sólo quedaban unos cuantos de los patricios más ancianos, y cuando el Senado se reunía quedaba totalmente abandonado. Muchos, además de Horacio y Valerio, se preguntaban ahora airadamente: *¿A qué esperáis, senadores? Si los decenviros no cesan en su obstinación, ¿permitiréis que todo se destruya y arruine? ¿Y cuál es ésa autoridad, decenviros, a la tanto que os aferráis? ¿Vais a administrar justicia a las paredes y techos? ¿No os da vergüenza ver en el Foro más lictores que ciudadanos? ¿Qué haréis si el enemigo se aproxima a la Ciudad? ¿O si la plebe, viendo que su secesión no tiene efecto, viene contra nosotros empuñando las armas? ¿Quieres poner fin a vuestro poder con la caída de la Ciudad? O bien tendréis que prescindir del pueblo o tendréis que aceptar a sus tribunos; antes de quedarse sin sus magistrados, nosotros nos quedaremos sin los nuestros. Ese poder que arrancaron de nuestros padres, cuando era una novedad sin práctica, no se lo dejarán ahora arrebatar, toda vez que han probado sus ventajas y que nosotros no hacemos un uso moderado de nuestro poder que impida su necesidad de protección.* Protestas como éstas se oían por toda la Curia; al final, los decenviros, sobrepasados por la oposición general, afirmaron que ya que era el deseo de todos, se someterían a la autoridad del Senado. Lo único que pidieron fue que se les protegiese de la ira popular; advirtieron al Senado para que el pueblo no se acostumbrase con sus muertes a castigar a los patricios.

[3,53] Valerio y Horacio fueron luego enviados a la plebe con los términos que, según pensaban, conducirían a su vuelta y al cese de todas las diferencias; se les encargó que obtuviesen garantías de protección para los decenviros contra cualquier violencia popular. Fueron recibidos en el campamento con grandes expresiones de alegría, porque de principio a fin del conflicto fueron indudablemente considerados como liberadores. Se les dio las gracias a su llegada. Icilio fue el portavoz. Antes de su llegada habían acordado su política, por lo que al empezar la discusión de los términos y preguntar los enviados cuáles eran las peticiones de la plebe, Icilio presentó unas propuestas de tal naturaleza que demostraban claramente que depositaban sus esperanzas en la justicia de su causa más que en recurrir a las armas. Pidieron el restablecimiento del poder tribunicio y del derecho de apelación, que antes de la institución de los decenviros habían sido sus principales garantías. También pedían una amnistía para los que habían incitado a los soldados o la plebe a recuperar su libertad mediante la secesión. La única demanda de carácter vengativo que hicieron fue en relación con el castigo de los decenviros. Insistieron, como un acto de justicia, en que debían serles entregados, y amenazaron con quemarlos vivos. Los enviados respondieron a estas demandas de la siguiente manera: *Las peticiones que habéis presentado como resultado de vuestras deliberaciones son tan justas que sin duda se os habrían ofrecido, pues las pedís como salvaguarda de vuestras libertades y no como licencia para atacar a otros. Vuestra ira se puede excusar y perdonar; pues ha sido por el odio a la crueldad por lo que os abocáis ahora también vosotros a la crueldad, y casi que antes que liberaros a vosotros mismos deseáis tiranizar a vuestros enemigos. ¿Es que nuestro Estado nunca disfrutará de un descanso de los castigos infligidos por los patricios a la plebe romana, o por la plebe a los patricios? Necesitáis el escudo en vez de la espada. Ya vive suficientemente humillado quien lo hace en el Estado bajo leyes justas,*

sin infligir ni sufrir lesión alguna. Incluso si llegara el momento en que consiguieseis, tras recuperar vuestros magistrados y leyes, tener poder legal sobre nuestras vidas y propiedades (aún si sentenciaseis cada caso por sus méritos), por ahora es suficiente con que recuperéis vuestras libertades.

[3.54] Se les autorizó a obrar como considerasen mejor y los enviados anunciaron que volverían en breve, una vez que se acordasen todo. Cuando expusieron las demandas de la plebe ante el Senado, los demás decenviros, al comprobar que no se hacía mención de infligir castigo sobre ellos, no plantearon objeción alguna. El severo Apio, quien era el más detestado, midiendo el odio de los demás por el suyo hacia ellos, dijo: *Soy muy consciente del destino que se cierne sobre mí. Veo que el ataque contra nosotros queda sólo aplazado hasta que nuestras armas estén en manos de nuestros oponentes. Su ira debe ser apaciguada con sangre. Sin embargo, ni siquiera yo vacilaré en renunciar a mi decenvirato*. Se aprobó un decreto para que los decenviros dimitieran lo antes posible, que Quinto Furio, el Pontífice Máximo, nombrara tribunos de la plebe y para que se garantizase una amnistía por la secesión de los soldados y de la plebe. Tras aprobar estos decretos, el Senado se disolvió y los decenviros se dirigieron a la Asamblea y renunciaron formalmente a su magistratura, para inmensa alegría de todos. De todo esto se informó a la plebe en el Monte Sacro. Los enviados que lograron el acuerdo fueron seguidos por todos los que se quedaron en la Ciudad; esta masa de personas se encontró con otra multitud alegre que salía del campamento. Intercambiaron felicitaciones mutuas por la restauración de la libertad y la concordia. Los enviados, dirigiéndose a la multitud como si fuera una Asamblea, dijeron: *¡Prosperidad, Fortuna y Felicidad para vosotros y para el Estado! ¡Regresad a vuestra patria, vuestros hogares, vuestras esposas y vuestros hijos! Pero llevad a la Ciudad la misma continencia que habéis mostrado aquí, donde no ha sido dañada la tierra de nadie a pesar de la gran necesidad de tantas cosas que tiene una multitud tan grande. Id al Aventino, de donde llegasteis; allí, en el lugar feliz donde empezó vuestra libertad, nombraréis a vuestros tribunos; el Pontífice Máximo estará presente para celebrar las elecciones*. Grande fue la alegría y el entusiasmo con que aplaudieron. Tomaron los estandartes y se dirigieron a Roma, superando a los que se encontraban en su alegría. Marchando con las armas por la Ciudad en silencio, llegaron al Aventino. Allí, el Pontífice Máximo procedió en seguida a celebrar la elección de tribunos. El primero en ser elegido fue Lucio Verginio; a continuación, los organizadores de la secesión, Lucio Icilio y Publio Numitorio, el tío de Verginio; después, Cayo Sicinio, el hijo del hombre consignado como el primero de los elegidos tribunos en el Monte Sacro, y Marco Duilio, que había ocupado con distinción el cargo antes del nombramiento de los decenviros y que, pese a todos los conflictos con ellos, nunca había dejado de apoyar a la plebe. Después de éstos nombraron a Marco Titinio, Marco Pomponio, Cayo Apronio, Apio Vilio y Cayo Opio; a todos se les eligió por su esperada futura utilidad más que por los servicios que hasta allí hubiesen prestado. Una vez tomó posesión de su tribunado, Lucio Icilio en seguida propuso una resolución, que la plebe aceptó, para que nadie fuese perseguido por los sucesos. Marco Duilio inmediatamente presentó una propuesta para que se eligieran cónsules y restablecer el derecho de apelación. Todas estas medidas fueron aprobadas en una Asamblea de la plebe que se celebró en las praderas Flaminias, que ahora se llaman Circo Flaminio.

[3.55] La elección de los cónsules se llevó a cabo bajo la presidencia de un interrex. Los elegidos fueron Lucio Valerio y Marco Horacio, que enseguida tomaron posesión *(449 a.C.).* Su consulado fue muy popular y no se cometió injusticia contra los patricios, aunque les miraban con recelo, pues cuanto se había hecho en salvaguarda de las libertades de la plebe lo consideraban como una violación de sus propias competencias. En primer lugar, como que era dudoso desde cierto punto de vista jurídico que los patricios estuviesen obligados por los decretos de la plebe, presentaron una ley en los comicios centuriados para que lo que aprobase la plebe en sus Asambleas de las Tribus fuese vinculante para todo el pueblo. Con esta ley se puso en manos de los tribunos un

arma muy eficaz. Después, no sólo se restauró, sino que se reforzó para el futuro con una nueva redacción, otra ley consular confirmando el derecho de apelación, como única defensa de la libertad, que había sido anulado por los decenviros. Ésta prohibía el nombramiento de un magistrado ante quien no hubiese derecho de apelación, y establecía que cualquiera que lo hiciese podría ser justa y legalmente condenado a muerte y que el hombre que le diese muerte no podría ser declarado culpable de asesinato. Cuando hubieron reforzado suficientemente a la plebe mediante el derecho de apelación, por un lado, y con la protección otorgada mediante los tribunos por el otro, procedieron a asegurar la inviolabilidad de los propios tribunos. El recuerdo de esto casi se había perdido, por lo que lo renovaron con ciertos ritos sagrados recuperados del lejano pasado y, además de asegurar su inviolabilidad con la sanción de la religión, promulgaron una ley por la que a cualquiera que ofendiese a los magistrados de la plebe, fuesen tribunos, ediles o jueces decenviros, se le consagrase la cabeza a Júpiter, vendidas sus posesiones y sus ingresos asignados a los templos de Ceres, Liber y Libera. Los juristas dicen que, a causa de esta ley, ninguno resultaba realmente sacrosanto sino que cuando se ofendía a cualquiera de los arriba mencionados el ofensor era considerado maldito. Si un edil, por ejemplo, fuera detenido y enviado a prisión por magistrados superiores, aunque esto no se podía hacer legalmente (pues por esta ley no sería lícito que se les ofendiese), aún así sería una prueba de que un edil no es considerado sacrosanto, mientras que los tribunos de la plebe eran sacrosantos a causa del antiguo juramento tomado por los plebeyos cuando se creó por primera vez la magistratura. Hubo quienes interpretaron qu*e esta Ley* Horacia abarcaba incluso a los cónsules en sus disposiciones, y a los pretores, pues eran elegidos bajo los mismos auspicios que los cónsules, pues se apelaba al cónsul como juez. Esta interpretación se ve refutada por el hecho de que en aquellos tiempos era costumbre que un juez se llamase pretor y no cónsul. Estas fueron las leyes promulgadas por los cónsules. También ordenaron que los decretos del Senado, que solían al principio ser manipulados y suprimidos a gusto de los cónsules, de ahora en adelante se entregarían a los ediles de la plebe en el templo de Ceres. Marco Duilio, el tribuno, propuso una resolución, que aprobó la plebe, por la que quien dejase a la plebe sin tribunos, o quien crease una magistratura ante la que no cupiese apelación, sería azotado y decapitado. Todas estas disposiciones desagradaban a los patricios, pero no se opusieron activamente a ellas, pues ninguno había sido aún acusado por procesos vengativos.

[3.56] El poder de los tribunos y las libertades de la plebe tenían ahora una base segura. Los tribunos dieron el siguiente paso, pues pensaban que había llegado el momento en que podían proceder con seguridad contra las individualidades. Eligieron a Verginio para ocuparse del primer proceso, que fue el de Apio. Cuando se hubo fijado el día y Apio había bajado al Foro con una guardia de jóvenes patricios, su vista y la de sus satélites recordó a todos los presentes el poder que tan vilmente había ejercido. Verginius comenzó: *La oratoria se inventó para los casos dudosos. No perderé, por tanto, el tiempo ante vosotros con una larga acusación contra un hombre por cuya crueldad os rebelasteis vosotros mismos por la fuerza de las armas, ni le permitiré añadir a sus otros crímenes el de una defensa descarada. Así que voy a pasar por alto, Apio Claudio, todas las cosas malas e impías que tuvo la audacia de cometer, una tras otra, durante los últimos dos años. Sólo haré una acusación contra ti: que en contra de la ley condenaste a la esclavitud a una persona libre, y a menos que nombres un juez ante el que puedas demostrar tu inocencia, ordenaré que seas llevado a la cárcel*. Apio no tenía nada que esperar de la protección de los tribunos o del veredicto de la gente. Sin embargo, hizo un llamamiento a los tribunos, y cuando nadie intervino para suspender el procedimiento y era tomado por un ujier, dijo: *Apelo*. Esta sola palabra, protección de la libertad, pronunciada por los labios que tan poco antes había juzgado a una persona privada de su libertad, produjo un silencio general. Entonces el pueblo se dijo que había dioses, después de todo, que no descuidaban los asuntos de los hombres; la arrogancia y la crueldad eran visitadas por castigos que, aunque lentos en llegar, no eran leves; el hombre que apelaba era el que había derogado la capacidad de apelación; el hombre que imploraba la protección del pueblo era el

que había pisoteado sus derechos; perdía su propia libertad y era encarcelado aquél que condenó a la esclavitud a una persona libre. En medio del murmullo de la Asamblea, se oyó la voz del mismo Apio implorando *la protección del pueblo romano.*

Comenzó enumerando los servicios de sus antepasados para con el Estado, tanto en casa como en la milicia; su propia desafortunada devoción a la plebe, que le llevó a renunciar a su consulado a fin de que se promulgasen leyes justas para todos, presentando así la mayor ofensa a los patricios; sus leyes todavía estaban en vigor, aunque a su autor lo estuviesen llevando a la cárcel. En cuanto a su propia conducta personal y sus buenas y malas obras, sin embargo, los pondría a examen cuando tuviese la oportunidad de defender su causa. Por el momento reclamó el derecho común de todo ciudadano romano al que se le permite alegar en el día señalado y someterse al juicio del pueblo romano. No temía tanto a la opinión pera tan temeroso de la opinión general en su contra como para abandonar toda esperanza en la imparcialidad y la simpatía de sus conciudadanos. Si iba a ser trasladado a la prisión antes de que su caso fuese oído, apelaría una vez más a los tribunos, y les advertía contra imitar el ejemplo de aquellos a quienes odiaban. Si ellos admitían que se habían comprometido a abolir el derecho de apelación, como acusaban a los decenviros de haber hecho, el apelaría al pueblo e invocaría las leyes que tanto los cónsules como los tribunos habían promulgado ese mismo año para proteger tal derecho. Porque, si no se podía apelar antes que el caso fuese oído y dictada la sentencia, ¿quién podría apelar? ¿Qué plebeyo, hasta el más humilde, encontraría protección en las leyes, si Apio Claudio no pudo? Su caso demostraría si era tiranía o libertad lo que traían las nuevas leyes, o si el derecho de impugnar y apelar contra la injusticia de los magistrados eran palabras vacías o algo efectivo.

[3.57] Verginio respondió. Apio Claudio, dijo, en solitario estaba fuera de la ley, fuera de las obligaciones que mantenían unido el Estado o las mismas sociedades humanas. Dejemos que los hombres posen sus ojos en este tribuno, castillo de todas las maldades, en ese decenviro perpetuo, rodeado de verdugos, que no lictores; despreciado por igual de dioses y hombres, descargó su venganza sobre los bienes, las espaldas y las vidas de los ciudadanos, amenazándoles a todos indistintamente con varas y hachas; y después, cuando su mente se desvió de la rapiña y el asesinato hacia la lujuria, arrancó a una joven doncella libre de brazos de su padre, ante los ojos de Roma, y la entregó a un cliente, ministro de sus intrigas, a un tribunal donde por culpa de una cruel sentencia y un infame juicio un padre levantó su mano armada contra su hija, donde ordenó que aquellos que tomaron el cuerpo sin vida de la doncella (su traicionado prometido y su abuelo) fuesen encarcelados, movido menos por su muerte que por satisfacer su deseo criminal. Para él, tanto como para otros, se había construido aquella prisión que solía llamar el domicilio de la plebe romana. Dejadle apelar cuanto quiera, él (Verginio) siempre le llevaría ante un juez acusado de haber condenado a la esclavitud a una persona libre. Si no ante un juez, ordenaría que fuese encarcelado hasta que se le hallase culpable.

Fue, pues, metido en la cárcel y, aunque en realidad nadie se opuso a este paso, había una sensación general de ansiedad, ya que incluso los plebeyos pensaban que era un uso excesivo de su libertad el infligir tan gran castigo así a un hombre tan distinguido. El tribuno suspendió el día del juicio. Durante estos hechos, llegaron embajadores de los latinos y hérnicos para presentar sus felicitaciones por el restablecimiento de la armonía entre el patriciado y la plebe. En conmemoración de ello, trajeron una ofrenda a Júpiter Optimo Máximo en forma de una corona de oro. No era una grande, pues no eran Estados ricos; su observancia religiosa se caracterizaba más por la devoción que por la magnificencia. También trajeron la información de que los ecuos y los volscos estaban dedicando todas sus energías a prepararse para la guerra. Se ordenó entonces a los cónsules que organizasen sus respectivas misiones. Los sabinos fueron encargados a Horacio y los ecuos a Valerio. Anunciaron un alistamiento para estas guerras, y tan favorable fue la actitud de la plebe que no sólo los hombres sujetos al servicio dieron prontamente sus nombres, sino que una gran parte del alistamiento consistió en hombres que ya habían servido su periodo de tiempo y

acudieron como voluntarios. De esta manera, el ejército se reforzó no sólo numéricamente, sino en la calidad de los soldados pues los veteranos ocuparon su lugar en filas. Antes de salir de la Ciudad, las leyes de los decenviros, conocidas como las *Doce Tablas*, fueron grabadas en bronce y exhibidas públicamente; algunos autores afirman que los ediles cumplieron con esta tarea bajo las órdenes de los tribunos.

[3.58] Cayo Claudio, por el odio hacia los crímenes de los decenviros y la ira que él, más que cualquier otro, sentía por la conducta tiránica de su sobrino, se había retirado a Regilo, su antigua patria. A pesar de su avanzada edad, regresó a la Ciudad para aliviar los peligros que amenazaban al hombre cuyas prácticas viciosas le habían obligado a huir. Bajando al Foro de luto, acompañado por los miembros de su casa y por sus clientes, se dirigía individualmente a los ciudadanos y les imploraba que no manchasen la gens Claudia con la indeleble vergüenza de considerarlos merecedores de prisión y cadenas. ¡Pensar que un hombre cuya imagen sería tenida en el más alto honor por la posteridad, el artífice de su legislación y fundador de la jurisprudencia romana, debía acostarse encadenado entre ladrones nocturnos y saqueadores! Les hacía abandonar por un instante sus sentimientos de ira y entregarse con calma a la reflexión, perdonando a Apio por la intercesión de tantos Claudios a pesar del odio que sentían por él. Tan lejos llegaría él por el honor de su gens y de su nombre, aunque no se había reconciliado con el hombre cuya angustia tanto deseaba aliviar. Habían recuperado sus libertades mediante su valor, mediante la clemencia se fortalecería la armonía entre los órdenes del Estado. Convenció a algunos, aunque más por el cariño que mostraba por su sobrino que por consideración hacia el hombre por el que rogaba. Pero Verginio suplicó con lágrimas que guardasen su compasión para él y para su hija; que no escuchasen los ruegos de los Claudios, que habían asumido el poder soberano sobre la plebe, sino a los tres tribunos, parientes de Verginia, quienes tras ser elegidos para proteger a los plebeyos buscaban ahora su protección. Se estimó este alegato como más justo. Habiendo perdido toda esperanza, Apio se suicidó antes que llegase el día del juicio.

Poco después, Spurio Opio fue procesado por Publio Numitorio. Sólo era menos odiado que Apio, pues él estaba en la Ciudad cuando su colega pronunció su inicua sentencia. Más indignación, sin embargo, producía una atrocidad cometida por Opio que el no haber impedido otra. Apareció un testigo que, tras veintisiete años de servicio y ocho condecoraciones por otras tantas muestras de valentía, se presentó ante el pueblo llevando todas sus condecoraciones. Desgarrando su vestido expuso su espalda lacerada por el sarmiento. Él pedía sólo que Opio presentase pruebas de alguna acusación contra él; si tal prueba aparecía, Opio, aunque ahora sólo era un ciudadano privado, podría repetir su crueldad para con él. Opio fue llevado a prisión y allí, antes de la fecha del juicio, puso fin a su vida. Su propiedad y la de Claudio fueron confiscadas por los tribunos. Sus colegas dejaron sus casas para ir al exilio y sus propiedades también fueron confiscadas. Marco Claudio, que había sido el reclamante de Verginia, fue juzgado y condenado; el propio Verginio, sin embargo, se negó a presionar para obtener la pena máxima, por lo que se le permitió exiliarse a Tíbur. Verginia fue más afortunada tras su muerte que en su vida; su espíritu, tras vagar por tantas casas buscando venganza, al fin pudo descansar al no quedar ya vivo ningún culpable.

[3.59] Se apoderó una gran alarma de los patricios; la vista de los tribunos se volvía ahora a quienes habían sido decenviros. Marco Duilio, el tribuno, impuso un control saludable a su ejercicio abusivo de autoridad. *Hemos ido*, dijo, *lo bastante lejos en la afirmación de nuestra libertad y el castigo de nuestros oponentes, así que para el resto del año no dejaré que ningún hombre sea juzgado o encarcelado. Desapruebo que los antiguos crímenes, ya olvidados, sean traídos nuevamente a colación ahora que los recientes han sido penados con el castigo de los decenviros. La constante preocupación que se toman los cónsules en proteger vuestras libertades es garantía de que nada se hará que merezca el poder de los tribunos*. Este espíritu de moderación mostrado por el tribuno alivió los temores de los patricios, pero también aumentó su resentimiento contra los

cónsules, pues parecían estar tan totalmente dedicados a la plebe que la seguridad y libertad de los patricios eran una cuestión de interés más inmediato para los plebeyos que para los magistrados patricios. Parecía como si sus adversarios se cansasen de castigarles antes que los cónsules de frenar su insolencia. Se afirmó, por lo general, que mostraron debilidad, ya que sus leyes habían sido sancionadas por el Senado, y no quedaba duda de que habían cedido a la presión de las circunstancias.

[3.60] Tras haber resuelto los asuntos de la Ciudad y quedar asegurada la posición de la plebe, los cónsules partieron a sus respectivas provincias. Valerio sabiamente suspendió las operaciones contra las fuerzas combinadas de ecuos y volscos. Si se hubiera aventurado a un enfrentamiento, me pregunto si, teniendo en cuenta el carácter de los romanos y el del enemigo después del mando desafortunado de los decenviros, no habría sufrido una grave derrota. Tomó una posición a una milla del enemigo y mantuvo a sus hombres en el campamento. El enemigo formó para presentar batalla y ocupó el espacio entre ambos campamentos, pero no hallaron respuesta a su desafío por parte romana. Cansados finalmente de formar y esperar en vano la batalla, y considerando que prácticamente les habían concedido la victoria, ambas naciones fueron a devastar los territorios de hérnicos y latinos. La fuerza que dejaron detrás era suficiente para proteger el campamento, pero no para sostener un combate. Al ver esto el cónsul, hizo que el terror lo sufriesen los enemigos y sacó a sus hombres en orden de batalla, desafiándolos a pelear. Como eran conscientes de su menor fuerza, rehusaron el enfrentamiento y el valor de los romanos creció enseguida, pues consideraban vencidos a los hombres que se mantenían tímidamente tras sus líneas. Después de permanecer todo el día ansiosos por combatir, se retiraron al caer la noche; el enemigo, en un estado anímico muy diferente, mandó llamar rápidamente de todas partes a las partidas de saqueo; los que estaban más cerca regresaron a toda prisa al campamento, los más distantes no fueron localizados. Tan pronto como amaneció, los romanos salieron, preparados para asaltar su campamento si no les presentaban batalla. Cuando el día estaba muy avanzado, sin ningún movimiento por parte del enemigo, el cónsul dio la orden de avanzar. Conforme avanzó la línea, los ecuos y volscos, indignados ante la perspectiva de ver sus ejércitos victoriosos protegidos por terraplenes en vez de por el valor y las armas, clamó para que le diesen señal de batalla. Se dio, y parte de su fuerza ya había salido por la puerta del campamento mientras que otros bajaban en orden y formaban en sus posiciones asignadas; pero antes de que el enemigo pusiese sobre el campo toda su fuerza, el cónsul romano lanzó su ataque. No habían salido todos del campamento, quienes lo habían hecho no fueron capaces de desplegarse en línea y, hacinados como estaban, empezaron a flaquear y Habían no todos salieron del campamento, quienes lo habían hecho no estaban en condiciones de desplegar en línea, y hacinados como estaban, comenzaron a flaquear y ceder. Mientras miraban a su alrededor sin poderse ayudar unos a otros, indecisos sobre qué hacer, los romanos lanzaron su grito de guerra y el enemigo cedió terreno; luego, tras recuperar su presencia de ánimo y que sus generales les instasen a no ceder terreno ante aquellos a quien habían derrotado, se reinició la batalla.

[3.61] En el otro lado, el cónsul hizo recordar a los romanos que aquel día combatían por vez primera como hombres libres y en nombre de una Roma libre. Conquistaban para ellos mismos y los frutos de su victoria no serían para los decenviros. La batalla no se libraba a las órdenes de un Apio, sino bajo su cónsul Valerio, descendiente de los libertadores del pueblo romano y un liberador él mismo. Tenían que demostrar las anteriores derrotas fueron por culpa de los generales, no de los soldados; sería una desgracia que mostrasen más valor contra sus propios conciudadanos que contra un enemigo extranjero, o que temiesen más la esclavitud en casa que fuera. En tiempo de paz, sólo estuvo en peligro la castidad de Verginia, sólo el libertinaje de Apio resultaba peligroso; pero en el vaivén de la guerra, todos y cada uno de sus hijos estarían en peligro ante esos miles de enemigos. Él no presagiaría los desastres que ni Júpiter ni su Padre Marte permitirían a una Ciudad fundada bajo tan felices auspicios. Les recordó el Aventino y el Monte Sacro, y les rogó que volviesen con

tan irreprochable dominio a ese lugar donde unos meses antes se habían ganado su libertad. Debían dejar claro que los soldados romanos tenían las mismas cualidades ahora que los decenviros habían sido expulsados que antes de que fuesen nombrados, y que el valor romano no se había debilitado por el hecho de que las leyes fuesen iguales para todos.

Tras arengar así a la infantería, galopó hasta donde estaba la caballería. *¡Vamos, jóvenes!*, gritó, *demostrad que sois superiores a los infantes en valor, igual que lo sois en rango y honor. Han rechazado al enemigo al primer encuentro, cabalgad entre ellos y expulsadlos del campamento. No aguantarán vuestra carga, ahora mismo están vacilando en vez de resistir.* Con las riendas aflojadas, espolearon sus caballos contra el enemigo que ya estaba confundido por el choque con la infantería, y abriéndose paso a través de sus filas llegaron a la retaguardia. Algunos , girando en terreno abierto, lo atravesaron y se dirigieron a los fugitivos que desde todas partes iban hacia su campamento. La línea de infantería, con el propio cónsul, y todo el combate se inclinó en persona y el conjunto de la batalla rodó en la misma dirección, que tomó posesión del campamento con una pérdida inmensa para el enemigo, pero el botín fue aún mayor que la carnicería. Las noticias de esta batalla no sólo llegaron a la Ciudad, sino hasta el otro ejército que estaba entre los sabinos. En la ciudad se celebró la victoria con fiestas públicas, pero en el otro campamento indujo a los soldados a emularla. Horacio les entrenó para que confiasen en sí mismos mediante las incursiones y puso a prueba su valor en escaramuzas, en vez de dejarles pensar en las derrotas que sufrieron bajo los decenviros, y con esto les hizo confiar en la victoria final. Los sabinos, envalentonados por sus éxitos del año anterior, les provocaban sin cesar y les retaban a luchar, preguntándoles por qué malgastaban su tiempo con pequeñas incursiones y retiradas, como si fueran bandidos, en vez de enzarzarse en un combate decisivo y no en pequeños enfrentamientos. ¿Por qué, les preguntaban sarcásticamente, no se enfrentaban con ellos en batalla campal y confiaban de una vez en la fortuna de la guerra?

[3.62] Los romanos no sólo habían recuperado su valor, sino que ardían de indignación. El otro ejército, decían, estaba a punto de regresar a la Ciudad en triunfo, mientras ellos estaban aguantando las burlas de un enemigo insolente. ¿Cuándo iban a combatir al enemigo, si no era ahora? El cónsul se dio cuenta de estos murmullos de descontento y después de reunir a los soldados en una asamblea, se dirigió a ellos así: *Supongo que habréis oído, soldados, cómo se libró la batalla del Álgido. El ejército se comportó como se supone debe comportarse el ejército de un pueblo libre. La victoria se obtuvo por el mando de mi colega y la valentía de sus soldados. En lo que a mí respecta, estoy dispuesto a adoptar ese plan de operaciones que vosotros, mis soldados, tendréis el coraje de ejecutar. La guerra puede ser prolongada con ventaja o terminada de una vez. Si hubiera de prolongarse, seguiré el método de entrenamiento con que he empezado, para que vuestra moral y valor aumenten día a día. Si deseáis un combate decisivo, vamos ahora, gritad ahora como en la batalla, en prueba de vuestra voluntad y valor.* Después de haber gritado con gran ardor, él les aseguró que, con la bendición del cielo, cumpliría sus deseos y les guiaría a la batalla por la mañana. El resto del día lo pasaron aprestando armas y armaduras. Tan pronto como los sabinos vieron a los romanos formando en orden de batalla a la mañana siguiente, ellos también marcharon hacia el combate que tanto habían ansiado. La batalla fue como cabría esperar entre dos ejércitos tan llenos de confianza en sí mismos; el uno orgulloso de su antiguo e invicto renombre y el otro encendido por su reciente victoria. Los sabinos buscaron el auxilio de la estrategia pues, tras dar a su línea una extensión igual a la de su enemigo, mantuvieron dos mil hombres en reserva para lanzar un ataque al flanco izquierdo romano cuando la batalla estaba en su apogeo. Mediante este ataque casi rodearon y estaban empezando a dominar ese ala, cuando la caballería de ambas legiones (unos seiscientos jinetes) saltó de sus monturas y se lanzó al frente para apoyar a sus compañeros que estaban cediendo. Frenaron el avance enemigo y levantaron, al mismo tiempo, el ánimo de la infantería al compartir sus peligros; apelaron a su amor propio, demostrándoles que mientras la caballería podía combatir tanto a pie como a caballo, la infantería, entrenada para

combatir a pie, era inferior incluso a la caballería desmontada.

[3.63] Y así se reanudó la lucha que daban por perdida y recuperaron el terreno cedido; en un momento, no sólo se reinició la batalla, sino que incluso obligaron a retroceder a los sabinos de esa ala. La caballería volvió a sus caballos, protegida por la infantería a través de cuyas filas pasaron, y se alejó al galope a la otra ala para anunciar su victoria a sus compañeros. Al mismo tiempo, cargaron al enemigo que estaba ahora desmoralizado por la derrota de su ala más fuerte. Ninguno demostró un valor más brillante en esa batalla. Los ojos del cónsul estaban en todas partes, felicitó a los valientes, tuvo palabras de reproche donde la batalla parecía aflojar. Aquellos a quienes censuró recuperaron enseguida el valor, estimulados en su amor propio como los otros lo fueron por sus elogios. Se volvió a lanzar el grito de guerra, y con un esfuerzo conjunto de todo el ejército rechazaron al enemigo; el ataque romano era imparable. Los sabinos se dispersaron en todas direcciones a través de los campos, y dejaron su campamento como botín para el enemigo. Lo que los romanos encontraron que no fueron las propiedades de sus aliados, como había sido el caso en Álgido, sino las suyas, que se habían perdido en el saqueo de sus hogares. Por esta doble victoria, ganada en dos batallas por separado, el Senado decretó maliciosamente una acción de gracias a favor de los cónsules para el mismo día. El pueblo, sin embargo, sin recibir órdenes, fue al segundo día también en grandes multitudes a los templos, y esta no autorizada y espontánea acción de gracias se celebró con casi más entusiasmo que la primera.

Los cónsules se aproximaron de común acuerdo a la Ciudad durante esos dos días y convocaron una reunión del Senado en el Campo de Marte. Mientras estaban rindiendo su informe sobre la dirección de las campañas, los líderes del Senado protestaron por celebrar esta sesión en medio de las tropas a fin de intimidarlos. Para no dar motivo a esta acusación, los cónsules de inmediato citaron el Senado en los Prados Flaminios, donde ahora está el templo de Apolo (luego llamado el Apolinar). El Senado por una gran mayoría se negó a conceder a los cónsules el honor de un triunfo, con lo cual Lucio Icilius, como tribuno de la plebe, llevó la cuestión ante el pueblo. Muchos se acercaron para oponerse, en particular Cayo Claudio, que exclamó en un tono exaltado que los cónsules no querían celebrar su triunfo sobre los enemigos, sino sobre el Senado. Se exigía como acto de gratitud por un servicio privado prestado a un tribuno y no en honor al mérito. Nunca antes había sido ordenado un triunfo por el pueblo, siempre había residido en el Senado la decisión de concederlo o no; ni siquiera los reyes habían infringido la prerrogativa del primer orden del Estado. Los tribunos no debían hacer que su poder prevaleciese sobre todas las cosas hasta hacer imposible la existencia de un Consejo de Estado. El Estado sólo será libre, las leyes ecuánimes, a condición de que cada orden conserve sus propios derechos, su propio poder y su dignidad. En el mismo sentido hablaron muchos de los miembros principales del Senado, pero las tribus aprobaron por unanimidad la propuesta. Esa fue la primera vez en que se celebró un triunfo por orden del pueblo, sin la autorización del Senado.

[3,64] Esta victoria de los tribunos y de la plebe casi produjo un peligroso abuso de poder. Se produjo un acuerdo secreto entre los tribunos para ser reelegidos, y para evitar que su ambición fuese demasiado evidente, aseguraron también la continuación de los cónsules en su magistratura. Alegaron, como justificación, el acuerdo del Senado para socavar los derechos de la plebe mediante el desaire que habían hecho a los cónsules. *¿Qué pasaría si,* argumentaron, *antes de que las leyes hubieran adquirido firmeza, los patricios atacasen a los nuevos tribunos a través de cónsules de su propia facción? Pues los cónsules no siempre serían hombres como Valerio y Horacio, que subordinaban sus propios intereses a la libertad de la plebe*. Por una feliz casualidad le tocó en suerte a Marco Duilio presidir las elecciones. Era un hombre sagaz, y previó la deshonra en que se incurriría de seguir en el cargo los actuales magistrados. Al manifestar con no aceptaría votos para los antiguos tribunos, sus colegas insistieron que debía dejar que las tribus votasen a quien quisieran o ceder el control de la votación a sus colegas, quienes la dirigirían conforme a la ley y no conforme

a la voluntad de los patricios. Como se había planteado una disyuntiva, Duilio mandó preguntar a los cónsules qué pensaban hacer con respecto a las elecciones consulares. Ellos respondieron que elegirían nuevos cónsules. Habiendo así ganado adeptos entre el pueblo para una medida en absoluto popular, fue en su compañía a la Asamblea. Aquí los cónsules fueron puestos frente al pueblo y se les sometió la cuestión: *Si el pueblo romano, al recordar cómo recuperasteis su libertad para él en casa, recordando también vuestros servicios y logros en la guerra, os hiciera cónsules por segunda vez, ¿qué pensáis hacer?* Declararon su resolución sin cambiar de opinión, y Duilio, aplaudiendo a los cónsules por mantener su actitud hasta el final, a diferencia de los decenviros, procedió a celebrar la elección. Sólo fueron elegidos cinco tribunos, pues debido a los evidentes esfuerzos de los nueve tribunos para controlar el escrutinio, los demás candidatos no pudieron obtener la mayoría necesaria de votos. Disolvió la Asamblea y no celebró una segunda elección, en base a que había satisfecho los requisitos de la ley, que en ninguna parte fijaba el número de tribunos y que sólo decía que la magistratura de tribuno no podía quedar vacante. Ordenó a los que habían sido elegidos que nombrasen a sus colegas y recitó la fórmula que regía el caso y es como sigue: *Si os requiero para que elijáis diez tribunos de la plebe; si en este día habéis elegido menos de diez, entonces aquellos que escojáis serán legalmente tribunos de la plebe por la misma ley, de igual modo que aquellos a quienes habéis elegido hoy tribunos de la plebe*. Duilio insistió en afirmar hasta el final que la república no podía tener quince tribunos, y renunció a su magistratura tras haberse ganado la buena voluntad de los patricios y de los plebeyos por igual, al frustrar los ambiciosos designios de sus colegas.

[3.65] Los nuevos tribunos de la plebe consideraron los deseos del Senado al elegir a sus colegas; incluso admitieron a dos patricios de rango consular, Espurio Tarpeyo y Aulo Eternio. Los nuevos cónsules fueron Espurio Herminio y Tito Verginio Celiomontano *(448 a.C.),* que no eran partidarios violentos de patricios ni de plebeyos. Mantuvieron la paz tanto en casa como en el extranjero. Lucio Trebonio, un tribuno de la plebe, estaba enojado con el Senado porque, como él decía, había sido engañado por ellos en la cooptación de los tribunos, y dejado en la estacada por sus colegas. Presentó una propuesta para que cuando fueran a elegir tribunos de la plebe, el magistrado presidente debía mantener la celebración de elecciones hasta que se hubieran elegido diez tribunos. Pasó sus años de mandato inquietando a los patricios, lo que hizo que recibiera el apodo de *Asper* (es decir, *cascarrabias*). Los siguientes cónsules fueron Marco Geganio Macerino y Cayo Julio *(447 a.C.).* Aplacaron las querellas que habían estallado entre los tribunos y los jóvenes nobles, sin interferir con los poderes de los primeros ni comprometer la dignidad de los patricios. El Senado había decretado un alistamiento para servir contra los volscos y los ecuos, pero dejaron en paz a la plebe sin llevarlo a efecto diciendo públicamente que cuando la Ciudad estaba en paz, todo en el exterior se mantenía tranquilo; por el contrario, la discordia civil envalentonaba al enemigo. Su preocupación por la paz trajo la armonía en el hogar. Pero un orden estaba siempre inquieto cuando el otro mostraba moderación. Si bien la plebe permanecía tranquila, empezó a ser objeto de actos de violencia por parte de los jóvenes patricios. Los tribunos trataron de proteger al lado más débil, pero lograron poco al principio, y pronto ni ellos se libraron de los malos tratos, especialmente en los últimos meses de su año de mandato. Los acuerdos secretos de la parte más fuerte dieron como resultado la anarquía, y el ejercicio de la autoridad tribunicia fue más débil hacia final del año. Todas las esperanzas de los plebeyos pudieran tener en sus tribunos dependían de tener hombres como Icilio; durante los dos últimos años sólo habían tenido nombres. Por otra parte, los patricios mayores se daban cuenta de que sus miembros más jóvenes eran demasiado agresivos, pero si tenían que cometerse excesos preferían que lo hicieran los de su propio bando en vez del de sus oponentes. Tan difícil es observar moderación en defensa de la libertad, mientras cada hombre en presencia de la igualdad se levanta solamente para mantener a los demás bajo él, y por precaverse en exceso contra el miedo se hacen temibles, y al devolver las ofensas que se nos hacen las hacemos a los demás; de modo que no había alternativa entre hacer el mal y sufrirlo.

[3.66] Tito Quincio Capitolino y Agripa Furio fueron los siguientes cónsules elegidos, el primero por cuarta vez *(446 a.C.).* No se encontraron, al tomar posesión del cargo, disturbios en casa ni guerra en el extranjero, aunque ambos conflictos amenazaban. Ya no se podían controlar las disensiones de los ciudadanos, pues tanto los tribunos como la plebe estaban exasperados contra los patricios debido a que la Asamblea se veía constantemente alterada con nuevos altercados siempre que se procesaba a algún noble. Al primer signo de disturbios, los ecuos y volscos, como si se hubiese dado una señal, se levantaron en armas. Sobre todo sus dirigentes, ávidos de botín, se convencieron de que había sido imposible efectuar el alistamiento ordenado hacía ya dos años, porque la plebe rehusó obedecer y por esto no se envió ningún ejército contra ellos; la disciplina militar se había quebrado por la insubordinación; Roma ya no era considerada la patria común; toda su ira contra los enemigos extranjeros la volvían el uno contra el otro. Ahora era la oportunidad para destruir a esos lobos cegados por la locura del odio mutuo. Con sus fuerzas unidas, en primer lugar asolaron totalmente el territorio latino; luego, al no encontrar a nadie que controlase sus depredaciones, llegaron de hecho hasta las murallas de Roma, con gran alegría de los que habían fomentado la guerra. Extendiendo sus estragos en dirección a la puerta del Esquilino, saquearon y acosaron a la vista de la Ciudad. Después que se hubieron marchado tranquilamente con su botín a Corbión, el cónsul Quincio convocó al pueblo a una Asamblea.

[3,67] He visto que él habló allí de la siguiente manera: *Aunque, Quirites, mi propia conciencia está limpia, vengo sin embargo ante vosotros con los más profundos sentimientos de vergüenza. ¡Que se sepa (pues será transmitido a la posteridad) que los ecuos y los volscos, que últimamente no fueron rival para los hérnicos, llegaron armados e impunes, en el cuarto consulado de Tito Quincio, hasta las murallas de Roma! De haber yo sabido que esta desgracia estaba reservada para este año, entre todos los demás, aunque hubiéramos estado comportándonos de este modo y los asuntos públicos fuesen de tal índole que no pudiera yo augurar nada bueno, habría yo evitado mediante el exilio o la muerte, de no tener otro medio, el honor de un consulado. Porque entonces, si aquellas armas hubieran estado en manos de hombres dignos de ese nombre, ¡Roma habría sido tomada mientras yo era cónsul! He tenido suficientes honores; suficiente y más que bastante tiempo de vida, ¡yo debería haber muerto en mi tercer consulado! ¿Por quién sentían más desprecio aquellos enemigos negligentes?, ¿por nosotros, los cónsules, o por vosotros, Quirites? Si es culpa nuestra, deponednos de una magistratura que no somos dignos de ostentar y, si no fuese bastante, castigadnos. Si la culpa es vuestra, puede que no haya nadie, hombre o dios, que castigue vuestros pecados; ¡Sólo vosotros os podéis arrepentir de ellos! No fue vuestra cobardía lo que provocó su desprecio, ni su valor lo que les dio confianza; han sido tantas veces derrotados, puestos en fuga, expulsados de sus fortificaciones, privados de su territorio o pasados bajo el yugo, como para que no lo sepan tan bien como vosotros. Son las disputas entre los dos órdenes, las querellas entre patricios y plebeyos lo que envenena la vida de esta Ciudad. Mientras nuestro poder no tenga límites, mientras vuestra libertad no conozca restricción, mientras no aguantéis a los patricios ni nosotros a los magistrados plebeyos, durante todo ese tiempo aumentará el coraje de nuestros enemigos. ¿Qué queréis, en nombre del Cielo? Resolvisteis de corazón tener tribunos de la plebe; cedimos, en aras de la paz. Anhelabais decenviros, y consentimos en su nombramiento; se hartaron completamente de ellos, y les obligamos a renunciar. Vuestro odio les persiguió hasta su vida privada; para contentaros permitimos que los más nobles y distinguidos de nuestra clase sufriesen la muerte o marchasen al exilio. Quisisteis volver a nombrar tribunos de la plebe; los habéis nombrado. Aunque vimos lo injusto que era para los patricios que hombres dedicados a vuestros intereses fueran elegidos cónsules, hemos contemplado incluso cómo se concedían privilegios patricios por el favor de la plebe. La autoridad protectora de los tribunos, el derecho de apelación del pueblo, las resoluciones de la plebe que obligan a los patricios, la supresión de nuestros derechos y privilegios con el pretexto de hacer las leyes iguales para todos; a todas esas*

cosas nos hemos sometido y nos sometemos. ¿Cuándo se acabarán estas discordias? ¿Cuándo podremos tener una Ciudad unida, una patria común? Nosotros, que hemos perdido, mostramos más calma y serenidad de carácter que vosotros, que habéis ganado. ¿No es suficiente que nos hayan hecho temerles? Fue en contra nuestra que tomaron el Aventino, contra nosotros ocuparon el Monte Sacro. Cuando el Esquilino era todo lo que quedaba por capturar y los volscos trataban de escalar la muralla, nadie les desalojó. Contra nosotros os mostráis hombres; contra nosotros tomáis las armas.

[3,68] *Pues bien entonces, ahora que habéis sitiado la Curia, y tratado al Foro como territorio enemigo, y llenado la prisión con nuestros hombres más insignes, mostrad el mismo valor haciendo una salida por la puerta Esquilina; o si ni siquiera tenéis valor para esto, subid a las murallas y mirad vuestras tierras devastadas desgraciadamente a fuego y espada, el botín saqueado y el humo elevándose por doquier desde vuestras casas ardiendo. Pero se me dirá que son los intereses generales los perjudicados por esto; la tierra quemada, la Ciudad sitiada, la gloria de la guerra con el enemigo. ¡Santo cielo! ¿En qué estado están vuestros propios intereses particulares? Dentro de poco os dirán las pérdidas sufridas en vuestros campos. ¿Qué tenéis en vuestros hogares para compensar el daño? ¿Os devolverán y repondrán los tribunos cuanto habéis perdido? Os darán muchas palabras y discursos y acusaciones contra los líderes, y ley tras ley y convocatorias a las Asambleas. Pero de esas reuniones ni uno de vosotros volverá más rico a su casa. ¿Quién ha llevado a su mujer e hijos algo que no sea resentimiento y odio, lucha partidista y querellas personales de las que tenéis que protegeros, no por vuestro propio valor e intenciones honestas, sino con la ayuda de los demás? Pero dejadme decíroslo: cuando luchabais bajo nosotros, los cónsules, no bajo los tribunos, en el campo de batalla y no en el Foro, cuando vuestro grito de guerra atemorizaba al enemigo y no a los patricios de Roma en la Asamblea, entonces obteníais botín, arrebatabais territorios al enemigo y volvíais a vuestras casas y vuestros penates triunfantes, cargados de riquezas y cubiertos de gloria para el Estado y para vosotros mismos. Ahora dejáis que el enemigo se aleje cargado con vuestros bienes. ¡Venga!, acudid a vuestras reuniones en la Asamblea, pasad la vida en el Foro, aunque os perseguirá la necesidad, de la que huís, de recuperar vuestras tierras. Era demasiado para vosotros marchar contra los ecuos y volscos; ahora la guerra está a vuestras puertas. Si no se les rechaza, entrarán dentro de las murallas, escalarán la Ciudadela y el Capitolio y seguirán hasta vuestros hogares. Han pasado dos años desde que el Senado ordenó un alistamiento y que el ejército marchase al Álgido; aún estamos sentados en casa sin hacer nada, discutiendo unos con otros como un grupo de mujeres, encantados con la paz momentánea y cerrando los ojos al hecho de que pronto habremos de pagar muchas veces por nuestra inacción ante la guerra.*

Sé que hay otras cosas más agradables de las que hablar que éstas, pero la necesidad me obliga, aunque el sentido del deber no lo hiciera, a deciros lo que es verdad en vez de lo que es agradable. Mucho me gustaría, Quirites, complaceros; pero me gustaría mucho más veros a salvo, pese a lo que podáis sentir luego hacia mí. La naturaleza ha dispuesto las cosas de manera que el hombre que se dirige a la multitud con lo que ésta quiere es mucho más popular que quien no piensa más que en el bien general. Puede que creáis que es en vuestro interés por lo que esos demagogos halagan a la plebe y no os dejan vivir en paz ni tomar las armas, os excitan e inquietan. Sólo lo hacen para ganar notoriedad o en su beneficio, y como ven que cuando los dos órdenes están en armonía ellos no son nadie, desean más liderar una mala causa que no ninguna y provocar disturbios y sediciones. Si hay alguna posibilidad de que estéis, por fin, cansados de este estado de cosas; si estáis dispuestos a recuperar el carácter que marcó a vuestros padres y a vosotros mismos tiempo atrás, en vez de estas nuevas costumbres, entonces no habrá castigo al que no me someta si en pocos días no pongo en desordenada fuga a esos destructores de nuestros campos y llevo de nuestras puertas y murallas a las suyas esta guerra terrible que ahora os espanta.

[3,69] Nunca fue el discurso de un tribuno de la plebe tan favorablemente recibido por los plebeyos como lo fue el de este severo cónsul. Los hombres en edad militar, que en similares emergencias habían hecho del rechazo a alistarse el arma más efectiva contra el Senado, volvieron ahora su atención a las armas y a la guerra. Los fugitivos de los distritos rurales, los que habían sido heridos y sufrido el saqueo en el campo, informaban del más terrible estado de cosas más allá de lo que se veía desde las murallas y llenaban a toda la Ciudad con sed de venganza. Cuando el Senado se reunió, todos los ojos miraban a Quincio como al único que podía defender la majestad de Roma. Los líderes de la Cámara declararon en sus discursos que era digno del cargo que ocupaba como cónsul, digno de los muchos consulados que había desempeñado, digno de toda su vida, rica como había sido en honores, muchos ya disfrutados y muchos más que merecía. Otros cónsules, dijeron, habían halagado a la plebe traicionando la autoridad y privilegios de los patricios o, al insistir demasiado severamente en los derechos de su orden, incrementando la oposición de las masas; Tito Quincio, en su discurso, había mantenido visible la autoridad del Senado, la concordia de ambos órdenes y, sobre todo, las circunstancias del momento. Se pidió a él y a su colega que se hicieran cargo de la dirección de los asuntos públicos, e hicieron un llamamiento a los tribunos para que fuesen uno con los cónsules en su deseo de ver alejarse la guerra de las murallas de la Ciudad y que indujesen a la plebe, en una crisis tal, a ceder a la autoridad del Senado. La patria común, proclamaron, estaba llamando a los tribunos e implorando su ayuda ahora, cuando sus campos estaban siendo arrasados y la Ciudad asediada.

Por consenso universal se decretó un alistamiento y se llevó a cabo. Los cónsules dieron aviso público de que no había tiempo para investigar reclamaciones de exención, y que todos los hombres obligados a servir se presentarían al día siguiente en el Campo de Marte. Cuando terminase la guerra darían ocasión a investigar los casos de quienes no se hubiesen alistado, y a los que no demostrasen tener justificación se les consideraría desertores. Todos los que estaban obligados a servir se presentaron al día siguiente. Cada cohorte escogió a sus propios centuriones y se puso a dos senadores al mando de cada cohorte. Entendemos que estas disposiciones se llevaron a cabo con tanta rapidez que los estandartes, que se recogieron en el Tesoro y fueron llevados por los cuestores al Campo de Marte por la mañana, abandonaron el Campo a la hora cuarta del mismo día, y el ejército recién alistado se detuvo en la décima piedra miliar, seguido por unas cuantas cohortes de veteranos como voluntarios. El día siguiente los llevó a la vista del enemigo y establecieron su campamento cerca del de los enemigos, en Corbión. Los romanos estaban encendidos de ira y rencor; el enemigo, consciente de su culpa después de tantas revueltas, perdió la esperanza de perdón. No habría, por tanto, retraso en afrontar el asunto.

[3.70] En el ejército romano, los dos cónsules tenían la misma autoridad. Agripa, sin embargo, renunció voluntariamente el mando supremo a favor de su colega (una decisión muy beneficiosa cuando se trataba de asuntos de gran importancia) y éste, así promovido por la generosa renuncia de su colega, respondió cortésmente haciéndole partícipe de sus planes y tratándole en todos los sentidos como a un igual. Cuando formaban en orden de batalla, Quincio mandaba del ala derecha y Agripa la izquierda. El centro se asignó al legado Espurio Postumio Albo, al mando de medio ejército; el otro legado, Publio Sulpicio, fue puesto al mando de la caballería. La infantería en el ala derecha luchó espléndidamente, pero tropezó con fuerte resistencia en el lado de los volscos. Publio Sulpicio con su caballería rompió el centro del enemigo. Podría haber regresado al cuerpo principal antes de que el enemigo rehiciese sus quebradas filas pero decidió atacarles por la retaguardia, y los hubiera dispersado en un momento, atacados como habrían estado por el frente y la retaguardia, si la caballería de los ecuos y volscos, adoptando la misma táctica, no les hubiese interceptado y mantenidos ocupados. Le gritó a sus hombres que no había tiempo que perder, que les rodearían y aislarían de su fuerza principal si no hacían todo lo posible para dar fin al combate de caballería; no era suficiente ponerlos en fuga, debían conseguir que ni hombres ni bestias pudieran regresar luego

al campo de batalla para reanudar el combate. No pudieron resistir ante aquellos a quienes no pudo detener una línea de infantería.

Sus palabras no cayeron en oídos sordos. Con un choque derrotaron a toda la caballería, desmontando a muchos y dieron muerte con sus lanzas tanto a jinetes como a caballos. Ese fue el final del combate de las caballerías. A continuación atacaron a la infantería por la retaguardia, y cuando su línea empezó a oscilar enviaron un informe a los cónsules de lo que habían efectuado. Las noticias dieron nuevos ánimos a los romanos, que ahora estaban ganando, y desanimaron a los ecuos en retirada. Su derrota se inició en el centro, donde la carga de la caballería les había desordenado. Después comenzó el rechazo de su ala izquierda por parte del cónsul Quincio. El ala derecha dio más problemas. Aquí, Agripa, cuya edad fuerza le hacían temerario, viendo que las cosas marchaban mejor en el resto de secciones de la batalla que en la suya, quitó los estandartes a los portaestandartes y avanzó él mismo con ellos, lanzando incluso alguno de ellos entre las masas del enemigo. Enardecidos por el miedo y temor a perderlos, sus hombres lanzaron una nueva carga contra el enemigo, y así por todas partes fueron los romanos igualmente victoriosos. En ese momento llegó un mensaje de Quincio, diciendo que había salido victorioso y que ahora amenazaba el campamento enemigo, pero que no lo atacaría hasta saber que la lucha en el ala izquierda se había decidido. Si Agripa había derrotado al enemigo se reuniría con él, de modo que todo el ejército unido pudiera hacerse con el botín. El victorioso Agripa, en medio de las felicitaciones mutuas, se dirigió donde estaba su colega y el campamento enemigo. Los pocos defensores fueron derrotados en un momento y el atrincheramiento forzado sin resistencia alguna. El ejército se marchó de vuelta a su propio campamento después de conseguir un inmenso botín y recuperar sus propios bienes, que habían perdido en el saqueo de sus tierras. No puedo encontrar escrito ni que los cónsules solicitasen un triunfo ni que el Senado se lo concediese; ni si dejaron de pedir tal honor porque suponían que no se lo darían o que no se lo dieran porque no lo solicitaron. Hasta donde yo puedo suponer después de tanto tiempo, la razón parece que sería que como el Senado rechazó conceder el triunfo a los cónsules Valerio y Horacio, quienes aparte de vencer a volscos y ecuos habían dado término a la Guerra Sabina, los cónsules actuales tuvieron vergüenza de pedir un triunfo por conseguir sólo la mitad, como mucho, no fuese que si lo obtenían pareciera que se apreciaba más a los hombres que a sus servicios.

[3,71] Esta honorable victoria obtenida sobre un enemigo de honor fue manchada por una vergonzosa decisión del pueblo respecto al territorio de sus aliados. Los habitantes de Aricia y Ardea habían ido con frecuencia a la guerra a causa de algunas tierras en disputa; cansados finalmente de sus muchas y recíprocas derrotas, recurrieron al arbitrio de Roma. Los magistrados convocaron una Asamblea para tratar el asunto, y cuando llegaron para exponer sus posiciones debatieron largamente. Cuando terminaron de alegar y llegó el momento de que las tribus fuesen llamadas a votar, Publio Escapcio, un plebeyo de edad, se levantó y dijo: *Cónsules, si se me permite hablar en asuntos de alta política, no dejaré que la plebe yerre en este asunto*. Los cónsules le negaron una audiencia, por ser un hombre de ningún crédito, y cuando exclamó en voz alta que la república estaba siendo traicionada le ordenaron retirarse. Él apeló a los tribunos. Los tribunos, que casi siempre estaban gobernados por la multitud en vez de gobernarla, al considerar que la plebe estaba ansiosa de oírle, autorizaron a Escapcio a decir lo que quisiese. Así que empezó diciendo que él estaba ahora en su octogésimo tercer año y había prestado servicio en ese territorio que estaba en litigio, no como un hombre joven sino como un veterano con veinte años de antigüedad, cuando la guerra contra Corioli. Por lo tanto, él consideraba un hecho, olvidado por el transcurso del tiempo pero profundamente impreso en su propia memoria, que el territorio en disputa formaba parte del de Corioli y, al ser tomada esa ciudad, pasó por derecho de guerra a ser parte del dominio público de Roma. Los ardeatinos y aricios nunca lo habían reclamado mientras Corioli fue independiente, y él se preguntaba cómo podían esperar tomárselo al pueblo de Roma, a quien acudían como árbitros en vez de como propietarios. No le quedaba mucho tiempo de vida, pero no podía, viejo como era,

resignarse a dejar de usar su única arma, su voz, para asegurar el derecho sobre ese territorio que había ganado como soldado. Recomendaba encarecidamente al pueblo que no se pronunciase, por una falsa sensación de delicadeza, contra una causa que en realidad era la suya propia.

[3,72] Cuando los cónsules vieron que Escapcio era escuchado no sólo en silencio, sino incluso con aprobación, pusieron a los dioses a los hombres como testigos de que se iba a cometer una monstruosa injusticia y mandaron a buscar a los notables del Senado. Acompañados por ellos se fueron hacia las tribus y les imploraron que no cometiesen el peor de los crímenes y estableciesen un precedente aún más pésimo al pervertir la justicia en su propio beneficio. Incluso suponiendo que fuera admisible que un juez mirase por su propio interés, podían estar seguros de que nunca ganarían tanto apropiándose del territorio en disputa como perderían al enajenarse los sentimientos de sus aliados por su injusticia. El daño hecho a su buen nombre y crédito sería incalculable. ¿Qué iban a decir los embajadores al volver a sus casas, qué iban a decir a todo el mundo, qué llegaría a oídos de amigos y enemigos? ¡Con cuánto dolor los escucharían los primeros y con cuánta alegría los últimos! ¿Suponían que las naciones vecinas harían responsable sólo a Escapcio, un orador senil? Para él podría ser una muestra de nobleza, pero al pueblo romano lo estamparía con el carácter del fraude y del engaño. ¿Pues qué juez se había nunca adjudicado a sí mismo la propiedad en litigio? Ni siquiera Escapcio lo haría, aunque ya hubiera perdido cualquier asomo de vergüenza. A pesar de estos severos llamamientos hechos por los cónsules y senadores, la codicia de Escapcio, su instigador, prevalecido. Las tribus, al ser llamadas a votar, decidieron que las tierras eran parte del dominio público de Roma. No se puede negar que el resultado habría sido el mismo si el caso se hubiera visto ante otros jueces; pero tal como fue, la desgracia vinculada a la sentencia no estaba en último grado aligerada por la justicia del caso, ni pareció más amarga y tiránica a los pueblos de Aricia y Ardea de lo que resultó al Senado romano. El resto del año fue tranquilo en casa y en el extranjero.

LIBRO IV. EL CRECIENTE PODER DE LA PLEBE

[4,1] Los cónsules que siguieron fueron Marco Genucio y Cayo Curcio *(445 a.C.).* El año resultó problemático, tanto en casa como en el extranjero. A comienzos del año, Cayo Canuleyo, un tribuno de la plebe, presentó una ley relativa al matrimonio entre patricios y plebeyos. Los patricios consideraban que su sangre se contaminaría y se desfigurarían los derechos de las gens. Entonces los tribunos empezaron a proclamar que un cónsul debía ser elegido de la plebe, y las cosas llegaron tan lejos que nueve tribunos presentaron una ley para que la plebe tuviese capacidad de elegir cónsules a quien quisiesen, tanto de entre los plebeyos como de entre los patricios. Los patricios creían que, si esto ocurría, el poder supremo no sólo sería degradado al ser compartido con lo más bajo del pueblo, sino que pasaría completamente de los hombres más importantes del Estado a manos de la plebe. El Senado no lamentó, por lo tanto, saber que Ardea se había rebelado como consecuencia de la injusta decisión sobre el territorio[39], que los Veyentinos habían devastado los distritos de la frontera romana, y que volscos y ecuos protestaban contra la fortificación de Verrugo; hasta tal punto preferían la guerra, aunque no se venciese, a una paz ignominiosa. Al recibir esos informes (que eran un tanto exagerados), el Senado trató de ahogar la voz de los tribunos en el fragor de tantas guerras, ordenando un alistamiento y que se hicieran los preparativos para la guerra con todo vigor, más aún, si fuera posible, que durante el consulado de Tito Quincio. Entonces Cayo Canuleyo se dirigió al Senado con un discurso breve y airado. Era, dijo, inútil que los cónsules esgrimieran las amenazas con la esperanza de distraer la atención de la plebe de las proposiciones de ley; mientras él viviese, nunca harían un alistamiento hasta que la plebe hubiese aprobado las medidas presentadas por él mismo y por sus colegas. En el acto convocó una Asamblea.

[4.2] Los cónsules empezaron a apremiar al Senado para tomar medidas contra los tribunos, y al mismo tiempo los tribunos provocaban agitación contra los cónsules. Los cónsules declararon que los procedimientos revolucionarios de los tribunos ya no serían tolerados, los asuntos habían llegado al punto de crisis y había una guerra en casa aún más amarga que la del extranjero. Esto no era tanto culpa de la plebe como del Senado, ni más de los tribunos que de los cónsules. Las cosas que más se desarrollan en un Estado son las que se alientan con recompensas; es así como los hombres vienen buenos ciudadanos en tiempos de paz y buenos soldados en tiempos de guerra. En Roma, se conseguían las mayores recompensas mediante las agitaciones sediciosas, éstas habían supuesto siempre honores a la gente, tanto individualmente como en conjunto. Los presentes deberían reflexionar sobre la grandeza y la dignidad del Senado, cómo la habían recibido de sus padres y considerar lo que iban a entregar a sus hijos, para que pudieran ser capaces de sentir orgullo al extender y hacer crecer su influencia, como la plebe se sentía orgullosa de las suyas. No había ninguna solución definitiva a la vista, ni la habría mientras a los agitadores se les honrase en proporción al éxito de su agitación. ¡Qué tremendas cuestiones había planteado Cayo Canuleyo! Abogaba por la confusión de las gens, manipulándolas con los auspicios, tanto los del Estado como los individuales, para que nada puro quedase, nada sin contaminación, y en la desaparición de las distinciones de rango nadie sabría distinguir a sus parientes. ¿Qué otro resultado tendrían los matrimonios mixtos, excepto hacer que las uniones entre patricios y plebeyos fuesen casi como la asociación promiscua de los animales? Los hijos de esos matrimonios no sabrían qué sangre corría por sus venas, qué ritos sagrados deberían oficiar; mitad patricios, mitad plebeyos, ni siquiera estaría en armonía consigo mismos. Y como si fuera un asunto sin importancia poner todas las cosas divinas y humanas en confusión, los perturbadores del pueblo se abalanzaban ahora sobre el consulado. En un primer momento, la cuestión de que uno de los cónsules fuera elegido por el pueblo se discutía sólo en conversaciones privadas, ahora se presentaba una moción dando poder al pueblo para elegir cónsules a quienes quisieran, patricios o plebeyos. Y no había sombra de duda de que elegirían a los más peligrosos revolucionarios de la plebe; Canuleyos e Icilios serían cónsules.

39 Ver libro 3,72 [N. del T.]

¡Ojalá que Júpiter Óptimo Máximo nunca permita que un poder tan verdaderamente real por su majestad caiga tan bajo! Preferirían morir mil muertes antes que sufrir la perpetración de tal ignominia. Si sus antepasados hubiesen adivinado que todas sus concesiones sólo servirían para hacer a la plebe más exigente, no más amistosa, pues su primer éxito sólo les había empujado a hacer más y más exigencias, era evidente que habrían antes resistido hasta el final que permitir que les obligasen con aquellas leyes. Al haberse hecho una vez una concesión en el asunto de los tribunos, se había hecho de nuevo; no había fin para ellas. Los tribunos de la plebe y el Senado no podían existir en el mismo Estado, esa magistratura o este orden (es decir, la nobleza) debían desaparecer. Debían oponerse a su insolencia y temeridad, y mejor tarde que nunca. ¿Se les iba a permitir con impunidad que indujeran a nuestros vecinos a la guerra al sembrar la semilla de la discordia e impedir así que el Estado se armase y defendiese contra quienes ellos habían despertado, y al fin convocado, al no permitir que se alistasen los ejércitos contra el enemigo? ¿Iba Canuleyo, en verdad, a tener la osadía de proclamar ante el Senado que hasta que no estuviesen dispuestos a aceptar sus condiciones, como las de un conquistador, impediría el alistamiento? ¿Qué otra cosa era aquello sino amenazar con traicionar a su país y permitir que fuera atacado y capturado? ¿¡Qué valor inspirarían sus palabras, no en la plebe romana, sino en los volscos, ecuos y Veyentinos!? ¿Qué no esperarían éstos, con Canuleyo como su líder, sino poder escalar el Capitolio y la Ciudadela, si los tribunos, después de despojar al Senado de sus derechos y su autoridad, le privaban también de su valor? Los cónsules estaban dispuestos dirigirles contra ciudadanos criminales antes que contra el enemigo en armas.

[4,3] En el momento mismo en que esto sucedía en el Senado, Canuleyo pronunció el siguiente discurso en defensa de sus leyes y en oposición a los cónsules: *Me imagino, Quirites, que a menudo he observado en el pasado cuán grandemente os despreciaban los patricios, cuánto les indignaba considerar que vivían en la misma Ciudad que ellos y dentro de las mismas murallas. Ahora, sin embargo, es perfectamente obvio, viendo con cuánta amargura se levantan para oponerse a nuestros proyectos de ley. ¿Porque, cuál es nuestro propósito al presentarlas, salvo recordarles que somos sus conciudadanos, y que aunque no tenemos el mismo poder, aún habitamos el mismo país? En una de estas leyes, exigimos el derecho a matrimonios mixtos, un derecho que normalmente se concede a vecinos y extranjeros (de hecho, les hemos concedido la ciudadanía, que es más que los matrimonios mixtos, incluso a un enemigo vencido); en otra no proponemos nada nuevo, simplemente pedimos que vuelva al pueblo lo que es del pueblo y reclamamos que el pueblo romano pueda otorgar sus honores a quien quiera. ¿Por qué motivo se debieran implicar los cielos y la tierra?, ¿por qué recientemente, en la Curia, fui yo objeto de violencia personal?, ¿por qué manifiestan que no estarán quietos y amenazan con atacar nuestra autoridad inviolable? ¿No pervivirá la Ciudad, acabará nuestro dominio si se permite votar libremente al pueblo romano y que confíe el consulado a quien quiera, si se impide a cualquier plebeyo tener la esperanza de alcanzar el más alto honor si lo merece? ¿Tiene la frase "Que ningún plebeyo sea cónsul" el mismo significado que "ningún esclavo o liberto sea cónsul"? ¿Alguna vez se dan cuenta del desprecio en que viven? Robarían si pudieran vuestra parte de luz diurna. Están indignados porque respiráis, habláis y tenéis la forma de hombres. ¡Y aún, si a los dioses place, dicen que sería un acto de impiedad que un plebeyo fuese nombrado cónsul! Aunque no se nos permite el acceso a los Fastos[40], o a los registros de los pontífices, os ruego que nos digáis si se nos permitirá saber lo que se permite saber a los extranjeros: que los cónsules han tomado el lugar de los reyes y que no poseen ningún derecho o privilegio que antes no hubiese correspondiendo a los reyes. ¿Supongo que nunca habéis oído decir que Numa Pompilio, que no sólo no era patricio sino ni siquiera ciudadano romano, fue llamado de la tierra de los sabinos y tras ser aceptado por el pueblo y confirmado por el Senado, reinó como rey de Roma? ¿O que,*

40 Calendario en que se anotaban las fechas de celebraciones, fiestas, juegos y los acontecimientos memorables. [N. del T.]

después de él, Lucio Tarquinio, que no sólo no pertenecía a ninguna gens romana sino ni siquiera a una italiana, siendo hijo de Demarato de Corinto, que se había asentado en Tarquinia, fue nombrado rey mientras los hijos de Anco estaban aún vivos? ¿O que, después de él, otra vez, Servio Tulio, el hijo ilegítimo de una esclava capturada en Cornículo, ganó la corona sólo por el mérito y la capacidad? ¿Tengo que mencionar al sabino Tito Tacio, con quien el propio Rómulo, el Padre de la Ciudad, compartió su trono? Mientras no se rechace a ninguna persona adornada de méritos notables, crecerá el poder de Roma. ¿Considerarán entonces con disgusto a un cónsul plebeyo, cuando nuestros antepasados no mostraron aversión a tener extranjeros como reyes? Ni siquiera después de la expulsión de los reyes se cerró la Ciudad al mérito extranjero. La gens Claudia, en todo caso, que emigró de entre los sabinos, fue recibida por nosotros no sólo a la ciudadanía, sino incluso entre las filas de los patricios. ¿Podrá ser patricio un hombre que era extranjero, y después cónsul, y a un ciudadano romano, si pertenece a la plebe, impedírsele toda esperanza al consulado? ¿Creemos que es imposible que un plebeyo sea valiente, enérgico y capaz, tanto en la paz como en la guerra?, ¿o si existe un hombre así le impediremos tomar el timón del Estado?, ¿hemos de tener, preferiblemente, cónsules como los decenviros, los más viles de los mortales (quienes, no obstante, eran todos patricios) en vez de hombres que recuerden a los mejores reyes, hombres nuevos como ellos?, quienes si hay un hombre, ¿no le permitiera tocar el timón del Estado, vamos a tener, de preferencia, como los cónsules decenviros, los más vil de los mortales -que, sin embargo, eran patricios- y no los hombres que se parecen a los mejores de los reyes, hombres nuevos si se tratara?

[4.4] *Pero, se me puede decir, ningún cónsul, desde la expulsión de los reyes, ha sido elegido entre la plebe. ¿Y qué, entonces? ¿No se ha de introducir ninguna novedad?, ¿y porque algo no se haya hecho aún (y en un nuevo pueblo hay muchas cosas que todavía no se han hecho), no se ha de hacer aún cuando sea algo favorable? En el reinado de Rómulo, no había pontífices, ni colegio de augures; fueron creados por Numa Pompilio. No había censos en el Estado, ni registro de clases y centurias, sino que fueron hechos por Servio Tulio. Nunca hubo cónsules; se crearon al expulsar a los reyes. No existía ni el poder ni el nombre de dictador; tuvo su origen en el Senado. No había tribunos de la plebe, ni ediles, ni cuestores; se decidió que debían crearse esas magistraturas. En los últimos diez años hemos designado decenviros a quienes encargamos poner por escrito las leyes, y luego suprimimos su magistratura. ¿Quién duda de que en una Ciudad fundada para siempre y sin límites a su crecimiento se han de nombrar nuevas autoridades, nuevos sacerdocios, modificaciones tanto en los derechos y privilegios de las gens como en los de los ciudadanos? ¿No hicieron esta prohibición de matrimonios mixtos entre patricios y plebeyos, que provoca tan serio daño a la república y tan gran injusticia a la plebe, los decenviros en estos últimos años? ¿Puede haber un mayor o más evidente signo de desgracia que una parte de la comunidad sea considerada indigna por la otra de celebrar matrimonios mixtos, como si estuviera contaminada? ¿Qué es esto sino sufrir el exilio y el destierro dentro de las propias murallas? Están vigilantes para no relacionarse con nosotros por afinidad o parentesco, para que nuestra sangre no se mezcle con la suya. ¿Por qué?, la mayoría sois descendientes de albanos y sabinos y esta nobleza vuestra no la tenéis por nacimiento o sangre sino por cooptación en las filas patricias, habiendo sido elegidos para tal honor tanto por los reyes o, tras su expulsión, por mandato del pueblo. Si vuestra nobleza es contaminada por la unión con nosotros, ¿no la podríais haber mantenido pura mediante normas privadas, o no buscando novias entre la plebe y no sufriendo que vuestras hermanas o hijas se casen fuera de vuestro orden? Ningún plebeyo violentará a una virgen patricia, son los patricios quienes se entregan a tales prácticas criminales. Ninguno de nosotros ha obligado a otro a casarse en contra de su voluntad. Pero, en realidad, que esto pueda prohibirse por ley y que el matrimonio entre patricios y plebeyos se imposibilite es, de hecho, insultante para la plebe. ¿Por qué no se unen para prohibir los matrimonios entre ricos y pobres? En todas partes y en todas las épocas ha habido el consenso de que una mujer podía casarse en cualquier casa con la que se le hubiera*

prometido, y que un hombre podía casarse con una mujer de cualquier casa con la que se le hubiera prometido; y si este acuerdo encadenáis con la más insolente de las leyes, con ella quebraréis la sociedad y dividiréis en dos al Estado. ¿Por qué no redactáis una ley para que ningún plebeyo pueda ser vecino de un patricio, o que pueda caminar por su mismo camino, o sentarse junto a él en un banquete o permanecer en el mismo Foro? Porque, de hecho, ¿qué diferencia hay en que un patricio se case con una mujer plebeya o en que un plebeyo se case con una patricia? ¿Qué derechos se vulneran, por favor? Por supuesto, los hijos siguen el padre. No hay nada que busquemos en los matrimonios mixtos con vosotros, excepto que ahora se cuente con nosotros entre los hombres y los ciudadanos; no hay nada que podáis hacer, a menos que dejéis de disfrutar tratando de ver cuánto nos podéis insultar y degradarnos.

[4,5] *En una palabra, ¿os pertenece a vosotros el poder supremo o al pueblo romano? ¿Supuso la expulsión de los reyes vuestra absoluta supremacía o la libertad e igualdad para todos? ¿Es correcto y apropiado que el pueblo romano promulgue una ley si así lo desea, o vais, siempre que se proponga algo, a ordenar un alistamiento como forma de castigo? ¿Voy a llamar a las tribus a votar y, tan pronto como empiece, vais los cónsules a convocar a los aptos para el servicio para que pronuncien el juramento militar y luego enviarlos fuera al campamento, amenazando por igual a la plebe y a los tribunos? ¿No habéis comprobado en dos ocasiones qué valen vuestras amenazas contra una plebe unida? Me pregunto si era por nuestro bien que os abstuvisteis de un conflicto abierto; ¿pudiera ser que no quisierais la lucha porque el partido más firme era también el más modesto? Tampoco habrá ningún conflicto ahora, Quirites; ellos siempre tantearán vuestro ánimo, pero nunca vuestra fuerza. Y así, cónsules, los plebeyos están listos para seguiros a esas guerras, sean reales o imaginarias, a condición de que al restaurar el derecho a los matrimonios mixtos por fin se una esta república, que puedan unirse con vosotros por lazos familiares, que la esperanza de alcanzar altas magistraturas se afirme para los hombres de capacidad y energía, que esté abierto para ellos el asociarse a vosotros compartiendo el gobierno, y (lo que es la esencia de la justa libertad) regir y obedecer cuando corresponda, en la sucesión anual de magistrados. Si alguno va a obstaculizar estas medidas, podéis hablar de guerras y exagerarlas con rumores, nadie dará su nombre, nadie tomará las armas, nadie va a luchar por amos dominadores con quienes no tienen derecho en la vida pública a igualdad y honores, ni en la vida privada a los matrimonios mixtos.*

[4,6] Después que los dos cónsules se hubieran presentado en la Asamblea, los discursos dieron lugar a un altercado personal. El tribuno preguntó por qué no era adecuado que un plebeyo fuese elegido cónsul. Los cónsules dieron una respuesta que, aunque tal vez resultase cierta, resultó desafortunada en vista de la controversia que se mantenía. Dijeron: *Debido a que un plebeyo no podía tomar los auspicios, y la razón por la que los decenviros pusieron fin a los matrimonios mixtos fue para impedir que los auspicios quedasen contaminados por la incertidumbre de la descendencia*. Esta respuesta exasperó amargamente a los plebeyos, pues creyeron que se les consideraba incompetentes para tomar los auspicios porque resultaban odiosos a los dioses inmortales. En la medida en que tenían en su tribuno al más enérgico líder y le apoyaban con la máxima determinación, la controversia terminó con la derrota de los patricios. Éstos consintieron con que se aprobase la ley del matrimonio mixto; principalmente porque creían que, con esto, o los tribunos abandonaban la demanda de cónsules plebeyos o, por lo menos, la pospondrían hasta después de la guerra, y que los plebeyos, contentos con lo que habían obtenido, se dispondrían a alistarse. Debido a su victoria sobre los patricios, Canuleyo era ahora inmensamente popular. Impulsados por su ejemplo, los demás tribunos lucharon con la mayor energía para garantizar la aprobación de su propuesta; y a pesar de que los rumores de guerra se hacían cada día más graves, ellos obstruían el alistamiento. Como ningún negocio podía ser tramitado en la Curia debido a la intervención de los tribunos, los cónsules celebraron los consejos con los notables en sus propias casas.

Era evidente que tendrían que ceder la victoria, fuese a sus enemigos extranjeros o a sus propios compatriotas. Valerio y Horacio fueron los únicos hombres de rango consular que no asistieron a estos consejos. Cayo Claudio estaba a favor de facultar a los cónsules para usar la fuerza armada contra los tribunos; los Quincios, Cincinatos y Capitolinos estaban en contra de herir o derramar la sangre de aquellos a los que en su tratado con la plebe habían consentido considerar inviolables. El resultado de sus deliberaciones fue que permitieron que los tribunos militares con poderes consulares fuesen elegidos tanto entre los patricios como entre los plebeyos; no se hizo ningún cambio en la elección de los cónsules. Este acuerdo satisfizo a los tribunos y a la plebe. Se notificó que se celebraría una Asamblea para la elección de tres tribunos con poderes consulares. No bien se hubo hecho este anuncio, cuando todos los que habían actuado o hablado fomentando la sedición, especialmente los que habían sido tribunos, se presentaron como candidatos y empezaron a moverse por el Foro en busca de votos. A los patricios, al principio, se disuadían de pretender la elección, pues al ver el estado de ánimo exasperado de los plebeyos consideraban que no tenían esperanzas, y estaban disgustados ante las perspectiva de tener que ocupan un cargo junto a aquellos hombres. Por último, bajo presión de sus líderes, para que no pareciese que se habían retirado de toda participación en el gobierno, consintieron en presentarse. El resultado de las elecciones demostró que cuando los hombres luchaban por la libertad y el derecho a desempeñar cargos, sus ánimos eran distintos de cuando ya había pasado la disputa y se podían formar un juicio imparcial. El pueblo estaba satisfecho ahora que se permitía votar a los plebeyos y no eligió a nadie sino a los patricios. ¿Cuándo en estos días se encontraría en un sólo individuo la moderación, la justicia y nobleza de espíritu que caracterizó entonces a todo el pueblo?

[4,7] En el tricentésimo décimo año después de la fundación de Roma *(444 a.C),* los tribunos militares con poderes consulares asumieron su cargo por primera vez. Sus nombres eran Aulo Sempronio Atratino, Lucio Atilio, y Tito Cecilio, y durante su permanencia en el cargo la concordia en casa aseguró la paz en el extranjero. Algunos autores omiten toda mención a la propuesta de elegir cónsules de entre la plebe, y afirman que la creación de tres tribunos militares investidos con la insignia y la autoridad de los cónsules se hizo necesaria por la incapacidad de los dos cónsules para hacer frente al mismo tiempo a la Guerra Veyentina además de la guerra con los ecuos y los volscos y la deserción de Ardea. La jurisdicción de esa magistratura no estaba aún, sin embargo, firmemente establecida, por lo que a consecuencia de la decisión de los augures dimitieron de su cargo después de tres meses, debido a alguna irregularidad en su elección. Cayo Curtius, que había presidido su elección, no había ocupado correctamente su posición para tomar los auspicios. Llegaron embajadores de Ardea para quejarse de la injusticia cometida contra ellos; prometieron que si se corregía mediante la restauración de su territorio, se regirían por el tratado y seguirían siendo buenos amigos de Roma. El Senado respondió que ellos no tenían poder para anular una sentencia del pueblo, no existía precedente o ley que lo permitiera y que la necesidad de preservar la armonía entre los dos órdenes lo hacía imposible. Si los Ardeatinos estaban dispuestos a esperar que llegase el momento oportuno y a dejar la reparación de sus agravios en manos del Senado, luego se felicitarían por su moderación y descubrirían que los senadores estaban tan ansiosos porque no se les hiciera ninguna injusticia como porque la que se hubiera hecho se reparase rápidamente. Los embajadores dijeron que trasladarían todo el asunto de nuevo ante su Senado, luego fueron cortésmente despedidos.

Como el Estado estaba ahora sin ningún magistrado curul, los patricios se reunieron y nombraron a un *interrex*. Debido a una disputa acerca de si debían elegirse cónsules o tribunos militares, el interregno duró varios días. El interrex y el Senado trataron de asegurar la elección de cónsules; la plebe y sus tribunos la de tribunos militares. Ganó el Senado, pues los plebeyos estaban seguros de conferir cualquiera de los honores a los patricios y se abstuvieron de protestas vanas; mientras, sus líderes preferían una elección en la cual no tuvieran que dar sus votos a alguien indigno de desempeñar la magistratura. Los tribunos, también, renunciaron a una infructuosa

protesta en beneficio de los líderes del Senado. Tito Quincio Barbado, el interrex, eligió como cónsules a Lucio Papirio Mugilano y a Lucio Sempronio Atratino *(444 a.C.).* Durante su consulado se renovó el tratado con Ardea. Esta es la única prueba de que fueron los cónsules de ese año, pues no se les encuentra en los antiguos anales ni en la lista oficial de magistrados. La razón, según yo creo, fue que al haber al comienzo del año tribunos militares, los nombres de los cónsules que les sustituyeron fueron omitidos, como si los tribunos hubieran seguido en ejercicio durante todo el año. Según Licinio Macer, sus nombres se encontraron en la copia del tratado con Ardea, así como en los Libros Linteos del templo de Moneta. A pesar de los síntomas alarmantes de disturbios entre las naciones vecinas, las cosas transcurrieron tranquilas, tanto en el extranjero como en casa.

[4,8] Tanto si hubo tribunos ese año como si fueron sustituidos por los cónsules, no hay duda de que al año siguiente *(443 a.C.)* los cónsules fueron Marco Geganio Macerino y Tito Quincio Capitolino; el primero fue cónsul por segunda vez, el último por quinta. Este año vio el comienzo de la censura, un cargo que, a partir de un comienzo modesto, llegó a ser de tal importancia que tenía la regulación de la conducta y la moral de Roma, el control del Senado y del orden ecuestre; la potestad para elevar y degradar también estaba en manos de estos magistrados; los derechos legales relativos a los lugares públicos y la propiedad privada, y los ingresos del pueblo romano, estaban bajo su control absoluto. Su origen se debió al hecho de que no se había celebrado un censo del pueblo durante muchos años, y ya no podía posponerse; pero los cónsules, con tantas guerras inminentes, no se sentían con plena libertad para afrontar la tarea. Se sugirió en el Senado que, como el asunto resultaría complicado y laborioso, no del todo adecuado para los cónsules, se necesitaba un magistrado especial que supervisara y custodiara las listas y tablas de registro y fijara la valoración de la propiedad y la situación de los ciudadanos a su discreción. Al no ser una propuesta de gran importancia, el Senado la aprobó gustosamente, ya que aumentaría el número de magistrados patricios del Estado, y yo creo que ellos preveían lo que realmente sucedió, que la influencia de quienes desempeñaran el cargo pronto aumentaría su autoridad y dignidad. Los tribunos, también, mirando más a la necesidad que ciertamente había de tal cargo que al prestigio de proporcionaría su administración, no se opusieron, para que no pareciese que se oponían hasta en los asuntos más pequeños. Los hombres más notables del Estado declinaron el honor, así que Papirio y Sempronio (sobre cuyos consulados hay dudas) fueron elegidos por el sufragio del pueblo para realizar el censo. Su elección para esta magistratura se hizo para recompensar el carácter incompleto de su consulado. Por las tareas que tenían que cumplir fueron llamados censores.

[4,9] Mientras esto ocurría en Roma, llegaron los embajadores de Ardea reclamando, en nombre de la antigua alianza y el tratado recientemente renovado, ayuda para su ciudad que había quedado casi destruida. No se les permitió, dijeron, disfrutar de la paz que en cumplimiento de la más sólida política habían mantenido con Roma, debido a conflictos internos. El origen y motivo de éstos se dice que fueron en parte unas luchas, que habían sido y serían más ruinosas para la mayoría de los Estados que las guerras exteriores o el hambre y la peste, o cualquiera de las otras cosas que se atribuyen a la ira de los dioses y que son los últimos males que un Estado pueda sufrir. Dos jóvenes cortejaban a una muchacha de origen plebeyo, célebre por su belleza. Uno de ellos, igual a la muchacha en nacimiento, era favorecido por sus tutores, que pertenecían a su misma clase; el otro, un joven noble cautivado únicamente por su belleza, era animado por la simpatía y buena voluntad de la nobleza. Este sentimiento incluso penetró parcialmente en la casa de la doncella, pues su madre, que deseaba para su hija un matrimonio tan alto como fuera posible, prefería al joven noble; mientras, los tutores, llevando su partidismo incluso hasta estos asuntos, trabajaban en favor del hombre de su propia clase. Como el asunto no se pudo resolver dentro de los muros de la casa, lo llevaron a juicio. Después de escuchar los razonamientos de la madre y de los tutores, los magistrados sentenciaron que se dispusiera el matrimonio de la muchacha de conformidad con los deseos de la madre. Pero fue más poderosa la violencia; pues lo tutores, tras arengar a cierto número

de sus partidarios en el Foro sobre la iniquidad de la sentencia, reunieron un grupo de hombres y se llevaron a la doncella de casa de su madre. Fueron recibidos por una tropa aún más decidida de nobles, reunidos para acompañar a su joven compañero, que estaba furioso por el ultraje. Estalló una lucha desesperada y los plebeyos llevaron la peor parte. Con un espíritu muy diferente al de la plebe romana, marcharon completamente armados fuera de la ciudad y se apoderaron de una colina desde la que atacaron las tierras de los nobles y las asolaron a fuego y espada. Una multitud de artesanos, que no habían tomado parte previamente en el conflicto, excitados por la esperanza del saqueo, se unió a ellos y se hicieron los preparativos para sitiar la ciudad. Todos los horrores de la guerra estaban presentes en la ciudad, como si se hubiera infectado con la locura de los dos jóvenes que buscaban con las nupcias mortales la ruina de su país. Ambas partes consideraron la necesidad de reforzar sus fuerzas; los nobles acudieron a los romanos para que ayudaran a su sitiada ciudad; la plebe indujo a los volscos para que se les unieran en el ataque a Ardea. La volscos, bajo la dirección de Cluilio, el ecuo, fueron los primeros en llegar y establecieron líneas de circunvalación alrededor de los murallas enemigas. Cuando las noticias de esto llegaron a Roma, el cónsul Marco Geganio partió en seguida con un ejército y situó su campamento a tres millas del enemigo, y como el día ya declinaba ordenó a sus hombres que descansaran. En la cuarta vigilia ordenó avanzar, y con tanta rapidez se efectuó y completó la orden, que al amanecer los volscos se vieron cercados por una circunvalación aún más fuerte que la que ellos habían realizado alrededor de la ciudad. En otra parte, el cónsul construyó un camino cubierto hasta la muralla de Ardea por la que sus amigos en la ciudad pudieran ir y venir.

[4.10] Hasta ese momento, el comandante volsco no había dispuesto reservas de provisiones, pues había podido alimentar a su ejército con el grano que llevaban cada día desde los campos vecinos. Ahora, sin embargo, al verse de pronto encerrado por las líneas romanas, se encontró desprovisto de todo. Invitó al cónsul a una conferencia, y le dijo que si el motivo por el que habían venido los romanos era levantar el sitio, él retiraría a los volscos. El cónsul respondió que correspondía a la parte derrotada someterse a las condiciones, no imponerlas, y que como los volscos habían venido por su propia voluntad a atacar a los aliados de Roma, no se marcharían en los mismos términos. Les exigió deponer sus armas, entregar a su general y reconocer su derrota poniéndose a sus órdenes; de lo contrario, tanto se quedasen como se marchasen, él se mostraría como un enemigo implacable pues antes quería llevar a Roma una victoria sobre ellos que no una paz fingida. La única esperanza de los volscos estaba en sus armas, y aunque no eran muchas, se arriesgaron. El terreno les era desfavorable para luchar, y más aún para huir. Como eran masacrados por todas partes, pidieron cuartel, pero sólo se les permitió salir después que su general se hubo rendido, hubieron entregado las armas y se pusieron bajo el yugo. Apesadumbrados por la desgracia y el desastre, se marcharon cubiertos con una sola prenda cada uno. Se detuvieron cerca de la ciudad de Túsculo, y debido a un viejo rencor que esa ciudad guardaba contra ellos, les atacaron por sorpresa, e indefensos como estaban, sufrieron un severo castigo, dejando unos pocos para llevar noticia de la catástrofe. El cónsul resolvió los problemas en Ardea decapitando a los cabecillas de los desórdenes y confiscando sus bienes en beneficio del tesoro de la ciudad. Los ciudadanos consideraban que la injusticia de la reciente decisión[41] quedó compensada por el gran servicio que Roma les había prestado, pero el Senado pensada que aún se debía hacer algo para borrar el recuerdo de la avaricia pública. El cónsul Quincio logró la difícil tarea de rivalizar en su administración civil con la gloria militar de su colega. Mostró tanto cuidado en mantener la paz y la concordia administrando justicia equitativamente a los más altos y a los más bajos, que mientras el Senado le consideraba un cónsul severo, los plebeyos lo tenían por uno indulgente. Se mantuvo firme contra los tribunos más por su autoridad personal que con hechos concretos. Cinco consulados marcados por el mismo tenor de conducta, toda una vida vivida de una manera digna de un cónsul, investido el hombre mismo con casi más reverencia que el cargo que ocupaba. Mientras

41 Ver libro 3,72. [N. del T.]

estos dos hombres fueron cónsules no se habló de tribunos militares.

[4.11] Los nuevos cónsules fueron Marco Fabio Vibulano y Postumio Ebucio Cornicine *(442 a.C.).* El año anterior fue considerado por los pueblos vecinos, fueran amistosos u hostiles, como el más memorable debido a la dificultad de los problemas asumidos para ayudar a Ardea en su peligro. Los nuevos cónsules, conscientes de que sucedían a hombres que se habían distinguido tanto en casa como en el exterior, estaban ansiosos por borrar de la mente de los hombres la infame sentencia. En consecuencia, obtuvieron un decreto senatorial ordenando que como la población de Ardea había sido gravemente reducida por los disturbios internos, un cuerpo de colonos se enviaría allí como protección contra los volscos. Este fue el motivo alegado en el texto del decreto, para ocultar su intención de anular la sentencia sin que sospechase la plebe y los tribunos. Habían acordado privadamente, no obstante, que la mayoría de los colonos serían rutulianos, que no se les daría otras tierras que las que se habían apropiado bajo la sentencia infame, y que ni un terrón se asignaría a un romano hasta que todos los rutulianos hubieran recibido su lote. Así volvió la tierra a los ardeatinos. Agripa Menenio, Tito Cluilio Sículo y Marco Ebucios Helva fueron los triunviros designados para supervisar el asentamiento de la colonia. Su cargo resultó no sólo muy impopular, sino que ofendió mucho a la plebe al repartir a los aliados tierras que la plebe había declarado oficialmente de su propiedad. Ni siquiera contaron con el favor de los líderes de los patricios, porque rehusaron dejarse influir por ellos. Los tribunos les encausaron, pero evitaron las actuaciones vejatorias al inscribirse a sí mismos entre los colonos y permaneciendo en la colonia que ahora poseían como testimonio de su justicia e integridad.

[4.12] Hubo paz en el extranjero y en el hogar durante este año y el año siguiente, cuando Cayo Furio Pacilo y Marco Papirio Craso fueron cónsules *(441 a.C.).* Los Juegos Sagrados, que de acuerdo con un decreto senatorial habían sido dedicados por los decenviros con ocasión de la secesión de la plebe, se celebraron ese año. Petilio, que volvió a plantear la cuestión de la división del territorio, fue nombrado tribuno. Hizo esfuerzos infructuosos para provocar una sedición, y fue incapaz de prevalecer sobre los cónsules para llevar la cuestión ante el Senado. Después de gran lucha logró que el Senado debiera ser consultado tanto para las siguientes elecciones de cónsules como de tribunos consulares. Ordenaron que se eligieran cónsules. Se rieron de las amenazas del tribuno cuando amenazó con obstruir el alistamiento en un momento en que los estados vecinos estaban en paz y no había necesidad de guerra ni de prepararse para ella. Próculo Geganio Macerino y Lucio Menenio Lanato fueron los cónsules para *el año (440 a.C.)* que siguió a este estado de tranquilidad; un año notable por los múltiples desastres y peligros, sediciones, hambre y riesgo inminente de que el pueblo fuese sobornado e inclinase su cuello ante un poder despótico. Sólo faltaba una guerra extranjera. Si ésta hubiera ocurrido, para agravar el malestar universal, no habría sido posible resistir aún con la ayuda de todos los dioses.

Las desgracias empezaron con una hambruna, debida según unos a que el año no había sido favorable para los cultivos, o a que los cultivos habían sido abandonados por la atracción de los asuntos políticos y la vida en la Ciudad; ambos motivos fueron aducidos. El Senado culpó a la pereza de la plebe, los tribunos acusaban a los cónsules unas veces de falta de honradez y otras de negligencia. Por fin indujeron a la plebe, con la aquiescencia del Senado, para que nombrasen como Prefecto de la Anona a Lucio Minucio. En ese puesto tuvo más éxito como vigilante de la libertad que en el desempeño de su cargo, aunque al final se ganó merecidamente la gratitud y la reputación de haber aliviado la escasez. Envió a numerosos agentes por mar y tierra para visitar a las naciones vecinas pero, con la única excepción de Etruria, que presentó una oferta reducida, su misión fue infructuosa y no alivió el mercado. Se dedicó entonces a administrar cuidadosamente la escasez, y obligó a todos los que tenían algún grano a declarar la cantidad, y tras detraer el suministro de un mes para su propio consumo, vendió el resto al Estado. Reduciendo las raciones diarias de los esclavos a la mitad, sometiendo a los comerciantes de grano a la execración pública, con métodos

rigurosos e inquisitoriales puso al descubierto la escasez y también la alivió. Muchos de la plebe perdieron toda esperanza, y en vez de arrastrar una vida de miseria se cubrieron la cabeza y se arrojaron al Tíber.

[4.13] Fue por ese tiempo cuando Espurio Melio, miembro del orden ecuestre y un hombre muy rico para esos días, se dio a una empresa, útil en sí misma, pero que sentaba un muy mal precedente y estaba dictada por motivos aún peores. A través de la intermediación de sus clientes y amigos extranjeros compró grano en Etruria, y esta misma circunstancia, creo, obstaculizó los esfuerzos del Gobierno por abaratar el mercado. Distribuyó gratuitamente ese grano y así se ganó el corazón de los plebeyos con su generosidad, de modo que donde quiera que fuese le acompañaba mucha gente que le veía como si fuera más que un simple mortal, y su popularidad parecía un presagio seguro de un consulado. Pero las mentes de los hombres nunca están satisfechas con las promesas de la Fortuna, y empezó a codiciar los más altos e inalcanzables objetivos; sabía que el consultado tendría que ganarse contra el deseo de los patricios, así que empezó a soñar con la realeza. Consideraba ésta como la única recompensa digna de sus grandes esfuerzos y gestiones. Las elecciones consulares estaban a punto de celebrarse, y como sus planes aún no habían madurado, esta circunstancia mostró ser su ruina. Tito Quincio Capitolino, un hombre muy difícil para cualquiera que pensase en una revolución, fue elegido cónsul por sexta vez, y Agripa Menenio, apodado Lanato, le fue asignado como colega *(439 a.C.).* Lucio Minucio fue nombrado de nuevo Prefecto de la Anona, o bien su designación inicial lo era por tiempo indefinido mientras lo exigiesen las circunstancias; no hay nada definitivamente establecido más allá del hecho de que el nombre del prefecto fue incluido en los Libros Linteos entre los magistrados de ambos años. Minucio se encontraba desempeñando la misma función como funcionario del Estado que Melio había adoptado como ciudadano privado, y la misma clase de personas frecuentaban las dos casas. Hizo un descubrimiento que puso en conocimiento del Senado, a saber, que se estaban reuniendo armas en casa de Melio y que éste estaba manteniendo reuniones secretas donde se estaba planeando, sin duda, establecer una monarquía. El momento de para la acción no ha sido aún fijado, pero todo lo demás se había acordado; se había comprado a los tribunos para que traicionasen las libertades del pueblo, y a estos jefes del populacho se les había encargado diversas partes. Había, dijo, retrasado la presentación del informe casi hasta resultar demasiado tarde para la seguridad pública, para que no aparecer como autor de sospechas vagas y sin fundamento.

Al oír esto los líderes del Senado censuraron a los cónsules del año anterior por haber permitido las distribuciones gratuitas de trigo y las reuniones secretas subsiguientes, y fueron igualmente severos con los nuevos cónsules por haber esperado hasta que el Prefecto de la Anona hubiera hecho su informe, pues un asunto de tanta importancia no sólo tendría que haber sido denunciado por ellos, sino que también debían haberse ocupado de él. En respuesta, Quincio dijo que la censura contra los cónsules era inmerecida ya que, obstaculizados como estaban por las leyes que daban derecho de apelación, que se aprobaron para debilitar su autoridad, estaban lejos de poseer tanto poder como voluntad de castigar a los atroces con la severidad que merecían. Lo que se quería era no sólo un hombre fuerte, sino uno que fuera libre de actuar, sin ataduras legales. Él, por lo tanto, debía proponer a Lucio Quincio como dictador, pues tenía el coraje y la resolución que exigían tan grandes poderes. Todos aprobaron esta propuesta. Quincio al principio se negó y les preguntó qué pretendían exponiéndolo al final de su vida a una lucha tan amarga. Por fin, después que de todas partes de la Cámara le llovieran bien merecidos elogios y se le asegurase que *en mente de tanta edad no sólo había más sabiduría, sino también más valor que en todas las demás*, mientras el cónsul se adhería a su decisión, consintió. Después de una orar a los dioses inmortales para que en momento de tanto peligro su vejez no resultase fuente de dato o descrédito para la república, Cincinato fue nombrado dictador. Nombró a Cayo Servilio Ahala como Jefe de la Caballería *(439 a.C.).*

[4.14] Al día siguiente, después de situar guardias en diferentes puntos, bajó al Foro. La novedad y el misterio de la cuestión atrajo hacia él la atención de la plebe. Melio y sus aliados se dieron cuenta de que este tremendo poder se dirigía contra ellos, mientras que los que no sabían nada de la trama preguntaban qué disturbios o guerra repentina requerían de la suprema autoridad de un dictador, y aún que Quincio, a sus ochenta años, asumiese el gobierno de la república. Servilio, el Jefe de la Caballería, fue enviado por el dictador a Melio con un mensaje: *El dictador te convoca*. Alarmado por la citación, le preguntó qué significaba. Servilio le explicó que tenía que afrontar su juicio y defenderse de la acusación formulada contra él por Minucio en el Senado. En éstas, Medio se retiró entre su grupo de seguidores y mirando alrededor de ellos empezó a escabullirse; entonces un funcionario, por orden del Jefe de la Caballería, le atrapó y empezó a llevárselo. Los espectadores lo rescataron, y mientras huía imploró *la protección de la plebe romana*, y dijo que era víctima de una conspiración entre los patricios porque había actuado con generosidad hacia la plebe. Él los invitó a venir en su ayuda en esta crisis terrible, y no sufrir que lo masacraran ante sus ojos. Mientras él hacía estos llamamientos, Servilio le persiguió y lo mató. Salpicado con la sangre del hombre muerto y rodeado por un grupo de jóvenes patricios, regresó donde estaba el dictador y le informó de que Melio, tras ser convocado a comparecer ante él, había rechazado a su funcionario e incitado al populacho a un motín, y que ahora había recibido el castigo que merecía. *¡Bien hecho!*, dijo el dictador, *Cayo Servilio, has salvado a la República*.

[4.15] El pueblo no sabía qué hacer respecto a estos hechos y estaba cada vez excitado. El dictador ordenó que se le convocara a una Asamblea. Les declaró abiertamente que Melio había sido muerto legalmente, incluso si no hubiera sido culpable del cargo de aspirar al poder real, porque se negó a presentarse ante el dictador cuando fue convocado por el Jefe de la Caballería. Que él, Cincinato, se había dedicado a investigar el caso; que después que lo hubiera investigado, Melio habría sido tratado de acuerdo con el resultado. Que al emplear la fuerza, para que no se le pudiera citar a juicio, se le tuvo que obligar a la fuerza. Ni se debía proceder con él como con un ciudadano que, habiendo nacido en un Estado libre bajo leyes y derechos asentados, en una Ciudad de la que él sabía que se había expulsado la monarquía; y que en el mismo año, a los hijos de la hermana del rey y a los hijos del cónsul que liberó a su patria les había condenado a muerte su propio padre, al descubrirse que habían conspirado para restaurar la realeza en la Ciudad; una Ciudad en que a Colatino Tarquinio el cónsul, odiado por su nombre, se le ordenó dimitir de su magistratura y marchar al exilio; en la que se ejecutó a Espurio Casio varios años después por hacer planes para asumir la soberanía; en la que los decenviros fueron recientemente condenados con la confiscación, el exilio y la muerte por su tiranía y despotismo; ¡en esa Ciudad Melio había planeado obtener el poder Real! ¿Y quién era este hombre? Porque ni la nobleza de nacimiento, ni los honores, ni los servicios al Estado abrían el camino de ningún hombre al poder soberano; ni aún a los Claudios ni a los Casios, por sus consulados, sus decenviratos, sus propios méritos y los de sus antepasados, ni por el esplendor de sus familias, se les permitió que aspirasen a alturas a las que resultaba impío elevarse. Pero Espurio Melio, para quien el tribunado de la plebe era más un objeto de deseo que una aspiración, un rico mercader de grano, había concebido la esperanza de comprar la libertad de sus compatriotas por dos libras de farro; había supuesto que un pueblo victorioso sobre todos sus vecinos podía ser arrastrado a la servidumbre arrojándole unos puñados de comida; ¡que a una persona a quien el Estado difícilmente podría digerir como senador, la toleraría como rey, en posesión de las insignias y autoridad de Rómulo, su fundador, que había descendido y luego regresado entre los dioses! Su acción debía ser considerada más una monstruosidad que un delito; y para expiar tal monstruosidad no bastaba con su sangre: se debían arrasar hasta allanarlo los muros entre los que se concibió tal locura, y su propiedad, contaminada por el precio de la traición, debía ser confiscada por el Estado. Ordenó, por lo tanto, que los cuestores vendieran esta propiedad y depositaran los beneficios en el Tesoro.

[4.16] A continuación dio órdenes para que la casa fuese inmediatamente arrasada y que el lugar donde estuvo fuese un perpetuo recordatorio de las impías esperanzas aplastadas. Posteriormente fue llamado el Equimelio. Lucio Minucio se presentó con la imagen de un buey de oro a las afueras de la puerta Trigemina. Como distribuyera el grano que había pertenecido a Melio al precio de un as por modio, la plebe no planteó ninguna objeción a que se le honrase así: Encuentro dicho por algunos autores que este Minucio se pasó de los patricios a los plebeyos y que, después de ser elegido como undécimo tribuno, sofocó un disturbio que se produjo como consecuencia de la muerte de Melio. Resulta, sin embargo, difícilmente creíble que el Senado hubiera permitido este incremento en el número de los tribunos; o que un patricio, sobre todo, hubiera sentado tal precedente; ni que la plebe, tras serle concedida, no la mantuviera o por lo menos lo intentase. Pero la refutación más concluyente de la falsedad de la inscripción de la estatua se halla en la disposición legal, aprobada unos años antes, por la cual no era legal que los tribunos eligiesen un colega. Quinto Cecilio, Quinto Junio y Sexto Ticinio fueron los únicos miembros del colegio de tribunos que no apoyaron la propuesta de honrar a Minucio; y nunca dejaron de atacarles, unas veces a Minucio y otras a Servilio, ante la Asamblea ni de acusarles de la muerte inmerecida de Melio. Tuvieron éxito al asegurarse, en las siguientes elecciones, el nombramiento de tribunos militares en vez de cónsules, pues no tenían dudas de que para las seis vacantes (el número que se podía elegir en ese momento) serían elegidos algunos plebeyos, al darse cuenta de que ellos podrían vengar la muerte de Melio. Pero a pesar de la inquietud de los plebeyos por las muchas conmociones del año, no consiguieron nombrar más que tres tribunos con poderes consulares; entre ellos, Lucio Quincio, el hijo del Cincinato que, como dictador, levantó tanto odio que dio pretexto para los disturbios. Mamerco Emilio, hombre de la mayor dignidad, consiguió el mayor número de votos y Lucio Julio quedó en tercer lugar *(438 a.C.)*.

[4.17] Durante su magistratura, Fidenas, una colonia romana, se rebelaron y entregaron a Lars Tolumnio, rey de los veyentinos. La revuelta se agravó por un delito, a saber: Cayo Fulcinio, Clelio Tulio, Espurio Ancio y Lucio Roscio, que fueron enviados como embajadores para conocer las razones de este cambio de política, fueron asesinados por orden de Tolumnio. Algunos tratan de exculpar al rey, alegando que mientras jugaba a los dados hizo un lanzamiento afortunado y empleó una expresión ambigua que podía haber sido tomada como una orden para matarlos, y que los fidenenses lo tomaron así y esta fue la causa de la muerte de los embajadores. Esto resulta increíble; no es posible creer que cuando los fidenenses, sus nuevos aliados, llegasen para consultarle el cometer un asesinato que violaba el derecho de gentes, él hubiera vuelto sus pensamientos al juego, o que luego hubiera imputado el crimen a un malentendido. Es mucho más probable que él desease implicar a los fidenenses en tan horrible crimen, para que no les fuera posible esperar una reconciliación con Roma. Las estatuas de los embajadores asesinados se pusieron en los Rostra[42]. Debido a la proximidad entre veyentinos y fidenenses, y todavía más por el nefasto crimen mediante el que habían comenzado la guerra, la lucha se presumía atroz. La intranquilidad por la seguridad nacional mantuvo tranquila a la plebe, y sus tribunos no plantearon dificultad para la elección de Marco Geganio Macerino como cónsul por tercera vez y de Lucio Sergio Fidenas, quien, según creo, fue así llamado por la guerra que después llevó a cabo *(437 a.C.)*. Él fue el primero que venció en un combate contra el rey de Veyes, a este lado del Anio. La victoria que obtuvo no fue de ninguna manera incruenta; hubo más duelo por los compatriotas muertos que alegría por la derrota enemiga. Debido la situación crítica de los asuntos públicos, el Senado ordenó que Mamerco Emilio fuera proclamado dictador. Eligió como su jefe de caballería a Lucio Quincio Cincinato, que había sido su colega en el colegio de tribunos consulares el año anterior, un hombre joven digno de su padre. A las fuerzas alistadas por los cónsules se añadió un cierto número de centuriones veteranos, expertos en la guerra, para completar el número de los que se perdieron en la

42 Tribuna desde la que se hacían los discursos en el Foro y que, desde el año 338 a.C., estaba adornada con los rostra o espolones de los navíos tomados a los anciates. [N. del T.]

última batalla. El dictador ordenó a Tito Quincio Capitolino y a Marco Fabio Vibulano que lo acompañaran como segundos al mando. El mayor poder del dictador, en manos de un hombre digno del mismo, desalojó al enemigo del territorio romano y lo envió al otro lado del Anio. Ocupó la línea de colinas entre Fidenas y el Anio, donde se atrincheró, y no bajó a las llanuras hasta las legiones de los faliscos llegaron en su apoyo. Luego, se levantó el campamento de los etruscos ante las murallas de Fidenas. El dictador romano eligió una posición no muy lejos de ellos, en la desembocadura del Anio en el Tíber, y extendió sus líneas tanto como pudo de un río al otro. Al día siguiente presentó batalla.

[4.18] Entre el enemigo había diversidad de opiniones. Los de Faleria, impacientes por estar sirviendo tan lejos de su hogar y llenos de autoconfianza, deseaban combatir; los de Veyes y Fidenas tenían más esperanzas en una prolongación de la guerra. Aunque Tolumnio estaba más inclinado a la opinión de sus propios hombres, anunció daría batalla al día siguiente, por si los faliscos se negasen a servir en una campaña larga. Esta vacilación por parte del enemigo dio al dictador y a los romanos nuevos ánimos. Al día siguiente, mientras los soldados decían que si no tenían la oportunidad de luchar atacarían el campamento enemigo y la ciudad, ambos ejércitos avanzaron sobre el terreno entre sus respectivos campamentos. El general veyentino, que era muy superior en número, envió un destacamento alrededor de la parte posterior de las colinas para atacar el campamento romano durante la batalla. Los ejércitos de los tres Estados estaban situados así: Los veyentinos ocupaban el ala derecha, los faliscos la izquierda y los fidenenses el centro. El dictador llevó a su ala derecha contra los faliscos, Quincio Capitolino condujo el ataque de la izquierda contra los veyentinos mientras el Jefe de la Caballería avanzó con sus jinetes contra el centro enemigo. Por unos instantes todo quedó en silencio e inmóvil, pues los etruscos no iniciarían la lucha a menos que se vieran obligados, y el dictador estaba mirando la Ciudadela de Roma y esperando la señal convenida de los augures, tan pronto como los augurios resultasen favorables. Tan pronto vio la señal, lanzó a la caballería que, dando un fuerte grito de guerra, cargó; la infantería la siguió en un ataque furioso. En ningún sitio aguantaron las legiones etruscas la carga romana; su caballería ofreció la mayor resistencia y el rey, con mucho el más valiente de ellos, cargó contra los romanos y mientras los perseguía en todas direcciones prolongó así el combate.

[4.19] Hubo ese día en la caballería un tribuno militar llamado Aulo Cornelio Coso, un hombre muy bien parecido y también muy distinguido por su fortaleza y valor, orgulloso de su nombre que, ilustre cuando lo heredó, aún lo sería más cuando lo legase a la posteridad. Cuando vio a los escuadrones romanos deshechos en todas partes por las repetidas cargas de Tolumnio montó, y reconociéndole por sus vestiduras reales al galopar entre sus líneas, exclamó: *¿Es éste el quebrantador de los tratados entre los hombres, el violador del derecho de gentes? Si es voluntad del Cielo que exista algo sagrado en la tierra, mataré a este hombre y lo ofreceré en sacrificio a los manes de los embajadores asesinados*. Picando espuelas a su caballo arremetió con la lanza en ristre contra este único enemigo, y habiéndole alcanzado y desmontado, saltó al suelo con ayuda de su lanza. Como el rey intentaba levantarse, le empujó de nuevo con el umbo de su escudo y lo clavó en tierra con repetidos golpes de lanza. Luego despojó el cuerpo sin vida y cortando su cabeza la hincó en su lanza, y llevándola en triunfo derrotó al enemigo que se aterró por la muerte del rey. Así la caballería enemiga, que por sí sola había puesto en duda el resultado de la batalla, se unió a la desbandada general. El dictador persiguió de cerca a las legiones que huían y las empujó a su campamento con gran mortandad. La mayoría de los fidenenses, que estaban familiarizados con el país, huyeron a las colinas. Coso, con la caballería, cruzó el Tíber y llevó a la Ciudad una enorme cantidad de botín del país de los veyentinos. Durante la batalla, también hubo un combate en el campamento romano con el destacamento que, como ya se dijo, Tolumnio había enviado para atacarlo. Fabio Vibulano, en un primer momento, se limitó defender la empalizada; luego, mientras la atención del enemigo se concentraba en forzar la valla, hizo una salida por la Puerta Principal con

los triarios, a la derecha, y su ataque por sorpresa produjo tanto pánico al enemigo que aunque hubo menos muertos, por el menor número implicado, la huida fue tan desordenada como la del combate principal.

[4.20] Victorioso en todas partes, el dictador regresó a casa para disfrutar el honor de un Triunfo concedido por decreto del Senado y resolución de la plebe. Con mucho, la mejor visión del desfile resultó ver a Coso llevando los mejores despojos del rey a quien había dado muerte. Los soldados cantaban canciones groseras en su honor y le ponían a la altura de Rómulo. Dedicó solemnemente el botín a Júpiter Feretrio y los puso en su templo, cerca de los de Rómulo, que al ser los únicos en aquellos días, eran llamados prima opima. Todas las miradas se volvían del carro del dictador a él; casi monopolizó los honores de la jornada. Por orden del pueblo, se encargó una corona de oro a expensas públicas, y fue colocada por el dictador en el Capitolio como ofrenda a Júpiter. Siguiendo a todos los escritores antiguos, he presentado a Coso como un tribuno militar llevando los segundos mejores despojos al templo de Júpiter Feretrio. Pero la denominación de spolia opima está restringida a aquellas que un comandante en jefe arrebata a otro comandante en jefe; también sabemos que no hay más comandante en jefe que aquel que dirige la guerra bajo los auspicios, y yo y los escritores antiguos nos vemos además refutados por la actual inscripción en los despojos, que declara que Coso las obtuvo cuando era cónsul. César Augusto, el fundador y restaurador de todos los templos, reconstruyó el templo de Júpiter Feretrio, que había caído en la ruina a causa de la edad, y una vez le oí decir que después de entrar en él leyó esa inscripción en los Libros Linteos con sus propios ojos. Después de eso, me pareció que sería casi un sacrilegio dejar de otorgar a Coso las pruebas sobre su botín dadas por el César, que restauró que templo. El error, si lo hay, puede haber surgido del hecho de que los antiguos anales y los Libros Linteos (las listas de magistrados conservados en el templo de Moneta que Licinio Macer cita frecuentemente como autoridades tienen un Aulo Cornelio Coso como cónsul junto a Tito Quincio Peno, diez años después; sobre esto que cada hombre juzgue por sí mismo. Porque la única razón para que esta famosa batalla no se pueda retrasar a dicha fecha posterior es que durante los tres años que precedieron y siguieron al consulado de Coso fue imposible la guerra, por culpa de la peste y el hambre; de manera que varios de los anales, como si fueran registros de defunciones, no dan más que los nombres de los cónsules. El tercer año después de su consulado aparece el nombre de Coso como tribuno consular, y en el mismo año se le presenta como Jefe de la Caballería, en cuyo desempeño combatió en otra brillante acción de caballería. Cada uno es libre de formar sus propias conjeturas; estos puntos dudosos, en mi opinión, pueden sustentar cualquier opinión. El hecho es que el hombre que libró el combate puso el botín recién ganado en el santuario sagrado cerca del mismo Júpiter, a quien fueron consagrados, con Rómulo a la vista (dos testigos poco dudosos de cualquier falsificación) y que se describió a sí mismo en la inscripción como *Aulo Cornelio Coso, cónsul*.

[4.21] Marco Cornelio Maluginense y Lucio Papirio Craso fueron los siguientes cónsules *(436 a.C.).* Se condujo a los ejércitos a territorio de los veyentinos y los faliscos, capturando hombres y ganado. No se halló enemigo en campo abierto, ni hubo ocasión alguna de luchar. Sus ciudades, sin embargo, no fueron atacados, pues el pueblo sufrió una epidemia. Espurio Melio, un tribuno de la plebe, trató de provocar alborotos, pero no lo consiguió. Basándose en la popularidad de su nombre, acusó a Minucio y presentó una propuesta para que se confiscaran las propiedades de Servilio Ahala, con el pretexto de que Melio había sido víctima de una falsa acusación por Minucio, mientras que Servilio era culpable de condenar a muerte a un ciudadano sin juicio. La gente prestó menos atención a estas acusaciones, incluso, que a su autor; estaban mucho más preocupados por el aumento de la virulencia de la epidemia y por los terribles presagios; la mayor parte de ellos versaban sobre terremotos que arruinaron las casas de distritos enteros del país. Por lo tanto, el pueblo ofreció una súplica solemne, dirigida por los duumviros. El año siguiente *(435 a.C.)*, cuando

fueron cónsules Cayo Julio por segunda vez, y Lucio Verginio, fue aún más grave y se produjo tan alarmante desolación en la Ciudad y en el campo que ninguna partida de saqueo partió de territorio romano ni tampoco el Senado o la plebe pensaban en tomar la ofensiva. Los fidenenses, sin embargo, que al principio habían permanecido en sus montañas y pueblos amurallados, bajaron hasta territorio romano y lo devastaron. Como no se pudo inducir a los faliscos para que reanudaran la guerra, ni por las peticiones de sus aliados ni por el hecho de que Roma estaba postrada por la epidemia, los fidenenses invitaron al ejército veyentino y ambos Estados cruzaron el Anio y desplegaron sus estandartes no lejos de la Puerta Colina. La alarma fue tan grande en la Ciudad como en los distritos rurales. El cónsul Julio dispuso sus tropas en el terraplén y la muralla; Verginius convocó al Senado en el templo de Quirino. Decretaron que Quinto Servilio debía ser nombrado dictador. Según una tradición, se apellidaba Prisco; según otra, Estructo. Verginio esperó hasta que pudo consultar a su colega; al obtener su consentimiento, nombró al dictador por la noche *(434 a.C.)* Éste nombró a Postumio Ebucio Helva como Jefe de la Caballería.

[4.22] El dictador emitió una orden para que todos se reunieran fuera de la Puerta Colina al amanecer. Cada hombre lo bastante fuerte para portar las armas estaba presente. Los estandartes fueron trasladados rápidamente desde el Tesoro hasta donde estaba el dictador. Mientras se tomaban estas disposiciones, el enemigo se retiró a los pies de las colinas. El dictador les siguió con un ejército ansioso por combatir y se les enfrentó no lejos de Nomento. Las legiones etruscas fueron derrotadas y expulsadas hasta Fidenas; el dictador sitió la plaza con empalizadas de circunvalación. Pero, debido a su elevada posición y grandes fortificaciones, la ciudad no podía ser tomada al asalto; un bloqueo resultaba bastante poco eficaz, pues a la ciudad se le había suministrado grano suficiente para sus necesidades actuales y también tenían llenos sus almacenes con antelación. Así que abandonaron cualquier esperanza de rendir la plaza por asalto o por hambre. Al estar cerca de Roma, la naturaleza del terreno era bien conocida y el dictador era consciente de que el lado de la ciudad más alejado de su campamento estaba más débilmente fortificado debido a su fortaleza natural. Decidió hacer una mina desde ese lado hasta la ciudadela. Formó su ejército en cuatro divisiones, que se turnaban en la lucha; al mantener un ataque constante sobre las murallas desde todas direcciones, día y noche, impedía que el enemigo se diera cuenta de la obra. Por fin la colina fue horadada y quedó abierto el camino desde el campamento romano hasta la ciudadela. Mientras desviaban la atención de los etruscos, mediante ataques fingidos, del peligro real, los gritos del enemigo sobre sus cabezas les advirtieron de que la ciudad había sido tomada. Ese año, los censores Cayo Furio Pacilo y Marco Geganio Macerino asentaron la Villa Pública en el Campo de Marte[43], y se hizo por primera vez el censo del pueblo.

[4,23] Encuentro en Licino Macer que los mismos cónsules fueron reelegidos para el año siguiente, Julio por tercera vez y Verginio por segunda *(433 a.C.).* Valerio Antias y Quinto Tubero dan a Marco Manlio y a Quinto Sulpicio como los cónsules de ese año. A pesar de esta discrepancia, tanto Tubero como Macer dicen basarse en la autoridad de los Libros Linteos; ambos admiten que en los historiadores antiguos se afirmaba que hubo tribunos militares ese año. Licinio considera que debemos seguir sin vacilar los Libros Linteos; Tubero no termina de decidirse sobre cuál es la verdad. Pero entre los muchos puntos oscuros que dejó el transcurso del tiempo, éste también queda sin resolver. La captura de Fidenas produjo alarma en Etruria. No sólo temían los veyentinos un destino similar, sino que tampoco los faliscos habían olvidado la guerra que habían empezado aliados a ellos, aunque no hubiesen tomado parte en su reanudación. Los dos Estados enviaron delegados a los doce pueblos y, en cumplimiento de su solicitud, se convocó una reunión del Consejo Nacional de Etruria, a celebrar en el templo de Voltumna. Como parecía inminente un gran conflicto, el Senado decretó que Mamerco Emilio debía ser nuevamente designado dictador. Aulo

43 Villam Publicam en el original latino: edificio destinado a usos públicos como el archivo del censo, recepción de embajadores, etcétera. [N. del T.]

Postumio Tuberto fue nombrado Jefe de la Caballería. Los preparativos para la guerra se hicieron ahora con más energía que la última vez, pues se esperaba más daño desde toda la Etruria junta que de sólo dos de sus ciudades.

[4.24] Las cosas transcurrieron más tranquilamente de lo que nadie esperaba. Unos comerciantes trajeron la noticia de que se había negado la ayuda a los veyentinos; se les dijo que prosiguieran con sus propios medios la guerra que habían comenzado por su cuenta y que no buscaran, ahora que estaban en dificultades, aliados entre aquellos en quienes no quisieron confiar cuando eran las cosas les iban bien. El dictador estaba privado de toda oportunidad de adquirir fama en la guerra, pero él estaba ansioso de conseguir algo por lo que se recordase su dictadura y que evitase que pareciese un nombramiento innecesario; por consiguiente, tomó disposiciones para acortar el tiempo de la censura, fuese por pensar que tenía demasiado poder o porque le pareciese peor su larga duración, que no la grandeza del cargo. En consecuencia, convocó a la Asamblea y dijo que como los dioses se habían encargado de conducir los asuntos exteriores del Estado y asegurar todas las cosas, él haría lo necesario intramuros y se ocuparía de las libertades del pueblo romano. Estas libertades estaban más debidamente protegidas cuando lo la mayoría de los que tenían las grandes potencias no tienen ellos de largo, y cuando las oficinas que no podrían ser limitados en su jurisdicción fueron limitados en su tenencia. Mientras que las demás magistraturas eran anuales, la censura era quinquenal. Resultaba un agravio tener que vivir a merced de los mismos hombres durante tantos años, de hecho durante una parte considerable de la vida de uno. Él iba a promulgar una ley para que la censura no durase más que dieciocho meses. Promulgó la ley al día siguiente, entre la aprobación entusiasta de la gente, y luego hizo el siguiente anuncio: *Para que sepáis realmente, Quirites, cuánto desapruebo una gobernación prolongada, renuncio ahora a mi dictadura*. Después de abdicar así de su propia magistratura y haber limitado la otra, fue acompañado a su casa entre muestras de buena voluntad y sinceras felicitaciones del pueblo. Los censores se mostraron indignados con Mamerco por haber limitado el poder de un magistrado romano; lo expulsaron de su tribu, incrementaron ocho veces su censo. Quedó registrado que lo sobrellevó magnánimo, pensando más en la causa que condujo a la ignominia que le infligían, que a la ignominia en sí. Los principales hombres entre los patricios, a pesar de desaprobar la limitación impuesta a la jurisdicción de la censura, quedaron sorprendidos por tan duro ejercicio del poder, pues cada uno reconocía que estaría sujeto al poder censorial más frecuentemente y por más tiempo de lo que podrían ejercer ellos mismos el cargo. En todo caso, el pueblo, según se dice, se sintió más indignado que nadie; pero Mamerco tenía la autoridad suficiente para proteger a los censores de la violencia.

[4.25] Los tribunos de la plebe celebraron constantes reuniones de la Asamblea con miras a impedir la elección de los cónsules, y después de plantear asuntos casi hasta el nombramiento de un interrex, lograron que se eligieran tribunos militares consulares. Buscaron plebeyos a los que elegir como recompensa a sus esfuerzos, pero no se presentó ninguno; todos los elegidos fueron patricios. Sus nombres eran: Marco Fabio Vibulano, Marco Folio, y Lucio Sergio Fidenas. La peste de ese año *(433 a.C.)* mantuvo todo en calma. Los duumviros ejecutaron muchas cosas, prescritas por los libros sagrados, para apaciguar la ira de los dioses y eliminar la peste del pueblo. La tasa de mortalidad, no obstante, fue elevada tanto en la Ciudad como en los distritos agrarios; hombres y bestias perecieron por igual. Debido a las pérdidas entre los agricultores, se temió por una hambruna a consecuencia de la peste y se enviaron agentes a Etruria, al territorio pontino y Cumas, y luego hasta a Sicilia para obtener grano. No se hizo mención de la elección de los cónsules; fueron nombrados tribunos militares consulares, todos patricios. Sus nombres eran Lucio Pinario Mamerco, Lucio Furio Medulino y Espurio Postumio Albo. En este año *(432 a.C.)* la violencia de la epidemia disminuyó y no hubo escasez de grano, debido a la provisión que se había hecho. Se discutieron proyectos de guerra en los consejos nacionales de los volscos y ecuos y, en Etruria, en el

templo de Voltumna. Allí, la cuestión se aplazó por un año y se aprobó un decreto para que no se celebrara ningún Consejo hasta trascurrido el año, a pesar de las protestas de los veyentinos, quienes declararon que el mismo destino que se había apoderado de Fidenas los amenazaba.

En Roma, mientras tanto, los dirigentes de la plebe, al ver que no tenían esperanzas de alcanzar mayores dignidades mientras hubiera paz en el exterior, se reunieron en las casas de los tribunos donde discutieron sus planes en secreto. Se quejaban de que habían sido tratados con tal desprecio por la plebe, que aunque ahora se habían elegido tribunos militares consulares durante varios años, ni un solo plebeyo había alcanzado dicho cargo. Sus antepasados habían mostrado mucha previsión al asegurarse de que las magistraturas plebeyas no estuviesen abiertas a los patricios; de lo contrario, deberían haber tenido a patricios como tribunos de la plebe, pues tan insignificantes eran a ojos de su propio orden que eran menospreciados por los plebeyos tanto como por los patricios. Otros exculpaban al pueblo y echaban la culpa a los patricios, porque su falta de escrúpulos y su ambición cerraban la carrera de honores[44] a los plebeyos. Si a la plebe se le daba un respiro de sus amenazas y súplicas, podrían pensar en los de su propio partido cuando fueran a votar, y por sus esfuerzos unidos ganarían cargos y poder. Se decidió que, con el fin de acabar con los abusos de los escrutinios, los tribunos debían presentar una ley prohibiendo a cualquier que blanqueara su toga cuando se presentara como candidato. Para nosotros, ahora, la cuestión puede parecer trivial y que no merecía la pena un debate serio; pero, por entonces, encendió un tremendo conflicto entre patricios y plebeyos. Los tribunos, sin embargo, lograron promulgar su ley y fue evidente que, irritados como estaban, los plebeyos apoyarían a sus propios hombres. Para que no tuvieran libertad de hacerlo, se aprobó una resolución en el Senado para que se celebrasen las elecciones para nombrar a los próximos cónsules.

[4.26] La razón de esta decisión fue el anuncio que hicieron los latinos y los hérnicos de un repentino levantamiento entre los volscos y los ecuos. Tito Quincio Cincinato, apodado Peno e hijo de Lucio, y Cayo Julio Mento fueron nombrados cónsules *(431 a.C.).* La guerra estalló enseguida. Tras haber ordenado el alistamiento bajo la Lex Sacrata, que era el medio más poderoso que tenían para obligar a los ciudadanos a que sirvieran, partieron así ambos ejércitos y se encontraron en el Álgido; allí se habían atrincherado los ecuos y los volscos en campamentos separados. Sus generales pusieron más cuidado que en ocasiones anteriores al construir sus fortificaciones y al entrenar sus tropas. La noticia de esto aumentó el terror en Roma. En vista del hecho de que estas dos naciones, después de sus numerosas derrotas, renovaban ahora la guerra con más energía que la que antes habían empleado y, además, que una considerable cantidad de romanos aptos para el servicio había causado baja durante la epidemia, el senado decidió designar un dictador. Pero el mayor temor fue provocado por la perversa obstinación de los cónsules y sus constantes altercados en el Senado. Algunos autores afirman que estos cónsules combatieron sin éxito en una batalla en el Álgido y que por esta razón se nombró un dictador. Hay acuerdo, sin embargo, en que aunque los cónsules no estaban de acuerdo en otros asuntos, sí lo estuvieron en oponerse al Senado e impedir que se nombrase un dictador. Al final, cuando cada noticia que llegaba era más alarmante que la anterior y los cónsules rechazaban aceptar la autoridad del Senado, Quinto Servilio Prisco, que había desempeñado las más altas magistraturas del estado con distinción, ex*clamó: ¡Tribunos de la plebe! Ahora que las cosas han llegado al extremo, el Senado os exhorta para que en esta crisis de la república, en virtud de la autoridad de vuestro cargo, obliguéis a los cónsules a nombrar un di*ctador.

Al oír este llamamiento, los tribunos consideraron que se les presentaba una oportunidad favorable para aumentar su autoridad y se retiraron a deliberar. Entonces, declararon formalmente en nombre de todo el colegio de tribunos que era su decisión que los cónsules debían someterse al deseo del Senado; si ofrecían ulterior resistencia a la decisión unánime del más augusto orden, ellos,

44 Ad honorem iter en el original: sinónimo del cursus honorum o carrera pública en la que se comenzaban desempeñando cargos menores hasta alcanzar el consulado o la censura.[N. del T.]

los tribunos, ordenarían que se les llevara a prisión. Los cónsules preferían la derrota a manos de los tribunos en vez de a las del Senado. Si, dijeron, los cónsules podían ser coaccionados por los tribunos en virtud de su autoridad, e incluso enviados a la cárcel (¿y qué podía temer un ciudadano privado más que ésto?), entonces el Senado había traicionado los derechos y privilegios de la más alta magistratura del Estado, y hecho una rendición ignominiosa al poner el consulado bajo el yugo del poder tribunicio. Ni siquiera pudieron ponerse de acuerdo sobre quién debía nombrar al dictador, así que lo echaron a suertes y le tocó hacerlo a Tito Quincio. Este nombró a Aulo Postumio Tuberto, su suegro, que era un severo jefe militar. El dictador designó a Lucio Julio como Jefe de la Caballería. Se dieron órdenes de proceder a un alistamiento y para que todos los negocios en la Ciudad, legales y de otro tipo, se suspendieran, a excepción de los preparativos para la guerra. La tramitación de las solicitudes de exención del servicio militar se aplazaron hasta el final de la guerra, así que incluso en los casos dudosos los hombres prefirieron dar sus nombres. Se ordenó a los hérnicos y a los latinos que proporcionaran tropas; ambas naciones llevaron a cabo las órdenes del dictador con gran celo.

[4.27] Todos estos preparativos se completaron con extraordinaria diligencia. El cónsul Cayo Julio quedó a cargo de las defensas de la ciudad; Lucio Julio, el Jefe de la Caballería, tomó el mando de las reservas para atender cualquier emergencia repentina y para evitar que las operaciones se retrasaran por la insuficiencia de los suministros en el frente. Como la guerra era tan grave, el dictador ofreció, con la fórmula establecida por el Pontífice Máximo, Aulo Cornelio, celebrar los Grandes Juegos si salían victoriosos. Dividió al ejército en dos cuerpos, asignó uno de ellos al cónsul Quincio y con sus fuerzas unidad avanzó hacia la posición enemiga. A ver que los campamentos adversarios estaban separados entre sí por una corta distancia, ellos también asentaron dos campamentos a una milla del enemigo, el dictador situó el suyo en dirección a Túsculo y el cónsul más cerca de Lanuvio. Los cuatro ejércitos, por tanto, habían ocupado posiciones separadas, con una llanura entre ellos lo bastante amplia no sólo para pequeñas escaramuzas, sino como para que ambos ejércitos se desplegaran en orden de batalla. Desde que los campamentos habían quedado enfrentados entre sí no habían cesado los pequeños combates, y el dictador pacientemente soportaba que sus hombres confrontaran así sus fuerzas con el enemigo, para que conservaran la esperanza de una victoria decisiva y final. El enemigo, sin esperanza de vencer en una batalla campal, decidió jugárselo todo a la opción de un ataque nocturno contra el campamento del cónsul. El grito que se oyó repentinamente, no sólo sorprendió a los puestos de avanzada del cónsul y a todo el ejército, sino que incluso despertó el dictador. Todo dependía de una acción rápida: el cónsul mostró valor y sangre fría; parte de sus tropas reforzaron la guardia en las puertas del campamento, el resto se alineó en las trincheras. En el campamento del dictador no fue atacado, a éste le fue más fácil ver qué debía hacerse. Se mandó enseguida ayuda al cónsul con el general Espurio Postumio, y el dictador en persona, con parte de su fuerza, se situó en un lugar alejado de la lucha actual, desde donde poder hacer un ataque contra la retaguardia enemiga. Dejó al general Quinto Sulpicio, a cargo del campamento, y dio el mando de la caballería al general Marco Fabio, les ordenó no mover sus fuerzas antes del amanecer por la dificultad de manejarlas en la confusión de un ataque nocturno. Además de adoptar todas las medidas que cualquier general prudente y enérgico hubiese tomado en estas circunstancias, el dictador dio un ejemplo notable de su valor y capacidad de mando, que merece un especial elogio, cuando, al determinar que el enemigo había salido de su campamento con la mayor parte de su fuerza, envió a Marco Geganio con algunas cohortes escogidas para asolarlo. Los defensores estaban pensando más en la peligrosa empresa de sus compañeros que en tomar precauciones para su propia seguridad; incluso descuidaron sus puestos de avanzada y piquetes. Así, los romanos atacaron y capturaron el campamento casi antes de que el enemigo se diese cuenta de que le atacaban. Cuando el dictador vio el humo (la señal convenida) gritó que se había capturado el campo enemigo, y ordenó que la noticia se anunciase por todas partes.

[4.28] Cada vez había más luz y todo quedaba a la vista. Fabio condujo su ataque con la caballería y el cónsul había efectuado una salida contra el enemigo, que ahora vacilaba. El dictador, desde el otro lado, había atacado la segunda línea de reservas, y mientras el enemigo se enfrentaba a las cargas y a los gritos de confusión, él atravesó sus líneas con sus victoriosas caballería e infantería. Estaban ya rodeados y habrían pagado por la reanudación de la guerra si un volsco, Vetio Mesio, hombre más distinguido por sus hechos que por su linaje, se levantó exaltado entre sus camaradas, que ya estaban convirtiéndose en una masa indefensa. Les gritó *¿Así os vais a convertir en blancos de las jabalinas enemigas, sin resistencia, indefensos? ¿Para qué entonces habéis tomado las armas?, ¿por qué habéis empezado una guerra sin provocación?, ¡Vosotros que siempre sois revoltosos en la paz y holgazanes en la guerra! ¿Qué esperáis ganar aquí de pie? ¿Creéis que algún dios os va a proteger y librar del peligro? Tendréis que construir el camino con la espada. Seguidme por donde yo vaya. Los que tengáis la esperanza de volver a vuestras casas, con vuestros padres y mujeres e hijos, venid conmigo. No es una muralla ni una empalizada lo que tenéis enfrente; a las armas se les enfrenta con las armas. Los igualáis en valor, pero los superáis por la fuerza de vuestra necesidad, que es la última y más grande de armas.* A continuación, se adelantó y sus hombres le siguieron, lanzando nuevamente su grito de guerra cargaron hacia donde Postumio Albo había interpuesto sus cohortes. Obligaron a retroceder a los vencedores, hasta que el dictador se llegó hasta sus hombres en retirada y toda la batalla giró hacia esa parte del campo. La suerte del enemigo se apoyaba exclusivamente en Mesio. Por todas partes muchos fueron heridos y otros muchos resultaron muertos. Para esos momentos, incluso los generales romanos estaban heridos. Postumio, con el cráneo fracturado por una piedra, fue el único que abandonó el campo de batalla. El dictador fue herido en el hombro, Fabio tenía el muslo casi clavado a su caballo, el cónsul tenía el brazo amputado; pero todos se negaron a retirarse mientras la batalla estuvo indecisa.

[4,29] Mesio, con un grupo de sus más valientes soldados, cargó a través de los montones de muertos y llegó hasta el campamento volsco, que aún no había sido capturado; todo el ejército le siguió. El cónsul les persiguió en su huida desordenada hasta la empalizada y empezó a atacar el campamento mientras el dictador llevó sus tropas al otro lado del mismo. El asalto del campamento fue tan furioso como lo había sido la batalla. De hecho, se dijo que el cónsul arrojó un estandarte dentro de la empalizada para provocar el asalto de sus hombres y que al tratar de recuperarlo produjeran la primera brecha. Cuando la empalizada fue derribada y el dictador hubo llevado el combate al interior del campamento, el enemigo empezó por doquier a arrojar sus armas y rendirse. Después de la captura de este campamento, los enemigos, con la excepción de los senadores, fueron vendidos como esclavos. Una parte del botín comprendía los bienes arrebatados a los latinos y hérnicos; tras ser identificados se les devolvió y el resto fue vendido por el dictador en subasta. Después de poner al cónsul al mando del campamento, entró en Triunfo en la Ciudad en señal de triunfo y luego depuso su dictadura. Algunos autores han arrojado una sombra sobre la memoria de esta gloriosa dictadura al reseñar una tradición sobre el hijo del dictador que, viendo una oportunidad para combatir con ventaja, había dejado su puesto en las filas contra las órdenes de su padre y fue decapitado por éste a pesar de la victoria. Prefiero no creer esta historia, y estoy en libertad de hacerlo ya que las opiniones difieren. Un argumento en contra es que una exhibición tan cruel de la autoridad es llamada *Manlia*, no *Postumia*, pues fue al primer hombre que practicó tal severidad a quien se achacó el estigma. Por otra parte, Manlio recibió el sobrenombre de *Dominante*; Postumio no fue señalado con ningún epíteto denigrante. El otro cónsul, Cayo Julio, dedicó el templo de Apolo en ausencia de su colega, sin esperar a sortear con él sobre quién debía hacerlo. Quincio estaba muy enojado por esto, y después de haber disuelto su ejército y regresado a la Ciudad, presentó una queja ante el Senado, pero no resultó nada de ella. En este año tan memorable por sus grandes logros se produjo un incidente que en aquel momento parecía tener poco que ver con Roma. Debido a ciertos disturbios entre los sicilianos, los cartagineses, que serían

un día tan poderosos enemigos, llevaron un ejército a Sicilia por primera vez para ayudar a una de las partes contendientes.

[4.30] En la Ciudad, los tribunos hicieron grandes esfuerzos para asegurar la elección de tribunos consulares para el año siguiente, pero fracasaron. Lucio Papirio Craso y Lucio Julio fueron nombrados cónsules *(430 a.C.).* Llegaron legados de los ecuos para solicitar del Senado un tratado como federados; en vez de esto, se les ofreció la paz a condición de que reconociesen la supremacía de Roma; consiguieron una tregua de ocho años. Después de la derrota que habían sufrido los volscos en Álgido, su Estado se distrajo en obstinadas y amargas disputas entre los partidarios de la guerra y los de la paz. Hubo calma para Roma en todas partes. Los tribunos estaban preparando una medida popular para fijar la gradación de las multas, pero uno de ellos reveló el hecho a los cónsules, quienes se anticiparon a los tribunos presentándola ellos mismos. Los nuevos cónsules fueron Lucio Sergio Fidenas, por segunda vez, y Hostio Lucrecio Tricipitino *(429 a.C.)* Nada digno de mención se llevó a cabo en su consulado. Fueron seguidos por Aulo Cornelio Coso, y Tito Quincio Peno, por segunda vez *(428 a.C.)* Los veyentinos hicieron correrías en territorio romano, y se rumoreó que algunos jóvenes fidenenses habían tomado parte en ellas. Lucio Sergio, Quinto Servilio y Mamerco Emilio fueron comisionados para investigar el asunto. Algunos fueron internados en Ostia, ya que no pudieron explicar satisfactoriamente su ausencia de Fidenas en esos momentos. El número de colonos aumentó, y se les asignó las tierras de aquellos que habían perecido en la guerra.

Este año se produjo una gran dificultad causada por una sequía. No sólo faltó el agua de los cielos, sino que la tierra, sin su humedad natural, apenas pudo mantener el flujo de los ríos. En algunos casos la falta de agua hizo morir de sed al ganado junto a los manantiales secos y arroyos, otras veces murieron por la sarna. Esta enfermedad se extendió a los hombres que habían estado en contacto con el ganado; en un primer momento atacó a los esclavos y los agricultores, luego se infectó la Ciudad. Y no sólo el cuerpo resultaba afectado por la plaga, la mente de los hombres también fue presa de todo tipo de supersticiones, la mayoría extranjeras. Falsos augures trataron de introducir nuevas clases de sacrificios e hicieron un pingüe negocio entre las víctimas de la superstición, hasta que por fin la vista de inusitadas y foráneas ceremonias de expiación por las calles y capillas, para propiciar el favor de los dioses, llevó a casa de los primeros ciudadanos de la república el escándalo público que causaban. Se ordenó a los ediles que velasen para no sólo se adorasen deidades romanas, y sólo en los modos establecidos. Las hostilidades con los veyentinos fueron pospuestas hasta el año siguiente, cuando Cayo Servilio Ahala y Lucio Papirio Mugilano fueron cónsules *(427 a.C.).* Incluso entonces, la declaración formal de guerra y el envío de tropas se retrasó por motivos religiosos: se consideró necesario que los feciales fuesen enviados previamente en demanda de satisfacción. Había habido batallas recientes con los veyentinos en Nomento y Fidenas, y se había pactado una tregua, no una paz duradera, pero antes que expirase la tregua ellos reanudaron las hostilidades. Los feciales, sin embargo, fueron enviados, pero cuando presentaron sus demandas, de conformidad con los usos antiguos, se les negó audiencia. Se planteó entonces la cuestión de si la guerra debía ser declarada por mandato del pueblo o si bastaba una resolución aprobada por el Senado. Las tribunas amenazaron con impedir el alistamiento de tropas y lograron obligar al cónsul Quincio a remitir la cuestión al pueblo. Las centurias votaron unánimemente por la guerra. La plebe obtuvo una victoria añadida al impedir la elección de cónsules para el siguiente año.

[4.31] Fueron elegidos cuatro tribunos consulares: Tito Quincio Peno, que había sido cónsul, Cayo Furio, Marco Postumio y Aulo Cornelio Coso *(426 a.C.).* Coso, quedó a cargo de la Ciudad; los otros tres, después de completar el alistamiento, avanzaron contra Veyes y demostraron cuán inútil es un mando dividido en la guerra. Al insistir cada uno en sus propios planes, teniendo todos opiniones diferentes, dieron al enemigo su oportunidad. Porque mientras el ejército estaba confuso

por las diferentes órdenes, unos dando orden de avanzar y otros ordenando la retirada, los veyentinos aprovecharon la oportunidad para lanzar un ataque. Desbandándose en una huida desordenada, los romanos buscaron refugios en su campamento, que estaba cerca; sufrieron más vergüenza que pérdidas. La república, no acostumbrada a la derrota, se sumió en el dolor; odiaban a los tribunos y exigía un dictador; todas sus esperanzas descansaban en eso. También en este caso se encontró un impedimento religioso, pues un dictador sólo podía ser nombrado por un cónsul. Se consultó a los augures, que eliminaron la dificultad. Aulo Cornelio nombró a Mamerco Emilio como dictador, él mismo fue nombrado por éste Jefe de la Caballería. Esto demostró la impotencia de la acción de los censores para impedir que a un miembro de una familia injustamente degradada se le encomendase el poder supremo, cuando las necesidades del Estado exigían auténtico valor y capacidad. Eufóricos por su éxito, los veyentinos mandaron emisarios a los pueblos de Etruria, jactándose de que tres generales romanos habían sido derrotados por ellos en una sola batalla. Como, sin embargo, no pudieron inducir al Consejo Nacional a unírseles, recogieron voluntarios de todos los distritos, atraídos por la perspectiva de un botín. Solo los fidenenses decidieron tomar parte en la guerra, y como aunque ellos pensaban que era impío comenzar la guerra de otra manera que con un crimen, mancharon sus armas con la sangre de los nuevos colonos, como habían hecho anteriormente con la sangre de los embajadores romanos. Luego se unieron a los veyentinos. Los jefes de los dos pueblos consultaron si debían tener la base de operaciones en Veyes o en Fidenas. Fidenas pareció la más adecuada; los veyentinos, en consecuencia, cruzaron el Tíber y transfirieron la guerra a Fidenas. Grande fue el terror en Roma. El ejército, desmoralizado por su mal desempeño, fue llamado de Veyes; se estableció un campamento atrincherado frente a la Puerta Colina, se guarneció la muralla, se cerraron tribunales y tiendas y se ordenó el cese de todos los negocios en el Foro. Toda la Ciudad adoptó la apariencia de un campamento.

[4.32] El dictador envió pregoneros por las calles para convocar a los ansiosos ciudadanos a una Asamblea. Cuando estuvieron reunidos les recriminó por dejar que sus sentimientos estuvieran tan dominados por los pequeños cambios de la fortuna, tras sufrir un revés insignificante debido, no al valor del enemigo o a la cobardía del ejército romano, sino a la falta de armonía entre los generales; y que estuvieran en tal estado de pánico por los veyentinos, a quienes habían derrotado seis veces, y por Fidenas, que había sido capturada casi más frecuentemente de lo que había sido atacada. Tanto los romanos como los enemigos eran los mismos que habían sido durante tantos siglos; su coraje, su destreza y sus armas eran lo que siempre habían sido. Tenían como dictador al mismo Emilio Mamerco que en Nomento venció a las fuerzas combinadas de Veyes, Fidenas y el apoyo de los faliscos; el Jefe de la Caballería sería en las batallas por venir el mismo Aulo Cornelio que dio muerte a Lars Tolumnio, rey de Veyes, ante los ojos de dos ejércitos y llevó los mejores despojos al templo de Júpiter Feretrio. Debían tomar las armas, recordando que de su lado estaban los triunfos y los despojos de la victoria; y que del lado del enemigo estaba el crimen contra el derecho de gentes, al asesinar a los embajadores y masacrar durante el tiempo de paz a los colonos en Fidenas, una tregua rota y una séptima revuelta sin éxito; teniendo todo esto en cuenta, debían tomar las armas. Una vez que entraran en contacto con el enemigo, él confiaba que el enemigo culpable ya no se regocijaría con la desgracia que se había apoderado del ejército romano, y que el pueblo de Roma vería cuánto mejor servicio rendían a la república aquellos que le habían nombrado dictador por tercera vez, que no aquellos que habían arrojado una mancha sobre su segunda dictadura al haber privado a los censores de su poder autocrático.

Después ofrecer los votos habituales, marchó y fijó su campamento a una milla y media de este lado de Fidenas, con las colinas a su derecha y el Tíber a su izquierda. Ordenó a Tito Quincio que asegurase las colinas y que se situase oculto en en alguna altura a la retaguardia enemiga. Al día siguiente, los etruscos avanzaron a la batalla con la moral alta por su éxito anterior, que se había debido más a la buena suerte que a su capacidad guerrera. Después de esperar un tiempo hasta que los exploradores le informaron que Quincio había ganado una altura cerca de la ciudadela de

Fidenas, el dictador ordenó el ataque y llevó a la infantería en una rápida carga a paso rápido contra el enemigo. Dio instrucciones al Jefe de la Caballería para que no empezase a combatir hasta que recibiera sus órdenes; cuando necesitase ayuda de la caballería le daría la señal, y entonces debía iniciar su parte de la acción, inspirado por la memoria de su combate con Tolumnio, de los mejores despojos y de Rómulo y Júpiter Feretrio. Las legiones cargaron con gran impetuosidad. Los romanos expresaron su ardiente odio tanto con las palabras como con los hechos; llamaron traidores a los fidenenses, y a los veyentinos bandidos, quebrantadores de treguas, manchados con el horrible asesinato de los embajadores y la sangre de los colonos romanos, infieles como aliados y cobardes como soldados.

[4.33] El enemigo se retrajo un tanto al primer contacto, cuando de repente las puertas de Fidenas se abrieron y un extraño ejército salió, nunca visto ni oído antes. Una inmensa multitud, armada con teas, y todos agitando las antorchas, corrió como posesa hacia la línea romana. Por un momento, este modo extraordinario de luchar asustó a los romanos. Entonces el dictador llamó al Jefe de la Caballería con sus jinetes, y envió orden a Quincio para que regresase de las colinas; mientras, él mismo, animando a sus hombres, cabalgó hacia el ala izquierda, que parecía más un incendio que un cuerpo de combatientes y que habían cedido terreno por el terror a las llamas. Les gritó: *¿Estáis superados por el humo, como un enjambre de abejas? ¿Vais a dejar que un enemigo desarmado os arroje de vuestro campo? ¿Es que no vais a apagar el fuego con vuestras espadas? ¿Si tenéis que combatir con el fuego, no con armas, no arrancaríais esas antorchas y los atacaríais con sus propias armas? ¡Venga!, recordad el nombre de Roma y el valor que habéis heredado de vuestros padres; volved ese fuego sobre la ciudad del enemigo y destruid con sus propias llamas la Fidenas que no habéis podido aplacar con vuestros beneficios. La sangre de los embajadores y los colonos, vuestros compatriotas, y la devastación de vuestras fronteras os exigen que procedáis así.*

Por orden del dictador, toda la línea avanzó; algunas de las antorchas fueron capturadas conforme se las arrojaban y otras fueron arrancadas de los portadores; ambos ejércitos estaban armados con fuego. El Jefe de la Caballería también, por su parte, inventó un nuevo modo de luchar para su caballería. Ordenó a sus hombres que quitasen los frenos de los caballos y, golpeando a su propio caballo con la cabeza y picándole espuelas, se lanzó en medio de las llamas al tiempo que los demás caballos, lanzados al galope tendido, llevaron a sus jinetes contra el enemigo. El polvo que levantaban, mezclado con el humo, cegaba tanto a los caballos como a los hombres. La visión que había aterrorizado a la infantería no asustaba a los caballos. Donde quiera que fuese la caballería, dejaban montones de muertos. En este momento se escuchó un nuevo griterío, produciendo asombro en ambos ejércitos. El dictador gritó que Quincio y sus hombres habían atacado el enemigo en la retaguardia, y al renovarse los gritos él también renovó su ataque con más vigor. Cuando los dos cuerpos de tropas en dos diferentes ataques habían forzado a los Etruscos a retroceder tanto en su vanguardia como en su retaguardia, cercándolos de manera que no podían escapar ni a su campamento ni a las colinas (pues en esa dirección el enemigo descansado les había interceptado) y los caballos, con las riendas sueltas, llevaban a los jinetes por todas partes, la mayoría de los veyentinos corrieron salvajemente hacia el Tíber; los supervivientes de entre los fidenenses lo hicieron hacia su ciudad. La huida de los veyentinos les condujo en medio de la masacre; algunos fueron muertos en las orillas, otros llegaron dentro del río y fueron llevados por la corriente; incluso los buenos nadadores fueron arrastrados por las heridas, el miedo y el agotamiento; muy pocos lograron cruzar. El otro cuerpo de tropas se abrió paso a través de su campamento hasta su ciudad, con los romanos persiguiéndoles de cerca, especialmente Quincio y sus hombres, que acababan de bajar de las colinas y que habiendo llegado hacia el final de la lucha, estaban más frescos para la persecución.

[4.34] Este último entró por las puertas mezclado con el enemigo, y tan pronto como alcanzaron las murallas hicieron señal a sus camaradas de que la ciudad había sido tomada. El

dictador había llegado al campamento abandonado de los enemigos y sus soldados estaban ansiosos por dispersarse en busca de botín, pero cuando vio la señal les recordó que había un botín más rico en la ciudad y los llevó hasta la puerta. Una vez dentro de las murallas se dirigió a la ciudadela, hacia la que vio dirigirse la multitud de fugitivos. La masacre en la ciudad no fue menor que la de la batalla, hasta que, arrojando sus armas, se rindieron al dictador y le rogaron que por lo menos respetaran sus vidas. La ciudad y el campamento fueron saqueados. Al día siguiente, caballeros y centuriones recibieron un prisionero cada uno, seleccionados por sorteo, como esclavos; quienes habían destacado por su valor recibieron dos y el resto fue vendido mostrado su destacada gallardía, dos, el resto fueron vendidos bajo la corona. El dictador llevó en Triunfo a Roma a su ejército victorioso, cargado con el botín. Después de ordenar al Jefe de la Caballería que renunciase a su cargo, él hizo lo mismo al decimosexto día después de su nombramiento, rindiendo en medio de la paz el poder soberano que había asumido en un momento de guerra y peligro. En algunos anales se refleja un combate naval con los veyentinos en Fidenas, incidente que resulta tan difícil como increíble. Aún hoy, el río no es lo suficientemente amplio para ello, y sabemos por los escritores antiguos que entonces era más estrecho. Posiblemente, en su deseo de una inscripción de vanagloria, como sucede a menudo, magnificaron un acopio de naves para impedir el paso del río y lo convirtieron en una victoria naval.

[4.35] Al año siguiente tuvo por tribunos consulares a Aulo Sempronio Atratino, Lucio Quincio Cincinato, Lucio Furio Medulino y Lucio Horacio Barbato *(425 a.C.).* Se concedió una tregua por dieciocho años a los veyentinos y una por tres años a los ecuos, aunque habían pedido una más larga. Hubo también un respiro respecto a los disturbios civiles. El año siguiente *(424 a.C.),* aunque no estuvo marcado ni por guerras en el exterior ni por problemas domésticos, resultó memorable por la celebración de los Juegos dedicados con ocasión de la guerra de hacía siete años; éstos se desarrollaron con gran magnificencia por los tribunos consulares y asistió gran número de ciudades vecinas. Los tribunos consulares fueron Apio Claudio Craso, Espurio Naucio Rutilo, Lucio Sergio Fidenas y Sexto Julio Julo. El espectáculo resultó aún más atractivo para los visitantes por la cortés recepción que públicamente se había decidido darles. Cuando los Juegos terminaron, los tribunos de la plebe comenzaron a pronunciar discursos sediciosos. Reprochaban al populacho que dirigiesen su estúpida admiración a aquellos que, en realidad, odiaban por tenerlos en servidumbre perpetua. No sólo les faltaba el valor de reclamar su participación en la oportunidad de ascender hasta el consulado, sino que hasta en la elección de tribunos consulares, que estaba abierta tanto a patricios como a plebeyos, nunca pensaban en sus tribunos o en su partido. Que no se sorprendieran si nadie se interesaba ya por el bienestar de la plebe. Sería más apropiado reservar tales trabajos y peligros para otros asuntos por los que se pudieran obtener beneficios y honores. No había nada que los hombres no intentasen si las recompensas fuesen proporcionales a la grandeza del esfuerzo. Pero que cualquier tribuno de la plebe se abocase a ciegas en protestas que conllevaban enormes riesgos y no traían ninguna ventaja, que con certeza harían que los patricios les persiguiesen con furia implacable, mientras los plebeyos en cuyo nombre luchaban no les honraban en lo más mínimo, era cosa que no se podía esperar ni exigir. Grandes honores hacían grandes hombres. Cuando los plebeyos empezaran a ser respetados, cada plebeyos se respetaría a sí mismo. Seguramente, podrían hacer el experimento una o dos veces, para demostrar si un plebeyo podía alcanzar la máxima magistratura o si sería poco menos que un milagro que alguien encontrase entre la plebe un hombre enérgico y capaz. Después de una lucha desesperada, habían logrado que los plebeyos fuesen elegibles para el cargo de tribunos militares con poderes consulares. Hombres de probada capacidad, tanto en paz como en guerra, se presentaron candidatos. Los primeros años fueron golpeados, rechazados y tratados con desprecio por los patricios; al final, declinaban exponerse a tales afrentas. No veían razón para que no se derogase una ley que sólo legalizaba lo que nunca iba a suceder. Tendrían que estar menos avergonzados de la injusticia de la ley que de haber pasado de las elecciones como si fuesen indignos de ocupar esa magistratura.

[4.36] Arengas de este tipo se escuchaban con aprobación, y algunos fueron inducidos a presentarse a un tribunado consular, cada uno de ellos con la promesa de cuidar, en cierta medida, por el interés de la plebe. Se dieron esperanzas de que habría reparto de tierras, asentamiento de colonias y aumento de la paga de los soldados mediante un impuesto sobre los propietarios de latifundios. Los tribunos consulares esperaron hasta que el habitual éxodo de la ciudad permitió celebrar una reunión del Senado, que se celebró en ausencia de los tribunos de la plebe, y cuyos miembros que estaban en el campo fueron convocados mediante un aviso clandestino. Se aprobó una resolución por la que, debido a los rumores de una invasión del territorio hérnico por los volscos, los tribunos consulares debían ir y averiguar qué estaba sucediendo, y que en la próximas elecciones se debían elegir cónsules. A su partida dejaron a Apio Claudio, el hijo del decemviro, como Prefecto de la Ciudad; era éste un joven enérgico e imbuido desde su infancia de odio a la plebe y sus tribunos. Los tribunos no tenía nada por lo que protestar, ni a los tribunos militares, que estaban ausentes, ni a los autores del decreto ni a Apio, ya que la cuestión había quedado resuelta.

[4.37] Los cónsules electos fueron Cayo Sempronio Atratino y Quinto Fabio Vibulano *(423 a.C.).* Se hizo constar durante este año un incidente que ocurrió en un país extranjero pero lo bastante importante para ser mencionado, es decir, la captura de Volturno, una ciudad etrusca que ahora se llama Capua, por los samnitas. Se dice que fue llamada Capua por el nombre de su general, Capys, pero es más probable que se llamara así por su situación en una campiña (campus). La capturaron después de que los etruscos, debilitados por una larga guerra, les concediesen la ocupación conjunta de la ciudad y su territorio. Durante una fiesta, mientras que los antiguos habitantes estaban llenos de vino y manjares, los nuevos colonos les atacaron por la noche y los masacraron. Después de los sucesos descritos en el capítulo anterior, los recién nombrados cónsules tomaron posesión del cargo el trece de diciembre. En aquel momento se sabía de la inminencia de una guerra con los volscos, no sólo por los informes de quienes habían sido enviados a investigar, sino también por los de los latinos y hérnicos, cuyos legados informaron de que los volscos estaban poniendo más esfuerzos que nunca en elegir a sus generales y alistar sus fuerzas. El clamor general entre ellos (los volscos) era que, o bien daban al olvido eterno todos sus pensamientos de guerra y se sometían al yugo, o se enfrentaban en valor, resistencia y capacidad militar a aquellos con quienes contendían por la supremacía.

Estos informes no eran sin fundamento, pero no sólo el Senado los trató con indiferencia, sino que Cayo Sempronio, a quien correspondió ese teatro de operaciones, pensó que como mandaba las fuerzas de un pueblo victorioso contra aquellos a quienes ya habían vencido, la fortuna de la guerra no podría cambiar. Confiando en ello, demostró tal temeridad y negligencia en todas sus medidas que había más disciplina romana en el ejército volsco que en el propio ejército romano. Como sucede a menudo, la fortuna esperaba al virtuoso. En la primera batalla Sempronio desplegó sus fuerzas sin plan ni previsiones, la línea de combate no se fortaleció con reservas, ni colocó la caballería en una posición adecuada. Los gritos de guerra fueron el primer indicio de cómo se desarrollaba el combate; los del enemigo eran más animados y sostenidos; los romanos eran irregulares, intermitentes, sonando más débiles a cada repetición y traicionando su menguante valor. Oyendo esto, el enemigo atacó con mayor fuerza, empujó con sus escudos y blandió sus espadas. En el otro lado, los cascos caían conforme los hombres miraban a su alrededor buscando apoyo; los hombres vacilaron, se detuvieron y apretaron buscando mutua protección; en un momento, los estandartes que permanecían en su terreno eran abandonados por la primera fila, al siguiente se retiraban entre sus respectivos manípulos. Hasta el momento no había ninguna huida real, no se había decidido la victoria. Los romanos estaban defendiéndose más que luchando y los volscos avanzaban, forzando a sus líneas a retroceder; se veían más romanos muertos que huidos.

[4,38] Ahora cedían por todas partes; en vano les alentaba y reprendía el cónsul Sempronio, ni

su autoridad ni su dignidad sirvieron de nada. Habrían sido pronto completamente derrotados si Sexto Tempanio, decurión de la caballería, no hubiese dado la vuelta con su valor a la desesperada situación. Gritó a los jinetes que saltasen de sus caballos si querían salvar la república, y todas las fuerzas de caballería siguieron sus órdenes como si fuesen las del cónsul. *A menos*, continuó, *que esta cohorte soporte el ataque del enemigo, éste es el final de nuestra independencia. ¡Seguid mi lanza como si fuera vuestro estandarte! Mostrar por igual a romanos y volscos que no hay caballería que os iguale como jinetes ni infantería que os iguale como infantes!*. Esta conmovedora llamada fue contestada con gritos de aprobación, y él caminó a largos pasos sosteniendo erecta la lanza. Por donde iban, forzaban el paso; manteniendo al frente sus escudos, iban por aquellos sectores del campo de batalla donde veían en mayores dificultades a sus camaradas; allá donde marchaban restauraban la situación del combate y, sin duda, si tan pequeño cuerpo hubiera podido atacar a la vez toda la línea, el enemigo habría sido derrotado.

[4.39] Como era imposible resistirlos en ninguna parte, el general volsco dio orden de que se abriera un pasillo a su nueva cohorte armada de escudos, hasta que por el ímpetu de su carga se les pudo separar del cuerpo principal. Tan pronto como esto sucedió, no pudieron regresar por donde habían avanzado pues el enemigo se había concentrado allí fuertemente. Cuando el cónsul y las legiones romanas perdieron de vista a los hombres que habían sido el escudo de todo el ejército, se esforzaron por evitar a toda costa que tan valientes compañeros fuesen rodeados y abrumados por el enemigo. Los volscos formaron dos frentes; en una dirección, se enfrentaron al ataque del cónsul y las legiones; por la otra, presionaron a Tempanio y sus soldados. Cuando éstos últimos, después de varios intentos, se vieron incapaces de regresar a su cuerpo principal, tomaron posesión de un terreno elevado, y formando un círculo se defendieron, no sin infligir pérdidas al enemigo. La batalla no terminó hasta el anochecer. El cónsul también combatió al enemigo, sin cesar la intensidad del combate mientras hubo luz. La noche, por fin, dio término a la indecisa situación y la ignorancia del resultado produjo tal pánico en ambos campamentos que los dos ejércitos, pensando que estaban derrotados, abandonaron sus heridos y la mayor parte de su impedimenta y se retiraron a las colinas cercanas. Sin embargo, la elevación de la que Tempanio se había apoderado permaneció rodeada hasta pasada la medianoche, cuando se anunció al enemigo que su campamento había sido abandonado. Considerando esto como prueba de que su ejército había sido derrotado, huyeron en todas direcciones, donde en la oscuridad les llevaba su miedo. Tempanio, temiendo ser sorprendido, mantuvo unidos a sus hombres hasta el amanecer. Luego bajó con unos cuantos para hacer un reconocimiento, y después averiguar por los enemigos heridos que el campamento volsco había sido abandonado, lleno de alegría dijo a sus hombres que bajasen y marcharon hacia el campamento romano. Aquí se encontró una triste desolación; todo presentaban el mismo aspecto miserable que el campamento enemigo. Antes de que el descubrimiento de su error pudiera atraer nuevamente a los volscos, reunió a todos los heridos que pudo llevar con él, y como no sabía qué dirección había tomado el dictador, se dirigió por el camino más directo a la Ciudad.

[4.40] Allí habían llegado ya los rumores de una batalla desfavorable y del abandono del campamento. Por encima de todo, se lamentó el destino de la caballería y la comunidad entera sintió su pérdida como si fuese la de sus familias. Hubo pánico por toda la Ciudad, y el cónsul Fabio situó piquetes a las puertas cuando descubrieron a la caballería en la distancia. Su aspecto produjo terror, pues no sabían quiénes eran; luego fueron reconocidos y los miedos dieron paso a tanta alegría que la Ciudad sonaba son gritos de felicitación por que la caballería hubiese vuelto sana y victoriosa. El pueblo se congregó en las calles, fuera de los hogares que justo antes habían estado de luto y llenos de lamentos por los muertos; madres ansiosas y esposas, olvidando con su alegría el decoro, corrieron hasta la columna de jinetes, abrazando a sus propios amigos y casi sin controlar sus mentes ni sus cuerpos por la felicidad. Los tribunos de la plebe establecieron el día para el juicio de Marco Postumio y de Tito Quincio, en base a su derrota en Veyes, y pensaban que era una buena

ocasión para dirigir la opinión pública contra ellos por el odio que ahora tenían a Sempronio. Por lo tanto, convocaron a la Asamblea y en tono emocionado declararon que la república había sido traicionada en Veyes por sus generales, y que por no haber sido llamados a rendir cuentas, el ejército que luchaba contra los volscos había sido traicionado por el cónsul, su caballería había sido masacrada y se había abandonado vergonzosamente el campamento. Cayo Junio, uno de los tribunos, ordenó que Tempanio fuese llamado y se dirigió a él de este modo: *Sexto Tempanio, te pregunto, ¿consideras que el cónsul Cayo Sempronio comenzó la acción en el momento oportuno, reforzó sus líneas, o dejó de cumplir con los deberes de un buen cónsul? Cuando las legiones romanas estaban en la peor posición, ¿hiciste desmontar por tu propia autoridad a la caballería y restauraste la situación? ¿Y cuando la caballería y tú fuisteis separados del cuerpo principal, envió el cónsul ayuda o intentó prestaros auxilio? Más aún, ¿recibiste refuerzos al día siguiente o forzasteis el paso hacia el campamento con sólo vuestro valor? ¿Encontrasteis algún cónsul, algún ejército en el campamento, o estaba abandonado y con los soldados heridos dejados a su suerte? Tu honor y lealtad, que por sí solos han mantenido a la República en esta guerra, requieren que declares hoy estas cosas. Por último, ¿dónde está Cayo Sempronio? ¿Dónde están nuestras legiones? ¿Fuiste abandonado o has abandonado tú al cónsul y al ejército? En una palabra, ¿estamos derrotados, o hemos salido victoriosos?*

[4.41] Se dice que el discurso de Tempanio en contestación estuvo completamente desprovisto de elegancia, pero lleno de la dignidad de un soldado, libre de autoalabanzas y sin demostrar placer al culpar a otros. *No es cosa de un soldado*, dijo, *criticar a su general o juzgar cuál sea su competencia militar; eso es algo que corresponde al pueblo romano cuando lo eligen cónsul. Por tanto, no deben exigirle de él que diga qué tácticas debe adoptar un general, o que capacidades debe mostrar un cónsul; ésos eran asuntos que hasta las más grandes mentes e intelectos sopesaban muy cuidadosamente. Él podía, no obstante, relatar lo que vio. Antes de quedar separado del cuerpo principal vio al cónsul peleando en primera línea, animando a sus hombres, yendo y viniendo entre los estandartes romanos y los proyectiles del enemigo. Después que él, el orador, perdiera de vista a sus compañeros, supo por el ruido y los gritos que el combate siguió hasta la noche; no creía que se pudiera haber abierto camino hasta la altura que él había tomado, debido al gran número de enemigos. Dónde estuviera el ejército, él no lo sabía; pensaba que como, en un momento de tan gran peligro, había encontrado abrigo para él y sus hombres en la naturaleza del terreno, el cónsul habría elegido una posición más fuerte para su campamento donde guarnecer su ejército. No creía que los volscos estuviesen en mejor situación que los romanos; la diversa fortuna de la lucha y la caída de la noche dio lugar a toda clase de errores por ambas partes.* Luego les suplicó que no le tuvieran allí por más tiempo, pues estaba agotado por sus esfuerzos y sus heridas; tras esto fue despedido en medio de fuertes elogios de su modestia, no menos que por su valor. Mientras esto ocurría, el cónsul había alcanzado la vía Labicana y estaba en el santuario de Quietas. Desde la Ciudad se le enviaron carruajes y bastimentos para el transporte del ejército, que estaba agotado por la batalla y por la marcha nocturna. Poco después, el cónsul entró en la Ciudad, deseando dar a Tempanio los elogios que tanto merecía como descargar la culpa de sus hombros. Mientras los ciudadanos estaban de duelo por sus reveses y enojados con sus generales, Marco Postumio, que como tribuno consular tuvo el mando en Veyes, fue llevado a juicio. Fue condenado a una multa de 10.000 ases. Su colega, Tito Quincio, que había vencido a los volscos, bajo los auspicios del dictador Postumio Tuberto, y también en Fidenas como segundo del otro dictador, Mamerco Emilio, echó toda la culpa del desastre de Veyes a su colega, que ya había sido condenado. Fue absuelto por el voto unánime de las tribus. Se dice que el recuerdo de su venerado padre, Cincinato, le fue de mucha ayuda, como también lo fue el ahora ya anciano Capitolino Quincio, quien les rogó encarecidamente que no permitiesen que él, por la poca vida que le quedaba, hubiese de ser el portador de tan tristes noticias a Cincinato.

[4.42] La plebe eligió como tribunos, en su ausencia, a Sexto Tempanio, a Aulo Selio, a Sexto Antistio y a Espurio Icilio, todos los cuales habían sido, por consejo de Tempanio, elegidos por los caballeros para servir como centuriones. La exasperación contra Sempronio había hecho ofensivo el nombre mismo de cónsul, por lo que el Senado ordenó que se eligieran tribunos militares con potestad consular. Sus nombres eran Lucio Manlio Capitolino, Quinto Antonio Merenda y Lucio Papirio Mugilano. Al comienzo del año *(422 a.C.)*, Lucio Hortensio, un tribuno de la plebe, designó un día para el juicio de Cayo Sempronio, el cónsul del año anterior. Sus cuatro colegas le rogaron, públicamente, a la vista de todo el pueblo romano, que no enjuiciase a su inofensivo jefe, contra el que no se podía alegar más que mala suerte. Hortensio se enojó, porque consideró esta petición como un intento de poner a prueba su perseverancia y que las instancias de los tribunos eran únicamente para guardar las apariencias; y estaba convencido el cónsul no confiaba en sus ruegos, sino en que interpusieran el veto. Volviéndose a Sempronio, le preguntó: *¿Dónde está tu espíritu patricio y el valor que se apoya en la seguridad de la propia inocencia? ¡Un ex-cónsul protegido de hecho bajo el ala de los tribunos!* Luego se dirigió a sus colegas: *Y vosotros, ¿qué haréis si sigo con la acusación? ¿Privaréis al pueblo de su jurisdicción y subvertiréis el poder de los tribunos?* Ellos le replicaron que la autoridad del pueblo tenía la supremacía sobre Sempronio y sobre cualquier otro; no tenían ni el deseo ni la potestad de acabar con el derecho del pueblo a juzgar, pero si sus súplicas en nombre de su jefe, que era como un segundo padre para ellos, resultaban infructuosas, se pondrían de su lado. Entonces Hortensio les respondió: *La plebe romana no verá a sus tribunos en tal situación; desisto de todas las acusaciones contra Cayo Sempronio, pues ha vencido, durante su mandato, al lograr ser tan querido por sus soldados.* Así, plebeyos y patricios quedaron satisfechos por el leal afecto de los cuatro tribunos, y tanto más por la forma en que Hortensio había cedido a sus justas protestas.

[4.43] Los cónsules para el siguiente año fueron Numerio Fabio Vibulano y Tito Quincio Capitolino, el hijo de Capitolino *(421 a.C.)*. Los ecuos habían reclamado la dudosa victoria de los volscos como propia, pero la fortuna no les favoreció. La campaña contra de ellos se encargó a Fabio, pero no ocurrió nada digno de mención. Su desmoralizado ejército no había hecho más que acto de presencia, siendo derrotado y puesto en vergonzosa huida, por lo que el cónsul no ganó mucha gloria en esta acción. Se le negó, por tanto, un triunfo; pero como había borrado la desgracia de la derrota de Sempronio, se le permitió disfrutar de una ovación. Como, contrariamente a las expectativas, la guerra terminó con menos lucha de la temida, la calma en la Ciudad fue rota por graves e inesperados disturbios entre la plebe y los patricios, que empezaron con la duplicación del número de cuestores. Se propuso crear, además de los cuestores de la Ciudad, otros dos para ayudar a los cónsules en diversas tareas relacionadas con la guerra. Cuando esta propuesta fue presentada por los cónsules ante el Senado y hubo recibido el efusivo apoyo de la mayoría de la Cámara, los tribunos de la plebe insistieron en que la mitad debía ser elegida de entre los plebeyos; hasta aquel momento sólo se habían elegido patricios. A esta demanda, en un principio, se opusieron resueltamente el Senado y los cónsules; después cedieron tanto como para permitir la misma libertad en la elección de los cuestores como ya tenía el pueblo en la de los tribunos consulares. A lo ganar nada con esto, desistieron de la propuesta paritaria de aumento numérico de cuestores. Los tribunos presentaron otras muchas propuestas revolucionarias, en rápida sucesión, incluyendo una Ley Agraria. Como consecuencia de estas conmociones, el Senado quería que se eligiesen cónsules en vez de tribunos, pero debido al veto de los tribunos no se pudo aprobar una resolución formal y, al expirar el año de magistratura de los cónsules, siguió un interregno; e incluso éste no transcurrió sin gran lucha, pues los tribunos vetaban cualquier reunión de los patricios.

La mayor parte del año siguiente *(420 a.C.)* se perdió en los conflictos entre los nuevos tribunos de la plebe y algunos de los interreges. Unas veces intervenían los tribunos para impedir que se reunieran los patricios y eligiesen un interrex, otras veces interrumpían al interrex y le

impedían obtener un decreto para elegir cónsules. Por último, Lucio Papirio Mugilano, que había sido nombrado interrex, reprendió severamente al Senado y a los tribunos, y les recordó que de la tregua con Veyes y la inactividad de los ecuos, y sólo de éstas, dependía la seguridad del Estado, que había sido olvidada y abandonada por los hombres, aunque protegida por el cuidado providencial de los dioses. *¿Os gustaría que el Estado fuese tomado por sorpresa si se produjese alguna alarma por aquel lado, sin ningún magistrado patricio, sin ningún ejército ni general para alistarlo? ¿Iban a repeler una guerra exterior mediante una civil? Si ambas vinieran juntas, la destrucción de Roma no podía evitarse, ni siquiera con la ayuda de los dioses. ¡Que tratasen de establecer la concordia haciendo concesiones por ambos lados: los patricios, permitiendo que se eligieran tribunos consulares en vez de cónsules; los tribunos de la plebe, no interfiriendo con la libertad del pueblo para elegir cuatro cuestores, fuesen patricios o plebeyos!*

[4.44] La elección de los tribunos consulares fue la primera en celebrarse. Todos ellos fueron patricios: Lucio Quincio Cincinato, por tercera vez, Lucio Furio Medulino, por segunda, Marco Manlio y Aulo Sempronio Atratino. Éste último llevó a cabo la elección de los cuestores. Entre otros candidatos plebeyos, estaba el hijo de Antistio, tribuno de la plebe, y un hermano de Sexto Pompilio, otro tribuno. Su autoridad e interés no eran, sin embargo, lo bastante fuertes como para impedir que los votantes prefiriesen a aquellos de alta cuna a cuyos padres y abuelos habían visto ocupar la silla consular. Todos los tribunos de la plebe estaban furiosos, y Pompilio y Antistio, sobre todo, estaban indignados por la derrota de sus familiares. *¿Qué significa todo esto?*, exclamaron airados. *A pesar de nuestros buenos oficios, a pesar de los males cometidos por los patricios, con toda la libertad de que ahora disfrutan para ejercer poderes que no tenían antes, ¡ni un solo miembro de la plebe ha sido elevado a la cuestura, por no hablar del tribunado consular! Las apelaciones de un padre en nombre de su hijo, de un hermano en nombre de su hermano, no han servido de nada aunque fuesen tribunos e investidos de la autoridad inviolable para proteger vuestras libertades. Tiene que haber habido fraude en esto; Aulo Sempronio debe haber usado más artimañas en las elecciones de lo que era compatible con el honor.* Lo acusaron de haber apartado a sus hombres de las magistraturas por medios ilegales. Como no le podían atacar directamente, protegido como estaba por su inocencia y su cargo oficial, volvieron su resentimiento contra Cayo Sempronio, el tío de Atratino, y tras haber obtenido el apoyo de su colega, Marco Canuleyo, le acusaron en base a la desgracia sucedida en la guerra contra los volscos.

Estos mismos tribunos frecuentemente presentaban en la Senado la cuestión de la distribución de tierras públicas, a la que Cayo Sempronio siempre se resistía con firmeza. Pensaron, y con razón, como probaron los hechos, que cuando llegase el día del juicio, abandonaría su oposición y así perdería influencia con los patricios o, de persistir en ella, ofendería a los plebeyos. Optó por lo último, y prefirió incurrir en el odio de sus adversarios y perjudicar su propia causa antes que traicionar el interés del Estado. Insistió en que *no debe haber concesiones de tierras, que sólo aumentarán la influencia de los tres tribunos; lo que ahora querían no eran tierras para la plebe sino que le odiaran a él. Como otros, enfrentaría la tormenta con ánimo valeroso; ni él ni ningún otro ciudadano debía tener tanto peso en el Senado como para que cualquier muestra de clemencia hacia un particular resultase desastrosa para la comunidad*. Cuando llegó el día del juicio no ablandó su tono, se hizo cargo de su propia defensa y, aunque los patricios trataron por todos los medios de ablandar a los plebeyos, fue condenado a pagar una multa de 15.000 ases. En este mismo año Postumia, una virgen vestal, tuvo que responder a una acusación por falta de castidad. Aunque inocente, había dado motivos de sospecha por su atuendo amanerado y sus modos liberales impropios de una doncella. Después de haber sido remitida y finalmente absuelta por el Pontífice Máximo, éste, en nombre de todo el colegio de sacerdotes, le ordenó abstenerse de frivolidad y vivir santamente en lugar de ocuparse de su apariencia. Este mismo año, Cumas, por aquel entonces en poder de los griegos, fue capturada por los campanos.

[4.45] El año siguiente *(419 a.C.)* tuvo como tribunos militares con poderes consulares a Agripa Menenio Lanato, Publio Lucrecio Tricipitino y Espurio Naucio Rutilo. Gracias a la buena fortuna de Roma, el año estuvo marcado por un grave peligro más que por un desastre real. Los esclavos habían urdido un complot para prender fuego a la Ciudad en varios puntos y, mientras la gente estuviera intentando salvar sus casas, apoderarse del Capitolio. Júpiter frustró su proyecto nefasto, dos de ellos informaron del asunto y los verdaderos culpables fueron detenidos y castigados. Los informantes recibieron una recompensa de 10.000 ases (una gran suma en aquella época), con cargo a la hacienda pública, y su libertad. Después de esto los ecuos empezaron a prepararse para reanudar las hostilidades, y se supo en Roma de buena fuente que un nuevo enemigo, los labicos, se estaban aliando con sus antiguos enemigos. La república había llegado a considerar las hostilidades con los ecuos casi como una constante anual. Se enviaron embajadores a Labico. Les respondieron con evasivas; era evidente que, si bien no había preparativos bélicos inmediatos, la paz no duraría mucho. Se pidió a los tusculanos que estuviesen alertas ante cualquier movimiento de los labicos. Los tribunos militares con potestad consular para el año siguiente *(418 a.C.)* fueron Lucio Sergio Fidenas, Marco Papirio Mugilano y Cayo Servilio, el hijo del Prisco en cuya dictadura se tomó Fidenas. Justo al comienzo de su mandato, llegaron mensajeros de los túsculos e informaron de que los labicos habían tomado las armas y que en unión de los ecuos habían, después de asolar el territorio túsculo, asentado su campamento en el Álgido. Así pues, se declaró la guerra y el Senado decretó que dos tribunos debían partir a la guerra mientras el otro quedaba a cargo de la Ciudad. A su vez, esto condujo a una disputa entre los tribunos. Cada uno pidió a sus superiores tener el mando de la guerra y consideraban el quedar a cargo de la Ciudad como algo innoble y de poca gloria. Mientras los senadores contemplaban asombrados esta lucha indecorosa entre colegas, Quinto Servilio dijo: *Ya que no mostráis respeto ni por esta cámara ni por el Estado, la autoridad de los padres ha de poner fin a esta disputa. Mi hijo, sin tener que recurrir a las suertes, se hará cargo de la Ciudad. Confío en que aquellos que tanto ansían el mando de la guerra, la conducirán con espíritu más amigable y sensato del que han mostrado en su afán por obtenerlo*.

[4.46] Se decidió no se alistaría indiscriminadamente a toda la población; se eligieron diez tribus por sorteo; de éstas, los dos tribunos alistaron los hombres en edad militar y los condujeron a la guerra. Las querellas que habían comenzado en la Ciudad se calentaron aún más en el campamento, pues ambos tribunos seguían ambicionando el mando. No se pusieron de acuerdo en nada, porfiaban por sus propias opiniones y querían que sólo se llevasen a cabo sus propios planes y órdenes, despreciándose mutuamente. Por fin, por las protestas y reproches de los generales, se arreglaron las cosas de manera que acordaron ostentar el mando en días alternos. Cuando se informó a Roma de este estado de cosas, se dice que Quinto Servilio, advertido por la edad y la experiencia, ofreció una oración solemne para que el desacuerdo entre los tribunos por resultase aún más dañino para el Estado de lo que había sido en Veyes; luego, como la catástrofe era, sin duda, inminente, urgió a su hijo para que alistase tropas y armas. No resultó ser un falso profeta.

Sucedió que a Lucio Sergio le tocaba detentar el mando y el enemigo, mediante una huida fingida, logró conducir las fuerzas del tribuno a un terreno desfavorable cercano a su campamento, con la vana esperanza de asaltarlo. Entonces los ecuos hicieron una carga por sorpresa y les forzaron hasta un valle escarpado donde los romanos fueron sobrepasados en número y masacrados en lo que no fue tanto una huida como un amontonarse los unos sobre los otros. Con dificultad alcanzaron su campamento ese día; al siguiente, después que el enemigo hubiese rodeado gran parte del campamento, lo evacuaron mediante una fuga vergonzosa por la puerta trasera. Los jefes y los generales y todos los que estaban más cercanos a los estandartes se marcharon a Túsculo; los demás se dispersaron por los campos en todas direcciones y marcharon a Roma extendiendo las noticias de una derrota más grave de lo que realmente fue. Se sintió menos preocupación por ser el resultado que todos temían y por los refuerzos y medidas tomadas de antemano por el tribuno consular. Por

orden suya, después que los magistrados inferiores tranquilizasen las cosas, se enviaron partidas de reconocimiento a explorar el terreno; éstas informaron de que los generales y el ejército estaban en Túsculo y que el enemigo no había abandonado su campamento. Lo que más hizo para restaurar la confianza fue el nombramiento, por decreto senatorial, de Quinto Servilio Prisco como dictador. Los ciudadanos ya habían tenido experiencia previa de su visión política en muchas crisis, y la de esta guerra ofreció una nueva prueba, pues sólo él previó el peligro que supondrían las disensiones entre los tribunos antes que tuviese lugar el desastre. Nombró como su Jefe de la Caballería al tribuno por el que había sido nombrado dictador, o sea, a su propio hijo. Esto al menos es lo que dicen algunos autores, otros dicen que Ahala Servilio fue el Jefe de la Caballería ese año. Con su nuevo ejército se dirigió al núcleo de la guerra y, tras recobrar las tropas que se encontraban en Túsculo, seleccionó una posición para su campamento distante dos millas del enemigo.

[4.47] La arrogancia y el descuido que habían mostrado los generales romanos se trasladaron a los ecuos en el momento de su victoria. El resultado de esto se vio en la primera batalla. Tras desordenar el frente enemigo con una carga de caballería, el dictador ordenó que se adelantasen rápidamente los estandartes de las legiones; como uno de los abanderados dudase, él mismo le mató. Tan ansiosos estaban los romanos por combatir que los ecuos no pudieron resistir el choque. Expulsados del campo de batalla, huyeron hacia su campamento; el asalto de éste llevó menos tiempo y supuso menos lucha, de hecho, que la propia batalla. El dictador entregó el botín del campamento a los soldados. La caballería, que había perseguido a los enemigos que huían, trajo la noticia de que todos los labicos derrotados y gran parte de los ecuos había huido a Labico. Por la mañana, el ejército marchó a Labico y, después rodear completamente la ciudad, la asaltaron y saquearon. Tras volver a casa con su ejército victorioso, el dictador renunció a su magistratura sólo una semana después de haber sido nombrado. Antes de que los tribunos de la plebe tuviesen tiempo de sembrar divisiones sobre la división del territorio labico, el Senado, en una sesión plenaria, aprobó una resolución para que un grupo de colonos se asentasen en Labico. Se enviaron mil quinientos colonos, y cada uno recibió un lote de dos yugadas. Al año siguiente a la captura de Labico *(417 a.C.)* fueron tribunos militares con potestad consultar Menenio Lanato, Lucio Servilio Estructo, Publio Lucrecio Tricipitino (todos por segunda vez) y Espurio Veturio Craso. Para el año siguiente *(416 a.C.)* fueron nombrados Aulo Sempronio Atratino (por tercera vez) y Marco Papirio Mugilano y Espurio Naucio Rutilo, por segunda vez cada uno. Durante estos dos años, los asuntos extranjeros estuvieron en calma, pero en casa hubo discordia a propósito de las leyes agrarias.

[4.48] Los instigadores de los disturbios fueron Espurio Mecilio, que era tribuno de la plebe por cuarta vez, y Marco Metilio, tribuno por tercera vez; ambos habían sido elegidos en ausencia. Presentaron una propuesta para que un territorio capturado al enemigo se adjudicara a propietarios individuales. Si esto se aprobase las fortunas de gran parte de la nobleza se confiscarían. Pues, ya que hasta la misma Ciudad se había fundado sobre suelo extranjero, difícilmente poseían algún terreno que no hubiera sido ganado por las armas, o que nadie aparte del pueblo poseería algo que hubiera sido vendido o públicamente asignado. Aquello tenía todo el aspecto de un amargo conflicto entre la plebe y los patricios. Los tribunos consulares, después de discutir el asunto en el Senado y en reuniones privadas de patricios, estaban perdidos sobre qué hacer, y fue entonces cuando Apio Claudio, el nieto del antiguo decemviro antiguo y el senador en activo más joven, se levantó para hablar. Se le representa diciendo que iba a traer un viejo consejo, bien conocido en su familia. Su abuelo, Apio Claudio, había señalado al Senado la única manera de romper el poder de los tribunos, es decir, mediante la interposición del veto de sus colegas. Los hombres que habían surgido de las masas eran fácilmente inducidos a cambiar de opinión por la autoridad personal de los dirigentes del Estado, con sólo abordárseles en un lenguaje adecuado a la ocasión en vez de a la categoría del orador. Sus sentimientos cambiaban con sus fortunas. Cuando veían que aquellos de sus colegas que eran los primeros en proponer cualquier medida se apropiaban de todo el crédito de

la plebe y no dejaban lugar para ellos, no tenían problema en aproximarse al bando del Senado y así ganar el favor de todo el orden y no sólo el de sus dirigentes. Sus puntos de vista contaron con la aprobación universal; Quinto Servilio Prisco fue el primero en felicitar al joven por no haber desmerecido a los antiguos Claudios. Se encargó a los líderes del Senado que persuadieran a cuantos tribunos pudiesen para que interpusieran su veto. Tras el cierre de la sesión, sondearon a los tribunos. Usando de la persuasión, las advertencias y las promesas, les mostraron cuán agradable les resultaría esa medida a ellos, individualmente, y a todo el Senado. Así lograron convencer a seis.

Al día siguiente, de conformidad con un acuerdo anterior, la atención del Senado se dirigió a la agitación que Mecilio y Metilius estaban causando al proponer un soborno del tipo de trabajo posible. Se pronunciaron discursos por los líderes del Senado, declarando cada uno por turno que no podían sugerir ningún curso de acción, y que no veían más recurso que la asistencia de los tribunos. Para la protección de ese poder, el Estado en su vergüenza, como un impotente ciudadano privado, corría en busca de ayuda. Era gloria de los tribunos y de la autoridad que ejercían, que poseyeran tanta fuerza para resistir a colegas maliciosos como para acosar al Senado y producir disensiones entre ambos órdenes. Surgieron gritos por todas partes del Senado y se llamaba a los tribunos desde cada esquina de la Cámara. Cuando el silencio se restableció, los tribunos que habían sido ganados dejaron en claro que ya que el Senado opinaba que la medida propuesta conduciría a la desintegración de la República, ellos debían interponer su veto sobre ella. Se les dio oficialmente las gracias por el Senado. Los proponentes de la medida convocó a una reunión en la que acusaron de abuso a sus colegas, llamándolos *traidores a los intereses de la plebe* y *esclavos de los cónsules*, entre otros epítetos insultantes. Luego, retiraron la propuesta.

[4.49] Los tribunos militares con potestad consular para el año siguiente *(415 a.C.)* fueron Publio Cornelio Coso, Cayo Valerio Potito, Quinto Quincio Cincinato y Numerio Fabio Vibulano. Habría habido dos guerras ese año si los jefes veyentinos no hubiesen aplazado las hostilidades debido a escrúpulos religiosos. Sus tierras habían sufrido una inundación del Tíber que destruyó sobre todo sus granjas. Los bolanos, un pueblo de la misma nación que los ecuos, había efectuado incursiones en el territorio vecino de Labico y atacó a los colonos recién asentados con la esperanza de evitar las consecuencias al recibir el apoyo de los ecuos. Pero la derrota que sufrieron tres años antes les disuadió de ayudarles; los bolanos, abandonados por sus amigos, perdieron ciudad y territorio tras un asedio y un insignificante combate en una guerra que ni siquiera merece la pena reseñar. Lucio Decio, un tribuno de la plebe, trató de presentar una propuesta para que se enviasen colonos a Bola como ya se hizo en Labico, pero fue derrotado por la intervención de sus colegas, que dejaron claro que no permitirían que se aprobase ninguna resolución de la plebe, excepto con autorización del Senado.

Los tribunos militares con poderes consulares para el año siguiente *(414 a.C.)* fueron Cneo Cornelio Coso, Lucio Valerio Potito, Quinto Fabio Vibulano (por segunda vez) y Marco Postumio Albino. Los ecuos recapturaron Bola y fortalecieron la ciudad al asentar nuevos colonos. La guerra contra los ecuos fue confiada a Postumio, un hombre de carácter violento y obstinado que, sin embargo, mostró más en la hora de la victoria que durante la guerra. Después de marchar con su apresuradamente alistado ejército hacia Bola y quebrantar el espíritu de los ecuos con algunas acciones insignificantes, se abrió finalmente paso dentro de la ciudad. Luego desvió la contienda del enemigo hacia sus propios conciudadanos. Durante el asalto había ordenado que el botín sería para los soldados, pero tras capturar la ciudad faltó a su palabra. Yo me inclino a creer que éste fue el motivo real para el resentimiento que sentía el ejército, pues en una ciudad que había sido recientemente saqueada y donde hacía poco se había asentado una nueva colonia, la cantidad de botín sería menor de la que el tribuno había supuesto. Después de haber regresado a la Ciudad, convocado por sus colegas a causa de los desórdenes excitados por los tribunos de la plebe, el odio contra él aumentó por una expresión estúpida y casi loca que profirió en una Asamblea. El tribuno Marco Sextio estaba presentando una ley agraria y mencionaba que una de sus disposiciones era

que se asentarían colonos en Bola. *Aquellos,* dijo, *que habían capturado Bola merecían que la ciudad y su territorio se les entregase*. Postumio exclamó: *¡Mala cosa será para mis soldados si no guardan silencio!* Esta exclamación resultó tan ofensiva para los senadores, cuando se enteraron de ella, como lo fue para la Asamblea. El tribuno de la plebe era un hombre inteligente y un no mal orador; se encontraba ahora entre sus oponentes con un hombre de carácter insolente y lengua caliente, a quien podía irritar y provocar para que dijera cosas que atraerían el odio no sólo sobre él sino, por su culpa, también sobre todo su orden. A ninguno de los tribunos consulares citaba más a menudo en los debates que a Postumio. Después de que el antes citado profiriese una tosca y brutal expresión, Sextio dijo: *¿Oís, Quirites, cómo amenaza este hombre a sus soldados, como si fueran esclavos? ¿Os parecerá este monstruo más digno de su alto cargo que los hombres que están intentando enviaros como colonos para recibir gratis el regalo de una ciudad y su tierra y daros un lugar de descanso en vuestra vejez? ¿Más que quienes pelean valientemente por vuestros intereses contra tan salvajes e insolentes oponentes? Ahora ya podéis empezar a preguntaros por qué tan pocos asumen la defensa de vuestra causa. ¿Qué han de esperar de vosotros? ¿Altos cargos? Preferís conferirlos a vuestros enemigos antes que a los campeones del pueblo romano. Sólo murmuráis indignados ahora que oís lo que ha dicho este hombre. ¿Qué diferencia hay? Si tuvieseis que votar ahora, preferiríais a este hombre que os amenaza con castigaros antes que a los que os aseguran tierras, hogar y propiedad*.

[4,50] Cuando se informó de esta expresión a los soldados del campamento, éstos se indignaron aún más. *¿Pues qué?*, dijeron, *¿Amenaza con castigar a sus soldados el estafador de botines, el ladrón?* Aún con tan abiertas expresiones de odio, el cuestor Publio Sestio trató de reprimir la excitación con la misma muestra de violencia que la había provocado. Se mandó un lictor contra un soldado que estaba gritando y esto provocó el alboroto y el desorden. El cuestor fue alcanzado por una piedra y lo retiraron de la multitud; el hombre que lo había herido exclamó que el cuestor había conseguido lo que merecía el comandante que amenazaba a sus soldados. Postumio fue enviado para hacer frente al estallido; empeoró la irritación general por la forma despiadada en que condujo su investigación y la crueldad de los castigos que infligió. Al final, cuando su ira rebasó todos los límites y una multitud se había congregado a los gritos de los que él había condenado a morir a latigazos, él mismo bajó de su tribuna frenéticamente, yendo hacia quienes estaban interrumpiendo la ejecución; los lictores y centuriones trataban de dispersar a la multitud, llevándola a tal estado de exasperación que el tribuno quedó sepultado por una lluvia de piedras lanzadas por su propio ejército. Cuando este hecho terrible se supo en Roma, los tribunos consulares instaron al Senado para que ordenase una investigación sobre las circunstancias de la muerte de su colega, pero los tribunos de la plebe interpusieron su veto. Esta cuestión estaba estrechamente relacionada con otro asunto controvertido. El Senado temía que los plebeyos, fuera por temor a una investigación o por ira, eligieran a los tribunos consulares de entre ellos mismos así que hicieron cuanto pudieron para garantizar la elección de cónsules en su lugar. Como los tribunos de la plebe no permitían que el Senado aprobase tal decreto y vetaban la elección de cónsules, la cuestión quedó en un interregno. El Senado, finalmente, consiguió la victoria.

[4.51] Quinto Fabio Vibulano, como interrex, presidió las elecciones. Los cónsules electos fueron Aulo Cornelio Coso y Lucio Furio Medulino. Al comienzo de su año de mandato *(413 a.C.)*, se aprobó una resolución por el Senado que facultaba a los tribunos para someter ante la plebe, a la mayor brevedad posible, el tema de una investigación sobre las circunstancias de la muerte de Postumio, permitiendo que la plebe eligiese quién sería el que presidiría la investigación. La plebe, por unanimidad, votó remitir el asunto a los cónsules. Cumplieron su deber con la mayor moderación y clemencia; sólo unos cuantos fueron castigados, y había buenas razones para creer que ésos se dieron muerte ellos mismos. No pudieron evitar, sin embargo, que su actuar fuese agriamente rechazado por la plebe, quien se quejaba de que las medidas que iban en su provecho

fuesen diferidas y que las que tocaban al castigo y muerte de sus miembros se aplicaban inmediatamente. Después que se hubiera impuesto la justicia sobre el motín, habría sido un paso de lo más político aplacar su resentimiento distribuyendo el territorio conquistado de Bola. Si el Senado hubiese acometido esto, habría disminuido el afán por una ley agraria que se proponía expulsar a los patricios de su injusta ocupación de los dominios del Estado. Así las cosas, la sensación de injuria fue aún más aguda porque la nobleza no sólo estaba determinada a conservar por la fuerza las tierras públicas, que ya poseían, sino que de hecho rehusaban distribuir el territorio sin dueño recientemente conquistado que sería pronto, como todo lo demás, objeto de apropiación por unos pocos. Durante este año el cónsul Furio condujo las legiones contra los volscos, que estaban asolando el territorio hérnico. Como no encontraron al enemigo allí, avanzaron contra Ferentino, donde gran número de volscos se habían retirado, y la tomaron. Hubo menos botín del que esperaban encontrar pues, como tenían pocas esperanzas de defender la plaza, los volscos se llevaron sus bienes y la evacuaron por la noche. Al día siguiente, cuando la capturaron, estaba casi desierta. La ciudad y su territorio fueron entregados a los hérnicos.

[4.52] Ese año que, gracias a la moderación de los tribunos, había estado libre de perturbaciones, fue seguido por otro en el que Lucio Icilio fue tribuno y los cónsules fueron Quinto Fabio Ambusto y Cayo Furio Pacilo *(412 a.C.)*. Al comenzar el año, aquel asumió la labor de agitación como si se tratara de la misión asignada a su nombre y a su familia, y anunció propuestas que abordarían la cuestión de la tierra. Debido al estallido de una epidemia que, sin embargo, produjo más alarma que mortandad, los pensamientos de los hombres se desviaron de las luchas políticas del Foro a sus hogares y a la necesidad de cuidar a los enfermos. La peste fue considerada menos dañina de lo que habría sido la agitación agraria. La comunidad se escapó con muy pocas muertes teniendo en cuenta el gran número de casos. Como suele suceder, la peste trajo una hambruna al año siguiente, debido a los campos dejados sin cultivar. Los nuevos cónsules fueron Marco Papirio Atratino y Cayo Naucio Rutilo *(411 a.C.)* El hambre habría sido más grave que la peste si no se hubiera aliviado la escasez enviando comisionados a todas las ciudades situadas en el Tirreno y el Tíber para comprar grano. Los samnitas, que ocupaban Capua y Cumas, se negaron con términos insolentes a cualquier comunicación con los comisionados; por otra parte, el Tirano de Sicilia prestó una generosa ayuda. Los mayores suministros fueron traídos por el Tíber, gracias a los buenos oficios de los etruscos. Como consecuencia de la prevalencia de la enfermedad en la República, los cónsules apenas encontraron hombres disponibles; como sólo se pudo comisionar a un senador para cada misión, se vieron obligados a adjuntarles dos caballeros. Aparte de la pestilencia y el hambre, no hubo problemas ni en casa ni en el extranjero durante estos dos años; pero tan pronto como esas causas de preocupación desaparecieron, todas las fuentes habituales de discordias en la república (disturbios en casa y guerras exteriores) estallaron de nuevo.

[4,53] Marco Emilio y Cayo Valerio Potito fueron los nuevos cónsules *(410 a.C.)*. Los ecuos hicieron preparativos para la guerra y los volscos, sin la sanción de su gobierno, tomaron las armas y les ayudaron como voluntarios. Al saberse de estos movimientos hostiles (ya habían cruzado a los territorios latinos y hérnicos), el cónsul Valerio empezó a reclutar tropas. Fue obstruido por Marco Menenio, el proponente de una ley agraria, y bajo la protección de este tribuno, a ninguno que se opuso a servir le tomaron el juramento. De repente llegó la noticia de que la fortaleza de Carvento había sido capturada por el enemigo. Esta humillación le dio el Senado la excusa para despertar el resentimiento popular contra Menenio, mientras que proporcionaba a los demás tribunos, que ya estaban preparados para vetar su ley agraria, mayor justificación para oponerse a su colega. Tuvo lugar una larga y enojosa discusión. Los cónsules pusieron a dioses y hombres como testigos de que Menenio, al obstruir el alistamiento, era el único responsable de cualquier desgracia y derrota que resultase o estuviese a punto de suceder de manos enemigas. Menenio, por su parte, protestó airadamente diciendo que si los que ocuparon las tierras públicas cesaban en su ocupación ilegal, él

no pondría ningún obstáculo para el alistamiento. Los nueve tribunos pusieron fin a la disputa mediante la interposición de una resolución formal, declarando que era intención del colegio apoyar al cónsul a despecho del veto de su colega, tanto si imponía multas o adoptaba otras formas de coerción sobre quienes rechazasen servir en la campaña. Armado con este decreto, el cónsul ordenó que los pocos que reclamaban la protección del tribuno fuesen detenidos y llevados ante él; lo que atemorizó a los demás y prestaron el juramento militar.

El ejército se dirigió a la fortaleza de Carvento y, aunque descontentos y resentidos contra el cónsul, apenas llegaron al lugar expulsaron a los defensores y recuperaron la ciudadela. El ataque fue facilitado por la ausencia de parte de la guarnición, que por la laxitud de sus generales estaba fuera robando, en una expedición de saqueo. El botín, que habían reunido en sus incesantes ataques y almacenaban aquí para asegurarlo, fue considerable. Así pues, el cónsul ordenó la venta en subasta ordenando a los cuestores que ingresasen lo obtenido en el Tesoro. Anunció que el ejército sólo tendría participación del botín cuando no hubieran rechazado servir. Esto aumentó la exasperación de la plebe y de los soldados contra el cónsul. El Senado le decretó una ovación y, mientras hacía su entrada ceremonial en la Ciudad, los soldados recitaban versos groseros, con su acostumbrada libertad, en los que el cónsul era insultado y Menenio alabado en pareados, con aplausos y vítores de los espectadores cada vez que se pronunciaba el nombre del tribuno. Esta última circunstancia produjo más inquietud en el Senado que la licencia de los soldados, que era casi una práctica habitual; y como no había duda de que si Menenio se presentaba candidato sería elegido tribuno consular, se le impidió mediante la elección de cónsules.

[4.54] Los dos elegidos fueron Cneo Cornelio Coso y Lucio Furio Medulino *(409 a.C.).* En ninguna otra ocasión se indignó más la plebe por no permitírsele elegir tribunos consulares. Mostraron su indignación en la elección de los cuestores, y tuvieron su venganza, porque fue la primera vez que se resultaron elegidos cuestores plebeyos; y tan lejos llevaron su resentimiento que de los cuatro que fueron elegidos sólo quedó un puesto para un patricio, Cesón Fabio Ambusto. Los tres plebeyos, Quinto Silio, Publio Elio y Publio Pupio, fueron elegidos con preferencia a los descendientes de las familias más ilustres. Fueron los Icilios, me parece, quienes indujeron al pueblo a mostrar su independencia en la votación; esa familia era la más hostil a los patricios y tres de sus miembros fueron elegidos tribunos ese año al alentar las esperanzas del pueblo en muchas e importantes reformas. Declararon que no iban a dar un solo paso si el pueblo no tenía el valor suficiente para elegir incluso a los cuestores que asegurasen el buen fin que tanto tiempo habían deseado y que las leyes habían puesto a su alcance, pues vieron que ésta era la única magistratura que el Senado había dejado abierta tanto a patricios como a plebeyos. Los plebeyos consideraron esto como una espléndida victoria; valoraban la cuestura no por lo que era en sí misma, sino como un camino abierto a los hombres nuevos hacia el consulado y los triunfos. Los patricios, por otra parte, estaban indignados; más que compartiéndolo, sentían más que estaban perdiendo todo el poder sobre el Estado. Y decían: "Si así van a ser las cosas, no se formará a los niños; pues si se les va a impedir ocupar las vacantes de sus mayores y ver mientras a otros en posesión de las dignidades que les pertenecen por derecho, se quedarán, privados de cualquier autoridad y poder, para actuar como salios o flámines, sin más obligación que la de ofrecer sacrificios por el pueblo". Ambas partes estaban irritadas, y como los plebeyos cobraran nuevos ánimos y tuviesen tres jefes de nombre ilustre para la causa popular, los patricios vieron que el resultado de todas las elecciones sería el mismo que la de los cuestores, donde el pueblo tenía libertad de elección. Se esforzaron, por tanto, en asegurar la elección de cónsules, que aún no estaba abierta a ambos órdenes; por su parte, los Icilios dijeron que se debían elegir tribunos consulares y que antes o después deberían compartir los más altos honores con la plebe.

[4.55] Pero, hasta entonces, los cónsules no habían hecho nada para impedirlo y que arrebatasen las deseadas concesiones de los patricios. Por una maravillosa clase de buena suerte,

llegaron noticias de que los volscos y ecuos habían hecho una incursión de rapiña en los territorios de los latinos y los hérnicos. El Senado decretó un alistamiento para esta guerra pero, cuando los cónsules comenzaron, los tribunos se les opusieron enérgicamente y declararon que ellos mismos y la plebe tenían ahora su oportunidad. Había tres de ellos, todos muy enérgicos, a los que se podría considerar de tan buena familia como les fuera posible, en tanto que plebeyos. Dos de ellos asumieron la misión de mantener una estrecha vigilancia sobre cada uno de los cónsules; al tercero se le encargó la obligación de azuzar y tranquilizar, alternativamente, al pueblo con sus arengas. Los cónsules no podían continuar con el alistamiento, ni los tribunos podían seguir con las votaciones que ansiaban. La Fortuna, finalmente, se puso del lado de la plebe, pues llegaron noticias de que, mientras las fuerzas de la fortaleza de Carvento estaban dispersas en busca de botín, los ecuos les habían atacado y, tras matar a los pocos que quedaron de guardia, destrozaron a los que se retiraban apresuradamente y dispersaron a los demás por los campos. Este incidente, tan desafortunado para el Estado, fortaleció las manos de los tribunos. Se hicieron intentos infructuosos para que en tal emergencia se abstuvieran de oponerse a la guerra, pero no cedieron ni en vista del peligro para el Estado, ni por el odio que les pudiese acarrear; y finalmente consiguieron forzar al Senado a aprobar un decreto para la elección de tribunos militares. Fue, sin embargo, expresamente establecido que no serían elegibles para dicho puesto ninguno de los actuales tribunos de la plebe, ni serían reelegidos el año siguiente como tribunos de la plebe. Esta se dirigía, sin duda, contra los Icilios, de quienes el Senado sospechaba que aspiraban al consulado como recompensa por sus esfuerzos como tribunos. Luego, con el consentimiento de ambos órdenes, se llevó a cabo el alistamiento y empezaron los preparativos para la guerra. Difieren los autores antiguos en cuanto a si ambos cónsules marcharon contra la fortaleza Carventina o si uno de ellos se quedó para proceder a las elecciones. No hay ninguna disputa, sin embargo, en cuanto a que los romanos se retiraron de la fortaleza de Carvento tras un largo e ineficaz asedio y que recuperaron Verrugo tras efectuar grandes rapiñas y obtener gran botín, tanto de territorios volscos como ecuos.

[4.56] En Roma, mientras la plebe había logrado asegurar la elección de quien prefería, el resultado de la misma fue una victoria para el Senado. Contrariamente a todas las expectativas, tres patricios fueron elegidos tribunos consulares, a saber, Cayo Julio Julo, Publio Cornelio Coso y Cayo Servilio Ahala *(408 a.C.).* Se dijo que los patricios recurrieron a un truco; los Icilios, de hecho, les acusaron de ello en ese momento. Fueron acusados de haber introducido un grupo de candidatos indignos entre los que sí eran dignos de ser elegidos, y que el disgusto que sintieron los plebeyos por los indignos se extendió a todos los candidatos plebeyos. Después de esto, se recibió la información de que los volscos y los ecuos estaban haciendo preparativos para la guerra con la mayor de las energías. Esto pudo ocurrir porque el hecho de mantener en su poder la fortaleza de Carvento les había levantado los ánimos, o porque la pérdida del destacamento de Verrugo les enfureciese. Se dice que los ancios fueron los principales instigadores; sus embajadores habían ido por las ciudades de ambas naciones reprochándoles su cobardía al esconderse tras sus murallas el año anterior y permitir que los romanos corriesen sus campos por todas partes y destruyesen la guarnición de Verrugo. No sólo se les enviaron ejércitos, sino que incluso se habían establecido colonos en su territorio. No sólo los romanos se habían repartido sus propiedades entre ellos, sino que incluso habían regalado Ferentino a los hérnicos, tras haberla capturado. Estos reproches encendieron el espíritu guerrero en cada ciudad, y se alistó gran número de combatientes. Una fuerza reunida de entre todos los Estados se concentró en Ancio; allí fijaron su campamento y esperaron al enemigo. Noticia de estos acontecimientos llegaron a Roma y produjeron más inquietud de la que los hechos realmente permitían inferir; el Senado ordenó inmediatamente que se nombrase un dictador, el último recurso para casos de peligros inminentes. Se dice que Julio y Cornelio se mostraron indignados con esta decisión, y las cosas siguieron en medio de la amargura de ambos. Los líderes del Senado censuraron a los tribunos consulares por no reconocer la autoridad de la Cámara y, haciendo inútiles sus protestas, terminaron apelando finalmente a los tribunos de la

plebe y les recordaron cómo en una ocasión parecida su autoridad había servido de freno a los cónsules. Los tribunos, encantados con la disensión entre los senadores, dijeron que no prestarían ninguna ayuda a quienes no les consideraban ciudadanos ni, incluso, hombres. Si los honores del Estado estuviesen siempre abiertos a ambos órdenes y ellos compartieran el gobierno, entonces podrían tomar medidas para impedir que las decisiones del Senado fueran anuladas por la arrogancia de cualquier magistrado; hasta entonces, los patricios, desprovistos de cualquier respeto por los magistrados o las leyes, podían hacer frente por sí mismos a los tribunos consulares.

[4,57] Esta controversia ocupó los pensamientos de los hombres en el momento más inoportuno, cuando una grave guerra estaba a punto de ocurrir. Por fin, después de que Julio y Cornelio hubieran, uno tras otro, argumentado largamente que ellos eran suficientes para dirigir aquella guerra y que era injusto que se les privara del honor que el pueblo les había conferido, Ahala Servilio, el otro tribuno militar, intervino en el conflicto. Había, dijo, permanecido en silencio tanto tiempo, no porque albergase alguna duda (¿pues qué buen ciudadano podría separar su interés del de la república?), sino porque habría querido que sus colegas se hubieran sometido a la autoridad del Senado sin tener que invocar contra ellos el poder de los tribunos de la plebe. Incluso ahora, les habría dado gustosamente tiempo para abandonar su actitud intransigente si las circunstancias lo permitiesen. Sin embargo, las necesidades de la guerra no esperaban a los Consejos de los hombres, y la república le importaba más que la buena voluntad de sus colegas. Si, por tanto, el Senado apoyaba su decisión, él nombraría un dictador la noche siguiente, y si alguien vetaba la aprobación del decreto del Senado, él se complacería en actuar de acuerdo a su resolución. Al adoptar esta actitud, se ganó la merecida alabanza y simpatía de todos, y tras nombrar como dictador a Publio Cornelio, él mismo fue nombrado Jefe de la Caballería. Ahala proporcionó un ejemplo a sus colegas, pues compararon su posición con la de él, el modo en que los altos cargos y la popularidad llegan a veces más fácilmente a quienes no los codician. La guerra estaba lejos de ser algo memorable. El enemigo fue derrotado con una gran masacre en Ancio, en una sola batalla que se ganó fácilmente. El ejército victorioso devastó el territorio volsco. La fortaleza en el lago de Fucino fue asaltada, y se hizo prisionera a la guarnición de 3.000 hombres mientras que el resto de los volscos fueron expulsados hasta sus ciudades amuralladas, dejando sus campos a merced del enemigo. Después usar tanto como pudo de los favores de la Fortuna en la dirección de la guerra, el dictador volvió a casa con más éxito que gloria y dejó el cargo. Los tribunos militares rechazaron todas las propuestas para elegir cónsules (debido, según creo, a su resentimiento por el nombramiento de un dictador), y dieron órdenes para la elección de tribunos militares con potestad consular. Esto aumentó la inquietud de los senadores, porque veían que su causa estaba siendo traicionada por hombres de su propio partido. En consecuencia, como el año anterior habían excitado la indignación contra todos los candidatos plebeyos, incluso contra los dignos, por medio de los que eran perfectamente indignos, ahora los líderes de Senado se presentaron candidatos, rodeados de cuanto les proporcionara distinción o reforzase su influencia personal. Se aseguraron todos los puesto e impidieron la elección de cualquier plebeyo. Se eligió a cuatro de ellos, todos los cuales habían ocupado anteriormente el cargo, a saber: Lucio Furio Medulino, Cayo Valerio Potito, Numerio Fabio Vibulano y Cayo Servilio Ahala. Este último debió su continuidad en el cargo tanto a la popularidad que se había ganado por su singular moderación como a sus otros méritos.

[4.58] Durante este año *(407 a.C.)*, expiró el armisticio con Veyes y se enviaron embajadores y feciales en demanda de satisfacción. Cuando llegaron a la frontera fueron recibidos por una delegación de Veyes, que les rogó que no pasasen de allí antes de que ellos mismos tuviesen una audiencia del senado romano. Obtuvieron del Senado la retirada de la demanda de satisfacción, debido a los problemas internos que Veyes estaba sufriendo. Tan lejos estaban ellos de hacer, en las desgracias ajenas, medrar sus propios intereses. Se produjo un desastre en territorio volsco, al perderse la guarnición de Verrugo. Tanto dependió aquí de unas pocas horas, que los soldados que

estaban siendo asediados por los volscos y que rogaban ayuda podrían haber sido rescatados si se hubiesen adoptado medidas a tiempo. Así las cosas, la fuerza de rescate sólo llegó a tiempo para sorprender al enemigo que, recién terminada la masacre de la guarnición, estaba disperso en busca de botín. La responsabilidad por el retraso fue más del Senado que de los tribunos; habiendo oído que estaban ofreciendo la más determinada resistencia, no consideraron que hay límites a la resistencia humana que el valor no puede superar. Los valientes soldados no quedaron sin venganza, fuera en sus vidas o en sus muertes.

El año siguiente *(406 a.C.)* fueron tribunos militares con potestad consular Publio Cornelio Coso, Cneo Cornelio Coso, Numerio Fabio Ambusto y Lucio Valerio Potitus. Debido a la acción del Senado de Veyes, amenazaba guerra con esa ciudad. Los enviados de Roma que fueron en demanda de satisfacción recibieron la respuesta insolente de que a menos que marchasen rápidamente de la ciudad y cruzasen las fronteras, los veyentinos les harían lo mismo que les había hecho Lars Tolumnio. El Senado se indignó y aprobó un decreto para que los tribunos militares sometieran al pueblo lo antes posible una propuesta para declarar la guerra contra Veyes. Tan pronto como se presentó el asunto, los hombres susceptibles de ser movilizados protestaron. Se quejaron de que no se hubiera dado término a la guerra contra los volscos, se hubiera aniquilado la guarnición de dos fortalezas y que éstas, aunque vueltas a capturar, se mantuvieran con dificultad; que no había un año en que no tuviesen que combatir y que ahora, como si no tuviesen bastante, se tenían que preparar para una nueva guerra contra un poderoso enemigo que levantaría a toda la Etruria. Este descontento entre la plebe fue avivado por los tribunos, que continuamente decían que la guerra más grave era la que se daba entre el Senado y la plebe; que eran acosados adrede con la guerra y expuestos a ser muertos por el enemigo y mantenidos como en el destierro, lejos de la tranquilidad de sus hogares por temor a que la tranquilidad de la vida en la Ciudad despertase la memoria de sus libertades y les llevase a discutir los sistemas de distribución de las tierras públicas entre colonos y asegurarles el libre ejercicio de sus derechos. Se llegaron a los veteranos, contaron las campañas de cada hombre así como sus heridas y cicatrices y preguntaron cuánta sangre les quedaba para derramarla por el Estado. Planteando estos temas en discursos públicos y en conversaciones privadas, produjeron entre los plebeyos un sentimiento de oposición a la proyectada guerra. El asunto se apartó por el momento, ya que era evidente en aquel estado de opinión que, si se presentase, sería rechazado.

[4.59] Mientras tanto, los tribunos militares decidieron conducir al ejército a territorio volsco; Cneo Cornelio fue dejado a cargo de la Ciudad. Los tres tribunos comprobaron que no había ningún campamento de los volscos por parte alguna y que no se arriesgarían a una batalla, así que dividieron sus fuerzas en tres grupos separados para asolar el país. Valerio hizo de Ancio su objetivo; Cornelius eligió Ecetra. Dondequiera que marchaban destruían las granjas y los cultivos a lo largo y a lo ancho, dividiendo las fuerzas de los volscos. Fabio marchó contra Anxur, que era el objetivo principal, sin perder tiempo en devastar el país. Esta ciudad se llama ahora Terracina; fue construida en la ladera de una colina y se extendía hacia los marjales. Fabius hizo un amago de atacar la ciudad por ese lado. Se enviaron cuatro cohortes al mando de Cayo Servicio Ahala para dar un rodeo y tomar la colina que dominaba la ciudad por el otro lado. Después de hacerlo así lanzaron un ataque, en medio de fuertes gritos y algarabía, desde su posición más elevada sobre la parte de la ciudad en que no había defensas. Los que defendían la parte baja de la ciudad contra Fabio quedaron estupefactos y asombrados al oír el ruido, y esto le dio tiempo para colocar sus escalas de asalto. Los romanos estuvieron enseguida por todas partes de la ciudad, y durante algún tiempo se produjo una despiadada masacre de fugitivos y combatientes, de hombres armados y desarmados por igual. Como no había esperanza de cuartel, el enemigo vencido se vio obligado a seguir luchando, hasta que de pronto se dio orden de que sólo se hiriese a quienes empuñasen armas. Al oír esto, toda la población arrojó las armas; se tomaron prisioneros en número de 2.500. Fabio no permitió que sus hombres arrebatasen el botín de guerra antes de que llegasen sus colegas, pues

aquellos ejércitos también habían tomado parte en la captura de Anxur al impedir que los volscos llegasen en su socorro. A su llegada, los tres ejércitos saquearon la ciudad que, debido a su larga prosperidad, poseía muchas riquezas. Esta generosidad por parte de los generales fue el primer paso hacia la reconciliación entre la plebe y el Senado. Le siguió el regalo que el Senado, en el momento más oportuno, otorgó a los plebeyos. Antes de que la cuestión fuese debatida por la plebe o por sus tribunos, el Senado decretó que los soldados recibirían una paga del erario público. Anteriormente, cada hombre había servido a su propia costa.

[4,60] Nada, según se cuenta, fue nunca más bienvenido por la plebe ni con más deleite; rodearon la casa del Senado, tomaban las manos de los senadores que salían y reconocían que eran justamente llamados *Padres*; les declaraban que tras lo que habían hecho ninguno dejaría de poner su sangre o sus personas al servicio de tan generoso país. Vieron con agrado que sus propiedades privadas no se verían afectadas durante el tiempo en que estaban dedicados a servir a la república; y el hecho de que se ofreciese espontáneamente tal regalo, sin petición previa de sus tribunos, incrementó su inmensa gratitud y felicidad. Las únicas personas que no compartían el sentimiento general de alegría y buena voluntad eran los tribunos de la plebe. Afirmaron que el acuerdo se convertiría en una cosa menos agradable para el Senado y menos beneficiosa para la comunidad de lo que suponían. Aquella política era más atractiva a primera vista de lo que resultaría en la práctica. *¿De qué fuente*, preguntaron, *saldría el dinero, sino imponiendo un tributo al pueblo?* Ellos eran muy generosos a expensas de los demás. Además, aquellos que habían cumplido su tiempo de servicio no permitirían, incluso si los demás lo aprobaban, que el resto sirviera en condiciones más favorables de lo que ellos mismos lo habían hecho y, después de haber tenido que mantenerse a su propia costa, tener ahora que costear el servicio de otros. Estos argumentos influyeron sobre algunos plebeyos. Por fin, después que se impusiera el tributo, los tribunos de hecho advirtieron que ellos protegerían a cualquiera que rehusara contribuir al impuesto de guerra. Los senadores estaban decididos a mantener una medida tan felizmente inaugurada; ellos mismos eran los primeros en contribuir y, como aún no se usaba la moneda acuñada, llevaron el cobre al peso, en vagones, al Tesoro, llamando así la atención del pueblo sobre el hecho de su contribución. Después de los senadores hubieran contribuido conscientemente con la totalidad de lo que se les había fijado, los jefes plebeyos, amigos personales de los nobles, empezaron a pagar su parte como se había acordado. Cuando la multitud vio a estos hombres aplaudidos por el Senado y vistos como patriotas por los hombres en edad militar, rápidamente rechazaron la protección que les ofrecían los tribunos y competían unos con otros en su afán por contribuir. La propuesta autorizando la declaración de guerra contra Veyes se aprobó y los nuevos tribunos militares con potestad consular marcharon hacia allí con un ejército compuesto en gran medida por hombres que se ofrecieron voluntariamente para el servicio.

[4,61] Estos tribunos fueron Tito Quincio Capitolino, Quinto Quincio Cincinato, Cayo Julio Julo (por segunda vez), Aulo Manlio, Lucio Furio Medulino (por tercera vez) y Marco Emilio Mamerco *(405 a.C.).* Veyes fue cercada por ellos. Inmediatamente después de que el sitio hubiera comenzado, tuvo lugar una concurrida reunión del Consejo Nacional Etrusco en el templo de Voltumna, pero no se tomó una decisión sobre si los veyentinos debían ser defendidos por las armas de toda la nación. Al año siguiente *(404 a.C.)*, prosiguió el sitio con menos vigor debido a que se llamó a alguno de los tribunos y a parte del ejército para la guerra contra los volscos. Los tribunos militares con potestad consular de ese año fueron Cayo Valerio Potito (por tercera vez), Manio Sergio Fidenas, Publio Cornelio Maluginense, Cneo Cornelio Coso, Céson Fabio Ambusto y Espurio Naucio Rutilo (por segunda vez). Se libró una batalla campal contra los volscos entre Ferentino y Écetra, que terminó con victoria romana. Después, los tribunos empezaron con el asedio de Artena, una ciudad volsca. Al intentar una salida, se rechazó al enemigo hacia la ciudad, dando así una oportunidad a los romanos para forzar la entrada y capturando el lugar con excepción de la

ciudadela. Parte del enemigo se retiró a la ciudadela, que estaba protegida por la naturaleza de su posición; bajo ella, muchos fueron muertos o hechos prisioneros. La ciudadela quedó rodeada, pero no se pudo tomar al asalto al ser suficientes los defensores para cubrir todas las fortificaciones, ni había esperanza de que se rindiesen al haber llevado allí todo el grano de los almacenes públicos antes que la ciudad fuera capturada. Los romanos se habrían retirado con pesar de no haber traicionado un esclavo a los sitiados. Los soldados, guiados por él a través de un terreno escarpado, capturaron el lugar y, tras masacrar a quienes estaban de guardia, rindieron a los demás. Tras haber demolido la ciudad y su ciudadela, las legiones fueron retiradas del territorio volsco y toda la fuerza de Roma se dirigió contra Veyes. El traidor fue recompensado no sólo con su libertad, sino también con la propiedad de dos familias, y se le llamó Servio Romano. Algunos suponen que Artena pertenecía a los veyentinos y no a los volscos. El error proviene del hecho de que había una ciudad del mismo nombre entre Caere y Veyes, pero fue destruida en tiempos de los reyes de Roma y pertenecía a Caere, no a Veyes. La otra ciudad del mismo nombre, cuya destrucción he relatado, se encontraba en territorio de los volscos.

LIBRO V. LOS VEYENTINOS Y LA DESTRUCCIÓN DE ROMA POR LOS GALOS

[5,1] Mientras que la paz reinaba en otros lugares, Roma y Veyes se enfrentan mediante las armas, animados por tanta furia y odio que, claramente, sólo la ruina esperaba a los vencidos. Cada una elegía a sus magistrados, pero según principios totalmente diferentes. Los romanos aumentaron el número de sus tribunos militares con potestad consular a ocho, el número más grande que nunca hubieran elegido. Fueron Marco Emilio Mamerco (por segunda vez), Lucio Valerio Potito (por tercera vez), Apio Claudio Craso, Marco Quintilio Varo, Lucio Julio Julo, Marco Postumio, Marco Furio Camilo y Marco Postumio Albino *(403 a.C.).* Los veyentinos, por otra parte, cansados de votar cada año para elegir magistrado, eligieron un rey. Esto ofendió gravemente a los pueblos etruscos, debido a su odio por la monarquía y su aversión personal al que fue elegido. Él ya resultaba a la nación por el orgullo que mostraba por su riqueza, por su temperamento autoritario y por haber puesto abrupto fin a la fiesta de los Juegos, lo que era un acto de impiedad. Su candidatura para el sacerdocio no había tenido éxito, otro resultó preferido por el voto de los doce pueblos y, en venganza, de repente, retiró a los participantes, muchos de los cuales eran sus propios esclavos, en medio de los Juegos. Los etruscos, como nación, se distinguieron sobre todas las demás por su devoción a las prácticas religiosas, ya que sobresalían en el conocimiento y en la dirección de ellas, y decidieron, en consecuencia, que no se debía prestar ninguna ayuda a los veyentinos mientras estuviesen bajo un rey. La noticia de esta decisión se ocultó en Veyes por miedo al rey; éste trataba a quienes mencionasen cosas por el estilo no como autores de cuentos ociosos, sino como cabecillas de sedición. Aunque los romanos habían recibido información de inteligencia diciendo que no había ningún movimiento por parte de los etruscos, aún así, como se informaba de que el asunto se discutía en cada uno de sus consejos, dispusieron sus líneas como para presentar una doble cara: la una frente a los veyentinos para prevenir salidas de la ciudad y la otra mirando a Etruria, para interceptar cualquier socorro de ese lado.

[5,2] Como los generales romanos empezaban a confiar más en un bloqueo que en un asalto, empezaron a construir barracones para invernar, una novedad para el soldado romano. Su plan era mantener la guerra durante el invierno. Los tribunos de la plebe, durante mucho tiempo, habían sido incapaces de hallar un pretexto para provocar una revuelta. Sin embargo, cuando esta noticia llegó a Roma, se apresuraron a la Asamblea y promovieron gran excitación al declarar que esta era la razón por la que se había dispuesto el pago de l de este fue llevado a Roma, que corrió a la Asamblea y produjo gran emoción al declarar que esta era la razón por la que se había resuelto al pago de las tropas. Ellos, los tribunos, no habían estado ciegos ante el hecho de que este regalo de sus adversarios podría resultar envenenado. Se había hecho un cambalache con las libertades del pueblo, sus hombres capaces habían sido enviados fuera permanentemente, desterrados de la Ciudad y del Estado, sin importar que fuese invierno o verano ni tener la posibilidad de visitar sus hogares o cuidad sus propiedades. ¿Cuál creían que era la razón para esta campaña continua? Con seguridad no era otra más que el miedo de que si una gran cantidad de tales hombres, que constituían la mayor fortaleza de la plebe, estuviesen presentes, sería posible discutir reformas en favor de los plebeyos. Además, estaban sufriendo más carencias y opresión que los veyentinos, porque éstos pasaban el invierno bajo sus techos, en una ciudad protegida por sus magníficas murallas y su fuerte posición natural; mientras, los romanos, entre trabajos y fatigas, enterrados en el hielo y la nieve, esperando pacientemente bajo sus toscas tiendas de piel sin poder abandonar sus armas ni en invierno, cuando hay un descanso en todas las guerras, sean por tierra o por mar. Esta forma de esclavitud, al hacer perpetuo el servicio militar, nunca fue impuesta por los reyes, ni por los cónsules que tan dominantes eran antes de la institución del tribunado, ni bajo el severo gobierno del dictador o el de los decenviros sin escrúpulos: eran los tribunos consulares quienes ejercían tal despotismo real sobre la plebe romana. ¿Qué escandalosas crueldades no habrían hecho

estos hombres de haber sido cónsules o dictadores, teniendo en cuenta de que su autoridad proconsular es sólo una sombra de las otras? Pero el pueblo había tenido lo que se merecía. Ni un plebeyo había sido elegido para uno de los ocho tribunados militares. Hasta ahora, con los mayores esfuerzos, los patricios sólo ocupaban tres puestos a la vez; ahora había ocho de ellos empeñados en mantener su poder. Ni siguiera había salido un plebeyo de entre aquella multitud, aunque sólo hiciera eso, para advertir a sus colegas de que aquellos que servían como soldados eran sus propios conciudadanos y no esclavos, y que debían ser devueltos, en todo caso para el invierno, a sus casas y hogares para que en algún momento del año visitasen a sus familias y esposas e hijos, y que ejerciesen sus derechos como ciudadanos libres al elegir a los magistrados.

[5,3] Aunque se complacían en declamaciones de este tipo, encontraron un oponente de su altura en Apio Claudio. Éste, desde joven, había tomado parte en los enfrentamientos con la plebe, como se ha indicado anteriormente, y algunos años antes había recomendado el Senado que rompiese el poder de los tribunos, asegurándose la intervención de sus colegas. No sólo era un hombre de mente rápida y versátil sino, en aquel momento, un experimentado polemista. Pronunció el siguiente discurso en esta ocasión: *Si, Quirites, siempre ha habido dudas sobre si era en vuestro interés o en el suyo que los tribunos siempre se mostraban partidarios de la sedición, me parece evidente que este año ha dejado de haberlas. Si bien me alegro de que al fin se haya puesto término a un engaño de tan larga data, os felicito, y en vuestro nombre a todo el Estado, de que su desaparición se haya producido justo en el momento en que sus circunstancias son las más prósperas. ¿Hay alguien que dude de que cualesquiera males que hayáis sufrido en algún momento, nunca molestaron tanto y provocaron a los tribunos como el generoso tratamiento recibido por la plebe del Senado al establecer el sistema de paga a los soldados? ¿Qué otra cosa creéis que temían entonces, y que hoy con gusto cambiarían, sino la armonía entre ambos órdenes, que creían mayoritariamente que se dirigía a destruir su poder? Son, en realidad, como tantos medicastros en busca de trabajo, siempre ansiosos por encontrar alguna cosa enferma en la república por la que les llaméis a curarla*. Luego, dirigiéndose a los tribunos, les dijo: *¿Estáis defendiendo o atacando a la plebe? ¿Estáis tratando de lesionar a los hombres en el servicio o está pidiendo su causa? O quizá sea esto lo que queréis decir: "Sea lo que sea que haga el senado, tanto en interés del pueblo como contra él, nos oponemos". Así como los amos prohíben a los extranjeros que tengan comunicación con sus esclavos, pues creen que es justo que se abstengan de mostrarles tanto bondad como maldad, así vosotros prohibís a los patricios todo trato con la plebe, no sea que se les muestre nuestra bondad y generosidad y se nos hagan leales y obedientes. ¿Cuánto más respetuoso habría sido por vuestra parte mostrar una pizca, no diré ya de patriotismo, sino de humanidad común, al contemplar con agrado, tanto como pudieseis, que los patricios y la plebe estuviesen en buen que hubiera sido de usted, si usted ha tenido una chispa - No voy a decir de patriotismo, pero - de la humanidad común, que ve con buenos ojos, y en cuanto a fijar en ti, que fomentó la amabilidad los sentimientos de los patricios y agradece la buena voluntad de la plebe! Y si esta armonía resultase duradera, ¿Quién no se atrevería a asegurar que este Imperio en poco tiempo sería el más grande entre los Estados vecinos?*

[5,4] *Yo, por lo tanto, os muestro no sólo la conveniencia, sino incluso la necesidad de la política que mis colegas han adoptado de negarse a retirar al ejército de Veyes hasta que hayan alcanzado su objetivo. Por el momento, prefiero hablar de las condiciones reales en que está sirviendo; y si yo no estuviera hablando sólo ante vosotros, sino ante todo el campamento, creo que lo que digo parecería justo y equitativo a juicio de los propios soldados. Incluso si no se presentaran los mismos argumentos ante mí, hallaría los de mis adversarios más que suficientes para mi propósito. Decían últimamente que no se debía entregar una paga a los soldados, porque nunca se les había dado. ¿Cómo entonces pueden ahora indignarse porque a los que han obtenido beneficios adicionales profesan indignación a los que han obtenido beneficios adicionales que se*

deben someterse a un esfuerzo adicional en proporción? En ningún lugar hallamos trabajo sin recompensa, ni, por regla general, la recompensa, sin parte de los gastos de mano de obra. Trabajo y placer, completamente diferentes por naturaleza, han sido unidos entre si por la naturaleza en una especie de asociación. Anteriormente, el soldado consideraba un agravio tener que prestar servicio al Estado a su propia costa; tenía la satisfacción, no obstante, de poder cultivar sus tierras durante parte del año y adquirir los medios para sostenerse él y su familia tanto si estaba en su hogar como si estaba de servicio. Ahora tenía la satisfacción de saber que el Estado resultaba una fuente de ingresos para él, y se alegraba de recibir su paga. Bien puede esperar pacientemente estar ausente un poco más de su hogar y su propiedad, sobre las que no caen ahora tan fuertes gastos. Si el Estado tuviese que reclamarle un cálculo exacto, no estaría justificado que dijese: "Recibes un año de paga, debes dar un año de trabajo". ¿Creéis que es justo recibir doce meses de paga completa por seis meses de servicio?. Con renuencia, Quirites, insisto en este tema, porque son los que emplean mercenarios quienes suelen tratar las cosas así; pero queremos tratar con vosotros como conciudadanos, y creemos que lo justo es que vosotros tratéis con nosotros como con vuestra patria.

Puede que esta guerra no se debiera haber empezado, pero ahora debe conducirse como corresponde a la dignidad de Roma y terminarla tan pronto como se pueda. Sin duda, le daremos un final si presionamos con el asedio, pero no si nos retiramos antes de haber cumplido nuestras esperanzas con la captura de Veyes. Si, ¡por Hércules!, no hubiera otra razón, el mismo desprestigio de la retirada debería inspirarnos a perseverar. Una ciudad fue una vez sitiada por toda la Grecia durante diez años, por culpa de una mujer, ¡y a cuánta distancia de sus casas, y con cuántas tierras y mares entre ellos! ¿Nos estamos cansando de mantener un asedio durante un año, a menos de veinte millas de distancia, casi a la vista de la Ciudad? Supongo que pensáis que el motivo de la guerra es trivial y que no sentimos el suficiente resentimiento como para perseverar. Siete veces han reanudado la guerra contra nosotros; nunca han mantenido fielmente los términos de la paz; han asolado nuestros campos mil veces; han obligado a los Fidenenses a rebelarse; han asesinado a los colonos que asentamos allí; han instigado el impío asesinato de nuestros embajadores, violando el derecho de gentes; han querido levantar contra nosotros a toda la Etruria y aún están en ello; cuando les enviamos embajadores a pedir satisfacción, casi les ultrajaron.

[5,5] *¿A éstos debe hacerse la guerra sin entusiasmo y con dilaciones? Si tales razones no son bastantes para mover vuestro odio, ¿no lo serán tampoco, os lo ruego, las siguientes? La ciudad está cercada por una inmensa fábrica de asedio que confina al enemigo dentro de sus muros. No ha labrado sus tierras, y lo que había trabajado antes se ha visto devastado por la guerra. Si hacemos regresar otra vez a nuestro ejército, ¿alguien tiene la menor duda de que invadirán nuestro territorio? No sólo por sed de venganza, sino también por la pura necesidad de saquear lo de otros al haber perdido lo suyo. Si aprobamos vuestra política no aplazaremos la guerra, simplemente la trasladaremos dentro de nuestras propias fronteras. Bueno, y ahora, ¿qué hay de los soldados en los que esos dignos tribunos se han interesado de pronto después de tratar en vano de robarles sus salarios?, ¿qué hay de ellos? Han construido una rampa y un foso, trabajos inmensos cada uno de ellos, sobre toda esa extensión de terreno; han construido fuertes, pocos al principio, pero muy numerosos conforme crecía el ejército; han levantado defensas no sólo contra la ciudad, sino también como una barrera contra Etruria por si llegaba ayuda de allí. ¿Hace falta describir las torres, los manteletes, los testudos y otros ingenios usados para asaltar ciudades? Ahora que tanto trabajo se ha hecho y que por fin se le ha dado fin, ¿creéis que se debe abandonar para que el próximo verano nos agotemos otra vez construyéndolos de nuevo? ¡Cuánto menos problema hay en defender lo ya construido, en seguir adelante y perseverar y así terminar con nuestras preocupaciones y trabajos! Porque de cierto que la empresa no será larga si se realiza con un esfuerzo continuo, y si no retrasamos el cumplimento de nuestras esperanzas con*

nuestras propias interrupciones y paros.

He estado hablando de los trabajos y de la pérdida de tiempo. Ahora se reúne frecuentemente el Consejo Nacional de Etruria para discutir la cuestión del envío de ayuda a Veyes. ¿Nos hará esto olvidar el peligro en que caemos al prolongar la guerra? En el estado actual de cosas, ellos están enojados, resentidos, y dicen que no enviarán ninguna ayuda; por lo que a ellos respecta, Veyes puede ser capturada. Pero, ¿quién garantiza que si la guerra se prolonga seguirán pensando igual? Porque, si le damos respiro a los veyentinos, enviarán una embajada más numerosa e influyente y lo que ahora produce disgusto a los etruscos, es decir, la elección de un rey, puede luego ser anulado, sea por el actuar unánime de los ciudadanos para ganarse la simpatía de Etruria, o mediante la abdicación voluntaria del propio rey, para no permitir que su corona ponga en peligro la seguridad de su pueblo. Ved cuántas consecuencias desastrosas se derivan de la política que recomendáis: sacrificar las obras construidas con tanto esfuerzo; la amenaza de devastación de nuestras fronteras; una guerra con el conjunto de Etruria, en lugar de una sóla contra Veyes. Este, tribunos, es el precio de vuestras propuestas; mucho, según mi opinión; como si uno fuese a tentar a una persona enferma, que sometiéndose a un estricto tratamiento pudiera recuperarse rápidamente, para que se de a la comida y la bebida y alargue y haga quizá incurable su enfermedad.

[5.6] *Aunque no afectase a esta guerra, aún sería de la mayor importancia para la disciplina militar que nuestros soldados se acostumbrasen no sólo a disfrutar de la victoria una vez lograda, sino también, cuando la campaña progresa más lentamente, a lidiar con el tedio y a esperar la consecución de sus esperanzas, aunque se retrasen. Si una guerra no ha terminado en verano tienen que aprender a pasar el invierno y no, como las aves de paso, a buscar techos para protegerse al llegar el otoño. La pasión y el placer de la caza lleva a los hombres a través del hielo y la nieve hasta los bosques y las montañas. Por tanto, les ruego que me digan si no vamos a emplear en las exigencias de la guerra la misma capacidad de persistencia que usamos para el deporte o el placer. ¿Debemos suponer que los cuerpos de nuestros soldados están tan afeminados y sus espíritus son tan endebles que no pueden permanecer en el campamento o mantenerse fuera de sus hogares durante un solo invierno? ¿Debemos creer que, al igual que los que luchan en la guerra naval, tienen que mirar las estaciones y buscar el tiempo favorable y por tanto estos hombres no pueden soportar momentos de frío y de calor? ¡Vergüenza deberían tener quienes así piensen!; y más habrían de sostener resueltamente que tanto en cuerpo como en espíritu con capaces de resistir duramente y mantenerse en campaña tanto en invierno como en verano. Deberían deciros que no os han nombrado sus tribunos para que actuéis como protectores de los afeminados o de los indolentes, ni que fue bajo frescas sombras o techos protectores donde sus antepasados crearon este poder tribunicio. El valor de vuestros soldados, la dignidad de Roma, demandan que no limitemos nuestras miras a Veyes y a la presente guerra, sino que busquemos la reputación para tiempos venideros en relación con otras guerras y entre todas las demás naciones.*

¿Creéis que la opinión que los hombres se formen de nosotros en esta crisis es asunto de poca importancia? ¿Da igual que nuestros vecinos recuerden a Roma como una ciudad de la que, una vez se soporta su primer ataque, no hay nada que temer? ¿o que, al contrario, nuestro nombre provoque el terror de quien no se cansa de un largo sitio, sin temor al invierno, ni retira un ejército del asedio de una ciudad hasta que la ha capturado, que no pone fin a una guerra si no es con la victoria y que conduce sus campañas más con la perseverancia que con el arrebatamiento? La perseverancia es necesaria en toda clase de operación militar, pero especialmente en la conducción de los asedios pues la mayoría de las ciudades son inexpugnables, debido a la fuerza de sus fortificaciones y a su posición, y es el tiempo quien las vence por hambre y sed, y las captura como capturará Veyes a menos que los tribunos de la plebe extiendan su protección al enemigo y los veyentinos encuentren en Roma el apoyo que vanamente van buscando en Etruria. ¿Puede pasar algo más de acuerdo con los deseos veyentinos, sino que la ciudad de Roma se llene de rebeliones y

que éstas se contagien al campo? Porque entre el enemigo hay en realidad tanto respeto por la ley y el orden que no han sido incitados a la revolución ni por el cansancio del sitio ni por su aversión a la monarquía absoluta, ni han mostrado exasperación ante la negativa de ayuda de Etruria. El hombre que defienda la rebelión será condenado a muerte en ese mismo lugar, y a nadie se le permitirá decir las cosas que impunemente se dicen entre vosotros. Entre nosotros, el hombre que abandona su estandarte o deserta de su puesto merece ser apaleado hasta la muerte, pero aquellos que le incitan a abandonar los estandartes y desertar del campamento son escuchados no sólo por uno o por dos; tienen a todo el ejército como audiencia. A tal punto os habéis habituado a escuchar tranquilamente cualquier cosa que un tribuno de la plebe pueda decir, incluso si significa la traición de vuestra patria y la destrucción de la república. Cautivados por la atracción que ese cargo tiene para vosotros, permitís que toda clase de males se cobijen a su sombra. Lo único que les queda es llevar al campamento, ante los soldados, los mismos argumentos que tan notoriamente han expuesto aquí y así corromper al ejército para que no deseen obedecer a sus jefes. Pues, evidentemente, la libertad en Roma simplemente significa que los soldados dejen de sentir respeto por el Senado, o por los magistrados, o por las leyes o las tradiciones de sus antepasados, o por las instituciones de sus padres o la disciplina militar.

[5,7] Ya hasta en las asambleas del pueblo estaba Apio a la altura de los tribunos, y ahora su victoria sobre ellos quedó asegurada por el más inesperado desastre, a consecuencias del cual se unieron todos los órdenes en una vehemente voluntad de proseguir el asedio de Veyes aún más vigorosamente. Se había construido una rampa que ya casi llegaba hasta la ciudad y el mantelete estaba casi situado en contacto con las murallas; pero se había prestado más atención a su construcción durante el día que a protegerlas durante la noche. De repente las puertas se abrieron y una enorme multitud, en su mayoría armados con antorchas, lanzó los misiles en llamas a las obras, y en sólo una hora las llamas consumieron tanto la rampa como el mantelete, que tantos días de trabajo habían costado. Muchos pobres hombres que en vano trataron de ayudar, perecieron en las llamas o por la espada. Cuando la noticia de esto llegó a Roma hubo luto general, y el Senado se llenó de temor porque llegaran a estallar disturbios en la ciudad o el campamento que no pudieran reprimir, y porque los tribunos de la plebe se burlaran de la vencida república. De pronto, sin embargo, cierta cantidad de hombres a los que, aunque habían sido considerados como caballeros, no se les había provisto de caballos, tras acordar un plan común de acción se dirigieron a la Curia y declararon que servirían como jinetes a sus expensas y en sus propios caballos. El Senado les dio las gracias en los términos más corteses. Cuando la noticia de este incidente se extendió por el Foro y la Ciudad, los plebeyos se reunieron apresuradamente ante la Curia y declararon que ellos ahora formaban parte de las fuerzas de infantería y que, aunque no era su turno de ser alistados, prometían prestar servicio a la república marchando a Veyes o a cualquier otro sitio donde se les mandase. Dijeron que, si se les llevaba a Veyes, no regresarían hasta que la ciudad fuese tomada.

Al oír esto, el Senado con dificultad pudo refrenar su alegría. No hicieron, como en el caso de los caballeros, una resolución de agradecimiento para ser transmitida a través de los magistrados presidentes, ni se convocó a nadie a la Curia para recibir su réplica, ni siquiera permanecieron dentro del recinto del edificio. Salieron al espacio abierto frente a la Curia y cada uno por separado dieron a entender al pueblo que estaba en los comicios, con sus voces y sus gestos, la alegría que sentían, y expresaron su confianza en que esta unidad de sentimientos haría de Roma una Ciudad bendita, invencible y eterna. Aplaudieron a los caballeros, aplaudieron al pueblo, llovieron los elogios al día mismo y admitieron francamente que el Senado había sido superado en cortesía y amabilidad. Los senadores y plebeyos por igual derramaron lágrimas de alegría. Por fin, se reanudó la sesión y se aprobó una resolución por la que los tribunos consulares con potestad consular debían convocar una asamblea pública y dar gracias a la infantería y a los caballeros, y decirles que el Senado nunca olvidaría esta prueba de su amor por su país. Se decidió además que las pagas se abonarían a partir de aquel día a quienes, aunque no habían sido llamados a filas, se presentaron a

servir voluntariamente. Se asignó una cantidad fija a cada caballero; aquella fue la primera vez que los caballeros recibieron paga militar. El ejército de voluntarios marchó a Veyes, y no sólo reconstruyó las obras que se habían perdido sino que construyó otras nuevas. Se puso gran cuidado en llevar suministros desde la Ciudad, para que nada faltase a un ejército que tan bien se había comportado.

[5,8] Los tribunos consulares con potestad consular del año siguiente fueron Cayo Servilio Ahala (por tercera vez), Quinto Servilio, Lucio Verginio, Quinto Sulpicio, Aulo Manlio (por segunda vez) y Manio Sergio (también por segunda vez) *(402 a.C.).* Durante su mandato, mientras todos estaban preocupados por la guerra Veyentina, se perdió Anxur. La guarnición se había debilitado por la ausencia de los hombres con licencia y los comerciantes volscos fueron admitidos sin control, con el resultado de que la guardia ante las puertas fue sorprendida y el puesto fortificado fue capturado. La pérdida en hombres fue escasa pues, con excepción de los enfermos, todos ellos estaban dispersos por los campos y las ciudades vecinas dedicados a sus negocios particulares. En Veyes, el principal punto de interés, las cosas no fueron mucho mejor. No sólo se enfrentaban los comandantes romanos entre sí con más fuerza que la que oponían el enemigo: la guerra adquirió un carácter más serio con la llegada repentina de los capenates y los faliscos. Dado que estos dos Estados eran los más cercanos, creyeron que si caía Veyes ellos serían los siguientes a quienes Roma haría la guerra. Los faliscos tenían sus propias razones para temer las hostilidades, pues ya habían participado en la guerra anterior contra Fidenas. Así, ambos Estados, después de despachar mutuamente embajadores al efecto, juraron aliarse entre si y sus dos ejército llegaron inesperadamente a Veyes. Sucedió que atacaron las trincheras por el lado donde Manio Sergio estaba al mando y crearon una gran alarma, pues los romanos estaban convencidos de que toda Etruria se había levantado y se presentaba con gran fuerza. De la misma opinión fueron los veyentinos en la ciudad, de modo que el campamento romano fue atacado desde dentro y desde fuera. Corriendo de un lado a otro para enfrentar primero un ataque y luego el otro, no fueron capaces de confinar suficientemente a los veyentinos en sus fortificaciones ni de repeler el asalto de sus propias obras y defenderse del enemigo exterior. Su única esperanza era que llegase ayuda del campamento principal de modo que las legiones pudiesen combatir espalda contra espalda, unos contra los capenates y faliscos y los otros contra los que salían de la ciudad. Pero Verginio estaba al mando de ese otro campamento, y él y Sergio se detestaban mutuamente el uno al otro. Cuando se le informó de que la mayor parte de los fuertes habían sido atacados, que las líneas que los conectan habían sido superadas y que el enemigo se abría paso desde ambos lados, mantuvo a sus hombres parados y con las armas listas, declarando en repetidas ocasiones que si su colega necesitaba ayuda que se la pidiera. Este egoísmo suyo fue acompañado por la obstinación del otro, pues Sergio, para no dar la impresión de haber pedido ayuda a un enemigo personal, prefirió la derrota a manos del enemigo antes que deber la victoria a un compatriota. Durante algún tiempo los soldados fueron sacrificados entre las dos fuerzas atacantes; por fin, un pequeño número abandonó sus líneas y alcanzó el campamento principal; el propio Sergio, con la mayor parte de su fuerza, se dirigió a Roma. Una vez aquí echó toda la culpa a su colega, y se decidió que se debía convocar a Verginio del campamento y que sus lugartenientes quedasen al mando en su ausencia. El caso fue debatido en el Senado; pero pocos miraron el interés de la república y la mayoría de los senadores apoyaban a uno u otro de los litigantes según sus simpatías particulares o preferencias de partido.

[5,9] Los líderes del Senado dieron su opinión de que aunque la vergonzosa derrota hubiera sido culpa del infortunio de los jefes, no se debía esperar hasta las próximas elecciones y se debía proceder en seguida a nombrar nuevos tribunos consulares, para que tomasen posesión del cargo el primero de octubre. Al proceder a la votación de esta propuesta, los otros tribunos consulares no ofrecieron ninguna oposición pero, por extraño que parezca, Sergio y Verginio (los mismos hombres de cuyo desempeño como magistrados, obviamente, el Senado no estaba nada satisfecho), tras

protestar contra tal humillación, vetaron la resolución. Declararon que no renunciarían al cargo antes del 13 de diciembre, el día en que habitualmente asumían el cargo los nuevos magistrados. Al oír esto, los tribunos de la plebe, que habían mantenido un silencio renuente mientras el Estado disfrutaba de concordia y prosperidad, atacaron ahora repentinamente a los tribunos consulares y amenazaron, si no se sometían a la autoridad del Senado, con ordenar que les encarcelasen. A esto, Cayo Servilio Ahala, el tribuno consular, respondió: *En cuanto a vosotros, tribunos de la plebe, y vuestras amenazas, tienen tan poca fuerza legal como vosotros valor para llevarlas a cabo, porque es un error atacar la autoridad del Senado. Dejad, por lo tanto, de buscar ocasión para meter cizaña en nuestras disputas; o mis colegas actuarán conforme a la resolución del Senado o, si persisten en su obstinación, yo nombraré en seguida un dictador que les pueda obligar a dimitir.* Este discurso fue recibido con general aprobación y el Senado se alegró al ver que había otro método más eficaz para ejercer presión sobre los magistrados, sin necesidad de introducir el fantasma del poder de los tribunos de la plebe. En deferencia al sentir general, los dos tribunos recalcitrantes celebraron una elección a tribunos consulares, quienes tomarían posesión el primero de octubre, habiendo ellos previamente dimitido de su cargo.

[5.10] Los tribunos recién elegidos fueron Lucio Valerio Potito (por cuarta vez), Marco Furio Camilo (por segunda vez), Marco Emilio Mamerco (por tercera vez), Cneo Cornelio Coso (por segunda vez), Cesón Fabio Ambusto y Lucio Julio Julo. Su año *(401 a.C.)* en el cargo estuvo marcado por numerosos incidentes tanto en casa como en el extranjero. Hubo varias guerras al mismo tiempo: en Veyes, en Capena, en Faleria y contra los volscos para recuperar Anxur. En Roma las demandas simultáneas para el alistamiento y para el tributo de guerra provocaron dificultades; hubo un litigio sobre la cooptación de los tribunos de la plebe y el juicio a dos hombres que hacía poco habían ostentado la potestad consultar provocó gran expectación. Los tribunos consulares hicieron del alistamiento su primera tarea. No sólo fueron inscritos los jóvenes, también a los veteranos se les obligó a dar sus nombres para actuar como guardas de la Ciudad. Pero el aumento en el número de soldados necesitaba un incremento correspondiente del dinero necesario para pagarles, y quienes quedaban en casa no estaban dispuestos a aportar su parte porque, además, se les iba a cargar con obligaciones militares en la defensa de la Ciudad, como servidores del Estado. Esto era en sí una queja grave, pero lo pareció aún más por culpa de las arengas sediciosas de los tribunos de la plebe, que afirmaban que la razón por la que se estableció la paga militar fue para que la mitad de la plebe estuviese obligada por el tributo de guerra y la otra por el servicio militar. Una sola guerra estaba alargándose en su tercer año, y estaba siendo mal conducida, deliberadamente, para prolongarla tanto como pudieran. Luego, una vez más, se movilizaron los ejércitos en un único alistamiento para enfrentar cuatro guerras, arrancando incluso de sus hogares a los muchachos y a los ancianos. Ya no había diferencia entre verano e invierno, para que los miserables plebeyos no tuviesen nunca un respiro. Y ahora, para colmo, incluso tendrían que pagar un impuesto de guerra, de manera que cuando regresaran, agotados por el esfuerzo, las heridas y al fin por la edad, encontrasen todas sus tierras sin cultivar por la ausencia del propietario y hubiesen de afrontar los impuestos de su gastada propiedad y devolver al Estado varias veces sus pagas de soldados, como si se les hubiese prestado en usura. El alistamiento, el impuesto de guerra y la preocupación de los hombres con aún más graves asuntos, hicieron imposible que se pudiesen elegir a todos los tribunos de la plebe. Empezó entonces una lucha para garantizar la cooptación de los patricios a los puestos vacantes. Esto resultó ser imposible, pero con el fin de debilitar la autoridad de la Ley Trebonia[45] se acordó, sin duda por influencia de los patricios, que Cayo Lucerio y Marco Acucio debían ser cooptados como tribunos de la plebe.

[5.11] El azar quiso que Cneo Trebonio fuera tribuno de la plebe ese año y se presentó como

45 Si en un día de elección no se había podido elegir el número completo de los tribunos (10), los que hubieran sido elegidos los primeros tendrían derecho a nombrar sus colegas. [N. del T.]

defensor de la Ley Trebonia, al parecer como un deber para con su familia y el nombre que llevaba. Declaró en tono emocionado que la posición que el Senado había asaltado, a pesar de haber sido rechazado en su primer intento, había sido finalmente tomada por los tribunos consulares. La Ley Trebonia había sido derogada y los tribunos de la plebe no habían sido elegidos por el voto del pueblo sino por cooptación, por orden de los patricios, de manera las cosas habían llegado a tal punto que ahora debían tener a patricios o a secuaces de los patricios como tribunos de la plebe. Las sagradas leyes les estaban siendo arrebatadas, se les quitaba el poder y la autoridad de sus tribunos. Esto, afirmaba, se hacía por las artimañas y astucias de los patricios y por la traicionera villanía de sus colegas. La llama de la indignación popular empezó a inflamar no sólo al Senado, sino incluso a los tribunos de la plebe, cooptados y cooptantes por igual, cuando tres miembros del colegio tribunicio, Publio Curiacio, Marco Metilio y Marco Minucio, temiendo por su propia seguridad, iniciaron una acusación contra Sergio y Verginio, los tribunos consulares del año anterior. Al fijar una fecha para enjuiciarles, desviaron de ellos mismos hacia aquellos hombres la ira y odio de la plebe. Recordaron al pueblo que aquellos que habían soportado la carga del alistamiento, el tributo de guerra y la duración excesiva de ésta, los que estaban dolidos por la derrota sufrida ante Veyes, aquellos cuyas casas estaban de luto por la pérdida de hijos, hermanos y familiares, todos ellos tenían el derecho y la potestad de cargar sobre dos cabezas culpables su dolor personal y el de todo el Estado. La responsabilidad de todas sus desgracias caía en Sergio y en Verginio; ni siquiera el acusador lo probaba mejor que los propios acusados pues, siendo ambos culpables, cada uno echaba la culpa al otro: Verginio denunciaba la huida de Sergio y Sergio la traición de Verginio. Se habían comportado con locura tan increíble que, con toda probabilidad, aquello era un plan concertado y llevado con la complicidad general de los patricios. Estos hombres habían proporcionado primero a los veyentinos una salida para prender fuego a las obras de asedio, y ahora habían traicionado al ejército y entregado el campamento romano a los faliscos. Todo se había hecho para que los jóvenes envejecieran ante Veyes e imposibilitar que sus tribunos les asegurasen la ayuda de toda la Asamblea en la Ciudad, tanto en su resistencia a la acción concertada del Senado, como en sus propósitos concernientes al reparto de tierra y otras medidas en interés de la plebe. Ya se había sometido a los acusados a juicio por el Senado, el pueblo de Roma y sus propios colegas, habiendo votado el Senado para destituirlos de su cargo; fueron sus propios colegas quienes, ante su rechazo a dimitir, les obligaron con la amenaza de un dictador, y fue el pueblo quien eligió tribunos consulares para tomar posesión, no el día usual, el 13 de diciembre, sino inmediatamente tras la elección, el primero de octubre, pues la república na no estaría segura si tales hombres seguían en sus cargos. Y todavía, destrozados como estaban por tantas sentencias adversas y condenados de antemano, se presentaban a juicio creyendo que habían pagado su pena y sufrido un castigo adecuado con el retiro a la vida privada dos meses antes de tiempo. No entendían que no se trataba de una sanción, sino simplemente de impedirles seguir haciendo más daño, pues sus colegas también hubieron de dimitir sin, en todo caso, haber cometido ningún delito. Los tribunos siguieron: *Olvidad los sentimientos, Quirites, que os produjo oír el desastre que sufrimos al ver el ejército fugitivo tambalearse por las puertas, presa del pánico, cubierto de heridas y acusando no la la Fortuna o a cualquier dios, sino a sus jefes. Estamos seguros de que no hay un hombre en esta Asamblea que ese día no maldijera las personas, casas y fortunas de Lucio Verginio y Manio Sergio. Sería absolutamente incoherente que no usaseis vuestro poder, cuando es vuestro derecho y deber hacerlo, contra los hombres sobre los que habéis implorado la ira de los cielos. Los dioses nunca ponen ellos mismos las manos sobre los culpables, se contentan con dar al injuriado la oportunidad de la venganza.*

[5.12] Estos discursos excitaron a la plebe y condenaron a cada acusado a pagar diez mil ases cada uno, pese al intento de Sergio de echarle la culpa a la Fortuna y a los azares de la guerra, y a las quejar de Verginio de que no debía ser más desafortunado en casa de lo que había sido en la campaña. Al tornarse hacia ellos la indignación popular, quedó en la sombra la memoria de la

cooptación de los tribunos y el fraude contra la Ley Trebonia. Como recompensa a los plebeyos por la sentencia que habían aprobado, los victoriosos tribunos en seguida promulgaron una Ley Agraria. También impidieron que se pagasen las contribuciones del impuesto de guerra, aunque los salarios eran necesarios en todos los ejércitos, y el modo en que se obtuvieron tales éxitos sólo sirvió para impedir que se terminase cualquiera de las guerras en marcha. El campamento en Veyes, que se había perdido, fue recuperado y fortalecido con fuertes y hombres para guarnecerlos. Los tribunos consulares, Marco Emilio y Céson Fabio, estaban al mando. Marco Furio en el territorio falisco y Cneo Cornelio en el de Capena no encontraron ningún enemigo fuera de sus murallas; se trasladó el botín, las tierras fueron arrasadas y las granjas y los cultivos fueron quemados. Las ciudades fueron atacadas, pero no invadidas; Anxur, sin embargo, en territorio volsco y situado en un terreno elevado, desafió todos los asaltos, y después de que un ataque directo resultase infructuosa se inició la construcción de una rampa y un foso. La conducción de la campaña volsca recayó sobre Valerio Potito.

Mientras los asuntos militares se encontraban en este punto, los problemas internos resultaron más difíciles de manejar que las guerras extranjeras. Debido a los tribunos no se pudo recaudar el impuesto de guerra ni enviar los fondos necesarios a los comandantes; los soldados clamaban por su paga y parecía como si el campamento estuviese contaminado por el contagio del espíritu sedicioso que prevalecía en la Ciudad. Aprovechándose de la exasperación de la plebe contra el Senado, los tribunos les dijeron que había llegado el momento tan esperado de asegurar sus libertades y hacer que el más alto cargo del Estado pasara de gente como Sergio y Verginio a plebeyos fuertes y enérgicos. No obstante, ellos no buscaban tanto el ejercicio de sus derechos como asegurarse la elección de un miembro de la plebe como tribuno militar con potestad consular, a saber, Publio Licinio Calvo y sentar un precedente; el resto fueron patricios: Publio Manlio, Lucio Titino, Publio Melio, Lucio Furio Medulino y Lucio Publilio Volsco *(400 a.C.)*. Los plebeyos quedaron tan sorprendidos de su éxito como el propio tribuno electo; él no había desempeñado antes ningún alto cargo en el Estado y era sólo un senador veterano y de edad ya avanzada. Nuestros autores no están de acuerdo en cuanto a la razón por la que fue el primero en ser elegido para degustar las mieles de esta nueva dignidad. Algunos creen que fue empujado a tan alta posición por la popularidad de su hermano, Cneo Cornelio, que había sido tribuno consular el año anterior y había concedido paga triple a los caballeros. Otros la atribuyen a un oportuno discurso que pronunció sobre la concordia entre ambos órdenes y que fue bien acogido tanto por patricios como por plebeyos. En su exaltación por la victoria electoral, los tribunos de la plebe autorizaron el impuesto de guerra y así eliminaron la mayor dificultad política que existía. Se recaudó sin un murmullo y se envió al ejército.

[5.13] La Anxur volsca fue recapturada debido a la laxitud de la guardia durante un festival. El año fue notable por un invierno tan frío y nevado que las carreteras quedaron bloqueadas y no se pudo navegar por el Tíber. No hubo cambios en el precio del grano gracias a la acumulación previa de suministros. Publio Licinio había ganado su posición sin provocar ningún disturbio, más para deleite de la plebe que para molestia del Senado, y desempeñó su cargo de tal modo que hubo un deseo general, para la próxima elección, de elegir los tribunos consulares de entre los plebeyos. El único candidato patricio que se aseguró un puesto fue Marco Veturio. El resto, que eran plebeyos, recibió el apoyo de casi todas las centurias. Sus nombres eran Marco Pomponio, Cneo Duilio, Volero Publilio y Cneo Genucio *(399 a.C.)*. Fuera a consecuencia de las insalubres condiciones meteorológicas ocasionadas por el súbito cambio del frío al calor o por cualquier otro motivo, al severo invierno le siguió un pestífero verano que resultó fatal para hombres y bestias. Como no se podía hallar ni la causa ni la cura para sus estragos mortales, el Senado ordenó que se consultasen los Libros Sibilinos. Los sacerdotes que estaban a su cargo decretaron, por primera vez en Roma, una de ellos designados por primera vez en Roma, un lectisternio: Apolo y Latona, Diana y Hércules, Mercurio y Neptuno fueron propiciados durante ocho días en tres divanes cubiertos de las más hermosas colchas que se pudieron obtener. Las solemnidades se llevaron a cabo también en las

casas particulares. Se afirma que en toda la Ciudad las puertas de las casas fueron abiertas y colocado todo tipo de cosas para su uso público en espacios descubiertos; con todos los visitantes, conocidos o desconocidos, se compartió la hospitalidad. Los hombres que habían sido enemigos mantenían amigables y educadas conversaciones entre sí y cesaban de todo litigio; durante este periodo, se quitaron los grilletes a los prisioneros y luego pareció un acto de impiedad volver a poner las cadenas a hombres que habían obtenido esa medida de los dioses. Entre tanto, en Veyes la inquietud fue a más por culpa de que las tres guerras se combinaron en una sola. Resultó que llegaron los hombres de Capena y Faleria para aliviar la ciudad y, como en la ocasión anterior, los romanos hubieron de combatir en una batalla espalda contra espalda, alrededor de las trincheras, contra tres ejércitos. Lo que más les ayudó fue el recuerdo de la condena de Sergio y Verginio. Desde el campamento principal, donde en la ocasión anterior hubo inacción, se llevaron rápidamente las fuerzas alrededor y atacaron a los capenatos por la retaguardia, mientras su atención se concentraba en las líneas romanas. La lucha que siguió provocó también el pánico en las filas faliscas y, mientras estaban indecisos, una más que oportuna carga desde el campamento les puso en fuga y los vencedores, persiguiéndoles, causaron enormes pérdidas entre ellos. No mucho después, las tropas que estaban devastando el territorio de Capena se encontraron con los supervivientes como por casualidad y los masacraron cuando se creían a salvo. También muchos de los veyentinos que huían hacia la ciudad resultaron muertos frente a las puertas, al no poder entrar, que habían sido cerradas para impedir que los romanos irrumpiesen.

[5.14] Tales fueron los sucesos del año. Y ahora se aproximaba el momento de la elección de los tribunos consulares. El Senado estaba casi más preocupado por esto que por la guerra, pues reconocían que no estaban simplemente compartiendo el poder supremo con la plebe, sino que casi lo habían perdido por completo. Se llegó a un compromiso por el cual sus miembros más distinguidos se presentarían candidatos; creyeron que se les votaría por vergüenza. Además de esto, echaron mano de todos sus recursos, como si cada uno de ellos fuese candidato, y llamaron en su ayuda no solo a los hombres, sino hasta a los mismos dioses. Hicieron de las dos últimas elecciones una cuestión religiosa. El año anterior, dijeron, se sufrió un invierno intolerablemente severo, en lo que parecía ser una advertencia divina; en el último año no hubo advertencias, sino sólo los propios juicios. La peste que visitó los distritos rurales y la Ciudad era sin duda una señal de disgusto divino, pues se habían encontrado en los libros del destino que para evitar ese azote los dioses debían ser apaciguados. Se tomaron los auspicios previos a cada elección, y los dioses consideraron un insulto que los cargos más elevados se convirtieran en comunes y que se confundiese la distinción de clases. Los hombres se atemorizaron, no sólo por la dignidad y el rango de los candidatos, sino por el aspecto religioso de la cuestión y eligieron a todos los tribunos militares con poder consular de entre los patricios, siendo en su mayoría hombres muy distinguidos. Los elegidos fueron Lucio Valerio Potito (por quinta vez), Marco Valerio Máximo, Marco Furio Camilo (por segunda vez), Lucio Furio Medulino (por tercera vez), Quinto Servilio Fidenate (por segunda vez) y Quinto Sulpicio Camerino (por segunda vez) *(398 a.C.)*. Durante el año de su magistratura no se hizo nada de importancia en Veyes; toda su actividad se limitó a realizar correrías. Dos de los comandantes en jefe consiguieron saquear una enorme cantidad de botín: Potito de Faleria y Camilo de Capena. No dejaron atrás nada que pudiera destruirse con el fuego o con la espada.

[5.15] Durante este período se tuvo noticia de muchos prodigios, pero al descansar en el testimonio de individuos aislados y no habiendo adivinos a los que consultar sobre el modo de expiarlos, por la actitud hostil de los Etruscos, por lo general se despreció tales noticias y no se las creyó. Un incidente, sin embargo, provocó inquietud general. El lago Albano se elevó a una altura inusual, sin lluvia u otra causa que impidiese creer que el fenómeno no tenía un origen sobrenatural. Se enviaron orantes al oráculo de Delfos para averiguar por qué enviaban los dioses el portento. Sin embargo, apareció una explicación más a mano. Un anciano veyentino fue impulsado por el destino

a anunciar, en trance profético y en medio de las burlas de los soldados romanos y etruscos de los puestos avanzados, que los romanos nunca se apoderarían de Veyes hasta que el agua hubiese sido drenada del lago Albano. Esto se consideró al principio como algo propio de salvajes, pero luego se empezó a hablar de ello. Debido a la duración de la guerra había frecuentes conversaciones entre las tropas de ambas partes, y un romano de un puesto de guardia preguntó a un ciudadano que estaba próximo a él quién era el hombre que lanzaba aquellas insinuaciones sobre el lago Albano. Cuando se enteró de que era un arúspice, siendo él mismo un hombre no exento de temores religiosos, invitó al profeta a una entrevista con el pretexto de querer consultarle, si tenía tiempo, sobre un portento que exigía su expiación personal. Cuando los dos se habían apartado a cierta distancia de sus respectivas líneas, desarmados y sin temor, el romano, un hombre joven de inmensa fuerza, se apoderó del hombre anciano y débil a la vista de todos y, a pesar de las protestas de los etruscos, se lo llevó a sus líneas. Fue llevado ante el comandante en jefe y luego enviado al Senado en Roma. En respuesta a la pregunta sobre qué quería que la gente entendiese con su comentario sobre el lago Albano, dijo que los dioses sin duda debían estar enojados con el pueblo de Veyes el día en que le inspiraron la decisión de divulgar la ruina que los Hados habían preparado para su ciudad natal. De lo que había entonces predicho bajo inspiración divina, no podía ahora arrepentirse o desdecirse, y quizá incurriese en mayor pecado guardando silencio sobre las cosas que eran la voluntad de los cielos que revelando lo que debía ser ocultado. Tanto los libros del Destino como la oculta ciencia Etrusca aseguraban que cada vez que el agua del lago Albano se desbordase y los romanos la drenasen del modo adecuado, la victoria sobre los veyentinos les sería segura; hasta que no ocurriese así, los dioses no abandonarían las murallas de Veyes. Luego explicó el modo prescrito para drenar las aguas. El Senado, sin embargo, no le consideró de suficiente confianza en asunto de tal importancia, y decidieron esperar el regreso de su embajada con la respuesta del oráculo Pythio.

[5.16] Antes de su regreso y antes de descubrir el modo de tratar con el portento albano, los nuevos tribunos consulares tomaron posesión del cargo. Eran Lucio Julio Julo, Lucio Furio Medulino (por cuarta vez), Lucio Sergio Fidenas, Aulo Postumio Regilense, Publio Cornelio Maluginense y Aulo Manlio *(397 a.C.).* Este año surgió un nuevo enemigo. El pueblo de Tarquinia vio que los romanos estaban ocupados en numerosas campañas - contra los volscos en Anxur, donde la guarnición estaba bloqueada; contra los ecuos en Labici, que atacaban a los colonos romanos, y, además de estos, en Veyes, Faleria y Capena, mientras que, debido a las disputas entre la plebe y el Senado, las cosas no estaban más tranquilas dentro de las murallas de la ciudad. Considerando así que había una oportunidad favorable, enviaron algunas cohortes ligeramente armadas para saquear el territorio romano, en la creencia de que los romanos dejarían pasar el ultraje sin castigo para evitar echar otra guerra a sus espaldas o se enfrentarían a ellos con una fuerza débil y pequeña. Los romanos se sintieron más indignados que inquietos por la correría, y sin hacer ningún gran esfuerzo tomaron medidas inmediatas para vengarse. Aulo Postumio y Lucio Julio dispusieron una fuerza, no mediante un alistamiento regular (pues fueron obstruidos por los tribunos de la plebe) sino con voluntarios a los que habían inducido con enérgicas arengas a seguirles. Con éstos avanzaron a marchas forzadas a través del territorio de Cere y sorprendieron a los tarquinios cuando regresaban pesadamente cargados con el botín. Mataron a gran número de ellos, les despojaron de todos sus bagajes y regresaron a Roma con los bienes recuperados de sus granjas. Dieron dos días a los propietarios para identificar sus bienes; lo que quedó sin reclamar, que en su mayor parte era del enemigo, al tercer día fue vendido en subasta y el producto se distribuyó entre los soldados. La marcha de las otras guerras, especialmente la de contra Veyes, aún estaba indecisa, y los romanos ya estaban desesperando de vencer por sus propios esfuerzos y buscaban en los hados y en los dioses, cuando regresó la embajada de Delfos con la sentencia del oráculo. Concordaba con la respuesta dada por el arúspice veyentino y rezaba así:

Guárdate, romano, de que el creciente flujo
en Alba sea contenido en sus orillas

y que no lleguen sus aguas por su cauce hasta el mar.
Sin daño, por los campos
dispérsalas a través de arroyuelos.
Luego presiona fuertemente sobre las murallas de vuestro enemigo,
Pues ahora los hados os han dado la victoria.
Esa ciudad que habéis sitiado durante largos años
será ahora vuestra. Y cuando la guerra haya terminado,
Tú, el vencedor, lleva un generoso regalo
a mi templo, y los ritos ancestrales
hoy en desuso, mira de celebrarlos
de nuevo con toda su acostumbrada pompa.

[5.17] A partir de ese momento el profeta cautivo comenzó a tenerse en muy alta estima, y los tribunos consulares, Cornelio y Postumio, comenzaron a emplearle para la expiación del portento albano y con el método apropiado para aplacar a los dioses. Al fin se descubrió por qué los dioses estaban visitando a los hombres por ceremonias olvidadas y deberes religiosos no cumplidos. En realidad, no se debía a otra cosa más que al hecho de que había un error en la elección de los magistrados, y por consiguiente no se había proclamado el festival de la Liga Latina ni se había hecho el sacrifico en el Monte Albano con los ritos adecuados. Sólo había un modo posible de expiación, y era que los tribunos consulares debían renunciar el cargo, debían tomarse nuevamente los auspicios y se debía nombrar un interrex. Todas estas medidas se tomaron en base a un decreto del Senado. Hubo tres interrex en sucesión: Lucio Valerio, Quinto Servilio Fidenas y Marco Furio Camilo. Durante todo este tiempo hubo disturbios incesantes debido a que los tribunos de la plebe obstaculizaron las elecciones hasta que se llegó a un compromiso para que la mayoría de los tribunos consulares fuesen elegidos de entre los plebeyos. Mientras esto ocurría, el Consejo Nacional de Etruria se reunió en el templo de Voltumna. Los capenatos y los faliscos exigieron que todos los pueblos de Etruria se unieran en una acción común para levantar el asedio de Veyes; se les contestó que se había rechazado previamente ayudar a los veyentinos poque no tenían derecho a recibir ayuda de aquellos cuyos consejos no habían seguido en asunto de tanta importancia. Ahora, sin embargo, eran sus desgraciadas circunstancias y no su voluntad lo que les obligó a rehusar. Los galos, una raza extraña y desconocida, había invadido recientemente la mayor parte de Etruria y no estaban en condiciones de paz cierta ni de guerra abierta con ellos. Ellos, sin embargo, harían tanto como pudieran por los de su sangre y nombre, considerando el peligro inminente de sus parientes, no impidiendo a ninguno de sus jóvenes que acudiesen voluntariamente a la guerra. La noticia que se difundió en Roma fue que un gran número de ellos había llegado a Veyes y, como de costumbre, la alarma general calmó las disensiones internas.

[5.18] Las centurias prerrogativas eligieron tribuno consular a Publio Licinio Calvo, aunque no era candidato. Su nombramiento no era en absoluto desagradable para el Senado, pues cuando había desempeñado el cargo anteriormente se había mostrado como un hombre de opiniones moderadas. Era, sin embargo, de edad avanzada. A medida que avanzaba la votación se hizo evidente que todos los que habían sido antes sus colegas en el cargo estaban siendo nombrados de nuevo uno tras otro. Eran Lucio Titinio, Publio Menio, Quinto Manlio, Cneo Genucio y Lucio Atilio *(396 a.C.).* Después de que las tribus hubieran sido debidamente convocadas para escuchar el resultado del escrutinio, pero antes que que fuese efectivamente publicado, Publio Licino Calvo, con permiso del interrex, habl*ó así: Veo, Quirites, que al recordar nuestro antiguo desempeño del cargo buscáis en estas elecciones un presagio de concordia para el próximo año, algo de lo más necesario en el actual estado de cosas. Pero aunque mis antiguos compañeros, a quienes ahora habéis elegido, son ahora más sabios y fuertes con la experiencia, ya no veis en mi al hombre que fui, sino sólo una simple sombra y el nombre de Publio Licinio. Mis fuerzas se han agotado, mi*

vista y oído se han endurecido, me falla la memoria y mi energía mental se ha embotado. Aquí, dijo, tomando a su hijo con la *mano, hay un hombre joven, la imagen y la contraparte de aquel a quien en días pasados elegisteis tribuno consular de entre las filas de la plebe. Este joven a quien he formado y moldeado, ahora entrego y dedico a la República para tomar mi lugar, y os ruego, Quirites, que confiráis este honor, que yo no he buscado, a él que lo está buscando y cuya candidatura apoyo y promuevo con mis or*aciones. Su petición fue concedida, y su hijo Publio Licinio fue nombrado oficialmente tribuno consular en unión de los anteriormente mencionados. Titinio y Genucio marcharon contra faliscos y Capenatos, pero procedieron con más valor que prudencia y cayeron en una emboscada. Genucio expió su temeridad con una muerte honorable y cayó luchando destacadamente delante de los estandartes. Titinio agrupó a sus hombres, desde el desorden en que habían caído, y ganó cierto terreno elevado donde rehízo sus líneas, pero no bajó para seguir luchando en términos de igualdad.

Se sufrió más deshonor que pérdidas, pero casi terminó en un terrible desastre por la terrible alarma que produjo en Roma, donde se recibieron noticias muy exageradas, así como en el campamento frente a Veyes. Aquí se propagó el rumor de que tras la destrucción de los generales y sus ejércitos, los victoriosos capenatos y faliscos y toda las fuerzas militares de Etruria se encaminaban hacia Veyes y no estaban muy lejos; a consecuencia de esto, difícilmente se puedo retener a los soldados e impedir que huyeran. Rumores aún más inquietantes corrían por Roma; unas veces imaginaban que el campamento frente a Veyes había sido asaltado, otras que una parte de las fuerzas enemigas estaban en marcha hacia la Ciudad. Se apresuraron a las murallas; las matronas, a quienes la alarma general había sacado de sus casas, rezaban y suplicaban en los templos; se ofrecían solemnes peticiones a los dioses para que evitaran la destrucción de los hogares y templos de la Ciudad y las murallas de Roma, y que volviesen aquellos miedos e inquietudes contra Veyes si los ritos sagrados habían sido debidamente restaurados y expiados los portentos.

[5.19] Por entonces se habían celebrado de nuevo los Juegos y el festival Latino, y se habían drenado las aguas del lago Albano por los campos y ahora el hado fatal se abatía sobre Veyes. En consecuencia, el comandante destinado por los hados para la destrucción de esa ciudad y la salvación de su país (Marco Furio Camilo) fue nombrado dictador. Nombró como su Jefe de Caballería a Publio Cornelio Escipión. Con el cambio en el mando, de repente todo cambió; las esperanzas y el espíritu de los hombres eran diferentes, incluso la suerte de la Ciudad presentaba un aspecto diferente. Su primera medida fue la de castigar según la disciplina militar a los que habían huido del campamento por el pánico, e hizo que los soldados se dieran cuenta de que no era al enemigo a quien más debían temer. Designó entonces un día para alistar las tropas y entretanto fue a Veyes para animar a los soldados, después volvió a Roma para disponer el nuevo ejército. Ni un hombre trató de evitar el alistamiento. Incluso las tropas extranjeras, latinos y hérnicos, vinieron a ofrecer su ayuda para la guerra. El dictador les dio las gracias formalmente en el Senado, y como todos los preparativos para la guerra estaban suficientemente avanzada, se comprometió, en virtud de un decreto senatorial, a que tras la captura de Veyes celebraría los grandes juegos y restauraría y dedicaría el templo de Mater Matuta, que había sido dedicado originalmente por Servio Tulio. Partió de la Ciudad con su ejército en medio de una sensación general de ansiosa expectación más que de esperanzada confianza, y su primer enfrentamiento fue contra los faliscos y capenatos en territorio de Nepete. Como siempre que algo se hacía con maestría consumada y prudencia, el éxito llegó. No sólo derrotó al enemigo en el campo de batalla, sino que le arrebató su campamento y se hizo con un inmenso botín. La mayor parte fue vendida y los beneficios entregados al cuestor, el resto menor se dio a los soldados. Desde allí, el ejército fue llevado a Veyes. Construyó las fortificaciones más juntas entre sí. Se habían producido frecuentes escaramuzas, al azar, en el espacio entre las murallas y las líneas romanas, así que publicó un edicto para que nadie combatiese sin órdenes, manteniendo así a los soldados ocupados en la construcción de las obras de asedio. Con mucho, la mayor y más difícil de ellas fue una mina que inició con la finalidad de introducirse en la

ciudadela enemiga. Para que los trabajos no sufriesen interrupción y que no se empleasen siempre las mismas fuerzas, dividió el ejército en seis partes. Cada división trabajó en turnos de seis horas; los trabajos siguieron sin interrupción hasta que lograron abrirse camino hasta la ciudadela.

[5,20] Cuando el dictador vio que la victoria estaba a su alcance, que una ciudad muy rica estaba a punto de capturarse y que habría más botín del que se había acumulado en todas las guerras anteriores, quiso por un lado evitar incurrir en la ira de los soldados con una distribución muy mezquina del mismo, y por otro no provocar los celos del Senado con una concesión demasiado generosa. Envió un despacho al Senado en el que afirmaba que por el favor del cielo, su propio mérito y la perseverancia de sus soldados, Veyes estaría en muy pocas horas en poder de Roma, y les pedía su decisión en cuanto a la disposición del botín. El Senado se dividió. Se dice que el anciano Publio Licinio, a quien su hijo pidió opinión en primer lugar, urgió a que se diera noticia pública al pueblo de que cualquiera que quisiera participar en el saqueo debería ir al campamento ante Veyes. Apio Claudio tomó la línea opuesta. Estigmatizó la propuesta de generosidad como algo sin precedentes, despilfarradora, injusta y temeraria. Si, dijo, alguna vez consideraban pecaminoso que el dinero tomado al enemigo fuese a parar al Tesoro, que había sido drenado por las guerras, el aconsejaría que la paga de los soldados se proveyese de aquella fuente para que la plebe tuviese que pagar mucha menos cantidad del impuesto de guerra. *Todos los hogares debían sentir por igual el común beneficio, las recompensas ganadas por los valientes guerreros no serían robadas por las manos ociosas de la ciudad, siempre ávidas de botín, pues sucedía constantemente que aquellos que buscaban los lugares más peligrosos y de más penalidad eran los menos activos a la hora de apropiarse de los despojos*. Licinio, por otra parte, dijo que ese dinero se vería siempre con sospechas y aversión, y daría motivos de acusación ante la plebe, y por tanto provocaría disturbios y medidas revolucionarias. Era mejor, por tanto, conciliarse con la plebe mediante este regalo, que aquellos que habían sido aplastados y agotados por tantos años de impuestos fuesen liberados y obtuviesen algún placer de los despojos de una guerra en la que tantos habían casi envejecido. Cuando alguien trae a casa algo tomado al enemigo con sus propias manos, le da más placer y satisfacción que si hubiese recibido muchas veces su valor por una cosa capturada por otro. El dictador había remitido la cuestión al Senado porque quería evitar el odio y las malas interpretaciones que podría ocasionar; el Senado, a su vez, debía confiarla a la plebe y permitir a cada uno guardar lo que la fortuna de la guerra le hubiera dado. Este se consideró el camino más seguro, y también el que haría más popular al Senado. Por consiguiente, se dio aviso de que aquellos que lo creyesen oportuno debían ir ante el dictador, en el campamento, para participar en el saqueo de Veyes.

[5.21] Una enorme multitud se marchó y llenó el campamento. Después de que el dictador hubiera tomado los auspicios y dado órdenes a los soldados de armarse para la batalla, pronunció esta oración: *Apolo Pítico, guiados e inspirados por ti, saldré para destruir la ciudad de Veyes y te dedicaré una décima parte del botín. También a ti, reina Juno, que ahora habitas en Veyes, te suplico que nos sigas, después de nuestra victoria, a la Ciudad que está presta a ser la tuya, donde un templo digno de tu majestad te recibirá*. Después de esta oración, viéndose superior numéricamente, atacó la ciudad por todas partes para distraer la atención de los enemigos del peligro inminente de la mina. Los veyentinos estaban todos ignorantes de que su destino ya había sido sellado por sus propios profetas y por oráculos extranjeros, de que algunos de sus dioses ya habían sido invitados a participar en el botín mientras que otros, exhortados por oraciones para que abandonasen su ciudad, buscaban nuevas moradas en los templos de sus enemigos; todos seguían inconscientes de estar pasando su último día, sin la menor sospecha de que sus murallas habían sido minadas y su ciudadela estaba llena de enemigos, y se apresuraron con sus armas hasta las murallas, cada uno lo mejor que pudo, preguntándose qué había pasado para que los romanos, tras no haberse movido de sus líneas durante tantos días, se abalanzaban imprudente y temerariamente contra las

murallas, como poseídos de una repentina locura.

En este punto se cuenta una historia fabulosa, en el sentido de que mientras el rey de los veyentinos estaba ofreciendo un sacrificio, el arúspice declaró que la victoria sería para quien cortase las entrañas de la víctima. Al escucharse esto dentro de la mina, incitó a los soldados romanos para salir abruptamente de la mina, tomar las entrañas y llevárselas al dictador. Pero en cuestiones de tan remota antigüedad, deberíamos conformarnos con admitir como cierto sólo aquello que tenga aspecto de serlo. Relatos como éste, más apropiados para representar en un escenario que deleite con milagros que para inspirar verosimilitud, no merecen ser afirmados o negados. La mina, que estaba ahora llena de soldados escogidos, descargó su fuerza armada dentro del templo de Juno, que estaba dentro de la ciudadela de Veyes. Algunos atacaron por detrás al enemigo de las murallas, otros forzaron los travesaños de las puertas, otros prendieron fuego a las casas desde donde las mujeres y los esclavos lanzaban piedras y baldosas. Todo resonaba con el sonido confuso de las terribles amenazas y los gritos de angustia y desesperación que se mezclaban con el llanto de mujeres y niños. En un tiempo muy corto, los defensores fueron expulsados de las murallas y las puertas de la ciudad se abrieron. Algunos entraron rápidamente en orden cerrado, otros escalaron los muros desiertos; la ciudad se llenó de romanos y la lucha siguió por todas partes. Por fin, después de una gran carnicería, el combate declinó y el dictador ordenó a los heraldos proclamar que se perdonaría a los que estuviesen desarmados. Esto puso fin al derramamiento de sangre, los que estaban desarmados empezaron a rendirse y los soldados se dispersaron, con autorización del dictador, en busca de botín. Este superó con creces todas las expectativas, tanto en cantidad como en valor, y cuando el dictador lo tuvo ante él, se dice que levantó las manos al cielo y rezó porque si este éxito suyo y del pueblo romano parecía excesivo a algún dios o a algún hombre, debía permitirse al pueblo romano apaciguar esos celos con tan poco daño como se pudiese para con él o para con el pueblo de Roma. La tradición dice que mientras estaba dando vueltas durante esta devoción, tropezó y cayó. Para aquellos que juzgaron después el evento, parecía como si ese augurio señalase la propia condena de Camilo y la posterior captura de Roma por los galos que ocurrieron unos pocos años después. Ese día transcurrió entre la masacre del enemigo y el saqueo de la ciudad con su enorme riqueza.

[5.22] Al día siguiente el dictador vendió como esclavos a todos los hombres libres que habían sido perdonados. El dinero así obtenido fue lo único que se ingresó en el tesoro público, pero incluso esto levantó las iras de la plebe. En cuanto a los despojos que se trajeron a casa, no reconocían tener ninguna obligación por él ni con su general, quien, pensaban, había sometido un asunto de su propia competencia al Senado con la esperanza de apoyar con la autoridad de aquel su mezquindad, ni sentían tampoco gratitud alguna hacia el Senado. Era a la familia Licinia a quien daban todo el mérito, pues fue el padre quien defendió la medida popular y el hijo quien llevó el dictamen del Senado sobre ella. Cuando todo lo perteneciente a los hombres hubo sido llevado fuera de Veyes, se empezó a sacar de los templos los presentes votivos hechos a los dioses y después se sacó a los propios dioses; pero esto lo hicieron más como fieles que como saqueadores. El traslado de la reina Juno a Roma fue confiado a un grupo de hombres seleccionados de entre todo el ejército, que después de realizar sus abluciones y ataviarse con vestiduras blancas, entraron reverentemente en el templo y pusieron sus manos en la estatua con santo temor pues, de acuerdo con la costumbre etrusca, sólo el sacerdote de cierta familia concreta estaba autorizado a tocarla. Entonces, uno de ellos, fuera en virtud de repentina inspiración o con alegre espíritu juvenil, dijo: *¿Estás dispuesta, Juno, para ir a Roma?* El resto se le unió exclamando que la diosa había asentido con la cabeza. Se añadió a la historia, en este sentido, que se le escuchó decir: *Estoy dispuesta*. En todo caso, resultó que se pudo trasladar usando sólo máquinas de poca potencia, siendo ligera y fácil de transportar, como si lo fuese por su propia voluntad. Fue llevada sin contratiempos al Aventino, su sede eterna, a donde las oraciones del dictador romano la habían llamado y donde esa misma tarde Camilo le dedicó el templo que había ofrecido. Así fue la caída de Veyes, la ciudad más rica de la liga etrusca,

mostrando su grandeza incluso en su derrota final, ya que después de ser sitiada durante diez veranos e inviernos y provocar más pérdidas de las que sufrió, sucumbió finalmente al destino, pues cayó por una mina y no por un asalto directo.

[5,23] Cuando llegaron las nuevas de la captura de Veyes, aunque los prodigios habían sido expiados y tanto las respuestas de los adivinos como las del oráculo eran de dominio público, y aunque todo lo que podían hacer los hombres fue hecho bajo la guía de Marco Furio, el mejor de todos los comandantes, tras tantos años de guerra indecisa y tantas derrotas, el regocijo fue tan grande como si no hubiese habido esperanza de victoria. Anticipándose a la orden del Senado, todos los templos se llenaron de matronas romanas dando gracias a los dioses. El Senado ordenó que la acción de gracias pública debía durar cuatro días, un periodo más largo que el de cualquier otra guerra anterior. La llegada del dictador, a quien todos los órdenes salieron a cumplimentar, fue también bienvenida por una multitud mayor que cualquier otra anterior. Su triunfo fue mucho más allá de la forma habitual de celebrar tal día; siendo él mismo lo más llamativo de todo, fue llevado a la Ciudad por una yugada de caballos blancos, lo que se consideraba impropio de cualquier hombre mortal y aún menos adecuado para un ciudadano romano. Se vio con supersticiosa alarma que el dictador se pusiera a un nivel igual al de Júpiter y el Sol, y esta sola circunstancia hizo de su triunfo algo más brillante que popular. Después de esto, firmó un contrato para la construcción del templo de la reina Juno en el Aventino y dedicó uno a Mater Matuta. Después de haber cumplido así sus deberes para con los dioses y los hombres, renunció a su dictadura. Posteriormente surgió una dificultad acerca de la ofrenda a Apolo. Camilo dijo que había prometido una décima parte del botín a la deidad y el colegio de pontífices decidió que el pueblo debía cumplir sus obligaciones religiosas. Pero no era fácil encontrar una manera de ordenar a la gente que devolviese su parte del botín para que se pudiera dedicar la parte debida a la ofrenda sagrada. Al final se recurrió a lo que pareció ser el plan más suave, es decir, que cualquiera que desease cumplir con su obligación y la de su familia debería hacer una valoración de su parte y contribuir con el valor de la décima parte de ella al tesoro público, para que con lo resultante se pudiera hacer una corona de oro digna de la grandeza del templo y de la augusta divinidad del dios, tal y como lo exigía el honor del pueblo romano. Esta contribución alejó aún más los sentimientos de los plebeyos hacia Camilo. Durante estos acontecimientos llevaron embajadores de los volscos y ecuos a pedir la paz. La consiguieron, no tanto por merecérselo como porque la república, cansada de una guerra tan larga, debía disfrutar de un reposo.

[5.24] El año siguiente *(395 a.C.)* a la captura de Veyes tuvo como dos de los seis tribunos militares con potestad consular a los Publios Cornelios, es decir, Coso y Escipión, a Marco Valerio Máximo (por segunda vez), a Cesón Fabio Ambusto (por tercera vez), a Lucio Furio Medulino (por quinta vez) y a Quinto Servilio (por tercera vez). La guerra contra los faliscos fue encargada a los Cornelios y la guerra contra Capena se adjudicó a Valerio y a Servilio. No hicieron ningún intento de tomar las ciudades, ni por asalto ni por asedio, sino que se limitaron a devastar el campo y llevarse las propiedades de los campesinos; ni un solo árbol frutal o de otra clase se dejó en la tierra. Estas pérdidas quebraron la resistencia de los capenatos, pidieron la paz y se les concedió. Contra los Faliscos, la guerra continuó. En Roma, mientras tanto, surgieron disturbios por diversos asuntos. Con el fin de calmarlos, se había decidido fundar una colonia en la frontera volsca, y para ello se dieron los nombres de 3.000 ciudadanos romanos. Se nombraron triunviros para dividir la tierra en lotes de 3 yugadas y 7/12 por hombre. Esta donación comenzó a ser mirada con desprecio, pues la consideraban como una concesión ofrecida para impedirles esperar algo mejor. *¿Por qué*, se preguntaban, *iban a enviar a los plebeyos al destierro entre los volscos cuando la espléndida ciudad de Veyes y sus territorios estaban a la vista, más fértiles y más amplios que el territorio de Roma?* Ya fuera por su situación o por la magnificencia de sus edificios públicos y privados y sus espacios abiertos, preferían esta ciudad sobre Roma. Incluso presentaron una propuesta, que aún

reunió más apoyo tras la captura de Roma por los Galos, para emigrar a Veyes. Pretendían, sin embargo, que Veyes debía ser habitada por una parte de la plebe y una parte del Senado; pensaban que era un proyecto viable que dos ciudades separadas fuesen habitadas por el pueblo romano y formasen un Estado. En oposición a estas propuestas, la nobleza llegó tan lejos como a declarar que prefería morir ante los ojos del pueblo romano a que ninguna de esas propuestas fuese sometida a votación. Si, argumentaban, había tanta disensión en una ciudad, ¿cuánta no habría en dos? ¿Podía alguien preferir una ciudad vencida sobre una vencedora y permitir que Veyes disfrutase de mejor fortuna tras su captura que antes de ella? Es posible que al final sus conciudadanos les dejasen atrás en su Ciudad natal; pero ningún poder sobre la Tierra podría obligarles a abandonar su Ciudad y a sus conciudadanos para seguir a Tito Sicinio (el que propuso aquella medida) a Veyes, como su nuevo fundador, y abandonar así a Rómulo, un dios e hijo de un dios, el padre y el creador de la Ciudad de Roma.

[5,25] Este debate fue aliñado por peleas vergonzosas, pues el Senado había atraído a una parte de los tribunos de la plebe a sus puntos de vista, y la única cosa que impedía a los plebeyos ejercer la violencia personal era el uso que los patricios hacían de su influencia personal. Cada vez que se levantaba un clamor para iniciar una revuelta, los líderes del Senado eran de los primeros en mezclarse con la multitud y decirles que soltaran su ira sobre ellos, que los golpeasen y matasen. La multitud se abstuvo de ejercer violencia sobre hombres de su edad, rango y distinción, y este sentir les impidió atacar a los demás patricios. Camilo fue por todas partes lanzando arengas y diciendo que no era de extrañar que los ciudadanos se hubiesen vuelto locos, porque, aunque obligados por un voto, ellos se preocupaban por todo excepto por cumplir con sus obligaciones religiosas. Él no decía nada acerca de la contribución, que en realidad era una ofrenda sagrada y no un diezmo, y puesto que cada individuo se obligó a pagar el diezmo, el Estado, como tal, estaba libre de esa obligación. Pero su conciencia no le permitió guardar silencio acerca de la afirmación de que el diezmo sólo se aplicaba a los bienes muebles y que nada se dijo de la ciudad y su territorio, que en realidad también estaban incluidos en el voto. Como el Senado consideró la cuestión de difícil resolución, la remitieron a los pontífices y Camilo fue invitado a discutirla con ellos. Se decidió que de todo lo que había pertenecido a los veyentinos antes de que el voto se pronunciase, y que posteriormente pasó a poder de Roma, una décima parte estaba consagrada a Apolo. Así, la ciudad y el territorio entraron en la estimación. El dinero fue sacado del tesoro y se comisionó a los tribunos consulares para que comprasen oro con él. Como no había suficiente, las matronas, después de una reunión para hablar sobre el asunto, prometieron sus joyas y ornamentos a los tribunos y los enviaron al tesoro. El Senado se sintió altamente agradecido por ello, y la tradición dice que en compensación por esta generosidad, a las matronas se les otorgó el honor de acudir en coches cerrados a los actos sagrados y a los juegos, y en coches abiertos al ir a festivales en días laborables. Se valoró el oro de cada uno, para que se pudiese pagar la cantidad adecuada de dinero por él, y se decidió que se haría una copa de oro y se llevaría a Delfos como regalo a Apolo. Cuando la cuestión religiosa ya no colmó su atención, los tribunos de la plebe renovaron su agitación; las pasiones de la plebe se levantó contra todos los hombres importantes, y sobre todo contra Camilo. Decían que al dedicar el botín de Veyes al Estado y a los dioses, les había reducido a la nada. Atacaron a los senadores con furia en su ausencia; cuando estaban presentes y se enfrentaban a su ira, la vergüenza les mantenía en silencio. Tan pronto como los plebeyos vieron que el asunto se prolongaría hasta el año siguiente, volvieron a nombrar como tribunos a los que apoyaban la propuesta; los patricios se dedicaron a asegurarse el mismo apoyo de aquellos que habían vetado la propuesta. En consecuencia, fueron reelegidos casi los mismos tribunos de la plebe.

[5.26] En la elección de los tribunos consulares, los patricios lograron con el mayor esfuerzo garantizar el regreso de Marco Furio Camilo. Fingieron que en vista de las guerras se proveían de un general; su verdadero objetivo era conseguir un hombre que se opusiese a la corrupta política de

los tribunos plebeyos. Sus compañeros en el tribunado fueron Lucio Furio Medulino (por sexta vez), Cayo Emilio, Lucio Valerio Publícola, Espurio Postumio y Publio Cornelio (por segunda vez). A principios de año *(394 a.C.)* los tribunos de la plebe no hicieron ningún movimiento hasta que Camilo se marchó para las operaciones contra los faliscos, que era el teatro de guerra que se le había asignado. Este retraso aflojó su intención de provocar agitación, mientras que Camilo, el adversario al que más temían, se cubría de nueva gloria contra los faliscos. Al principio, el enemigo se mantuvo dentro de sus murallas pensando que este era el proceder más seguro; pero al devastar sus campos y quemar sus granjas, le forzó a salir de su ciudad. Temían ir muy lejos, y establecieron su campamento a una milla de distancia; lo único que les daba sensación de seguridad era la dificultad para aproximarse, pues todo el terreno alrededor era quebrado y ásperos y los caminos estrechos a veces y escarpados otras. Camilo, sin embargo, había obtenido información de un prisionero capturado en la vecindad y le obligó a actuar como guía. Tras dejar el campamento en medio de la noche, llegó al amanecer a una posición considerablemente más alta que la del enemigo. Los romanos de la tercera línea empezaron a atrincherarse mientras el resto del ejército permanecía dispuesto para la batalla. Cuando el enemigo trató de obstaculizar la labor de atrincheramiento, los derrotó y los puso en fuga, y tal pánico se apoderó de los faliscos que en su desbandada pasaron más allá de su propio campamento, que estaba más próximo a ellos, y se dirigieron a su ciudad. Muchos fueron muertos y heridos antes de que pudieran atravesar las puertas. Se tomó el campamento, se vendió el botín y los beneficios se entregaron a los cuestores para gran indignación de los soldados; pero fueron intimidados por la dureza de la disciplina de su general y, aunque odiaban su firmeza, al mismo tiempo la admiraban. La ciudad quedó entonces cercada y se construyeron obras de asedio. Durante algún tiempo, los habitantes de la ciudad solían atacar los puestos de avanzada romanos siempre que veían oportunidad y se producían frecuentes escaramuzas. Pasó el tiempo y la esperanza no se inclinaba hacia ninguna de las partes; el grano y otros suministros habían sido previamente cosechados y los sitiados estaban mejor provistos que los sitiadores. El asedio parecía que iba a ser tan largo como lo había sido en Veyes si la fortuna no hubiera dado al comandante romano una oportunidad de mostrar de nuevo la grandeza de espíritu de la que ya había hecho gala en asuntos de guerra y que le aseguraría una pronta victoria.

[5.27] Era costumbre de los faliscos emplear a la misma persona como maestro y sirviente de sus hijos, y solían encomendar a varios muchachos al cuidado de un único hombre; una costumbre que aún persiste en Grecia en la actualidad. Naturalmente, el hombre que tenía la mejor reputación en cuanto a la enseñanza era el que se encargaba de instruir a los hijos de los hombres principales. Este hombre había tomado la costumbre, en tiempos de paz, de ir con los muchachos fuera de las murallas, para jugar y ejercitarlos, y mantuvo la costumbre después de comenzada la guerra, llevándolos unas veces más cerca y otras más lejos de las puertas de la ciudad. Aprovechando una oportunidad favorable, prolongó los juegos y las conversaciones más de lo habitual, siguiendo hasta que estuvo en medio de los puestos de avanzada romanos. A continuación, los llevó al campamento y llegó hasta la tienda de de mando de Camilo. Allí agravó su malévolo acto con un ultraje aún peor. Había, dijo, puesto a los faliscos en manos romanas pues estos muchachos, cuyos padres estaban al frente de los asuntos de la ciudad, estaban ahora en su poder. Al oír esto Camilo le respondió: *Tú, malvado, no pienses que has llegado con tu traición ante un jefe o una nación como tú. Entre nosotros y los faliscos no hay unión como la basada en un pacto formal entre hombres, pero sí existe la unión que se basa en el instinto natural y seguirá existiendo. Hay derechos de guerra como hay derechos de paz, y hemos aprendido a librar nuestras guerras con tanta justicia como valor. Nosotros no usamos nuestras armas contra aquellos que por su edad están a salvo incluso en la captura de una ciudad, sino contra los que están armados como nosotros y los que sin ofensa o provocación nuestra atacaron el campamento romano en Veyes. Con estos hombres has hecho cuanto podías para vencerlos por un acto de traición sin precedentes; Yo los venceré como vencí a Veyes, por las artes romanas: valor, estrategia y fortaleza de las armas.* A continuación, ordenó que

lo desnudaran y que le atasen las manos a la espalda, y lo entregaron a los niños para que lo llevasen de vuelta a Faleria, dándoles unos bastones con los que azotar al traidor hasta la ciudad. El pueblo fue en masa a ver el espectáculo, los magistrados, entonces, convocaron al Senado para discutir tan extraordinario incidente y, al fin, tuvo lugar tal cambio de parecer que la misma gente que en la locura de su ira y odio casi prefería compartir el destino de Veyes antes que disfrutar de la paz que gozaba Capena, ahora se veían junto al resto de la ciudad pidiendo la paz. El sentido romano del honor y el amor del tribuno por la justicia estaban en boca de todos los hombres en el foro y en el Senado y, de acuerdo con el deseo general, se enviaron embajadores a Camilo en el campamento, y con su permiso al Senado de Roma, para proceder a la rendición de Faleria.

Al ser presentados ante el Senado, se cuenta que hicieron el siguiente discurso: *¡Senadores! Vencidos por vosotros y por vuestro general con una victoria que nadie, ni hombre ni dios, puede censurar, nos rendimos a vosotros, pues creemos que es mejor vivir bajo vuestro imperio que bajo nuestras propias leyes, y ésta es la mayor gloria que un vencedor puede obtener. Mediante esta guerra, se han sentado dos saludables precedentes para la humanidad. Habéis preferido el honor del soldado a una victoria que estaba a vuestro alcance; nosotros, desafiados por vuestra buena fe, os hemos dado voluntariamente la victoria. Estamos a vuestra disposición; enviad hombres a recibir nuestras armas, a recibir los rehenes, a recibir la ciudad cuyas puertas están abiertas para vosotros. Nunca tendréis motivos de queja de nuestra lealtad, ni nosotros de vuestro gobierno.* Tanto el enemigo como sus propios compatriotas dieron las gracias a Camilo. Se ordenó a los faliscos que proveyesen la paga de las tropas ese año, a fin de que el pueblo romano se viese libre del impuesto de guerra. Después que la paz les fue concedida, el ejército marchó de regreso a Roma.

[5.28] Después de haber así sometido al enemigo mediante la justicia y la buena fe, Camilo volvió a la Ciudad investido de una gloria aún más noble que cuando fue llevado por caballos blancos en su triunfo. El Senado no podía soportar el delicado reproche de su silencio, pero enseguida procedieron a liberarlo de su voto. Lucio Valerio, Lucio Sergio y Aulo Manlio fueron nombrados para llevar la copa de oro, hecha como regalo a Apolo, a Delfos, pero el solitario buque de guerra en el que navegaban fue capturado por piratas liparienses, no lejos del estrecho de Sicilia, y les llevaron a las islas de Lipari. La piratería era considerada como una especie de institución del Estado, y era costumbre del gobierno distribuir el botín así obtenido. Ese año la magistratura suprema la ostentaba Timasiteo, un hombre por su carácter más afín a los romanos que a sus propios compatriotas. Como él mismo reverenciaba el nombre y el cargo de los embajadores, el regalo que tenían a cargo y el dios al que iba dedicado, inspiró a la multitud, que habitualmente compartía el parecer de su gobernante, con un profundo sentido religioso del propio deber. La delegación fue conducida a la casa de invitados del Estado y, desde allí, se les envió a Delfos con una escolta adecuada de buques, luego los trajeron de regreso salvos a Roma. El Estado estableció relaciones amistosas con él y se le otorgaron presentes.

Durante este año hubo guerra con los ecuos, de tan indeciso resultado que es difícil decir quién resultó vencedor y quién vencido. Los dos tribunos consulares, Cayo Emilio y Espurio Postumio, estaban al mando del ejército romano. Al principio realizaban operaciones conjuntas; después que el enemigo hubo sido derrotado en batalla, acordaron que Emilio tomaría Verrugo mientras Postumio devastaba su territorio. Mientras marchaba de modo un tanto descuidado tras su victoria, con sus hombres en desorden, fue atacado por los ecuos y tanto cundió el pánico que sus fuerzas fueron arrastradas a las colinas cercanas, extendiéndose la alarma incluso hasta al otro ejército, en Verrugo. Tras haberse retirado a una posición segura, Postumio convocó una asamblea de sus hombres y les reprendió severamente por su pánico y su huida, y por haber sido derrotados por un enemigo tan cobarde y fácil de vencer. Con una sola voz el ejército exclamó que se merecían sus reproches; se habían comportado de modo vergonzoso, pero ellos mismos repararían su falta y el enemigo ya no tendría más motivo de regocijo. Le pidieron que les llevara enseguida contra el

campamento enemigo (que estaba a plena vista en la llanura) y ningún castigo sería demasiado severo si no lograban tomarlo antes del anochecer. Postumio elogió su afán y les ordenó que se refrescaran y estuviesen listos en la cuarta guardia. El enemigo, esperando que los romanos intentasen una huida nocturna de su colina, se posicionaron para cortarles el camino en dirección a Verrugo. La acción comenzó antes del amanecer pero, como hubo luna toda la noche, la batalla tuvo tanta visibilidad como si se hubiera combatido de día. Los gritos llegaron a Verrugo, y pensaron que el campamento romano estaba siendo atacado. Esto creó tal pánico que, a pesar de todos los llamamientos de Emilio en su esfuerzo por detenerlos, la guarnición se marchó y huyó en grupos dispersos a Túsculo. Desde allí llegó a Roma el rumor de que Postumio y su ejército había sido aniquilado. Tan pronto como la naciente aurora disolvió todos los temores de una sorpresa en caso de que la persecución llegase demasiado lejos, Postumio bajó por las filas demandando el cumplimiento de su promesa. El entusiasmo de la tropa era tan grande que los ecuos no pudieron resistir el ataque. Luego siguió una masacre de los fugitivos, como era de esperar cuando los hombres se dejan llevar más por la ira que por el valor; el ejército fue destruido. El lúgubre informe de Túsculo y los temores infundados en la Ciudad dieron paso a un laureado informe de Postumio anunciando la victoria de Roma y la aniquilación del ejército ecuo.

[5.29] Como los disturbios de los tribunos de la plebe no habían obtenido hasta ahora ningún resultado, los plebeyos se esforzaron por asegurarse de la continuación en el cargo de los proponentes de la ley agraria, mientras que los patricios procuraron la reelección de aquellos que la habían vetado. Los plebeyos, sin embargo, vencieron en las elecciones y el Senado, en venganza por esa mortificación, aprobó una resolución para proceder al nombramiento de cónsules, magistratura que la plebe detestaba. Después de quince años, se volvió a elegir cónsules en las personas de Lucio Lucrecio Flavio y Servio Sulpicio Camerino. A principios de año *(393 a.C.)*, como ninguno de su colegio estaba dispuesto a interponer su veto, los tribunos se pusieron de acuerdo en un esfuerzo decidido para aprobar su medida mientras los cónsules, por la misma razón, ofrecieron una resistencia no menos decidida. Mientras todos los ciudadanos estaban preocupados por esta contienda, los ecuos atacaron con éxito la colonia romana de Vitelia, que estaba situada en su territorio. La mayoría de los colonos resultaron ilesos, pues el haber tenido lugar la traicionera captura por la noche les dio ocasión de huir en dirección opuesta al enemigo y llegar a Roma. Ese campo de operaciones se encargó a Lucio Lucrecio. Avanzó contra el enemigo y lo derrotó en una batalla regular, y luego regresó victorioso a Roma, donde le esperaba un problema todavía más grave.

Se había fijado fecha para el procesamiento de Aulo Verginio y Quinto Pomponio, que habían sido tribunos de la plebe dos años antes. El Senado acordó por unanimidad que a su honor ocupaba su defensa, pues nadie había presentado ningún cargo contra ellos por su vida privada ni por su acción pública; la única base para la acusación era que habían tratado de complacer al Senado al ejercer su derecho de veto. La influencia del Senado, sin embargo, fue vencida por el airado temperamento de la plebe, y aún se sentó un precedente todavía más vicioso al condenar a aquellos hombres inocentes a una multa de diez mil ases cada uno. El Senado quedó muy angustiado. Camilo acusó abiertamente a los plebeyos de traición por volverse contra sus propios magistrados, porque no veían que con aquella sentencia inicua habían desposeído a sus tribunos del poder de veto y con ello se habían privado a sí mismos de su poder. Se engañaban si esperaban que el Senado se contuviera de ascender ante la ausencia de ninguna restricción por parte del poder de aquella magistratura. Si a la violencia tribunicia no se la pudiera enfrentar con el veto de los tribunos, el senado hallaría otra arma. Culpó también a los cónsules por haber permitido en silencio que se comprometiera el honor del Senado en el caso de los tribunos que habían seguido las instrucciones del Senado. Repitiendo abiertamente estas acusaciones, amargó cada vez más el ánimo del populacho.

[5.30] Por otra parte, incitaba permanentemente al Senado a oponerse a la medida. No debían, les dijo, bajar al Foro, cuando llegase el día de la votación, con ánimo distinto al de hombres que se han dado cuenta de que tienen que luchar por sus hogares y altares, por los templos de los dioses y aún por el suelo sobre el que habían nacido. En cuanto a él, si osase pensar en su propia reputación cuando la existencia de su país que estaba en juego, sería en verdad un honor que la ciudad que había tomado fuera densamente poblada, que ese monumento a su gloria le diera gozo diario, que pudiera tener ante sus ojos la ciudad que había llevado en su procesión triunfal y que todos pisaran el rastro de su fama. Sin embargo, consideraba que era una ofensa contra el cielo que una ciudad fuese repoblada tras haber quedado desierta y abandonada por los dioses, y para el pueblo romano el habitar un suelo esclavizado y cambiar la patria conquistadora por otra conquistada. Estimulados por los llamamientos de su líder, los senadores, viejos y jóvenes, bajaron todos al Foro cuando la propuesta se sometía a votación. Se dispersaron entre las tribus, y cada uno tomó sus compañeros de tribu de la mano, implorándoles con lágrimas que no abandonasen la patria por la que ellos y sus padres habían luchado tan valientemente y con tanto éxito. Señalaban el Capitolio, el templo de Vesta y los demás templos alrededor de ellos, y les rogaban que no les permitieran conducir al pueblo romano, como exiliados sin hogar, fuera de su tierra ancestral y de sus dioses nacionales hasta la ciudad de sus enemigos. Llegaron tan lejos como a decir que habría sido mejor que nunca se hubiese tomado Veyes a que se abandonase Roma. Como no recurrieron a la violencia, sino a los ruegos, e intercalaban entre ellos frecuentes menciones a los dioses, se convirtió para la mayoría en una cuestión religiosa y la propuesta fue derrotada por mayoría de una tribu. El Senado quedó tan contento con su victoria que al día siguiente aprobó una resolución, a propuesta de los cónsules, para que se adjudicaran siete yugadas de territorio veyentino a cada plebeyo; y no sólo a los pater familias, sino a todas las personas libres de cada casa, para que con esta esperanza estuviesen dispuestas a criar a sus hijos.

[5,31] Esta recompensa calmó los sentimientos de la plebe y no se opuso a la elección de cónsules. Los dos elegidos fueron Lucio Valerio Potito y Marco Manlio, que más tarde recibió el título de Capitolino *(392 a.C.).* Ellos se encargaron de celebrar los Grandes Juegos que Marco Furio había ofrendado cuando fue dictador durante la guerra Veyentina. Ese mismo año, el templo de la reina Juno, que se había prometido al mismo tiempo, fue dedicado, y la tradición dice que su consagración produjo gran interés entre las matronas, que estuvieron presentes en gran número. Se llevó a cabo una campaña de importancia contra los ecuos en Álgido; el enemigo fue derrotado casi antes de llegar al cuerpo a cuerpo. Valerio mostró la mayor de las energías al perseguir a los fugitivos; por esto se le concedió un triunfo y a Manlio una ovación. El mismo año hubo una nueva guerra con los volsinios. Debido a la hambruna y la peste en los campos de Roma, por el excesivo calor y la sequía, fue imposible que saliese el ejército. Esto incitó a los volsinios, en conjunción con los sapinatos, a hacer incursiones en territorio romano. Entonces se declaró la guerra contra los dos Estados. Cayo Julio, el censor, murió, y Marco Cornelio fue nombrado en su lugar. Este procedimiento fue posteriormente considerado como un delito contra la religión porque fue durante ese lustro cuando Roma fue tomada y desde entonces nunca se ha designado a censor a nadie en sustitución de uno muerto. Los cónsules fueron atacados por la epidemia, por lo que se decidió que los auspicios deben tomarse de nuevo por un interrex. En consecuencia, los cónsules dimitieron de su cargo en cumplimiento de una resolución del Senado y Marco Furio Camilo fue nombrado interrex. Nombró a Publio Cornelio Escipión como su sucesor, y Escipión designó a Lucio Valerio Potito. Éste último nombró seis tribunos consulares, de modo que si alguno de ellos quedaba incapacitado por enfermedad, aún pudiera haber una cantidad suficiente de magistrados para administrar la república.

[5.32] Se trataba de Lucio Lucrecio, Servio Sulpicio, Marco Emilio, Lucio Furio Medulino (por séptima vez), Agripa Furio y Cayo Emilio (por segunda vez). Tomaron posesión del cargo el 1º

de julio *(391 a.C.).* Lucio Lucrecio y Cayo Emilio fueron encargados de la campaña contra los volsinios; a Agripa Furio y a Servio Sulpicio se les encargó de la campaña contra los sapinatos. La primera acción se llevó a cabo contra los volsinios; se enfrentó a un número inmenso de enemigos, pero el combate no fue en absoluto grave. Su línea quedó dispersa al primer choque; ocho mil, que fueron rodeados por la caballería, depusieron las armas y se rindieron. Al enterarse de esta batalla, los sapinatos no tuvieron confianza en librar una batalla campal y buscaron la protección de sus murallas. Los romanos saquearon en todas partes, tanto en territorio volsinio como sapinato, sin encontrar resistencia alguna. Al fin, los volsinios, cansados de la guerra, obtuvieron una tregua por veinte años a condición de pagar un año de salario del ejército y una indemnización por sus anteriores incursiones. Fue en este año cuando Marco Cedicio, miembro de la plebe, informó a los tribunos que mientras estaba en la Vía Nova, donde está ahora la capilla, por encima del templo de Vesta, oyó en el silencio de la noche una voz, más poderosa que cualquier voz humana, ordenándole advertir a los magistrados que los galos se acercaban. No se tuvo en cuenta, en parte debido al rango humilde del informante y en parte porque los galos eran una nación lejana y, por tanto, poco conocida. Y no sólo se ignoraron las admoniciones de los dioses sobre el destino que amenazaba. La única ayuda humana que tenían para enfrentarlo, Marco Furio Camilo, fue expulsado de la Ciudad. Fue acusado por el tribuno de la plebe, Lucio Apuleyo, cuyo hijo adolescente había muerto por entonces, por su actuación en relación con el botín de Veyes. Camilo invitó a los miembros de su tribu y a sus clientes, que formaban una parte considerable de la plebe, a su casa y sondeó sus sentimientos hacia él. Le dijeron que pagarían cualquier multa que le impusieran, pero que les era imposible absolverlo. Entonces se fue al exilio, después de ofrecer una oración a los dioses inmortales dicien*do que si tal ultraje se le hacía sin merecerlo, dieran pronto ocasión a sus desagradecidos conciudadanos de lamentar su a*usencia. Fue condenado en ausencia a pagar una multa de quince mil ases.

[5.33] Después de la expulsión de tal ciudadano, cuya presencia, si hay algo seguro en los asuntos humanos, habría hecho imposible la captura de Roma, el destino de la sentenciada Ciudad se aproximó rápidamente. Llegaron embajadores desde Clusium pidiendo ayuda contra los galos. La tradición es que esta nación, atraída por las noticias de los deliciosos frutos y sobre todo del vino (un placer nuevo para ellos) cruzó los Alpes y ocupó las tierras antes cultivadas por los etruscos, y que Aruncio de Clusium importó vino a la Galia para atraerlos a Italia. Su esposa había sido seducida por Lucumo, que había sido su tutor, y de quien, por ser un hombre joven de considerable influencia, era imposible conseguir una reparación sin ayuda del extranjero. En venganza, Aruncio guió a los galos a través de los Alpes y los llevó a atacar Clusium. No voy a negar que los galos fueran guiados hasta Clusium por Aruncio o por alguna otra persona que viviera allí, pero es evidente que quienes atacaron la ciudad no fueron los primeros que cruzaron los Alpes. De hecho, los galos entraron en Italia dos siglos antes de que atacasen Clusium y tomasen Roma. Tampoco fueron los clusinos los primeros etruscos con cuyos ejércitos chocaron los galos; parece ser que mucho antes ya habían combatido los galos con los etruscos que moraban entre los Apeninos y los Alpes. Antes de la supremacía romana, el poder de los etruscos se había extendido ampliamente, tanto por mar como por tierra. Hasta qué punto se extendió por los dos mares por los que Italia está rodeada como una isla, queda demostrado por los nombres de esos mares, pues las naciones de Italia llaman a uno el *mar etrusco* y al otro el *adriático*, que viene de *Atria*, una colonia etrusca. Los griegos también los llaman el Tirreno y el Adriático. Las tierras que se extienden entre ambos mares estaban habitadas por ellos. Se asentaron primero a este lado de los Apeninos, en el mar occidental, en doce ciudades; después fundaron doce colonias más allá de los Apeninos, correspondientes al número de las ciudades madre. Estas colonias poseían todo el país entre el Po y los Alpes, con excepción de la esquina habitada por los vénetos, que habitaban alrededor de un brazo de mar. Las tribus de los Alpes son, sin duda, del mismo tronco, especialmente los retios, que por la naturaleza de su país se han vuelto tan incivilizados que no guardan la menor traza de su condición original

excepto su lengua, e incluso ésta no está libre de corrupción.

[5,34] He aquí lo que hemos aprendido sobre la entrada de los galos en Italia. Mientras Tarquinio Prisco era rey de Roma, el poder supremo entre los celtas, que formaban una tercera parte de toda la Galia, estaba en manos de los biturigos; de entre ellos solía nombrarse el rey de toda la raza celta. Ambigato era el rey en ese momento, un hombre eminente por su valor personal y su riqueza tanto como por sus dominios. Durante su gobierno, las cosechas fueron tan abundantes y la población creció tan rápidamente en la Galia que el gobierno de un número tan vasto parecía casi imposible. Era ya un hombre anciano, y ansioso por aliviar su reino de la carga del exceso de población. Con este objeto manifestó su intención de enviar a los hijos de su hermana, Beloveso y Segoveso, ambos hombres jóvenes, a asentarse en cualquier lugar que los dioses les asignasen mediante augurios. Fueron a invitar a tantos como quisieran acompañarlos, suficientes para impedir que cualquier nación rechazase su llegada. Una vez tomados los auspicios, el bosque Hercinio le tocó a Segoveso; a Beloveso los dioses concedieron el más dulce camino a Italia. Invitó a la población excedente de seis tribus: los biturigos, los avernos, los senones, los eduos, los ambarros, los carnutos y los aulercios. Desplazándose con una enorme fuerza de caballería e infantes, llegaron donde los triscatinos. Más allá se extendía la barrera de los Alpes, y no me sorprende que les parecieran insuperables, pues nunca antes habían sido atravesados, al menos hasta donde alcanzaba la memoria, a menos que se crean las fábulas acerca de Hércules. Mientras las altas cumbres contenían a los galos y buscaban por todas partes un paso por el que cruzar las montañas que llegaban al cielo y así llegar a un nuevo mundo, fueron impedidos de seguir avanzando por un sentido de obligación religiosa al llegarles noticia de que algunos extranjeros que buscaban tierras estaban siendo atacados por los salvuos. Los atacados eran masaliotas que habían salido de Focea. Los galos, viendo en esto un presagio de su propia fortuna, fueron en su ayuda y así pudieron fortificar el lugar donde habían primeramente desembarcado, sin que los salvuos les molestasen. Después de cruzar los Alpes por los pasos de los taurinos y el valle de los durios, derrotaron a los etruscos en una batalla no lejos de Ticino, y cuando se dieron cuenta de que el país en el que se habían establecido pertenecía a los ínsubros, un nombre que también llevaba un cantón de los eduos, aceptaron el presagio del lugar y construyeron una ciudad a la que llamaron Mediolanum.

[5,35] Posteriormente otra parte, compuesta por los cenomanos bajo el mando de Elitovio, siguió el camino de los anteriores y cruzaron los Alpes por el mismo paso, con el visto bueno de Beloveso. Ellos tenían sus asentamientos donde ahora están las ciudades de Verona y Brixia. Luego llegaron los Libuanos y los saluvios; se asentaron cerca de la antigua tribu de los ligures levios, que vivían alrededor de Ticino. Luego los boyos y lingones cruzaron los Alpes Peninos, y como todo el país entre el Po y los Alpes estaba ocupado, cruzaron el Po en balsas y expulsaron no sólo a los etruscos sino también a los umbros. Permanecieron, sin embargo, al norte de los Apeninos. Entonces, los senones, los últimos en llegar, ocuparon el país entre el Utente y el Aesis. Fue esta última tribu, me parece, la que llegó hasta Clusium, y de allí a Roma; pero no es seguro que llegaran solos o ayudados por contingentes de todos los pueblos Cisalpinos. El pueblo de Clusium quedó aterrorizado por esta nueva guerra al ver el número y el extraño aspecto de aquellos hombres, la clase de armas que usaban y al oír que las legiones de Etruria habían sido a menudo derrotadas por ellos a ambos lados del Po. A pesar de que no tenían ningún tratado de amistad o alianza con Roma, a no ser el no haber ayudado a sus parientes de Veyes contra los romanos, enviaron embajadores a Roma para solicitar al Senado su ayuda. No obtuvieron ayuda directa. Fueron enviados como embajadores los tres hijos de Marco Fabio Ambusto, para negociar con los galos y advertirles de que no atacasen a aquellos de quienes no habían recibido ninguna ofensa, que eran amigos y aliados de Roma y a los que, si las circunstancias les obligaban, defendería Roma con las armas. Preferían evitar la presente guerra y les gustaría entablar tratos con los galos, que eran extraños para ellos, más en son de paz que de guerra.

[5,36], Era una misión bastante pacífica, si no hubieran figurado en ella legados de carácter violento, más parecido a los galos que a los romanos. Después de haber cumplido con sus instrucciones ante el consejo de los galos, se les dio la siguiente respuesta: *Aunque acabamos de oir hablar por vez primera de los romanos, creemos sin embargo que sois hombres valientes, pues los clusinos están solicitando vuestra ayuda al verse en peligro. Dado que preferís proteger a vuestros aliados contra nosotros más con negociación que por las armas, nosotros por nuestra parte no rechazamos la paz que ofrecéis, a condición de que los clusinos nos cedan a los galos, que estamos necesitados de tierras, una parte del territorio que poseen, que es más de lo que pueden cultivar. En cualquier otra condición, no podemos acordar la paz. Deseamos recibir su respuesta en vuestra presencia, y si se nos niegan esas tierras lucharemos, mientras aún estéis aquí, para que podáis informar a los vuestros hasta qué punto superan los galos en valor a todos los demás hombres.* Los romanos les preguntaron qué derecho tenían para exigir, bajo amenaza de guerra, las tierras de quienes eran sus propietarios, y qué intereses tenían los galos en Etruria. La respuesta arrogante que les dieron fue que su derecho estaba en sus armas y que todas las cosas eran propiedad de los hombres valientes. Se encendieron los ánimos por ambos lados, corrieron a las armas y empezó el combate. Entonces, contrariamente al derecho de gentes, los embajadores empuñaron sus armas, pues los hados ya empujaban a Roma a su ruina. El hecho de que tres de los más nobles y bravos romanos lucharan en las filas etruscas no se pudo ocultar, tan llamativo fue su valor. Y lo que es más, Quinto Fabio se adelantó hacia un jefe galo, que cargaba con ímpetu justo contra los estandartes etruscos, lo atravesó de lado con su lanza y lo mató. Mientras estaba despojando el cuerpo, los galos lo reconocieron y todo el ejército se enteró de que se trataba de un embajador romano. Olvidando su ira contra los clusinos y gritando amenazas contra los romanos, dieron voz de retirada.

Algunos querían avanzar inmediatamente contra Roma. Los ancianos pensaron que primero se debían mandar embajadores a Roma para presentar una queja formal y exigir la entrega de los Fabios como satisfacción por la violación del derecho de gentes. Después que los embajadores hubieran expuesto su caso, el Senado, al tiempo que desaprobaba la conducta de los Fabios y reconocía la justicia de la demanda que hacían los bárbaros, se abstuvo, por intereses políticos, de registrar sus convicciones en forma de un decreto, dado el alto rango de los hombres implicados. Por lo tanto, para que la culpa de cualquier derrota que se pudiera sufrir en una guerra contra los galos no recayese sobre ellos, remitieron las exigencias de los galos a la consideración del pueblo. Aquí se impuso la popularidad personal y la influencia de los acusados, y aquellos mismos hombres cuyo castigo se discutía fueron elegidos tribunos militares con potestad consular para el año siguiente. Los galos consideraron esto como se merecía, es decir, como un acto hostil, y tras amenazar abiertamente con la guerra, volvieron junto a su pueblo. Los otros tribunos consulares elegidos con los Fabios fueron Quinto Sulpicio Longo, Quinto Servilio (por cuarta vez) y Publio Cornelio Maluginense (por segunda vez) *(390 a.C.)*

[5.37] Hasta tal punto ciega la Fortuna los ojos de los hombres cuyas fuerzas desea quebrantar, que aunque el peso de tal catástrofe se cernía sobre el Estado, no se tomaron medidas especiales para evitarla. En las guerras contra Fidenas, Veyes y otros Estados vecinos, se había designado muchas veces un dictador como último recurso. Pero ahora, cuando un enemigo, al que nunca antes habían visto ni del que habían oído hablar, levantaba una guerra desde el océano y los rincones más remotos del mundo, no se recurrió a un dictador ni se hicieron esfuerzos extraordinarios. Fueron elevados al mando supremo y elegidos tribunos los hombres por cuya temeridad se había producido la guerra; y el alistamiento que llevaron a cabo no fue tan extenso como lo había sido en otras campañas ordinarias, incluso lo hicieron menor, a la luz de la gravedad de la guerra. Mientras tanto, los galos vieron que su embajada había sido tratada con desprecio y que se habían otorgado honores a los hombres que habían violado el derecho de gentes. Ardiendo de

ira (como nación que no puede controlar sus pasiones), tomaron sus estandartes y se pusieron rápidamente en marcha. Al ruido de su tumulto mientras se desplazaban, las atemorizadas ciudades se apresuraron a tomar las armas y los campesinos huían. Caballos y hombres, extendidos a lo largo y lo ancho, cubrían una inmensa extensión del campo; donde quiera que iban daban a entender con grandes voces que se dirigían a Roma. Pero a pesar de que fueron precedidos por rumores, por los mensajes de Clusium y luego por los mensajes de cada ciudad por la que pasaban, fue la rapidez de su marcha lo que produjo mayor alarma en Roma. Un ejército alistado a toda prisa por una recluta masiva salió a su encuentro. Las dos fuerzas se enfrentaron apenas a once millas de Roma, en un lugar donde el Alia, fluyendo por un cauce muy profundo desde las montañas crustuminianas, se une al Tíber un poco por debajo de la carretera. El país entero, al frente y alrededor, estaba plagado de enemigos que, siendo una nación dada a salvajes explosiones, llenaba todo con el ruido espantoso de sus horribles gritos y su clamor discordante.

[5.38] Los tribunos consulares no habían asegurado la posición de su campamento, no habían construido trincheras tras las que poder retirarse y habían mostrado tanta falta de atención a los dioses como al enemigo, pues formaron su línea de batalla sin haber obtenido auspicios favorables. Extendieron sus líneas para evitar que sus flancos fuesen desbordados, pero aún así no consiguieron igualar el frente enemigo y, adelgazando así sus líneas, debilitaron el centro de manera que apenas podría soportar el choque. A su derecha había una pequeña elevación en la que decidieron colocar las reservas; y esta disposición, cuando empezó el pánico y la huida, resultó ser la única medida que dio seguridad a los fugitivos. Pero Brenno, el rey galo, temiendo que hubiera un engaño en el escaso número de los enemigos, y pensando que la elevación del terreno había sido ocupada para que las reservas pudiesen atacar el flanco y la retaguardia galas mientras su frente combatía a las legiones, dirigió su ataque contra las reservas, confiando en que, si les expulsaba de su posición, su superioridad numérica le daría una fácil victoria en el terreno bajo. Así que tanto las tácticas como la Fortuna estaban de parte de los bárbaros. En el otro ejército, nada había que recordase que era romano, ni entre los generales ni entre los soldados. Estaban aterrados y en lo único que pensaban era en huir; y tan completamente perdieron la cabeza que la mayor parte huyó a Veyes, una ciudad enemiga, aunque el Tíber les quedaba al paso y no siguieron el camino directo a Roma, hacia sus esposas e hijos. Durante un corto lapso de tiempo las reservas quedaron protegidas por su posición. El resto del ejército, tan pronto escucharon el grito de guerra en su flanco los más próximos a las reservas, y luego al ser oído por la otra parte de la línea a sus espaldas, huyó al completo e ilesos, casi antes de haber visto a sus enemigos, sin intentar luchar ni aún devolver el grito de guerra. En realidad, ninguno fue muerto al combatir; fueron heridos por detrás mientras se obstaculizaban la huida unos a otros en una masa que se esforzaba confusa. A lo largo de la orilla del Tíber, por donde había huido toda el ala izquierda tras arrojar sus armas, se produjo una gran masacre. Muchos, que fueron incapaces de nadar o se vieron obstaculizados por el peso de sus corazas y otras defensas, fueron tragados por la corriente. La mayor parte, sin embargo, llegó a Veyes a salvo, pero no sólo no enviaron desde allí a las tropas para defender la Ciudad sino que ni siquiera mandaron un mensajero para informar a Roma de la derrota. Todos los hombres del ala derecha, que habían sido colocados a cierta distancia del río y más cerca de la base de la colina, volvieron a Roma y se refugiaron en la Ciudadela sin siquiera cerrar las puertas de la Ciudad.

[5.39] Los galos, por su parte, estaban casi mudos de asombro ante tan repentina y extraordinaria victoria. Al principio no se atrevían a moverse del lugar, como si estuviesen desconcertados por lo que había ocurrido, después empezaron a temer una sorpresa y por fin empezaron a despojar a los muertos apilando, como es su costumbre, las armas en montones. Por último, como se veía ningún movimiento hostil por ninguna parte, reiniciaron su marcha y llegaron a Roma poco antes del atardecer. La caballería, que cabalgaba al frente, informó que las puertas no estaban cerradas, que no había destacamentos de guardia frente a ellas ni tropas en las murallas.

Esta segunda sorpresa, tan extraordinaria como la anterior, les hizo retraerse y, temiendo un combate nocturno en las calles de una Ciudad desconocida, detenerse para acampar entre Roma y el Anio. Enviaron partidas de reconocimiento para examinar el circuito de las murallas y las otras puertas, así como para informarse de los planes que hacían sus enemigos ante su situación desesperada. En cuanto a los romanos, ya que la mayor parte había huido del campo de batalla en dirección de Veyes en lugar de hacia Roma, todos creían que los únicos supervivientes eran los que se habían refugiado en Roma; el luto por todos los que se habían perdido, vivos o muertos, llenó toda la Ciudad con llantos de lamentación. Pero los gemidos del dolor personal quedaron acallados por el terror general al saberse que el enemigo estaba encima. Ahora se oían los alaridos y salvajes gritos de guerra de las turmas que cabalgaban alrededor de las murallas. Todo el tiempo, hasta el amanecer del día siguiente, los ciudadanos se encontraban en tal estado de incertidumbre que esperaban de un momento a otro un ataque a la Ciudad. Lo esperaron, al principio, cuando el enemigo se aproximó a las murallas, pues no suponían que su objetivo fuese permanecer en el Alia; luego, justo antes de la puesta de sol, pensaron que el enemigo atacaría porque no quedaba mucha luz; y más tarde, tras caer la noche, imaginaron que el ataque se había retrasado hasta entonces para crear aún mayor terror. Por último, la aproximación del día siguiente les dejó atónitos; la entrada por las puertas de los estandartes enemigos fue el terrible clímax de un temor que no había conocido tregua.

Pero durante toda esa noche y el día siguiente los ciudadanos ofrecieron un contraste total con los que habían huido aterrorizados en el Alia. Consciente de la inutilidad de intentar cualquier defensa de la Ciudad con el pequeño número de los que quedaban, decidieron que los hombres en edad militar y las personas sanas entre los senadores debían, con sus esposas e hijos, encerrarse en la Ciudadela y el Capitolio, y después de conseguir en los almacenes armas y alimentos, defenderían desde esas posiciones a sus dioses, a sí mismos y el nombre de Roma. El Flamen y las sacerdotisas de Vesta pusieron los objetos sagrados del Estado lejos de los derramamientos de sangre y del fuego, y no se abandonaría el culto sagrado mientras quedase una sola persona para observarlo. Si sólo la Ciudadela y el Capitolio, la morada de los dioses; si sólo el Senado, cabeza directora de la política nacional; si sólo los hombres en edad militar sobreviviesen a la ruina inminente de la Ciudad, entonces podría fácilmente superarse la pérdida de la multitud de ancianos que quedaron abandonados en la Ciudad; de todas formas, tenían ya la certeza de que iban a perecer. Para conformar a los ancianos plebeyos con su destino, los hombres que habían sido cónsules y disfrutado triunfos se dieron cuenta que debían enfrentar su hado hombro con hombro junto a ellos y no cargar las escasas fuerzas de los guerreros con cuerpos demasiado débiles para llevar armas o defender su patria.

[5.40] Así buscaron consuelo unos con otros, estos hombres ancianos condenados a muerte. Luego se volvieron con palabras de aliento a los hombres más jóvenes que iban camino a la ciudadela y el Capitolio, y solemnemente encomendaron a su fuerza y coraje todo lo que quedaba de la fortuna de una Ciudad que durante 360 años había salido victoriosa en todas sus guerras. Cuando aquellos que llevaban consigo toda esperanza y socorro finalmente se separaron de los que habían resuelto no sobrevivir a la caída de la Ciudad, la miseria del paisaje se vio acentuada por la angustia de las mujeres. Sus lágrimas, sus carreras sin sentido según perseguían primero a sus maridos, luego a sus hijos, sus ruegos implorándoles que no las abandonasen a su destino, pintaban un cuadro en el que no faltaba ningún elemento del infortunio humano. Una gran parte de ellas, en realidad, siguió a sus hijos al Capitolio, sin que nadie se lo prohibiese o las invitase, pues aunque disminuir el número de los no combatientes habría ayudado a los sitiados, resultaba una medida demasiado inhumana de tomar. Otra multitud, principalmente de plebeyos, para la que no había sitio en tan pequeño cerro ni suficiente comida en parco almacén de grano, salió la ciudad en una fila continua y se dirigió hacia el Janículo. Desde allí se dispersaron, algunos por la campiña, otros hacia las ciudades vecinas, sin nadie que les guiara y sin coordinación alguna, cada cual siguiendo

sus propios intereses y sus propias ideas, despreocupándose todos de la seguridad pública. Mientras todo esto ocurría, el flamen de Quirino y las vírgenes vestales, sin pensar en sus propiedades particulares, deliberaban sobre cuáles de los objetos sagrados debían conservar con ellos y cuáles dejar atrás, pues no tenían bastantes fuerzas para llevarlas todas, y también sobre cuál sería el lugar más seguro para custodiarlas. Pensaron que lo mejor para ocultar lo que no podían llevar sería ponerlo en pequeñas tinajas y enterrarlas bajo la capilla próxima a la casa del Flamen, donde ahora está prohibido escupir. El resto lo repartieron entre ellos y se lo llevaron, tomando la carretera que conduce desde el puente Sublicio al Janículo. Mientras subían esa colina, fueron vistos por Lucio Albinio, un plebeyo romano que abandonaba la Ciudad con el resto de la multitud que no era apta para la guerra. Incluso en esa hora crítica, no se olvidó la distinción entre lo sagrado y lo profano. Llevaba con él, en una carreta, a su mujer e hijos, y le pareció un acto de impiedad que se le viera junto a su familia en un vehículo mientras los sacerdotes nacionales avanzaban penosamente a pie, llevando los vasos sagrados de Roma. Ordenó a su esposa e hijos que bajasen, puso a las vírgenes y a su sagrada carga en la carreta y los llevó a Caere, su destino.

[5.41] Después de haber tomado todas las medidas que permitían las circunstancias para la defensa del Capitolio, los ancianos regresaron a sus respectivos hogares y, plenamente dispuestos a morir, esperaron la llegada del enemigo. Los que habían desempeñado magistraturas curules[46] decidieron enfrentar su destino llevando las insignias de su antiguo cargo, honor y distinciones. Vistieron las espléndidas vestiduras que llevaban al conducir los carros de los dioses o al cabalgar en triunfo por la Ciudad; y así ataviados, se sentaron en sus sillas de marfil en el vestíbulo de sus casas. Algunos autores afirman que, guiados por Marco Fabio, el Pontífice Máximo, recitaron la fórmula solemne por la que se ofrecían a morir por su patria y los Quirites. Como los galos estaban frescos tras una noche de descanso después de una batalla que en ningún momento había resultado muy disputada, y como no estaban tomando entonces la ciudad por asedio o asalto, su entrada al día siguiente no estuvo marcada por ningún signo de ira o ardor. Pasando la puerta Colina, que estaba abierta, llegaron al Foro y miraban los templos y la Ciudadela, que era lo único que mostraba alguna apariencia de guerra. Dejaron allí un pequeño destacamento de guardia para protegerse de cualquier ataque desde la ciudadela o el Capitolio; luego se dispersaron por las calles en las que no se veía un alma, en busca de botín. Algunos se precipitaban a la vez en las casas cercanas, otros se dirigían a las más distantes, esperando encontrarlas intactas y llenas de despojos. Consternados por la misma desolación del lugar y temiendo que alguna estratagema pudiera sorprender a los rezagados, regresaron a las inmediaciones del Foro en orden cerrado. Las casas de los plebeyos estaban atrancadas, los atrios de los patricios estaban abiertos; pero sentían más indecisión a la hora de entrar en las casas abiertas que en las cerradas. Contemplaban con auténtica veneración a los hombres que permanecían sentados en los vestíbulos de sus mansiones, no sólo por la sobrehumana magnificencia de sus vestiduras, por su porte y su comportamiento, sino también por la majestuosa expresión de sus rostros, que semejaba la apariencia de los dioses. Así quedaron, en pie, mirándolos como si fueran estatuas, hasta que, según se dice, uno de los patricios, Marco Papirio, suscitó la ira de un galo, que empezó a tirarle de la barba (que en aquellos tiempos todos llevaban larga), al golpearle en la cabeza con su bastón de marfil. Él fue el primero en ser asesinado, los otros fueron luego masacrados en sus sillas. Después de esta masacre de los principales, no quedó nadie con vida; las casas fueron saqueadas y luego les prendieron fuego.

[5,42] Ahora bien, fuese que no todos los galos estuviesen animados por el ardor de destruir la Ciudad, que sus jefes hubiesen, por un lado, decidido que el espectáculo de unos cuantos fuegos intimidaría a los sitiados para rendirse deseando salvar sus hogares, o por otro, que al abstenerse de

46 Los cónsules, dictadores, censores, pretores y ediles curules tenían derecho a sentarse en la llamada silla curul, que dio nombre a este tipo de magistratura. La ley Ovinia del siglo V a.C. reconoció el derecho a ser senador a quienes hubieran ejercido una magistratura curul. [N. del T.]

un combate general mantenían en su poder lo que quedaba de la Ciudad como una promesa con la que debilitar la determinación del enemigo, lo cierto es que los incendios estuvieron lejos de ser tan indiscriminados o extensos como se habría esperado del primer día de una ciudad conquistada. Cuando los romanos observaron, desde la Ciudadela, la Ciudad llena de enemigos corriendo por todas las calles, cómo sucedían a cada momento nuevos desastres, primero en un barrio y luego en otro, no pudieron controlar más sus ojos y oídos, ni mucho menos sus pensamientos y sentimientos. En cualquier dirección, su atención era atraída por los gritos del enemigo, los chillidos de las mujeres y los niños, el rugir de las llamas y el desplome de las casas al caer; donde quiera que volviesen sus ojos y mentes, eran como espectadores obligados por la Fortuna a contemplar la caída de su patria, impotentes para proteger nada de lo que tenían, más allá de sus vidas. Eran mucho más dignos de lástima que cualquier otro que hubiera sufrido un asedio, separados como estaban de su tierra natal y viendo todo lo que había sido suyo en poder del enemigo. El día que había pasado en una tal miseria fue seguido por una noche sin un ápice de descanso, y luego de nuevo por otro día de angustia; no hubo ni una hora libre de la visión de alguna nueva calamidad. Y, sin embargo, no obstante agobiados y abrumados con tantas desgracias, habiendo visto todo caer en llamas y ruinas, ni por un momento declinaron su determinación de defender con su valor el único punto que les restaba de libertad: la colina que poseían, por pequeña y pobre que pudiera ser. Por fin, al prolongarse este estado de cosas día tras día, se acostumbraron a este estado de miseria y volvían sus pensamientos, de las circunstancias que les rodeaban, a sus armas y a sus espadas en la mano derecha, a las que miraban como lo único que podía darles esperanza.

[5.43] Durante algunos días los galos se limitaron a hacer una guerra inútil por las casas de la Ciudad. Ahora que ya no sobrevivía nada entre las ruinas y las cenizas de la capturada Ciudad, excepto un enemigo armado al que ya no espantaban todos esos desastres y que no tenía intención de rendirse sin combatir, decidieron como último recurso hacer un asalto contra la Ciudadela. Al amanecer se dio la señal y todos formaron en el Foro. Lanzando su grito de guerra y juntando sus escudos sobre sus cabezas, avanzaron. Los romanos esperaban el ataque sin excitación ni miedo, se reforzaron los destacamentos para guardar todas las vías de aproximación, y en cualquier dirección que viesen avanzar al enemigo apostaban un cuerpo selecto de hombres que permitía al enemigo escalar, pues cuanto más subían los escaladores más fácil resultaba tirarlos abajo por la pendiente. Hacia la mitad de la colina los galos se detuvieron; luego, desde el terreno elevado que casi les lanzaba, los romanos cargaron y derrotaron a los galos con tales pérdidas que nunca más intentaron aquel modo combatir, fuese con grupos o al completo de su fuerza. Perdieron cualquier esperanza, por tanto, de forzar el paso por asalto directo y se prepararon para un bloqueo. Hasta ese momento nunca habían pensado en ello; todo el grano de la Ciudad había quedado destruido en los combates mientras que el de los campos de alrededor se había llevado apresuradamente a Veyes desde la ocupación de la Ciudad. Así que los galos decidieron dividir sus fuerzas; una parte se dedicaría a asediar la Ciudadela y la otra a forrajear entre los estados vecinos para abastecer de grano a los que estaban dedicados al asedio. Fue la propia Fortuna la que llevó a los galos, tras salir de la Ciudad, hacia Ardea, para que pudieran tener alguna experiencia del coraje romano. Camilo estaba viviendo allí como exiliado, más dolido por la suerte de su patria que por la suya, comiéndose el corazón con reproches a los dioses y a los hombres, preguntándose con indignación dónde estaban los hombres con los que él había conquistado Veyes y Faleria; hombres cuyo valor en aquellas guerra fue mayor que su fortuna. De pronto, se enteró de que el ejército galo se acercaba y que los ardeates deliberaban inquietos sobre ello. Generalmente, había evitado las reuniones del Consejo; pero ahora, apoderado de una inspiración en cierto modo divina, se dirigió apresuradamente a los consejeros reunidos y se dirigió a ellos como sigue:

[5,44] *¡Hombres de Ardea! antiguos amigos y ahora mis conciudadanos (pues vuestra bondad así lo dispuso y mi buena fortuna lo alcanzó), que nadie piense que vengo aquí habiendo*

olvidado mi posición. La fuerza de las circunstancias y el peligro común empujan a cada hombre a aportar lo que pueda para ayudar a resolver la crisis. ¿Cuándo iba a ser capaz de mostrar mi gratitud por todos los favores que me habéis otorgado si no cumplo ahora con mi deber? ¿Cuándo seré de alguna utilidad para vosotros, si no es en la guerra? Fue por eso por lo que mantuve mi posición en mi Ciudad natal, pues jamás conocí la derrota; en tiempos de paz, mis ingratos compatriotas me desterraron. Ahora se os brinda la oportunidad, hombres de Ardea, de demostrar vuestra gratitud por cuantas bondades Roma os ha mostrado (no habéis olvidado cuán grande es, ni necesito mencionarlo a quienes tan bien lo recuerdan); se os brinda la oportunidad de ganar para vuestra ciudad una notable fama en la guerra a expensas de nuestro común enemigo. Esos que vienen hacia aquí de forma libre y desordenada son una raza cuya naturaleza produce cuerpos y mentes más grandes y fuertes que firmes. Es éste el motivo de que en cada batalla presenten más una apariencia aterradora que una fuerza real. Tomad como ejemplo el desastre de Roma. Tomaron la ciudad porque ya estaba abierta para ellos; una pequeña fuerza les expulsó de la Ciudadela y el Capitolio. Ya el aburrimiento de un asedio ha resultado ser demasiado para ellos y están vagando dispersos por los campos, arriba y abajo. Cuando están atiborrados con la comida y el vino que beben tanta voracidad, se lanzan como fieras; al llegar la noche se dejan caer por las orillas, sin atrincherarse ni apostar guardias o escuchas avanzados. Y ahora, después de su éxito, están más descuidados que nunca. Si es vuestra intención de defender vuestras murallas y no permitir que todo este país se convierta en una segunda Galia, tomad las armas, reunid vuestras fuerzas en la primera vigilia y seguidme a lo que será una masacre, no una batalla. Si no los pongo en vuestras manos, encadenados por el sueño, para ser sacrificados como ganado, estoy dispuesto a aceptar el mismo destino en Ardea que el que enfrenté en Roma.

[5,45] Amigos y enemigos, por igual, estaban convencidos en aquel tiempo de que en ninguna otra parte había maestro en la guerra tan señalado. Después que se levantase el consejo, se refrescaron y esperaron impacientes que se diera la señal. Cuando ésta se dio en el silencio de la noche todos fueron a las puertas, junto a Camilo. Tras marchar a no mucha distancia de la ciudad, llegaron hasta el campamento de los galos, desprotegido como él les había dicho y abierto con descuido por todas partes. Lanzaron un tremendo grito y se precipitaron dentro; no hubo batalla, sino pura masacre; los galos, indefensos y disueltos en el sueño, fueron muertos donde reposaban. Los que estaban en el otro extremo del campamento, sin embargo, sorprendidos en sus cubiles y sin saber qué o por dónde les atacaban, huyeron aterrorizados y alguno hasta se precipitó, sin darse cuenta, entre los asaltantes. Un número considerable llegó a la vencindad de Anzio, donde fueron rodeados por sus ciudadanos. Una masacre parecida de etruscos tuvo lugar en el territorio de Veyes. Tan lejos estaba aquel pueblo que simpatizar con una Ciudad de la que había sido vecina durante cerca de cuatro siglos, y que ahora estaba quebrada por un enemigo nunca oído o visto hasta entonces, que escogieron aquel momento para hacer incursiones en territorio romano y, después de cargar con el botín, trataron de atacar Veyes, el baluarte y única esperanza de que sobreviviera el nombre romano. Los soldados romanos en Veyes les habían visto dispersos por los campos, y después, reunidas sus fuerzas, llevando su botín frente a ellos. Primero desesperaron y luego se indignaron y la rabia se apoderó de ellos. *¿Todavía van los etruscos,* exclamaron, *de quienes hemos desviado las armas de los galos sobre nosotros, a burlarse de nuestras desgracias?* Se contuvieron con dificultad de atacarlos. Quinto Cedicio, un centurión al que habían puesto al mando, les convenció para retrasar las operaciones hasta el anochecer. Lo único que les faltaba era un jefe como Camilo, en todos los demás aspectos la disposición del ataque y el éxito fueron los mismos que si hubiera estado presente. No contento con esto, hizo que algunos prisioneros de entre los que habían sobrevivido a la matanza nocturna actuasen como guías y, conducido por ellos, sorprendió a otro grupo de etruscos en las salinas y les causó aún mayores pérdidas. Exultantes por esta doble victoria volvieron a Veyes.

[5.46] Durante estos días no sucedía nada importante en Roma; el asedio se mantenía con poco esfuerzo; ambas partes se mantenían tranquilas y los galos, principalmente, trataban de impedir que algún enemigo se deslizase a través de sus líneas. Repentinamente, un guerrero romano atrajo sobre sí la admiración unánime de amigos y enemigos. La gens Fabia hacía un sacrificio anual en el Quirinal, y Cayo Fabio Dorsuo, llevando su toga ceñida con el cinturón gabino y portando en sus manos las vasijas sagradas, bajó desde el Capitolio, pasó a través de los grupos de enemigos que estaban inmóviles, fuera por el desafío o por la amenaza, y llegó hasta el Quirinal. Allí cumplió debidamente con los solemnes ritos y volvió con la misma expresión grave y el mismo andar, seguro de la bendición divina, pues ni el miedo a la muerte le había hecho descuidar el culto a los dioses; finalmente, volvió a entrar en el Capitolio y se reunión con sus camaradas. Puede que los galos quedasen atónitos por su extraordinaria audacia, o puede que se frenasen por respeto religioso pues, como nación, no dejaban de atender las obligaciones de la religión. En Veyes se acrecentó continuamente su fortaleza, así como su valor. No sólo se juntaron allí los romanos que se habían dispersado tras la derrota y captura de la Ciudad, también fueron allí voluntarios del Lacio para participar en el reparto del botín. El momento parecía propicio para recuperar su Ciudad natal de las manos del enemigo. Pero aunque el cuerpo era fuerte, carecía de una cabeza. El mismo lugar recordó a los hombres el nombre de Camilo; la mayoría de los soldados habían luchado con éxito bajo sus auspicios y mando, y Cedicio declaró que no daría ocasión a nadie, hombre o dios, para que pusiese fin a su mando antes que él, consciente de su rango, reclamase el nombramiento de un general. Se decidió por consenso general que se debía llamar a Camilo desde Ardea, pero se debía consultar primero al Senado; a tal punto estaba todo regulado por el respeto a la ley que se observaban las consideraciones propias de cada cosa, aún cuando las mismas cosas se hubiesen casi perdido.

Esto acarreaba un gran riesgo, pues para efectuarse había que atravesar los puestos de avanzada enemigos. Poncio Cominio, un buen soldado, se ofreció para la tarea. Apoyándose con un flotador de corcho, fue llevado por el Tíber a la Ciudad. Eligiendo el camino más cercano desde la orilla del río, escaló una roca escarpada que, debido a su pendiente, el enemigo había dejado sin vigilancia, y se abrió camino hasta el Capitolio. Al ser llevado ante los magistrados al mando, comunicó las instrucciones que el ejército le había dado. El mensajero regresó por la misma ruta y llevó a Veyes el decreto emitido por el Senado, en el sentido de que, tras haber sido llamado del exilio por los comicios curiados, Camilo debía ser inmediatamente nombrado dictador por orden del pueblo y los soldados tendrían el jefe que deseaban. Se envió una delegación a Ardea para llevar a Camilo hasta Veyes. Se aprobó la ley, por los comicios curiados, anulando su exilio y nombrándole dictador y esto es, según creo, más probable a no que él esperase en Ardea hasta que supiese que la ley se había aprobado; porque él no podía cambiar su residencia sin la sanción del pueblo, ni podía tomar los auspicios en nombre del ejército hasta que hubiera sido debidamente nombrado dictador.

[5.47] Mientras estas cosas pasaban en Veyes, la Ciudadela y el Capitolio de Roman estaban en peligro inminente. Puede que los galos hubiesen visto las huellas dejadas por el mensajero de Veyes o que hubieran descubierto por sí mismos una vía de ascenso relativamente fácil por la escarpadura hasta el templo de Carmentis. Escogieron una noche en la que había un tenue rayo de luz y enviaron un hombre desarmado en avanzada para probar el camino; luego, llevando unos las armas de los otros cuando el camino se volvía difícil y apoyándose y empujándose entre sí cuando el terreno lo requería, llegaron finalmente a la cumbre. Tan silenciosamente se habían desplazado que no sólo pasaron desapercibidos a los centinelas, sino también a los propios perros, animales particularmente sensibles a los ruidos nocturnos. Pero no escaparon a la atención de los gansos, que eran sagrados para Juno y que estaban intactos a pesar de la escasez de alimentos. Esto resultó ser la salvación de la guarnición, pues su clamor y el ruido de sus alas despertaron a Marco Manlio, el distinguido soldado que había sido cónsul tres años antes. Cogió sus armas y corrió a dar la alarma al resto; dejándolos atrás, golpeó con el umbo de su escudo a un galo que había conseguido coronar

la cumbre y lo derribó. Cayó sobre los que estaban detrás y les estorbó, y Manlio mató a otros que habían dejado a un lado sus armas y se aferraban a las rocas con sus manos. En ese momento ya se le habían unido otros y comenzaron a desalojar al enemigo con una lluvia de piedras y lanzas hasta que todo el grupo cayó sin poder hacer nada hasta el fondo. Cuando el escándalo se desvaneció, el resto de la noche se dedicaron a dormir tanto como pudieron en circunstancias tan inquietantes, pues el peligro, aunque pasado, aún les inquietaba.

Al amanecer, los soldados fueron convocados por el sonido de la trompeta a un consejo en presencia de los tribunos, para otorgar las recompensas debidas a la buena y la mala conducta. En primer lugar, fue felicitado Manlio por su valentía, y recompensado no sólo por los tribunos, sino por todo el conjunto de soldados, pues cada hombre le llevó desde sus cuarteles, que estaban en la Ciudadela, media libra de harina de cebada y un quartario de vino. Esto puede no parecer mucho, pero la escasez lo convertía en una prueba abrumadora del afecto que sentían por él, ya que cada cual quitó los alimentos de su propia ración y contribuyó con lo que le era necesario para vivir en honor de aquel hombre. A continuación, se llamó a los centinelas que habían estado de guardia en el lugar por donde el enemigo había subido sin que lo notaran. Quinto Sulpicio, el tribuno consular, declaró que se debía castigar a todos según la ley marcial. Desistió, sin embargo, de esta intención ante los gritos de los soldados, que estuvieron todos de acuerdo en echar la culpa a un solo hombre. Como no había ninguna duda de su culpabilidad, fue lanzado desde la cima del acantilado en medio de la probación general. Se guardaba ahora una vigilancia más estricta en ambos lados; por los galos, ya que se había sabido que los mensajeros pasaban entre Roma y Veyes; por los romanos, que no habían olvidado el peligro en que estuvieron aquella noche.

[5.48] Pero el mayor de todos los males derivados del asedio y la guerra fue la hambruna que empezó a afectar a los dos ejércitos, mientras que los galos también fueron visitados por la peste. Tenían éstos su campamento en las tierras bajas, entre las colinas, que habían sido arrasadas por los fuegos y estaban infestadas de malaria; al menor soplo de viento no sólo se levantaba el polvo, sino también las cenizas. Acostumbrados como nación a lo húmedo y frío, no podían soportar todo esto y, torturados como estaban por el calor y el sofoco, la enfermedad hizo estragos entre ellos y morían como ovejas. Pronto se cansaron de enterrar a sus muertos por separado, de modo que apilaron los cuerpos indiscriminadamente y los quemaron; el lugar se hizo célebre y fue posteriormente conocido como *Piras Galas*. Posteriormente hicieron una tregua con los romanos y, con la autorización de sus jefes, conversaban los unos con los otros. Los galos les hablaban continuamente del hambre que debían estar pasando y que debían ceder a la necesidad y rendirse. Para quitarles esa impresión, se dice que arrojaron pan desde muchos lugares del Capitolio a los vigías enemigos. Pero pronto el hambre dejó de poder ser ocultada, ni soportada por más tiempo. Así, al mismo tiempo que el dictador alistaba sus tropas en Ardea, ordenaba a su Jefe de Caballería, Lucio Valerio, que retirase su ejército de Veyes y preparaba una fuerza suficiente para atacar al enemigo en términos de igualdad, el ejército del Capitolio, agotado por el constante servicio pero todavía sobreponiéndose al desánimo, no dejaba que el hambre le superase y esperaba ansiosamente alguna señal de ayuda del dictador. Por fin, no sólo les faltó el alimento, también la esperanza. Cada vez que los centinelas entraban de servicio, sus débiles cuerpos apenas podían soportar el peso de la armadura; el ejército insistió en que debían rendirse o comprar su rescate en los mejores términos que pudiesen, pues los galos estaban dando inequívocas señales de que les podía inducir a abandonar el sitio por una cuantía moderada. Se mantuvo entonces una reunión del Senado y se facultó a los tribunos consulares para que establecieran los términos. Tuvo lugar una conferencia entre Quinto Sulpicio, el tribuno consular, y Breno, el jefe galo, y se llegó a un acuerdo por el que se fijó en mil libras de oro el rescate del pueblo que al poco tiempo estaría destinado a gobernar el mundo. Esta humillación ya era lo bastante grande, pero fue agravada por la despreciable mezquindad de los galos que usaron pesos trucados, y cuando protestaron los tribunos, el insolente galo arrojó su espada sobre la balanza y usó de una expresión intolerable para los oídos romanos:

¡Ay de los vencidos!

[5.49] Pero los dioses y los hombres, a un tiempo, impidieron que los romanos viviesen como un pueblo rescatado. Pero cambió la Fortuna antes de que se completase el infame rescate y se pesase todo el oro; mientras aún discutían, apareció en escena el dictador y ordenó que se quitase el oro y que se marchasen los galos. Como se negaban a hacerlo y protestaban diciendo que se había llegado a un acuerdo definitivo, les informó de que una vez que él había sido nombrado dictador no resultaba válido ningún acuerdo hecho por ningún magistrado inferior sin su sanción. Luego advirtió a los galos que se preparasen a la batalla y ordenó a sus hombres que apilasen sus bagajes, dispusiesen sus armas y reconquistasen la patria con el hierro, no con el oro. Debían contemplar los templos de los dioses, a sus esposas e hijos y al suelo de su patria, desfigurados por los estragos de la guerra; todo, en una palabra, lo que debían defender, recuperar o vengar. A continuación, dispuso a sus hombres en la mejor formación que el terreno, naturalmente desigual y medio quemado, permitía y tomó todas las medidas que su competencia militar le indicaba para asegurar la ventaja de la posición y el movimiento de sus hombres. Los galos, alarmados por el giro que habían tomado las cosas, tomaron sus armas y se lanzaron contra los romanos con más rabia que método. La suerte había cambiado y ahora la ayuda divina y la habilidad humana estaban de parte de Roma. Al primer choque, los galos fueron derrotados tan fácilmente como habían vencido en el Alia. En una segunda y más larga batalla, mantenida en la octava piedra miliar de la calzada de Gabii, donde se reunieron tras su huida, fueron nuevamente derrotados bajo el mando y los auspicios de Camilo. Aquí la matanza fue completa; se tomó su campamento y no se dejó a un sólo hombre que llevase noticia de la catástrofe. Tras recuperar así su patria del enemigo, el dictador volvió en triunfo a la Ciudad y, entre las bromas que los soldados solían gastar, le llamaban con palabras no exentas de alabanza *Rómulo*, *Padre de la Patria* y *Segundo Fundador de la Ciudad.* Había salvado a su patria en la guerra y, ahora que se había restaurado la paz, demostró, más allá de toda duda ser nuevamente su salvador, al impedir la migración a Veyes. Los tribunos de la plebe insistían en esto con más fuerza que nunca, ahora que la ciudad había sido incendiada, y la plebe estaba también más inclinada a ello. Este movimiento y el llamamiento urgente que el Senado le hizo para que no abandonara la República mientras que la situación de los asuntos públicos eran tan inestables, le determinaron a no deponer su dictadura tras su triunfo.

[5.50] Como era de lo más escrupuloso en el cumplimiento de las obligaciones religiosas, las primeras medidas que presentó en el Senado fueron las relativas a los dioses inmortales. Consiguió que el Senado aprobase una resolución con las siguientes disposiciones: Todos los templos, al haber estado en poder del enemigo, debían ser restaurados y purificados y sus límites nuevamente señalados; las ceremonias de purificación se determinarían por los duunviros a partir de los libros sagrados. Se debían establecer relaciones amistosas con el pueblo de Cere, como ya había entre ambos estados, pues habían cobijado a los tesoros sagrados de Roma y a sus sacerdotes, y por este acto de bondad habían impedido la interrupción del culto divino. Se instituirían los Juegos Capitolinos, porque Júpiter Óptimo Máximo había protegido a su morada y la Ciudadela de Roma en los momentos de peligro, y el dictador crearía un colegio de sacerdotes con tal objeto de entre las personas que vivían en el Capitolio y en la Ciudadela. También se hizo mención de la ofrenda propiciatoria por la negligencia hacia la voz nocturna que se oyó, anunciando el desastre, antes que empezase la guerra, y se dieron órdenes para construir un templo a Ayo Locucio en la Vía Nova. El oro que se había rescatado de los galos y el que durante la confusión se había traído de otros templos, se había reunido en el templo de Júpiter. Como nadie recordaba qué proporción debía volver a los otros templos, todo él se declaró sagrado y se ordenó que se depositara bajo el trono de Júpiter. El sentimiento religioso de los ciudadanos ya se había demostrado en el hecho de que cuando no hubo suficiente oro en el tesoro para juntar la cantidad acordada con los galos, aceptaron la contribución de las matronas para evitar tocar lo que era sagrado. Las matronas recibieron un

agradecimiento público, y se les confirió la distinción de que se les pronunciase oración fúnebre como a los hombres. No fue hasta después de quedar resueltos esos asuntos referentes a los dioses, y que por tanto estaban dentro de la competencia del Senado, que Camilo volviese su atención a los tribunos, que hacían incesantes arengas para persuadir a la plebe de que abandonase las ruinas y emigraran a Veyes, que estaba a su disposición. Al fin, se acercó a la Asamblea, seguido por la totalidad del Senado, y pronunció el siguiente discurso:

[5,51] *Son tan dolorosas para mí, Quirites, las controversias con los tribunos de la plebe que, de todo el tiempo que viví en Ardea, el único consuelo en mi amargo exilio era que estaba muy lejos de tales conflictos. Por lo que a ellos respecta, yo nunca habría regresado, incluso si me hubieseis llamado con mil decretos senatoriales y votos populares. Y ahora he vuelto, pero no ha cambiado mi voluntad sino que os obligó el cambio de la Fortuna. Lo que se jugaba era más si mi patria iba a permanecer inamovible en su posición y no tanto si yo iba a regresar a mi país a cualquier precio. Incluso ahora a gusto callaría y me estaría tranquilo, si no se tratase de luchar otra vez por mi patria. Pero faltarle a ella, mientras quede vida, sería para los demás hombres una vergüenza y para Camilo un absoluto pecado. ¿Por qué nos ganamos el volver? ¿Por qué nosotros, cuando estábamos acosados por el enemigo, la libramos de sus manos si, ahora que la hemos recuperado, la abandonamos? Mientras que los galos poseían victoriosos toda la ciudad, los dioses y los hombres de Roma aún permanecían, aún vivían en el Capitolio y la Ciudadela. Y ahora que los romanos son victoriosos y se recuperó la Ciudad, ¿se va a abandonar la Ciudadela y el Capitolio? ¿Va a provocar nuestra buena fortuna una desolación mayor a esta Ciudad que nuestra mala fortuna? Incluso si no hubiera habido establecidas instituciones religiosas cuando se fundó la Ciudad y no se nos hubiesen transmitido, aún así, tan claramente ha intervenido la Providencia en los asuntos de Roma en esta ocasión, que yo pensaría que todas las negligencias en el culto divino han sido desterrados de la vida humana. Mirad las alternancias de prosperidad y adversidad durante estos últimos años; veréis que todo fue bien para nosotros mientras seguimos la guía divina y que todo nos fue desastroso cuando nos descuidamos. Ved lo primero de todo la guerra con Veyes. ¡Durante cuánto tiempo y con qué inmenso esfuerzo se llevó a cabo! No llegó a su fin hasta que se extrajo el agua del lago Albano, por amonestación de los dioses. ¿Y qué decir, otra vez, de este desastre sin precedentes para nuestra Ciudad? ¿Se abatió sobre nosotros antes de que se tratase con desprecio la Voz enviada por el cielo para anunciar la aproximación de los galos, antes de que nuestros embajadores ultrajasen el derecho de gentes, antes de que hubiésemos, con el mismo espíritu irreligioso, perdonado tal ultraje cuando debíamos haberlo castigado? Y así fue que, derrotados, capturados, rescatados, hemos recibido tal castigo a manos de los dioses y los hombres que será una lección para el mundo entero. Entonces, en nuestra adversidad, recapacitamos sobre nuestros deberes religiosos. Huimos hacia los dioses en el Capitolio, en la sede de Júpiter Óptimo Máximo; entre las ruinas de todo lo que poseíamos escondimos bajo tierra nuestros tesoros sagrados, el resto lo llevamos lejos de la vista del enemigo a ciudades vecinas; ni siquiera abandonados como estábamos por los dioses y los hombres, interrumpimos el culto divino. Por haber actuado así hemos recuperado nuestra Ciudad natal, la victoria y la fama que habíamos perdido; y contra el enemigo que, ciego de avaricia, rompió los tratados y la palabra dada en el pesaje del oro, enviaron el terror, la derrota y la muerte.*

[5,52] *Cuando ves las consecuencias tan trascendentales para los asuntos humanos que se derivan de la adoración o el descuido de los dioses, ¿no os dais cuenta, Quirites, en qué gran pecado estáis pensando cuando aún no habéis salido de un tal naufragio causado por vuestra antigua culpa y calamidad? Poseemos una Ciudad que fue fundada con la aprobación divina revelada en augurios y auspicios; y no hay en ella lugar libre de asociación religiosa y de la presencia de un dios; los sacrificios regulados tienen sus sitios asignados así como sus días señalados. ¿Vais, Quirites, a abandonar todos esos dioses, a los que honra el Estado, a los que*

adoráis, cada uno en vuestros propios altares? ¿En qué se parece vuestra acción a la del glorioso joven Cayo Fabio, durante el asedio, que fue contemplada por el enemigo con no menos admiración que por vosotros, cuando bajó de la Ciudadela entre los proyectiles de los galos y celebró el sacrificio debido por su gens Fabia en el Quirinal? Mientras que los ritos sagrados de las gens patricias no se interrumpen ni en tiempo de guerra, ¿estaréis satisfechos de ver abandonados los cargos religiosos del Estado y a los dioses de Roma en tiempo de paz? ¿Serán más negligentes los pontífices y flámines en sus funciones públicas que los ciudadanos privados en las obligaciones religiosas de sus hogares?

Alguien puede responder que, posiblemente, que puedan desempeñar esas funciones en Veyes o enviar sacerdotes a que las cumplan aquí. Pero nada de esto se puede hacer si no se realizan adecuadamente los ritos. Por no hablar de todas las ceremonias y todas las deidades de forma individual. ¿Dónde, me gustaría preguntar, sino en el Capitolio puede prepararse el lecho de Júpiter el día de su banquete festivo? ¿Necesito hablaros del fuego perpetuo de Vesta y la imagen, promesa de nuestro dominio, que se custodia en su templo? Y de Marte Gradivus y del padre Quirino, ¿necesito hablaros de sus escudos sagrados? ¿Es vuestro deseo de que todas estas cosas santas, coetáneas de la Ciudad y algunas aún más antiguas, se abandonen y dejen en suelo impío? Ved, también, cuán grande es la diferencia entre nosotros y nuestros antepasados. Ellos nos dejaron ciertos ritos y ceremonias que sólo podemos desempeñar debidamente en el Monte Albano o en Lavinio. Si era un asunto religioso que estos ritos no se cambiasen a Roma desde ciudades que estaban en poder del enemigo, ¿los cambiaremos de aquí a Veyes, ciudad enemiga, sin ofender a los cielos? Tened en cuenta, os lo ruego, con qué frecuencia se repiten las ceremonias porque, sea por negligencia o accidente, se ha omitido algún detalle de los rituales ancestrales. ¿Qué remedio hubo para la República, cuando estaba paralizada por la guerra con Veyes tras el portento del lago Albano, excepto la recuperación de los ritos sagrados y la toma de nuevos auspicios? Y más que eso, como si después de todo lo que reverenciamos las religiones antiguas, llevamos deidades extranjeras a Roma y creamos otras nuevas. Trajimos recientemente de Veyes a la reina Juno y la consagramos en el Aventino, ¡y cuán espléndidamente se celebró aquel día con el entusiasmo de nuestras matronas! Ordenamos construir un templo a Ayo Locucio porque se oyó la Voz divina en la Vía Nova. Hemos añadido a nuestros festivales anuales los Juegos Capitolinos, y por la autoridad del Senado hemos fundado un colegio de sacerdotes para supervisarlos. ¿Qué necesidad había de hacer todo esto si teníamos intención de dejar la Ciudad de Roma al mismo tiempo que los galos? ¿si no hubiera sido por nuestra propia y libre voluntad que nos mantuvimos en Capitolio todos estos meses y no por miedo al enemigo?

Estamos hablando de los templos, de los ritos sagrados y las ceremonias. ¿Hablamos también sobre los sacerdotes? ¿No os dais cuenta que se cometería un pecado atroz? Para las Vestales no hay más que una morada, de la que nada se ha movido sino hasta la captura de la Ciudad. Al Flamen de Júpiter le está prohibido por ley divina pasar una sola noche fuera de la ciudad. ¿Vas a hacer de ellos sacerdotes veyentinos en vez de romanos? ¿Abandonarán a Vesta las vestales? ¿Va a cargar el Flamen sobre si y sobre el Estado de nuevos pecados por cada noche que permanezca fuera? Pensad en todos los otros ritos que, tras haberse tomado debidamente los auspicios, llevamos a cabo casi enteramente dentro de los límites de la Ciudad ¡y que condenaríamos al olvido y al descuido! Los comicios curiados, que otorga el mando supremo, los comicios centuriados, donde elegís los cónsules y los tribunos consulares, ¿dónde se celebrarían y se tomarían los auspicios, excepto donde se deben realizar? ¿Vamos a cambiarlas a Veyes, o el pueblo, cuando deba celebrarse una asamblea, se va a trasladar con tantas molestias a esta Ciudad después que la abandonen dioses y hombres?

[5.53] *Pero, podríais decir, es obvio que toda la Ciudad está contaminada y que ningún sacrificio expiatorio puede purificarla; las propias circunstancias nos obligan a abandonar una Ciudad devastada por el fuego y totalmente arruinada, y emigrar a Veyes donde todo está intacto.*

No debemos angustiar a la debilitada construyendo aquí. Me parece, sin embargo, Quirites, que es evidente para vosotros, sin que yo lo diga, que esta sugerencia es una excusa plausible en lugar de una verdadera razón. ¿Recordáis cómo se debatió anteriormente esta misma cuestión de emigrar a Veyes, antes de que llegaran los galos, mientras los edificios públicos y privados estaban a salvo y la Ciudad segura? Y ved, tribunos, cuán ampliamente difiere mi opinión de la vuestra. Pensáis que aunque no hubiera sido aconsejable hacerlo entonces, ahora sí era aconsejable hacerlo. Yo, por el contrario (y no os sorprendáis de lo que digo antes de haber captado todo su significado) soy de la opinión de que aunque hubiera sido justo emigrar entonces, cuando la Ciudad estaba totalmente intacta, no debemos abandonar ahora estas ruinas. Porque en aquel momento el motivo de nuestra emigración a una ciudad capturada habría sido una gloriosa victoria para nosotros y para nuestra posteridad, pero ahora esta emigración sería gloriosa para los galos, pero vergonzosa y amarga para nosotros. Porque no se pensaría que habíamos abandonado nuestra Ciudad natal como vencedores, sino que la perdimos por haber sido vencidos; y parecería que la huida del Alia, la captura de la Ciudad y el asedio del Capitolio nos habían obligado a abandonar a nuestros dioses nacionales y condenado al destierro de un lugar que fuimos incapaces de defender. ¿Era posible para los galos derrocar Roma y se considera imposible que los romanos la restauren?

¿Qué más queda, salvo que vengan de nuevo con nuevas fuerzas (y todos sabemos que su número es incontable) y elijan vivir en esta Ciudad que capturaron y vosotros abandonasteis, sino que vosotros se lo permitáis? ¿Por qué, si no fueran los galos emigraran a Roma sino vuestros viejos enemigos, los volscos y los ecuos, preferiríais que ellos fuesen romanos y vosotros veyentinos? ¿Os gustaría mejor que esto fuese un desierto vuestro en vez de la ciudad de vuestros enemigos? No veo qué podría ser más infamante. ¿Estáis dispuestos a permitir este crimen y soportar esta desgracia por la dificultad de la reconstrucción? Si no se pudiesen construir mejores viviendas o más espaciosas, en toda la Ciudad de Roma, que la de nuestro Fundador, ¿no sería mejor vivir en chozas a la manera de pastores y campesinos, rodeados de nuestros templos y dioses, que salir como una nación de exiliados? Nuestros antepasados, los pastores y los refugiados, construyeron una nueva ciudad en pocos años, cuando no había nada en estas partes excepto bosques y pantanos; ¿Vamos a evitar el trabajo de reconstrucción de lo que se ha quemado a pesar de que la Ciudadela y el Capitolio están intactos y que los templos de los dioses siguen en pie? Lo que cada uno ha hecho en su caso, habiéndose incendiado nuestros hogares, ¿rehusaremos hacerlo como comunidad con la Ciudad incendiada?

[5,54] *Pues bien, suponed que por crimen o accidente se produjera un incendio en Veyes y que las llamas, como es bastante posible, avivadas por el viento arrasaran gran parte de la ciudad; ¿Buscaríamos Fidenas, o Gabii o cualquier otra ciudad que gustéis, como lugar al que emigrar? ¿Tan poca ascendencia tiene sobre nosotros esta tierra natal que llamamos nuestra patria? ¿El amor por nuestra patria lo es sólo hacia sus edificios? Desagradable como me resulta recordar mis sufrimientos, y aún más vuestra injusticia, os confesaré sin embargo que siempre que pensaba en mi Ciudad natal venían a mi cabeza todas aquellas cosas: las colinas, las llanuras, el Tíber, sus paisajes familiares, el cielo bajo el que nací y crecí. Y rezo porque ellas ahora os muevan por el amor que inspiran a permanecer en vuestra Ciudad y no que luego, tras haberla abandonado, os hagan languidecer con nostalgia. No sin buenas razones eligieron los dioses y los hombres este lugar como el sitio para una Ciudad, con sus saludables colinas, su oportuno río, por medio del cual llegan los productos de las tierras del interior y suministros desde el mar; un mar lo bastante cercano para todo propósito útil, pero no tanto como para estar expuestos al peligro de las flotas extranjeras; un país en el mismo centro de Italia; en una palabra, una situación particularmente adaptada por la naturaleza para la expansión de una ciudad. El mero tamaño de una ciudad tan joven es prueba de ello. Este es el 365 año de la Ciudad, Quirites; sin embargo, en todas las guerras que durante tanto tiempo han venido librándose contra todos estos pueblos antiguos (por no mencionar las ciudades individuales), los volscos en unión de los ecuos y todas sus ciudades*

fuertemente amuralladas, la totalidad de Etruria, tan poderosa por tierra y mar, y extendiéndose por Italia de mar a mar, ninguno ha demostrado ser adversario para vosotros en la guerra. Esta ha sido hasta ahora vuestra fortuna; ¿qué sentido puede haber, ¡Dios nos libre! en tratar de probar otra? Aun admitiendo que vuestro valor se pueda trasladar a otro lugar, desde luego la buena Fortuna no se podrá. Aquí está el Capitolio, donde en los tiempos antiguos se halló una cabeza humana y fue declarado que esto era un presagio, porque en ese lugar se situaría la cabeza y el poder soberano del mundo. Aquí fue donde, mientras el Capitolio se purificaba con los ritos augurales, Juventas y Terminus, para gran alegría de vuestros padres, no se dejaron mover. Aquí está el fuego de Vesta, aquí están los Escudos enviados por el cielo; aquí están todos los dioses que, si os quedáis, os serán propicios.

[5.55] Se afirma que este discurso de Camilo produjo una profunda impresión, sobre todo la parte en que apeló a los sentimientos religiosos. Pero mientras el asunto estaba aún indeciso, una frase, pronunciada oportunamente, decidió la cuestión. El Senado, poco después, estaba discutiendo la cuestión en la Curia Hostilia, y sucedió que algunas cohortes que regresaban de guardia marcharon a través del Foro. Acababan de entrar en el Comicio cuando el centurió gritó: *¡Alto, signifer! Planta el estandarte; aquí estaremos bien*. Al oír estas palabras, los senadores salieron del edificio del Senado, exclamando que acogían con satisfacción el presagio y el pueblo que había alrededor les dio una aprobación entusiasta. La propuesta de emigración fue rechazada y empezaron en seguida a reconstruir la Ciudad en varias zonas. Se proporcionaron tejas a expensas públicas; a todos se les dio el derecho de cortar piedra y madera donde quisieran, asegurándose de que la edificación se terminase dentro del año. En su prisa, no se preocuparon de que las calles fuesen rectas; como se perdieron todas las referencias sobre la propiedad del suelo, construían en cualquier terreno que estuviese vacío. Esa es la razón por la que las antiguas alcantarillas, que originalmente iban por suelo público, corrían ahora en todas partes bajo casas privadas y por qué la conformación de la Ciudad parece como construida casualmente por colonos en vez de planeada regularmente.

LIBRO VI. LA RECONCILIACIÓN DE LOS ÓRDENES
(389-366 a. C.)

[6,1] La historia de los romanos desde la fundación de la Ciudad hasta su captura, primero bajo los reyes, luego bajo cónsules, dictadores, decenviros y tribunos consulares, el historial de guerras extranjeras y disensiones domésticas, todo ello se ha expuesto en los cinco libros anteriores. El asunto está envuelto en la oscuridad; en parte por su gran antigüedad, pues la inmensidad de la distancia hace difícil percibir los objetos remotos; en parte debido al hecho de que los registros escritos, que forman la única memoria confiable de los hechos, eran en aquellos tiempos pocos y escasos e incluso los que existían en los comentarios de los pontífices y en los archivos públicos y privados se perdieron casi todos en el incendio de la Ciudad. A partir de los segundos comienzos de la Ciudad que, como una planta reducida a sus raíces, surgió con mayor belleza y fecundidad, los detalles de su historia, tanto civil como militar, se expondrán ahora en su orden apropiado, con mayor claridad y certeza. Al principio, el Estado fue amparado por la misma fuerza que lo había levantado del suelo, Marco Furio, su príncipe, y no se le permitió renunciar a la dictadura hasta que pasó el año. Se decidió que los tribunos consulares, durante cuyo gobierno tuvo lugar la captura de la Ciudad, no debían celebrar las elecciones para el año siguiente; los asuntos públicos quedaron en un interregno. Los ciudadanos se dieron a la tarea urgente y laboriosa de reconstruir su Ciudad, y fue durante este intervalo cuando Quinto Fabio, inmediatamente después de deponer su cargo, fue acusado por Cneo Marcio, tribuno de la plebe, con la base de que después de ser enviado como legado ante los galos, había, en contra del derecho de gentes, luchado contra ellos. Se salvó de las acusaciones que le amenazaban al morir; una muerte tan oportuna que mucha gente creyó que fue voluntaria. El interregno se inició con Publio Cornelio Escipión como primer interrex, fue seguido por Marco Furio Camilo, bajo el cual se llevó a cabo la elección de los tribunos militares. Los elegidos fueron Lucio Valerio Publícola, por segunda vez, Lucio Verginio, Publio Cornelio, Aulo Manlio, Lucio Emilio y Lucio Postumio *(389 a.C.)*.

Tomaron posesión de su cargo inmediatamente, y su primera ocupación fue presentar al Senado medidas referentes a la religión. Se dieron órdenes para que, en primer lugar, se buscasen los tratados y leyes, incluyendo en éstas últimas aquellas de las Doce Tablas y algunas de tiempos de los reyes, en la medida en que aún estuviesen vigentes. Algunos se pusieron a disposición del pueblo, pero las que se referían al culto divino fueron mantenidas en secreto por los pontífices, principalmente para que el pueblo siguiera dependiendo de ellos en cuanto a la observancia religiosa. Luego pasaron a discutir sobre los días nefastos. El 18 de julio quedó señalado por un doble desastre, pues en ese día los Fabios fueron aniquilados en el Crémera y, años después, se perdió también en ese día la batalla del Alia, en que se inició la ruina de la Ciudad. Desde el último desastre, el día fue llamado *día del Alia*, y se observó una abstención religiosa de toda empresa pública y privada. El tribuno consular Sulpicio no había ofrecido sacrificios aceptables el 16 de julio (el día después de los idus) y, sin haber obtenido la buena voluntad de los dioses, el ejército romano fue expuesto al enemigo dos días después. Algunos piensan que debía ordenarse, por esta razón, que el día después de los idus de cada mes debían suspenderse todas las actividades y de aquí vino la costumbre de observar el segundo día y el día a mitad de cada mes del mismo modo.

[6.2] No estuvieron, sin embargo, mucho tiempo tranquilos, mientras así consideraban las mejores medidas para restaurar la república tras su grave caída. Por un lado, los volscos, sus antiguos enemigos, habían tomado las armas con la determinación de borrar el nombre de Roma; por el otro, los comerciantes traían noticias de una asamblea en el templo de Voltumna, donde los principales hombres de todos los pueblos etruscos estaban formando una liga hostil. Aún más inquietud produjo la deserción de latinos y hérnicos. Después de la batalla del lago Régilo, estas naciones nunca vacilaron, durante cien años, en su leal amistad con Roma. Por tanto, al amenazarles tantos peligros por todas partes y resultar evidente que el nombre de Roma no sólo era odiado por

sus enemigos sino que era visto con desprecio por sus aliados, el Senado decidió que la república debía defenderse bajo los auspicios del hombre que la había recobrado y que Marco Furio Camilo debía ser nombrado dictador *(388 a.C.).* Nombró como su Jefe de Caballería a Cayo Servilio Ahala, y después de cerrar los tribunales de justicia y suspender todos los negocios, procedió a alistar a todos los hombres en edad militar. Aquellos de los seniores que aún conservaban cierto vigor fueron situados en distintas centurias después de haber prestado el juramento militar. Cuando hubo completado el enrolamiento y equipamiento del ejército, lo dividió en tres partes. Una la situó en el territorio veyentino frente a Etruria. A la segunda le ordenó levantar un campamento atrincherado para cubrir la Ciudad; Aulo Manlio, como tribuno militar, quedó al mando de esta fuerza mientras que Lucio Emilio, dirigió los movimientos contra los etruscos. La tercera parte la dirigió él personalmente contra los volscos y avanzó para atacar su campamento en un lugar llamado Ad Mecium, no lejos de Lanuvio. Habían ido a la guerra con un sentimiento de desprecio por su enemigo, pues creían que casi todos los guerreros romanos habían sido aniquilados por los Galos; pero cuando oyeron que Camilo estaba al mando se llenaron de tal terror que levantaron una valla alrededor y la llenaron de árboles apilados para impedir que el enemigo penetrara sus líneas por cualquier punto. Tan pronto como Camilo lo supo, ordenó lanzar fuego sobre la empalizada. El viento soplaba con fuerza hacia el enemigo, de modo que no sólo abrió un camino a través del fuego sino que llevó las llamas al interior del campamento y produjo tal desánimo en los defensores con el vapor, el humo y el chisporroteo de la madera verde que se quemaba, que a los soldados romanos les costó menos superar la valla y forzar la entrada que cruzar la empalizada quemada. El enemigo fue derrotado y despedazado. Después de la captura del campamento el dictador dio el botín a los soldados; un acto que fue aún más bienvenido por ellos puesto que no lo esperaban de un general en modo alguno dado a la generosidad. Durante la persecución, devastó el territorio volsco a lo largo y a lo ancho y, por fin, tras setenta años de guerra, les obligó a rendirse. Tras esta conquista de los volscos marchó contra los ecuos, que también se estaban preparando para la guerra; sorprendió a su ejército en Bola y al primer asalto capturó no sólo su campamento, sino también su ciudad.

[6,3] Si bien estos éxitos se producían en sitios donde Camilo era la fortuna de la causa romana, en otra dirección amenazaba una terrible amenaza. Casi la totalidad de Etruria estaba en armas y sitiaba Sutrio, una ciudad aliada de Roma. Sus embajadores llegaron al Senado con una petición de ayuda por su situación desesperada, y el Senado aprobó un decreto para que el dictador prestase asistencia a los sutrinos tan pronto como pudiera. Sus esperanzas se vieron diferidas, y como las circunstancias del asedio no eran como para poder esperar demasiado (su escaso número estaba desgastado por el trabajo, la falta de sueño y los combates que siempre recaían sobre los mismos) rindieron la ciudad con condiciones. Justo cuando ya se conformaba la procesión fúnebre, abandonando sus corazones y hogares, sin armas y con sólo una prenda de vestir cada uno, vino a aparecer en escena Camilo y su ejército. La doliente multitud se arrojó a sus pies; los llamamientos de sus jefes, arrancados por la necesidad, fueron borrados por el llanto de las mujeres y los niños que les acompañaban al exilio. Camilo mandó a los sutrinos recobrarse de sus lamentos, era a los etruscos a quienes traía lágrimas y dolor. A continuación, dio órdenes para estacionar los bagajes y que los sutrinos se quedasen donde estaban, y dejando un pequeño destacamento para guardarlos ordenó a sus hombres que lo siguieran sólo con sus armas. Con su ejército desembarazado marchó a Sutrio y encontró, como esperaba, todo en desorden, como es habitual después de una victoria; las puertas abiertas y sin vigilancia y el enemigo victorioso dispersos por las calles sacando lo saqueado fuera de las casas. Así pues, Sutrio fue capturado dos veces en el mismo día; los recientemente victoriosos etruscos fueron masacrados por sus nuevos enemigos; no les quedó tiempo para concentrar sus fuerzas o empuñar sus armas. Cuando cada cual trataba de abrirse camino hasta las puertas para huir a campo abierto, se las encontraba cerradas; esta fue la primera cosa que el dictador ordenó hacer. Luego, algunos se apoderaron de sus armas, otros que ya estaban

armados cuando les sorprendió el tumulto llamaron a sus camaradas para juntarse y resistir. La desesperación del enemigo habría conducido a una feroz lucha sino se hubiesen enviado pregoneros por toda la ciudad para ordenarles a todos que depusieran las armas y decirles que los que no las empuñasen serían respetados; nadie sería herido a menos que portase armas. Los que habían determinado como medida extrema luchar hasta el final, ahora que se les ofreció esperanza de vivir arrojaron sus armas por todas partes y, ya que la Fortuna había decidido que este era el modo más seguro, se entregaron como hombres desarmados al enemigo. Debido a su gran número, fueron distribuidos en distintos lugares para su custodia. Antes de caer la noche, la ciudad fue devuelta a la sutrinos ilesa e intacta de las ruinas de la guerra, pues no había sido tomada al asalto sino bajo rendición con condiciones.

[6.4] Camilo regresó en procesión triunfal a la Ciudad, después de haber salido victorioso de tres guerras simultáneas. Con mucho, el mayor número de los prisioneros que fueron conducidos ante su carro pertenecía a los etruscos. Se les vendió en subasta, y tanto se obtuvo que hasta a las matronas se les indemnizó por su oro y se hicieron tres páteras de oro que lo que quedó. Fueron inscritas con el nombre de Camilo y es creencia general que antes del incendio del Capitolio estaban depositadas en la capilla de Júpiter, a los pies de Juno. Durante ese año, aquellos de los habitantes de Veyes, Capena y Fidenas que se habían pasado a los romanos mientras que tuvieron lugar tales guerras, fueron admitidos a la plena ciudadanía y recibieron un lote de tierras. El Senado aprobó una resolución llamando a los que habían marchado a Veyes y tomado posesión de las casas vacías, para evitar que la reconstruyeran. Al principio protestaron y no obedecieron la orden; luego se fijó un día, y a los que no habían vuelto en esa fecha se les amenazó con la proscripción. Este paso hizo que cada uno temiera por sí mismo, y de estar unidos en el desafío pasaron a obedecer individualmente. Roma fue creciendo en población y los edificios se levantaban por todas partes. El Estado proporcionó ayuda económica; los ediles apresuraban los trabajos como si fuesen obras públicas; los ciudadanos particulares se daban prisa en completar sus labores al necesitar acomodarse. Dentro de ese año quedó construida la nueva Ciudad.

Al término del año se celebraron elecciones de tribunos consulares. Los elegidos fueron Tito Quincio Cincinato, Quinto Servilio Fidenas (por quinta vez), Lucio Julio Julo, Lucio Aquilio Corvo, Lucio Lucrecio Tricipitino, y Servio Sulpicio Rufo *(388 a.C.).* Un ejército fue dirigido contra los ecuos; no a combatirles, pues reconocieron que habían sido conquistados, sino a devastar sus territorios para que no les quedasen fuerzas para futuras agresiones. El otro avanzó hacia el territorio de Tarquinia. Allí, Cortuosa y Contenebra, ciudades pertenecientes a los etruscos, fueron tomadas al asalto. En Cortuosa no hubo combates, la guarnición fue sorprendida y la ciudad cayó al primer asalto. Contenebra sostuvo el asedio algunos días, pero el incesante esfuerzo, sin descanso, día y noche, resultó demasiado para ellos. El ejército romano se dividió en seis partes, cada una de las cuales tuvo su parte en los combates, en turnos de seis horas. El pequeño número de los defensores obligaba continuamente a entrar en acción a los mismos hombres contra un enemigo fresco; por fin se dieron por vencidos y los romanos pudieron entrar en la ciudad. Los tribunos decidieron que el botín debía venderse en nombre del Estado, pero fueron más lentos en anunciar su decisión que en tomarla; mientras vacilaban, la soldadesca ya se había apropiado de él y no se les podría tomar sin provocar gran resentimiento. El crecimiento de la Ciudad no se limitó a los edificios privados. Durante este año, las partes bajas del Capitolio fueron cercadas con piedras cortadas y, aún en medio del actual esplendor de la Ciudad, todavía resalta.

[6,5] Mientras los ciudadanos estaban ocupados con su construcción, los tribunos de la plebe intentaron hacer las reuniones de las Asambleas más atractivas mediante la presentación de leyes agrarias. Tenían el proyecto de adquirir el territorio pomptino que, ahora que los volscos habían sido reducidos por Camilo, se había convertido en posesión indiscutida de Roma. Este territorio, según ellos, tenía más peligro de caer en manos de los nobles que en las de los volscos, pues los últimos

sólo efectuaban correrías por él mientras tenían fuerzas y armas, mientras que los nobles se arrogaban la posesión del dominio público y, a menos que se asignase antes que de se apoderasen de todo, no quedaría allí sitio para los plebeyos. No impresionaron mucho a los plebeyos, que estaban ocupados con sus construcciones y solo acudían a la Asamblea en pequeña cantidad; y como sus gastos habían agotado sus recursos, no tenían interés por las tierras que no eran capaces de explotar por falta de capital. En una comunidad devota de la observancia religiosa, el reciente desastre había llenado a los dirigentes de miedos supersticiosos; así pues, para que se pudiesen tomar nuevos auspicios, redujeron el gobierno a un interregno. Hubo tres interreges en sucesión: Marco Manlio Capitolino, Servio Sulpicio Camerino y Lucio Valerio Potito. El último de ellos llevó a cabo la elección de los tribunos militares con potestad consular. Los elegidos fueron: Lucio Papirio, Cayo Cornelio, Cayo Sergio, Lucio Emilio (por segunda vez), Licinio Menenio y Lucio Valerio Publícola (por tercera vez) *(387 a.C.).* Tomaron posesión del cargo inmediatamente. En este año, el templo de Marte, que se había prometido en la guerra contra los galos, fue consagrado por Tito Quincio, uno de los dos dos custodios de los libros sibilinos. Los nuevos ciudadanos fueron incluidos en cuatro tribus adicionales: la Estelatina, la Tromentina, la Sabatina y la Arniense. Con estas se elevó el número de las tribus a veinticinco.

[6,6] La cuestión del territorio pomptino fue nuevamente planteado por Lucio Sicinio, un tribuno de la plebe, y el pueblo asistió a la Asamblea en mayor número y mostró más avidez de tierras que antes. En el Senado, se habló del tema de las guerras latinas y hérnicas pero, debido a la preocupación por una guerra más grave, se suspendió el debate. Etruria estaba en armas. Se volvieron nuevamente a Camilo. Fue nombrado tribuno consular y se le asignaron cinco colegas: Servio Cornelio Maluginense, Quinto Servilio Fidenas (por sexta vez), Lucio Quincio Cincinato, Lucio Horacio Pulvilo y Publio Valerio *(386 a.C.).* A principios de año, la inquietud del pueblo fue desviada de la guerra etrusca por la llegada a la Ciudad de un grupo de fugitivos de territorio pomptino, que informaron de que los anciates estaban en armas y que los pueblos latinos habían enviado sus guerreros para ayudarles. Éstos últimos adujeron en su defensa que no se trataba de una consecuencia de un acto de su gobierno; todo lo que habían hecho era declinar prohibir a nadie que sirviese voluntariamente donde quisiera. Ellos habían abandonado cualquier pensamiento de guerra. El Senado dio las gracias al cielo de que Camilo ostentase el cargo pues, ciertamente, de haber sido un ciudadano privado le habrían nombrado dictador. Sus colegas admitían que cuando surgía cualquier amenaza de guerra la dirección suprema de todo debía estar en manos de uno solo, y se habían hecho a la idea de subordinar su poder al de Camilo sintiéndose seguros de que, al aumentar la majestad de él, en modo alguno se disminuían las suyas propias. Este acto de los tribunos consulares se encontró con la sincera aprobación del Senado, y Camilo, con el ánimo confuso, les devolvió las gracias. Llegó a decir que el pueblo de Roma había puesto sobre él una tremenda carga al hacerle prácticamente dictado por cuarta vez; el Senado le había conferido una gran responsabilidad al hacerle juicio tan halagador; y lo más abrumador de todo era el honor que le habían hecho sus colegas. Si le fuera posible mostrar una actividad y vigilancia aún mayor, se esforzaría en ello para merecer la elevada estimación en que sus conciudadanos, con tan sorprendente unanimidad, por tanto tiempo le tenían. En lo que se refería a la guerra con los anciates, el panorama era más amenazante que peligroso; al mismo tiempo, les aconsejaba que, sin temer con exceso, no tratasen las cosas con indiferencia. Roma estaba acosada por la mala voluntad y el odio de sus vecinos, y los intereses del Estado requerían, por lo tanto, de varios generales y de varios ejércitos.

Continuó: *Es mi deseo, Publio Valerio, asociarte conmigo en el consejo y en el mando, y que dirijas las legiones, de acuerdo conmigo, contra los anciates. Tú, Quinto Servilio, mantendrás un segundo ejército dispuesto para la acción inmediata, acampado en la Ciudad y preparado para cualquier movimiento, como pasó recientemente, de la parte de Etruria o de los latinos y hérnicos que nos han causado estás nuevas dificultades. Estoy completamente seguro de que llevarás la*

campaña de manera digna de tu padre, tu abuelo, tú mismo y tus seis tribunados. Un tercer ejército debe ser alistado por Lucio Quincio de entre los veteranos y los exentos por motivos de salud para guarnecer las defensas de la Ciudad. Lucio Horacio debe proporcionar corazas, armas, grano y todo lo que se precisa en tiempo de guerra. Tú, Servio Cornelio, quedas nombrado por nosotros, tus colegas, como presidente de este Consejo del Estado y guardián de cuanto concierne a la religión, a los comicios, a las leyes y a todos los asuntos referentes a la Ciudad. Todos se comprometieron gustosamente a dedicarse a las obligaciones que se les había asignado; Valerio, asociado en el alto mando, añadió que consideraría a Marco Furio como dictador y a sí mismo como su Jefe de Caballería, y la estima en la que tenía su único mando sería la medida de las esperanzas que tenían respecto a la guerra. Los senadores, con gran deleite, exclamaron que, en todo caso, estaban llenos de esperanza con respecto a la guerra, a la paz y todo lo que concernía a la República; que no tendrían nunca necesidad de un dictador habiendo tales hombres en la magistratura, con tan perfecta armonía, preparados tanto para obedecer como para mandar y proporcionando gloria a su patria en vez de apropiarse de ella para sí mismos.

[6,7] Tras proclamar la suspensión de todos los negocios públicos y completar el alistamiento de las tropas, Furio y Valerio se dirigieron a Sátrico. Aquí los anciates habían concentrado no sólo las tropas volscas de nuevo alistamiento, sino un inmenso cuerpo de latinos y hérnicos, naciones cuya fortaleza había crecido durante los largos años de paz. Esta coalición entre los nuevos enemigos con los antiguos intimidó los espíritus de los soldados romanos. Camilo estaba ya preparando a sus hombres para la batalla cuando los centuriones le informaron del desánimo de sus tropas, la falta de celeridad en armarse y la vacilación y falta de voluntad con que salían del campamento. Incluso se escuchaba a los hombres decir que *iban a luchar uno contra cien, y no podrían resistir esa multitud aunque estuviese desarmada, mucho menos ahora que empuñan las armas.* Saltó inmediatamente sobre su caballo, enfrentó la primera línea y, cabalgando a lo largo del frente, se dirigió a sus hombres: *¿Qué es este desánimo, soldados, qué son estas dudas tan desacostumbradas? ¿No conocéis al enemigo, ni a mí, ni a vosotros mismos? El enemigo, ¿qué es sino el medio por el cual siempre probáis vuestro valor y ganáis fama? Y vosotros, por no hablar de la captura de Faleria y Veyes y la masacre de las legiones galas capturadas dentro de su Ciudad, ¿No habéis, bajo mi dirección, obtenido un triple triunfo por la triple victoria sobre esos mismos volscos además de sobre los ecuos y sobre Etruria? ¿O es que no me reconocéis como vuestro general por haber dado la señal de batalla, no como dictador, sino como tribuno consular? No siento ningún deseo de tener la máxima autoridad sobre vosotros, ni de que veáis en mí nada más de lo que soy; la dictadura nunca ha incrementado ni ánimo ni mis energías, ni las disminuyó el exilio. Así que somos los mismos de siempre, y ya que tenemos las mismas virtudes en esta guerra que las que teníamos en las anteriores, esperaremos el mismo resultado. En cuanto os encontréis frente a vuestro enemigo, cada uno hará aquello para lo que está entrenado y que está acostumbrado a hacer: vosotros venceréis y ellos huirán.*

[6,8] Luego, después de dar la señal, saltó de su caballo y acercándose al signifer más cercano, se precipitaron contra el enemigo gritando: *¡Adelante, soldado, con el estandarte!* Cuando vieron a Camilo, debilitado como estaba por la edad, cargar en persona contra el enemigo, todos lanzaron el grito de batalla y se abalanzaron hacia adelante, gritando en todas direcciones, *¡Seguid al General!* Se afirma que, por orden de Camilo, el estandarte se arrojó dentro de las líneas enemigas para incitar a los hombres de las primeras filas a recobrarlo. Fue en este sector donde los anciates fueron primeramente rechazados, y el pánico se extendió desde las primeras filas hasta las reservas. Esto se debió no sólo a los esfuerzos de las tropas, animados como estaban por la presencia de Camilo, sino también debido al terror que su aspecto inspiraba a los volscos, a quienes él resultaba especialmente terrible. Así, dondequiera que avanzaba, llevaba con él la victoria segura. Esto resultó especialmente evidente en la izquierda romana, que estaba a punto de ceder cuando,

después de saltar sobre su caballo y armado con un escudo de infantería, llegó hasta ellos y a su sola vista y señalando el resto de la línea que estaba venciendo en la jornada, restauró el frente de batalla. El combate estaba ya decidido, pero debido a la aglomeración de enemigos no pudieron huir y los victoriosos soldados se agotaron con la prolongada masacre de tan gran número de fugitivos. Una repentina tormenta de lluvia y viento puso fin a lo que, más que una batalla, fue un combate decisivo. Se dio la señal de retirada, y por la noche llegó a su fin la guerra sin ningún esfuerzo adicional por parte romana, pues los latinos y hérnicos abandonaron a los volscos a su suerte y volvieron a casa, tras obtener un resultado equivalente a sus malos consejos. Cuando los volscos se vieron abandonados por los hombres que les habían llevado a renovar las hostilidades, abandonaron su campamento y se encerraron en Sátrico. Al principio, Camilo los rodeó con una valla y comenzó los trabajos de asedio; pero al ver que no hacían salidas para impedir sus obras, consideró que el enemigo no tenía suficiente valor como para hacerle esperar lentamente una victoria que se dilataría en el tiempo. Tras animar a sus soldados diciéndoles que no se desgastasen por el prolongado esfuerzo, como si estuviesen atacando otro Veyes, pues la victoria estaba ya a su alcance, plantó escalas de asalto alrededor de las murallas y tomó la plaza al asalto. Los volscos arrojaron sus armas y se rindieron.

[6,9] Tenía su jefe, sin embargo, un objetivo más importante en su ánimo: Anzio, la capital de los volscos y el punto de partida de la última guerra. Debido a su fortaleza, la captura de esa ciudad sólo sería realizable con una cantidad considerable de aparatos de asedio, artillería y máquinas de guerra. Camilo, así pues, dejó a su colega al mando y marchó a Roma para exhortar al Senado sobre la necesidad de destruir Anzio. En medio de su discurso (creo que fue voluntad del cielo que Anzio durase más tiempo) llegaron legados de Nepi y Sutrio solicitando ayuda contra los etruscos y señalando que pronto pasaría la oportunidad de prestarles ayuda. La Fortuna apartó de Anzio las energías de Camilo hacia aquel país, pues tales plazas, frente a Etruria, servían como puertas y barreras por aquel lado y los etruscos estaban impacientes de asegurárselas siempre que pensaban en iniciar hostilidades, al igual que los romanos deseaban vivamente recuperarlas y poseerlas. Por consiguiente, el Senado decidió, de acuerdo Camilo, que debía dejar Anzio y emprender la guerra con Etruria. Le asignaron las legiones de la Ciudad, que mandaba Quincio, y aunque él hubiera preferido el ejército que actuaba frente a los volscos, con el que tenía experiencia y que estaba acostumbrado a su mando, no puso objeción; todo lo que pidió fue que Valerio compartiese el mando con él. Quincio y Horacio fueron enviados contra los volscos en sustitución de Valerio. Cuando llegaron a Sutrio, Furio y Valerio se encontraron con una parte de la ciudad en manos de los Etruscos; en la otra parte, los habitantes tenían dificultades para tener a raya al enemigo tras las barricadas que habían levantado en las calles. La aproximación de los socorros desde Roma y el nombre de Camilo, tan famoso entre los amigos como entre los enemigos, alivió momentáneamente la situación y dio tiempo a que llegase la ayuda. En consecuencia, Camilo formó su ejército en dos cuerpos y ordenó a su colega que llevase uno hacia la parte en poder del enemigo y que empezase a atacar las murallas. Esto se hizo no tanto con la esperanza de que el ataque tuviera éxito como para poder distraer la atención del enemigo y dar un respiro a los cansados defensores, así como darle a él una oportunidad de entrar en la ciudad sin combatir. Los etruscos, al verse atacados por ambos lados, con las murallas asaltadas desde fuera y los ciudadanos luchando desde dentro, huyeron presas del pánico por la única puerta que resultó estar libre de enemigos. Tuvo lugar una gran masacre de los fugitivos, tanto en la ciudad como en los campos exteriores. Los hombres de Furio dieron cuenta de muchos intramuros, mientras que los de Valerio, más ligeramente equipados para la persecución, no dieron fin a la carnicería hasta que la caída de la noche les impidió la visión. Después de la reconquista de Sutrio y su devolución a nuestros aliados, el ejército marchó a Nepi, que se había rendido a los etruscos y que estaba completamente en su poder.

[6.10] Parecía como si la captura de esa ciudad fuese a dar más problemas, no sólo porque

toda ella estaba en manos del enemigo, sino también porque la rendición se había efectuado por la traición de algunos de sus habitantes. Camilo, sin embargo, decidió enviar un mensaje a sus líderes en el que les pedía la retirada de los etruscos y que dieran una prueba práctica de aquella lealtad para con los aliados que habían implorado a los romanos que observasen con ellos. Su respuesta fue que no podían; los etruscos poseían las murallas y guardaban las puertas. En un principio, se trató de intimidar a los habitantes de la ciudad acosando su territorio. Como, sin embargo, persistieron en respetar con más fidelidad los términos de la rendición que los de su alianza con Roma, se reunieron haces de leña de los alrededores para rellenar el foso, el ejército avanzó al ataque, situaron las escalas de asalto contra la muralla y capturaron la ciudad al primer intento. Seguidamente, se anunció que los nepesinos debían deponer las armas, y todo el que lo hizo así se salvó. Los etruscos, armados o no, fueron muertos, y a los nepesinos autores de la rendición se les decapitó; a la población que no había tomado parte en ella se le devolvió sus propiedades y se dejó una guarnición en la ciudad. Después de recuperar así del enemigo dos ciudades aliadas de Roma, los tribunos consulares llevaron su ejército victorioso, cubierto de gloria, a casa. Durante este año se exigió satisfacción a latinos y hérnicos; se les preguntó por qué no habían proporcionado, estos últimos años, un contingente de conformidad con el Tratado. Se celebró una asamblea representativa completa de cada nación para discutir los términos de la respuesta. Esta fue en el sentido de que no fue por una falta o una decisión pública del Estado que algunos de sus hombres hubiesen combatido en las filas volscas; éstos habían pagado la pena de su locura y ni uno sólo había regresado. La razón por la que no habían proporcionado tropas era su incesante temor a los volscos; no habían sido capaces, ni siquiera después de tantas guerras, de quitarse aquella espina de su costado. El Senado consideró esta réplica como un motivo justificado para la guerra, pero en aquel momento se consideraba inoportuna.

[6.11] Al año siguiente *(385 a.C.)* fueron tribunos consulares Aulo Manlio, Publio Cornelio, Tito y Lucio Quincio Capitolino, Lucio Papirio Cursor (por segunda vez) y Cayo Sergio (por segunda vez). En este año estalló una guerra muy grave, y hubo disturbios aún más serios en casa. La guerra fue iniciada por los volscos, a la que se añadió una revuelta de latinos y hérnicos. El problema interno surgió de quien menos parecía ser de temer, un hombre de nacimiento patricio y brillante reputación: Marco Manlio Capitolino. Lleno de orgullo y presunción, miraba a los hombres notables con desprecio; a uno, especialmente, apuntaba con ojos envidiosos, alguien destacado por sus distinciones y méritos: Marco Furio Camilo. Amargamente ofendido por la posición única de este hombre entre los magistrados y por el aprecio del ejército, declaró que había alcanzado ahora tal preeminencia que trataba no como a colegas, sino como a servidores a quienes, como él, habían sido elegidos bajo los mismos auspicios; y aún cualquiera, si quisiera formarse un juicio ecuánime, vería que Marco Furio posiblemente no podría haber salvado su patria. ¿No fue él, Manlio, quien salvó el Capitolio y la Ciudadela al ser sitiados? Camilo atacó a los galos mientras habían bajado su guardia, con la mente ocupada en hacerse con el oro y firmar la paz; él, sin embargo, les había hecho retirarse cuando estaban armados para el combate y habían, de hecho, capturado la Ciudadela. La gloria de Camilo era compartida por cada hombre que venció junto a él, mientras que ningún mortal podía reclamar, obviamente, parte alguna en su propia victoria.

Con la cabeza llena de tales ideas y siendo, desgraciadamente, hombre de carácter testarudo y apasionado, se encontró con que su influencia no era tan fuerte entre los patricios como creía que debía ser, así que se acercó a la plebe (el primer patricio en hacerlo) y adoptó los métodos políticos de sus magistrados. Abusó del Senado y cortejó al populacho e, impulsado por el viento del favor popular más que por la convicción o el criterio, prefirió la notoriedad a la respetabilidad. No contento con las leyes agrarias que hasta entonces habían servido siempre a los tribunos de la plebe como material para su agitación, empezó a minar todo el sistema de crédito, porque vio que las leyes de las deudas causaban más irritación que las otras; no sólo amenazaban con la pobreza y la desgracia, sino que aterrorizaban a los hombres libres con la perspectiva de las cadenas y la prisión.

Y, de hecho, se habían contraído gran cantidad de deudas debido a los gastos de reconstrucción, gastos más ruinosos incluso para los ricos. Se trataba, por tanto, de dar mayores competencias al gobierno; y la guerra volsca, grave de por sí y aumentada por la defección latina y hérnica, se puso como razón aparente. Fueron, sin embargo, las intenciones revolucionarias de Manlio las que, principalmente, decidieron al Senado a nombrar un dictador. Fue nombrado Aulo Cornelio Coso, y éste designó a Tito Quincio Capitolino como su Jefe de Caballería.

[6.12] Aunque el dictador reconocía que tenía un desafío más complicado en casa que en el exterior, alistó sus tropas y marchó a territorio pomptino que, según oyó, había sido invadido por los volscos. Puede que considerase necesario tomar medidas inmediatas o quizá esperase fortalecer su posición como dictador con una victoria y un triunfo. No tengo ninguna duda de que mis lectores estarán cansados de tan largo historial de guerras incesantes contra los volscos, pero también se verían afectados por la misma dificultad que yo mismo he sentido al examinar los autores que vivieron próximos al periodo, es decir, ¿de dónde sacaban los volscos suficientes soldados, después de tantas derrotas? Ya que este punto ha sido pasado por alto por los escritores antiguos, ¿qué puedo hacer yo, más que expresar una opinión como cualquiera pudiera formarse a partir de sus propias deducciones? Probablemente, en el intervalo entre una guerra y otra, entrenaban a cada nueva generación para la reanudación de las hostilidades, como se hace actualmente al alistar tropas romanas; o bien no reclutaban siempre sus ejércitos de los mismos distritos, aunque era siempre la misma nación la que iba a la guerra; o bien había una innumerable población libre en aquellas regiones que a duras penas escapaban de la desolación con la escasa labranza de esclavos romanos, que difícilmente permitirían más que un miserable reclutamiento de soldados. En todo caso, los autores están unánimemente de acuerdo en asegurar que los volscos tenían un inmenso ejército a pesar de haber quedado tan recientemente paralizados por los éxitos de Camilo. Sus fuerzas se incrementaron con los latinos y hérnicos, así como con un cuerpo de circeyenses e incluso por un contingente de colonos romanos de Velitres.

En el día en que llegó, el dictador plantó su campamento. Al día siguiente, después de tomar los auspicios y suplicar el favor de los dioses mediante sacrificios y oraciones, se adelantó con la moral alta hacia los soldados que desde la madrugada estaban armándose, conforme a las órdenes, para estar dispuestos en el momento en que se diera la señal para la batalla. *Nuestra, soldados,* exclamó, *es la victoria, si los dioses y sus intérpretes así lo han visto en el futuro. Vayamos pues, como hombres llenos de segura esperanza, a enfrentar al enemigo que no es rival para nosotros, poned los pilos a vuestros pies y armaos sólo con vuestras espadas. Ni siquiera querría que nadie se adelantase de la línea; permaneced firmes y recibid la carga del enemigo sin mover un pie. Cuando hayan lanzado sus inútiles proyectiles y lleguen hasta vosotros sus desordenadas filas, dejad que vuestras espadas destellen y que cada hombre recuerde que los dioses ayudan a los romanos, que son los dioses quienes os han enviado al combate con augurios favorables. Tú, Tito Quincio, mantén tu caballería a la mano y espera a que la lucha haya comenzado, pero cuando ves las líneas entrelazadas, pie con pie, ataca y aterroriza con tu caballería a los que ya estarán sobrepasados por otros miedos. Carga y dispersa sus filas mientras se encuentran en el fragor de la lucha.* La Caballería y la infantería lucharon por igual, de acuerdo con sus instrucciones. El jefe no decepcionó a sus soldados, ni la Fortuna al jefe.

[6.13] La gran multitud de enemigos, basándose únicamente en su número y midiendo la fuerza de cada ejército exclusivamente por su apariencia, marchó temerariamente a la batalla y con la misma imprudencia la abandonó. Fue bastante valeroso en su grito de guerra, en lanzar sus proyectiles y en su primera carga; pero no pudieron mantener el combate cuerpo a cuerpo y sostener la vista de sus oponentes, que brillaba con el ardor de la batalla. Su frente fue superado y la desmoralización se extendió a las filas de apoyo; la carga de caballería produjo más pánico; las filas se rompieron por muchos sitios, todo el ejército quedó conmocionado y parecía una ola que se

retiraba. Cuando cada uno de ellos vio que a medida que caían los de delante ellos serían los siguientes en caer, se dieron la vuelta y huyeron. Los romanos les presionaron con fuerza, y como el enemigo se defendía mientras se retiraba, a la infantería le tocó la persecución. Cuando se les vio deshacerse de sus armas por todas partes y dispersarse por el campo, se dio la señal a las secciones de caballería para que se lanzasen sobre ellos, y se les instruyó para no perder tiempo atacando fugitivos solitarios y que se pudiera escapar el cuerpo principal. Sería suficiente enfrentarles lanzando proyectiles y cruzando su frente al galope, y aterrorizándoles a todos hasta que la infantería pudiera llegar y despachar al enemigo normalmente. La huida y persecución no terminó hasta el anochecer. El campamento volsco fue tomado y saqueado el mismo día, y todo el botín, con excepción de los prisioneros, fue entregado a los soldados. La mayoría de los prisioneros eran hérnicos y latinos, y no sólo hombres de la clase plebeya, que podrían haberse considerado sólo como mercenarios, sino que también se comprobó la presencia de hombres notables entre su fuerza de combate, una clara prueba de que aquellos Estados habían ayudado formalmente al enemigo. También se reconoció a varios pertenecientes a Circei y a la colonia de Velitres. Todos ellos fueron enviados a Roma y, al ser interrogados por los líderes del Senado, les dieron entonces la misma contestación que habían dado al dictador, y revelaron, sin tratar de ocultarla, la deserción de sus respectivas naciones.

[6.14] El dictador mantuvo su ejército acampado de forma permanente, esperando que el Senado declarase la guerra contra aquellos pueblos. Un problema mucho mayor en casa, sin embargo, hizo que le requiriesen. La sedición, debido al trabajo de su instigador, estaba cobrando fuerzas día tras día. Para cualquiera que viese sus motivos, no sólo los discursos sino sobre todo la conducta de Marco Manlio, aunque ostensiblemente en interés del pueblo, le habría parecido revolucionaria y peligrosa. Cuando vio un centurión, un soldado distinguido, conducido como un deudor sentenciado, corrió hacia el centro del Foro seguido de su caterva y puso su mano sobre él. Tras declamar contra la tiranía de los patricios, la brutalidad de los usureros y la miserable condición de la plebe, dijo: *Así que en vano, con esta mano derecha he salvado el Capitolio y la Ciudadela, si tengo que ver a un conciudadano y camarada de armas puesto en cadenas y esclavizado, como si hubiera sido capturado por los galos victoriosos*. Luego, ante todo el pueblo, pagó la suma adeudada a los acreedores, y después de librar así a aquel hombre con balanzas y monedas, lo mandó a su casa. El deudor liberado llamó a dioses y hombres a recompensar a Manlio, su liberador y protector benéfico de la plebe romana. Una ruidosa multitud lo rodeó inmediatamente, y él aumentó las emociones al mostrar las cicatrices dejadas por las heridas que había recibido en las guerras contra Veyes y los galos y en las recientes campañas. Exclamó: *Mientras estaba sirviendo en campaña y mientras trataba de restaurar mi casa asolada, pagué en intereses una cantidad igual a muchas veces el principal, pero como los intereses renovados siempre excedían mi capital, quedé enterrado bajo la carga de la deuda. Gracias a Marco Manlio puedo ahora ver la luz del día, el Foro, las caras de mis conciudadanos; de él he recibido todo el cariño que un padre puede mostrar a un hijo; a él dedico toda la fuerza que me queda, mi sangre y mi vida. En ese único hombre se une todo lo que me une a mi hogar, mi país y los dioses de mi patria.*

La plebe, exaltada por este lenguaje, estaba ya totalmente rendida a la causa de este hombre cuando algo más sucedió, más calculado aún si cabe para generar universal confusión. Manlio puso a subasta una finca en territorio veyentino, que comprendía la mayor parte de su patrimonio. *Para*, dijo, *que mientras me quede una propiedad, pueda impedir que cualquiera de vosotros, Quirites, sea entregado a sus acreedores condenados como deudores.* Esto les exaltó a tal punto que resultaba evidente que seguirían al campeón de sus libertades en cualquier cosa, buena o mala. Para mayor malicia, pronunció discursos en su propia casa, como si estuviese arengando a los comicios, llenos de términos calumniosos para el Senado. Indiferente a la verdad o falsedad de lo que decía, declaró, entre otras cosas, que las cantidades de oro recogidas para los galos estaban siendo

escondidas por los patricios; que no estaban contentos con apropiarse de las tierras públicas a menos que también pudieran hacerlo con los fondos públicos; si ese asunto se descubriese, se podrían anular las deudas de la plebe. Al creer esta esperanza, les pareció en efecto una acción escandalosa que mientras el oro reunido para los galos fue producto de una contribución general, ese mismo oro, al recuperarse del enemigo, se hubiera convertido el botín de unos pocos. Insistían, por tanto, en descubrir dónde se ocultaba este gran botín robado, y como Manlio lo retrasaba y anunciaba que lo descubriría a su debido tiempo, el interés general quedó centrado en este asunto, con exclusión de todo lo demás. Es evidente que no habría límite a su reconocimiento si su información se revelaba correcta, ni a su disgusto si resultase falsa.

[6.15] Mientras las cosas estaban en esta situación de suspenso, el dictador había sido convocado de donde estaba el ejército y llegó a la Ciudad. Después de enterarse sobre el estado de la opinión pública, convocó una reunión del Senado para el día siguiente y les ordenó quedar completamente pendientes de él. Luego ordenó que pusieran su silla de magistrado en la tribuna del Comicio y, rodeado de los senadores como guardaespaldas, envió a por Marco Manlio. Al recibir el requerimiento del dictador, Manlio dio a los suyos una señal de que el conflicto era inminente y apareció ante el tribunal rodeado por una inmensa multitud. Por un lado, el Senado, por el otro la plebe; cada uno con sus ojos fijos en sus respectivos dirigentes, se pusieron frente a frente, como preparados para la batalla. Tras hacerse el silencio, dijo el dictador: *Deseo que el Senado y yo podamos llegar a un entendimiento con la plebe con tanta facilidad como, estoy seguro, llegaremos contigo sobre el asunto sobre el que te voy a preguntar. Veo que han llevado a sus conciudadanos a esperar que todas las deudas se puedan pagar, sin ninguna pérdida para los acreedores, con los tesoros recuperados a los galos y que dices han sido ocultados por los patricios. Estoy muy lejos de querer obstaculizar este asunto; por el contrario, te desafío, Marco Manlio, a que saques de sus escondrijos a aquellos que, como gallinas ponedoras, están sentados sobre los tesoros que pertenecen al Estado. Si no lo haces, sea porque tú mismo tienes tu parte de botín o porque tu acusación sea infundada, ordenaré que te pongan en prisión y que no tenga el pueblo que sufrir ser incitado por las falsas esperanzas que has levantado.*

Manlio dijo en respuesta que no se había equivocado en sus sospechas: habían nombrado un dictador no contra los volscos, a quienes trababan como enemigos cada vez que les interesaba a los patricios, ni para llevar a las armas a latinos y hérnicos con falsas acusaciones; habían nombrado un dictador contra él mismo y la plebe romana. Se habían dejado de su fingida guerra y ahora le atacaban a él; el dictador se declaraba abiertamente el protector de los usureros contra los plebeyos; la gratitud y afecto que el pueblo le mostraba se convertían en motivo para acusarle de tal modo que le arruinarían. Y continuó: *¿Os ofende la multitud que me rodea, Aulo Cornelio? ¿y a vosotros, senadores? Entonces, ¿por qué no la separáis de mí a base de actos de bondad, ofreciendo seguridad al liberar a vuestros conciudadanos de la cuerda, impidiendo que sean juzgados por sus acreedores, apoyando a los demás con vuestros abundantes recursos? Pero ¿por qué tendría que instarles a gastar su propio dinero? Fijad cierta cantidad, deducid del principal lo que se ha pagado ya en intereses, y entonces la multitud que me rodea no tendrá más importancia que si rodease a otro. ¿Es que solo yo siento esta inquietud por mis conciudadanos? Yo sólo puedo responder a esa pregunta como respondería a otra - ¿Por qué solo yo salvé el Capitolio y la Ciudadela? Entonces hice lo que pude para salvar el cuerpo de los ciudadanos como un todo, ahora estoy haciendo lo que puedo para ayudar a las personas. En cuanto al oro de los galos, tu pregunta complica algo que es bastante simple en sí mismo. ¿Por qué me preguntas por algo que tú ya sabes? ¿Por qué ordenas que se agite lo que hay en tu bolsa, en vez de entregarlo voluntariamente, a no ser que en el fondo exista alguna deshonestidad? Cuanto más ordenes que se descubran tus trucos de magia, más, me temo, engañarás a los que te están mirando. No es a mí a quien se debe obligar a descubrir el botín sino a vosotros, sois vosotros quienes han de ser obligados públicamente a hacerlo.*

[6.16] El dictador le ordenó que se dejara de ambages, e insistió en que diera testimonio digno de confianza o admitiese que era culpable de inventar falsas acusaciones contra el Senado, exponiéndolos al odio con una acusación infundada de robo. Él se negó, y dijo que no hablaría a petición de sus enemigos, con lo cual el dictador ordenó que fuera conducido a la cárcel. Cuando fue detenido por el funcionario exclamó: *Júpiter Óptimo Máximo, reina Juno, Minerva, todos vosotros dioses y diosas que habitáis en el Capitolio, ¿sufriréis que vuestro soldado y defensor sea así perseguido por sus enemigos? ¿Será esposada y encadenada esta mano diestra con la que expulsé a los galos de vuestros santuarios?* Nadie podía soportar ver u oír la indignidad que se le hacía; pero el Estado, en su absoluta sumisión a la autoridad legítima, se había impuesto a sí mismo límites que no podía traspasar; ni los tribunos de la plebe, ni la misma plebe se atrevió a levantar la vista o a decir una palabra contra la acción del dictador. Parece bastante cierto que después que Manlio fuera enviado a prisión y un gran número de plebeyos se puso de luto; muchos se dejaron crecer el cabello y las barbas y el vestíbulo de la prisión fue acosado por una multitud deprimida y triste. El dictador celebró su triunfo sobre los volscos, pero su triunfo aumentó su impopularidad; los hombres se quejaban de que la victoria fue obtenida en su casa, no en el campo de batalla, y sobre un ciudadano, no sobre un enemigo. Una sola cosa faltó en el desfile de la tiranía, Manlio no fue llevado en procesión delante del carro del vencedor. Las cosas fueron rápidamente derivando hacia la sedición, y el Senado tomó la iniciativa de tratar de calmar la agitación. Sin que nadie se lo pidiese, ordenó que dos mil ciudadanos romanos fuesen enviados a Sátrico y que cada uno recibiese dos yugadas y media de tierra. Esto fue considerado como una subvención demasiado pequeña, distribuida entre un número demasiado pequeño de gente; fue visto como (y de hecho lo era) un soborno a cambio de la traición de Manlio, así que el remedio propuesto sólo ayudó a inflamar la enfermedad. En aquel momento, la multitud de simpatizantes de Manlio había fijado su atención en sus ropas sucias y aspecto abatido. No fue hasta que el dictador dejó su cargo, después de su triunfo, que desapareció el terror que inspiraba sobre las lenguas y ánimos de los hombres, que fueron libres una vez más.

[6.17] Se escuchó a hombres que reprochaban abiertamente al populacho que siempre alentaran a sus defensores hasta llevarles al borde del precipicio, y abandonarles cuando realmente llegaba el momento del peligro. Fue de esta manera, decían, como Espurio Casio, buscando obtener tierras para la plebe, y Espurio Melio, mientras quitaba el hambre de los ciudadanos a su propia costa, habían sido ambos aplastados; Era así como Marco Manlio fue traicionado a sus enemigos, mientras rescataba a la parte de la comunidad que se vio desbordada y sumergida por la extorsión usurera y les llevaba de vuelta a la luz y la libertad. La plebe engordaba a sus propios defensores para la matanza. ¿Se iba a sufrir tal castigo porque un hombre consular se negase a responder al cabecero de un dictador? Suponiendo que antes hubiera hablado con falsedad, y que por tanto no respondiese a tiempo, ¿se había encarcelado alguna vez a un esclavo por mentir? ¿Habían olvidado aquella noche que bien hubiera podido ser la noche final y eterna de Roma? ¿No recordaban la visión de las tropas galas, subiendo por la roca Tarpeya, o la del propio Manlio, como de hecho le habían visto, cubierto de sangre y sudor, después de rescatar, casi se podría decir, al propio Júpiter de las manos de el enemigo. ¿Habían cumplido con su obligación con el salvador de su patria al darle cada uno media libra de grano? ¿Era el hombre al que consideraban casi como un dios, a quien, en todo caso, colocaban a la altura del Júpiter del Capitolio al darle el sobrenombre de Capitolino, iban a dejar que ese hombre pasase la vida encadenado y en la oscuridad, a merced del verdugo? ¿Había bastado la ayuda de un hombre para salvarlos a todos y no se hallaría entre ellos ayuda para aquel hombre? Para entonces, la gente se negaba a abandonar el lugar, ni siquiera por la noche, y amenazaban con romper la prisión cuando el Senado concedió lo que iban a conseguir mediante la violencia y aprobó una resolución para que se liberase a Manlio. Esto no puso fin a la agitación sediciosa, sólo le proporcionó un jefe. Durante este tiempo, los latinos y hérnicos, junto

con los colonos de Circei y Velitres, enviaron legados para descargarse de la acusación de estar envueltos en la guerra Volsca y para pedir la entrega de sus compatriotas prisioneros, para juzgarles con sus propias leyes. Se dio una respuesta desfavorable a latinos y hérnicos, una aún más desfavorable a los colonos, porque se habían relacionado con el impío proyecto de atacar a su propia madre patria. No sólo se rechazó la entrega de los prisioneros, sino que recibieron una severa advertencia del Senado, excepto en el caso de los aliados, para partir rápidamente de la Ciudad, fuera de la vista del pueblo romano; de otro modo, no quedarían protegidos por los derechos de embajadores, derechos que se habían establecido para los extranjeros, no para los ciudadanos.

[6.18] Al término del año, en medio de la creciente agitación encabezada por Manlio, se celebraron las elecciones. Los nuevos tribunos consulares fueron: Servio Cornelio Maluginense y Publio Valerio Potito (cada uno por segunda vez), Marco Furio Camilo (por quinta vez), Servio Sulpicio Rufo (por segunda vez), Cayo Papirio Craso y Tito Quincio Cincinato (por segunda vez). El año *(384 a.C.)* se abrió en paz, lo que resultó de lo más oportuno tanto para los patricios como para los plebeyos; para la plebe porque al no llamarles a servir en filas, esperaban aliviar la carga de sus deudas, especialmente ahora que tenían un líder fuerte; para los patricios, porque ninguna inquietud externa les distraería de hacer frente a sus problemas internos. Ya que cada parte se encontraba más preparada para la lucha, ésta no podría siempre ser retrasada. Manlio, también, estaba invitando a los plebeyos a su casa y discutía día y noche sobre planes revolucionarios con sus jefes, con un ánimo mucho más agresivo y resentido que antes. Su rencor se había encendido con la reciente humillación infligida a un espíritu poco acostumbrado a la desgracia; su agresividad se animó por la convicción de que el dictador no se habría atrevido a tratarle como Quincio Cincinato trató a Espurio Melio; pues no solo evitó el dictador el odio creado por su aprisionamiento mediante la dimisión, incluso el Senado había sido incapaz de hacerle frente.

Alentado y amargado por estas consideraciones, elevó las pasiones de la plebe, que ya estaba bastante indignada, a un nivel más alto mediante sus arengas. *¿Cuánto tiempo, os ruego*, preguntó, *vais a permanecer en la ignorancia de vuestra fuerza, una ignorancia que la naturaleza prohíbe incluso a los animales? Contad por lo menos vuestros números y los de vuestros oponentes. Incluso si les fueseis a atacar en igualdad de condiciones, hombre a hombre, creo que vosotros lucharíais más desesperadamente por vuestra libertad que ellos por el poder. Pero sois mucho más numerosos, pues todos vosotros, que habéis asistido como clientes a vuestros patronos, ahora os enfrentáis a ellos como adversarios. Sólo tenéis que hacer una demostración de guerra y tendréis la paz. Que vean que estáis dispuestos a utilizar la fuerza, depondrán sus quejas. Tenéis que intentar algo como un todo o habréis de sufrirlo todo como individuos. ¿Cuánto tiempo os fijaréis en mí? Ciertamente, yo no os fallaré, ved que la Fortuna no me falle a mí. Yo, vuestro vengador, cuando vuestros enemigos lo consideraron oportuno, fui reducido a la nada y vosotros mirasteis cómo llevaban a prisión al hombre que evitó la cárcel a tantos de vosotros. ¿Qué he que esperar si mis enemigos se atreven a hacer algo más contra mí? ¿Tengo que enfrentar la suerte de Casio y Melio? Está muy bien gritar horrorizados: "Los dioses lo impedirán", pero nunca bajan del cielo en mi favor. Debéis impedirlo; ellos os deben dar el valor de hacerlo, como me dieron el valor para defenderos como soldado del enemigo bárbaro y como civil de vuestros tiránicos conciudadanos. ¿Es tan pequeño el ánimo de esta gran nación que siempre os contentaréis con la ayuda que os proporcionan vuestros tribunos contra vuestros enemigos, y nunca saben de temas de disputa con los patricios, excepto cuánto más les dejaréis que manden sobre vosotros? No es este vuestro instinto natural, sois los esclavos de la costumbre. ¿Por qué es que mostráis tal ánimo hacia las naciones extranjeras como para pensar que es justo y equitativo que gobernéis sobre ellos? Porque con ellos os habéis acostumbrado a luchar por el dominio, mientras que contra estos enemigos domésticos ha sido una lucha más por ganar la libertad que por mantenerla. Sin embargo, independientemente de los jefes que hayáis tenido o de las virtudes que hayáis mostrado, habéis alcanzado, tanto por vuestra fortaleza como por vuestra buena fortuna, cada objetivo, por grande*

que fuese, en el que poníais vuestros corazones. Ahora es el momento para intentar cosas mayores. Juzgar sólo tanto acerca de vuestra propia buena fortuna como de la mía, que creo que ya está probada en beneficio vuestro; espero que tengáis menos problemas en colocar alguien que gobierne a los patricios de los que habéis tenido en poner hombres que resistan su poder sobre vosotros. Dictaduras y consulados deben ser derribadas para que la plebe romana pueda levantar su cabeza. Tomad sus lugares, así, en el Foro; impedid que se pronuncie ninguna sentencia por deudas. Yo me declaro Patrón de la Plebe, título del que me han investido mi preocupación y fidelidad; si preferís designar a vuestro jefe por cualquier otro título de honor o mando, tendréis en ello el más poderoso instrumento para alcanzar cuanto deseéis. Se dice que este fue el primer paso en su intento de asegurarse el poder real, pero no hay una tradición clara en cuanto a quiénes eran sus compañeros de conspiración o con qué extensión elaboraron sus planes.

[6.19] Por la otra parte, sin embargo, el Senado discutía esta secesión de la plebe en una casa particular, que resultaba estar situada en el Capitolio, y sobre el gran peligro que amenazaba la libertad. Muchos exclamaban que lo que se necesitaba era un Servilio Ahala, quien no se limitaría a molestar a un enemigo del Estado ordenando que se le encarcelase, sino que pondría fin a la guerra interna con el sacrificio de un único ciudadano. Finalmente acordaron una resolución más suave en sus condiciones, pero que poseía la misma fuerza, a saber, que *los magistrados debían velar por que la República no recibiese daño de los maliciosos planes de Marco Manlio*. Así pues, los tribunos consulares y los tribunos de la plebe (pues estos últimos reconocieron que el fin de la libertad sería también el fin de su poder y se pusieron, por tanto, bajo la autoridad del Senado) tomaron juntos consejo sobre las medidas que era preciso tomar. Como a nadie se le ocurría nada distinto al empleo de la fuerza y su inevitable derramamiento de sangre, lo que conduciría inevitablemente a una terrible lucha, Marco Menenio y Quinto Publilio, tribunos de la plebe, hablaron así: *¿Por qué estamos convirtiendo lo que debería ser un conflicto entre el Estado y un ciudadano apestado en una lucha entre patricios y plebeyos? ¿Por qué atacar a la plebe a través de él, cuando es mucho más seguro para atacarle a él mediante la plebe, de modo que se hunda en la ruina por el peso de su propia fuerza? Es nuestra intención fijar un día para su juicio. Nada es menos deseado por el pueblo que el poder real. En cuanto los plebeyos se den cuenta de que el conflicto no va con ellos y vean que en vez de sus partidarios son sus jueces, en cuanto vean a un patricio llevado ante su juicio y comprendan que el cargo que se le imputa es el de aspirar a la monarquía, ya no se mostrarán más partidarios de ningún hombre, sino de su propia libertad.*

[6.20] Con la aprobación general, fijaron un día para el juicio de Manlio. Hubo al principio mucha alteración entre la plebe, sobre todo cuando se le vio andar de luto sin que ningún patricio, ninguno de sus parientes o amistades y, lo más extraño de todo, ninguno de sus hermanos, Aulo y Tito Manlio, fuesen vestidos igual. Porque hasta ese día nunca se había sabido de nada igual, que una crisis así en el destino de un hombre le hubiera puesto de luto. Se acordaban de que cuando Apio Claudio fue enviado a prisión, su enemigo personal, Cayo Claudio, y toda la gens de los Claudios, llevaba luto. Recordaban aquello como una conspiración para aplastar a un héroe popular que fue el primero en pasarse de los patricios a la plebe. Nada he podido encontrar, en ningún autor, acerca de qué prueba se adujo, en el juicio presente, que apoyase estrictamente la acusación de traición, más allá de las reuniones en su casa, sus expresiones sediciosas y su falso testimonio respecto al oro. Pero no tengo ninguna duda de que era algo nada ligero, pues la vacilación mostrada por el pueblo al declararle culpable no se debió a los méritos del caso sino al lugar en que se llevó a cabo el juicio. Esto es algo a tener en cuenta, a fin de que los hombres vean cómo grandes y gloriosos hechos pueden ser no sólo privados de todo mérito, sino convertirse directamente en odiosos por el anhelo repugnante del poder real.

Se dice que liberó a cuatrocientas personas a las que adelantó dinero sin interés, impidiendo que les vendiesen y les entregasen sentenciados a sus acreedores. Se afirma que, además de esto, no

sólo enumeró sus méritos militares, sino que los formó para pasarles revista: los despojos de más de treinta enemigos a los que había dado muerte, regalos de los generales en número de cuarenta, entre ellos dos coronas murales y ocho cívicas. Además de esto, presentó los ciudadanos a los que había rescatado del enemigo, nombrando a Cayo Servilio, Jefe de la Caballería, que no estaba presente, como uno de ellos. Después de haber recordado sus logros bélicos en un magnífico discurso, elevando su lenguaje al nivel de sus hazañas, descubrió su pecho ennoblecido por las cicatrices del combate, y mirando hacia el Capitolio invocó repetidamente a Júpiter y a los otros dioses para que viniesen en ayuda de sus quebradas fortunas. Rezó para que, en esta crisis de su destino, inspirasen al pueblo romano los mismos sentimientos que le habían inspirado a él cuando protegía la Ciudadela y el Capitolio, para así salvar a Roma. Después, dirigiéndose a sus jueces, les imploró a todos que juzgasen su caso con sus ojos puestos en el Capitolio, mirando hacia los dioses inmortales.

Como era en el Campo de Marte donde el pueblo había de votar en sus centurias y el demandado, extendiendo sus manos hacia el Capitolio, había dado la espalda a los hombres para volverse a los dioses con sus plegarias, se hizo evidente a los tribunos que, a menos que pudiesen apartar los ojos de la gente del visible evocador de sus pasadas glorias, sus pensamientos, completamente cautivados con los servicios que les había prestado, no tendrían lugar para las acusaciones en su contra, por ciertas que fuesen. Así pues, el proceso se pospuso para el día siguiente y se convocó al pueblo junto al bosque Petelino, fuera de la puerta Flumentana, desde donde no se veía el Capitolio. Aquí se expuso la acusación y, con los corazones fríos contra sus apelaciones, dictaron una terrible sentencia, abominable incluso para los jueces. Algunos autores afirman que fue condenado por los duunviros, que eran nombrados para juzgar los casos de traición a la patria. Los tribunos lo arrojaron desde la roca Tarpeya, y el lugar que constituía el monumento de su gloria excepcional fue también la escena de su castigo final. Después de su muerte, dos estigmas se pusieron a su memoria: Uno, por el Estado, pues su casa estaba donde se encuentra ahora el templo y ceca de Juno Moneta, y se presentó una propuesta ante el pueblo para que ningún patricio pudiese ocupar una vivienda dentro de la Ciudadela o en el Capitolio. La otra, por los miembros de su gens, que decretaron la prohibición de que nadie más en adelante asumiera los nombres de Marco Manlio. Tal fue el final de un hombre que, de no haber nacido en un Estado libre, habría sido digno de memoria. Cuando ya no se podía temer de él ningún peligro, el pueblo, recordando sólo sus virtudes, pronto empezó a lamentar su pérdida. Una peste que siguió poco después y que provocó una gran mortandad, y a la que no se pudo achacar ninguna causa, fue atribuida por gran número de personas a la ejecución de Manlio. Imaginaban que el Capitolio había sido profanado por la sangre de su libertador y que a los dioses les disgustaba el castigo infligido, casi ante sus ojos, al hombre por quien sus templos se habían recuperado de manos enemigas.

[6.21] A la peste siguió la escasez y el rumor generalizado de que a aquellos dos problemas seguirían varias guerras al año siguiente. Los tribunos consulares fueron Lucio Valerio (por cuarta vez), Aulo Manlio, Servio Sulpicio, Lucio Lucrecio, Lucio Emilio (todos por tercera vez) y Marco Trebonio *(383 a.C.).* Además de los volscos, que parecían destinados por algún hado a mantener a los soldados romanos en formación perpetua; además de las colonias de Circei y Velitres, que habían estado mucho tiempo pensando en rebelarse; además de los latinos, de los que se sospechaba, un nuevo enemigo surgió en Lanuvio, que hasta entonces había sido la ciudad más leal. El Senado consideró que esto se debía a un sentimiento de desprecio, al haber estado tanto tiempo sin castigar la revuelta de sus compatriotas en Velitres. En consecuencia, aprobó un decreto para que se preguntase al pueblo tan pronto como se pudiera, si consentía en que se les declarase la guerra. Para hacer que la plebe estuviese más dispuesta a entrar en esta campaña, se nombraron cinco delegados para distribuir el territorio pomptino y a otros tres para asentar una colonia en Nepi. Luego se presentó la propuesta al pueblo y, a pesar de las protestas de los tribunos, las tribus declararon la guerra por unanimidad. Los preparativos bélicos siguieron durante todo el año pero,

debido a la peste, el ejército no fue desplegado. Este retraso dio tiempo a los colonos para propiciar al Senado, y hubo una parte considerable entre ellos favorable a enviar embajadores a Roma para pedir perdón. Pero, como siempre, el interés del Estado estaba mezclado a los intereses de las personas; los autores de la revuelta, por tanto, temiendo que se les responsabilizara y entregase para apaciguar la ira romana, alejaron a los colonos de todo pensamiento de paz. No se limitaron a persuadir a su senado para que vetase la embajada propuesta; también provocaron a muchos de la plebe para que hicieran incursiones de saqueo por territorio romano. Este nuevo ultraje destruyó todas las esperanzas de paz. Este año, por primera vez, surgió un rumor de una revuelta en Palestrina; pero cuando los pueblos de Túsculo, Gabinia y Lábico, cuyos territorios habían sido invadidos, presentaron una queja formal, el Senado se lo tomó con tanta calma que era evidente que no creían la acusación, porque no deseaban que fuera cierta.

[6.22] Espurio y Lucio Papirio, los nuevos tribunos consulares, marcharon con las legiones a Velitres. Sus cuatro colegas, Servio Cornelio Maluginense, Quinto Servilio, Cayo Sulpicio y Lucio Emilio se quedaron para defender la ciudad y enfrentar cualquier nuevo movimiento en Etruria, pues se temía cualquier peligro por aquel lado *(382 a.C.).* En Velitres, donde los auxiliares de Palestrina eran casi más numerosos que los propios colonos, tuvo lugar un combate en el que los romanos vencieron rápidamente, pues como la ciudad estaba tan cerca, el enemigo huyó pronto y se dirigió a la ciudad que era su único refugio. Los tribunos se abstuvieron de asaltar el lugar, pues dudaban del éxito y no creían que fuese correcto arrasar la colonia. Las cartas a Roma anunciando la victoria mostraban más animosidad contra los palestrinenses que contra los velitrenses. En consecuencia, por un decreto del Senado confirmado por el pueblo, se declaró la guerra contra Palestrina. Los palestrinenses unieron sus fuerzas con los volscos y al año siguiente tomaron al asalto la colonia romana de Sátrico, tras una obstinada defensa, e hicieron un uso brutal de su victoria. Este incidente exasperó a los romanos. Eligieron a Marco Furio Camilo como tribuno consular por sexta vez y le dieron cuatro colegas: Aulo y Lucio Postumio Albino, Lucio Furio, Lucio Lucrecio, y Marco Fabio Ambusto *(381 a.C.)* Por un decreto especial del Senado, la guerra contra los volscos se encargó a Marco Furio Camilo; el tribuno elegido por sorteo como su ayudante fue Lucio Furio, no tanto, como se vio después, en interés del Estado, como en el de su colega, a quien sirvió como medio de ganar nuevo prestigio. Se lo ganó, en público, restaurando la fortuna del Estado que había sido humillada por la temeridad del otro[47], y en privado, porque ansiaba más ganarse la gratitud del otro tras reparar su error que ganar gloria para sí mismo. Camilo era ya de edad avanzada, y después de ser elegido estaba dispuesto a hacer la declaración habitual declinando el cargo por motivos de salud, pero el pueblo se negó a permitírselo. Su pecho vigoroso estaba todavía animado por una energía indomable por la edad, sus sentidos estaban intactos y dejó su interés en los asuntos políticos ante la perspectiva de la guerra. Se alistaron cuatro legiones, cada una de cuatro mil hombres. El ejército recibió la orden de reunirse al día siguiente en la puerta Esquilina, y en seguida marcharon hacia Sátrico. Aquí esperaban los captores de la colonia, su absoluta superioridad numérica les inspiraba una completa confianza. Cuando vieron que los romanos se aproximaban, avanzaron de inmediato a la batalla, ansiosos de llevar las cosas a un punto decisivo tan pronto como pudieran. Se imaginaban que esto impediría que la inferioridad numérica de sus oponentes fuese compensada por la habilidad de su jefe, al que consideraban el único motivo de confianza de los romanos.

[6.23] El mismo deseo de combatir tenían el ejército romano y el colega de Camilo. Nada se interponía en el camino de aventurarse a un enfrentamiento inmediato, excepto la prudencia y la autoridad de un hombre, que buscaba una oportunidad, prolongando la guerra, para incrementar la fuerza de sus tropas mediante la estrategia. Esto hizo que el enemigo presionase más; no solamente desplegaron sus líneas frente a su campamento, sino que avanzaron en medio de la llanura y

47 De Lucio Furio. [N. del T.]

mostraron su arrogante confianza en su número adelantando sus estandartes hasta cerca de las trincheras romanas. Esto hizo que los romanos se indignaran, y aún más Lucio Furio. Joven y naturalmente de gran carácter, estaba ahora poseído con la esperanza de la tropa, cuyos ánimos necesitaban poco para elevarse y justificar su confianza. Él aumentó su excitación menospreciando la autoridad de su colega con la excusa de su edad, la única razón posible que había para ello; decía que las guerras eran el territorio de los hombres más jóvenes, pues el valor crece y decae con la edad, en correspondencia con la potencia corporal. *Camilo*, dijo, *una vez guerrero de los más activos, se ha vuelto débil y perezoso; él, cuya costumbre había sido, inmediatamente tras llegar ante los campamentos o las ciudades, tomarlas al primer asalto, perdía ahora el tiempo y estancaba sus líneas. ¿Qué aumento de sus fuerzas o disminución de las enemigas esperaba? ¿Qué oportunidad favorable, qué momento adecuado, qué terreno en el que desplegar su estrategia? Los planes del viejo habían perdido todo el fuego y la vivacidad. Camilo ya había tenido su cuota de vida y de gloria. ¿Por qué debía dejar decaer su fuerza, un Estado destinado a ser inmortal, según la decadencia de un cuerpo mortal?.*

Con discursos de este tenor, había convencido a todo el campamento de su punto de vista y en muchas partes del campamento se exigía ser llevados inmediatamente al combate. Dirigiéndose a Camilo, le dijo: *Marco Furio, no podemos refrenar el ímpetu de los soldados, y el enemigo al que hemos dado nuevos ánimos con nuestras vacilaciones muestra ahora un intolerable desprecio hacia nosotros. Eres uno contra todos; cede al deseo general y déjate vencer por el consejo ajeno para que puedas vencer pronto en la batalla*. En su respuesta, Camilo le dijo que en todas las guerras que había emprendido hasta ese día, como único jefe, ni él ni el pueblo romano habían tenido nunca motivo alguno para quejarse de su generalato ni de su buena fortuna. Él ya era consciente de que tenía un colega que era su igual en rango y autoridad, y superior a él en vigor por la edad. En cuanto al ejército, había estado acostumbrado a mandar y no a ser mandado pero, en cuanto a su colega, no obstaculizaría su autoridad. Que haga, con ayuda del cielo, cuanto considere mejor para el Estado. Le rogó que, por su edad, se le excusase de estar en primera línea; no mostraría falta en cualquier puesto que un anciano pudiese desempeñar en batalla. Rogó a los dioses inmortales para que ninguna desgracia les hiciera sentir que su plan, después de todo, era el mejor. Su saludable consejo no fue escuchado por los hombres, ni su patriótica oración lo fue por los dioses. Su colega, que estaba determinado a librar batalla, formó la línea del frente; Camilo formó una poderosa reserva y colocó una gran fuerza al frente del campamento. Él mismo se colocó en cierto lugar elevado y esperó con ansiedad el resultado de tácticas tan distintas de las suyas.

[6.24] Tan pronto como sus armas chocaron juntas, al primer contacto, el enemigo empezó a retirarse, no por miedo sino por razones tácticas. Detrás de ellos, el terreno se elevaba suavemente hasta su campamento, y debido a su superioridad numérica habían podido dejar varias cohortes, armadas y listas para la acción, en su campamento. Después que hubo empezado la batalla, éstos harían una salida tan pronto como el enemigo estuviese cerca de sus trincheras. En su persecución del enemigo en retirada, los romanos habían sido llevados al terreno elevado y estaban en cierto desorden. Aprovechando su oportunidad, el enemigo cargó desde el campamento. Era el turno de los vencedores para alarmarse, y este nuevo peligro y la lucha cuesta arriba hicieron que los romanos cediesen terreno. Mientras que los volscos que había cargado desde el campamento, estando frescos, les presionaban, los otros que habían fingido huir renovaron el combate. Al fin, los romanos dejaron de retirarse en orden; olvidando su reciente ardor combativo y su antigua fama, empezaron a huir en todas direcciones y se dirigieron en salvaje desorden hacia su campamento. Camilo, después de que le ayudasen a montar quienes le rodeaban, movilizó a toda prisa las reservas y bloqueó su huida. *¿Es esta, soldados,* les gritó, *la batalla que reclamabais? ¿A qué hombre, a qué dios le echareis la culpa? Entonces fuisteis temerarios, ahora sois unos cobardes. Habéis seguido a otro jefe, seguir ahora a Camilo y venced, como estáis acostumbrados, bajo mi mando. ¿Por qué miráis a la valla y al campamento? Ni un sólo hombre entrará a menos que*

venzáis. La vergüenza, al principio, detuvo su huida desordenada; luego, cuando vieron que los estandartes daban la vuelta, que las líneas daban cara al enemigo y que su jefe, ilustre por cien triunfos y ahora venerable por la edad, se presentaba en las primeras filas, donde el riesgo y la fatiga eran mayores, los mutuos reproches se cruzaban con palabras de aliento por todo el frente, hasta que finalmente estallaron en un grito de ánimo.

El otro tribuno no defraudó en la ocasión. Mientras que su colega estaba incitando a la infantería, él fue enviado a la caballería. No se atrevió a censurarles (su parte de culpa le dejaba poca autoridad para ellos), sino que dejando de lado cualquier tono de mando, les imploró a todos y cada uno que le dejasen redimir su culpa por las desgracias del día. *A pesar,* dijo, *de la negativa y oposición de mi colega, preferí unirme a la temeridad general en vez de a su prudencia. Sea cual sea vuestra fortuna, Camilo verá su propia gloria reflejada en ellos; y yo, a menos que se venza, tendré la completa miseria de compartir la suerte de todos y cargar con toda la infamia.* Como la infantería vacilaba, pareció mejor que la caballería, después de desmontar y dejar sus caballos sujetos, atacase a pie al enemigo. Notables por sus armas y arrojado valor, iban donde quiera que veían a la infantería presionada. Oficiales y soldados se emulaban en el combate con un coraje y una determinación que no se debilitaban. El efecto de tan intenso valor se demostró en el resultado; los volscos, que poco antes habían cedido terreno con miedo fingido, fueron dispersados con auténtico pánico. Un gran número murió en la misma batalla y la huida siguiente, otros en el campamento, donde llegaron durante la misma carga; hubo más prisioneros, sin embargo, que muertos.

[6,25] Al examinar los prisioneros, se descubrió que algunos eran de Túsculo; estos fueron conducidos por separado ante los tribunos y, al ser interrogados, admitieron que su Estado les había autorizado a tomar las armas. Alarmado por la perspectiva de una guerra tan cerca de la Ciudad, Camilo dijo que llevaría los prisioneros en seguida a Roma para que el Senado no estuviera en la ignorancia del hecho de que los tusculanos habían abandonado la alianza con Roma. Su colega, podría, si le parecía bien, quedar al mando del ejército en el campamento. La experiencia de un único día le había enseñado a preferir los consejos sabios a los suyos propios, pero aún así, ni él ni nadie en el ejército suponían que Camilo pasaría con tanta calma sobre aquel por cuyo desacierto la república había quedado expuesta a precipitarse en el desastre. Tanto en el ejército como en Roma se resaltaba por todos que en la suerte de la guerra Volsca, la infamia por la desastrosa batalla y la huida recaían en Lucio Furio, mientras que la gloria de la victoria era de Marco Furio Camilo. Presentados ante el Senado los prisioneros, éste resolvió la guerra contra Túsculo y confió su dirección a Camilo. Propuso que debía tener un ayudante y, tras recibir permiso para elegir a quien quisiese, eligió, para sorpresa de todos, a Lucio Furio. Con este acto de generosidad le quitó el estigma a su colega y ganó gran gloria para sí mismo.

Pero no hubo guerra con los tusculanos. Incapaces de resistir el ataque de Roma por la fuerza de las armas, se echaron a un lado mediante una paz firme y duradera. Cuando los romanos entraron en su territorio, ningún habitante de los lugares próximos a su marcha huyó, no se interrumpió el cultivo de los campos, las puertas de la ciudad permanecieron abiertas y los ciudadanos, vestidos de civil, llegaron en multitud a encontrarse con los generales mientras que llevaban celosamente provisiones para el campamento desde la ciudad y el campo. Camilo estableció su campamento frente a las puertas y decidió comprobar por sí mismo si el aspecto pacífico que presentaba el campo reinaba también intramuros. Dentro de la ciudad se encontró con que las puertas de las casas que se hallan abiertas y todo tipo de cosas expuestas para la venta en los puestos; todos los trabajadores ocupados en sus tareas respectivas, y las escuelas resonando con el tarareo de las voces de los niños que aprendían a leer; las calles llenas con la multitud, incluidos mujeres y niños que iban en todas direcciones para encargarse de sus asuntos y con una expresión libre, no sólo de temor, sino incluso de sorpresa. Miró por todas partes, buscando en vano signos de guerra; no había la menor traza de que algo hubiera sido apartado o puesto sólo para ese momento; todo parecía tan

pacífico y tranquilo que era resultaba difícil creer que les hubiese alcanzado el viento de la guerra.

[6,26] Desarmado por la actitud sumisa del enemigo, dio órdenes para que se convocase al Senado. A continuación, se les dirigió en los siguientes términos: *¡Hombres de Túsculo!, sois el único pueblo que ha descubierto las verdaderas armas, la verdadera fortaleza con la que protegeros de la ira de Roma. Id al Senado en Roma; él estimará si merece más castigo vuestra pasada ofensa o perdón vuestra actual sumisión. No voy a anticipar si el Estado os mostrará gracia y favor; recibiréis de mí el permiso para rogar el perdón y el senado concederá a vuestras súplicas la respuesta que les parezca mejor.* Después de la llegada de los senadores tusculanos a Roma, al verse en el vestíbulo de la Curia los rostros tristes de los que unas semanas antes había sido firmes aliados, el Senado romano fue tocado con la compasión y enseguida ordenó que se les llamase como amigos e invitados en vez de como a enemigos. El dictador de Túsculo fue el portavoz. *Senadores*, dijo, *nosotros, contra los que habéis declarado y comenzado las hostilidades, fuimos ante vuestros generales y vuestras legiones armados y equipados sólo como nos veis ahora, en pie en el vestíbulo de vuestra Casa. Estas ropas civiles han sido siempre el vestido de nuestra Orden y de nuestra plebe, y siempre lo será, a menos de que en algún momento recibamos de vosotros armas para defenderos. Estamos muy agradecidos a vuestros generales y sus ejércitos, porque confiaron en sus ojos en vez de en sus oídos y no crearon enemigos donde no los había. Os pedimos la paz que nosotros mismos hemos observado y os rogamos que volváis la guerra donde exista la guerra; si hemos de aprender por dolorosa experiencia el poder que vuestras armas ejerzan contra nosotros, lo aprenderemos sin emplear nosotros mismos las armas. Esta es nuestra determinación, ¡que los dioses la hagan tan afortunada como obediente es! En cuanto a las acusaciones que os llevaron a declarar la guerra, aunque no es necesario refutar con palabras lo que ha sido desmentido por los hechos, todavía, aun suponiendo que sea cierto, creemos que hubiera sido más prudente admitirlas, puesto que hemos dado pruebas tan evidentes de arrepentimiento. Reconocemos que os hemos ofendido, si sólo esto os parece digno de recibir tal satisfacción.* Esto fue, aproximadamente, lo que dijeron los tusculanos. Obtuvieron la paz en el momento y, no mucho después, la plena ciudadanía. Las legiones fueron traídas de vuelta de Túsculo.

[6.27] Después de distinguirse así, por su habilidad y coraje, en la guerra Volsca y dirigir la expedición contra Túsculo a tan feliz final, y en ambas ocasiones tratando a su colega con singular consideración y paciencia, Camilo abandonó el cargo. Los tribunos consulares para el siguiente año fueron: Lucio Valerio (por quinta vez) y Publio (por tercera vez), Cayo Sergio (también por tercera vez), Licinio Menenio (por segunda vez), Publio Papirio y Servio Cornelio Maluginense *(380 a.C.).* Este año, se consideró necesario nombrar censores, debido principalmente a los vagos rumores que circulaban acerca del monto de la deuda. Los tribunos de la plebe, para levantar odios, exageraron el importe, que por otra parte era aminorado por aquellos cuyo interés era achacar a los deudores que no tenían voluntad de pagar y no que fuesen insolventes. Los censores nombrados fueron Cayo Sulpicio Camerino y Espurio Postumio Albino. Empezaron una nueva evaluación, pero fue interrumpida por la muerte de Postumio, ya que se dudaba de que la cooptación de un colega, en el caso de la censura, fuera permisible. Sulpicio, en consecuencia, renunció y se nombraron nuevos magistrados, pero debido a un defecto en su elección no actuaron. Temores religiosos les disuadieron de proceder a una tercera elección; parecía como si los dioses no permitiesen una censura para ese año. Los tribunos declararon que tal burla era intolerable. El Senado, según ellos, temía la publicación de las tablas de cuentas, que daban información sobre la propiedad de cada cual, porque no deseaban que saliera a la luz el importe de las deudas, ya que se demostraría que la mitad de la república había sido arruinada por la otra mitad mientras que a la arruinada plebe se le exponía a un enemigo tras otro. Se buscaban indiscriminadamente excusas para la guerra; las legiones iban de Anzio a Sátrico, de Sátrico a Velitres y de allí a Túsculo. Y ahora a los latinos, los

hérnicos y los palestrinenses se les amenazaba con hostilidades para que los patricios pudieran vengarse de sus conciudadanos más que de los enemigos. Se llevaban fuera a la plebe, manteniéndoles bajo las armas y sin dejarles respirar en la Ciudad, sin tiempo libre para pensamientos de libertad ni posibilidad alguna para ocupar su puesto en los comicios donde pudieran oír la voz de un tribuno instando la reducción de los interesas y la reparación de otros agravios. ¿Por qué, si la plebe tenía suficiente ánimo para recordar las libertades que ganaron sus padres, habían de sufrir que un ciudadano romano fuera entregado a sus acreedores o permitir que se alistase un ejército hasta que se diese cuenta de la deuda o se viese algún método de reducir la descubierta, para que cada hombre supiese lo que realmente tenía y lo que tenían los demás, si su persona era libre o si debía afrontar alguna provisión. La recompensa por el resultado de la rebelión la excitó aún más. Se dieron muchos casos de hombres que se entregaron a sus acreedores y, en previsión de la guerra contra Palestrina, el Senado resolvió que se debían alistar nuevas legiones; este alistamiento fue detenido por la intervención de los tribunos, apoyado por toda la plebe. Los tribunos se negó a permitir que se llevasen a los deudores sentenciados; los hombres cuyos nombres se pronunciaron al llamarles a filas, rehusaron responder. El Senado estaba menos preocupado en insistir en los derechos de los acreedores que por llevar a cabo el reclutamiento, pues habían llegado noticias de que el enemigo avanzaba desde Palestrina y estaba acampado en territorio gabino. Saber esto, sin embargo, en lugar de disuadir a los tribunos de la plebe de seguir oponiéndose, les hizo ser más determinados y nada sirvió para tranquilizar la agitación en el Ciudad excepto la aproximación de la guerra a sus mismas murallas.

[6,28] En Palestrina habían sabido que ningún ejército había sido alistado en Roma, que no se había elegido ningún jefe y que patricios y plebeyos estaban unos contra otros. Aprovechando la oportunidad, sus generales habían llevado a su ejército mediante una rápida marcha a través de los campos, que arrasaron, y se presentaron ante la puerta Colina. La alarma se extendió por la Ciudad. Se escuchaba un grito por todas partes: *¡A las armas!,* y los hombres corrieron a las murallas y puertas. Por fin, dejando la rebelión por la guerra, nombraron a Tito Quincio Cincinato como dictador *(380/379 a.C.).* Nombró a Aulo Sempronio Atratino como su Jefe de Caballería. Tan pronto se enteraron de esto (tan grande era el terror que les inspiraba la dictadura), el enemigo se retiró de las murallas y los hombres disponibles para el servicio se pusieron sin vacilar a las órdenes del dictador. Mientras el ejército se movilizaba en Roma, el campamento del enemigo se había establecido no lejos del Alia. Desde este punto hacían estragos por todas partes y se felicitaban por haber elegido una posición de tal importancia para la ciudad de Roma; esperaban producir el mismo pánico y la misma huida que durante la guerra Gala. Porque, según argüían, si los romanos recordaban con horror hasta el día que tomaba su nombre de aquel lugar nefasto, mucho más temerían al propio Alia, recuerdo de tan gran desastre. Seguramente les parecería tener a los galos ante sus ojos y el sonido de sus voces en sus oídos. Complaciéndose con tales sueños, pusieron sus esperanzas en la suerte del lugar. Los romanos, por el contrario, sabían perfectamente que donde quiera que estuviese, el enemigo latino era el mismo que al que habían vencido en el lago Régilo y mantenido en pacífica sujeción durante cien años. El hecho de que el lugar estuviera asociado al recuerdo de tan gran derrota, más les animaría a borrar la memoria de tal desgracia que a sentir que cualquier lugar de la tierra fuese de mal agüero para su victoria. Incluso si hubiesen aparecido por allí los galos, habrían combatido como lo hicieron cuando recobraron su Ciudad, como lucharon al día siguiente en Gabii y no dejaron que un sólo enemigo de que los entraron en Roma llevasen noticia de su derrota y de la victoria romana a sus compatriotas.

[6.29] Con tan distintos estados de ánimo, cada bando llegó a orillas del Alia. Cuando el enemigo se hizo visible en formación de combate, listo para la acción, el dictador se volvió a Aulo Sempronio: *¿Ves,* dijo, *cómo se han situado en el Alia, fiando en la fortuna del lugar? ¡Puede que el cielo no les haya dado nada más seguro en lo que confiar, o más fuerte para ayudarles! Vosotros,*

sin embargo, al poner vuestra confianza en las armas y el valor, cargaréis contra su centro a galope tendido mientras yo, con las legiones, les atacaré mientras están desordenados. ¡Vosotros, dioses que vigiláis los tratados, ayudadnos y señalad las penas debidas por quienes han pecado contra vosotros y nos han engañado apelando a vuestra divinidad!. Los palestrinenses no aguantaron ni la carga de la caballería ni el ataque de la infantería. Al primer choque y grito de guerra sus filas se quebraron, y cuando ninguna parte de su línea mantenía la formación, se dieron la vuelta y huyeron en la confusión. En su pánico, llegaron más allá de su campamento y no pararon de huir hasta que estuvieron a la vista de Palestrina. Allí, los fugitivos se reunieron y tomaron una posición que se apresuraron a fortificar; tenían miedo de que, si se retiraban dentro de las murallas de su ciudad, su territorio resultase arrasado por el fuego y que, tras devastarlo todo, la ciudad quedase asediada. Los romanos, sin embargo, después de saquear el campamento en el Alia, se acercó; esta nueva posición, por tanto, fue también abandonada. Se encerraron en Palestrina, no sintiéndose seguros ni siquiera entre sus muros. Había ocho ciudades súbditas de Palestrina. Fueron sucesivamente atacadas y reducidas sin demasiada lucha. Después, el ejército avanzó contra Velitres, que se tomó con éxito. Por último, llegaron a Palestrina, el origen y centro de la guerra. Fue capturada, no por asalto, pero por rendición. Tras quedar así vencedores en una batalla y capturar dos campamentos y nueve ciudades enemigas y la recibir la rendición de Palestrina, Tito Quincio regresó a Roma. En su desfile triunfal llevó hasta el Capitolio la imagen de Júpiter Imperator, que había traído de Palestrina. Fue situada en un hueco entre los templos de Júpiter y Minerva, y se colocó una placa en el pedestal para recordar la gesta. La inscripción decía algo así como esto: *Júpiter y todos los dioses han concedido este don a Tito Quincio, el dictador, por haber capturado nueve ciudades.* En el vigésimo día después de su nombramiento renunció a la Dictadura.

[6,30] Cuando se llevó a cabo la elección de los tribunos consulares, fue elegida la misma cantidad de cada orden. Los patricios fueron los siguientes: Publio y Cneo Manlio junto con Lucio Julio; los plebeyos fueron: Cayo Sextilio, Marco Albinio y Lucio Anstitio *(379 a.C.).* Como los dos Manlios tenían precedencia, por nacimiento, sobre los plebeyos y eran más populares que Julio, se les asignaron los volscos mediante un decreto especial, sin echarlo a suertes ni otro compromiso con los demás tribunos consulares; una decisión que ellos mismos y el Senado que la tomó habrían de lamentar. Enviaron algunas cohortes para forrajear, sin reconocimiento previo. Al recibir una falsa información acerca de que éstos habían sido rodeados, se pusieron en marcha a toda prisa para apoyarles, sin detener al mensajero, que era un enemigo latino y se había hecho pasar por soldado romano. En consecuencia, fueron ellos quienes cayeron directamente en una emboscada. Fue sólo el coraje de los hombres lo que les permitió adoptar una formación en terreno desfavorable y ofrecer una resistencia desesperada. Al mismo tiempo, su campamento, que estaba en la llanura en otra dirección, fue atacado. En ambos casos, los generales lo pusieron todo en peligro por su temeridad e ignorancia; si, por la buena fortuna de Roma, algo se salvó, fue debido a la firmeza y valor de los soldados que carecían de alguien que les mandase. Cuando llegaron a Roma los informes de estos sucesos, se decidió en principio que debía nombrarse un dictador, pero al llegar las siguientes noticias diciendo que todo estaba tranquilo entre los volscos, que evidentemente no sabían qué hacer con su victoria, se llamó a los ejércitos de aquella parte. Por el lado de los volscos, siguió la paz; el único problema que marcó el fin de año fue la renovación de las hostilidades por los palestrinenses, que habían rebelado a los pueblos latinos. Los colonos de Setia se quejaron de su escaso número, por lo que se envió un nuevo grupo de colonos para unirse a ellos. Las desgracias de la guerra se vieron compensadas por la tranquilidad que reinaba en el hogar debido a la influencia y autoridad que los tribunos consulares plebeyos poseían sobre su partido.

[6.31] Los nuevos tribunos consulares fueron Espurio Furio, Quinto Servilio (por segunda vez), Lucio Menenio (por tercera vez), Publio Cloelio, Marco Horacio y Lucio Geganio *(378 a.C.).* No bien hubo comenzado el año, estallaron las llamas de violentos disturbios motivados y causados

por las deudas. Espurio Servilio Prisco y Quinto Cloelio Sículo fueron nombrados censores para investigar el asunto, pero se vieron impedidos de hacerlo por el estallido de la guerra. Las legiones volscas invadieron el territorio romano y estaban saqueando por todas partes. La primera noticia llegó a con aterrorizados mensajeros a los que siguió una huida general de los distritos rurales. Ante esta emergencia, los tribunos temieron que se detuviesen los disturbios y fueron, por consiguiente, aún más vehementes al impedir el alistamiento de las tropas. Al fin, lograron imponer dos condiciones a los patricios: que nadie debía pagar el impuesto de guerra hasta que la guerra hubiera terminado, y que no se llevarían ante los tribunales juicios por deudas. Después de la plebe obtuvo estas concesiones, ya no hubo ningún retraso en el alistamiento. Una vez dispuestas las tropas de refresco, se formó con ellas dos ejércitos y ambos marcharon a territorio volsco. Espurio Furio y Marco Horacio doblaron a la derecha, en dirección a Anzio y la costa, Quinto Servilio y Lucio Geganio siguieron por la izquierda, hacia Écetra y el territorio montañoso. No encontraron al enemigo por ninguna parte. Por lo tanto, empezaron a saquear el país de una manera muy distinta a la que habían practicado los volscos. Estos, envalentonados por las disensiones, pero temiendo la valentía de sus enemigos, habían efectuado correrías apresuradas, como bandidos que temiesen ser sorprendidos; los romanos, sin embargo, actuaron como un ejército regular llevado de justa ira en sus estragos, que fueron mucho más destructivos al ser continuos. Los volscos, temerosos de que llegase un ejército desde Roma, limitaron sus estragos a la frontera extrema; los romanos, en cambio, se quedaron en territorio enemigo para provocarlo a la batalla. Después de quemar todas las casas dispersas y varios de los pueblos, sin dejar un solo árbol frutal ni esperanza de cosecha para ese año, y llevarse como botín todos los hombres y ganados que quedaron fuera de las ciudades amuralladas, ambos ejércitos regresaron a Roma.

[6.32] Se dio un corto respiro a los deudores, pero tan pronto finalizaron las hostilidades y se restauró la tranquilidad, un gran número de ellos fue otra vez llevado a juicio por sus acreedores; y tan completamente desapareció cualquier esperanza de aligerar la vieja carga de deudas, que se comprometieron otras nuevas para satisfacer un impuesto decretado para la construcción de una muralla de piedra que habían contratado los censores. La plebe se vio obligada a someterse a esta carga, pues no había ningún alistamiento que sus tribunos pudiesen obstruir. Incluso se les obligó, por influencia de la nobleza, a elegir sólo a patricios sólo como tribunos consulares; sus nombres eran Lucio Emilio, Publio Valerio (por cuarta vez), Cayo Veturio, Servio Sulpicio, Lucio y Cayo Quincio Cincinato *(377 a.C.).* Los patricios resultaron también lo suficientemente fuertes como para llevar a cabo la inscripción de tres ejércitos para actuar contra los latinos y los volscos, que había unido sus fuerzas y estaban acampados en Sátrico. A todos los aptos para el servicio activo se les obligó a pronunciar el juramento militar; nadie se atrevió a obstaculizarlo. Uno de estos ejércitos protegería la ciudad; otro estaría dispuesto a ser enviado donde se produjera cualquier movimiento hostil repentino; el tercero, y con mucho el más fuerte, fue conducido por Publio Valerio y Lucio Emilio a Sátrico. Allí se encontraron con el enemigo formado para la batalla en un terreno favorable e inmediatamente se le enfrentaron. El combate, aunque no había llegado a un momento decisivo, iba a favor de los romanos cuando fue detenido por violentas tormentas de viento y lluvia. Se reanudó al día siguiente y fue mantenido algún tiempo por el enemigo con un valor y éxito igual al de los romanos, principalmente por las legiones latinas que, por su larga alianza anterior, estaban familiarizadas con las tácticas romanas. Una carga de caballería desordenó sus filas y, antes de que pudieran recuperarse, la infantería lanzó un nuevo ataque y cuanto más presionaban más retrocedía el enemigo, una vez que se decidió el combate, el ataque romano se hizo irresistible. La derrota del enemigo fue completa, y como no huyeron hacia su campamento sino que trataron de llegar a Sátrico, que distaba dos millas, fueron abatidos en su mayoría por la caballería. El campamento fue tomado y saqueado. La noche siguiente, evacuaron Sátrico y, en una marcha que fue más bien una huida, se dirigieron a Anzio, y aunque los romanos les pisaban casi los talones, el pánico que les embargaba les hizo superar a sus perseguidores. El enemigo entró en la ciudad antes de que los

romanos pudieran retrasar o acosar a su retaguardia. Pasaron algunos días corriendo el país, pues los romanos no tenían suficientes máquinas para atacar las murallas ni los enemigos estaban dispuestos a correr el riesgo de una batalla.

[6.33] Se produjo entonces una disputa entre los anciates y los latinos. Los anciates, aplastados por sus desgracias y agotados por aquel estado de guerra que había durado toda su vida, contemplaban la posibilidad de la paz; los recién rebelados latinos, que habían disfrutado de una larga paz y cuyos ánimos todavía estaban intactos, eran los más decididos a mantener las hostilidades. Cuando cada lado hubo convencido al otro de que era perfectamente libre de actuar como mejor quisiera, se puso fin a la disputa. Los latinos partieron y se alejaron así de cualquier asociación con una paz que consideraban deshonrosa; los anciates, una vez libres de los que criticaban su saludable consejo, rindieron su ciudad y su territorio a los romanos. La ira y la rabia de los latinos, al verse incapaces de perjudicar a los romanos en la guerra o de convencer a los volscos para mantener las hostilidades, llegó a tal punto que prendieron fuego a Sátrico, que había sido su primer refugio tras su derrota. Lanzaron teas por igual a edificios sagrados y profanos, y no escapó más techo de aquella ciudad que el de Mater Matuta. Se afirma que ningún escrúpulo religioso o el miedo a los dioses les detenía, excepto una horrible voz que sonó desde el templo y les amenazó con un terrible castigo si no mantenían sus malditas teas lejos del santuario. Mientras seguían en este estado de frenesí, atacaron a continuación Túsculo, en venganza por haber abandonado al consejo nacional de los latinos y convertirse no sólo en aliados de Roma, sino incluso aceptar su ciudadanía. El ataque fue inesperado y penetraron por las puertas abiertas. La ciudad fue tomada al primer asalto, con excepción de la ciudadela. Allí se refugiaron los ciudadanos con sus esposas e hijos, tras enviar mensajeros a Roma para informar al Senado de su difícil situación. Con la prontitud que el honor del pueblo romano exigía, un ejército marchó a Túsculo bajo el mando de los tribunos consulares Lucio Quincio y Servio Sulpicio. Se encontraron las puertas de Túsculo cerradas y a los latinos, con los ánimos de quienes eran sitiadores y ahora estaban sitiados, que se encontraban ahora por una parte defendiendo las murallas y por la otra atacando la ciudadela, inspirando y sintiendo temor al mismo tiempo. La llegada de los romanos, produjo un cambio en el ánimo de ambas partes; tornó los sombríos presagios de los tusculanos en extrema alegría y los latinos, que tanto habían confiado en la rápida captura de la ciudadela al poseer ya la ciudad, se hundieron en una débil esperanza y certeza incluso por su propia seguridad. Los tusculanos de la ciudadela dieron un grito de alegría, que fue contestado por otro aún manos del ejército romano. Los latinos estaban duramente presionados por ambos lados: no podían resistir el ataque de los tusculanos que cargaban desde un terreno más elevado, ni podían rechazar a los romanos, que asaltaban las murallas y forzaban las puertas. Primero se tomaron las murallas mediante escalas, luego rompieron las barras de las puertas. El doble ataque, por el frente y la retaguardia, no dejó fuerzas a los latinos para luchar ni lugar por donde escapar; entre ambos ataques sucumbieron todos.

[6.34] Cuanto mayor era la tranquilidad que reinaba por todas partes tras estas victoriosas operaciones, mayor fue la violencia de los patricios y las miserias de los plebeyos, pues la capacidad de pagar sus deudas quedó frustrada por el mismo hecho de tener que pagarlas. No les quedaban medios que presentar y, después que se dictaba sentencia en su contra, satisfacían a sus acreedores renunciando a su buen nombre y a su libertad personal; el castigo sustituía al pago. A tal estado de depresión habían sido reducidas no sólo las clases más humildes, sino incluso los hombres más importantes de entre los plebeyos, pues no había entre ellos nadie enérgico o emprendedor que tuviera el ánimo de levantarse o presentarse candidato siquiera a las magistraturas plebeyas, y aún menos a conseguir un lugar entre los patricios como tribuno consular, un honor que antes habían hecho todo lo posible por asegurarse. Parecía como si los patricios hubieran recuperado para siempre el disfrute en solitario de una dignidad que durante algunos de los últimos años habían

compartido con ellos. Un suceso fútil, como suele pasar, derivó en importantes consecuencias e impidió que los patricios se sintieran demasiado exultantes. Marco Fabio Ambusto, un patricio, poseía gran influencia entre los hombres de su propio orden y también entre los plebeyos, porque ninguno le miraba con desprecio. Sus dos hijas estaban casadas, la mayor con Servio Sulpicio y la más joven con Cayo Licinio Estolo, un hombre distinguido pero plebeyo. El hecho de que Fabio no considerase esta alianza como indigna de él le había hecho muy popular entre las masas. Resultó que estaban un día las dos hermanas en casa de Servio Sulpicio, pasando el tiempo charlando, cuando a su vuelta del Foro un lictor del tribuno consular dio los acostumbrados golpes en el puerta con su bastón. La más joven de las Fabias se sobresaltó ante lo que para ella era una costumbre desconocida, y su hermana se rió de ella y se sorprendió de que lo ignorase. Aquella risa, sin embargo, dejó su aguijón en la mente de una mujer fácilmente excitable por bagatelas. Creo, también, que la multitud de asistentes que llegaron a recibir órdenes despertó en ella ese espíritu de los celos que hace que cada cual desee no ser sobrepasado por ninguno de sus vecinos. Le hizo sentir que el matrimonio de su hermana fue afortunado y el suyo propio un error. Su padre pasó a verla, mientras aún estaba molesta por este incidente humillante y le preguntó si estaba bien. Ella trató de ocultar la verdadera razón, pero sin mostrar mucho aprecio por su hermana ni mucho respeto por su propio marido. Él, amablemente pero con firmeza, insistió en enterarse, y ella le confesó la verdadera causa de su angustia; le habían unido a alguien inferior a ella por nacimiento, casada en una casa en la que no entrarían los honores ni la influencia política. Ambusto consoló a su hija y le dijo que mantuviese el ánimo y que muy pronto vería en su propia casa los mismos honores que veía en la de su hermana. Desde ese momento empezó a hacer planes con su yerno; tomó en su consejo a Lucio Sextio, un joven de empuje que nada ambicionaba más que una descendencia patricia.

[6,35] Se presentó una oportunidad favorable para las innovaciones por la terrible presión de las deudas, una carga de la que la plebe no tenía esperanza alguna de obtener alivio hasta que un hombre de su propio orden se elevase a la más alta autoridad del Estado. Esto, pensaban, era el objetivo al que debían dedicar sus máximos esfuerzos, y creían que ya habían logrado, a base de esfuerzos, un punto de apoyo desde el cual, si presionaban, podrían alcanzar los más altos cargos y así convertirse en iguales a los patricios en dignidad, como ya lo eran en valor. De momento, Cayo Licinio y Lucio Sextio decidieron presentarse a tribunos de la plebe; una vez en el cargo, se despejaría el camino para otras distinciones. Todas las medidas que presentaron tras su elección iban dirigidas contra el poder e influencia de los patricios y estaban pensadas para promover los intereses de la plebe. Una se refería a las deudas, y determinaba que la cantidad pagada como intereses debía ser deducida del principal y el saldo pagado en tres plazos anuales iguales. La segunda limitaba la ocupación de la tierra y prohibía que nadie poseyera más de quinientas yugadas. La tercera consistía en que ya no se eligiesen más tribunos consulares y que se nombrase un cónsul de cada orden. Todas eran cuestiones de enorme importancia, que no podrían ser resueltas sin una tremenda lucha.

La perspectiva de una lucha por aquello que excitaba el más vivo deseo entre los hombres (tierras, dinero y honores) produjo consternación entre los patricios. Después de acaloradas discusiones en el Senado y en las casas particulares, no hallaron mejor solución que la que habían concebido en conflictos anteriores, a saber, el derecho de veto tribunicio. Así que se ganaron a algunos de los tribunos de la plebe para que interpusieran el veto contra aquellas propuestas. Cuando vieron a las tribus, convocadas por Licinio y Sextio para votar, estos hombres, rodeados de guardaespaldas patricios, se negaron a permitir la lectura de los proyectos ni ningún otro procedimiento de los que la plebe generalmente adoptaba cuando iban a votar. Durante muchas semanas, se convocaba regularmente a la Asamblea sin que se tomase ninguna decisión y los proyectos quedaron como rechazados. *Muy bien,* dijo Sextio, *ya que os place que el veto sea tan poderoso, usaremos la misma arma para proteger a la plebe. Vamos pues, patricios, avisad de la*

celebración de una Asamblea para elegir tribunos consulares; yo me encargaré de que la palabra "yo veto", que ahora lanzan juntos nuestros colegas con tanta alegría por vuestra parte, ya no os guste tanto. Estas amenazas no eran ociosas. No se celebraron más elecciones que las de ediles y tribunos de la plebe. Licinio y Sextio, al ser reelegidos, no permitieron que se nombrase ningún magistrado curul, y como la plebe les reelegía constantemente y ellos continuamente impedían la elección de tribunos consulares, la ausencia de estos magistrados se prolongó durante cinco años.

[6.36] Por suerte, con una excepción, hubo un respiro de guerras exteriores. Los colonos de Velitres, revueltos ante la ausencia de un ejército romano por la paz que reinaba, efectuaron varias incursiones en territorio romano e iniciaron un ataque a Túsculo. Sus habitantes, antiguos aliados y ahora ciudadanos, imploraron ayuda y su situación provocó, no sólo en el Senado, sino también en la plebe, sentimientos de vergüenza. Los tribunos de la plebe cedieron y las elecciones fueron dirigidas por un interrex. Los tribunos consulares elegidos fueron Lucio Furio, Aulo Manlio, Servio Sulpicio, Servio Cornelio y Publio y Cayo Valerio *(370 a.C.).* No encontraron a los plebeyos tan dóciles en el alistamiento como lo habían sido en las elecciones; sólo tras grandes esfuerzos se pudo alistar un ejército. No sólo desalojaron al enemigo frente a Túsculo, también les obligaron a refugiarse detrás de sus muros. El sitio de Velitres se llevó a cabo con más vigor del empleado en el de Túsculo. Los jefes que empezaron el asedio, sin embargo, no pudieron capturarla. Los nuevos tribunos consulares fueron Quinto Servilio, Cayo Veturio, Aulo y Marco Cornelio, Quinto Quincio y Marco Fabio Ambusto *(369 a.C.)* Ni siquiera bajo estos tribunos tuvo lugar en Velitres algo digno de mención. En casa, los asuntos se volvían cada vez más críticos. Sextio y Licinio, los proponentes originales de las leyes, que habían sido reelegidos tribunos de la plebe por octava vez, contaban ahora con el apoyo de Fabio Ambusto, el suegro de Licinio. Se presentó como decidido defensor de las medidas que había aconsejado, y aunque al principio las habían vetado ocho miembros del colegio tribunicio, ahora sólo las vetaban cinco. Estos cinco, como suele suceder con quienes abandonan su partido, quedaron desamparados y consternados, y defendían su oposición con los argumentos que, en privado, les sugerían los patricios. Decían que, como gran parte de los plebeyos estaban en el ejército, en Velitres, se debía aplazar la Asamblea hasta el regreso de los soldados, para que la plebe al completo pudiera votar sobre aquellos asuntos que afectaban a sus intereses. Sextio y Licinio, expertos tras tantos años de práctica en manipular a la plebe, de acuerdo con algunos de sus colegas y con el tribuno consular, Fabio Ambusto, se presentaron ante los líderes de los patricios y los interrogaban sobre cada una de las medidas que presentaban an*te el pueb*lo. ¿Tendréis, *preguntaban, el valor de pedir que mientras sólo se asignan dos yugadas a cada plebeyo, vosotros mismos podáis ocupar más de quinientas, de modo que cada patricio pueda poseer la misma tierra que casi trescientos ciudadanos, y que la posesión de un plebeyo apenas baste para darle techo bajo el que abrigarse y tumba donde ser enterrado? ¿Os place que los plebeyos, aplastados por las deudas, deban entregar sus personas a las cadenas y el castigo en vez de pagar sus deudas devolviendo el principal? ¿Que se les lleven del Foro en tropel como propiedad de sus acreedores? ¿Que las casas de la nobleza se llenen de prisioneros y que donde viva un patricio tenga que haber una c*árcel privada?

[6,37] Denunciaban estas indignidades en los oídos de hombres, preocupados por su propia seguridad, que les escuchaban con mayor indignación de la que sentían aquellos que les hablaban. Llegaron a afirmar que, después de todo esto, no habría límite a la apropiación de tierras por parte de los patricios ni a la masacre de la plebe por la usura mortal hasta que la plebe eligiese a uno de los cónsules de entre sus propias filas, como guardián de sus libertades. Los tribunos de la plebe eran ahora objeto de desprecio, ya que su poder se rompía por su propio derecho de veto. No podría haber una limpia o justa administración mientras el poder ejecutivo estuviese en manos del otro partido y ellos sólo tuviesen el derecho de protestar con su veto; ni tendría la plebe igual parte en el gobierno hasta que se le permitiese acceder a la autoridad ejecutiva; ni sería suficiente, como

algunos suponían, con permitir votar a los plebeyos para elegir cónsules. A menos que fuese obligatorio que un cónsul, al menos, fuera elegido de entre la plebe, ningún plebeyo podría ser nunca cónsul. ¿Habían olvidado que, después de haberse decidido que se eligiesen tribunos consulares en vez de cónsules, para que el más alto cargo estuviese abierto a los plebeyos, ni un sólo plebeyo había sido elegido tribuno consular en cuarenta y cuatro años? ¿Qué suponían? ¿Se imaginaban que los que se habían acostumbrado a cubrir los ocho puestos cuando se elegían tribunos consulares compartirían de propia voluntad dos plazas con la plebe, o que permitirían que se les abriera el camino al consulado cuando tanto tiempo se lo habían impedido para el tribunado consular? El pueblo debía asegurarse por ley lo que no pudo obtener por gracia, y uno de los dos consulados debía ponerse sin discusión sólo a disposición de la plebe, pues si quedaba disponible a todos siempre estaría en poder del partido más fuerte. Y ya no se podía hacer la vieja y tan repetida burla de que había entre la plebe hombres adecuados para las magistraturas curules. ¿Se gobernó con menos espíritu y energía tras el tribunado de Publio Licinio Calvo[48], que fue el primer plebeyo elegido para ese puesto, que durante los años en que sólo los patricios ocuparon el cargo? Nada de eso, por el contrario, ha habido algunos casos de patricios juzgados tras su año de magistratura, pero ninguno de entre los plebeyos. También los cuestores, como los tribunos consulares, hacía algunos años que habían empezado a ser elegidos de la plebe; en ningún caso había tenido el pueblo romano motivo para lamentar esas designaciones. A la plebe solo le quedaba luchar por el consulado. Ese era el pilar, la fortaleza de sus libertades. Si lo conseguían, el pueblo romano se daría cuenta de que la monarquía había sido totalmente desterrada de la Ciudad y que su libertad quedaba firmemente asentada; pues, ese día, todo aquello en lo que los patricios tenían la preeminencia sobre la plebe (poder, dignidad, gloria militar, el sello de la nobleza), grandes cosas en sí mismas que disfrutar, serían aún mayores como herencia de sus hijos. Cuando vieron que este tipo de discursos se oían con aprobación, presentaron una nueva propuesta, a saber, que en lugar de los duunviros (los guardianes de los libros sagrados) se crease un colegio de diez, la mitad plebeyos y la mitad patricios. La reunión de la Asamblea, que debía aprobar estas medidas, se suspendió hasta el regreso del ejército que sitiaba Velitres.

[6.38] El año terminó antes de que regresasen las legiones. Así, las nuevas medidas quedaron suspensas y quedó a cargo de los nuevos tribunos consulares tratar con ellas. Fueron Tito Quincio, Servio Cornelio, Servio Sulpicio, Espurio Servilio, Lucio Papirio y Lucio Veturio *(368 a.C.).* La plebe reeligió a sus tribunos, en todo caso, los mismos dos que habían presentado las nuevas medidas. Al mismo comienzo del año se alcanzó la fase final del conflicto. Cuando fueron convocadas las tribus y los proponentes se negaron a verse frustrados por el veto de sus colegas, los patricios, muy alarmados, se refugiaron en su última línea de defensa: el poder supremo y un ciudadano supremo para ejercerlo. Resolvieron designar un dictador y nombraron a Marco Furio Camilo, éste eligió a Lucio Emilio como su Jefe de Caballería. Contra tan formidables preparativos por parte de sus oponentes, los proponentes, por su lado, se dispusieron a defender la causa de la plebe con las armas del valor y la resolución. Dieron aviso de una reunión de la Asamblea y convocaron a las tribus para votar. Lleno de ira y amenazante, el dictador, rodeado de un compacto grupo de patricios, tomó asiento y dio comienzo la acostumbrada lucha entre los que presentaban las propuestas y los que interponían su veto contra ellos. Estos últimos estaban, legalmente, en la posición más fuerte, pero fueron sobrepasados por la popularidad de las medidas y los hombres que las proponían. Las primeras tribus estaban ya v*ota*ndo Sí, cuando Camilo *dijo: Quirites, ya que no es la autoridad de vuestros tribunos, sino su desafío a la autoridad lo que os gobierna, y ya que su derecho de veto, que conseguisteis mediante la secesión de la plebe, está quedando invalidado por la misma conducta violenta que usasteis para obtenerlo, yo, como dictador, actuando más en vuestro propio interés que en el del Estado, apoyaré el derecho de veto y protegeré con mi autoridad la salvaguardia que estáis destruyendo. Si, por consiguiente, Cayo Licinio y Lucio Sextio*

48 En el 400 a. C. [N. del T.]

*ceden ante la oposición de sus colegas, no invadiré con los poderes de un magistrado patricio una asamblea de la plebe; si, por el contrario, a pesar de aquella oposición persisten en imponer sus medidas al Estado, como si lo hubieran subyugado en la guerra, yo no permitiré que el poder tribunicio trabaje por su propia destr*ucción.

Los tribunos de la plebe trataron este pronunciamiento con desprecio, y siguieron su curso con resolución inquebrantable. Entonces, Camilo, excesivamente enojado, envió lictores para dispersar a los plebeyos y amenazarles, si continuaban, con obligar a los hombres en edad militar mediante su juramento militar y sacarlos de la Ciudad. La plebe se alarmó mucho, pero sus dirigentes, en vez de intimidarse, se exasperaron con su oposición. Pero mientras el conflicto estaba aún indeciso, él renunció al cargo, fuera debido a alguna irregularidad en su nombramiento, como sostienen algunos autores, o porque los tribunos presentaran una resolución, que aprobó la plebe, para que si Camilo tomaba cualquier medida como dictador, se le impusiese una multa de quinientos mil ases. Que su renuncia se debiera a algún defecto en los auspicios, y no al sentido de aquella propuesta sin precedentes, estoy inclinado a creer por las siguientes consideraciones: el bien conocido carácter del propio hombre; el hecho de que Publio Manlio le sucediera inmediatamente como dictador, ¿pues qué influencia podría haber ejercido en un conflicto en el que Camilo había sido derrotado?; está también el hecho de que Camilo fue de nuevo dictador al año siguiente, pues seguramente le habría dado vergüenza volver a asumir una autoridad que había sido desafiada con éxito el año anterior. Además, en el momento en que, según la tradición, se aprobó la resolución de imponerle una multa, él tenía como dictador el poder para impedir una medida que vería como tendente a limitar su autoridad, o bien no habría obstruido las otras a causa de esta. Pero, por encima de todos los conflictos en que los tribunos y los cónsules se habían enfrentado, los poderes del dictador siembre habían estado fuera de toda controversia.

[6.39] Entre la renuncia al cargo de Camilo y la toma de posesión de Manlio de su dictadura, los tribunos celebraron una Asamblea de la plebe como si hubiera habido un interregno. Aquí se hizo patente cuáles de las medidas propuestas prefería la plebe y cuáles preferían sus tribunos. Las medidas relativas a la usura y la asignación de tierras del Estado fueron aprobadas, fue rechazada la que disponía que uno de los cónsules debía ser siempre un plebeyo; las dos primeras se habrían convertido en ley de no haber dicho los tribunos que se presentaban todas en bloque. Publio Manlio, al ser nombrado dictador, fortaleció la causa de la plebe al nombrar a un plebeyo, Cayo Licinio, que había sido tribuno consular, como su Jefe de Caballería. Tengo entendido que los patricios quedaron muy molestos; el dictador defendió su elección sobre la base de su relación familiar; señaló también que la autoridad de un Jefe de la Caballería no era mayor que la de un tribuno consular. Cuando se anunció la elección de tribunos de la plebe, Licinio y Sextio declararon que no deseaban ser reelegidos, pero lo hicieron de un modo tal que toda la plebe estuvo aún más deseosa de llevar a término que lo secretamente tenían en mente. Durante nueve años, dijeron, habían estado en lucha, por así decir, contra los patricios, con gran riesgo para ellos y sin ventaja alguna para el pueblo. Las medidas que habían presentado y todo el poder de los tribunos se había, como ellos, debilitado con la edad. Su proyecto de ley se había frustrado en primer lugar por el veto de sus colegas, luego al llevarse a los jóvenes al territorio de Velitres y, por último, fueron fulminados por decisión del dictador. En la actualidad ya no existía ningún obstáculo, ni por parte de sus colegas, ni porque hubiera guerra o dictador, y ya les habían dado un anticipo de la futura elección de cónsules plebeyos al elegir a un plebeyo como Jefe de la Caballería. Era la plebe quien se retrasaba a sí misma y a sus intereses. Podían, si querían, tener una Ciudad y un Foro libre de acreedores, y tierras rescatadas de sus ocupantes ilegales. ¿Cuándo iban a mostrar suficiente gratitud por estas bendiciones, si mientras aceptaban estas medidas benéficas impedían a quienes las proponían tener esperanza de alcanzar los más altos honores? No era coherente con la dignidad del pueblo romano que demandaran ser liberados de la carga de la usura y que se les diese la tierra que ahora ocupaban los potentados, y luego dejar a los tribunos, por quienes habían ganado estas reformas, sin distinción

honorable para su vejez ni esperanza de alcanzarla. Primero tenían que decidir lo que realmente querían, y luego declarar su voluntad mediante su voto en las elecciones. Si querían aprobar las medidas propuestas en su conjunto, habría algún motivo para que reeligieran a los mismos tribunos pues aplicarían las medidas que ellos mismos propusieron; sin embargo, si sólo deseaban que se aprobasen las que cada cual deseaba para sí mismo, no había necesidad de que ellos se atrajesen el odio al prolongar su tiempo en el cargo; ni tendrían a los mismos tribunos, ni obtendrían las reformas propuestas.

[6.40] Este lenguaje decidido, por parte de los tribunos, llegó a los patricios a hablar con indignación y asombro. Se afirma que Apio Claudio, nieto del viejo decenviro, movido más por sentimientos de ira y odio que por cualquier esperanza de que cambiaran su propósito, se adelantó y habló del modo siguiente: *No sería nada nuevo ni sorprendente para mí, Quirites, el escuchar una vez más el reproche que siempre se ha dirigido contra la familia Claudia por los tribunos revolucionarios, a saber, que desde el principio mismo, nunca hemos considerado que nada en el Estado fuese más importante que el honor y la dignidad de los patricios, y que siempre hemos sido contrarios a los intereses de la plebe. No negaré la primera de estas acusaciones. Reconozco que desde el día en que fuimos admitidos en el Estado y en el Senado hemos trabajado con dedicación para que se pudiera decir con toda certeza que había aumentado, y no disminuido, la grandeza de estas casas. En cuanto a la segunda acusación, llegaría tan lejos como para afirmar, en mi propio nombre y en el de mis antepasados, que ni como individuos, ni en nuestra calidad de magistrados hemos hecho nada a sabiendas que estuviese en contra de los intereses de la plebe, a menos que uno suponga que lo que se hace en nombre del Estado, en su conjunto, es necesariamente perjudicial para la plebe, como si estuvieran viviendo en otra ciudad; ni tampoco ningún acto o palabra nuestra puede ser, en honor a la verdad, expuesto como contrario a vuestro bienestar, aunque alguno estuviese en contra de vuestros deseos. Aunque yo no perteneciera a la gen Claudia y no tuviese en mis venas sangre patricia, sino que fuera simplemente uno de los Quirites, sabiendo solo que descendía de padres nacidos libres y que vivía en un Estado libre, aún entonces ¿podría guardar silencio al ver que este Lucio Sextio, este Cayo Licinio, tribunos perpetuos, ¡santo cielo!, habían alcanzado tal grado de descaro durante sus nieve años de reinado que rehusaban permitiros votar como queráis en las elecciones y en la promulgación de leyes?*

"Con una condición", os dicen, "podéis nombrarnos tribunos por décima vez". Qué es esto, sino decir, "Lo que otros nos demandan, nosotros lo despreciamos tanto que no lo aceptaremos sin una elevada recompensa". Pero ¿qué más recompensa os tenemos que dar, además de teneros siempre como tribunos de la plebe? "Que aprobéis todas nuestras propuestas en bloque, tanto si estáis de acuerdo como si no, tanto si son útiles como si no". Y ahora yo pido, Tarquinios tribunos de la plebe - que me escuchéis. Supongamos que yo, como ciudadano, os llamo desde el centro de la Asamblea y os digo, "Permitidnos, con vuestra venia, elegir aquellas medidas de las propuestas que nos parezcan bien y que rechacemos las demás". "No", dicen, "No se os permite hacerlo. Podéis aprobar la medida sobre la usura y la de la distribución de tierras, que os preocupan a todos; pero no dejaréis que la Ciudad de roma sea testigo del portentoso espectáculo de Lucio Sextio y Cayo Licinio convertidos en cónsules, perspectiva que os repugna y odiáis. O las aceptáis todas o no propongo ninguna". Es como si un hombre pusiera veneno junto con la comida ante alguien hambriento y se lo ofreciera sin que pudiera dejar de comerlo mezclado, y morir, en vez de separar lo que le mantendría con vida. Si esto fuera un Estado libre, ¿no habrían gritado cientos de voces "¡Fuera de aquí, con vuestro tribunado y vuestras propuestas!"? ¿Y qué? ¿Si no presentáis vosotros las reformas en beneficio del pueblo, no lo hará nadie? Si algún patricio, si incluso un Claudio, a los que detestáis aun más, dijera: "O lo aceptáis todo o no propongo nada", ¿cuántos de vosotros, Quirites, lo tolerarían? ¿Nunca tenéis más en cuenta las propuestas que los hombres? ¿Siempre escucháis con aprobación lo que dicen vuestros magistrados y con hostilidad lo que decimos cualquiera de nosotros?

Su lenguaje es completamente impropio de un ciudadano de una república libre. Y bien, ¿qué clase de propuesta es ésta, en nombre del cielo, que tanto les indigna que hayáis rechazado? Una, Quirites, muy propia de su lenguaje. "Yo estoy proponiendo", dice, "que no se os permita designar a quien queráis como cónsules". ¿Qué otra cosa significa su propuesta? Él está derogando la ley por la que un cónsul, al menos, pueda ser elegido de la plebe, y os está privando del poder de elegir a dos patricios. Si hubiera hoy una guerra con Etruria, como cuando Porsena acampó en el Janículo, o como cuando hace poco los galos, con todo en manos enemigas menos el Capitolio y la Ciudadela rodeadas; ¿y con la presión de tal guerra, que Lucio Sextio se presentase al consulado con Marco Furio Camilo y otros patricios, toleraríais que Sextio estuviese seguro de su elección y Camilo en peligro de ser derrotado? ¿Es esto a lo que llamáis una equitativa distribución de los honores, cuando es legal que dos plebeyos sean cónsules, pero no dos patricios; cuando uno debe proceder necesariamente de la plebe y se puede rechazar a cualquier patricio? ¿Es esta vuestra camaradería, vuestra igualdad? ¿Tenéis en tan poco compartir lo que hasta ahora no habíais tenido?, a menos que tratando de obtener la mitad queráis tomarlo todo? Dice él: "Temo que si permitís que se puedan elegir dos patricios, nunca se elegirá un plebeyo". ¿Qué es esto, sino decir: "Como no elegiréis por vuestra propia voluntad personas indignas, os voy a imponer la necesidad de elegirlos en contra de vuestra voluntad"? ¿Qué seguirá? Que si sólo un plebeyo se presenta con dos patricios, no tendrá que agradecer al pueblo su elección; podrá decir que fue nombrado por la ley, no por sus votos.

[6,41] *Su objetivo no es demandar honores, sino arrancarlos, y obtendrán los mayores favores de vosotros sin agradeceros ni siquiera los más pequeños. Prefieren buscar puestos de honor aprovechándose de la ocasión que no por sus méritos personales. ¿Hay alguien que pueda sentirse afrentado por ver sus méritos puestos a juicio y examinados?, ¿que piense que sólo a él, entre todos los candidatos, se le debe asegurar un puesto?, ¿que se libre de vuestro juicio y que quiera convertir vuestros votos en obligatorios en vez de voluntarios y en serviles en vez de libres? Por no hablar de Licinio y Sextio, cuyos años de poder ininterrumpido sobre vosotros se cuentan como si fuesen reyes en el Capitolio, ¿quién hay hoy en el Estado tan humilde como para no poder abrirse camino al consulado, tras las oportunidades que ofrece esta medida, más fácilmente que para nosotros y nuestros hijos? Incluso cuando, alguna vez, queráis elegir a uno de nosotros, no podréis; estaréis obligados a esa gente, aún si no lo deseáis. Bastante se ha dicho acerca de la indignidad del asunto. Las cuestiones de dignidad, sin embargo, sólo importan a los hombres; ¿qué decir sobre las obligaciones religiosas y los auspicios, cuyo desprecio y profanación importan especialmente a los dioses? ¿Quién hay que no sepa que esta Ciudad se fundó a resultas de los auspicios, que sólo tras ser tomados los auspicios se toma una decisión en paz o en guerra, en casa o en campaña? ¿Quién tiene derecho a tomar los auspicios, de acuerdo con las costumbres de nuestros padres? Los patricios, sin duda, pues ningún magistrado plebeyo es elegido bajo los auspicios. Así que tan exclusivamente es cosa nuestra hacer los auspicios, que no sólo el pueblo elige magistrados patricios únicamente cuando los auspicios son favorables, sino que incluso nosotros, cuando, con independencia del pueblo, vamos a elegir un interrex, sólo lo hacemos tras tomarlos: nosotros, como ciudadanos particulares, tomamos los auspicios que vosotros no podéis tomar ni siquiera como magistrados. ¿Qué otra cosa hace el hombre que, creando cónsules plebeyos, aparta los auspicios de los patricios (que son los únicos que tienen derecho a tomarlos), qué otra cosa hace, pregunto, más que privar al Estado de los auspicios? Ahora, los hombres tienen libertad para burlarse de nuestros miedos religiosos. "¿Qué importa si los pollos sagrados no se alimentan, si no se atreven a salir de su gallinero o si un pájaro ha gritado amenazador?" Estas son cosas pequeñas, pero fue por no despreciar estas pequeñas cosas que nuestros antepasados alcanzaron la suprema grandeza para este Estado. Y ahora, como si no hubiera necesidad de asegurar la paz con los dioses, estamos contaminando todos los actos ceremoniales. ¿Se nombran los pontífices, los augures, los reyes sagrados, de manera indiscriminada? ¿Vamos a*

colocar la mitra del Flamen de Júpiter en la cabeza de cualquiera que sólo sea un hombre? ¿Vamos a entregar los escudos sagrados, los santuarios, los dioses y confiar el cuidado de su culto a hombres impíos? ¿Ya no se van a aprobar las leyes ni a elegir a los magistrados de acuerdo con los auspicios? ¿Ya no va a autorizar el Senado los comicios centuriados ni los comicios curiados? ¿Van a reinar Sextio y Licinio en esta Ciudad de Roma como si se trataran de unos segundos Rómulos, unos segundos Tacios, porque regalen el dinero de otros y las tierras de otros? Tan gran placer sienten expoliando las fortunas ajenas, que no se les ha ocurrido que al expulsar por ley a los ocupantes de sus tierras, crearán un gran desierto, y que con la otra medida destruirán todo el crédito y con él abolirán a toda la sociedad humana. Por todos estos motivos, considero que estas propuestas deben ser rechazadas, ¡y que el cielo os guíe para tomar una decisión correcta!

[6.42] El discurso de Apio sólo sirvió para que se aplazase la votación. Sextio y Licinio fueron reelegidos por décima vez. Presentaron una ley por la que, de los diez guardianes de los libros sibilinos, cinco debían ser elegidos entre los patricios y cinco entre los plebeyos. Esto fue considerado como un paso más hacia la apertura del acceso al consulado. La plebe, satisfecha con su victoria, hizo la concesión a los patricios de que, para lo presente, se retiraría cualquier mención sobre los cónsules. Por lo tanto, se eligieron tribunos consulares. Sus nombres eran Aulo y Marco Cornelio (cada uno por segunda vez), Marco Geganio, Publio Manlio, Lucio Veturio y Publio Valerio (por sexta vez) *(367 a.C.).* Con excepción del sitio de Velitres, en que el resultado era más una cuestión de tiempo que de duda, Roma permaneció tranquila por lo que respecta a los asuntos exteriores. De repente, la Ciudad fue sorprendida por rumores sobre el avance hostil de los galos. Marco Furio Camilo fue nombrado dictador por quinta vez *(366 a.C.)* Nombró como su Jefe de Caballería a Tito Quincio Peno. Claudio es nuestra autoridad para afirmar que ese año se libró una batalla contra los galos en el río Anio, y que fue entonces cuando tuvo lugar el famoso combate en el puente, donde Tito Manlio mató a un galo que le había desafiado y después le despojó de su collar de oro a la vista de ambos ejércitos. Yo me inclino más, con la mayoría de los autores, a creer que estos sucesos tuvieron lugar diez años después. Hubo, sin embargo, este año, una batalla campal librada en territorio albano por el dictador, Marco Furio Camilo, contra los galos. Aunque, recordando su derrota anterior, los romanos sentían gran temor de los galos, su victoria no fue dudosa ni difícil. Muchos miles de bárbaros fueron muertos en la batalla y muchos más al capturar su campamento. Otros muchos, dirigiéndose hacia Apulia, escaparon, algunos huyendo en la distancia y otros, que se habían diseminado, en su pánico habían se habían perdido.

Con la aprobación conjunta del Senado y del pueblo, se decretó un triunfo para el dictador. Apenas se había deshecho de esa guerra cuando ya una conmoción más alarmante le esperaba en casa. Después de grandes alteraciones, el dictador y el Senado fueron derrotados; por consiguiente, las propuestas de los tribunos fueron aprobadas y, a pesar de la oposición de la nobleza, se celebraron elecciones para cónsules. Lucio Sextio fue el primer cónsul en ser elegido de entre la plebe *(366 a.C.).* Pero ni siquiera esto fue el final del conflicto. Los patricios se negaron a confirmar el nombramiento, y las cosas se acercaron a una secesión de la plebe junto a otras amenazantes señales de terribles luchas civiles. El dictador, sin embargo, calmó los disturbios llegando a un compromiso; la nobleza cedería en el asunto de un cónsul plebeyo y la plebe cedería ante la nobleza para que el pretor que administrase justicia en la Ciudad fuese nombrado entre los patricios. Así, después de su gran distanciamiento, ambos órdenes del Estado al fin quedaron unidos en armonía. El Senado decidió que este evento merecía ser conmemorado (y si alguna vez los dioses inmortales han merecido la gratitud de los hombres, fue entonces) con la celebración de los Grandes Juegos, y se añadió un cuarto día a los tres que hasta ahora se dedicaban. Los ediles plebeyos se negaron a supervisarlos, y por ello los jóvenes patricios, unánimemente, declararon que gustosamente permitirían ser nombrados ediles para honrar a los dioses inmortales. Se les agradeció por todos, y el Senado aprobó un decreto para que el dictador pudiera pedir al pueblo que eligiese dos ediles de entre los patricios y para que el Senado pudiera confirmar todas las elecciones de ese año.

LIBRO VII. LAS GUERRAS FRONTERIZAS
(366-341 a.C.)

[7,1] Este año se destacaría por el primer consulado de un plebeyo y, además, por dos nuevas magistraturas: la pretura y la edilidad curul. Estas magistraturas fueron creadas por los patricios en su propio interés en compensación por su concesión de uno de los consulados a la plebe, que lo otorgó a Lucio Sextio, el hombre que lo obtuvo para ellos. Los patricios se aseguraron la pretura para Espurio Furio, el hijo del viejo Camilo, y las dos edilidades para Gneo Quincio Capitolino y Publio Cornelio Escipión, miembros de su mismo orden. Lucio Emilio Mamerco fue elegido por los patricios como colega de Lucio Sextio. Los principales temas de debate, a comienzos de año, fueron los galos, de quienes se rumoreaba que, después de vagar por varios caminos a través de la Apulia, habían unido sus fuerzas, y de los hérnicos, de los que se tuvo noticia que se habían rebelado. Se retardaron todos los preparativos, con el único propósito de impedir que fueran hechos por el cónsul plebeyo; todo estaba tranquilo y silencioso en la Ciudad, como si se hubiera proclamado una suspensión de todos los asuntos, con la sola excepción de los tribunos de la plebe. No se sometieron silenciosamente al proceso que inició la nobleza para adjudicarse a sí misma tres magistraturas patricias, sentadas en sillas curules y vistiendo la pretexta como cónsules, como compensación contra un cónsul plebeyo, como si fueran colegas de los cónsules y elegidos bajo los mismos auspicios. El Senado se sintió, así, un poco avergonzado de su resolución por la que había limitado los ediles curules a su propio orden; se acordó entonces que se debían elegir en años alternos con la plebe; después quedó abierta.

Los cónsules para el año siguiente fueron Lucio Genucio y Quinto Servilio *(365 a.C.).* Las cosas estaban tranquilas, tanto en casa como en el extranjero, pero, para que no hubiera un excesivo sentimiento de seguridad, estalló una peste. Se afirma que uno de los censores, uno de los ediles curules, y tres tribunos de la plebe cayeron víctimas de ella, y de entre el resto de la población murió una parte proporcional. La víctima más ilustre fue Marco Furio Camilo, cuya muerte, aunque se produjo a edad avanzada, se lamentó amargamente. Fue, con toda certeza, un hombre excepcional ante cada cambio de fortuna; el principal hombre del Estado, tanto en la paz como en la guerra, antes de marchar al exilio; aún más ilustre en el exilio, tanto por el pesar que sintió el Estado por su pérdida como por el afán con que buscó su ayuda, estando ausente, tras su captura; o por el éxito con el que, tras ser rehabilitado en su país, rehízo la fortuna de su patria junto a la suya propia. Durante los veinticinco años siguientes vivió plenamente esta reputación y se le consideró digno de ser nombrado, junto a Rómulo, como el segundo fundador de la Ciudad.

[7.2] La peste duró hasta el año siguiente. Los nuevos cónsules fueron Cayo Sulpicio Petico y Cayo Licinio Estolón *(364 a.C.).* Nada digno de mención sucedió excepto que, para asegurar la paz de los dioses, se celebró un lectisternio[49], el tercero desde la fundación de la Ciudad. Pero la violencia de la epidemia no se vio aliviada ni por auxilio humano ni divino, y se afirma que, como las personas estaban completamente superados por terrores supersticiosos, se introdujeron, entre otros intentos de aplacar la ira celestial, representaciones escénicas, una novedad para una nación de guerreros que hasta entonces sólo tenían los juegos del Circo. Estas empezaron, sin embargo, de una manera pequeña, como casi todo, y pequeñas como eran, fueron traídas desde el extranjero. Se trajo a los actores desde Etruria; sin recitación ni mimos en representación de la poesía; danzaban al ritmo de la flauta y se movían graciosamente al estilo toscano. Después, los jóvenes empezaron a imitarles, ejercitando su ingenio, los unos hacia los otros, con versos burlescos y acomodando sus gestos a sus palabras. Se convirtió en una diversión aceptada, y perduró al ser frecuentemente practicada. La palabra toscana para actor es histrio, por lo que los artistas nativos fueron llamados histriones. Estos no improvisaban, como en tiempos anteriores, versos descuidados y sin rima al

49 Culto que los antiguos romanos tributaban a sus dioses colocando sus estatuas en bancos alrededor de una mesa con manjares. [N. del T.]

estilo fescenino, sino que cantaban versos satíricos cuidadosamente rimados y adaptados a las notas de la flauta, acompañándolos de movimientos adecuados. Varios años más tarde, Livio[50] abandonó por primera vez los versos sueltos satíricos y se atrevió a componer una obra con una trama coherente. Al igual que todos sus contemporáneos, actuaba en sus propias obras, y se dice que cuando se le quebraba la voz por las repetidas actuaciones, pedía permiso y ponía un segundo actor delante de los flautistas para que cantase el monólogo mientras que él actuaba con tanta más energía cuanto que la voz ya no le molestaba. Luego comenzó la práctica de seguir con el cántico los movimientos de los actores, dejando el únicamente a las voces el diálogo. Cuando, al adoptar este sistema para representar las piezas, la antigua farsa y ligeras bromas dieron paso y la actuación se convirtió en una obra de arte, los jóvenes aficionados dieron paso a los actores profesionales y volvieron a la antigua costumbre de improvisar versos cómicos. Estos fueron, por consiguiente, conocidos posteriorment*e como* exodia (después de las piezas), y fueron reunidos en su mayoría *en las farsas A*telanas. Estas farsas eran de origen osco y fueron conservadas por los jóvenes, que no permitieron que fuesen contaminadas por los actores profesionales. Por lo tanto, es una norma permanente que los que toman parte en las Atelanas no se vean privados de su posición cívica y sirvan en el ejército sin mantener contacto alguno con los actores profesionales. Entre las cosas que han surgido de un origen modesto, el comienzo del teatro debe ponerse ante todas las demás, en vista de que lo que al principio fue algo sano e inocente, creció hasta una loca extravagancia tal que incluso los reinos más ricos tienen dificultades en pagar.

[7,3] Sin embargo, la primera representación de obras de teatro, aunque se hizo como un medio de expiación religiosa, no alivió a las mentes de los terrores religiosos ni a los cuerpos de los achaques de la enfermedad. Debido a un desbordamiento del Tíber, el Circo se inundó en medio de los Juegos y esto produjo un miedo indescriptible; parecía como si los dioses hubieran vuelto sus miradas de los hombres a despreciasen todo lo que se había hecho para calmar su ira. Cayo Genucio y Lucio Emilio Mamerco fueron los nuevos cónsules, cada uno por segunda vez *(363 a.C.).* La infructuosa búsqueda de medios eficaces de propiciación estaba afectando a los ánimos del pueblo más de que lo afectaba a sus cuerpos. Se dice que se descubrió, buscando entre los recuerdos de los más ancianos, que en cierta ocasión cesó una pestilencia tras clavar el dictador un clavo. El Senado creyó que esto era una obligación religiosa, y ordenó que se nombrase un dictador con tal fin. Lucio Manlio Imperioso fue designado y nombró a Lucio Pinario como su jefe de la caballería *(363/362 a.C.)* Hay una antigua ley, escrita con letras arcaic*as, que dice: Que quien sea el pretor inserte un clavo en los idus* de septiembre. Este aviso colgaba al lado derecho del templo de Júpiter Óptimo Máximo, cerca del templo de Minerva. Se dice que este clavo marcaba el número del año (los registros escritos escaseaban por entonces) y estaba situado bajo la protección de Minerva por ser ella quien inventó los números. Cincio, un atento estudioso de esta clase de monumentos, afirma que en Volsinia también se clavaban clavos en el templo de Nortia, una diosa etrusca, para indicar el número del año. Fue de acuerdo con esta ley que el cónsul Marco Horacio dedicó el templo de Júpiter Óptimo Máximo en el año siguiente a la expulsión de los reyes; de los cónsules, la Ceremonia de clavar los clavos pasó a los dictadores, porque tenían mayor autoridad. Como, posteriormente, la costumbre había caído en desudo, se consideró de importancia bastante para exigir el nombramiento de un dictador. Lucio Manlio fue por ello nombrado pero, recordando que su nombramiento se había debido tanto a motivos políticos como religiosos y ansiando mandar en la guerra contra los hérnicos, produjo un sentimiento de disgusto entre los hombres disponibles para el servicio militar por el modo desconsiderado en que dirigió el alistamiento. Por fin, como consecuencia de la unánime resistencia ofrecida por los tribunos de la plebe, cedió, fuera voluntariamente u obligado, y depuso su dictadura.

[7,4] Esto no impidió, sin embargo, su juicio político al año siguiente, cuando Quinto Servilio

50 Se refiere al autor Livio Andrónico *(2*84 a.C. al 204 a.C. [N. del T.]

Ahala y Lucio Genucio fueron cónsules *(362 a.C.)*; el acusador fue Marco Pomponio, uno de los tribunos de la plebe. Había provocado el odio general por la severidad e insensibilidad con que había conducido el alistamiento; no solo había multado a los ciudadanos, también les sometió a malos tratos personales, azotando a unos y encarcelando a otros por no responder cuando se les llamaba. Pero lo que más odiaban era su temperamento brutal, y se le apodó *Imperioso* por su desvergonzada crueldad, un epíteto absolutamente repugnante para un Estado libre. Los efectos de su crueldad eran sufridos tanto por sus parientes más cercanos, de su propia sangre, como por los extraños. Entre otras acusaciones presentadas en su contra por el tribuno, estuvo la de su trato hacia su joven hijo. Se adujo que, aunque no había cometido ningún delito, le expulsó de la Ciudad, de su casa y de sus dioses domésticos, le había prohibido aparecer públicamente en el Foro o juntarse con los de su propia edad y le había destinado a trabajos serviles, casi a la prisión, en un taller. Aquí, el joven, de alta cuna, hijo de un dictador, aprendió con el diario sufrimiento con cuánta razón se apodaba *Imperioso* a su padre. ¿Y por qué delito? ¡Simplemente, porque no era elocuente, no tenía facilidad de palabra! ¿No debiera haberle ayudado su padre a remediar este defecto natural, si hubiera habido una chispa de humanidad en él, en vez de castigarle y marcarlo con la persecución? Ni siquiera las bestias muestran tan poco cuidado y atención a sus hijos cuando son deformes o están enfermos. Pero Lucio Manlio, de hecho, agravó la desgracia de su hijo con otras nuevas, aumentó su torpeza natural y cegó cualquier débil destello de capacidad que pudiera haber mostrado condenándole con una educación ridícula y una vida rústica, teniéndole entre el ganado.

[7,5] El joven fue el último en exasperarse por estas acusaciones contra su padre. Por el contrario, estaba tan indignado al verse convertido en motivo de acusación contra su padre y por el profundo resentimiento que esta creó, que estaba decidido a que los dioses y los hombres vieran que prefería permanecer junto a su padre que ayudar a sus enemigos. Forjó un plan que, aunque más propio de un campesino ignorante que de un ciudadano normal, ofreció aún así un loable ejemplo de afecto filial. Armado con un cuchillo, se fue temprano por la mañana, sin conocimiento de nadie, a la Ciudad, y una vez atravesó las puertas marchó directamente a casa de Marco Pomponio. Dijo al portero que necesitaba ver enseguida a su amo, y se anunció como Tito Manlio, el hijo de Lucio. Pomponio se imaginó que le traería materia para una nueva acusación, para vengarse de su padre, o que iba a ofrecer algún consejo sobre cómo llevar la acusación. Después de saludarse mutuamente, informó a Pomponio que deseaba tratar su asunto en ausencia de testigos. Después de ordenar a todos los presentes que se retirasen, empuñó su cuchillo y, sobre la cama del tribuno y apuntando su arma contra él, le amenazó con hundírselo a menos que jurase lo que le dictaba: *Que nunca convocaría una Asamblea de la plebe para acusar a su padre*. El tribuno estaba aterrorizado, pues vio el acero brillante ante sus ojos mientras él estaba solo y sin defensa, en presencia de un joven de una fuerza excepcional y, lo que es peor, dispuesto a utilizar esa fuerza con una ferocidad salvaje. Prestó el juramento que se le pedía y anunció públicamente que, cediendo a la violencia, había abandonado su propósito original. La plebe, ciertamente, habría estado feliz por la oportunidad de dictar sentencia contra un delincuente tan insolente y cruel, pero quedó complacida por el acto audaz del hijo en defensa de su padre, que era aún más meritorio al demostrar que la brutalidad del padre no había debilitado en absoluto su afecto natural ni su sentido del deber. No sólo se sobreseyó el caso contra el padre, sino que el incidente sirvió de distinción al hijo. Ese año, por primera vez, los tribunos militares fueron elegidos por el voto popular; previamente habían sido designados por los comandantes en jefe, como es el caso de los que ahora son llamados Rufuli. Este joven obtuvo el segundo de los seis puestos, aunque no había hecho nada en casa o en campaña para hacerlo popular, al haber pasado su juventud en el campo, lejos de la vida ciudadana.

[7,6] En este año, fuese debido a un terremoto o a cualquier otra fuerza, se hundió la mitad del Foro a gran profundidad, presentando la apariencia de una enorme cueva. Aunque todos trabajaron tan duramente como pudieron, arrojando tierra dentro, no fueron capaces de llenar el agujero hasta

que hicieron una consulta a los dioses. Sobre esto, los adivinos declararon que si querían que la república fuese eterna, debían sacrificar en aquel lugar aquello en lo que residiese la fuerza del pueblo romano. La historia continúa diciendo que Marco Curcio, un joven distinguido en la guerra, respondió con indignación, a los que dudaban sobre qué respuesta dar, que lo más precioso que Roma tenía eran las armas y el valor de sus hijos. Como los que le rodeaban quedasen en silencio, él miró hacia el Capitolio y a los templos de los dioses inmortales que miraban abajo, hacia el Foro, y extendiendo sus manos hacia el cielo primero y luego al abismo por debajo, se ofreció a los dioses manes. Luego, montando su caballo, que había sido enjaezado tan magníficamente como era posible, saltó con su armadura completa a la cavidad. Una multitud de hombres y mujeres lanzaron tras él regalos y ofrendas de frutos de la tierra. Fue a propósito de este incidente que el lugar fue llamado lago Curcio y no por Mecio Curcio, el antiguo soldado de Tito Tacio. Si cualquier camino condujese a la verdad, no haría falta esforzarse en hallarla; ahora, cuando el paso del tiempo excluye cualquier evidencia de certidumbre, nos tenemos que quedar con la tradición y con este origen más moderno del nombre del lago.

Después de haber expiado este terrible presagio, las deliberaciones del Senado se dedicaron al asunto de los hérnicos. La misión de los Feciales, que se habían enviado a demandar satisfacción, resultó infructuosa; por lo tanto, el Senado decidió someter lo antes posible al pueblo la cuestión de la declaración de guerra contra los hérnicos. La gente, en una Asamblea multitudinaria, votó a favor de la guerra. El mando se asignó, por sorteo, a Lucio Genucio. Como era el primer cónsul plebeyo en dirigir una guerra bajo sus propios auspicios, el Senado observaba el asunto con interés, dispuesto a considerar sabia o necia la política de admitir plebeyos a las más altas magistraturas del Estado en función del resultado. La casualidad quiso que Genucio, mientras lanzaba un vigoroso ataque contra el enemigo, cayese en una emboscada, las legiones fuesen tomadas por sorpresa y derrotadas y el cónsul rodeado y muerto sin que el enemigo supiese quién era su víctima. Cuando el informe de lo sucedido llegó a Roma, los patricios no estaban tan afligidos por el desastre que había caído sobre la república como exultantes por el desafortunado generalato del cónsul. En todas partes se burlaban de los plebeyos: *¡Venga! ¡Elegid vuestros cónsules de la plebe, dadles los auspicios a quienes es un pecado que los tengan! La voz de la plebe puede expulsar a los patricios de los honores que les corresponden, pero ¿pueden algo vuestras leyes, que contaminan los auspicios, contra los dioses inmortales? Ellos mismos han reivindicado que su voluntad se exprese a través de los auspicios; porque, tan pronto como uno los ha profanado tomándolos contra toda ley divina y humana, el ejército y su general han sido eliminados como lección para que en adelante las elecciones se hagan con arreglo al derecho de nacimiento.* La Curia y el Foro resonaban con estas protestas. Apio Claudio, que había encabezado la oposición a la ley, habló con más peso que nunca al denunciar una política que había censurado severamente, y el cónsul Servilio, con la aprobación unánime de los patricios, le nombró dictador. Se dieron órdenes para efectuar un alistamiento inmediato y para suspender todos los negocios *(362 a.C.).*

[7,7] Después que Genucio hubo caído, Cayo Sulpicio asumió el mando y, antes de que llegara el dictador y las legiones recién alistadas, se distinguió con una acción ilustre. La muerte del cónsul había llevado a los hérnicos a subestimar las armas romanas y rodearon el campamento romano con la esperanza de poder asaltarlo. Los defensores, alentados por su general y ardiendo de rabia e indignación por su reciente derrota, efectuaron una salida y no solo destruyeron cualquier esperanza que tuvieran los hérnicos de forzar la empalizada, también crearon tal desorden entre ellos que se retiraron precipitadamente. Con la llegada del dictador y la unión de las nuevas legiones con las veteranas, su fuerza se duplicó. En presencia de toda la fuerza, el dictador elogió a Sulpicio y a los hombres que tan gallardamente defendieron el campamento, y mientras elevaba el valor de quienes escuchaban los elogios que tanto habían merecido, al mismo tiempo consiguió que el resto ansiasen emularlos. El enemigo se mostró no menos enérgico a la hora de preparar la renovación de la lucha. Conscientes del aumento de fuerzas enemigas, y animados por el recuerdo

de su reciente victoria, llamaron a todos los hombres de la nación hérnica capaces de empuñar las armas. Formaron ocho cohortes de cuatrocientos hombres cada una, que habían sido cuidadosamente seleccionados. Estos, la flor escogida de sus hombres, estaban llenos de esperanza y valor, que recibió un nuevo impulso al aprobarse un decreto que les concedía doble paga. Estaban exentos de cualquier servicio penoso, para que pudieran dedicarse con más intensidad que el resto al único deber que se les encomendó: luchar. Para destacar aún más su valor, se les hizo ocupar un lugar especial en la línea de batalla. El campamento romano estaba separado del hérnico por una llanura de dos millas de ancho. En medio de esta llanura, casi a igual distancia de ambos campamentos, tuvo lugar la batalla. Desde hace algún tiempo ningún bando obtuvo ventaja, aunque la caballería romana hizo frecuentes intentos de romper la línea enemiga. Cuando vieron que el efecto producido era mucho más débil que los esfuerzos que hacían, obtuvieron el permiso del dictador para abandonar sus caballos y luchar a pie. Lanzaron un fuerte grito y empezaron un nuevo tipo de combate, cargando como infantería. Su aparición habría sido irresistible de no habérseles opuesto las cohortes especiales enemigas, con una fuerza y corajes iguales a los suyos.

[7,8] Entonces, la lucha fue sostenida por los hombres más destacados de cada nación. Debido a los vaivenes del combate, las pérdidas fueron mucho mayores de lo que se podría haber esperado del número de combatientes. El resto de soldados quedaron esperando, como una multitud de espectadores, dejando que sus jefes combatieran como si fuera su privilegio especial, y poniendo sus esperanzas de victoria en el valor de los otros. Muchos cayeron en ambos lados y aún más resultaron heridos. Al fin, los jinetes empezaron a preguntarse unos a otros con cierta amargura, Qué quedaría para ellos si, tras fracasar en expulsar al enemigo cuando estaban montados, no les hacían mella combatiendo a pie. ¿A qué tercer modo de combatir debían esperar? ¿Por qué se habían lanzado al frente con tanta ansiedad, delante de los estandartes, para luchar en una posición que no era la suya? Alentados por estos reproches mutuos, lanzaron nuevamente su grito de guerra y empujaron hacia adelante. Poco a poco, obligaron al enemigo a ceder terreno; luego los obligaron a retirarse más rápidamente y al final los derrotaron completamente. No es fácil decir qué decidió la ventaja, estando ambos bandos tan igualados, a no ser la Fortuna, siempre atenta a cada nación, que tiene el poder de elevar y disminuir su valor. Los romanos persiguieron a los hérnicos que huían hasta su campamento, pero no lo atacaron al estar próximo a terminar el día. Ofrecieron sacrificios a la mañana siguiente, durante largo tiempo, sin obtener augurios favorables y esto hizo que el dictador no diera la señal para atacar antes del mediodía; así pues, el combate le prolongó por la noche. Al día siguiente se encontraron el campamento abandonado; los hérnicos habían huido y dejaron atrás algunos de sus heridos. El pueblo de Segni vio pasar a los fugitivos con sus pocos estandartes alejados entre sí, y saliendo para atacarles los dispersaron en desbandada por los campos. La victoria no fue otra cosa que una masacre para los romanos; perdieron un cuarto de sus fuerzas y en modo alguno fue la de la caballería la menor de sus pérdidas, un considerable número de la cual pereció.

[7,9] Los cónsules para el año siguiente fueron Cayo Sulpicio y Cayo Licinio Calvo *(361 a.C.).* Retomaron las operaciones contra los hérnicos e invadieron su territorio, pero no encontraron al enemigo en campo abierto. Atacaron y capturaron Ferentino, una ciudad hérnica; pero al regresar a casa, los tiburtinos les cerraron las puertas. Había habido, anteriormente, muchas quejas entre ambas partes, pero esta última provocación decidió finalmente a los romanos, en caso de que los Feciales no obtuvieran reparación, a declarar la guerra a los tiburtinos. Es bien sabido que Tito Quincio Peno fue nombrado por entonces dictador y que Servio Cornelio Maluginense fue su jefe de la caballería. Según Licinio Macer, el dictador fue nombrado por el cónsul Licinio. Su colega, Sulpicio, ansiaba adelantar las elecciones antes de partir para la guerra, esperando ser reelegido si estaba allí, y Licinio decidió frustrar sus ambiciones. El deseo que tiene Licino Macer de adjudicar a su gens el mérito en ese asunto, disminuye el peso de su autoridad. No encontrando mención a

esto en los otros autores, me inclino más a pensar que fue la perspectiva de una guerra contra los galos la causa inmediata del nombramiento de un dictador. En todo caso, fue en este año cuando los galos establecieron su campamento en la vía Salaria, a tres millas de la ciudad en el puente sobre el Anio. Ante esta repentina y alarmante aparición, el dictador proclamó la suspensión de todos los negocios e hizo que todo hombres disponible para el servicio prestara el juramento militar. Salió de la ciudad con un inmenso ejército y estableció su campamento a este lado del Anio. Cada bando había dejado intacto el puente entre ellos, pues su destrucción habría sido considerada como debida al temor a ser atacados. Hubo frecuentes escaramuzas por la posesión del puente; como ninguna fue decisiva, la cuestión quedó sin resolver. Un galo de extraordinaria estatura avanzó sobre el puente sin ocupar y gritando tan fuerte como pudo, *dijo: ¡Que el hombre más valiente que tenga Roma venga a luchar conmigo y ambos decidiremos qué pueblo es superior en la* guerra!

[7.10] Siguió un largo silencio. Los mejores y más valientes de los romanos no hicieron gesto alguno; sentían vergüenza de que pareciera que declinaban el desafío, pero aún temían más exponerse a tan terrible peligro. Entonces Tito Manlio, el joven que había protegido a su padre de la acusación del tribuno, dejó su puesto y se dirigió al dictador. *Sin tus órdenes, general*, dijo, *nunca abandonaré mi puesto de combate, ni siquiera aunque viera segura la victoria; pero si me das permiso, deseo demostrar a ese monstruo que habla tan orgullosamente frente a sus líneas, que yo desciendo de la familia que expulsó a los galos de la roca Tarpeya*. Entonces, el dictador le contestó: *¡Que la victoria premie tu valor, Tito Manlio, y el amor por tu padre y por tu patria! Ve, y con la ayuda de los dioses demuestra que el nombre de Roma es invencible*. Entonces, sus compañeros le ciñeron su armadura; tomó un escudo de infantería y una espada hispana, mejores para la lucha cuerpo a cuerpo; así armado y equipado, avanzó contra el galo que, exultante por su fuerza bruta, aún (los antiguos autores pensaron que merecía la pena anotar este hecho) puso burlas en su boca. Se retiraron a sus posiciones y ambos, solos, quedaron armados en el medio, más al modo de una escena teatral que al de una auténtica guerra; para quienes juzgaban por las apariencias, en modo alguno estaban igualados. Uno era una criatura de enorme tamaño, resplandeciente con una capa de muchos colores y con una armadura pintada y dorada; el otro era un hombre de estatura media, y sus armas, más útiles que ornamentadas, le daban una apariencia bastante ordinaria. No hubo cánticos de guerra, ni cabriolas, ni tontas exhibiciones de armas. Con el pecho lleno de coraje y de ira silenciosa, Manlio reservaba toda su ferocidad, de hecho, para el momento de la lucha. Cuando se hubieron colocado entre ambos ejércitos, con tantos corazones en suspenso entre la esperanza y el miedo, el galo, como una gran masa amenazante sobre quien estaba debajo, extendiendo por delante su escudo con su mano izquierda, lanzó un tremendo e ineficaz tajo descendente con su espada que produjo gran ruido al chocar con la armadura de su enemigo. El romano, levantando la punta de su espada, y tras haber apartado la parte inferior del escudo del galo con el suyo propio, se le acercó tanto que quedó a salvo del peligro de su espada, interpuesto entre él y sus armas; luego le dio dos rápidas estocadas en el vientre y la ingle con su espada, dejando a su enemigo postrado sobre una gran extensión de terreno. Dejó el cadáver de su enemigo caído intacto, a excepción de su torques, que se puso en el cuello aún manchado de sangre. El asombro y el miedo dejaron inmóviles a los galos; los romanos corrieron impacientes desde sus líneas para encontrarse con su guerrero y, entre aclamaciones y felicitaciones, lo llevaron ante el dictador. En los versos improvisados que cantaban en su honor le llamaban *Torcuato* (adornado con torques), y este apodo se convirtió con posterioridad en un orgulloso nombre familiar. El dictador le dio una corona de oro y, ante de todo el ejército, aludió a su victoria en los términos más elogiosos.

[7.11] Aunque parezca extraño, aquel combate singular tuvo tan gran influencia sobre toda la guerra que los galos abandonaron apresuradamente el campamento y se alejaron hacia las cercanías de Tívoli, donde acamparon. Se aliaron militarmente con aquella ciudad, y los tiburtinos les suministraron vituallas generosamente. Después de recibir esta ayuda pasaron a la Campania. Esta

fue la razón por la que, al año siguiente *(360 a.C.)*, el cónsul Cayo Petelio Balbo dirigió un ejército, por orden del pueblo, contra los Tiburtinos, aunque la dirección de la guerra contra los hérnicos había tocado en suertes a su colega, Marco Fabio Ambusto. Pese a que los galos habían vuelto desde la Campania en su ayuda, fue sin duda culpa de los generales tiburtinos los crueles saqueos en efectuados en territorios labicos, túsculos y albanos. Para actuar contra los tiburtinos, la República se bastaba con un cónsul, pero la súbita reaparición de los galos precisaba de un dictador. Fue nombrado Publio Servilio Ahala, y eligió como jefe de la caballería a Tito Quincio. Con la sanción del Senado, hizo voto de celebrar los Grandes Juegos si el resultado de la guerra les era favorable. Después de ordenar a los ejércitos del cónsul que permanecieran en sus posiciones, para limitar a los tiburtinos a su propia guerra, el dictador hizo que todos los iuniores prestaran el juramento militar, sin una sola negativa. La batalla, en la que se empeñó toda la fuerza de la Ciudad, tuvo lugar no lejos de la Puerta Colina, a la vista de los padres, esposas e hijos de los soldados romanos. Siendo un gran incentivo a su valor, incluso estando ausentes, ahora lo eran aún más al estar visibles, incitándoles a ganar su aplauso y garantizar su seguridad. La masacre fue grande en ambos bandos, pero los galos fueron finalmente rechazados y huyeron en dirección a Tívoli, como si fuera un bastión galo. Los fugitivos rezagados fueron interceptados por el cónsul, no lejos de Tívoli; los ciudadanos salieron a ayudarles y ellos y los galos se refugiaron tras las puertas. Así, el cónsul tuvo tanto éxito como el dictador. El otro cónsul, Fabio, aplastó a los hérnicos en sucesivas derrotas; al principio con acciones relativamente poco importantes y después en una gran batalla final, cuando el enemigo atacó con toda su fuerza. El dictador hizo espléndidos elogios a los cónsules, tanto en el Senado como ante el pueblo, e incluso que les achacó el crédito por su propio éxito. A continuación, dejó su cargo. Petelio celebró un doble triunfo: sobre los galos y sobre los tiburtinos. Se consideró suficiente honor para Fabio el que se le permitiera entrar a la Ciudad con una ovación. Los tiburtinos se rieron del triunfo de Petelio. *¿Cuando*, dijeron, *se le había visto nunca en una batalla campal? Algunos de ellos habían salido fuera de sus puertas para contemplar la huida desordenada de los galos, pero cuando vieron que también ellos eran atacados y reducidos indiscriminadamente, se volvieron a su ciudad. ¿Consideraban los romanos que aquel tipo de cosas eran dignas de un triunfo? No deberían ver como algo grande y maravilloso el crear desorden a las puertas enemigas; verían aún más confusión y pánico ante sus propias murallas.*

[7.12] Así pues, el año siguiente *(359 a.C.)*, cuando Marco Popilio Lenate y Cneo Manlio fueron los cónsules, un ejército de Tívoli marchó a primeras horas de la noche, y llegó hasta la ciudad de Roma. Los ciudadanos, despertados de pronto de su sueño, se aterrorizaron por el peligro de un ataque nocturno y bastante inesperado; el pavor fue aún mayor al no saber quiénes eran los enemigos ni de dónde venían. Sin embargo, la expresión *a las armas* se extendió rápidamente; las puertas se protegieron con destacamentos y se guarnecieron las murallas. Cuando el amanecer reveló una fuerza relativamente pequeña frente a los muros y que el enemigo resultaba ser nada menos que los tiburtinos, los cónsules decidieron atacar de inmediato. Salieron desde dos puertas separadas y atacaron al enemigo, tal y como avanzaban por las murallas, por ambos flancos. Pronto se hizo evidente que habían confiado más en las posibilidades de una sorpresa que en su propio valor, tan poca resistencia ofrecieron a la primera aparición de los romanos. Su expedición resultó ventajosa para los romanos, pues los temores suscitados por una guerra tan cerca de sus puertas ahogó un conflicto entre patricios y plebeyos. En la guerra que siguió hubo otra incursión hostil, más terrible para los distritos rurales que para la Ciudad; los tarquinios llevaron a cabo sus correrías dentro de las fronteras romanas, principalmente por el lado de la Etruria. Como negaron una compensación, los nuevos cónsules, Cayo Fabio y Cayo Plaucio, por orden del pueblo, les declararon la guerra *(358 a.C.)*. Esta campaña fue adjudicada a Fabio y la de contra los hérnicos a Plaucio. Se hicieron cada vez más frecuentes los rumores de hostilidades por parte de los galos. En medio de tantas alarmas, sin embargo, hubo un consuelo: se concedió la paz que pedían los latinos y éstos enviaron un fuerte contingente de acuerdo con el antiguo tratado que, durante tantos años, no

habían observado. Ahora que la causa romana se había visto realzada por este refuerzo, las noticias de que los galos habían llegado recientemente a Palestrina, y que desde allí se habían ido a asentar en el territorio alrededor de Pedum, produjo menos inquietud. Se decidió que se debía nombrar dictador a Cayo Sulpicio *(358 a.C.)*; por ello, se hizo volver a casa al cónsul Cayo Plaucio. Marco Valerio fue nombrado jefe de la caballería. Seleccionaron las mejores tropas de los dos ejércitos que los cónsules habían mandado y las condujeron contra los galos.

La guerra resultó algo más tediosa de lo que resultaba aceptable para ambas partes. Al principio eran sólo los galos quienes ansiaban luchar; después, los romanos mostraron aún más celo que los galos en armarse para el combate. El dictador no aprobaba esto en modo alguno, pues no tenía necesidad alguna de correr ningún riesgo. El enemigo se debilitaba día tras días, al permanecer inactivo en una posición desventajosa, sin ningún tipo de suministros previamente acopiados y sin haber levantado trincheras apropiadas. Toda su fuerza, tanto mental como corporal, dependía de sus rápidos movimientos e incluso un pequeño retraso disminuía su vigor. Por estas razones, el dictador prolongaba la guerra y anunció que se infligirían severos castigos a cualquiera que luchara en contra de las órdenes. Los soldados se impacientaban con este estado de cosas. Cuando estaban de guardia o en puestos avanzados durante la noche, hablaban en términos muy despectivos del dictador, insultando a los senadores, en general, por no haber ordenado que los cónsules dirigiesen la guerra. *Tan excelente general*, decían, *ha sido elegido, uno entre mil, que piensa que, si se queda sentado y no hace nada, la victoria bajará de los cielos hasta su regazo*. Luego ya pronunciaban estos sentimientos y otros aún más enojados a plena luz del día; manifestaban que, o luchaban sin esperar órdenes, o se marchaban todos a Roma. Los centuriones hicieron causa común con los soldados; los murmullos no se limitaban a grupos dispersos y se producía un debate general por las calles principales del campamento y ante el pretorio. La multitud creció hasta alcanzar las dimensiones de una Asamblea, y se lanzaron gritos al unísono para ir de inmediato donde estaba el dictador. Sextio Tulio sería el portavoz del ejército, cargo que era bien digno de desempeñar.

[7.13] Tulio era ahora centurión primipilo[51] por séptima vez, y no había en todo el ejército, entre los oficiales de infantería, un soldado más distinguido. Encabezó la marcha hasta el tribunal, Sulpicio quedó sorprendido por la multitud y aún más al ver que Tulio la precedía. Esté empezó a hablar: *No te sorprendas, dictador, porque yo esté aquí. El ejército entero tiene la impresión de haber sido condenado por tu cobardía y que para ahondar su desgracia se le ha privado de sus armas. Se me ha pedido que defienda su causa ante ti. Aun cuando podríamos ser acusados de desertar de nuestras filas y dar la espalda al enemigo, o de la pérdida lamentable de nuestros estandartes, incluso entonces pensaría que lo justo sería que nos permitieses enmendar nuestra falta con el valor y limpiar la memoria de nuestra vergonzosa conducta ganando nuevas glorias. Hasta las legiones que fueron derrotados en el Alia marcharon después a Veyes y recuperaron la ciudad que habían perdido con su pánico. Nuestra suerte y nuestro honor, gracias a la bondad de los dioses y a la feliz fortuna que te ayuda a ti y a Roma, siguen intactos. Y sin embargo, apenas me atrevo a mencionar la palabra honor cuando el enemigo se aventura a burlarse de nosotros con toda clase de insultos, como si nos estuviésemos ocultando como mujeres tras nuestra empalizada y, lo que aún nos duele más, que tú, nuestro jefe, hayas decidido que tu ejército está desprovisto de valor, sin armas ni brazos para usarlas, y que nos hayas dado pruebas de haber perdido la esperanza en nosotros, viéndote como si fueses el general de hombres enfermos y débiles. ¿Qué otra razón podemos pensar que exista?, ¿por qué tú, un jefe veterano, un soldado valeroso, estás, como si dijésemos, de brazos cruzados? Sin embargo, tal parece el caso que parece más cierto que tú dudas de nuestro valor, que no que nosotros dudemos del tuyo. Pero si esto no es cosa tuya, sino parte de una maniobra del Estado; si fuera un plan urdido por los patricios para mantenernos apartados de la Ciudad y de nuestros penates y no para hacer la guerra contra los galos, entonces*

51 Centurión de la primera centuria del primer manípulo de la primera cohorte; soldado veteranísimo y respetadísimo. [N. del T.]

te pido que recuerdes que lo que ahora te digo no es dicho como por unos soldados a su jefe, sino como a los patricios por la plebe: Que según sean vuestros planes, así serán los suyos. ¿Quién podría enojarse con nosotros por recordarte que somos tus soldados, no tus esclavos, enviados a la guerra y no al destierro; dispuestos, si alguien da la señal y nos conduce a la batalla, a luchar como corresponde a hombres y romanos; dispuestos también, si no son precisas las armas, a vivir una vida pacífica y tranquila en Roma y no en el campamento? Esto es lo que le diríamos a los patricios. Pero tú eres nuestro jefe y nosotros, tus soldados, te rogamos que nos des oportunidad de luchar. Estamos ansiosos por ganar una victoria, pero a ganarla bajo tu mando; es a ti a quien deseamos otorgar los laureles de la gloria, es contigo con quien deseamos entrar en procesión triunfal a la Ciudad, es detrás de tu carro donde queremos marchar en gozosa acción de gracias hasta el templo de Júpiter Óptimo Máximo. Este discurso de Tulio fue seguido por las serias solicitudes de todo el ejército para que les diera la señal y la orden de armarse.

[7.14] El dictador reconoció que, por muy satisfactoria que pudiera resultar la petición de los soldados, se había sentado un precedente de lo más indeseable; no obstante, él se comprometió a cumplir con sus deseos. Interrogó en privado a Tulio sobre qué significaba todo aquello y sobre qué precedentes se había basado. Tulio rogó encarecidamente el dictador que no pensase que había olvidado la disciplina militar o el respeto debido a su mando superior. Pero una multitud excitada resulta por lo general dominada por sus incitadores, y él había consentido en actuar como su líder para impedir que eligiesen a cualquier otro de entre los que compartían su entusiasmo. Él mismo no haría nada en contra de la voluntad del general, pero el general también debía ser más cuidadoso al mantener sujetos a sus hombres. Estos estaban ahora demasiado excitados como para sacarlos, pero ellos mismos escogerían el lugar y momento del combate si no lo hacía el dictador. Resultó que, mientras se producía esta conversación, un galo pastoreaba algunas cabezas de ganado en el campo, fuera de la empalizada, y dos romanos se las arrebataron. Los galos les apedrearon, los del puesto avanzado romano dieron un grito y los hombres corrieron a enfrentarse desde ambos lados. La cosa creció rápidamente, y se habría llegado a una batalla campal si los centuriones no hubiesen puesto con presteza fin al conflicto. Este incidente convenció al dictador de lo que Tulio le había dicho y, como el asunto ya no admitía dilación, dio órdenes de prepararse para el combate al día siguiente.

El dictador fue a la batalla sintiéndose más seguro del valor que de las fuerzas de sus tropas. Comenzó a dar vueltas en su cabeza a todos posibles medios por los que podría inspirar temor en el enemigo. Por fin, pensó un plan ingenioso y original que, desde entonces, ha sido también adoptado por muchos de nuestros propios generales, así como por los de otros países y que incluso se practica hoy en día. Ordenó que se quitasen las albardas de las mulas y que se les pusiesen a las espaldas dos piezas de tela de color. Se dotó de armas a los arrieros, algunas tomadas a los prisioneros y otras a los soldados inválidos, y tras equipar así a mil de ellos y mezclarlos con cien de caballería, les ordenó que subieran a los montes que dominaban el campamento y que se ocultasen en los bosques, permaneciendo allí sin moverse hasta que recibieran su señal. Tan pronto como amaneció, el dictador extendió sus líneas entre las laderas más bajas de las montañas, para que el enemigo tuviese que formar su frente de cara a estas. Los arreglos para provocar una alarma infundada se habían ya completado, y aquella alarma infundada demostró ser más útil de lo que habría sido un incremento auténtico de fuerzas. Al principio, los jefes de los galos no creían que los romanos bajarían a la llanura, pero cuando les vieron descender repentinamente se apresuraron a enfrentárseles, ansiando el choque, y comenzó la batalla antes de que los generales hubieran dado la señal.

[7.15] Los galos dirigieron su ataque más feroz contra el ala derecha romano, y solo la presencia del dictador en aquella parte impidió que el ataque tuviera éxito. Cuando vio que los hombres vacilaban, llamó fuertemente a Sextio y le preguntó si ésta era la forma en que había prometido luchar a sus soldados. Y les gritó: *¿Dónde están los gritos de los hombres que clamaban*

por las armas? ¿Dónde están sus amenazas de ir a la batalla sin órdenes de su jefe? Aquí está el general, llamándoles a luchar y luchando él en primera línea de combate; ¿cuántos de aquellos le iban a seguir ahora que les mostraba el camino? ¡Fanfarrones en el campamento y cobardes en la batalla! Sentían la verdad de lo que oían y quedaron tan picados por la vergüenza que se lanzaron sobre las armas enemigas sin pensar en el peligro. Cargaron como locos y pusieron las líneas enemigas en confusión, un ataque de caballería a continuación volvió la confusión en derrota. Tan pronto como el dictador vio sus líneas rotas por esta parte, volvió el ataque a su izquierda, donde les veía chocando en una masa inmensa y, al mismo tiempo, dio la señal acordada a los de la montaña. Cuando se oyó un nuevo grito de batalla y se les vio cruzar la ladera de la montaña en dirección al campamento galo, el enemigo, temeroso de ver cortada su retirada, abandonó la lucha y corrió en desorden hacia su campamento. Fueron enfrentados por Marco Valerio, el jefe de la caballería, quien después de poner en fuga su ala derecha cabalgaba hacia sus líneas y condujo su huida hacia la montaña y los bosques. Una gran parte fue interceptada por los arrieros, a quienes tomaron por caballería, y se produjo una terrible masacre entre aquellos a quienes el pánico había llevado hacia los bosques tras haber terminado la batalla principal. Nadie, desde Camilo, celebró un triunfo sobre los galos más justamente merecido que Cayo Sulpicio. Una gran cantidad de oro, tomado del despojo, fue dedicado por él y guardado en una bóveda bajo el Capitolio. Las campañas en las que estaban inmersos los cónsules de aquel año terminaron de modos muy diferentes. Si bien los hérnicos fueron derrotados y reducidos a la sumisión por su colega, Fabio mostró una triste falta de prudencia y habilidad en sus operaciones contra los tarquinios. La humillación que sufrió Roma con su derrota fue amargada por el barbarismo del enemigo, que sacrificó a 307 prisioneros de guerra. Esa derrota fue seguida por una incursión repentina de saqueo de los privernenses y después por otra en la que tomaron parte los veliternenses. Este año *(357 a.C.)* se crearon dos tribus más: la Pomptina y la Publilia. Se celebraron los Juegos que Camilo había prometido cuando fue dictador. Cayo Petilio, tribuno de la plebe, presentó por vez primera al pueblo, tras pasar por el Senado, una proposición sobre los sobornos en las elecciones. Con este proyecto pensaban enfrentar la gran ambición de aquellos hombres nuevos, sobre todo, que iban mercadeando en reuniones secretas.

[7.16] Otra medida, en modo alguno tan bienvenida por los patricios, fue presentada al año siguiente, siendo cónsules Cayo Marcio y Cneo Manlio *(357 a.C.).* Marco Duilio y Lucio Menenio, tribunos de la plebe, fueron los proponentes de esta medida, que fijaba el tipo de interés al 8,33 por ciento; la plebe la aprobó con el mayor de los entusiasmos. Además de las recientes guerras declaradas el año anterior, los faliscos habían sido culpables de dos actos hostiles: sus hombres habían luchado en las filas de los tarquinios y, cuando los Feciales demandaron su entrega, habían rehusado entregar a los que habían huido a Tarquinia tras su derrota. Esa campaña se adjudicó a Cneo Manlio; Marcio condujo las operaciones contra Priverno. Este distrito se había mantenido intacto durante los largos años de paz y, cuando Marcio llevó a su ejército allí, los soldados se cargaron de botín. Su valor fue aumentado por la munificencia del cónsul, pues él no apartó nada para el Estado, y así alentó los esfuerzos de los soldados rasos por aumentar sus propios bienes. Los privernenses habían establecido un campamento fuertemente atrincherado delante de sus murallas y, antes de atacarlo, Marcio convocó una asamblea de sus tropas y les *dijo: Si me prometéis que cumpliréis bravamente con vuestro deber en la batalla y que estaréis tan dispuestos al combate como al saqueo, os daré el campamento y ciudad del* enemigo. Con un potente grito, exigieron que diera la señal para la batalla, y con las cabezas erguidas y llenos de confianza marcharon orgullosamente en línea. Sexto Tulio, al que ya se ha mencionado, estaba en vanguardia y *gritó: ¡Mira, general, cómo tu ejército cumple la promesa que te ha* hecho!, y acompañando el hecho a la palabra, arrojó su pilo y empuñando su espada cargó al enemigo. La totalidad de la línea del frente le siguió y, al primer choque, derrotaron a los privernenses y los persiguieron hasta la ciudad, que se dispusieron a asaltar. Cuando ya se habían puesto las escalas contra las murallas, la plaza se rindió. Se celebró un triunfo sobre los privernenses. Nada digno de mención fue hecho por el otro cónsul,

excepto su acción sin precedentes al hacer aprobar una ley en el campamento, por las tribus, gravando con un cinco por ciento el valor de cada esclavo manumitido. Como el dinero recaudado por esta ley sería una útil adición al agotado Tesoro, el Senado la confirmó. Los tribunos de la plebe, sin embargo, preocupados menos por la ley que nos el precedente sentado, consideraron una ofensa capital que alguien convocase la Asamblea fuera de su lugar habitual de reunión. Si alguna vez se legalizasen, no habría nada, por perjudicial al pueblo que fuese, que no pudiera ser aprobado por hombres que estaban atados por el juramento de obediencia militar. En este año, Cayo Licinio Estolo fue procesado por Marco Popilio Lenas por haber violado su propia ley; él y su hijo, juntos, ocuparon mil yugadas de tierras, y emancipó a su hijo para evadir la ley. Fue condenado a pagar una multa de 10.000 ases.

[7.17] Los nuevos cónsules fueron Marco Fabio Ambusto y Marco Popilio Lenas, cada uno por segunda vez *(356 a.C.).* Tuvieron que manejar dos guerras. La que libró Lenas contra los tiburtinos fue la que presentó menos dificultad; tras confinarles a su ciudad, él devastó sus campos. El otro cónsul, que estaba operando contra de los faliscos y tarquinios, se encontró con una derrota en la primera batalla. La culpa principal de ello, y que produjo un verdadero terror entre los romanos, la tuvo el extraordinario espectáculo mostrado por sus sacerdotes que, blandiendo antorchas encendidas y con lo que parecían serpientes entrelazadas en sus cabelleras, llegaron como otras tantas Furias. Al ver esto, los romanos quedaron como angustiados o alcanzados por un rayo y se precipitaron aterrorizados en masa a su campamento. Allí, el cónsul, sus legados y tribunos militares se rieron de ellos y les regañaron por dejarse atemorizar por trucos de magia, como si fueran críos chicos. Muertos de vergüenza, pasaron repentinamente de un estado de terror a otro de temeraria osadía, y salieron corriendo como hombres ciegos contra aquellos de los que acababan de huir. Cuando, tras dispersar la vana mascarada del enemigo, llegaron hasta los hombres armados de detrás, derrotaron a todo su ejército. El mismo día, se apoderaron de su campamento y, tras poner a buen recaudo una inmensa cantidad de botín, volvieron a casa arrebatados por la victoria, bromeando como suelen los soldados y burlándose del artificio del enemigo y de su propio pánico. Esto condujo a un levantamiento de toda la Etruria, y bajo la dirección de los tarquinios y de los faliscos, marcharon hacia Salina. En esta emergencia, Cayo Marcio Rutilio fue nombrado dictador (el primer dictador nombrado de entre la plebe) y designó como jefe de la caballería a Cayo Plaucio, también plebeyo *(356/355 a.C.)* Los patricios estaban indignados porque incluso la dictadura fuera de propiedad común, y mostraron toda la resistencia que pudieron a cualquier decreto aprobado o a cualquier preparativo que se hiciese para ayudar a que el dictador prosiguiera la guerra. Esto sólo hizo que el pueblo estuviese más dispuesto a aprobar cualquier propuesta que hiciese el dictador. Al salir de la ciudad, marchó cubriendo ambas orillas del Tíber, transportando a las tropas en cualquier dirección en que se informase de la presencia enemiga; de este modo sorprendió a muchos de los incursores dispersos por los campos. Finalmente, les sorprendió y capturó su campamento; tomaron ocho mil prisioneros y los demás resultaron muertos o cazados fuera del territorio romano. Mediante una orden del pueblo, que no fue confirmada por el Senado, se le otorgó un triunfo. Como el Senado no quería que un dictador o un cónsul plebeyos celebrasen elecciones, y el otro cónsul, Fabio, estaba detenido por su propia guerra, se produjo un interregno. Se sucedieron varios interreges: Quinto Servicio Ahala, Marco Fabio, Cneo Manlio, Cayo Fabio, Cayo Sulpicio, Lucio Emilio, Quinto Servilio y Marco Fabio Ambusto. En el segundo de estos interregnos, se produjo un conflicto al ser elegidos dos cónsules patricios. Cuando los tribunos interpusieron su veto y apelaron a Ley Licinia; Fabio, el interrex, dijo que estaba previsto en las Doce Tablas que cualquiera fuese la última orden que el pueblo diera, ésta tendría fuerza de ley, y que el pueblo había dado una orden para elegir a los dos cónsules. El veto de los tribunos sólo sirvió para aplazar las elecciones, y finalmente fueron elegidos dos cónsules patricios, a saber, Cayo Sulpicio Petico (por tercera vez) y Marco Valerio Publícola *(355 a.C.)* Tomaron posesión de su cargo el día en que fueron elegidos.

[7.18] Así, en el cuadringentésimo año de la fundación de la Ciudad y el trigésimo quinto después de su captura por los galos, el segundo consulado fue arrancado de la plebe, por primera vez desde la aprobación de la Ley Licinia siete años antes. Este año se tomó Empulo a los tiburtinos, sin ningún combate serio. No es seguro ni que ambos cónsules ejercieran el mando conjunto en esta campaña, como aseguran algunos autores, ni que los campos tarquinios fuesen asolados por Sulpicio al tiempo que Valerio conducía sus legiones contra los tiburtinos. Los cónsules tenían un conflicto más serio en casa con la plebe y sus tribunos. Consideraban como una cuestión, no solo de valor, sino también de honor y lealtad a su orden que, habiendo recibido dos patricios el consulado, lo transmitiesen a dos patricios. Pensaban que debían renunciar a ella, si se convertía en una magistratura plebeya, o mantenerla en su totalidad, como la habían recibido de sus padres. La plebe protestó: ¿Para qué vivían ¿Por qué estaban inscritos como ciudadanos, si no podían mantener, con sus fuerzas unidas, el derecho a lo que había ganado para ellos el valor de aquellos dos hombres, Lucio Sextio y Cayo Licinio? Mejor les sería aguantar reyes, o decenviros, o cualquier otra forma de absolutismo, aún del peor nombre, que ver a ambos cónsules patricios; ver al otro orden, no gobernando y siendo gobernado alternativamente, sino puesto a sí mismo como en posesión de la autoridad perpetua y mirando a la plebe como nacida para ser simplemente su esclava. No hubo carestía de tribunos para dirigir la agitación, pero en tal estado de excitación general, cada uno era su propio líder. Después de muchas jornadas infructuosas en el Campo de Marte, donde se habían gastado numerosos días de elecciones en disturbios, la plebe fue finalmente derrotada por la constancia y persistencia de los cónsules. Había un sentimiento tal de desesperación que los tribunos, seguidos por una plebe triste y adusta, exclamaron al dejar el Campo que había un final para toda libertad y que no sólo debían irse del Campo, sino incluso abandonar la Ciudad ahora que había sido aplastada y esclavizada por la tiranía de los patricios. Los cónsules, aunque abandonados por la mayoría del pueblo, quedando sólo unos pocos votantes, procedieron, no obstante, con determinación a la elección. Los dos cónsules electos eran patricios: Marco Fabio Ambusto (por tercera vez) y Tito Quincio. En algunos autores veo que se da a Marco Popilio como cónsul, en vez de Tito Quincio *(354 a.C.).*

[7.19] A dos guerras se dio fin victorioso ese año. Los tiburtinos fueron reducidos a la obediencia; se les tomó la ciudad de Sassula y el resto de sus ciudades habría corrido la misma suerte si la nación entera no hubiese rendido sus armas y hecho la paz con el cónsul. Se celebró un triunfo sobre ellos; en otros aspectos, la victoria fue seguida de un tratamiento suave para con los vencidos. Una rigurosa severidad se aplicó a los tarquinios. Gran número murió en batalla; de los prisioneros, todos los de noble nacimiento, en número de trescientos cincuenta y ocho, fueron enviados a Roma, al resto se les pasó por la espada. Aquellos que habían sido enviados a Roma se encontraron con un trato nada cortés por parte del pueblo: todos fueron azotados y decapitados en medio del Foro. Este castigo fue un acto de venganza por los romanos que habían sido sacrificados en el foro de Tarquinia. Estas victorias en la guerra indujeron a los samnitas a pedir una liga de amistad. Sus embajadores recibieron una respuesta favorable del Senado y se concluyó un tratado de alianza con ellos. La plebe no gozó de la misma fortuna en casa de la que había tenido en campaña. A pesar de la reducción de la tasa de interés, que ahora estaba fijada en el 8,33 por ciento, los pobres no podían pagar el capital y se estaban entregando a sus acreedores. Su angustia personal dejaba poco tiempo para pensar en los asuntos públicos y en las luchas políticas, en las elecciones y en los cónsules patricios; ambos consulados, por tanto, siguieron en manos patricias. Los cónsules electos fueron Cayo Sulpicio Petico (por cuarta vez) y Marco Valerio Publícola (por segunda) *(353 a.C.).*

Llegaron rumores de que el pueblo de Cerveteri se había unido a los tarquinios por simpatía con ellos por su consanguinidad. Mientras que los pensamientos de los ciudadanos se llenaban, por tanto, de temores por una guerra con Etruria, la llegada de embajadores del Lacio desvió sus

pensamientos a los volscos. Informaron que un ejército había sido levantado y equipado, que amenazaba ahora sus fronteras e intentaba entrar y saquear el territorio romano. El Senado creía que no debía ignorarse ninguno de tales movimientos; se dieron órdenes para alistar tropas para ambas guerras; los cónsules echaron a suertes sus respectivos mandos. La llegada de despachos del cónsul Sulpicio hizo que la guerra etrusca pareciese la más grave de los dos. Estaba dirigiendo las operaciones contra Tarquinia e informó de que los campos alrededor de las salinas romanas habían sido saqueados y que una parte del botín se había enviado a Cerveteri, algunos de cuyos hombres, sin duda alguna, formaban parte de los asaltantes. El cónsul Valerio, que estaba operando contra los volscos y tenía su campamento en las fronteras de Túsculo, fue llamado y recibió órdenes del Senado para que nombrarse un dictador. Tito, el hijo de Lucio Manlio, fue nombrado y designó a Aulo Cornelio Coso como jefe de la caballería. Encontrando que el ejército que el cónsul había mandado bastaba para su propósito, fue autorizado por el Senado y el pueblo para declarar formalmente la guerra a los cerveteranos.

[7.20] Parecería como si esta declaración formal de guerra trajese a casa de los cerveteranos los horrores de una guerra con Roma, más claramente que los actos de quienes provocaron a los romanos con sus saqueos. Se dieron cuenta de cuán desiguales eran sus fuerzas para tal conflicto; se lamentaban amargamente de los saqueos y maldecían a los tarquinios, quienes les habían instigado a la revuelta. Nadie hizo preparativo alguno para la guerra, todos urgieron cuanto podían para que se enviase una embajada a Roma para pedir perdón por su ofensa. Cuando la delegación se presentó ante el Senado, fueron remitidos por este al pueblo. Rogaron a los dioses, cuyos objetos sagrados habían tomado a su cargo y cuidado durante la guerra Gala, para que en sus días de prosperidad mostrasen la misma piedad por ellos que la que habían mostrado por Roma en su hora de angustia. Después, volviéndose hacia el templo de Vesta, invocaron el vínculo de la hospitalidad que forjaron, con toda pureza y reverencia, con los flámines y las vestales. ¿Podría alguien creer, preguntaron, que hombres que habían prestado tales servicios, de repente, sin razón alguna, se hubieran convertido en enemigos o, si hubieran sido culpables de cualquier acto hostil, lo hubiesen cometido deliberadamente en vez de en un ataque de locura? ¿Sería posible que pudieran, al infligir las recientes ofensas, haber borrado todos sus anteriores actos de bondad, especialmente cuando los habían hecho a unos tan agradables a ellos; o que convertirían en enemigo al pueblo romano, ahora que era próspero y victorioso en todas las guerras, tras haber buscado su amistad en tiempos de adversidad y turbulencia? No debían considerar aquello como un propósito deliberado, sino como violencia y coacción. Después de haber solicitado sólo paso libre, los tarquinios atravesaron su territorio en son de guerra y obligaron a algunos de sus paisanos a acompañarles en aquella expedición de saqueo de la que responsabilizaban a la ciudad de Cerveteri. Si se decidía que debían entregar a aquellos hombres, los entregarían; si se les debía castigar, serían castigados. Cerveteri, una vez el santuario de Roma, el refugio de sus objetos sagrados, debía ser declarada inocente de cualquier pensamiento bélico y absuelta de cualquier acusación de intenciones hostiles, en consideración a su hospitalidad a las vestales y su devoción a los dioses". Los viejos recuerdos, y no las circunstancias concretas del caso actual, obraron de tal modo sobre el pueblo que tuvieron menos en consideración la reclamación actual que la gentileza anterior. Por lo tanto, se concedió la paz al pueblo de Cerveteri, y se convino en someter al Senado la cuestión de un tregua por cien años. Los Faliscos estaban implicados con la misma acusación y la guerra se dirigió hacia ellos, pero no se pudo encontrar al enemigo en campo abierto. Su territorio fue arrasado de punta a punta, pero nada se intentó contra sus ciudades. Tras el regreso de las legiones, el resto del año se dedicó a la reparación de los muros y los torreones. También fue dedicado el templo de Apolo.

[7.21] Al terminar el año se pospusieron las elecciones consulares debido a la disputa entre los dos órdenes; los tribunos declararon que no permitirían que se celebrasen las elecciones a menos que se condujeran con arreglo a la Ley Licinia, mientras que el dictador estaba decidido a abolir el

consulado antes que permitir su común propiedad por plebeyos y patricios. Las elecciones se aplazaron aún cuando el dictador renunció al cargo; así pues, las cosas desembocaron en un interregno. Los interreges se negaron a celebrar las elecciones a causa de la actitud hostil de la plebe, y el conflicto se prolongó hasta el undécimo interregno. Mientras que los tribunos se escudaban en la Ley Licinia y daban la batalla política, la plebe dirigía sus quejas más apremiantes contra la creciente carga de la deuda; la preocupación personal había eclipsado la controversia política. Cansado de la prolongada agitación, el Senado ordenó a Lucio Cornelio Escipión, el interrex, que restaurase la armonía en el Estado dirigiendo las elecciones consulares de acuerdo con la Ley Licinia. Fue elegido Publio Valerio Publícola, y Cayo Marcio Rutilio fue su colega plebeyo *(352 a.C.)*.

Ahora que existía un deseo general de concordia, los nuevos cónsules abordaron la cuestión financiera, que era el único obstáculo para la unión. El Estado asumió la responsabilidad de la liquidación de las deudas y se nombraron cinco comisionados, que quedaron encargados de la administración del dinero y que por ello fueron llamados mensarii. La imparcialidad y diligencia con que estos comisionados cumplieron con sus funciones, les hizo dignos de un lugar de honor en todos los registros históricos. Sus nombres eran Cayo Duilio, Publio Decio Mus, Marco Papirio, Quinto Publilio y Tito Emilio. La tarea que acometieron era difícil de administrar y, aun presentando dificultades para ambas partes, era más desagradable para una de ellas; pero la desempeñaron con gran consideración hacia todos y, aunque implicó un gran desembolso para el Estado, nada se quedó a deber a los acreedores. Sentados en mesas, en el Foro, trataban sobre deudas de larga duración debidas más a la negligencia del deudor que a la falta de medios; adelantaban dinero público con las debidas garantías o tasaban con justicia su propiedad. De esta manera, una inmensa cantidad de deudas fueron amortizadas sin ningún tipo de injusticia ni, incluso, quejas de ambos lados. Debido a un informe de que las doce ciudades de Etruria habían formado una liga hostil, cundió una buena dosis de alarma, que luego resultó ser infundada, y se creyó necesario nombrar un dictador. Esto tuvo lugar en el campamento, porque fue allí donde los cónsules recibieron el decreto senatorial. Fue nombrado Cayo Julio y se le asignó a Lucio Emilio como jefe de la caballería. En el exterior, sin embargo, todo permaneció tranquilo.

[7.22] En casa, debido a los intentos del dictador por asegurar la elección de patricios para los dos consulados, las cosas desembocaron en un interregno. Hubo dos interreges, Cayo Sulpicio y Marco Fabio, y tuvieron éxito donde el dictador había fracasado, pues la plebe, debido a la ayuda pecuniaria recientemente otorgada, se encontraba en un estado de ánimo menos agresivo. Ambos cónsules electos fueron patricios: Cayo Sulpicio Petico, que había sido el primero de los dos interreges, y Tito Quincio Peno, de este algunos dan como su tercer nombre Ceso y otros Cayo *(351 a.C.)*. Ambos marcharon a la guerra; Quincio contra Faleria y Sulpicio contra Tarquinia. El enemigo no les enfrentó en una batalla abierta; se condujo la guerra más contra los campos que contra los hombres, quemando y destruyendo por todas partes. Los efectos debilitantes y el esfuerzo, como el de un lento declive, desgastaron la resolución de ambos pueblos y pidieron una tregua, primero a los cónsules y después, con el permiso de éstos, al Senado. Obtuvieron una tregua por cuarenta años. Después que la inquietud creada por estas dos guerras fuera así atemperada, hubo un tiempo de respiro para las armas. La liquidación de las deudas había provocado un cambio de propietario en el caso de muchas propiedades, y se decidió que había que hacer una nueva evaluación. Sin embargo, cuando se anunció la elección de censores, Cayo Marcio Rutilo, que había sido el primer dictador nombrado de la plebe, anunció que sería candidato a la censura. Esto trastornó la armonía entre ambos órdenes. Él dio este paso en lo que parecía un momento inoportuno, pues ambos cónsules eran patricios y declararon que no permitirían que se votase por él. Pero él mantuvo decididamente su propósito y los tribunos, deseosos de recuperar los derechos de la plebe que se perdieron en las elecciones consulares, le ayudaron con todo su poder. No había dignidad que la grandeza de su

carácter no pudiera desempeñar, y la plebe estaba deseosa de ser llamada para que compartiese la censura el mismo hombre que había abierto el camino a la dictadura. No hubo división de opiniones durante las elecciones: Marco fue elegido censor por unanimidad, junto con Cneo Manlio. Este año también vio a Marco Fabio como dictador, no porque se temiese alguna guerra, sino para impedir que se cumpliera con la Ley Licinia en las elecciones consulares. La dictadura, sin embargo, no hizo que los esfuerzos senatoriales tuviesen más influencia en la elección de cónsules que la que tuvieron en la elección de censores.

[7.23] Marco Popilio Lenas fue el cónsul elegido de entre la plebe y Lucio Cornelio Escipión el cónsul de entre los patricios *(350 a.C.).* La Fortuna concedió la mayor distinción al cónsul plebeyo, pues al recibirse la información de que un inmenso ejército de galos había acampado en territorio del Lacio, la dirección de esa guerra, debido a la grave enfermedad que por entonces sufría Escipión, se confió por una acuerdo especial a Popilio. Inmediatamente levantó un ejército, y ordenó que todos los disponibles para el servicio activo se encontrasen armados fuera de la puerta Capena, en el templo de Marte; a los cuestores se les ordenó que llevasen los estandartes desde el Tesoro hasta el mismo lugar. Después de alistar cuatro legiones al completo, entregó el resto de las tropas a Publio Valerio Publícola, el pretor, y aconsejó al Senado que levantase un segundo ejército para proteger la república contra cualquier otra emergencia. Cuando se ultimaron todos los preparativos y todo estuvo listo, avanzó hacia el enemigo. Con objeto de probar sus fuerzas antes de enfrentarla a una acción decisiva, se apoderó de cierto terreno elevado, tan cerca del campamento galo como pudo, y empezó a construir una empalizada. Cuando los galos vieron los estandartes romanos en la distancia, formaron sus líneas preparados, con su habitual impulsividad y amor a la lucha, para combatir de inmediato. Observando, sin embargo, que los romanos no bajaban a la llanura y que confiaban en la protección de su posición y de su empalizada, imaginaron que estaban atenazados por el miedo y que, al mismo tiempo, estarían más expuestos a un ataque al hallarse ocupados en los trabajos de fortificación. Así que lanzaron un grito salvaje y se lanzaron al ataque. Los triarios, que formaban el grupo de trabajadores, no detuvieron su labor, pues fueron defendidos por los asteros y los príncipes, que estaban formados delante y empezaron a combatir. Su valor constante se vio favorecido por el hecho de que estaban en un terreno más alto, pues los pilos y lanzas no fueron arrojados inútilmente, como a menudo sucede cuando se está al mismo nivel, sino que, aumentado su alcance por su peso, alcanzaban sus objetivos. Los galos sufrieron el peso de los proyectiles que, o bien se clavaban en sus cuerpos, o bien quedaban fijados a sus escudos, haciéndolos extremadamente pesados de llevar. Casi habían llegado con su carga a la cima de la colina cuando se detuvieron sin saber qué hacer. El mero retraso elevó el valor de los romanos y disminuyó el del enemigo. Luego, la línea romana empujó sobre ellos y les obligó a retroceder; cayeron unos sobre otros y de esta manera provocaron más daño que el sufrido del enemigo; tan precipitada fue su huida que muchos murieron aplastados en vez de por la espada.

[7.24] Pero la victoria no se había decidido todavía. Cuando los romanos llegaron a terreno llano, aún les quedaba otra masa de la que encargarse. El número de galos era lo bastante grande como para impedir que sintieran las pérdidas que ya habían sufrido y, como si un nuevo ejército se hubiese levantado del suelo, fueron enviadas tropas frescas contra su victorioso enemigo. Los romanos vieron su aparición y se detuvieron pues, cansados como estaban, no sólo tenían que mantener un segundo combate sino que el cónsul, mientras cabalgaba imprudentemente por la vanguardia, fue herido en su hombro izquierdo por una jabalina y tuvo que retirarse. Casi se había perdido la victoria por este retraso cuando el cónsul, después que su herida fuese vendada, regresó al frente. *¿Por qué estáis parados, soldados?* -exclamó-. *No os enfrentáis con los latinos o los sabinos a quienes, después de haberlos vencido, podéis convertir en aliados; habéis desenvainado la espada contra bestias salvajes, o derramamos su sangre o les damos la nuestra. Los habéis rechazado de vuestro campamento, los habéis echado cabeza abajo al valle, estáis de pie sobre los*

cuerpos tendidos de vuestros enemigos. Llenad el valle de la misma carnicería que la montaña. No esperéis que huyan mientras estáis aquí, esperando; los estandartes deben avanzar y vosotros debéis avanzar contra el enemigo. Así alentados, cargaron nuevamente, desalojaron a las cohortes delanteras de los galos y, formando sus manípulos en cuña, penetraron en el centro enemigo. Entonces, los bárbaros quedaron divididos y, no teniendo órdenes concretas ni jefes, volvieron el ataque contra sus propias reservas. Se diseminaron por la llanura y su precipitada huida les llevó a pasar su campamento, en dirección a las colinas de Alba. Dado que la colina en que estaba la antigua fortaleza de Alba parecía ser la más alta, se dirigieron a ella. El cónsul no continuó la persecución más allá del campamento, pues su herida era grave y no quería arriesgar un ataque contra colinas en poder del enemigo. Todos los despojos del campamento fueron dejados para los soldados, y él condujo de vuelta a Roma un ejército enardecido con la victoria y enriquecido con el saqueo de los galos; sin embargo, debido a su herida, se retrasó su triunfo. Como ambos cónsules estaban de baja por enfermedad, el Senado consideró necesario nombrar un dictador para llevar a cabo las elecciones. Fue nombrado Lucio Furio Camilo y se le asoció a Publio Cornelio Escipión como jefe de la caballería. Devolvió a los patricios su antiguo monopolio sobre el consulado, por este servicio fue elegido cónsul con su apoyo entusiasta y él procuró que se eligiera a Apio Claudio Craso como su colega *(349 a.C.)*.

[7.25] Antes de que los nuevos cónsules tomaran posesión de su cargo, Popilio celebró su triunfo sobre los galos en medio del aplauso encantado de la plebe, y la gente se preguntaba inquieta si había alguien que lamentase la elección de un cónsul plebeyo. Al mismo tiempo, estaban muy amargados porque el dictador se hubiera apoderado del consulado como si fuese un soborno al despreciar la Ley Licinia. Consideraron que había degradado el consulado, más por su voraz ambición que por actuar en contra del interés público, ya que, en realidad, había procurado su propia elección como cónsul mientras era dictador. El año estuvo marcado por numerosos disturbios. Los galos bajaron de las colinas de Alba, al no poder soportar la severidad del invierno, y se extendieron en hordas de saqueadores sobre las llanuras y los distritos marítimos. El mar estaba infestado por las flotas de los piratas griegos, que desembarcaban en las costas cercanas a Anzio y Laurento y entraban por la desembocadura del Tíber. En una ocasión, los piratas y los saqueadores se enfrentaron en una dura batalla y se retiraron, los galos a su campamento y los griegos a sus barcos, sin que ninguna de las dos partes supiese si debían considerarse vencedores o vencidos.

Estos diversos sobresaltos fueron seguidos de otro mucho más grave. Los latinos habían recibido una solicitud del gobierno romano para que proporcionasen tropas y, tras discutir el asunto en su consejo nacional, respondieron con los siguientes términos: *No hagáis más peticiones a aquellos cuya ayuda necesitáis; nosotros, los latinos, antes preferimos tomar las armas en defensa de nuestra propia libertad que en ayuda de un amo extranjero*. Con dos guerras en el extranjero entre manos y esta revuelta de sus aliados, el Senado vio consternado que tendría que contener por el miedo a quienes no se frenaban por consideraciones de honor. Se ordenó a los cónsules que ejercieran todo lo posible su autoridad a la hora de reclutar tropas pues, como las de sus aliados les habían abandonado, tendrían que depender completamente de sus conciudadanos. Se alistaron hombres por todas partes, no sólo en la Ciudad, sino también en los distritos rurales. Se dice que se levantaron diez legiones, cada una con 4.200 infantes y 300 jinetes. Tal ejército, si alguna fuerza extranjera lo atacase, el actual poder del pueblo romano, que el mundo difícilmente puede contener, apenas podría ser ahora alistado aún si pusiera en ello todo su interés; pues la verdad es que sólo hemos mejorado en aquello que realmente nos interesa: la riqueza y el lujo. Entre otros acontecimientos luctuosos de este año, tuvo lugar la muerte del otro cónsul, Apio Claudio, que se produjo mientras se adoptaban los preparativos para la guerra. El gobierno pasó a manos de Camilo, como cónsul único, y el Senado no tuvo a bien que se nombrase un dictador, fuera por algún augurio favorable de su nombre a la vista de los problemas con los galos, o porque no les agradaba poner a un hombre de su distinción bajo el mando de un dictador. Dejando a dos legiones para

proteger la Ciudad, el cónsul dividió las ocho restantes entre él y Lucio Pinario, el pretor. Retuvo la dirección de la guerra contra los galos para sí, en vez de decidir en campaña mediante el usual sorteo, inspirado como estaba por la memoria de los brillantes éxitos de su padre. El pretor tenía que proteger la línea costera y evitar que los griegos desembarcasen, mientras que él mismo bajaría hasta el territorio pomptino. Su intención era evitar cualquier enfrentamiento en terreno llano a menos que se viera obligado a combatir, y limitarse a efectuar correrías; pues, al no poderse mantener a sí mismos más que mediante el pillaje, pensaba que de esta manera les aplastaría mejor. En consecuencia, escogió un terreno adecuado para un campamento fijo.

[7.26] Mientras que los romanos pasaban el tiempo tranquilamente en los puestos de avanzada, un gigantesco galo con una espléndida armadura avanzó hasta ellos y lanzó un desafío, mediante un intérprete, para enfrentarse a cualquier romano en combate singular. Había un joven tribuno militar, llamado Marco Valerio, que se consideraba tan digno de este honor como lo había sido Tito Manlio. Después de obtener el permiso del cónsul, marchó, completamente armado, hacia el espacio abierto entre los dos ejércitos. La contienda humana fue menos reseñable debido a la interposición directa de los dioses; pues, justo cuando se iban a enfrentar, un cuervo se asentó repentinamente sobre el casco del romano, con la cabeza hacia su enemigo. El tribuno aceptó de buen grado esto como un augurio divino, y oró por que tanto si era dios como diosa quien había enviado el pájaro auspicioso, la divinidad le fuera favorable y le ayudase. Aunque parezca mentira, el pájaro no sólo se mantuvo sobre el casco, sino que cada vez que se enfrentaban extendía sus alas y atacaba la cara y los ojos del galo con el pico y las garras hasta que, aterrorizado por la visión de un portento de tal calibre y desconcertados ojos y mentes por igual, fue muerto por Valerio. Entonces, volando lejos hacia el este, el cuervo se perdió de vista. Hasta entonces, los puestos avanzados de ambos bandos habían permanecido tranquilos; pero cuando el tribuno empezó a despojar el cadáver de su enemigo, los galos no mantuvieron más sus posiciones y los romanos corrieron rápidamente a ayudar al vencedor. Se produjo un furioso combate alrededor del cuerpo yacente, y no sólo los manípulos cercanos, sino que ya las legiones salieron fuera del campamento y se unieron a la refriega. Los soldados estaban exultantes por la victoria de su tribuno y por la manifiesta presencia de los dioses, y conforme Camilo les ordenaba combatir, apuntó al tribuno, visible con sus despojos y les dijo: *¡Seguid su ejemplo, soldados, y amontonad a los galos sobre su caído campeón!* Dioses y hombres, por igual, tomaron parte en la batalla que se libró hasta un final, sin lugar a dudas, desastroso para los galos, pues ambos ejércitos repitieron absolutamente el resultado del combate singular. Los galos que habían empezado el combate lucharon desesperadamente, pero el resto de los enemigos que acudió a auxiliarles se dio la vuelta antes de entrar al alcance de los misiles. Se dispersaron por territorio de los volscos y de los faliscos; desde allí se abrieron paso hasta Apulia y el mar occidental.

El cónsul formó a sus tropas y, tras elogiar la conducta del tribuno, le regaló diez bueyes y una corona de oro. Siguiendo las instrucciones recibidas del Senado, se hizo cargo de la guerra marítima y reunió sus fuerzas con las del pretor. A los griegos les faltaba valor para correr el riesgo de un enfrentamiento general y todas las perspectivas apuntaban a una guerra larga. Camilo fue, en consecuencia, autorizado por el Senado para designar a Tito Manlio Torcuato como dictador, con el propósito de llevar a cabo las elecciones. Tras nombrar a Aulo Cornelio Coso como jefe de la caballería, el dictador procedió a celebrar las elecciones consulares. Marco Valerio Corvo (que en adelante fue su sobrenombre), un joven de veintitrés años, fue declarado legalmente electo en medio de los aplausos entusiastas del pueblo. Su colega fue el plebeyo Marco Popilio Lenas, elegido ahora por cuarta vez *(348 a.C.).* Nada digno de reseña ocurrió entre Camilo y los griegos; estos no eran combatientes en tierra y los romanos no podían luchar en el mar. En última instancia, ya que se les impedía desembarcar en cualquier parte y les faltaban el agua y otras vituallas imprescindibles, abandonaron Italia. A qué estado o nación griegas pertenecía aquella flota es cuestión dudosa; creo que lo más probable es que perteneciera al tirano de Sicilia, pues los mismos griegos, por aquella

época, estaban sumidos en guerras internas y observaban con temor el creciente poder de Macedonia.

[7.27] Después de que se licenciaran los ejércitos, hubo un intervalo de paz en el extranjero y concordia entre ambos órdenes en casa. Para evitar que las cosas, sin embargo, fuesen demasiado agradables, una peste atacó a los ciudadanos y el Senado mismo se vio en la necesidad de emitir una orden a los decenviros, exigiéndoles consular los Libros Sibilinos. Por su consejo, se celebró un lectisternio. En este año, colonos de Anzio reconstruyeron Sátrico, que había sido destruido por los latinos, y se establecieron allí. Se firmó un tratado entre Roma y Cartago; esta última ciudad había enviado emisarios a pedir una alianza amistosa. Mientras los cónsules que les sucedieron, Tito Manlio Torcuato y Cayo Plaucio, ocuparon el cargo, continuó la paz *(347 a.C.).* El tipo de interés se redujo a la mitad y el pago del principal se haría en cuatro cuotas iguales, la primera al momento y las restantes en tres años consecutivos. Aunque muchos plebeyos estaban aún en peligro, el Senado consideró el mantenimiento del crédito público más importante que la eliminación de las dificultades individuales. Lo que supuso el mayor alivio fue la suspensión del servicio militar y del impuesto de guerra. Tres años después de que Sátrico hubiera sido reconstruida por los volscos, mientras Marco Valerio Corvo era cónsul por segunda vez junto con Cayo Petilio *(346 a.C.)*, se envió un informe desde el Lacio diciendo que mensajeros de Anzio estaban yendo por los distritos latinos incitando a la guerra. A Valerio se le encargó atacar a los volscos antes de que el enemigo se hiciera más numeroso, y se dirigió con su ejército a Sátrico. Allí fue recibido por los anciates y otras tropas volscas que habían sido previamente movilizadas por si se producía cualquier movimiento por parte de Roma. El viejo odio que permanecía entre las dos naciones las hacía ansiar la batalla; no hubo, por tanto, ningún retraso para tratar de alcanzar un acuerdo. La volscos, más audaces a la hora de comenzar la guerra que para mantenerla, fueron completamente derrotados y huyeron precipitadamente a Sátrico. La ciudad fue rodeada y, cuando estaba a punto de ser asaltada (las escalas de asalto estaban ya contra los muros), perdieron toda esperanza y se rindieron hasta cuatro mil guerreros, además de una multitud de no combatientes. La ciudad fue saqueada y quemada; sólo se salvó de las llamas el templo de Mater Matuta; todo el botín se entregó a los soldados. Además del botín, estaban los cuatro mil que se habían rendido; estos marcharon encadenados delante del carro del cónsul en su procesión triunfal, después se les vendió y una gran cantidad de dinero se ingresó en el Tesoro por este concepto. Algunos autores afirman que estos prisioneros eran esclavos que habían sido capturados en Sátrico, y esto parece más probable que haya sido el caso y no que se hubieran vendido como esclavos hombres que se habían rendido.

[7.28] Marco Fabio Dorsuo y Servio Sulpicio Camerino fueron los siguientes cónsules *(345 a.C.).* Un ataque repentino de los auruncinos condujo a una guerra con ese pueblo. Se temía que estuviera implicada más de una ciudad y que, de hecho, hubiera sido planeada por toda la Liga Latina. Para enfrentarse a todo el Lacio en armas, se nombró dictador a Lucio Furio Camilo, este designó a Cneo Manlio Capitolino como jefe de la caballería. Como es habitual en las grandes y repentinas alarmas, se proclamó una suspensión de todos los negocios y el alistamiento se llevó a cabo sin permitir excepción alguna; cuando se completó, las legiones marcharon tan rápidamente como pudieron contra los auruncinos. Estos mostraron tener más temple de bandidos que de soldados y la guerra terminó con el primer combate. Pero como habían empezado la guerra sin provocación alguna y no se habían mostrado renuentes a aceptar la batalla, el dictador pensó que tenía el deber de garantizarse la ayuda de los dioses y, durante la misma lucha, prometió dedicar un templo a Juno Moneta. Al volver victorioso a Roma, renunció a su dictadura para cumplir su promesa. El Senado nombró dos comisionados para llevar a cabo la construcción de este templo en un estilo acorde con la grandeza del pueblo romano, y se designó un lugar en la Ciudadela donde había estado la casa de Marco Manlio Capitolino. Los cónsules usaron el ejército del dictador en la guerra contra los volscos y les tomaron en un golpe de mano la ciudad de Sora. El templo de

Moneta fue dedicado al año siguiente *(344 a.C.)*, cuando Cayo Marcio Rutilio fue cónsul por tercera vez y Tito Manlio Torcuato por segunda. Se produjo un portento poco después de la dedicatoria, parecido al antiguo que ocurrió en el Monte Albano: cayó una lluvia de piedras y pareció que la noche extendía su cortina sobre el día. Los ciudadanos se llenaron de temor ante este suceso sobrenatural y, después de haber consultado los libros sibilinos, el Senado decidió el nombramiento de un dictador para organizar las observancias ceremoniales para los días designados. Se nombró a Publio Valerio Publícola y se designó a Quinto Fabio Ambusto como jefe de la caballería. Se dispuso que no sólo las tribus romanas, sino también las poblaciones vecinas, debían participar en las oraciones públicas y se estableció definitivamente el orden que cada una debía observar. Ese año, los ediles procesaron a prestamistas y se dice que el pueblo aprobó fuertes penas para ellos. Por alguna razón que no se ha registrado, los asuntos desembocaron en un interregno. Como, sin embargo, terminó con la elección de dos cónsules patricios, esta podría haber sido la razón por la que se recurrió a aquel. Los nuevos cónsules eran Marco Valerio Corvo (por tercera vez) y Aulo Cornelio Coso *(343 a.C.)*.

[7.29] La Historia se ocupará ahora con unas guerras mayores que cualesquiera antes registradas; mayores tanto si consideramos las fuerzas enfrentadas, el tiempo que duraron o la extensión del territorio sobre el que se libraron. Porque fue en este año *(343 a. C.)* cuando comenzaron las hostilidades con los samnitas, un pueblo fuerte en recursos materiales y en poder militar. Nuestra guerra con los samnitas, con sus diversas fortunas, fue seguida por la guerra contra Pirro y esta a su vez por la guerra contra Cartago. ¡Qué capítulo de grandes sucesos! ¡Cuán a menudo hubimos de pasar por los peligros más extremos para que nuestro dominio fuera exaltado a su grandeza actual, una grandeza que se mantiene con dificultad! La causa de la guerra entre romanos y samnitas, que habían sido nuestros amigos y aliados, vino, sin embargo, del exterior; no nació de entre los propios pueblos. Los samnitas, simplemente porque eran los más fuertes, lanzaron un ataque no provocado contra los sidicianos; la parte más débil fue obligada a buscar socorro en quienes eran más poderosos y se pusieron su suerte junto a los campanos. El campanos se señalaron en su ayuda, más por mantener el prestigio de su nombre con por su fuerza real; enervados por el lujo, fueron vencidos por un pueblo habituado al uso de las armas y, tras ser derrotados en territorio sidiciano, desviaron todo el peso de la guerra contra sí mismos. Los samnitas, abandonando las operaciones contra los sidicianos, atacaron a los campanos, que eran el pilar y fortaleza de sus vecinos; vieron también que, habiendo sido hasta ahora tan fácil su victoria, ésta le traería más gloria y botín. Se apoderaron de las colinas Tifata, que dominan Capua, y dejó una gran fuerza para mantenerlas, luego descendieron en orden cerrado a la llanura que se encuentra entre las colinas Tifata y Capua. Aquí se produjo una segunda batalla en la que los campanos fueron derrotados y confinados a sus murallas. Habían perdido la flor de su ejército, y como no tenían esperanza alguna de recibir ayuda próximamente, se vieron obligados a pedir auxilio a Roma.

[7.30] Al ser admitidos a una audiencia, sus enviados se dirigieron al Senado del modo siguiente: *¡Senadores!, el pueblo de Capua nos ha enviado ante vosotros como embajadores para solicitar amistad, que será perpetua, y ayuda para la hora presente. Si hubiéramos buscado esta amistad en los días de nuestra prosperidad, se podría haber cimentado con más facilidad pero, al mismo tiempo, con un lazo más débil. Porque en ese caso, recordando que habíamos formado nuestra amistad en igualdad de condiciones, tal vez habríamos sido amigos tan cercanos como ahora, pero habríamos estado menos dispuestos a aceptar vuestras órdenes y menos aún vuestra caridad. Mientras que ahora, ganada vuestra compasión y defendidos en nuestra necesidad por vuestra ayuda, quedamos obligados a apreciar la bondad que nos mostráis para no parecer desagradecidos e indignos de cualquier ayuda divina o humana. Ciertamente, no considero que el hecho de que los samnitas sean ya vuestros amigos y aliados deba ser un impedimento para que nos admitáis a vuestra amistad; esto sólo demuestra que ellos tienen precedencia sobre nosotros en*

la prioridad y grado de honor que vosotros les habéis conferido. No hay nada en vuestro tratado con ellos que impida que celebréis nuevos tratados. Siempre habéis considerado razón suficiente para la amistad que aquel que se os acerca esté ansioso por ser vuestro amigo. Aunque las circunstancias actuales nos impiden hablar con orgullo acerca de nosotros mismos, todavía los campanos no somos los segundos tras ningún otro pueblo más que del vuestro, ni en el tamaño de nuestra ciudad ni en la fertilidad de nuestro suelo, y traeremos, según creo, no poco incremento a vuestra prosperidad al entrar en vuestra amistad. Cada vez que los ecuos y volscos, los eternos enemigos de esta Ciudad, hagan cualquier movimiento hostil, nosotros estaremos en su retaguardia, y a lo que vosotros hagáis por nuestra libertad nosotros os lo devolveremos en pro de vuestro dominio y vuestra gloria. Cuando estas naciones que se encuentran entre nosotros sean sometidas, y vuestro valor y fortuna son una garantía de que a esto se llegará pronto, tendréis un dominio ininterrumpido hasta nuestra frontera. Dolorosa y humillante es la confesión que nuestra suerte nos obliga a hacer; pero habiendo llegado a esto, senadores, nosotros los campanos debemos ser contados o entre vuestros amigos o entre vuestros enemigos. Si nos defendéis, somos vuestros; si nos abandonáis, seremos de los samnitas. Así pues, pensad si preferís que Capua y toda la Campania se añadan a vuestra fuerza o que aumenten el poder de los samnitas. Es de justicia, romanos, que vuestra simpatía y ayuda se extienda todos pero, especialmente, a aquellos que, cuando los demás les llamaron, trataron de ayudarles más allá de sus fuerzas y de este modo se pusieron a sí mismos en tan terrible aprieto. Aunque nuestra lucha fue ostensiblemente en nombre de los sidicianos, luchamos en realidad por nuestra propia libertad, pues vimos a nuestros vecinos caer víctimas del infame pillaje de los samnitas y supimos al ver a los sidicianos consumidos por el fuego que éste se extendería a nosotros. Los samnitas no vienen a atacarnos porque les hayamos hecho ningún mal, sino porque se han aprovechado de buen grado de un pretexto para la guerra. ¿Por qué, si sólo buscan venganza y no una oportunidad para satisfacer su codicia, no es suficiente que hayan caído cuatro de nuestras legiones en territorio Sidiciano y una segunda vez en la misma Campania? ¿Dónde encontraremos resentimiento tan amargo que la sangre derramada en dos batallas que no pueda saciar? ¿Pensáis entonces que la destrucción causada a nuestros campos, los hombres y ganados llevados, el incendio y ruina de nuestras farmacias, toda la devastación por el fuego y la espada no han podido aplacar su ira? Pues no, ellos deben satisfacer su codicia. Esto es lo que les hace apresurarse en el asedio de Capua; están empeñados en destruir la más bella de las ciudades o en hacerla suya. Pero vosotros, romanos, la podréis poseer por vuestra propia bondad en vez de permitir que ellos la tengan como premio a su iniquidad.

No estoy hablando en presencia de una nación que se niegue a ir a la guerra cuando la guerra es justa pero, aún así, creo que si dejáis claro que nos ayudaréis no necesitaréis ir a la guerra. El desprecio que sienten por los samnitas sus vecinos se extiende a nosotros, pero no sube más alto; la sospecha de vuestra ayuda así mostrada es suficiente para protegernos, y nosotros consideraremos que todo lo que tenemos y todo lo que somos es enteramente vuestro. El suelo de Campania será labrado para vosotros, por vosotros se llenará la ciudad de Capua; os consideraremos nuestros fundadores, nuestros padres, sí, incluso dioses; no habrá una sola entre vuestras colonias que nos supere en devoción y lealtad para con vosotros. Tened misericordia, senadores, de nuestros ruegos y manifestad vuestra voluntad divina y vuestro poder en nombre de los campanos y dejadles mantener una cierta esperanza de que Capua estará a salvo. ¿Veis que gran multitud espera a las puertas nuestro regreso? ¡Cuántos dejamos atrás llenos de lágrimas y súplicas! ¡En qué estado de incertidumbre viven ahora el Senado y el pueblo de Capua, nuestras esposas e hijos! Estoy seguro de que toda la población está de pie en las puertas, mirando el camino que conduce hasta aquí, en ansiosa espera de la respuesta que nos ordenéis llevarles. Una respuesta les traerá la seguridad, la victoria, la luz y la libertad; la otra, no me atrevo a decir lo pueda traer. Deliberad, por tanto, sobre nuestro destino, como el de hombres que pueden ser vuestros amigos y aliados o que ya no existirán en ningún lugar.

[7.31] Cuando los enviados se hubieron retirado, el Senado procedió a discutir la cuestión. Muchos de sus miembros resaltaron cómo la mayor y más rica ciudad de Italia, con un territorio muy fértil junto al mar, podría convertirse en el granero de Roma y suministrar gran variedad de suministros. No obstante, sin embargo la lealtad a los tratados superó incluso estos grandes ventajas, y el Senado autorizó al cónsul para que diese la siguiente respuesta: *El Senado es de la opinión, campanos, que sois dignos de recibir nuestra ayuda, pero la justicia exige que la amistad con vosotros se establezca sobre la base de que no se menoscabe ninguna alianza o amistad más antigua. Por lo tanto, rehusamos emplear en vuestro nombre, contra los samnitas, armas que podrían ofender a los dioses tan pronto como hiriesen a los hombres. Nosotros, como es justo y correcto, enviaremos una embajada a nuestros aliados y amigos para pedirles que no os hagan violencia hostil*. Entonces, el jefe de la embajada, actuando de acuerdo con las instrucciones que traía, dijo: *Aunque no estéis dispuestos a hacer un uso justo de la fuerza contra la fuerza bruta y la injusticia, en defensa de lo que nos pertenece, lo haréis de todo modos para defender lo vuestro. Por eso, ahora ponemos bajo vuestro dominio y jurisdicción, senadores, y bajo el del pueblo romano, al pueblo de Campania y la ciudad de Capua, sus campos, sus templos sagrados y todas las cosas humanas y divinas. De ahora en adelante estamos dispuestos a sufrir lo que tengamos que sufrir, como hombres que se han puesto en vuestras manos*. Tras estas palabras, todos ellos se echaron a llorar y, extendiendo sus manos ante el cónsul, se postraron en el suelo del vestíbulo.

Los senadores se sintieron profundamente conmovidos por este ejemplo de los vaivenes de la fortuna humana, donde un pueblo de rico patrimonio, famoso por su orgullo y suntuosidad y de quien, poco antes, sus vecinos habían solicitado ayuda, tenían ahora tan roto el ánimo que se ponían a sí mismos y a todas sus propiedades bajo el poder y la autoridad de otros. En seguida se convirtió en una cuestión de honor que los hombres que habían entregado formalmente a sí mismos, no debían ser abandonados a su suerte y, por lo tanto, se resolvió *que la nación samnita cometería un acto ilícito si atacaba una ciudad y territorio que, al entregarse, se había convertido en posesión de Roma.* Decidieron no perder tiempo y enviar embajadores a los samnitas. Sus instrucciones eran exponer ante ellos a petición de los campanos, la respuesta que el Senado, consciente de sus relaciones amistosas con los samnitas, les había dado, y por último la entrega que se les había hecho. Tenían que pedir a los samnitas, en virtud de la amistad y alianza que existía entre ambos, para salvar a los que se habían entregado a sí mismos, que no efectuasen ninguna acción hostil contra aquel territorio que se había convertido en posesión del pueblo romano. Si estas moderadas protestas resultasen ineficaces, tenían que advertir solemnemente a los samnitas en nombre del Senado y del Pueblo de Roma para que quitasen sus manos de la ciudad de Capua y del territorio de la Campania. Los embajadores expusieron sus instrucciones ante el consejo nacional del Samnio. La respuesta que recibieron fue redactada en términos tan desafiantes que no sólo los samnitas declaraban su intención de proseguir la guerra contra Capua, sino que sus magistrados salieron fuera de la sala del consejo y, en un tono lo bastante alto como para que los embajadores lo oyesen, ordenaron a los prefectos de las cohortes marchar en seguida al territorio campano y arrasarlo.

[7,32] Cuando se informó a Roma del resultado de esta misión, el resto de asuntos fueron prestamente dados de lado y se envió a los Feciales en busca de reparación. Esta fue rechazada y el Senado decretó que se sometiese al pueblo una declaración de guerra, tan pronto como fuera posible. El pueblo ratificó la acción del Senado y ordenó a los dos cónsules que empezara las operaciones, cada uno con su ejército; Valerio en Campania, donde fijó su campamento en el Monte Gauro y Cornelio avanzó por el Samnio y acampó en Saticula. Valerio fue el primero en entrar en contacto con las legiones samnitas. Estos habían marchado contra la Campania porque pensaban que este sería el principal teatro de la guerra y estaban deseando descargar su furia sobre los campanos, que habían estado tan dispuestos a ayudar a otros en su contra y luego a pedir ayuda para ellos mismos. Tan pronto vieron el campamento romano, todos a una exigieron a sus jefes que les dieran la señal para la batalla; decían que los romanos tendrían la misma suerte ayudando a los

campanos que éstos habían tenido al ayudar a los sidicianos. Durante unos días Valerio se limitó a escaramuzas, con objeto de probar la fuerza del enemigo. Al fin, sacó la señal de batalla y pronunció unas pocas palabras para alentar a sus hombres. Les dijo que no se dejasen intimidar por una nueva guerra o un nuevo enemigo, pues cuanto más alejaban sus armas de la Ciudad más pacíficas serían las naciones que se aproximaban. No tenían que medir el valor de los samnitas por las derrotas que habían infligido a los sidicianos y los campanos; siempre que ambas naciones combatían juntas, cualesquiera fuesen sus cualidades, un bando debía ser necesariamente vencido. No cabía duda de que, por lo que respecta a los campanos, debían sus derrotas más a su falta de audacia y a los efectos del debilitamiento por el excesivo lujo que a la fuerza de sus enemigos. ¿Qué podían pesar dos guerras victoriosas por parte de los samnitas en todos aquellos siglos, contra los muchos y brillantes logros del pueblo romano, que contaba con casi más triunfos que años transcurridos desde la fundación de su Ciudad, que había sometido por la fuerza de las armas a todas las naciones vecinas: sabinos, etruscos, latinos, hérnicos, ecuos, volscos y auruncinos, que habían masacrado a los galos en tantas batallas y echado por fin a sus barcos? Sus hombres no sólo debían entrar en acción con plena confianza en su propio valor y reputación de guerreros, sino que también debían recordar bajo qué auspicios y qué general iban a luchar; si lo iban a hacer bajo el mando de un hombre que sólo era un gran orador, valiente sólo de palabra e ignorante del arte militar o bajo uno que sabía manejar él mismo las armas, que se podía poner a sí mismo en vanguardia y cumplir con su deber en el tumulto del combate. *Quiero que vosotros, soldados*, continuó, *sigáis mis hechos y no mis palabras, y que miréis en mí no sólo las órdenes, sino también el ejemplo. No ha sido mediante luchas de partido ni mediante intrigas, tan habituales entre los nobles, sino por mi propia mano derecha que he ganado tres consulados y alcanzado la más alta reputación. Hubo un tiempo en el que se me podría haber dicho: "Sí, tú eras un patricio descendiente de los liberadores de nuestra patria, y tu familia obtuvo el consulado en el primer año en que esta Ciudad nombró cónsules". Ahora, sin embargo, el consulado está abierto para vosotros los plebeyos tanto como para los que somos patricios; no es ya la recompensa por el alto nacimiento, como antes, sino el mérito personal. ¡De aquí en adelante, soldados, podemos esperar los más altos honores! Si con la sanción de los dioses vosotros me habéis dado este nuevo nombre de Corvino, yo no he olvidado el viejo sobrenombre de nuestra familia: Yo no he olvidado que soy un Publícola. Yo siempre apoyo y he apoyado los intereses de la plebe romana, tanto en el hogar como en campaña, sea como ciudadano privado o desempeñando un cargo público, como tribuno militar o como cónsul. He sido coherente con este objetivo en todos mis sucesivos consulados. Y ahora, por lo que tenemos inmediatamente frente a nosotros: Id, con la ayuda del cielo, y ganad conmigo por primera vez un triunfo sobre vuestros nuevos enemigos, los samnitas.*

[7.33] En ningún lugar hubo nunca un general que se hiciera más querido de sus soldados, al compartir alegremente cada obligación con el más humilde de sus hombres. En los juegos militares, cuando los soldados hacían competiciones de velocidad y fuerza entre ellos, él estaba igualmente dispuesto a ganar que a perder y nunca consideró a nadie indigno de ser su antagonista. Demostraba ser amable siempre que las circunstancias lo requería; en su lenguaje, consideraba tanto la libertad ajena como su propia dignidad, y lo que le hacía más popular era que mostraba las mismas virtudes en el cumplimiento de las obligaciones de su cargo que las que había mostrado cuando aspiraba a este. Tras las palabras de su comandante, todo el ejército salió del campamento con extraordinaria presteza. En ninguna batalla se ha luchado nunca con fuerzas más igualadas, o esperanzas de victoria tan semejantes para ambas partes, ni una mayor autoconfianza de cada lado acompañado, sin embargo, de desprecio por su oponente. El temperamento combativo de los samnitas se había acrecentado por sus recientes logros y por la doble victoria ganada pocos días atrás; los romanos, por su parte, estaban inspirados por su glorioso historial de cuatro siglos de victorias que se remontaba a la fundación de la Ciudad. Pero cada bando sentía cierta inquietud ante el enfrentamiento con un enemigo nuevo y nunca antes combatido. La batalla fue un índice de sus

sentimientos; por algún tiempo lucharon tan decididamente que ninguna línea mostró signos de ceder. Al fin, el cónsul, viendo que los samnitas no podían ser rechazados por la lucha tenaz, decidió probar el efecto de un golpe repentino y lanzó su caballería contra ellos. Esto no hizo ningún efecto, y al verles dando vueltas por el estrecho espacio entre los ejércitos oponentes tras su inútil carga, habiendo fracasado completamente en penetrar las líneas contrarias, cabalgó de vuelta a las primeras líneas de las legiones y, tras desmontar, dijo: *¡Soldados!, esta tarea corresponde a nuestra infantería. ¡Vamos! Seguidme, mirad cómo me abro paso a través de las filas enemigas con mi espada. Que cada uno haga cuanto pueda para reducir a los que tiene enfrente. Todo ese terreno que veis ahora brillante de lanzas, lo contemplaréis limpia tras una gran carnicería*. Mientras pronunciaba estas palabras, la caballería, por orden del cónsul, se retiró sobre ambos flancos, dejando el centro expedito para las legiones. El cónsul dirigió la carga y mató al primer hombre con que se enfrentó. Espoleados al verle, cada hombre, a derecha e izquierda, cargó hacia adelante y comenzó una lucha por ser recordado. Los samnitas no se inmutaron, a pesar de que estaban recibiendo más heridas de las que infligían.

La batalla había durado un tiempo considerable; hubo una terrible masacre alrededor de los estandartes samnitas pero sin señal de huida por ninguna parte, tan resueltos estaban a que sólo la muerte fuese su vencedor. Los romanos a ver cómo se agotaban sus fuerzas por la fatiga y que no quedaba mucha luz diurna, así que espoleados por la rabia y la decepción se arrojaron temerariamente contra su enemigo. Entonces, por primera vez, se vio a los samnitas cediendo terreno y preparándose huir; estaban siendo hechos prisioneros y muertos por todas partes, y no muchos habrían sobrevivido si la noche no hubiese puesto fin a lo que ya se estaba convirtiendo más en una victoria que una la batalla. Los romanos admitieron que nunca había luchado con un enemigo más obstinado, y cuando se preguntó a los samnitas quién fue lo primero que les hizo darse, tras toda su tenacidad, a la huida, dijeron que los ojos de los romanos parecían como de fuego, y sus caras y expresiones como las de locos; fue esto, más que otra cosa, lo que les llenó de terror. Este terror se manifestó no sólo en el resultado de la batalla, sino también en su apresurada huida nocturna. Al día siguiente, los romanos se apoderaron de su vacío campamento y toda la población de Capua salió hasta allí para felicitarlos.

[7.34] Pero estos festejos estuvieron a punto de amargarse por un gran desastre en el Samnio. El cónsul Cornelio había avanzado desde Saticula y condujo su ejército por un paso de montaña que desciende hasta un estrecho valle. Todas las alturas circundantes estaban ocupadas por el enemigo, y él no se dio cuenta de que estaban en lo alto, por encima de él, hasta que la retirada era imposible. Los samnitas permanecieron esperando en silencio hasta que la totalidad de la columna debía descender a la parte más baja del valle; pero mientras tanto, Publio Decio, un tribuno militar, divisó un pico que sobresalía del paso que dominaba el campamento enemigo. Esta altura habría sido difícil de escalar para una fuerza pesadamente armada, pero no para una que marchase ligera. Decio se acercó al cónsul, que estaba muy alarmado, y le dijo: *¿Ves, Aulo Cornelio, esa altura sobre el enemigo? Si aprovechamos rápidamente esa posición que los samnitas han estado tan ciegos como para dejar desocupada, resultará ser una fortaleza que asegurará toda nuestra esperanza de salvarnos. No me des más que los hastados y los príncipes de una legión. Cuando haya llegado a la cumbre, sal tú de aquí y sálvate junto con el ejército; pues el enemigo debajo de nosotros, siendo un blanco para cada proyectil que lancemos, no podrá moverse sin ser destruido. O bien la fortuna de Roma o bien nuestro propio valor, nos abrirán el camino para escapar*. El cónsul se lo agradeció vivamente y, después de entregarle el destacamento que solicitó, Decio marchó sin ser visto a través del paso; sólo fue visto por el enemigo cuando ya estaba cerca del lugar al que se dirigía. Entonces, mientras todos los ojos estaban fijos en él con un silencio asombrado, le dio al cónsul el tiempo preciso para retirar su ejército a una posición más favorable y él mismo se situó con sus hombres en lo alto de la cumbre. Los samnitas iban sin rumbo de acá para allá; no podían seguir al cónsul, excepto por el mismo camino donde este había quedado expuesto a sus armas y que resultaba ahora

igualmente peligroso para ellos, ni podían dirigir una fuerza contra la colina por encima de ellos, de la que Decio se había apoderado.

Él y sus hombres les habían arrebatado la victoria que ya estaba a su alcance, por lo que fue él contra quien dirigieron principalmente su ira, resultando la cercanía de la posición y la escasez de sus defensores incentivos adicionales para atacarles. Primero se dispusieron a asediar los picos por todas partes, para así separar a Decio del cónsul, después pensaron en retirarse y dejarle abierto el camino, para poderle atacar cuando hubiera descendido al valle. Mientras estaban todavía indecisos, les alcanzó la noche. Al principio, Decio esperaba poder atacarlos desde su terreno más elevado mientras ellos avanzaban hacia lo alto; luego empezó a preguntarse por qué no atacaban o, en todo caso, si les detenía la naturaleza del terreno, por qué no lo rodeaban. Convocó a los centuriones. *¿Qué ignorancia o qué cobardía es esta?* -exclamó- *¿Cómo han podido ganar estos hombres una victoria sobre los sidicianos y los campanos? Allí los veis, marchando arriba y abajo, unas veces en orden cerrado y otras desplegados. En todo este tiempo, podíamos haber sido ya rodeados, pero nadie ha empezado siquiera a fortificar. ¿Vamos a hacer como ellos y quedarnos aquí más tiempo del preciso? Venid conmigo y hagamos un reconocimiento de sus posiciones mientras aún queda luz y averigüemos por dónde hay una apertura por la que salir.* Disfrazado con una capa de soldado común para que el enemigo no le pudiera distinguir, y con sus centuriones vestidos igual, hizo un examen detenido de todos aquellos detalles.

[7.35] Después de disponer las guardias, ordenó que se diera el santo y seña al resto de las tropas; cuando sonó la bucina de la segunda guardia hizo que se reuniesen con él en silencio. Cuando se hubieron reunido de acuerdo con las instrucciones, les dijo: *Este silencio, soldados, debe mantenerse, y no aplaudir nada de lo que yo diga. Cuando haya expuesto ante vosotros lo que me propongo, aquellos de vosotros que lo aprueben cruzarán en silencio a la derecha. Se adoptará la opinión de la mayoría. Y ahora escuchad mis planes. No se os ha traído aquí huyendo, ni se os ha abandonado por cobardía y el enemigo os está acechando. Habéis tomado esta posición por vuestro valor y por vuestro valor la abandonaréis. Al llegar hasta aquí habéis salvado un espléndido ejército de Roma, ahora debéis salvaros a vosotros mismos abriéndoos paso. Aunque sois pocos en número, habéis ayudado a muchos, y sólo resultará apropiado que os marchéis sin necesitar ayuda de nadie. Lo tenemos que hacer frente a un enemigo que por su negligencia de ayer no pudo aprovechar la oportunidad que le dio la Fortuna para aniquilar a todo un ejército; que no se dio cuenta de este útil pico sobre ellos hasta que nosotros lo tomamos. Con todos sus miles de hombres no nos impidieron, pocos como éramos, subir, y una vez estuvo en nuestro poder ¿nos encerraron con fortificaciones, aunque aún quedaba bastante luz? El enemigo a quien habéis eludido mientras tenía los ojos abiertos y estaba en guardia, podrá a buen seguro ser evitado cuando está vencido por el sueño. De hecho, es absolutamente necesario que lo hagáis, pues nuestra posición es tal que debo más señalaros la situación en que estáis que sugeriros un plan de acción. Porque no puede haber ninguna duda sobre si salir o permanecer aquí, pues la Fortuna no os ha dejado más que vuestras armas y vuestro valor, que sabe cómo usarlas. Si mostramos más miedo de la espada que de portarnos como hombres y romanos, moriremos de sed y hambre. Nuestra única posibilidad de salvación, así pues, reside en abrirnos camino y salir. Lo tenemos que hacer, sea de día o de noche. Pero este es un punto que admite pocas dudas; si esperamos a la luz del día, ¿cómo podemos esperar que el enemigo, que, como veis, ha formado un círculo de hombres alrededor de nosotros, no nos encierre completamente con vallas y foso? Por otra parte, si la noche es mejor para nuestra salida, como sin duda es, entonces esta hora de la noche es seguramente la más conveniente. Os he convocado en la segunda guardia, una hora en que los hombres están sumidos en el sueño. Pasaréis a través de ellos en silencio, inadvertidos por los que duermen, pero en caso de que se den cuenta de vuestra presencia, los aterrorizaréis lanzando un grito repentino. Me habéis seguido hasta aquí, seguidme ahora mientras yo sigo a la Fortuna que nos ha guiado hasta aquí. Aquellos de vosotros que piensen que este plan es seguro, que den un paso adelante y*

pasen a la derecha.

[7.36] Todos cruzaron. Luego siguieron a Decio mientras se movía a través de los intervalos entre los piquetes. Ya habían llegado hasta el centro de las líneas samnitas cuando un soldado caminando sobre los cuerpos de los centinelas dormidos hizo un ruido al golpear el escudo contra uno de ellos. El centinela, despertado por el ruido, agitó al que estaba con él; ambos se levantaron de un salto y despertaron a los demás, sin saber si eran amigos o enemigos quienes estaban entre ellos, ni si eran las tropas de Decio que salían o las del cónsul capturando el campamento. Como ya no pasaban desapercibidos, Decio ordenó a sus hombres que lanzaran un grito, que paralizó de miedo a los que estaban medio dormidos, medio despiertos. En su confusión, no acertaron a tomar las armas con prontitud y no pudieron ofrecer ninguna resistencia ni perseguir a sus agresores. Mientras los samnitas estaban en este estado de confusión y pánico, los romanos, derribando a cuantos se les oponían, se abrieron paso en dirección al campamento del cónsul. Aún restaba una parte considerable de la noche y, evidentemente, ya estaban a salvo. Decio se dirigió a ellos: *¡Todo honor vosotros, valientes romanos!, vuestra marcha desde aquella altura y vuestro regreso serán exaltados en toda época. Sin embargo, para otorgaros el debido reconocimiento a tal valor es necesaria la luz del día; merecéis algo más que llevar vuestra gloria a un campamento oculto por el silencio de la noche. Descansaremos aquí y esperaremos la luz del nuevo día.* Así pues, descansaron. Tan pronto como hubo luz y se dio la novedad al cónsul en el campamento hubo allí gran excitación y regocijo, y cuando se anunció oficialmente por todo el campamento que los hombres que habían salvado al ejército a riesgo de sus propias vidas habían vuelto sanos y salvos, todos salieron en tropel a su encuentro, les llovieron felicitaciones, se agradeció y alabó a los dioses y subían a Decio a los cielos. Desfiló por el campamento, en lo que equivalía a una procesión triunfal, con su pequeña fuerza completamente armada. Todos los ojos estaban fijos en él; el tribuno militar fue tratado con tanta distinción como si hubiera sido un cónsul. Cuando llegó al pretorio, el cónsul ordenó que se tocase a reunión. Estaba empezando a dar a Decio los elogios que tanto había merecido, ante todo el ejército, cuando Decio lo interrumpió y le pidió aplazar los celebraciones en vista de la espléndida oportunidad que tenían ahora al alcance de sus manos. Así pues, el cónsul mandó romper filas y siguió el consejo de Decio, que consistía en atacar al enemigo antes de que se hubiera repuesto de su sobresalto nocturno y estuviera aún dispuesto alrededor de la altura en destacamentos separados; se creía que algunos de los que habían sido enviados en su persecución aún estarían atravesando el paso. Se ordenó a las legiones que se armasen para el combate y fueron llevados por una ruta más abierta contra el enemigo, ya que grupos de exploración habían traído información sobre su localización. El ataque fue repentino e inesperado; los samnitas fueron dispersados por todas partes, la mayoría sin armas, sin poder tomarlas, formar unidades compactas o retirarse tras su empalizada. Primero fueron llevados por el pánico a su campamento, luego se capturó rápidamente el propio campamento. Los gritos hacían eco en la altura y los destacamentos que habían sido encargados de la vigilancia huyeron de un enemigo al que aún no habían visto. Aquellos que habían huido aterrados a su campamento, unos 30.000, fueron asesinados.

[7.37] Después de esta gesta, el cónsul convocó una Asamblea y, en presencia de camaradas, pronunció un panegírico de Decio, no sólo por sus servicios anteriores sino también por esta prueba suprema de sus cualidades como soldado. Además otras recompensas militares, le regaló una corona de oro y cien bueyes, así como uno blanco de especial belleza cuyos cuernos habían sido dorados. Los hombres que le habían acompañado fueron premiados con doble ración permanente además de un buey y dos túnicas para cada uno. Después que el cónsul hubo hecho los regalos, los legionarios, entre sonoros vivas, colocaron sobre la cabeza de Decio una corona de hierba. Otra corona similar le fue otorgada por sus propios hombres. Llevando estas condecoraciones, sacrificó al toro bellamente decorado a Marte y regaló los cien bueyes que se le habían otorgado a los hombres que les habían acompañado en su expedición. Los legionarios también contribuyeron con una libra de

farro y un sextario de vino para cada uno de ellos. Durante todas estas celebraciones se proferían gritos entusiásticos por todo el campamento. Después de la derrota que habían sufrido a manos de Valerio, el ejército samnita estaba decidido a someter su fortuna a la prueba de un conflicto definitivo y se libró una tercera batalla en Arienzo. Se alistó toda la fuerza combativa de la nación. Se enviaron a toda prisa las alarmantes nuevas hasta Capua; de allí galoparon jinetes hacia el campamento romano para pedir ayuda a Valerio. En el acto ordenó avanzar y, dejando una importante fuerza para proteger el campamento y los bagajes, se dirigió a marchas forzadas hacia Suessula. Escogió un lugar para su campamento no lejos del enemigo, y de poco tamaño pues, con excepción de los caballos, no tenía que dar cabida a equipajes, animales o seguidores. El ejército samnita, asumiendo que no habría demora en entrar en combate, formó sus líneas y, como el enemigo no avanzaba contra ellos, marcharon hacia el campamento romano preparados para asaltarlo. Cuando vieron a los soldados en la empalizada y supieron por las partidas de reconocimiento, que habían enviado en todas direcciones, que el campamento era de pequeñas dimensiones, concluyeron que sólo habría en él una débil fuerza enemiga. Todo el ejército comenzó a clamar que se rellenara el foso y que se derribara la empalizada para forzar la entrada al campamento. Si los generales no hubieran retenido el ímpetu de sus hombres, su temeridad habría puesto fin a la guerra. Como resultaba, sin embargo, que su gran número estaba agotando sus suministros y debido a su falta de acción anterior en Suessula y a la demora en llevarlos al combate, no estaban lejos de la más absoluta escasez. Decidieron, por lo tanto, que como, imaginaban, el enemigo temía aventurarse fuera de su campamento, enviarían partidas de forrajeo por los campos de alrededor. Mientras, esperaban que como los romanos no habían hecho ningún movimiento y habían, como mucho, llevado sólo el grano que podían transportar a sus espaldas, también estarían pronto faltos de todo. Cuando el cónsul vio al enemigo esparcido por los campos y que sólo quedaban unos pocos de servicio frente al campamento, dirigió unas pocas palabras de ánimo de sus hombres y los condujo fuera para asaltar el campamento samnita. Entraron a la primera embestida; la mayoría de los enemigos resultaron muertos en sus tiendas, más que ante las puertas o en la empalizada. Ordenó que fuesen reunidos todos los estandartes capturados. Dejando a dos legiones para guarnecer el campamento, dio órdenes estrictas de no tocar el botín hasta que regresase. Él siguió adelante con sus hombres en columna abierta y envió a la caballería para rodear a los samnitas dispersos, como si fuera un juego, y que los empujasen contra su ejército. Hubo una masacre inmensa, porque estaban demasiado aterrorizados para pensar bajo qué estandarte reunirse, si huir hacia su campamento o más lejos. Sus temores los llevaron a una huida tan apresurada que cuarenta mil escudos (muchos más que el número de muertos) y estandartes militares, incluyendo aquellos capturados al asaltar el campamento, hasta ciento setenta, fueron llevados ante el cónsul. Luego regresó al campamento samnita y todo el botín fue entregado a los soldados.

[7.38] El éxito que coronó estas operaciones hizo que los faliscos deseasen ansiosamente convertir su tregua de cuarenta años en un tratado de paz permanente con Roma. También llevó a los latinos a abandonar sus planes contra Roma y emplear la fuerza que habían reunido contra los pelignos. La fama de estas victorias no se limitó a los límites de Italia; incluso los cartagineses enviaron una delegación para felicitar al Senado y regalar una corona de oro que fue colocada en la capilla del templo de Júpiter, en el Capitolio. Pesaba veinticinco libras. Ambos cónsules celebraron un triunfo sobre los samnitas. Una figura destacada en la procesión fue Decio, llevando sus condecoraciones; en sus improvisadas bromas, los soldados repetían su nombre tanto como el del cónsul. Poco después de esto se concedió audiencia a delegaciones de Capua y de Suessa y, a petición suya, se dispuso que fuese enviada una fuerza para invernar en aquellas dos ciudades y actuar como freno contra los samnitas. Incluso en aquellos días, un periodo de residencia en Capua no era algo en absoluto favorable a la disciplina militar; teniendo placeres de toda clase a su disposición, las tropas se ablandaban y su patriotismo se veía socavado. Empezaron a trazar planes para apoderarse de Capua con la misma intención criminal que sus actuales poseedores han

heredado de los antiguos. *Se merecían de sobra,* se dijeron, *que el precedente que sentaron se volviera contra ellos mismos. ¿Por qué un pueblo como el de los campanos, que fue incapaz de defender sus propiedades y a ellos mismos, debía disfrutar de la tierra más fértil de Italia y de la ciudad mejor fortificada de su territorio, antes que un ejército victorioso que había expulsado de allí a los samnitas con su sudor y su sangre? ¿Era justo que estas gentes que se habían entregado a su poder estuvieran disfrutando de ese fértil y delicioso país mientras que ellos, cansados de guerrear, tenían que bregar con el suelo árido y pestilente que rodeaba la Ciudad, o sufriendo las ruinosas consecuencias de los crecientes intereses que les esperaban en Roma?* Esta agitación, que se estaba llevando a cabo en secreto, pues sólo unos pocos tenían la confianza de los conspiradores, fue descubierta por el nuevo cónsul, Cayo Marcio Rutilio, al que había correspondido Campania en el sorteo, como su provincia, mientras su colega, Quinto Servilio, quedó en la Ciudad *(342 a.C.).* Endurecido por los años y la experiencia (había sido cuatro veces cónsul así como dictador y censor), pensó que lo mejor que podía hacer sería, tras conocer los hechos que habían averiguado los tribunos, frustrar cualquier opción que tuviesen los soldados prolongando en ellos la esperanza de que podrían ejecutar sus planes siempre que quisieran. Las tropas se habían distribuido entre las ciudades de la Campania, y el plan previsto se había propagado desde Capua a toda la fuerza. Así pues, el cónsul difundió un rumor diciendo que al año siguiente se ocuparían los mismos cuarteles de invierno. Como no les pareció que hubiese ninguna necesidad de ejecutar inmediatamente sus planes, la agitación de calmó por el momento.

[7.39] Después de instalar al ejército en sus cuarteles de verano, estando todo tranquilo entre los samnitas, el cónsul empezó a depurarlo, deshaciéndose de los espíritus rebeldes. Algunos fueron licenciados, diciéndoles que ya habían cumplido su periodo de servicio; a otros se los declaró no aptos por edad o enfermedad; a otros se les envió a casa de permiso, al principio por separado, luego se seleccionaron y enviaron cohortes juntas, con la excusa de que habían pasado el invierno lejos de sus hogares y propiedades. Un gran número fue trasladado a diferentes lugares, aparentemente por necesidades del servicio. A todas estas tropas, el cónsul y el pretor mantenían en Roma con diversos pretextos imaginarios. Al principio, sin advertir el engaño a que se les sometía, estuvieron encantados de volver a sus casas. Pronto, sin embargo, descubrieron que ni siquiera los que habían sido enviados al principio se volvían a unir a sus estandartes y que casi ninguno era vuelto a destinar fuera, excepto los que habían estado en Campania y, de entre ellos, sobre todo los principales agitadores. Al principio quedaron sorprendidos, y después sintieron un bien fundado temor de que sus planes se hubiesen filtrado. *Ahora*, se dijeron, *tendremos que sufrir un juicio militar, las delaciones, uno tras otro seremos ejecutados en secreto; el tiránico y cruel despotismo de cónsules y senadores se desatará sobre nosotros*. Los soldados, viendo cómo los que habían constituido la columna vertebral de la conspiración habían sido hábilmente apartados por los cónsules, no se atrevieron a hacer nada más que susurrar estas cosas entre sí.

Una cohorte, que estaba estacionada cerca de Anzio, tomó una posición en Lautulas, en un estrecho paso entre las montañas y el mar para interceptar a aquellos a los que el cónsul enviaba a casa con los diversos pretextos mencionados anteriormente. Que pronto se convirtieron en un cuerpo muy numeroso, y nada le faltaba para que tuviese la forma de un ejército regular, salvo un general. Se trasladaron a territorio de Alba, saqueando a voluntad y se fortificaron en un campamento bajo la colina de Alba Longa. Después de terminar su fortificación, pasaron el resto del día discutiendo sobre la elección de un jefe, pues no confiaban lo bastante en ninguno de ellos mismos. Pero, ¿a quién podrían invitar de Roma? ¿Cuál de los patricios o de los plebeyos se expondría a tal peligro, a quién se podría confiar con certeza la causa de un ejército enloquecido por la injusticia? El día siguiente los encontró aún inmersos en el debate, cuando algunos de los que habían estado dispersos en la expedición de saqueo trajeron la información de que Tito Quincio estaba cultivando una granja en territorio tusculano y había perdido todo interés por su Ciudad y las honorables distinciones que había ganado. Este hombre pertenecía a una gens patricia y, después de

alcanzar gran reputación como soldado, vio cortada su carrera militar por una herida que le hizo cojo de un pie y así se dedicó a la vida rural, lejos del Foro y sus luchas partidistas. Al oír mencionar su nombre recordaron nuevamente al hombre, y esperando que todo saliese bien, le invitaron. Difícilmente podían esperar que él viniese voluntariamente y se dispusieron a amenazarle para que aceptase la invitación. Así pues, los mensajeros entraron en su casa de campo en medio de la noche y lo despertaron de un sueño profundo; después le dijeron que no tenía alternativa: que o bien aceptaba la autoridad y el grado o, si se resistía, le esperaba la muerte y se lo llevaron al campamento. A su llegada le saludaron como su general y, estando tan consternado por lo extraño y súbito de la aventura, le entregaron las insignias de su cargo y se le urgió para que les condujese hacia la Ciudad. Actuando más por propia iniciativa que por consejo de su jefe, tomaron sus estandartes y marcharon en son de guerra hasta la octava piedra miliar de lo es ahora la Vía Apia. Habrían marchado enseguida hasta la Ciudad de no haber recibido aviso de que se aproximaba un ejército y que Marco Valerio Corvo había sido nombrado dictador, con Lucio Emilio Mamerco como su jefe de caballería, para actuar contra ellos *(341 a.C.).*

[7.40] Tan pronto como llegaron a la vista y reconocieron las armas y estandartes, el pensar en su patria instantáneamente calmó las pasiones de todos ellos. Aún no se habían endurecido por la visión del derramamiento civil de sangre, no conocían más guerras que aquellas contra enemigos externos y la secesión de sus propios compatriotas empezaba a ser vista como el último grado de locura. En primer lugar los jefes, y luego los hombres en ambos lados buscaron una salida para negociar. Quincio, que ya había tenido bastante con luchar por su patria y sería el último hombre en hacerlo contra ella, y Corvo, que sentía devoción por sus compatriotas, especialmente por los soldados y sobre todo por su propio ejército, se acercaron a parlamentar. Cuando reconocieron a este último, sus oponentes le mostraron tanto respeto como sus propios hombres, como demostró el silencio con que se dispusieron a escucharle. Él se dirigió a ellos como sigue: *¡Soldados! Cuando dejé la Ciudad, ofrecí oraciones a los dioses inmortales que velan por nuestro estado, el vuestro y el mio, para que les placiera concederme, no una victoria contra vosotros, sino la gloria de una reconciliación. Ha habido y habrá multitud de ocasiones para ganar gloria en la guerra; en esta ocasión tenemos que buscar la paz. Lo que he implorado a los dioses inmortales, cuando ofrecí mis oraciones, ahora lo tenéis en vuestras manos si recordáis que no estáis acampados en el Samnio, ni entre los volscos, sino en suelo romano. Estas colinas que veis son las colinas de vuestra Ciudad; yo, vuestro cónsul, soy el hombre bajo cuyos auspicios y jefatura habéis derrotado dos veces a las legiones de los samnitas hace un año, y dos veces habéis capturado su campamento. Yo soy Marco Valerio Corvo, soldados, un patricio, es cierto, pero mi nobleza se ha mostrado en vuestro beneficio, no en vuestra contra; nunca he propuesto leyes crueles para vosotros ni llevado un decreto opresivo al Senado; en todas mis órdenes he sido tan estricto con vosotros como conmigo mismo. Si el nacimiento noble, si el mérito personal, si los altos cargos, si el servicio distinguido puede hacer a un hombre orgulloso, me atrevo a decir que tanto por mi ascendencia como por las pruebas que he dado por mí mismo, obteniendo el consulado a la edad de veintitrés años, tenía en mi poder mostrarme duro y autoritario, no sólo con la plebe, sino incluso con los patricios. ¿Habéis oído que yo haya dicho o hecho como cónsul algo que no hubiera hecho de ser uno de vuestros tribunos? Con ese espíritu, he gobernado durante dos consulados sucesivos; con ese espíritu se llevará esta dictadura; no seré más suave para con mis propios soldados y los de mi patria que hacia vosotros que podríais ser, detesto la palabra, sus enemigos.*

Antes desenvainaréis vuestras espadas que yo saque la mía contra vosotros; si tiene que haber lucha, será desde vuestro lado donde suenen los toques de avance, desde vuestro lado se lanzará el grito de guerra y empezará la carga. ¿Habréis imaginado hacer lo que vuestros padres y abuelos, los que se separaron yendo al Monte Sacro y que luego tomaron posesión del Aventino, no llegaron a concebir? ¡Esperad a que salgan de la Ciudad vuestras esposas y madres, para encontrarse con vosotros como ya hicieron con Coriolano! Entonces se retuvieron las legiones

volscas de atacarnos por tener un general romano; ¿no desistiréis vosotros, un ejército de romanos, de esta guerra impía? ¡Tito Quincio! ¡Por lo que quiera que estás en tu actual situación, voluntaria o involuntariamente, si va a haber lucha, retírate, te lo ruego, a la línea más retrasada; será para ti más honorable huir de un conciudadano que pelear contra tu patria. Pero si va a haber paz, ocupa tu lugar con honor entre los principales y juega el papel de benéfico mediador en esta conferencia. Pide lo que sea justo y se os dará, aunque asentiremos incluso a lo que no lo sea con tal de no pecar manchándonos las manos con la sangre del otro. Tito Quincio, bañado en lágrimas, se volvió a sus hombres y les dijo: *Si por fin, soldados, soy de alguna utilidad, veréis que resulto mejor jefe para la paz que para la guerra. Las palabras que habéis escuchado no son las de un volsco o un samnita, sino las de un romano. Os han sido dichas por vuestro cónsul, vuestro general, soldados, cuyos auspicios sabéis por experiencia que os son favorables; no queráis aprender por la experiencia cómo pueden ser si los dirigen contra vosotros. El Senado tenía a su disposición otros generales más dispuestos a luchar contra vosotros; pero ha elegido al único hombre que ha mostrado la mayor consideración por sus soldados, en el que habíais puesto la mayor confianza como vuestro jefe. Incluso aquellos que tienen la victoria de su parte desean la paz, ¿qué deberíamos desear nosotros? ¿Por qué no dejamos de lado todos los resentimientos y las ambiciosas esperanzas, esos consejeros traicioneros, y nos entregamos a nosotros mismos y a nuestros intereses a su probada fidelidad?*

[7,41] Hubo un grito general de aprobación, y Tito Quincio, avanzando al frente, aseguró que sus hombres se pondrían bajo la autoridad del dictador. Imploró a Valerio que asumiese la causa de sus infelices conciudadanos y que, cuando se hiciera cargo de ella, la mantuviera con la misma integridad que había siempre mostrado en sus cargos públicos. Para sí mismo no puso condición alguna, toda su esperanza residía en su inocencia, pero para los soldados debían darse las mismas garantías que se dieron a la plebe en tiempos de sus padres, y luego a las legiones, es decir, que ningún hombre sería castigado por haber tomado parte en la secesión. El dictador expresó su aprobación a cuanto había dicho, y después de decirles a todos que esperasen lo mejor, galopó de vuelta a la Ciudad y, tras obtener el consentimiento del Senado, llevó una propuesta ante el pueblo, que se había reunido en asamblea en el bosque Petelino, asegurando la inmunidad a todos los que habían tomado parte en la secesión. A continuación, pidió a los Quirites que le concedieran una petición, que era que nunca nadie, ni en broma ni en serio, pudiera usar este asunto contra ninguno. Se aprobó también una Ley Sagrada militar por la que el nombre de ningún soldado podría ser borrado de la lista de recluta sin su consentimiento. Se incorporó posteriormente una disposición adicional por la que se prohibía que se pudiera hacer servir como centurión a cualquiera que hubiera sido con anterioridad tribuno militar. Esto fue consecuencia de una demanda, hecha por los amotinados, respecto a Publio Salonio, que había sido cada año tribuno militar o primer centurión. Estaban enfadados con él porque siempre se había opuesto a sus proyectos de amotinamiento y había huido de Lautulas para evitar que se mezclaran con ellos. Dado que esta propuesta estaba dirigida exclusivamente a Salonio, el Senado se negó a permitirlo. Luego, el mismo Salonio apeló a los senadores para que no considerasen su dignidad de más importancia que la armonía del estado y, por su petición, finalmente la permitieron. Otra demanda igual de atrevida fue que la paga de la caballería debía ser reducida, por aquel tiempo recibían el triple que la infantería, porque habían actuado contra los amotinados.

[7,42] Además de estas medidas, he podido encontrar estas otras registradas por diversos autores. Lucio Genucio, un tribuno de la plebe, les presentó una medida que declaraba ilegal la usura, también se adoptaron otras que prohibían que cualquiera pudiera aceptar la reelección al mismo cargo hasta que hubiesen pasado diez años, o desempeñar dos cargos el mismo año, y también que ambos cónsules pudieran ser legalmente elegidos de entre la plebe. Si realmente se hicieron todas estas concesiones, está claro que la revuelta tuvo que poseer una fuerza considerable.

En otros analistas se dice que Valerio no fue nombrado dictador, sino que el asunto fue enteramente resuelto por los cónsules; también que no fue antes de que llegasen a Roma, sino en la misma Roma, donde el grupo de conspiradores hizo estallar la revuelta armada; también dicen que no fue a la granja de Tito Quincio, sino a la casa de Cayo Manlio, donde hicieron la visita nocturna y que fue Manlio el capturado por los conspiradores y convertido en su jefe, tras lo cual marcharon hasta una distancia de cuatro millas y se fortificaron; además indican que no fueron sus líderes quienes hicieron las primeras sugerencias para llegar a una concordia, sino que lo que sucedió fue que conforme ambos ejércitos avanzaban uno contra otro, dispuestos para el combate, los soldados intercambiaron saludos mutuos y, a medida que se juntaban, unían sus manos y se abrazaban entre sí; y los cónsules, viendo cuánta aversión sentían los soldados a luchar, cedieron ante las circunstancias e hicieron propuestas al Senado para que hubiera reconciliación y concordia. Así, los antiguos autores no están de acuerdo en nada más que el simple hecho de que hubo un motín y que fue suprimido. Las noticias de estos disturbios y la seriedad de la guerra que había empezado contra los samnitas, hizo que muchas naciones rehusaran una alianza con Roma. Durante mucho tiempo, los latinos habían faltado a su tratado y, además de esto, los privernenses habían efectuado una incursión repentina y devastado las colonias romanas vecinas de Norba y Sezze.

LIBRO VIII. LA PRIMERA GUERRA SAMNITA Y LA ESTABILIZACIÓN DEL LACIO
(341-321 a. C.)

[8.1] Al llegar los mensajeros de Sezze y Norba, quejándose de la derrota que habían sufrido a manos de los rebeldes privernenses, el consulado era desempeñado por Cayo Plaucio, por segunda vez, y por Lucio Emilio Mamerco *(341 a.C.)*. Llegaron también noticias de que un ejército de volscos, dirigido por el pueblo de Anzio, se había concentrado en Sátrico. Ambas guerras fueron encomendadas a Plaucio. Marchó primero a Priverno y se enfrentó inmediatamente al enemigo, que fue derrotado sin mucho problema. Se capturó la ciudad y se devolvió a los privernenses después de situar en ella una fuerte guarnición; se les confiscó las dos terceras partes del territorio. Luego, el ejército victorioso se dirigió contra los anciates, en Sátrico. Allí se libró una batalla donde hubo un terrible derramamiento de sangre en ambos bandos y, mientras el resultado estaba aún indeciso, la noche separó a los combatientes. Los romanos no estaban en absoluto desalentados por lo indeciso de la batalla y se prepararon para combatir al día siguiente. Los volscos, después de comprobar sus pérdidas durante los combates, no estaban en absoluto ansiosos por correr ningún riesgo; considerándose derrotados, partieron apresuradamente hacia Anzio durante la noche, dejando a sus heridos y a parte de sus bagajes detrás. Se encontró una inmensa cantidad de armas, tanto entre los muertos en combate como en el campamento. Se dice que el cónsul las ofreció a Lua Mater. A continuación, devastó los territorios enemigos hasta la orilla del mar. Cuando el otro cónsul penetró en territorio sabeliano, se encontró con que los samnitas no tenían campamento ni legiones para enfrentarle. Mientras estaba arrasando sus campos a fuego y espada, llegaron hasta él embajadores para pedir la paz, remitiéndolos al Senado. Tras darles autorización para presentar su caso, dejaron de lado sus formas truculentas y pidieron que se les concediese la paz y el derecho a hacer la guerra contra los sidicianos. Consideraban que tenían plena justificación para hacer esta petición, ya que tenían antiguas relaciones de amistad con Roma, de cuando sus asuntos iban bien, y no como en el caso de los campanos, que buscaron su amistad en la adversidad; también porque ya habían tomado las armas contra los sidicianos, que siempre habían sido sus enemigos y nunca habían sido amigos de Roma; que no buscaron, como los samnitas, su amistad en tiempo de paz, ni como los campanos, que les pidieron ayuda en tiempo de guerra y que no estaban bajo la protección y soberanía de Roma.

[8.2] El pretor, Tito Emilio, llevó estas exigencias ante el Senado, y se decidió que se les renovaría el antiguo tratado. La respuesta dada entonces por el pretor fue en el sentido de que no era culpa del pueblo romano que la amistad con ellos no hubiera seguido intacta, y no había objeción alguna a que se restableciera por estar ellos cansados de una guerra en la que estaban por su propia culpa. En cuanto a los sidicianos, no harían nada para impedir a los samnitas que hiciesen la paz o la guerra. Después de acordarse el tratado, se retiró en seguida el ejército romano. Los hombres habían recibido una paga de un año y raciones para tres meses, como había dispuesto el cónsul, para dar un tiempo de armisticio hasta que volvieran los embajadores. Los samnitas avanzaron contra los sidicianos con las mismas tropas que habían empleado en la guerra contra Roma, y tenían muchas esperanzas en una pronta captura de la ciudad. Entonces, por fin, los sidicianos tomaron la medida de entregarse a sí mismos a Roma. El Senado lo rechazó, pues lo habían hecho demasiado tarde y forzados por la extrema necesidad. Entonces, se entregaron a los latinos, que estaban ya en armas por su propia cuenta. Ni siquiera los campanos rechazaron tomar parte en aquel movimiento hostil, pues era mayor su irritación por las ofensas infligidas por los samnitas que la bondad que les mostró Roma. Un inmenso ejército, compuesto de estas naciones y bajo el mando de los latinos, invadió el país samnita y produjo, de hecho, más daños mediante los saqueos que por los combates. Aunque los latinos demostraron ser superiores en diferentes encuentros, no estaban dispuestos a retirarse del territorio de un enemigo con el que no luchaban muy a menudo. Esto dio tiempo para que los

samnitas enviaran emisarios a Roma. Cuando se les dio audiencia, se quejaron al Senado de que estaban sufriendo más ahora, que tenían un tratado que antes de tenerlo, cuando eran enemigos; les pedían con la mayor humildad que se dieran por satisfechos con haberles arrebatado la victoria sobre campanos y sidicianos y que no permitieran, además, que fuesen conquistados por pueblos más cobardes que ellos. Si los latinos y los campanos estaban realmente bajo la soberanía de Roma, deberían ejercer su autoridad para mantenerlos fuera de las tierras samnitas o, si rechazaban tal soberanía, debían obligarlos por la fuerza. Recibieron una respuesta ambigua, pues el Senado se limitó a reconocer que los latinos ya no aceptaban su autoridad y, por otra parte, temía que si los reprimían, se pudieran separar de Roma por completo. Las circunstancias de los campanos eran muy diferentes; no les ataba un tratado de amistad sino los términos de una rendición, así que debían mantenerse tranquilos quisieran o no. Nada había en su tratado con los latinos que les impidiera hacer la guerra a quien quisieran.

[8.3] Con esta respuesta despidieron a los samnitas, inciertos de lo que fuesen a hacer los romanos. Sin embargo, su efecto fue que alejó completamente a los campanos, que ahora se temían lo peor, e hizo a los latinos más decididos que nunca, ya que los romanos rechazaron hacer más concesiones. Bajo el pretexto de prepararse para la guerra samnita, éstos celebraban frecuentes reuniones de su consejo nacional y, en todas ellas, sus jefes preparaban los planes secretos para la guerra contra Roma. Los campanos también tomaron parte en este movimiento contra sus salvadores. Pero a pesar del cuidadoso secreto con que llevaron todo, pues querían desalojar a los samnitas de su retaguardia antes de que los romanos hicieran cualquier movimiento, algunos que tenían amigos y familia en Roma enviaron pistas sobre la coalición que se estaba formando. Se ordenó dimitir a los cónsules antes de la expiración de su año de mandato, para que se pudiesen elegir nuevos cónsules en fecha anterior a la vista de guerra tan formidable. Se presentaron dificultades religiosas, para dar curso a la celebración de las elecciones, por aquellos cuyo mandato había sido restringido, de modo que comenzó un interregno. Había dos interreges, Marco Valerio y Marco Fabio. El último eligió a Tito Manlio Torcuato, por tercera vez, y a Publio Decio Mus como cónsules. Al parecer, fue este año *(340 a.C.),* cuando Alejandro, rey de Épiro, desembarcó en Italia, y no hay duda de que, de haber tenido éxito bastante al inicio, la guerra se habría extendido hasta Roma. Esta, también, fue la época de los logros de Alejandro Magno, hijo de la hermana de este hombre quien, habiéndose mostrado invencible en la guerra en otra región del orbe, fue doblegado, siendo aún un hombre joven, por la enfermedad. Aunque no podía haber duda en cuanto a la rebelión de sus aliados, la liga Latina, todavía, como si estuvieran preocupados por los samnitas y no por ellos mismos, los romanos invitaron a diez notables de la Liga a Roma para darles instrucciones sobre lo que deseaban. El Lacio, en ese momento, tenía dos pretores: Lucio Annio, de Sezze, y Lucio Numisio, de Cerceii, ambos pertenecientes a los colonos romanos. Por obra de estos hombres, no solo Segni y Velletri, ellas mismas colonias romanas, sino también los volscos, habían sido instigados para tomar las armas. Se decidió que debería ser convocadas expresamente por su nombre. Nadie tenía la menor duda en cuanto a la razón de esta invitación. En consecuencia, antes de su partida se celebró una reunión de su consejo; informaron a los presentes de que el Senado les había pedido que fueran a Roma, y les pedían que decidieran qué respuesta debían dar respecto a los asuntos que tenían razones para suponer que se discutirían.

[8.4] Después que se hubieran expresado varias opiniones, Annio dijo lo siguiente: *A pesar de que fui yo quien os planteó la pregunta sobre qué respuesta debía darse, creo que es aún más importante para los intereses del Estado el decidir qué se debe hacer más que lo que se deba decir. Cuando se desarrollen nuestros planes, será mucho más fácil encajar las palabras con los hechos. Si incluso ahora somos capaces de someternos a servidumbre, bajo el pretexto oculto de un tratado en igualdad de condiciones, ¿qué se nos pide sino que abandonemos a los sidicianos y nos pongamos a las órdenes, no ya de los romanos, sino también de los samnitas, y que digamos a los*

romanos que depondremos nuestras armas siempre que nos intimiden a su voluntad? Pero si vuestro corazón está, al fin, tocado por algún anhelo de independencia; si realmente existe un tratado, una alianza, una igualdad de derechos; si somos libres de vanagloriarnos de que los romanos son de nuestra misma nación, aunque alguna vez nos hayamos avergonzado de ello; si nuestro ejército, que cuando se une al suyo dobla su fuerza y al que los cónsules no licencian cuando dirigen guerras que sólo a ellos importan; si, como digo, ese ejército es en realidad el ejército de sus aliados, entonces ¿por qué no estamos en pie de igualdad en todos los aspectos? ¿Por qué no se elige un cónsul de entre los latinos? Aquellos que poseen la mitad de la fuerza, ¿no deben poseer la mitad del gobierno? Esto no es, en sí mismo, demasiado honor para nosotros, ya que reconocemos a Roma como capital del Lacio, pero lo hemos hecho parecer así por nuestra prolongada paciencia.

Si alguna vez habíais esperado la oportunidad de ocupar vuestro lugar en el gobierno y hacer uso de vuestra libertad, ahora es el momento; esta es la oportunidad que os ha ofrecido vuestro propio valor y la bondad de los dioses. Habéis tentado su paciencia al negaros a proporcionar tropas. ¿Quién duda que estarán intensamente irritados al haber roto nosotros una costumbre de más de dos siglos? Sin embargo, arrostraron la molestia. Hemos librado una guerra con los peligros por cuenta propia; ellos, que antes no nos concedían el derecho de defender nuestras propias fronteras, no han intervenido. Se enteraron de que los sidicianos fueron acogidos bajo nuestra protección, que los campanos se rebelaron contra ellos y a favor nuestro, que estábamos alistando un ejército para combatir contra los samnitas, con los que tenían un tratado, y no se movieron de su Ciudad. ¿A qué se debió tan extraordinaria moderación sino a saber cuál era nuestra fuerza y cuál la suya? Sé de buena fuente que cuando los samnitas fueron a exponerles sus quejas contra nosotros, recibieron una respuesta del senado romano por la que resultaba evidente que ellos no reclamaban que el Lacio estuviera bajo la autoridad de Roma. Convertid en efectivos vuestros derechos insistiendo en lo que os reconocen tácitamente. Si alguien teme decir esto yo declaro mi disposición a decirlo, no sólo en los oídos del pueblo romano y de su Senado, sino en los oídos del mismo Júpiter que habita en el Capitolio, y a decirles que si quieren que sigamos siendo aliados, deben aceptar que un cónsul sea de los nuestros, así como la mitad de su Senado. Su discurso fue seguido por un general grito de aprobación, y se le facultó para hacer y decir cuanto considerase oportuno para promover los intereses del estado del Lacio y de su propio honor.

[8.5] A su llegada a Roma, el Senado se reunió y les concedió una audiencia. Tito Manlio, el cónsul, actuando según las instrucciones del Senado, les recomendó no hacer la guerra a los samnitas, con quienes los romanos tenían un tratado; ante esto, Annio, como si fuese un conquistador que hubiera capturado el Capitolio por las armas en lugar de un embajador protegido por el derecho de gentes, dijo: *Es ya hora, Tito Manlio y senadores, de que dejéis de tratarnos como si fueseis nuestros soberanos; ved que el estado del Lacio ha llegado por la bondad de los dioses a una situación de lo más floreciente, tanto en población como en poderío militar, con los samnitas derrotados, los sidicianos y campanos aliados nuestros y aún a los volscos haciendo causa común con nosotros, y mientras que vuestras propias colonias prefieren el gobierno del Lacio al de Roma. Pero ya que no os podéis hacer a la idea de dejar vuestras imprudentes reclamaciones de soberanía, y aunque nosotros somos lo bastante capaces de para afirmar la independencia del Lacio por la fuerza de las armas, llegaremos tan lejos, en el reconocimiento de la igualdad de nuestras naciones, como para ofrecer la paz en igualdad de derechos para ambos, ya que a los dioses ha complacido otorgar igualdad de fuerzas a ambos. Un cónsul deberá ser elegido de Roma y el otro del Lacio; el Senado deberá tener un número igual de miembros de ambas naciones; deberá haber una nación, una república. Y para que pueda haber una sede del gobierno y un único nombre para todos, y para que ambos lados hagan alguna concesión, dejaremos, para que esta Ciudad tenga realmente preferencia, que nos llamen a todos Romanos.*

Pero ocurría que los romanos tenían en su cónsul, Tito Manlio, a un hombre tan orgulloso y

apasionado como Annio. Se puso tan furioso que declaró que si el Senado se volvía tan loco como para aceptar tales condiciones de un hombre de Sezze, se llegaría a la Curia con la espada desenvainada y daría muerte a cualquier latino que encontrase allí. Luego, volviéndose a la imagen de Júpiter, exclamó: *Oye, Júpiter, estas abominables palabras! ¡Oídlas, oh Justicia y Derecho! ¡Tú, Júpiter, como si hubieras sido conquistado y hecho prisionero, has de ver en tu templo cónsules extranjeros y un extranjero Senado! ¿Eran éstos, oh latinos, aquellos términos del tratado que Tulio, rey de Roma, hizo con vuestros padres de Alba, o el que Lucio Tarquinio hizo después con vosotros? ¿Habéis olvidado la batalla en el lago Regilo? ¿Ya no recordáis nada de vuestras derrotas en los viejos tiempos y de nuestra bondad para con vosotros?*

[8.6] A estas excitadas palabras siguió la indignada protesta del Senado, y está registrado que mientras todas las manos clamaban a los dioses, a los que los dioses invocaban continuamente como garantes de los tratados, se oyó la voz de Annio despreciando la divina majestad del Júpiter de Roma. En todo caso, cuando, en medio de una tormenta de pasiones, él se dirigió fuera del pórtico del templo, rodó por los escalones y se golpeó la cabeza tan fuertemente contra el último escalón que quedó inconsciente. Como no todos los autores declaran que resultase muerto, yo también lo dejaré en la duda; como también la circunstancia de que una tormenta, con gran aparato de ruido celeste, tuvo lugar al apelarse a los dioses por la ruptura de los tratados; pues ambas pueden ser ciertas, pero también pueden ser una oportuna invención para justificar la ira de los dioses. A Torcuato le encargó el Senado conducir fuera a los embajadores y, cuando vio a Annio en el suelo, exclamó lo bastante algo para que le oyesen pueblo y senadores por igual: *¡Bien está! Los dioses han iniciado una guerra justa ¡Está con nosotros el espíritu celeste; con nosotros el Gran Júpiter! ¡No en vano los hemos consagrado en la morada brillante, oh Padre de los dioses y de los hombres! ¿Por qué dudáis, Quirites, y vosotros, senadores, en tomar las armas cuando os guían los dioses? Derribaré las legiones latinas tal y como veis aquí derribado a su enviado.* Las palabras del cónsul fueron recibidas por el pueblo con un fuerte aplauso y los elevó a tal grado de excitación que, cuando los enviados tomaron su camino de salida, debieron su seguridad más a la atención de los magistrados, que por orden del cónsul les acompañaron para protegerlos de los ataques de la plebe enfurecida, que a cualquier respeto que se sintiese por el derecho de gentes.

Habiendo sido decidida la guerra tanto por el Senado como por el pueblo, los cónsules alistaron dos ejércitos y se dirigieron a través de los territorios de los marsos y los pelignos, donde se les unió un ejército de samnitas. Asentaron su campamento en Capua, donde los latinos y sus aliados se habían reunido. Se dice que, mientras estaban allí, cada cónsul tuvo la misma visión en la quietud de la noche. Una forma más grande y más terrible que cualquier forma humana se les apareció y anunció que el comandante de un ejército y el ejército del otro bando estaban destinados como sacrificio a los dioses Manes y la Madre Tierra. Cualquiera que fuese el jefe que ofrendara las legiones de sus enemigos y a sí mismos a aquellas deidades, su ejército y su pueblo obtendrían la victoria. Cuando los cónsules compararon juntos estas visiones nocturnas, decidieron que se debían sacrificar víctimas para evitar la ira de los dioses y, además, que si, al inspeccionarlas, auguraban lo mismo que la visión había anunciado, uno de los dos cónsules cumpliría con su destino. Cuando las respuestas de los arúspices, tras haber inspeccionado las víctimas, demostraron que se correspondían con su secreta creencia de lo que habían visto, convocaron a los generales y tribunos y les dijeron que explicasen públicamente a los soldados lo que habían decretado los dioses, para que la muerte voluntaria del cónsul no produjera pánico en el ejército. Acordaron entre sí que, cuando cualquiera de los ejércitos empezase a ceder, el cónsul al mando del mismo se ofrendaría a sí mismo en nombre del pueblo romano y de los Quirites. El consejo de guerra decidió también que, si alguna vez se había conducido una guerra con el cumplimiento estricto de las órdenes, en esta ocasión, sin duda, la disciplina militar debía ser devuelta a sus antiguos usos. Su inquietud se acrecentaba por el hecho de que era contra los latinos contra quienes iban a combatir, un pueblo semejante a ellos en lengua, costumbres, armas y, especialmente, en su organización militar. Habían

sido colegas y camaradas, como soldados, centuriones y tribunos, a menudo situados juntos en las mismas posiciones y en los mismos manípulos. Para que nada de esto resultase en error o confusión, se dieron órdenes para que nadie fuera a dejar su puesto de combate ante el enemigo.

[8.7] Entre los prefectos de las turmas que habían sido enviadas por todas partes para efectuar un reconocimiento, estaba Tito Manlio, el hijo del cónsul. Había salido con sus hombres hasta el campamento enemigo y no estaba ni a un tiro de piedra de su posición más cercana, donde se hallaba la caballería túscula, cuando Gémino Mecio, hombre de gran reputación entre su propia gente, reconoció a la caballería romana con el hijo del cónsul a su frente, pues todos ellos, en especial los hombres distinguidos, se conocían entre sí. Abordando a Manlio le dijo: *¿Vas a conducir la guerra contra los latinos y sus aliados sólo con tus tropas? ¿Qué van a hacer los cónsules y ambos ejércitos mientras tanto?—Aquí estarán a su debido tiempo*, replicó Manlio, *y con ellos Júpiter, el grande y poderoso, será testigo de vuestra violación de la fidelidad. Si luchamos en el lago Regilo hasta que tuvisteis suficiente, con más razón lograremos también aquí impediros encontrar demasiado placer en enfrentaros a nosotros en batalla.* En respuesta, Gémino se adelantó un poco y dijo: *¿Estás dispuesto, antes de que llegue el día de poner en marcha a vuestros ejércitos para tan gran esfuerzo, de enfrentarte conmigo para que el resultado de nuestro combate singular demuestre cuánto más es superior un jinete latino a otro romano?* Ya fuera empujado por la ira o por la vergüenza de declinar el desafío, o arrastrado por el irresistible poder del destino, el esforzado joven olvidó la orden del cónsul y la obediencia debida a su padre y se lanzó de cabeza a un combate en el que tanto la victoria como la derrota resultarían igualmente fatales. El resto de la caballería se retiró para seguir como espectadores la pelea; los dos combatientes eligieron un espacio despejado en el que cargaron uno contra otro al galope tendido con las lanzas niveladas. La lanza de Manlio pasó por encima del casco de su adversario y la de Mecio atravesó el cuello del caballo del otro. Dieron vueltas con sus caballos, y Manlio fue el primero en lograr un segundo ataque, dando una lanzada entre las orejas del caballo. Al sentirse herido, el caballo retrocedió, sacudió la cabeza con violencia y lanzó a su jinete. Mientras trataba de montar tras su pesada caída, apoyándose en su lanza y escudo, Manlio le atravesó el cuerpo con su lanza y le clavó en la tierra. Después de despojar el cuerpo volvió con sus hombres, y en medio de gritos exultantes entraron al campamento y se dirigió directamente donde su padre, en la tienda del pretorio, ignorando lo que le esperaban por su hazaña, si alabanzas o castigo. *Padre mío,* dijo, *para que todos puedan decir que desciendo verdaderamente de tu sangre, te traigo estos despojos ecuestres, tomados de un enemigo muerto, que me retó a combate singular.* Al oír esto, el cónsul se apartó de su hijo y ordenó que la trompeta tocara a Asamblea.

[8.8] Los soldados se reunió en gran número y el cónsul comenzó: *Ya que tú, Tito Manlio, no has mostrado ningún respeto ni por la autoridad de un cónsul ni por la obediencia debida a un padre, y en desafío de nuestro edicto has dejado tu puesto para luchar contra el enemigo, y has hecho todo lo posible para destruir la disciplina militar por la cual el estado romano se ha mantenido hasta ahora inquebrantable, y me has obligado forzosamente o a olvidar mi deber para con la república o mi deber para conmigo y mi hijo, es mejor que suframos nosotros mismos las consecuencias por nuestras ofensas a que el Estado tenga que expiar nuestro crimen sufriendo graves consecuencias. Seremos un ejemplo triste, pero será uno provechoso a todos los jóvenes del futuro. Mi amor natural por mis hijos y esta prueba de valor que has ofrecido a partir de un falso sentido del honor, me mueven a excusarte; pero ya que la autoridad consular debe ser vindicada con tu muerte o abrogada para siempre si te dejamos sin castigo, quiero creer que ni tú mismo, si hay una gota de sangre mía en tus venas, te encogerás para restaurar, con tu castigo, la disciplina militar que se ha debilitado con tu mala conducta. Ve, lictor, átalo al poste.* Todos estaban paralizados por una orden tan cruel; se sentían como si el hacha se dirigiese contra cada uno de ellos; el miedo, más que la disciplina, les mantenía inmóviles. Por unos momentos se quedaron

paralizados, en silencio; luego, de repente, cuando vieron la sangre que manaba de su cuello cortado, sus voces se elevaron con una amarga e inacabable protesta; no excusaron lamentos ni maldiciones. El cuerpo de la joven, cubierto con su botín, fue incinerado en una pira levantada fuera de la empalizada, con todos los honores funerarios que la devoción de los soldados pudo pagar. Las *Órdenes Manlias*, no sólo fueron vistas con horror en aquel momento, sino que fueron consideradas como un terrible precedente en lo futuro.

La terrible severidad del castigo, sin embargo, hizo que los soldados fuesen más obedientes a su jefe, y no sólo esto llevó a que se pusiera más atención en los piquetes y en los deberes de centinela y la disposición de los puestos avanzados, sino que cuando fueron a la batalla para el combate final, esta severidad demostró ser un gran servicio. La batalla fue exactamente como si se luchara en una guerra civil; nada había distinto en el ejército latino del romano, excepto su valor. Al principio, los romanos utilizaban el escudo redondo grande llamado clípeo; más tarde, cuando los soldados recibieron un salario, fue adoptado el escudo oblongo, más pequeño, llamado scutum. La formación en falange, similar a la macedonia de los primeros días, fue abandonada en favor de la formación en manípulos; la parte posterior se dividió en unidades más pequeñas y cada una tenía sesenta hombres, con dos centuriones y un portaestandarte. La línea más importante estaba compuesta por los asteros, dispuestos en quince manípulos y formados a corta distancia unos de otros. Uno de estos estaba formado por veinte soldados armados a la ligera y los demás portando el scutum; los llamados ligeros llevaban una lanza larga (hasta) y varias jabalinas cortas de hierro. Esta línea de vanguardia la formaban los jóvenes en la flor de la juventud, justo al cumplir la edad suficiente para el servicio. Tras ellos forma un número igual de manípulos, llamados príncipes, compuestos por hombres en su pleno vigor vital, todos portando scutum y equipados con panoplia completa. Esta formación de treinta manípulos era llamada los antepilanos. Detrás de ellos estaban los estandartes bajo los que formaban quince manípulos, divididos en tres filas, cada una con su vexillum; a las primeras se las llamaba pilum; cada vexillum estaba dividido en tres unidades con sesenta hombres, dos centuriones y un portaestandarte con su vexillum, en total ciento ochenta y seis hombres. El primer estandarte era seguido por los triarios, veteranos de probado valor; el segundo por los rorarios, hombres de menor habilidad por su edad y disposición; al tercero lo seguían los accensi, de los que menos se esperaba y que, por tanto, se situaban en la línea más retrasada.

Cuando quedaba dispuesta la formación de batalla del ejército, los asteros eran los primeros en combatir. Si no lograban rechazar al enemigo, se iban retirando lentamente a través de los intervalos entre las unidades de los príncipes, que se hacían cargo entonces del combate con los asteros siguiéndoles por detrás. Los triarios, entre tanto, descansaban con una rodilla en tierra, bajo sus estandartes, con sus scuta sobre sus hombres y sus lanzas clavadas en el suelo con las puntas hacia arriba, haciéndoles parecer una valla erizada. Si los príncipes tampoco tenían éxito, se retiraban lentamente hasta donde los triarios, lo que ha dado lugar al dicho proverbial, cuando la gente está en grandes dificultades, de *han llegado las cosas hasta los triarios*. Una vez que los triarios habían dejado pasar por los intervalos que separaban sus unidades a los asteros y príncipes, se alzaban de su postura de rodilla en tierra y cerraban inmediatamente la formación, bloqueando el paso a través de ellos y, formando una masa compacta, caían sobre el enemigo como última esperanza del ejército. El enemigo, que había seguido a los otros como si los hubieran derrotado, veía con espanto un nuevo y mayor ejército que parecía que se alzara de la tierra. Se alistaban, por lo general, cuatro legiones, cada una de cinco mil hombres, asignándose a cada legión trescientos de caballería. Una fuerza de igual tamaño solía ser suministrada por los latinos que ahora, sin embargo, eran hostiles a Roma. Los dos ejércitos habían adoptado la misma formación y sabían que, si los manípulos mantenían su posición, tendrían que luchar no sólo vexillum contra vexillum, asteros contra asteros y príncipes contra príncipes, sino incluso centurión contra centurión. Había entre los triarios dos centuriones, uno en cada ejército (el romano, un poco menos fuerte físicamente pero más enérgico y experimentado; el latino, hombre de tremenda fuerza y un espléndido combatiente)

muy conocidos del uno del otro porque siempre habían servido en las mismas unidades. El romano, desconfiando de su propia fuerza, había obtenido el permiso del cónsul antes de salir de Roma para elegir a su propio sub-centurión para protegerse del hombre que estaba destinado a ser su enemigo. Este joven, al verse cara a cara con el centurión latino, obtuvo una victoria sobre él.

[8.9] La batalla tuvo lugar cerca de la base del Monte Vesubio, donde la carretera lleva a Veseris. Antes de conducir sus ejércitos a la batalla, los cónsules ofrecieron un sacrificio. El arúspice, cuya misión era la de inspeccionar los diferentes órganos de las víctimas, señaló a Decio con una insinuación profética sobre su muerte, siendo, en todo lo demás, favorables los signos. El sacrificio de Manlio fue totalmente satisfactorio. *Bien está,* dijo Decio, *que mi colega haya obtenido signos favorables.* Avanzaron hacia la batalla en la formación que ya he descrito, Manlio al mando del cuerpo de la derecha y Decio del de la izquierda. Al principio, los dos ejércitos lucharon con la misma fuerza y la misma determinación. Después de un tiempo, los asteros romanos de la izquierda, incapaces de soportar la presión de los latinos, se retiraron detrás de los Príncipes. Durante la confusión momentánea creada por este movimiento, Decio llamó a grandes voces a Marco Valerio: *¡Valerio, necesitamos la ayuda de los dioses! ¡Que el Pontífice Máximo me dicte las palabras con las que yo me ofrende por las legiones!* El Pontífice le dijo que cubriera su cabeza con la toga pretexta, que alzase su mano cubierta con la toga hasta su mentón y pronunciase estas palabras permaneciendo en pie sobre una jabalina: *Jano, Júpiter, Padre Marte, Quirino, Bellona, Lares, vosotros, dioses Novensiles e Indigetes, deidades que tenéis poder sobre nosotros y nuestros enemigos y también vosotros, divinos Manes, os rezo, os reverencio y os pido la gracia y el favor de que bendigáis al pueblo romano, a los Quirites, con el poder y la victoria, y que visitéis a los enemigos del pueblo romano, y de los Quirites, con el miedo, el terror y la muerte. De la misma manera en que he pronunciado esta oración, así dedico las legiones y auxiliares del enemigo, junto a mí mismo, a los dioses Manes y a la Tierra en nombre de la república de los Quirites, del ejército, legiones y auxiliares del pueblo romano, los Quirites.* Tras esta oración, ordenó a los lictores que fuesen con Tito Manlio y que anunciasen enseguida a su colega que se había ofrendado a sí mismo en nombre del ejército. A continuación, se ciñó con el ceñido gabino, y con todas sus armas subió sobre su caballo y se precipitó en medio del enemigo. Para aquellos que lo vieron entre ambos ejércitos, apareció como algo terrible y sobrehumano, como enviado por el cielo para expiar y apaciguar toda la ira de los dioses, evitar la destrucción de su pueblo y llevarla contra sus enemigos. Todo el temor y el terror que llevaba con él creó el desconcierto entre la primera fila de los latinos y pronto se extendió por todo el ejército. Esto resultó de lo más evidente, pues por donde su caballo le llevaba, todos quedaban paralizados como heridos por alguna estrella mortal; mas cuando cayó, abrumado por los dardos, las cohortes latinas, en un estado de perfecta consternación, huyeron del lugar y dejaron un amplio espacio vacío. Los romanos, por el contrario, liberado de todo temor religioso, siguieron adelante como si se hubiera dado entonces por vez primera la señal y comenzase una gran batalla. Hasta los rorarios se adelantaron entre los antepilanos y fortalecieron a los asteros y príncipes, mientras que los triarios, arrodillados sobre su rodilla derecha, esperaban la señal del cónsul para levantarse.

[8.10] Cuando Manlio escuchó la suerte de su colega, honró su gloriosa muerte no menos con lágrimas que los la debida ofrenda de alabanza. Mientras tanto, la lucha continuó y en algunos sectores el peso del número estaba dando ventaja a los latinos. Durante algún tiempo Manlio dudó si no habría llegado el momento de llamar a los triarios, pero juzgando mejor mantenerlos frescos hasta el punto crucial de la batalla, dio órdenes para que los accensi pasaran de la extrema retaguardia a la vanguardia. Cuando llegaron, los latinos, tomándolos por los triarios enemigos, llamaron inmediatamente a los suyos propios. En el desesperado combate, se habían cansado y roto o dañado sus lanzas, pero como estaban aun empujando atrás a los enemigos a viva fuerza, imaginaron que la batalla estaba decidida y que habían alcanzado la última línea. Fue entonces

cuando el cónsul le dijo a sus triarios: *¡Levantaos ahora, frescos y vigorosos contra un enemigo cansado; pensad en vuestra patria y vuestros padres, esposas e hijos; pensad en vuestro cónsul que yace allí muerto para que podáis ganar la victoria!* Se levantaron frescos y resplandecientes en sus armaduras, como si un nuevo ejército hubiera surgido de repente, y tras dejar que los antepilanos se retirasen detrás de ellos lanzaron su grito de guerra. Las primeras filas de los latinos fueron puestas en desorden; los romanos daban lanzadas contra sus caras y de esta manera murió el principal soporte de su ejército. Marcharon indemnes a través de los restantes manípulos como si fueran a través de una multitud desarmada, y marcaron su avance con tal masacre que apenas quedó una cuarta parte del enemigo. Los samnitas, además, que estaban estacionados cerca de las estribaciones más bajas de la montaña, amenazaban el flanco latino, contribuyendo así a su desmoralización.

El mérito principal de esta batalla victoriosa fue achacado por todos, romanos y aliados por igual, a los dos cónsules; uno de los cuales había desviado sobre él, únicamente, todos los peligros con que amenazaban los dioses celestiales y los infernales, mientras que el otro había demostrado un generalato tan consumado en la misma batalla, que los historiadores romanos y latinos que han dejado un relato de ello están completamente de acuerdo en que cualquier bando que hubiera mandado Tito Manlio habría resultado vencedor. Después de su huida, los latinos se refugiaron en Minturna. Su campamento fue capturado después de la batalla y muchos resultaron muertos allí, en su mayoría campanos. El cuerpo de Decio no se halló aquel día y la noche sorprendió a los que le estaban buscando; al día siguiente se le descubrió, enterrado bajo un montón de jabalinas y con gran cantidad de enemigos yaciendo a su alrededor. Sus exequias fueron llevadas a cabo por su colega en forma acorde a muerte tan gloriosa. Debo añadir aquí que un cónsul, un dictador o un pretor, cuando ofrenda las legiones del enemigo, no necesariamente tienen ofrendarse a sí mismos, sino que pueden elegir a quien quieran, de entre una legión, que haya sido alistado regularmente. Si resulta muerto el hombre así ofrendado, todo se considera que ha sido debidamente realizado. Si no muere, una imagen del hombre, de al menos siete pies de alto, se debe enterrar en la tierra y se debe ofrecer una víctima como sacrificio expiatorio; en el lugar donde se haya enterrado una tal imagen nunca debe poner un pie un magistrado romano. Si, como en el caso de Decio, el comandante se ofrenda a sí mismo pero sobrevive a la batalla, ya no puede desempeñar ninguna función religiosa, ni por sí mismo ni en nombre del Estado. Tiene el derecho de ofrendar sus armas, sea ofreciéndolas en sacrificio o de otra manera, a Vulcano o a cualquier otra deidad. La lanza sobre la que permaneció el cónsul, al repetirse la fórmula de la dedicación, no debe pasar a manos enemigas; si esto ocurriese, se debe ofrecer una suovetaurilia como propiciación a Marte.

[8.11] Aunque la memoria de cada costumbre tradicional, ya sea relacionada con las cosas humanas o con las divinas, se ha perdido por nuestro abandono de la antigua religión de nuestros padres en favor de las novedades extranjeras, pensé que no sería ajeno a mi asunto registrar tales regulaciones con las mismas palabras con que habían sido dictadas. En algunos autores, encuentro escrito que solo cuando hubo terminado la batalla, los samnitas, que habían estado esperando a ver el resultado, llegaron en apoyo de los romanos. También les llegó ayuda a los latinos desde Lanuvio, aunque desperdiciaron el tiempo en deliberaciones, y cuando empezaban a enviarla y ya una parte de su columna estaba en marcha, les llegó la noticia de la derrota de los latinos. Dieron la vuelta y volvieron a entrar en su ciudad, y se afirma que Milionio, su pretor, comentó que por una marcha tan corta habrían de pagar a Roma un duro precio. Aquellos de los latinos que sobrevivieron a la batalla se retiraron por muchas rutas diferentes, y poco a poco se reunieron en la ciudad de Vescia. Aquí se reunieron los líderes para discutir la situación, y Numisio les aseguró que ambos ejércitos habían tenido en realidad la misma fortuna e igual derramamiento de sangre; sólo en el nombre disfrutaron los romanos de la victoria, en todo lo demás habían quedado como derrotados. Los pretorios de ambos cónsules quedaron manchados de sangre; el uno había matado a su hijo y el otro se había sacrificado a sí mismo; todo su ejército fue masacrado, sus asteros y príncipes muertos; los manípulos, tanto del frente como de retaguardia, y sus estandartes habían sufrido

enormes pérdidas; los triarios, al final, salvaron la situación. Las tropas latinas, cierto era, sufrieron iguales bajas, pero el Lacio y los volscos podían suministrar refuerzos más rápidamente que Roma. Si, por tanto, lo aprobaban, él convocaría enseguida a los combatientes de los pueblos latino y volsco y marcharía de vuelta con un ejército hacia Capua, y podría tomar a los romanos por sorpresa; una batalla era lo último que esperaban. Envió cartas engañosas por todo el Lacio y el país volsco; aquellos que no habían participado en la batalla fueron los más dispuestos a creer cuanto decía, y rápidamente reclutó y juntó un cuerpo de milicias reunido de todas partes. Este ejército fue enfrentado por el cónsul en Trifano, un lugar entre Sinuessa y Menturnas. Sin esperar siquiera a elegir los sitios para sus campamentos, ambos ejércitos apilaron su equipaje, lucharon y dieron fin a la guerra, pues los latinos quedaron tan completamente destruidos que, cuando el cónsul con su victorioso ejército se disponía a devastar su territorio, se rindieron completamente y los campanos siguieron su ejemplo. Al Lacio y a Capua se les privó de su territorio. El territorio latino, con el añadido de Priverno, junto con el de Falerno, que había pertenecido a los campanos hasta el río Volturno, fue distribuido entre la plebe romana. Recibieron dos yugadas por cabeza en territorio latino y en territorio privernense recibieron otros tres cuartos de yugada; en el caso de Falerno se les entregó tres yugadas, debiéndose el cuarto de yugada adicional a la distancia. Los laurentes, de entre los latinos, y los caballeros campanos, quedaron exentos de castigo por no haberse rebelado. Se dio orden de renovar el tratado con los laurentes, y desde entonces se ha renovado anualmente al décimo día tras el Festival Latino. A los caballeros campanos se les concedió la ciudadanía romana, y una tabla de bronce recordando el hecho fue depositada en Roma, en el templo de Castor; al pueblo de Campania se le ordenó que pagase cada uno (su número ascendía a mil seiscientos en total) la suma de cuatrocientos cincuenta denarios al año.

[8.12] Habiendo llegado así a término la guerra y habiendo concedido así los premios y castigos con arreglo a los merecimientos de cada cual, Tito Manlio regresó a Roma. Parece haber un buen motivo para creer que sólo los ancianos salieron a recibirle a su llegada, la parte más joven de la población le mostró su aversión y odio, no solo entonces sino durante toda su vida. Los anciates hicieron incursiones en los territorios de Ostia, Ardea y Solonia. La salud de Manlio le impidió dirigir esta guerra, así que nombró a Lucio Papirio Craso como dictador y éste designó a Lucio Papirio Cursor como su jefe de la caballería *(340 a.C.).* El dictador no efectuó ninguna acción importante contra los anciates, aunque mantuvo un campamento permanente en su país durante algunos meses. Este año resultó reseñable por las victorias sobre muchas poderosas naciones, y más aún por la noble muerte de un cónsul, así como por el implacable e inolvidable ejercicio del mando por parte del otro. Fue seguido por el consulado de Tito Emilio Mamercino y Quinto Publilio Filón *(339 a.C.)* No se encontraron con similares materias sobre las que construirse una reputación, ni consideraron los intereses de su patria tanto como los suyos o los de las facciones políticas en la república. Los latinos reanudaron las hostilidades para recuperar los dominios que habían perdido, pero fueron derrotados en las llanuras Fenectanas y expulsados de su campamento. Allí Publilio, que había logrado esta victoria, recibió la rendición de las ciudades latinas que habían perdido allí a sus hombres; entretanto, Emilio llevó a su ejército a Pedum. Este lugar estaba defendido por una fuerza combinada de Tivoli, Palestrina y Velletri, y fue enviada también ayuda desde Lanuvio y Anzio. En las diversas batallas, los romanos tuvieron la ventaja, pero restaba hacer todo el trabajo en la propia ciudad, y en el campamento contiguo a ésta de las fuerzas aliadas. El cónsul abandonó repentinamente la guerra antes de darle término, pues escuchó que se había decretado un triunfo para su colega y, de hecho, él regresó a Roma para demandar un triunfo antes de haber ganado una victoria. El Senado se disgustó por esta conducta egoísta y le hizo entender que no tendría ningún triunfo hasta que Pedum hubiera sido capturada o se hubiese rendido. Esto produjo un distanciamiento total entre Emilio y el Senado, y desde entonces administró su consulado con el espíritu y el temperamento de un tribuno sediciosos. Mientras fue cónsul no dejó de criminalizar al Senado ante el pueblo, sin oposición alguna por parte de su colega que, él mismo, pertenecía a la

plebe. Material para sus acusaciones encontró en la deshonesta asignación entre la plebe de los territorios latinos y falernos; y después que el Senado, deseoso de restringir la autoridad del cónsul, emitiese una orden para nombrar un dictador que actuase contra los latinos, Emilio, que entonces tenía el turno de tener las fasces, nombró a su propio colega, de nombre Junio Bruto, como su jefe de la caballería. Hizo popular su dictadura mediante arengas incriminatorias contra el Senado, y también por presentar tres medidas dirigidas contra la nobleza y de lo más ventajosas para la plebe. Una de ellas era que las decisiones de la plebe debían ser vinculantes para todos los Quirites; la segunda, que las medidas presentadas ante los comicios centuriados debían ser sancionadas por los patricios antes de ser finalmente sometidas a voto; la tercera, que ya que ambos censores podían ser elegidos de entre la plebe, uno siempre había de ser elegido de ese orden. Los patricios consideró que los cónsules y el dictador había hecho más por dañar al Estado con su política interna que por reforzar su poder con sus éxitos en campaña.

[8.13] Los cónsules para el año siguiente fueron Lucio Furio Camilo y Cayo Menio *(338 a.C.).* Con el fin de esparcir más descrédito sobre Emilio por su negligencia en sus deberes militares el año anterior, el Senado insistió en no hacer ningún gasto en armas ni en hombres para reducir y destruir Pedum. Se ordenó perentoriamente a los nuevos cónsules que dejasen de lado todo lo demás y marchasen enseguida. Los asuntos en el Lacio estaban de tal modo que no se podía considerar que hubiera ni paz ni guerra. Para la guerra, sus recursos eran completamente inadecuados, y estaban demasiado dolidos por la pérdida de territorio como para pensar en la paz. Se decidieron, por tanto, por un término medio, es decir, limitarse a sus ciudades y, si se enteraban de que cualquiera de ellas resultaba atacada, enviarle ayuda de todo el Lacio. La gente de Tivoli y la de Palestrina, que eran las más cercanas, se llegaron a Pedum, pero las tropas de Ariccia, Lanuvio y Velletri, junto con los volscos de Anzio, fueron atacados por sorpresa y derrotados por Menio en el río Astura. Camilo se enfrentó a los tiburtinos, que eran con mucho la fuerza más poderosa, y, aunque con gran dificultad, alcanzó un éxito similar. Durante la batalla, los ciudadanos hicieron una salida por sorpresa, pero Camilo, dirigiendo parte de su ejército contra ellos, no sólo los rechazó hasta el interior de sus murallas, sino que asaltó y capturó la ciudad, tras derrotar a las tropas enviadas en su ayuda, todo en un día. Después de este ataque con éxito contra una ciudad, decidieron hacer un esfuerzo mayor y más audaz y guiar su ejército victorioso hasta la sumisión completa del Lacio. No descansaron hasta que, por la captura o la aceptación de la rendición de una ciudad tras otra, alcanzaron su propósito. Se puso guarnición en las ciudades capturadas, tras lo cual volvieron a Roma para disfrutar un triunfo que se les otorgó por consenso general. Se concedió un honor adicional a ambos cónsules mediante la erección de sus estatuas ecuestres en el Foro, suceso poco frecuente en aquella época.

Antes de que se celebrasen las elecciones consulares para el año siguiente, Camilo llevó ante el Senado el estado de la cuestión de los asuntos del Lacio. *Senadores*, dijo, *nuestras operaciones militares en el Lacio han llegado, por el favor de los dioses y la valentía de nuestros soldados, a feliz término. Los ejércitos enemigos fueron derrotados en Pedum y en el Astura, todas las ciudades latinas y la volsca Anzio han sido asaltadas o rendidas y están ocupadas por guarniciones. Nos estamos cansando de su constante renovación de hostilidades, y es por esto que os consulto, como los más notables hombres, sobre la mejor manera de obligarlos a una paz perpetua. Los dioses inmortales os han hecho tan completamente dueños de la situación, que han puesto en vuestras manos decidir si existirá o no, de ahora en adelante, un Lacio. Hasta tanto, así, por lo que se refiere a los latinos, podéis asegurar una paz duradera mediante la crueldad o mediante la bondad. ¿Deseáis adoptar medidas despiadadas contra un pueblo que se ha rendido y ha sido derrotado? Tenéis vía libre para arrasar toda la nación latina y provocar la desolación y el desierto en un país que os ha aportado un espléndido ejército de aliados que habéis empleado en tantas grandes guerras. ¿O querréis seguir el ejemplo de vuestros antepasados y hacer más grande a Roma*

concediendo su ciudadanía a quienes ha derrotado? Tenemos aquí, a mano, los materiales para expandirla a una altura gloriosa. Esta es, seguramente, la más firme base de un imperio, que sus súbditos se complazcan en someterse a su obediencia. Pero sea cual sea la decisión que vayáis a tomar, debéis daros prisa en tomarla. A tantos pueblos tenéis en tal estado de esperanza y miedo, que es preciso que os despreocupéis cuanto antes de ellos y que sus ánimos, mientras están aun aturdidos por la incertidumbre, queden enseguida impresionados por el castigo o por el beneficio. Nuestra tarea ha sido poneros en posición de llevaros a deliberar todo el asunto, la vuestra es decretar qué es lo mejor para vosotros mismos y para la república.

[8.14] Los líderes del Senado aplaudieron la forma en que el cónsul había presentado la moción pero, que las circunstancias diferían para cada caso, pensaron que cada uno debía decidirse por sus propios méritos, y con vista a facilitar la discusión pidieron al cónsul que expusiese el nombre de cada lugar por separado. Lanuvio recibido la plena ciudadanía y la restitución de sus objetos sagrados, con la salvedad de que el templo y el bosque de Juno Sospita debía pertenecer en común al pueblo romano y a los ciudadanos que vivan en Lanuvio. Ariccia, Nomento y Pedum obtuvieron los mismos derechos políticos que Lanuvio. Túsculo mantuvo la ciudadanía que había tenido antes, y la responsabilidad por la parte que tenía en la guerra se quitó del Estado, como tal, y se hizo recaer en unos pocos individuos. Los veliternos, que habían sido ciudadanos romanos desde tiempos antiguos, fueron a causa de sus muchas revueltas severamente tratados; sus murallas se derribaron, se deportó a su Senado y se le ordenó vivir al otro lado del Tíber; si alguno de ellos fuese capturado a este lado del río, sería multado con mil ases, y al hombre que le hubiera halado no le debería liberar hasta que se hubiera pagado la cantidad. Se asentaron colonos en las tierras que habían poseído, y su número hizo que Velletri pareciese tan poblado como antes. También se otorgó Anzio a un nuevo grupo de colonos, pero se permitió a los anciates que se enrolasen como colonos si lo deseaban; sus naves de guerra les fueron confiscadas y se les prohibió tener más; se les admitió a la ciudadanía. Tivoli y Palestrina vieron confiscados sus dominios, no tanto debido a la parte que habían tenido, junto con el resto del Lacio, en la guerra, sino porque, celosos del poder romano, habían unido sus armas con la bárbara nación de los galos. El resto de las ciudades latinas se vieron privadas del derecho de comercio, de matrimonios mixtos y de mantener reuniones entre sí. A Capua, como recompensa por la negativa de su caballeros a unirse a los latinos, se le permitió disfrutar de los derechos privativos de los ciudadanos romanos, como también a Fondi y a Formi, porque siempre habían permitido el libre paso por su territorio. Se decidió que Cumas y Arienzo debían disfrutar de los mismos derechos que Capua. Algunos de los buques de Anzio fueron llevados a los muelles romanos, otros fueron quemados y sus espolones (rostra) se colocaron al frente de una galería elevada que se construyó al final del Foro y que, por esta circunstancia, fue llamado "los Rostra".

[8.15] Cayo Sulpicio Longo y Publio Elio Peto fueron los nuevos cónsules *(337 a.C.).* Se disfrutaban ya por todas partes las bendiciones de la paz, una paz mantenida no tanto por el poder de Roma como por la influencia que había adquirido por su trato considerado hacia sus enemigos vencidos, cuando estalló una guerra entre los sidicianos y los auruncinos. Después que el cónsul Manlio hubiera aceptado su rendición, los auruncinos se habían mantenido tranquilos. Su petición de auxilio a Roma fue por una causa más que justa. El Senado decidió que se les ofrecería ayuda, pero, antes que los cónsules procedieran, llegaron informes de que los auruncinos habían temido permanecer en su propia ciudad y habían huido con sus esposas e hijos a Sessa (que ahora se llama Aurunca), a la que habían fortificado, y que su ciudad con sus antiguas murallas había sido destruida por los sidicianos. El Senado estaba enojado con los cónsules, por cuyo retraso habían sido traicionados sus aliados, y ordenó que se nombrase un dictador. Cayo Claudio Regilense, en consecuencia, fue nombrado, y designó como su jefe de la caballería a Cayo Claudio Hortator. Hubo algunas dificultades con la sanción religiosa del nombramiento del dictador, y como los

augures dijeron que existía una irregularidad en su elección, tanto el dictador como el jefe de la caballería renunciaron. Este año, Minucia, una vestal, levantó sospechas por vestir de modo más elegante de lo que era apropiado y después fue llevada ante los pontífices por el testimonio de un esclavo. Estos le ordenaron que no tomase parte en las ceremonias sagradas y que no manumitiese a ninguno de sus esclavos. Fue juzgada y hallada culpable, y fue enterrada viva cerca de la Puerta Colina a la derecha de la carretera alta en el Campus Sceleratus (el campo maldito), que, creo, deriva su nombre de este incidente. En este año también resultó Quinto Publio Filón elegido como el primer pretor plebeyo, contra la oposición del cónsul Sulpicio; el Senado, tras fracasar en mantener los más altos cargos en su poder, mostraba menos interés en retener la pretura.

[8.16] Los cónsules para el año siguiente fueron Lucio Papirio Craso y Cesón Duilio *(336 a.C.).* Hubo guerra con los ausonianos y fue reseñable por el hecho de que fuera contra un nuevo enemigo y más que contra uno formidable. Este pueblo habitaba la ciudad de Calvi Risorta, y había unido sus armas a las de sus vecinos, los sidicianos. El ejército combinado de las dos ciudades fue destrozado en un enfrentamiento bastante insignificante; la proximidad de ambas ciudades les hizo buscar enseguida la seguridad en la huida que no encontraron en el combate. El Senado no era el menos preocupado por la guerra, en vista del hecho de que los sidicianos se comportaban agresivamente con tanta frecuencia, o ayudaban a otros a hacerlo, o eran la causa de las hostilidades. Hicieron todo lo posible, por tanto, para asegurar la elección de Marco Valerio Corvo, el más grande comandante de su época, como cónsul por cuarta vez. Se le asignó a Marco Atilio Régulo como su colega *(335 a.C.)* Para evitar cualquier posibilidad de error, los cónsules pidieron que esta guerra se asignase a Corvo sin echarlo a suertes. Después de hacerse cargo del victorioso ejército de los cónsules anteriores, se dirigió a Calvi Risorta, donde la guerra se había iniciado. El enemigo estaba desmoralizado por el recuerdo del anterior conflicto, y le derrotó al primer ataque. Luego avanzó para asaltar sus murallas. Tal era el entusiasmo de los soldados que estaban deseosos de asentar las escalas y escalar de inmediato las murallas, pero Corvo se dio cuenta de la dificultad de la tarea y prefirió lograr sus fines haciendo que sus hombres procediesen a los trabajos de un asedio regular, en vez de exponerlos a riesgos innecesarios. Así que construyó una rampa y llevó los manteletes y torres cerca de las murallas, pero una afortunada circunstancia lo hizo innecesario. Marco Fabio, un prisionero romano, logró eludir a sus guardianes en un festival y, tras romper sus cadenas, se dejó caer de la muralla, atado de una cuerda asegurada contra el pretil de la pared, entre las obras romanas. Indujo al cónsul para que atacara al enemigo mientras estaba durmiendo por los efectos del vino y la fiesta, y los ausonianos fueron capturados, junto con su ciudad, sin más problemas que haber sido previamente derrotados en campo abierto. El botín incautado fue enorme y, después de colocar una guarnición en Calvi Risorta, las legiones fueron llevadas de regreso a Roma. El Senado aprobó una resolución permitiendo al cónsul celebrar un triunfo, y para que Atilio pudiera tener oportunidad también de distinguirse, se ordenó a ambos cónsules que marchasen contra los sidicianos. Antes de comenzar, nombraron, por resolución del Senado, a Lucio Emilio Mamercino como dictador, con el propósito de celebrar las elecciones; éste nombró a Quinto Publilio Filón como su jefe de la caballería. Los cónsules electos fueron Tito Veturio y Espurio Postumio. Aunque aún había guerra con los sidicianos, presentaron una propuesta para asentar una colonia en Calvi Risorta, para anticiparse a la plebe con un acto voluntario de beneficencia. El Senado aprobó una resolución para que se inscribiesen dos mil quinientos nombres, y se nombraron tres comisionados, para asentar a los colonos y asignar los lotes de tierra, que fueron Cesón Duilio, Tito Quincio y Marco Fabio *(334 a.C.).*

[8.17] Los nuevos cónsules, después de tomar el mando del ejército de sus predecesores, entraron en territorio enemigo y condujeron sus correrías hasta las murallas de su ciudad. Los sidicianos habían conseguido reunir un inmenso ejército y se preparaban a luchar desesperadamente; hubo también un informe de que en el Samnio se estaban iniciando hostilidades.

Los cónsules, por tanto, nombraron un dictador por resolución del Senado: Publio Cornelio Rufino; el jefe de la caballería fue Marco Antonio. Posteriormente surgió una dificultad religiosa, por causa de una informalidad en su nombramiento, y renunciaron a sus cargos. Como consecuencia de una peste que siguió, parecía como si todos los auspicios hubieran quedado manchados por aquella informalidad y los asuntos derivaron a un interregno *(333 a.C.)*. Hubo cinco interreges y bajo el último, Marco Valerio Corvo, fueron elegidos cónsules Aulo Cornelio, por segunda vez, y Cneo Domicio *(332 a.C.)* Las cosas estaban ahora tranquilas, pero un rumor sobre una guerra gala produjo tanta alarma como si fuese una invasión real y se decidió que había que nombrar un dictador. Fue nombrado Marco Papirio Craso, siendo Publio Valerio Publícola su jefe de la caballería. Mientras alistaban un número mayor del habitual para las guerras cercanas, las partidas de reconocimiento que se habían enviado informaron de que todo estaba tranquilo entre los galos. Durante los dos últimos años, había habido sospechas de un movimiento en el Samnio a favor de un cambio de política, y como medida de precaución no se retiró un ejército romano del territorio sidiciano. El desembarco de Alejandro del Épiro, cerca de Paestum, llevó a los samnitas a hacer causa común con los lucanos, pero sus fuerzas combinadas fueron derrotadas a su vez en una batalla campal. Él estableció luego relaciones de amistad con Roma, pero resulta bastante dudoso cuánto tiempo las hubiera mantenido si sus otras empresas hubiesen tenido el mismo éxito. En este año se hizo un censo, los censores fueron Quinto Publilio Filón y Espurio Postumio. Los nuevos ciudadanos fueron evaluados y organizados en dos tribus adicionales, la Mecia y la Escapcia. Lucio Papirio, el pretor, obtuvo la aprobación de una ley por la que se concedía la ciudadanía sin derecho de sufragio a los habitantes de Acerra. Estas fueron los asuntos militares y civiles para este año.

[8.18] Marco Claudio Marcelo y Tito Valerio fueron los nuevos cónsules *(331 a.C.)*. Veo en los anales que dan Flaco y Potito como el sobrenombre del cónsul, pero es cuestión de poca importancia cuál fuera el verdadero. Este año se ganó una funesta notoriedad tanto por el tiempo insalubre como por el engaño humano. Yo creería gustoso, y los autores no están de acuerdo en este punto, que es una falsa historia la que cuenta que los que hicieron notorio aquel año al morir por la peste, en realidad murieron envenenados. Yo, sin embargo, relato el asunto tal como ha sido escrito para que no se diga que pongo en tela de juicio la credibilidad de nuestros autores. Los más importantes hombres del Estado fueron afectados por la misma enfermedad, y en casi todos los casos con el mismo fatal resultado. Una criada se llegó hasta Quinto Fabio Máximo, uno de los ediles curules, y se comprometió a revelar la causa de aquella peste si el gobierno la protegía contra cualquier peligro en que pudiera colocarle su descubrimiento. Fabio llevó enseguida el asunto a la consideración de los cónsules y éstos lo elevaron al Senado, que autorizó la concesión de la promesa de inmunidad. Ella entonces descubrió el hecho de que el Estado estaba sufriendo los crímenes de ciertas mujeres; los venenos eran cocinados por matronas romanas y, si ellos la seguían enseguida, ella les prometía que cogerían a las envenenadoras en plena acción. Siguieron a su informante y hallaron, de hecho, algunas mujeres componiendo drogas venenosas y algunos venenos ya preparados. Estos últimos eran llevados al Foro, y hasta veinte matronas, en cuyas casas habían sido confiscados, fueron detenidas por funcionarios de los magistrados. Dos de ellas, Cornelia y Sergia, ambas miembros de casas patricias, sostuvieron que las drogas eran preparados medicinales. La sirvienta, al ser confrontada a ellas, les dijo que bebieran un poco para demostrar que ella había prestado falso testimonio. Se les dio tiempo para consultar qué iban a hacer, y a los espectadores se les ordenó que se retirasen para que pudieran consultar con las otras matronas. Todas consintieron en beber la droga, y después de ello cayeron víctimas de sus propios designios criminales. Sus compañeras fueron inmediatamente detenidas y denunciaron a un gran número de matronas como autoras del mismo delito, de las cuales ciento setenta fueron declaradas culpables. Hasta ese momento nunca se había investigado en Roma una acusación por envenenamiento. Todo el asunto fue considerado un presagio y se pensó que fue más un acto de locura que de maldad deliberada. Como consecuencia de la general alarma producida, se decidió seguir el precedente

registrado en los anales. Se vio en ellos que, durante las secesiones de la plebe en los viejos tiempos, el dictador había hincado un clavo y que los pensamientos de las gentes, alterados por la guerra civil, habían vuelto a la cordura. Se aprobó, en consecuencia, una resolución para que se nombrase un dictador que hincase el clavo. Fue nombrado Cneo Quintilio, y designó a Lucio Valerio como jefe de la caballería. Después de haber hincado el clavo renunciaron al cargo.

[8.19] Lucio Papirio Craso y Lucio Plaucio Venox fueron entonces elegidos cónsules, el primero por segunda vez *(330 a.C.)*. A principios de año llegaron delegaciones de Fabrateria y Luca, lugares pertenecientes a los volscos, con la petición de ser recibidos bajo la protección de Roma, cuyo señorío reconocerían con fidelidad y lealtad si ellos se comprometían a defenderles de los samnitas. El Senado accedió a su petición y envió una advertencia a los samnitas para que no violasen el territorio de aquellas dos ciudades. Los samnitas aceptaron la advertencia, no porque estuvieran ansiosos de paz, sino porque aún no estaban listos para la guerra. Este año comenzó una guerra con Priverno y su aliada, Fondi; su general era un Fondano, Vitrubio Bacco, hombre de gran distinción, no sólo en su propia ciudad sino también en Roma, donde tenían una casa en el Palatino, que fue después destruida y el solar vendido, siendo luego conocido el lugar como el Prado de Bacco. Mientras propagaba la destrucción a lo largo y lo ancho de las tierras de Sezze, Norba y Cora, Lucio Papirio avanzó contra él y tomó una posición no lejos de su campamento. Vitrubio no tenía ni la prudencia de mantenerse tras su empalizada en presencia de un enemigo más fuerte que él, ni el coraje de luchar a cierta distancia de su campamento. Presentó batalla mientras sus hombres apenas estaban fuera de su campamento y, pensando más en retirarse a él que en el combate o en el enemigo, fue con poco esfuerzo derrotado decisivamente. Debido a la proximidad del campamento, la retirada fue fácil y no tuvo mucha dificultad en proteger a sus hombres de una seria derrota; difícilmente pudo alguien morir en aquella batalla y sólo resultaron muertos unos pocos en la retaguardia más apiñada de fugitivos que corrían hacia su campamento. Tan pronto como oscureció, lo abandonaron por Priverno, confiando más en la protección de las murallas de piedra que en el terraplén de su campamento.

El otro cónsul, Plaucio, tras asolar los campos en todas direcciones y llevarse el botín, condujo su ejército a territorio de Fondo. Cuando cruzó la frontera, el senado de Fondi se reunió con él y le explicaron que no venían a interceder por Vitrubio y los de su partido, sino por el pueblo de Fondi. Señalaron que el propio Vitrubio les había eximido de toda responsabilidad al buscar refugio en Priverno y no en Fondi, aunque era su ciudad. Era en Priverno, por lo tanto, donde debían buscar y castigar a los enemigos de Roma, pues habían sido infieles tanto a Fondi como a Roma. Los hombres de Fondi deseaban la paz; sus simpatías eran totalmente romanas y mantenían su agradecimiento por los beneficios que recibieron al serles conferidos los derechos de ciudadanía. Rogaron al cónsul que se abstuviese de hacer la guerra a un pueblo inofensivo; sus tierras, su ciudad, sus propias personas y las de sus esposas e hijos estaban y seguirían estando a disposición de Roma. El cónsul les elogió por su lealtad y envió despachos a Roma para informar al Senado de que los fondanos seguían firmes en su lealtad, tras lo cual marchó a Priverno. Claudio hace un relato distinto. Según él, el cónsul procedió en primer lugar contra los cabecillas de la revuelta, de los cuales trescientos cincuenta fueron enviados encadenados a Roma. Añade que el Senado se negó a recibir la rendición, pues consideró que lo que los fondanos ansiaban era escapar con el castigo de unos pobres y oscuros individuos.

[8.20] Mientras Priverno era asediado por dos ejércitos consulares, uno de los cónsules fue llamado a casa para llevar a cabo las elecciones. Fue en este año cuando se erigieron las cárceles en el Circo Máximo. El problema de la guerra con Priverno aún no había acabado cuando llegaron noticias más alarmantes sobre un movimiento repentino entre los galos. Tales informes no eran tratados a la ligera con frecuencia. A los nuevos cónsules, Lucio Emilio Mamercino y Cayo Plaucio, se les ordenó de inmediato que asumiesen sus respectivos mandos el mismo día que asumieron el

cargo, es decir, el primero de julio *(329 a.C.).* La guerra Gala recayó sobre Mamercino, y éste no permitió que ninguno de los que eran llamados a prestar servicio reclamase la exención. Se afirma que, incluso, fueron convocados los artesanos y los más humildes trabajadores, gentes completamente inútiles para la guerra. Un inmenso ejército se concentró en Veyes para contener el avance de los galos. Se pensó que sería mejor no llegar más lejos, para el caso de que el enemigo tomara otra ruta hacia la Ciudad. Después de efectuar un reconocimiento completo, se pudo establecer a los pocos días que todo estaba tranquilo en lo referente a los galos y entonces toda la fuerza marchó hacia Priverno. Desde este punto hay dos versiones de la historia. Algunos afirman que la ciudad fue asaltada y Vitrubio capturado vivo; otros autores aseguran que, antes del asalto final, llegaron ciudadanos con un caduceo y se rindieron al cónsul mientras que Vitrubio era entregado por sus propios hombres. El Senado, al ser consultado sobre el destino de Vitrubio y de los privernenses, dio instrucciones al cónsul para que demoliera las murallas de Priverno y que situase allí una fuerte guarnición y, a continuación, que celebrase su triunfo. A Vitrubio se le mantendría en prisión hasta que el cónsul regresase y después sería azotado y decapitado; su casa en el Palatino sería destruida y sus bienes consagrados a Semoni Sancus. El dinero obtenido por su venta fue fundido en unos orbes de bronce que fueron depositados en la capilla de Sancus, frente al templo de Quirino. En lo que respecta al Senado de Priverno, se decretó que todos los senadores que hubieran permanecido en esa ciudad después de la revuelta contra Roma debían ser deportados más allá del Tíber en las mismas condiciones que los de Velletri. Después de su triunfo, cuando Vitrubio y sus cómplices hubieron sido ejecutados, Plaucio pensó que, estando el Senado satisfecho con el castigo de los culpables, podría con seguridad referirse a la cuestión de los privernenses. Se dirigió a la Cámara en los siguientes tér*minos: Dado que los autores de la revuelta, senadores, han obtenido de los dioses inmortales y de vosotros el castigo que merecían, ¿Qué os place que se haga respecto a la población inocente? A pesar de que tengo el deber de solicitar opiniones en lugar de darlas, quisiera decir que, en vista del hecho de que los privernenses son vecinos de los samnitas, con quienes las relaciones pacíficas están ahora inciertas, estoy preocupado porque haya entre ellos y nosotros los menos motivos posibles de* queja.

[8.21] La cuestión no era fácil de resolver pues los senadores se dividían según su temperamento, el de unos aconsejaba dureza y el de otros un comportamiento más suave. La divergencia de opinión generalizada fue aumentada por uno de los embajadores privernenses, que pensaba más en la situación en la que había nacido que en las exigencias de la actual coyuntura. Uno de los senadores que abogaba por medidas más severas le preguntó qué castigo creía que merecían sus compatriotas. Él respondió: *El castigo que merecen aquellos que estiman su libertad.* El cónsul se dio cuenta de que esta respuesta enérgica sólo exasperaba a los que ya eran adversos a la causa de los privernenses, y trató de obtener una respuesta más suave mediante una pregunta más considerada. *Bien*, dijo, *si perdonamos las penas, ¿qué clase de paz podemos esperar tener con vosotros en lo sucesivo?—Una larga y verdadera*, fue la respuesta, *si las condiciones son buenas, pero si son malas, pronto se romperá.* Al oír esto, algunos de los senadores exclamaron que estaba empleando amenazas abiertas, y que era mediante un lenguaje así como se incitaba a reanudar las hostilidades a Estados que habían sido pacificados. La mayor parte del Senado, sin embargo, consideró de manera más favorable su respuesta, y declaró que era una expresión digna de un hombre, y de un hombre que amaba la libertad. ¿Debía, se preguntaron, suponerse que cualquier pueblo o, para el caso, cualquier persona, permaneciese mucho tiempo de acuerdo con condiciones que le disgustaban? La paz sólo se mantendría con fidelidad donde quienes la aceptaban lo hacían voluntariamente; no podían esperar que se guardase fidelidad donde buscaban reducir los hombres a la servidumbre. El Senado fue llevado a adoptar este punto de vista principalmente por el cónsul, que repetía a los consulares, los hombres que tenían que dar primero su opinión, en un tono lo bastante alto como para que muchos lo oyesen: *Hombres cuyo primero y último pensamiento es la libertad merecen ser romanos.* Así ganaron su causa en el Senado, y la propuesta de otorgar la

ciudadanía plena a los privernenses fue presentada al pueblo.

[8.22] Los nuevos cónsules fueron Publio Plaucio Próculo y Publio Cornelio Escápula *(328 a.C.).* El año no fue reseñable por nada en casa ni en el extranjero, más allá del hecho de que se asentó una colonia en Fregellae, que estaba en territorio de los sidicianos y que después perteneció a los volscos. Hubo también una distribución de carne al pueblo hecha por Marco Flavio con ocasión del funeral de su madre. Hubo muchos que consideraron esto como el pago de un soborno al pueblo con el pretexto de honrar la memoria de su madre. Él había sido procesado por los ediles, acusado de seducir a una mujer casada, y había sido absuelto, y esto fue así considerado claramente la devolución del favor de absolverle en el juicio. También demostró ser el medio para alcanzar un cargo, pues en las siguientes elecciones fue nombrado tribuno de la plebe en ausencia y pasando por encima de competidores que se concurrieron en persona. Paleópolis era una ciudad no muy lejos de la actual Neápolis. Las dos ciudades formaban una comunidad. Los primeros habitantes vinieron de Cumas; Cumas remonta sus orígenes a Calcis, en Eubea. La flota con la que salieron de su hogar les dio el dominio del distrito costero que ahora ocupaban, y tras desembarcar en las islas de Enaria y Pitecusa, se aventuraron a trasladar sus asentamientos al continente. Esta comunidad, apoyándose en su propia fuerza y en la laxa observancia de las obligaciones del tratado que los samnitas estaban mostrando para con los romanos, o tal vez confiando en el efecto de la peste que habían oído estaba atacando la Ciudad, perpetraron muchos actos de agresión contra los romanos que vivían en la Campania y en el país falerno. Como consecuencia de esto, los cónsules, Lucio Cornelio Léntulo y Quinto Publilio Filón, envió los feciales a Paleópolis en demanda de reparación *(327 a.C.)* Al enterarse de que los griegos, un pueblo valiente en palabras más que en hechos, había enviado una respuesta desafiante, el pueblo, con la sanción del Senado, ordenó que se hiciera la guerra a Paleópolis. Los cónsules organizaron sus respectivos mandos; de los griegos se encargaría Publilio y Cornelio, con un segundo ejército, controlaría cualquier movimiento por parte de los samnitas. Sin embargo, un informe les previno de que los samnitas, esperando ansiosos un levantamiento en la Campania, mandaban allí sus tropas; Cornelio pensó que lo más apropiado sería levantar allí un campamento.

[8.23] Ambos cónsules enviaron un mensaje al Senado diciendo que había muy pocas esperanzas de que los samnitas permaneciesen en paz. Publilio les informó de que dos mil soldados de Nolanum y cuatro mil samnitas habían sido admitidos en Paleópolis, más por la presión de Nola que porque los griegos tuviesen grandes deseos de su presencia; Cornelio mandó la noticia de que se habían dado órdenes para un alistamiento general en el Samnio, y que se estaba tratando abiertamente de inducir a las comunidades vecinas de Priverno, Fondi y Formia a levantarse. En estas circunstancias, se decidió enviar embajadores a los samnitas antes de empezar de hecho la guerra. Los samnitas enviaron una respuesta insolente. Acusaron a los romanos de una agresión flagrante y negaron absolutamente las acusaciones que se formulaban contra ellos; declararon que la ayuda que habían recibido los griegos no la había facilitado su gobierno, ni que habían incitado a Fondi ni a Formia, pues no tenían motivo para desconfiar de sus propias fuerzas si se llegaba a la guerra. Además, era imposible disimular la profunda irritación que en la nación samnita inspiraba el comportamiento del pueblo romano al restaurar Fregellas después de que ellos la hubieran capturado a los volscos y la destruyeran, y que hubiesen asentado una colonia en territorio samnita a la que los colonos llamaban Fregellas. Si este insulto e injuria no era retirado por sus responsables, ellos mismos usarían toda su fuerza para librarse de él. Los embajadores romanos les invitaron a someter las cuestiones en disputa a un arbitraje ante sus amigos comunes, pero los samnitas respondieron: *¿Por qué tenemos que andarnos con rodeos? Ni la diplomacia ni el arbitraje pueden arreglar nuestra disputa; las armas y la fortuna de la guerra son lo único que puede decidir la cuestión. Que nuestros ejércitos se encuentren entre Capua y Suessula y allí decidiremos si serán los romanos o los samnitas quienes señorearán Italia.* A lo que el romano respondió: *Los soldados*

romanos no irán donde les convoque el enemigo, sino donde les lleve su jefe.

Mientras tanto, Publilio había ocupado una posición adecuada entre Paleópolis y Nápoles, a fin de evitar que se prestasen mutuamente la ayuda que hasta entonces se habían dado. El tiempo para las elecciones se acercaba y hubiera sido muy inconveniente para el interés público llamar de vuelta a Publilio, ya que estaba listo para atacar el lugar y esperando de efectuar su captura en pocos días. Se llegó por tanto a un acuerdo con los tribunos de la plebe para proponer al pueblo que, a la finalización de su mandato, Publilio continuase como procónsul hasta que llegase a su fin la guerra con los griegos. La misma medida se adoptó con respecto a Cornelio, que ya había entrado en el Samnio, y se le dio instrucciones escritas para que nombrase un dictador para celebrar las elecciones. Nombró a Marco Claudio Marcelo, y este designó a Espurio Postumio como jefe de la caballería. Las elecciones, sin embargo, no fueron celebradas por ese dictador, pues se plantearon dudas en cuanto a si se habían observado las formalidades prescritas en su nombramiento. Los augures, al ser consultados, declararon que no se habían observado debidamente. Las tribunas calificaron su acción como deshonesta e injusta. ¿Cómo, preguntaron, podían saber que existía alguna irregularidad? El cónsul se levantó a media noche para designar al dictador; no había comunicado nada a nadie, oficial o privadamente, sobre el asunto; no había nadie con vida que pudiera decir que él había visto u oído nada que pudiese viciar los auspicios; los augures, sentados tranquilamente en Roma, no podían adivinar a qué dificultades se pudiera enfrentar el cónsul en el campamento. ¿Quién de los presentes no veía que la irregularidad que habían descubierto los augures resultaba ser el hecho de que el dictador era un plebeyo? Estas y otras objeciones fueron planteadas por los tribunos. Los asuntos, sin embargo, entraron en un interregno, y debido a la suspensión reiterada de las elecciones con un pretexto tras otro, hubo no menos de catorce interregnos. Por fin, Lucio Emilio, el decimocuarto interrex, declaró a Cayo Petilio y a Lucio Papirio Mugilano como debidamente electos *(326 a.C.).* En otras listas me parece como sobrenombre Cursor.

[8.24] Se dice que la fundación de Alejandría, en Egipto, tuvo lugar este año *(327 a. C.)*, y también el asesinato de Alejandro de Épiro a manos de un refugiado lucano, un evento con el que se cumplió la predicción del oráculo de Júpiter Dodoneano. Cuando fue invitado por los tarentinos a Italia, recibió una advertencia para que se cuidase del agua de Aquerusia y de la ciudad de Pandosia, pues era allí donde se habían fijado los límites de su destino. Esto le hizo cruzar a Italia, tan pronto como le fue posible, desde la ciudad de Pandosia, en el Épiro y el río Aqueronte, que fluye desde Molossia hasta la laguna Infernal y finalmente desemboca en el golfo de Arta. Pero, como sucede a menudo, al tratar de evitar su destino se precipitó sobre él. Ganó varias victorias sobre las naciones de la Italia meridional, causando numerosas derrotas a las legiones de Brucia y Lucania, capturando la ciudad de Heraclea, un asentamiento de colonos de Tarento, tomando Potenza a los lucanos, Siponto a los apulios, Consenza y Terina a los brucios y otras ciudades de los mesapios y lucanos. Envió a trescientas familias nobles al Épiro, detenidos como rehenes. Las circunstancias bajo las que halló la muerte fueron estas: Él había tomado una posición permanente sobre tres colinas, no muy lejos de la ciudad de Pandosia que está próxima a las fronteras entre lucanos y brucios. Desde este punto hacía incursiones en cada lugar del territorio del enemigo, y en estas expediciones empleaba como guardaespaldas a unos dos centenares de refugiados lucanos, en cuya fidelidad puso su confianza, pero que, como la mayoría de sus compatriotas, eran dados a cambiar de bando cuando cambiaba su suerte. Unas lluvias continuas habían inundado todo el país e impidieron que las tres divisiones del ejército se apoyasen mutuamente; el terreno entre las tres colinas se volvió intransitable. Mientras estaban en estas condiciones, dos de las tres divisiones fueron atacadas por sorpresa en ausencia del rey y vencidas. Después de aniquilarlas, el enemigo asaltó la tercera colina, donde el rey estaba presente en persona. Los refugiados lucanos lograron comunicarse con sus compatriotas y prometieron, en caso de que se les garantizase un retorno seguro, que pondrían al rey en sus manos, vivo o muerto. Alejandro, con un destacamento selecto de tropas, se abrió paso, con

un espléndido coraje, a través del enemigo y enfrentándose al general lucano le mató tras un combate cuerpo a cuerpo. Luego, uniéndose a aquellos de sus hombres que se habían dispersado en la huida, se dirigió hacia las ruinas de un puente que había sido arrasado por las inundaciones y llegó a un río. Mientras sus hombres estaban vadeando en condiciones inciertas, un soldado, casi agotado por el esfuerzo y el miedo, maldijo el río por su funesto nombre y exclamó: *¡Con razón te llamas Acheronte!* Cuando estas palabras llegaron a oídos del rey, enseguida se le vino a la cabeza la advertencia del oráculo y se detuvo, dudando si cruzar o no. Sotimo, uno de sus asistentes personales, le preguntó por qué dudaba en un momento tan crítico y llamó su atención sobre los sospechosos movimientos de los refugiados lucanos que, evidentemente, meditaban su traición. El rey miró hacia atrás y los vio venir en un grupo compacto; enseguida desenvainó su espada y, espoleó su caballo por en medio del río. Ya había llegado a las aguas poco profundas del otro lado, cuando uno de los refugiados, a cierta distancia, le atravesó con una jabalina. Cayó de su caballo y su cuerpo sin vida, con el arma clavada en él, fue arrastrado por la corriente a la parte de la orilla donde estaban sus enemigos. Allí fue horriblemente mutilado. Después de cortarlo por en medio, enviaron una mitad a Consenza y le quedaron la otra para hacer burlas con ella. Mientras le estaban arrojando a distancia dardos y piedras, una mujer solitaria que se aventuró entre la chusma que mostraban tan increíble brutalidad y les imploró que desistieran. Ella les dijo entre lágrimas que su marido y sus hijos eran prisioneros del enemigo y que esperaba poder rescatarlos con el cuerpo del rey, por muy desfigurado que estuviera. Esto puso fin a los ultrajes. Lo que quedaba de las extremidades fue cremado en Consenza por el cuidado reverencial de esta mujer, y los huesos fueron devueltos al Metaponto; de allí fueron llevados a Cleopatra, la esposa del rey, y a Olimpia, su hermana; esta última era la madre, y la primera, la hermana, de Alejandro Magno. Me pareció bien para dar este breve relato de la trágica muerte de Alejandro de Épiro pues, aunque la fortuna le impidió mantener hostilidades con Roma, las guerras que libró en Italia le dan derecho a un lugar en esta historia.

[8.25] Este año *(326 a. C.)* se celebró un lectisternio, el quinto desde la fundación de la Ciudad, y se propiciaron en él a las mismas deidades que en el anterior. Los nuevos cónsules, actuando bajo las órdenes del pueblo, enviaron heraldos para entregar una declaración formal de guerra a los samnitas, y efectuaron todos los preparativos para esta guerra en una escala mucho mayor que contra los griegos. Se recibieron ayudas nuevas e inesperadas, pues los lucanos y apulios, con los que por entonces no mantenían relaciones los romanos, llegaron con la oferta de hacer una alianza y prometieron ayuda armada; se hizo pues una alianza de amistad con ellos. Mientras tanto, las operaciones en el Samnio se condujeron con éxito; las ciudades de Alife, Callifae, y Rufrium pasaron a manos de los romanos, y después que hubieron entrado los cónsules al país, devastaron el resto del territorio a lo largo y a lo ancho. Mientras esta guerra comenzaba así favorablemente, la otra contra los griegos se aproximaba a su terminación. No sólo se cortaron las líneas de comunicación enemigas entre las dos ciudades de Paleópolis y Nápoles, sino que sus habitantes prácticamente quedaron prisioneros de sus defensores, y estaban sufriendo más de ellos de lo que cualquier enemigo exterior les pudiera hacer sufrir; sus esposas e hijos estaban sometidos a indignidades tan extremas como a las que solo se infligían a ciudades asaltadas y saqueadas. Les llegaron noticias de que les llegaban socorros desde Tarento y de los samnitas. Consideraron de que ya tenían, dentro de sus murallas, a más samnitas de los que querían, pero las fuerzas de Tarento estaban compuestas por griegos, a los que se preparaban a dar la bienvenida, siendo ellos mismos griegos, y por cuyo medio esperaban resistir a los samnitas y nolanos tanto como a los romanos. Al final, rendirse a los romanos les pareció el menor de los dos males. Carilao y Nimphio, los hombres principales de la ciudad, se pusieron de acuerdo entre sí sobre los papeles que iban a jugar cada uno. Uno desertaría con el jefe romano y el otro permanecería en la ciudad y la dispondría para ejecutar con éxito su plan. Carilao era el que marcharía donde estaba Publio Filón. Tras expresar la esperanza de que todo pudiera resultar en bien y felicidad de Paleópolis y Roma, pasó a decir que

había decidido entregar las fortificaciones. Que al hacerlo hubiera preservado su patria o la hubiera traicionado dependía del sentido romano del honor. Para él no pedía condiciones ni exigía término alguno, pero para sus compatriotas rogaba y estipulaba que si su designio tenía éxito, el pueblo de Roma tuviese en cuenta el entusiasmo con el que habían tratado de renovar sus antiguas relaciones de amistad y el riesgo inherente a su acción, en vez de su locura y temeridad al romper los viejos lazos que les obligaban. El comandante romano dio su aprobación al ardid propuesto y le proporcionó tres mil hombres para apoderarse de aquella parte de la ciudad que estaba ocupada por los samnitas. Lucio Quincio, un tribuno militar, fue puesto al mando de esta fuerza.

[8.26] Nimphio, al mismo tiempo, se acercó al pretor samnita y lo convenció para que, ahora que toda la fuerza de combate romana estaba o rodeando Paleópolis u operando en el Samnio, le permitiera navegar con la flota hasta la costa romana y asolar no sólo los distritos costeros, sino todo el territorio cercano a la Ciudad. Señaló, empero, que para asegurar el secreto sería necesario comenzar por la noche, y que los buques debían ser botado enseguida. Para acelerar el proceso, el conjunto de las tropas samnitas, con excepción de los que estaban montando guardia en la ciudad, fue enviado a la costa. Aquí se encontraron tan amontonados que se impedían los movimientos unos a otros, y la confusión se acrecentó por la oscuridad y las órdenes contradictorias que Nimphio estaba dando para ganar tiempo. Mientras tanto, Carilao había sido admitido por sus cómplices en la ciudad. Cuando los romanos hubieron ocupado completamente las partes más altas de la ciudad, les ordenó lanzar un grito, ante el cual los griegos, siguiendo las instrucciones de sus jefes, guardaron silencio. Los nolanos escaparon hacia la otra parte de la ciudad y tomaron el camino hacia Nola. Los samnitas, como ya estaban fuera de la ciudad, tuvo menos dificultades para escapar, pero una vez fuera de peligro, se encontraron en una huida mucho más penosa. No tenían armas, todo lo que poseían había quedado atrás, en manos del enemigo; regresaron a sus hogares desnudos y míseros, objetos de burla no sólo para los extranjeros, sino incluso para sus propios compatriotas. Soy consciente de que hay otro punto de vista sobre esta acción, de acuerdo con el cual los samnitas se rindieron, pero en el relato anterior he seguido a los autores a quienes considero más dignos de crédito. Además, el tratado de Nápoles, por el que se trasladaba allí la sede del gobierno de los griegos, resulta más probable a que renovaran las relaciones amistosas por su propia voluntad. Como se pensó por todos que el enemigo había sido obligado por el asedio a llegar a un acuerdo, se decretó un triunfo a Publilio. Dos circunstancias ocurrieron, en relación con su consulado, que nunca habían ocurrido antes: la prolongación de su mandato y un triunfo posterior a la expiración de su cargo.

[8.27] A todo esto siguió, casi inmediatamente, una guerra con los griegos de la costa oriental. Los tarentinos habían alentado al pueblo de Paleópolis durante su larga resistencia con vanas esperanzas de ayuda, y cuando oyeron que los romanos habían tomado posesión del lugar, culparon gravemente a los paleopolitanos por dejarlos en la estacada, como si fuesen inocentes de haber actuado ellos mismos de un modo similar. Estaban furiosos con los romanos, sobre todo después de ver que los lucanos y los apulios habían establecido relaciones de amistad con ellos (pues fue este año cuando se formó la alianza) y se dieron cuenta de que serían los siguientes en verse envueltos. Vieron que pronto se convertiría en una cuestión de luchar contra Roma o someterse a ella, y que todo su futuro, de hecho, dependería del resultado de la guerra samnita. Esa nación se quedó sola, e incluso su fuerza resultaba insuficiente para luchar ahora que los lucanos les habían abandonado. Pensaron, sin embargo, que aún podrían recuperar a éstos e inducirlos a abandonar la alianza romana, si resultaban lo bastante hábiles para sembrar entre ellos las semillas de la discordia. Estos argumentos encontraron aceptación general en un pueblo que era voluble e inquieto, y algunos jóvenes lucanos, que se distinguían más por su falta de escrúpulos que por su sentido del honor, fueron sobornados para convertirse ellos mismos en instrumento del partido belicista. Después de azotarse los unos a los otros con varas, se presentaron con sus espaldas descubiertas ante la

asamblea popular y se quejaron sonoramente de que tras haberse aventurado dentro del campamento romano, habían sido azotados por orden del cónsul y estuvieron a punto de perder la cabeza. El asunto tenía un feo aspecto y la visible evidencia eliminaba cualquier sospecha de fraude. La asamblea se excitó grandemente, y entre gritos insistió en convocar a los magistrados del Senado. Cuando se reunieron, los senadores estaban rodeados por una multitud de espectadores que clamaban por la guerra con Roma; mientras tanto, otros fueron por el país para hacer que los campesinos tomasen las armas. Hasta las más frías cabezas fueros arrastradas por el tumultuoso sentir popular; se aprobó un decreto para que se hiciese una nueva alianza con los samnitas y a continuación se iniciaron negociaciones con ellos. Los samnitas no tenían mucha confianza en este repentino, y aparentemente sin fundamento, cambio de política, y los lucanos se vieron obligados a dejar rehenes y permitir que los samnitas guarnecieran sus plazas fortificadas. Cegados por el engaño y el resentimiento, no pusieron ninguna dificultad para aceptar estos términos. Poco después, cuando los autores de las falsas acusaciones se hubieron trasladado a Tarento, comenzaron a ver cómo habían sido engañados; pero era demasiado tarde, los acontecimientos se les habían ido de las manos y no les quedaba más que el arrepentimiento inútil.

[8.28] Este año *(326 a.C.)* se caracterizó por el nacimiento, por así decir, de una nueva era de libertad para la plebe; ya no se permitió a los acreedores encarcelar a sus deudores. Este cambio en la ley se produjo por un señalado ejemplo de lujuria y crueldad por parte de un usurero. Lucio Papirio era el hombre en cuestión. Cayo Publilio le había comprometido su persona por una deuda que su padre había contraído. La juventud y la belleza del deudor, que debería haber provocado sentimientos de compasión, sólo sirvió de incentivo a la lujuria y el insulto. Viendo que sus infames propuestas sólo llenaban al joven de horror y repugnancia, el hombre le recordó que estaba absolutamente en su poder y trató de aterrorizarle con amenazas. Como con estas no consiguió quebrar los nobles instintos del muchacho, ordenó que le desnudasen y golpeasen. Destrozado y sangrando, el muchacho huyó a la calle y a voz en grito se quejó de la lujuria y brutalidad del usurero. Se juntó gran multitud y, al enterarse de lo ocurrido, enfureció por el ultraje perpetrado contra alguien de tan tierna edad, que les recordaba las condiciones bajo las que ellos y sus hijos vivían. Corrieron al Foro y desde allí, en un grupo compacto, a la Curia. Ante este brote repentino, los cónsules consideraron necesario convocar enseguida una reunión del Senado, y conforme los miembros llegaban al edificio, la multitud exhibía la espalda lacerada del joven y se arrojaban ellos mismos a los pies de los senadores conforme pasaban uno por uno. El vínculo y apoyo más fuerte del crédito quedó allí y entonces derrocado por los locos excesos de un individuo. El Senado ordenó a los cónsules que presentaran ante el pueblo una propuesta por la que *ningún hombre sería encadenado o encarcelado, excepto los que hubieran sido hallados culpables de algún crimen, y sólo hasta que se produjera la sentencia; y además, que serían los bienes, y no las personas de los deudores, la garantía de la deuda.* Así fueron liberados los deudores detenidos y se prohibió que cualquiera fuese en lo sucesivo confinado.

[8.29] La guerra samnita, la repentina deserción de los lucanos y el hecho de que los tarentinos hubieran sido los instigadores, fueron suficiente motivo para provocar la inquietud de los senadores. Nuevas dificultades, sin embargo, surgieron este año debido a que los vestinos hicieron causa común con los samnitas. Este asunto, alargándose en el tiempo, fue tema de conversación durante el año actual en cualquier conversación pública, pero no ocupó el interés del gobierno. Al año siguiente, sin embargo, los nuevos cónsules, Lucio Furio Camilo y Junio Bruto Esceva *(325 a.C.)*, lo convirtieron en lo primero a plantear ante el Senado. Aunque el tema no era nada nuevo, sin embargo, se consideró tan grave que los senadores se abstuvieron tanto de afrontarlo como de negarse a hacerlo. Temían que si dejaban si castigo a aquella nación, los estados vecinos se envalentonarían y se atreverían a dar muestras similares de arrogancia vana, y que el castigarles con la fuerza de las armas llevase a los demás a temer un tratamiento similar y a despertar el

resentimiento. De hecho, el conjunto de estos países -los marsios, los pelignos y los marrucinos- eran tan belicosos como los samnitas y, en caso de que los vestinos fuesen atacados, se les habría de contar como enemigos. La victoria, sin embargo, correspondió al partido del Senado que en aquel momento parecía ser más osado que prudente, pero el resultado demostró que la Fortuna favorece a los audaces. El pueblo, con la sanción del Senado, resolvió ir a la guerra con los vestinos. La conducción de esa guerra recayó sobre Bruto y la del Samnio tocó a Camilo. Los ejércitos marcharon hacia ambos países, y mediante una cuidadosa vigilancia de las fronteras se impidió al enemigo que las cruzase. El cónsul que tenía la tarea más pesada, Lucio Furio, fue alcanzado por una enfermedad grave y se vio obligado a renunciar a su mando. Se le ordenó que nombrase un dictador para dirigir la campaña, y nombró a Lucio Papirio Cursor, el soldado más importante de su tiempo, siendo designado Quinto Fabio Máximo Ruliano como jefe de la caballería. Los dos se distinguieron por su comportamiento en campaña, pero aun se hicieron más famosos por el conflicto que estalló entre ellos y que casi llevó a fatales consecuencias. El otro cónsul, Bruto, condujo una activa campaña contra los vestinos sin recibir un solo revés. Devastó los campos y quemó las granjas y cultivos del enemigo, consiguiendo que acudiesen a regañadientes al combate. Se libró una batalla campal e infligió tal derrota a los vestinos, aunque también con fuertes pérdidas para él, que huyeron a su campamento; pero no sintiéndose lo bastante protegidos por el foso y la empalizada, se dispersaron en grupos separados hacia sus ciudades, confiando en la fortaleza de sus posiciones y murallas de piedra para su defensa. Bruto comenzó entonces un ataque a sus ciudades. La primera en ser tomada fue Cutina, que tomó mediante escalas, tras un feroz asalto de sus hombres, que ansiaban vengar las graves pérdidas sufridas en la batalla previa. A esto siguió la captura de Cingilia. Concedió los despojos de ambas ciudades a sus tropas, como recompensa por haber superado las murallas y las puertas enemigas.

[8.30] El avance en el Samnio se realizó bajo auspicios dudosos. Esta circunstancia no auguraba el resultado de la campaña, para la que era bastante favorable, pero sí por la rabia y la ira que mostraron los comandantes. Papirio fue advertido por el pullarius que sería necesario tomar nuevamente los auspicios. Al salir de Roma con este propósito, encargó estrictamente a su jefe de la caballería que se mantuviese en sus líneas y que no se enfrentase al enemigo. Después de que se hubiera ido, Quinto Fabio supo por sus exploradores que el enemigo se mostraba tan descuidado como si no hubiese ni un romano en el Samnio. Fuera que su temperamento juvenil se resentía al depender del dictador, o que le tentó la oportunidad que se le ofrecía de lograr una brillante victoria, en cualquier caso, tras dar las disposiciones y hacer los preparativos necesarios, avanzó hasta Inbrinio -pues así se llamaba el lugar- y luchó en una batalla con los samnitas. Tal fue la suerte de la lucha que si el dictador hubiera estado presente no podría haber hecho nada para obtener un éxito más completo. El general no defraudó a sus hombres, ni los hombres decepcionaron a su general. La caballería cargó repetidas veces, pero no pudo romper la formación que se le oponía, y siguiendo el consejo de Lucio Cominio, un tribuno militar, quitaron los frenos a sus caballos y los espolearon con tanta furia que nada les pudo resistir. Forzaron el paso por lo más débil del enemigo y arrasaron cuanto se les oponía. La infantería les siguió y completó el desorden del enemigo. Se dice que ese día perdieron veinte mil hombres. Algunos autores de los que he consultado afirman que se libraron dos batallas en ausencia del dictador y que cada una de ellas fue una brillante victoria. En los más antiguos escritores, sin embargo, sólo se menciona una sola batalla, y algunos analistas omiten el incidente por completo.

Como consecuencia de la gran cantidad de muertos y la gran cantidad de botín, en forma de armaduras y armas, recogido en el campo de batalla, el jefe de la caballería lo reunió todo en una enorme pila y lo quemó. Su propósito pudo haber sido el cumplir una promesa a alguna deidad. Pero si hemos de confiar en la autoridad de Fabio, lo hizo para evitar que el dictador cosechase los frutos de su gloria, o que llevase el botín en su triunfo y pusiese su nombre tras ellos. El hecho, también, de que enviase los despachos anunciando su victoria al Senado, y no al dictador, podría

querer demostrar que no estaba en modo alguno ansioso por permitirle compartir ningún crédito en su victoria. En todo caso, el dictador se lo tomó en aquel sentido y, mientras todos los demás estaban jubilosos por la victoria que habían ganado, él tenía una expresión triste e iracunda. Despidió abruptamente al Senado y salió apresuradamente de la Curia, exclamando repetidamente que la autoridad y dignidad del dictador quedarían tan completamente sobrepasadas por el jefe de la caballería como lo habían sido las legiones samnitas, si tal desprecio a sus órdenes quedaba impune. En este estado de ánimo furioso y amenazante, se dirigió con toda la rapidez posible al campamento. No pudo, sin embargo, llegar a él antes que la noticia de su aproximación, llevada por mensajeros que habían salido de la Ciudad delante de él llevando el mensaje de que el dictador llegaba en busca de venganza, con palabras de alabanza para Tito Manlio.

[8,31] Fabio convocó inmediatamente sus tropas a una asamblea, y les instó para mostrar el mismo valor con el que habían defendido la república contra un bravo y decidido enemigo, para proteger de la ferocidad sin límites del dictador al hombre bajo cuyos auspicios y mando habían resultado victoriosos. Aquel venía enloquecido por los celos, exasperado por los méritos de otro hombre y por su buena fortuna, furioso porque la república había triunfado en su ausencia. Si estuviera en su poder cambiar la suerte del día, preferiría más que la victoria hubiera sido para los samnitas que no para los romanos. Habla todo el tiempo sobre la desobediencia a la órdenes como si la razón por la que prohibió todo combate no fuera, precisamente, la misma por la que le molestaba que hayamos luchado. Así que, impulsado por los celos, quería suprimir los méritos ajenos y privar de sus armas a hombres más que dispuestos a usarlas, para impedir que las empleasen en su ausencia; y ahora está furioso y exasperado porque los soldados no estuviesen heridos o indefensos aunque Lucio Papirio no hubiese estado con ellos, y porque Quinto Fabio se consideraba a sí mismo jefe de la caballería y no lacayo del dictador. Viendo que ahora que el enemigo ha sido totalmente derrotado y que se ha ganado una victoria para la república, que ni bajo su generalato sin igual habría sido más completa, amenaza de hecho al jefe de la caballería con el castigo, ¡¿qué hubiera hecho él si, como sucede a menudo en medio de los azares de la guerra, la batalla nos hubiera sido adversa?! Lo que haría, si pudiese, sería tratar a todos con la misma severidad, no sólo al jefe de la caballería, sino a los tribunos militares, a los centuriones y a los hombres de la tropa. Celoso, como un relámpago, todo lo ataca, y como no puede alcanzar a todos, ha elegido como víctima a un hombre al que considera el principal conspirador: vuestro general. Si tuviera éxito al aplastarle y apagar el esplendor de su éxito, tratará a este ejército como el vencedor trata al vencido y con la misma crueldad que se le haya consentido tratar al jefe de la caballería. Defendiendo su causa, estarán defendiendo la libertad de todos. Si el dictador ve que el ejército está tan unido en la hora de la victoria como lo fue al luchar por ella, y que la seguridad de uno es la preocupación común de todos, él mismo volverá a un estado de ánimo más calmado. Sus últimas palabras fueron: *Encomiendo mi fortuna y mi vida a vuestra fidelidad y coraje.* Sus palabras fueron recibidas con gritos generales de aprobación. Le decían que no desmayase ni se desanimase, que ningún hombre le haría daño mientras estuviesen en pie las legiones de Roma.

[8.32] No mucho después de esto, apareció el dictador y de inmediato ordenó al trompeta que tocase a Asamblea. Cuando se restableció el silencio, un mensajero citó a Quinto Fabio, el jefe de la caballería. Este se adelantó y se detuvo justo debajo de la tribuna del dictador. El dictador comenzó: *Quinto Fabio, en tanto que el dictador posee la autoridad suprema, a la que los cónsules que ejercen el antiguo poder real y los pretores que son elegidos bajo los mismos auspicios que los cónsules se someten, te pregunto para que digas si piensas que es correcto o no que el jefe de la caballería se someta a dicha autoridad. Además, también te pregunto ¿Era yo consciente de haber dejado la Ciudad bajo auspicios dudosos, y debería haber puesto en peligro la seguridad de la república a la vista de estas dificultades religiosas, o debía haber tomado nuevamente los auspicios y evitar así cualquier decisión hasta saber lo que placía a los dioses? También me gustaría saber*

si, en caso de que un impedimento religioso evite que el dictador actúe, ¿puede también el jefe de la caballería considerarse sin trabas y libre de tales impedimentos? Pero ¿por qué hago estas preguntas? Seguramente, si me hubiera ido sin dejar orden alguna, tú debieras haber usado tu criterio para interpretar mis deseos y actuar en consecuencia. Respóndeme, por tanto, a esto: ¿Te prohibí tomar ninguna acción en mi ausencia? ¿Te prohibí enfrentarte al enemigo? Con desprecio de mis órdenes, mientras estaban aún indecisos los auspicios y retenida la sanción religiosa, te atreviste a dar batalla desafiando todas las costumbres militares y la disciplina de nuestros antepasados, en contra de la voluntad de los dioses. Contesta las preguntas que se te hacen, pero cuídate de pronunciar una sola palabra sobre nada más. ¡Lictor, acércate a él!

Fabio vio que no era nada fácil responder a cada pregunta en detalle, y protestó porque el mismo hombre fuera tanto acusador como juez en un asunto de vida o muerte. Gritó que sería más fácil privarle de la vida que de la gloria que había ganado, y llegó a exculparse y a acusar al dictador. Papirio, en un nuevo estallido de ira, ordenó que se desnudase al jefe de la caballería y que se dispusieran las varas y las hachas. Fabio hizo un llamamiento a los soldados en busca de ayuda, y como los lictores empezaran a quitarle la ropa, se retiró detrás de los triarios, que estaban ahora formando un tumulto. Sus gritos llegaron a toda la concurrencia, por todas partes se oyeron amenazas y súplicas. Los más cercanos al tribunal, que podrían ser reconocidos al estar a la vista del dictador, le imploraron por el jefe de la caballería y para que no condenase con él a todo el ejército; los que estaban más lejos y los que habían rodeado a Fabio vilipendiaban al dictador de insensible y despiadado. Las cosas se acercaban rápidamente al amotinamiento. Incluso los que estaban en el tribunal no se quedaron quietos; los oficiales de estado mayor que rodeaban la silla del dictador le rogaban que suspendiera el proceso hasta el día siguiente, para que se enfriasen los ánimos y dar tiempo a un examen tranquilo. Insistían en que el espíritu juvenil de Fabio había sido suficientemente castigado y su victoria suficientemente mancillada; le rogaban que no llevase su castigo hasta el extremo, ni que marcase con la ignominia no solo a un joven de mérito excepcional, sino también a su padre y a toda la gen Fabia. Cuando se dieron cuenta que de sus argumentos y súplicas eran igualmente inútiles, le incitaron a mirar la enojada multitud que tenía en frente. Añadir fuego al ánimo de hombres que ya lo tenían lo bastante inflamado, y darles motivos para amotinarse, dijeron, era indigno de un hombre de su edad y experiencia. Si se producía un motín, nadie echaría la culpa a Quinto Fabio, que sólo despreciaba el castigo; toda la responsabilidad caería sobre el dictador por haber provocado, con su ciega pasión, a la multitud a una lucha deplorable con él. Y como último argumento, declararon que para impedir que supusiera que actuaban por cualquier favoritismo hacia Fabio, estaban dispuestos a declarar bajo juramento que castigar a Fabio, en las actuales circunstancias, iba en contra del interés del Estado.

[8,33] Estas protestas sólo irritaron al dictador contra ellos, en vez de disponerle más favorablemente hacia Fabio, y les ordenó abandonar el tribunal. En vano exigieron silencio los ujieres, ni la voz del dictador ni las de sus oficiales se oían a causa del ruido y el alboroto; por fin, la noche puso fin al conflicto como si hubiera sido una batalla. Al jefe de la caballería se le ordenó comparecer al día siguiente. Como, sin embargo, todo el mundo le aseguró que Papirio estaba tan molesto y amargado por la resistencia que había encontrado que se mostraría más furioso que antes, Fabio abandonó secretamente el campamento y llegó a Roma por la noche. Por consejo de su padre, Marco Fabio, que había sido cónsul tres veces así como dictador, se convocó enseguida una reunión del Senado. Mientras su hijo estaba describiendo a los senadores la violencia y la injusticia del dictador, se escuchó de pronto el ruido de los lictores despejando el camino frente a la Curia y apareció el propio dictador, que le había seguido con una poca caballería ligera tan pronto se enteró de que había abandonado el campamento. Entonces comenzó de nuevo la controversia y Papirio ordenó que Fabio fuese detenido. Aunque no sólo los líderes del Senado, sino toda la Cámara, le pidieron que depusiera su ira, él permaneció impasible y persistió en su propósito. Entonces Marco Fabio, el padre, dijo: *Puesto que ni la autoridad del Senado, ni los años que yo, a quien te dispones*

a despojar de mi hijo, he alcanzado, ni el noble nacimiento y los méritos personales del jefe de la caballería al que tú mismo nombraste, ni los abundantes ruegos, han mitigado la ferocidad de los enemigos humanos ni apaciguado la ira de las ofendidas deidades, pues nada de esto te mueve, reclamo la intervención de los tribunos de la plebe y apelo al pueblo. Ya que tratas de evitar la sentencia que el ejército ha aprobado sobre ti y que el Senado aprueba ahora, te convoco ante el único juez que tiene en toda circunstancia más poder y autoridad que tu dictadura. Veremos si te presentas a la convocatoria a la que un rey romano, Tulio Hostilio, acudió. Al punto dejó la Curia y fue hacia la Asamblea. Hasta allí fue también el dictador con un pequeño grupo, mientras que el jefe de la caballería era acompañado por todos los líderes del Senado en bloque. Ambos habían tomado su lugar en los Rostra cuando Papirio ordenó que Fabio fuera llevado al espacio de abajo. Su padre le siguió y se dirigió a Papirio diciéndole: *Haces bien en ordenar que nos lleven a un lugar desde el que podremos hablar como ciudadanos privados.*

Durante algún tiempo, el debate se interrumpió y nada se escuchaba aparte de las mutuas imprecaciones. Finalmente, el fuerte e indignado tono del viejo Fabio se impuso sobre la algarabía conforme se extendía sobre la tiranía y brutalidad de Papirio. Él mismo, dijo, había sido dictador, y ni una sola persona, ni un solo plebeyo, fuera centurión o soldado, había sufrido jamás ningún mal de él. Pero Papirio quería obtener una victoria y un triunfo de un comandante romano, como si fuera de un general enemigo. ¡Qué diferencia había entre la moderación mostrada por los antepasados y esta nueva moda de la severidad implacable! El dictador Quincio Cincinato rescató al cónsul Lucio Minucio de un cerco, y el único castigo que se le infligió fue dejarlo como segundo al mando del ejército. Lucio Furio, después de expresar su desprecio por la edad y la autoridad de Marco Furio Camilo, sufrió una derrota de lo más vergonzosa, pero Camilo no sólo controló en aquel momento su ira y se abstuvo de dar cuenta en sus despachos al pueblo, sino que a su regreso a Roma, después que el Senado le permitiese elegir de entre los tribunos consulares uno al que asociar al mando, eligió de hecho a Lucio Furio. ¿Por qué ni el propio pueblo, que tiene en sus manos el poder soberano, ha permitido nunca que sus sentimientos le llevasen más allá de imponer una multa cuando se habían perdido ejércitos por la temeridad o ignorancia de sus generales? Nunca hasta este día había sido juzgado a vida o muerte un comandante en jefe por haber sido derrotado. Pero ahora los generales que han ganado victorias y obtenido los más espléndidos triunfos son amenazados con las varas y las hachas, un castigo que las leyes de la guerra prohíben hasta para con los vencidos. ¿Qué, preguntó, habría sufrido su hijo si hubiese hallado la derrota, si hubiera sido puesto en fuga y desalojado de su campamento? ¿Pueden llegar la ira y la violencia de aquel hombre hasta la flagelación y el asesinato? Gracias a Quinto Fabio el Estado disfrutaba y ofrecía acciones de gracias y felicitaciones por la victoria; gracias a él estaban abiertos los templos, se ofrecían libaciones y oraciones en los altares y ascendía el humo de los sacrificios. ¡¿Cómo podía parecer razonable que este hombre debiera ser desnudado y golpeado con varas ante los ojos del pueblo romano, a la vista del Capitolio y de la Ciudadela, a la vista de los dioses a los que invocó en dos batallas, y no en vano?! ¿Qué sentiría el ejército, que había obtenido sus victorias bajo sus auspicios y generalato? ¡Qué consternación habría en el campamento romano, qué regocijo entre el enemigo! Acompañó este discurso de abundantes lágrimas; uniendo protestas y quejas a la petición de ayuda de dioses y hombres y abrazando cálidamente a su hijo.

[8.34] Tenía a su favor el apoyo del augusto y venerable Senado, la simpatía del pueblo, la protección de los tribunos y el recuerdo del ejército ausente. Al otro lado se alegaba el incuestionable poder soberano del pueblo romano y todas las tradiciones de disciplina militar, el edicto del dictador, que había sido considerado como poseedor de sanción divina y el ejemplo de Manlio, que había sacrificado su afecto por su hijo a la los intereses del Estado. "También Bruto, arguyó el dictador, el fundador de la libertad romana, hizo esto anteriormente en el caso de sus dos hijos. Ahora los padres, que eran hombres indulgentes y de edad, con facilidad para entrar en asuntos que no les concernían a ellos mismos, iban estropeando a los jóvenes, enseñándoles a

despreciar la autoridad y a considerar la disciplina militar como de poca importancia. Declaró su intención de adherirse a su propósito, sin reducir un ápice la pena del hombre que había luchado en desafío a sus órdenes, mientras los auspicios eran dudosos y estaba retenida la sanción religiosa. Que la suprema autoridad del dictador fuera a seguir intacta o no, no dependía de él; pero él, Lucio Papirio, no iba a hacer nada que debilitase su poder. Esperaba sinceramente que los tribunos no usaran su autoridad, en sí misma inviolable, para violar con su interferencia la soberanía del gobierno romano, y que el pueblo a quien se había apelado no acabase, por este caso concreto, con dictador y dictadura por igual. *Si lo hiciera, no será a Lucio Papirio, sino a los tribunos y al corrompido juicio del pueblo a quien acusará en vano la posteridad. Cuando se rompe el vínculo de la disciplina militar una vez, ningún soldado obedecerá a su centurión, ningún centurión a su tribuno, ningún tribuno a su general y ningún jefe de la caballería a su dictador. Nadie mostrará reverencia alguna o respeto ni por hombres ni por dioses, no se mostrará ninguna obediencia a las órdenes de los jefes ni a los auspicios bajo los que actúan. Los soldados deambularán a placer por países amigos o enemigos sin obtener el permiso para ausentarse; haciendo caso omiso de su juramento militar, abandonarán sus estandartes cuando y donde quieran, rehusarán formar cuando se les ordenes, combatirán independientemente de si es de día o de noche, de si el terreno les resulta o no favorable, tengan o no órdenes de su jefe y sin mantener la formación ni ningún orden. El servicio militar, en lugar de ser el asunto solemne y sagrado que es, parecerá bandolerismo salvaje y desordenado. ¡Exponeos a vosotros mismos, tribunos, y a todas las edades futuras, como autores de tales males! ¡Haceos personalmente responsables de la irresponsabilidad penal de Quinto Fabio!*

[8.35] Los tribunos estaban consternados y se sentían ahora más inquietos por su propia posición que por el hombre que había buscado su protección. Fueron relevados de su gran responsabilidad por la acción del pueblo; toda la Asamblea hizo un llamamiento al dictador y le rogó y suplicó que renunciase por su bien a castigar al jefe de la caballería. Cuando los tribunos vieron el giro que tomaban las cosas, añadieron también sus ruegos e imploraron al dictador que tuviese en cuenta la fragilidad humana y que perdonase a Quinto Fabio por un error natural a la juventud, pues ya había sufrido suficiente castigo. Y luego, el propio joven y hasta su padre, abandonando toda contención, cayeron sobre sus rodillas y trataron de aplacar la ira del dictador. Por fin, cuando se restableció el silencio, el dictador habló. *Así, Quirites,* dijo, *es como debe ser. La disciplina militar ha vencido, la suprema autoridad del gobierno ha prevalecido; de lo que se trataba hoy aquí era de si iban a sobrevivir. Quinto Fabio no es absuelto del delito de haber luchado en contra de las órdenes de su jefe pero, aunque condenado como culpable, se le restaura como una libre concesión al pueblo de Roma, a la autoridad de los tribunos, que lo protegieron no por el ejercicio de sus facultades legales sino por su intercesión. ¡Vive, Quinto Fabio; más feliz ahora por el deseo unánime de tus conciudadanos por defenderte que en la hora del entusiasmo tras la victoria! ¡Vive, aunque te has atrevido a hacer lo que ni tu padre, de haber estado en el lugar de Papirio, podría haber perdonado! En cuanto a mí, ya eres vuelto a mi amistad cuando lo desees. Pero al pueblo romano, a quien debes tu vida, no podrás devolver mejor retribución que demostrar que en este día has aprendido la lección de la sumisión a las órdenes lícitas en paz y en guerra.* Tras anunciar que ya no detendría al jefe de la caballería, abandonó los Rostra. El alegre Senado, y el aún más alegre pueblo, rodearon al dictador y al jefe de la caballería y los felicitó por el buen fin y los acompañó después a sus hogares. Se consideró que la autoridad militar se había fortalecido no menos por el peligro en que Quinto Fabio se había visto como por el terrible castigo que recibió el joven Manlio. Vino a pasar que encada ocasión en que el dictador se ausentaba del ejército, los samnitas mostraban mayor actividad. Marco Valerio, sin embargo, el segundo al mando que estaba a cargo del campamento, vio el ejemplo de Quinto Fabio y temía la ira del dictador más que un ataque del enemigo. Una partida de forrajeo fue emboscada y destruida, y todos pensaron que se les podría haber auxiliado si el general no se hubiera detenido a causa de las perentorias

órdenes que tenía. Este incidente amargó aún más el ánimo de los soldados, que ya estaban bastante alterados contra el dictador por su actitud implacable hacia Fabio, y por haberlo perdonado a petición del pueblo tras haber rechazado hacerlo ante su intercesión.

[8.36] Después de colocar Lucio Papirio Craso al mando de la ciudad, como jefe de la caballería, y prohibir a Quinto Fabio que actuase en modo alguno como magistrado, el dictador volvió al campamento. Su llegada no fue vista con mucha complacencia por sus propios hombres, ni creó ninguna alarma entre el enemigo. Al día siguiente, ya fueran inconscientes de su presencia o considerando de poca importancia que estuviera presente o ausente, el enemigo marchó en orden de combate hacia el campamento. Y sin embargo, mucho dependía de ese hombre, Lucio Papirio; tanto cuidado mostró en elegir el terreno y situar sus reservas, tanto fortaleció sus tropas en cuantas maneras aconsejaba el arte militar, que si las tácticas del general hubieran estado respaldadas por la buena voluntad de las tropas es absolutamente seguro que la guerra Samnita habría llegado aquel día a su fin. Pero lo que sucedió es que los soldados no mostraron energía; rechazaron deliberadamente la victoria para dañar la reputación de su comandante. Los samnitas tuvieron una mayor proporción de muertos, los romanos tenían más heridos. La sagaz mirada del comandante vio lo que impedía su victoria, y se dio cuenta de que debía contener su temperamento y suavizar su rigor con una mayor afabilidad. Dio una vuelta por el campamento en compañía de su personal y visitó a los heridos, asomando la cabeza en sus tiendas y preguntándoles cómo les iba, y encomendándoles individualmente por su nombre al cuidado de sus oficiales, de los tribunos militares y de los prefectos. Al adoptar este comportamiento, que naturalmente tendía a hacerle más popular, demostró tanto tacto que pronto se ganó los ánimos de los hombres para con su comandante, ahora que sus cuerpos estaban adecuadamente atendidos. Nada ayudó más a su recuperación que la gratitud que sentían por su atención. Cuando la salud del ejército quedó completamente restaurada dio batalla al enemigo; sintiéndose él y sus hombres bastante confiados en la victoria, y tan completamente derrotó y puso en fuga a los samnitas que esta fue la última ocasión en que se aventuraron a un enfrentamiento abierto con el dictador. Después de esto, el victorioso ejército avanzó por todas partes donde había perspectiva de saqueo, pero en ninguna parte hallaron fuerza armada alguna; en ningún sitio fueron atacados abiertamente ni sorprendidos por una emboscada. Se mantuvieron todos en la mayor alerta al haber dado el dictador una orden para que todo el botín fuese entregado a los soldados; la oportunidad de una ganancia privada estimuló su espíritu guerrero tanto como la conciencia de estar vengando los agravios a su país. Intimidados por estas derrotas, los samnitas hicieron propuestas de paz y se comprometieron con el dictador a dar a cada soldado un lote de vestidos y la paga de un año. Al referirles al Senado, ellos le dijeron que le seguirían a Roma y confiarían su causa únicamente a su honor y rectitud. El ejército fue, entonces, retirado del Samnio.

[8.37] El dictador hizo su entrada triunfal en la ciudad, y como deseaba abandonar su cargo, recibió instrucciones del Senado antes de hacerlo para celebrar las elecciones consulares. Los nuevos cónsules fueron Cayo Sulpicio Longo, por segunda vez, y Quinto Emilio Cerretano *(323 a.C.)*. Los samnitas, sin finalizar el tratado de paz por estar aun negociándose las condiciones, regresaron con una tregua por un año. Pero incluso esta fue pronto rota, pues cuando oyeron que Papirio había renunciado se mostraron ansiosos por reanudar las hostilidades. Los nuevos cónsules (algunos autores dan al segundo cónsul el nombre de Aulo en lugar de Emilio) tuvieron que manejar un nuevo enemigo, los apulios, además de la revuelta de los samnitas. Se enviaron ejércitos contra ambos; los samnitas correspondieron a Sulpicio y los apulios a Emilio. Algunos autores afirman que no se efectuó la campaña contra los apulios, sino para proteger a sus aliados contra las agresiones de los samnitas. Las circunstancias de aquel pueblo, no obstante, que era difícilmente capaz de defenderse a sí mismo, hace más probable que no hubieran atacado a los apulios sino que ambas naciones se unieran en las hostilidades contra Roma. Nada digno de mención tuvo lugar; tanto los

territorios del Samnio como de Apulia fueron devastadas, pero ni en uno ni en otro lado se enfrentaron al enemigo. En Roma, los ciudadanos fueron una noche despertados de repente de su sueño por una alarma tan grave que el Capitolio, la Ciudadela, las murallas y las puertas se guarnecieron con soldados. Toda la población fue llamada a las armas, pero cuando llegó la luz no se halló ni el autor ni la causa de la alarma. En este año Marco Flavio, un tribuno de la plebe, presentó al pueblo una propuesta para tomar medidas contra los tusculanos, *por cuyo consejo y ayuda los pueblos de Velletri y Priverno habían hecho la guerra contra el pueblo de Roma.* La gente de Túsculo llegó a Roma con sus esposas e hijos de luto, como hombres en espera de juicio, e iban de tribu en tribu postrándose ante ellos. La compasión que provocó su actitud fue más útil para procurar su perdón que sus intentos por exculparse a sí mismos. Todas las tribus, con la excepción de la tribu Pollia, vetaron la propuesta. Esta tribu votó a favor de una propuesta por la que todos los varones adultos debían ser azotados y decapitados, y sus mujeres e hijos vendidos como esclavos. Hasta la última generación, los tusculanos retuvieron la memoria de tan cruel sentencia, y su rencor contra sus autores se mostraba en el hecho de que la tribu Papiria (a la que los túsculos fueron posteriormente incorporados) casi nunca votó por ningún candidato que perteneciera a la tribu Pollia.

[8.38] Quinto Fabio y Lucio Fulvio fueron los cónsules para el año siguiente *(322 a.C.).* La guerra en el Samnio amenazaba con tomar un cariz más serio, pues se dijo los estados vecinos habían contratado tropas de mercenarios. Los temores que esto produjo condujeron al nombramiento de Aulo Cornelio Arvina como dictador, con Marco Fabio Ambusto como jefe de la caballería. Estos jefes condujeron el alistamiento con inusual rigor y llevaron un ejército excepcionalmente bueno al Samnio. Pero a pesar de encontrarse en territorio hostil, se comportaron con tan poca cautela al escoger el asentamiento para su campamento como si el enemigo hubiese estado a gran distancia. De pronto, las legiones samnitas avanzaron con tanta audacia que acamparon con su cerca próxima a los puestos de avanzada romanos. La llegada de la noche impidió que atacasen de inmediato; descubrieron su intención tan pronto amaneció la mañana siguiente. El dictador vio que la batalla estaba más próxima de lo que esperaba y se decidió a abandonar una posición que obstaculizaba el coraje de sus hombres. Dejando cierta cantidad de fogatas encendidas para engañar al enemigo se retiró en silencio con sus tropas, pero debido a la cercanía entre los campamentos su movimiento no dejó de ser visto. La caballería samnita les pisó los talones, pero de hecho se abstuvo de atacar hasta que hubo más luz, y la infantería tampoco salió de su campamento antes del amanecer. Tan pronto como se pudo ver, la caballería comenzó a hostigar a la retaguardia romana, y presionándoles cuando pasaban por terrenos difíciles, retrasaron considerablemente su avance. Mientras tanto, la infantería había llegado y ahora todas las fuerzas samnitas estaban presionando la retaguardia de la columna.

Al ver el dictador que no era posible seguir avanzando sin grandes pérdidas, ordenó que se midiera el terreno que ocupaba para levantar un campamento. Pero como la caballería enemiga les iba rodeando, resultaba imposible obtener madera para la empalizada o comenzar el atrincheramiento. Concluyendo que daba igual seguir adelante que permanecer donde estaban, el dictador ordenó que se quitasen los bagajes de la columna, se recogieran y que se formase la línea de batalla. El enemigo formó también en línea, igualados en valor y en fuerza. Su confianza se elevó, al atribuir la retirada romana al miedo y no, como era en realidad el caso, a la desventajosa posición de su campamento. Esto hizo que el combate durase bastante tiempo, aunque los samnitas durante largo tiempo habían solido no aguantar el grito de guerra romano. Hemos leído, de hecho, que desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde, el combate se mantuvo con tanta igualdad por ambas partes que el grito lanzado al primer choque nunca se repitió, los estandartes ni avanzaban ni retrocedían y por ninguna parte se cedía terreno. Lucharon, cada hombre manteniendo su posición, empujando con sus escudos y sin mirar atrás ni darse una pausa para respirar. El ruido y el tumulto nunca se debilitaron, la lucha continuó perfectamente constante y parecía como solo

pudiera terminar a causa del total agotamiento de los combatientes o por la llegada de la noche. En aquel momento los hombres estaban comenzando a perder su fuerza y la espada su vigor, mientras que los generales estaban muy preocupados. Una turma de caballería samnita, que había cabalgado hasta cierta distancia de la retaguardia romana, descubrió que su impedimenta estaba a cierta distancia de los combatientes sin guardia ni protección alguna. Al enterarse de esto, toda la caballería cabalgó hasta allí, ansiosa por asegurarse el botín. A toda prima, un mensajero informó de esto al dictador, quien señaló: *Muy bien, dejemos que se carguen con los despojos.* Entonces los soldados, uno tras otro, empezaron a gritar que sus pertenencias estaban siendo saqueadas y que se las llevaban. El dictador mandó a buscar al jefe de la caballería. *¿Ves,* le dijo, *Marco Fabio, que la caballería del enemigo ha dejado la lucha? Se están obstaculizando y estorbando a sí mismos con nuestro equipaje. Atácalos mientras están dispersos, como suelen las partidas de saqueo; encontrarás a muy pocos montados y a muy pocos con la espada empuñada. Destrúyelos mientras cargan sus caballos con el botín y están sin armas para defenderse, ¡y haz un botín sangriento con ellos! Yo me encargaré de la batalla de infantería, la gloria de la victoria de la caballería será tuya.*

[8.39] La fuerza de caballería, cabalgando en perfecto orden, cargó al enemigo disperso y estorbado por su botín, y convirtió el lugar en una carnicería. Incapaz de resistir ni de huir, fueron destrozados entre los bultos que habían tirado y sobre los cuales tropezaron sus sorprendidos caballos. Después de casi aniquilar a la caballería enemiga, Marco Fabio llevó la suya mediante un corto trayecto a rodear el combate principal y atacó a la infantería samnita por detrás. Los nuevos gritos que surgieron en esa dirección les hicieron caer en el pánico, y cuando el dictador vio a los hombres del frente mirar alrededor, con los estandartes moviéndose confusos y toda la línea ondulando, animó a sus hombres y les pidió un nuevo esfuerzo; llamó a los tribunos militares y a los centuriones principales por su nombre para que se le unieran en la renovación del combate. Lanzaron nuevamente el grito de guerra y empujaron hacia delante, y donde quiera que avanzaban veían más y más desmoralización entre el enemigo. La caballería estaba ahora a la vista de los de delante, y Cornelio, volviéndose a su manípulos, les señaló lo mejor que pudo por voces y gestos de las manos que reconocía los estandartes y parmas de su propia caballería. Tan pronto les vieron y oyeron, olvidando las fatigas y trabajos que habían sufrido durante casi un día, olvidando sus heridas y tan ansiosos como si acabasen de salir frescos de su campamento tras recibir la señal para la batalla, se arrojaron sobre el enemigo. Los samnitas ya no pudieron resistir contra la terrible aparición de la caballería detrás de ellos y la poderosa carga de la infantería al frente. Un gran número fue muerto en medio de las dos y otros lo fueron durante la huida. La infantería se encargó de los que se vieron cercados y permanecieron en sus puestos, la caballería masacró a los fugitivos; entre los muertos se encontraba su comandante en jefe.

Esta batalla quebró por completo la resistencia, al punto que en todos sus consejos se pidió la paz. No podía, dijeron, sorprender que no tuvieran éxito en su desgraciada guerra, llevada a cabo en desafío a las condiciones del tratado y donde los dioses estuvieron más justamente indignados contra ellos que los hombres. Esa guerra tendría que ser expiada, y expiada a un gran costo. La única cuestión era si deberían pagar el castigo sacrificando a los pocos que eran culpables o derramando la sangre inocente de todos. Algunos,incluso, llegaron tan lejos como para nombrar a los instigadores de la guerra. Un nombre, especialmente, fue unánimemente denunciado, el de Brútulo Papio. Era este un aristócrata y tenía gran influencia, y había la menor duda de que fue él quien provocó la violación de la reciente tregua. Los pretores se vieron obligados a presentar un decreto, que el Consejo aprobó, ordenando que Brútulo Papio debía ser entregado y que todos los prisioneros y el botín capturado a los romanos se enviase con él a Roma y, además, que la reparación que los feciales habían exigido de conformidad con los extremos del tratado, debían satisfacerse conforme exigían el derecho y la justicia. Brútulo escapó a la ignominia y al castigo que le esperaban mediante el suicidio, pero el decreto se cumplió; los feciales fueron enviados a Roma

con el cuerpo muerto y todos sus bienes se entregaron con él. Nada de esto, sin embargo, fue aceptado por los romanos más allá de los prisioneros y las cosas que de entre los despojos fueron identificadas por sus propietarios; por lo que hacía a todo lo demás, la entrega fue infructuosa. El Senado decretó un triunfo para el dictador.

[8.40] Algunos autores afirman que esta guerra fue conducida por los cónsules y que fueron ellos los que celebraron el triunfo sobre los samnitas y, además, que Fabio invadió Apulia y trajo grandes cantidades de despojos. No hay discrepancia en cuanto a que Aulo Cornelio haya sido dictador ese año; la única duda es si fue designado para dirigir la guerra, o si, debido a la grave enfermedad de Lucio Plaucio, el pretor, fue designado para dar la señal para el inicio de las carreras de carros y, tras cumplir esta no muy notable función, dimitió de su cargo. Es difícil decidir qué relato o qué autor preferir. Creo que la verdadera historia ha sido falsificada por las oraciones fúnebres y las inscripciones falsas en las imágenes familiares, pues cada familia se apropia para sí misma de un imaginario relato de actos nobles y distinciones oficiales. Es, en todo caso, por este motivo que se ha introducido tanta confusión en los registros de las carreras privadas y de los sucesos públicos. No hay escritor de aquellos tiempos que fuera contemporáneo a los hechos que relata y en cuya autoridad, por tanto, se pueda confiar.

LIBRO IX. LA SEGUNDA GUERRA SAMNITA
(321-304 a.C.)

[9.1] El año siguiente *(321 a.C.)* se hizo memorable por el desastre que aconteció a los romanos en Caudium y la capitulación que rindieron allí. Tito Veturio Calvino y Espurio Postumio eran los cónsules. Los samnitas tenían ese año como comandante en jefe a Cayo Poncio, el hijo de Herenio, el más hábil estadista que poseían, siendo el hijo su soldado más importante y comandante. Cuando los embajadores enviados con los términos de la rendición regresaron de su infructuosa misión, Poncio hizo el siguiente discurso en el consejo samnita: *No penséis que esta misión ha sido estéril en resultados. Hemos ganado mucho con ella; cualquiera que sea la medida de la ira divina en que podamos haber incurrido, por nuestra violación de las obligaciones del tratado, ya la hemos expiado. Estoy completamente seguro de que todos los dioses, cuya voluntad era que se nos debía reducir a la necesidad de restituir cuanto se exigía bajo los términos del tratado, han visto con desagrado el desprecio altanero con que los romanos han tratado nuestras concesiones. ¿Qué más podríamos haber hecho para aplacar la ira de los cielos, o suavizar el resentimiento de los hombres, de lo que hemos hecho? Los bienes del enemigo, que considerábamos nuestros por derecho de guerra, los hemos devuelto; el autor de la guerra, a quien no pudimos entregar vivo, lo dimos tras haber pagado su deuda a la naturaleza y para que no siguiera en nosotros mancha alguna de su culpa, enviamos a Roma sus posesiones. ¿Qué más, romanos, se os debe a vosotros, o al tratado, o a los dioses que se invocaron como testigos del tratado? ¿Qué árbitro tengo que presentar para que decida hasta dónde llegará vuestra ira, hasta dónde mi castigo? Estoy dispuesto a aceptar cualquiera, sea nación o individuo. Pero si la ley humana no deja derechos que los débiles compartan con los fuertes, aún puedo llegar a los dioses, vengadores de la intolerable tiranía, y les rogaré que vuelvan su ira contra aquellos para quienes no es bastante que les sean devueltos sus bienes y se les aumente con los de otros, contra quienes su cruel ira no se sacia con la muerte del culpable y la entrega de sus restos mortales y sus propiedades, a quienes no se apaciguan hasta que reciben nuestra sangre para beber y nuestras entrañas arrancadas. Una guerra es justa y correcta, samnitas, cuando se nos impone; las armas son bendecidas por el cielo cuando ya no hay esperanza sino en ellas. Desde luego, siendo de la mayor importancia en los asuntos humanos cuáles se hacen bajo el favor divino y cuáles en contra, dar por cierto que las guerras pasadas las hicisteis en contra de los dioses más que de los dioses, y en esta que se aproxima serán los mismos dioses quienes os guíen.*

[9.2] Después de pronunciar esta predicción, que resultó ser tan cierta como tranquilizadora, salió en campaña y, manteniendo sus movimientos tan en secreto como pudo, asentó su campamento en la vecindad de Caudio. Desde allí envió diez soldados disfrazados de pastores hacia Calatia, donde se enteró que estaban acampados los cónsules romanos, con órdenes de que arreasen el ganado en diferentes direcciones y cerca de los puestos de avanzada romanos. Cuando se encontrasen con alguna de las partidas que salían a forrajear, debían contar todos la misma historia y decir que las legiones samnitas estaban en Apulia, asediando Luceria con todas sus fuerzas y que su captura era inminente. Este rumor se había extendido antes a propósito y ya había llegado a oídos de los romanos; los pastores capturados confirmaron su creencia en ella, especialmente al decir todos lo mismo. No había duda de que los romanos ayudarían a los Luceranos, para proteger a sus aliados e impedir que toda la Apulia fuera intimidada por los samnitas a declararse en rebelión abierta. El único asunto a considerar era la ruta que tomarían. Había dos caminos que llevaban a Lucera; uno a lo largo de la costa adriática por terreno abierto, el más largo de los dos pero el más seguro; y el otro, más corto, a través de las Horcas Caudinas. Esta es la naturaleza del lugar: hay dos pasos, profundos y estrechos, con colinas boscosas a cada lado y una cadena continua de montañas alrededor de ellos. Entre ellos se encuentra una amplia llanura húmeda y cubierta de hierba, por en medio de la cual va el camino. Antes de llegar a la llanura se ha de atravesar el paso por el primer

desfiladero y, o bien se vuelve por donde se ha venido o, si se continúa, se debe seguir el camino por un paso aún más estrecho y más difícil al otro extremo.

La columna romana descendió a esta llanura desde el primer desfiladero, con sus sobresalientes acantilados, y se dirigió directamente hasta el otro paso. Lo encontraron bloqueado por una barrera enorme de árboles talados y con grandes masas de rocas apiladas contra ellos. Al tiempo de advertir la estratagema del enemigo, estos se mostraron en sus posiciones en las alturas, por encima del paso. Se efectuó una rápida retirada y retrocedieron sobre sus pasos por el camino por donde habían venido, descubriendo que el primer paso tenía también su propia barricada y hombres armados en las alturas. A continuación, sin que se diese ninguna orden, se detuvieron. Sus sentidos estaban aturdidos y estupefactos y un extraño entumecimiento se apoderó de sus miembros. Cada uno miraba a su vecino, pensando que estaría más en sus cabales y con mejor juicio que él mismo. Durante mucho tiempo quedaron callados e inmóviles, después vieron que se alzaban las tiendas de los cónsules y que algunos hombres disponían sus herramientas de atrincheramiento. A pesar de saber que en su desesperada situación sería ridículo que fortificasen el terreno que aún ocupaban, para no empeorar las cosas por su propia culpa empezaron a trabajar sin esperar órdenes y atrincheraron su campamento con su empalizada cerca del agua. Mientras estaban así ocupados, el enemigo se burlaba de ellos y les insultaba, y ellos mismos se reían amargamente de su trabajo inútil. Los cónsules estaban demasiado deprimidos y desconcertados como para convocar un consejo de guerra, pues no había lugar ni ayuda que aconsejar; pero los tribunos y generales les rodearon y los hombres, con la vista puesta en sus tiendas, esperaban de sus jefes un socorro que difícilmente les podrían dar los mismos dioses.

[9.3] La noche les sorprendió cuando estaban lamentándose de su situación en vez de preguntarse cómo enfrentarla. Se mostraron los diferentes temperamentos de cada hombre; algunos exclamaban: *Rompamos las barricadas, escalemos las laderas, forcemos el paso por el bosque, probemos por donde quiera que podamos llevar las armas. Solo hemos de llegar hasta el enemigo al que hemos batido desde hace treinta años; cualquier sitio será fácil para un romano que combata contra un pérfido samnita.* Otros respondían: *¿Dónde vamos a ir? ¿Cómo vamos a llegar? ¿Queremos mover las montañas de su base? ¿Cómo vamos a llegar hasta el enemigo, con esos picos colgando sobre nosotros? Armados o desarmados, valientes y cobardes, todos estamos atrapados y vencidos por igual. El enemigo ni siquiera nos ofrece la posibilidad de una muerte honrosa por la espada: terminarán la guerra sin moverse de su asiento.* Indiferentes a la comida, sin poder dormir, hablaron de esta manera toda la noche. Hasta los samnitas fueron incapaces de decidir qué hacer en tan afortunadas circunstancias. Acordaron unanimidad escribir a Herenio, el padre del comandante en jefe, y pedirle consejo. Este era ya de edad avanzada y se había retirado de los asuntos públicos, tanto civiles como militares, pero aunque sus fuerzas decaían su intelecto era tan bueno y claro como siempre. Ya había tenido conocimiento de que los ejércitos romanos se veían cercados entre los dos pasos en las Horcas Caudinas, y al llegar la carta de su hijo pidiéndole consejo, dio su opinión de que se debía dejar que toda la fuerza romana pudiera salir indemne. Rechazaron este consejo y le enviaron un nuevo correo para consultarle otra vez. Aconsejó entonces que debían dar muerte a todos. Al recibir estas respuestas, contradictorias entre sí como las declaraciones ambiguas de un oráculo, la primera impresión de su hijo fue que las facultades mentales de su padre se habían visto deterioradas por su debilidad física. Sin embargo, cedió a la voluntad general e invitó a su padre al consejo de guerra. El anciano, se nos dice, enseguida aceptó y fue transportado en un carro al campamento. Después de ocupar su lugar en el consejo, quedó claro por lo que dijo que no había cambiado de opinión, pero explicó sus razones para dar el consejo que dio. Él creía que al tomar la decisión que propuso al principio, que él consideraba la mejor, estaría estableciendo una paz y amistad duradera con el pueblo más poderoso al tratarlo generosamente; adoptando la segunda, posponía la guerra muchas generaciones, pues ese sería el tiempo que le llevaría a Roma recuperar sus fuerzas, penosa y lentamente, tras la pérdida de dos

ejércitos. No había una tercera opción. Cuando su hijo y los otros jefes le preguntaron qué pasaría si se adoptaba un término medio, dejándoles marchar ilesos pero bajo condiciones como las que el derecho de guerra imponía a los vencidos, replicó: *Esa es precisamente la política que ni nos procurará amigos ni nos librará de los enemigos. Una vez que dejéis vivir a hombres a quienes habéis exasperado con un tratamiento ignominioso, habréis consumado vuestro error. Los romanos son una nación que no sabe cómo permanecer tranquila en la derrota. Cualquiera que sea la desgracia, quemará eternamente su espíritu la irritación y no les dejará descansar hasta haceros pagar muchas veces por ello.*

[9.4] Ninguno de estos planes fue aprobado y Herenio fue llevado a casa desde el campamento. En el campamento romano, después de hacer muchos intentos infructuosos por romper el cerco y verse finalmente en un estado de miseria absoluta, la necesidad les obligó a enviar emisarios a los samnitas a pedir en primer lugar una paz justa y, fracasando esto, retándoles al combate. Poncio respondió que toda guerra tenía un final y que, ya que incluso ahora que estaban vencidos y cautivos eran incapaces de reconocer su situación real, él les privaría de sus armas y les haría pasar bajo el yugo, permitiéndoles conservar una única prenda de ropa. Las restantes condiciones serían justas, tanto para los vencedores como para los vencidos. Si evacuaban el Samnio y retiraban sus colonos de su país, romanos y samnitas vivirían en adelante bajo sus propias leyes, como estados soberanos unidos por un tratado justo y honorable. Bajo estas condiciones estaba dispuesto a concluir un tratado con los cónsules; si rechazaban cualquiera de ellas, prohibiría que se hiciera ninguna otra gestión ante él. Cuando se anunció el resultado, se elevó un grito general de angustia, tanto se extendió la tristeza y la melancolía, pues evidentemente no podían haber sufrido más si se les hubiese anunciado que iban a morir en el acto. Luego siguió un largo silencio. Los cónsules no podían decir una palabra, fuera a favor de una capitulación tan humillante o en contra de una tan necesaria. Por fin, Lucio Léntulo, el más distinguido de entre los generales, tanto por sus cualidades personales como por los cargos que había desempeñado, habló así: *A menudo*, dijo, *he escuchado a mi padre, cónsules, decir que él fue el único en el Capitolio que se negó a rescatar con oro la Ciudad tomada por los Galos, pues la fuerza que había en el Capitolio no estaba asediada y atacada con foso y empalizada por ser los galos demasiado indolentes para afrontar tal clase de trabajo; fue así posible que ellos hicieran una salida que, probablemente, supondría graves pérdidas, pero no una destrucción segura. Si tuviéramos la misma oportunidad de combatir, fuera en terreno favorable o desfavorable, que tuvieron ellos al cargar cuesta abajo sobre el enemigo desde el Capitolio, del mismo modo que los asediados han hecho a menudo salidas contra sus asediadores, no caería en saco roto el valor y ánimo de mi padre en el consejo que he de dar. Morir por la patria es, lo admito, una cosa gloriosa, y por lo que a mí respecta estoy dispuesto a ofrendarme por el pueblo y las legiones de Roma o a introducirme por en medio del enemigo. Pero es aquí donde veo a mi país, es en este lugar donde están juntas todas las legiones que posee Roma; y a menos que quieran precipitarse a la muerte por sí mismas, para salvar su honor, ¿qué otra cosa poseen que puedan salvar con su sacrificio?. Las viviendas de la Ciudad, puede responder alguno, y sus murallas, y esa multitud de seres humanos que forma su población. No, por el contrario, todas estas cosas no se salvarán, se entregarán al enemigo si este ejército es aniquilado. Porque, ¿quién los protegerá? Una multitud de no-combatientes indefensos, supongo; con el mismo éxito que tuvieron defendiéndose del ataque de los galos. ¿O tendrán que implorar la ayuda de un ejército de Veyes con Camilo a su cabeza? Aquí y solo aquí residen todas nuestras esperanzas, todas nuestras fuerzas. Si los salvamos, salvamos nuestro país; si los llevamos a la muerte, desertaremos y traicionaremos a nuestro país. Sí, decís, pero la rendición es deshonrosa e ignominiosa. Lo es; pero el verdadero amor por nuestra patria demanda que la preservemos, si es preciso, tanto con nuestra desgracia como con nuestra muerte. Por muy grande que sea luego la indignidad, debemos someternos a ella y ceder a la compulsión de la necesidad, ¡una obligación que ni los mismos dioses pueden evadir! ¡Id, cónsules, renunciar a vuestras armas como rescate*

por este Estado que vuestros antepasados rescataron con oro!

[9.5] Los cónsules marcharon para conferenciar con Poncio. Cuando el vencedor comenzó a insistir en firmar un tratado, le dijeron que no podía hacerse un tratado sin acuerdo del pueblo ni sin los feciales y el ceremonial de costumbre. Así que, en contra de lo que generalmente se cree y de lo que incluso Claudio afirma, la paz Caudina no adoptó la forma de un tratado regular. Se concluyó a través de una sponsio, es decir, bajo la palabra de honor de los magistrados de observar las condiciones. ¿Pues qué necesidad habría habido de garantes o rehenes en un tratado que solía terminarse con la imprecación de siempre: Que por cualquier falta de observancia a las condiciones dichas, castigue Júpiter a ese pueblo como ahora golpean los feciales a este cerdo? Los cónsules, los generales, los cuestores y los tribunos militares, todos dieron su palabra de honor y todos sus nombres se conservan hoy en día; en cambio, si se hubiera firmado un tratado regular, no se habrían conservado más nombres que el de los dos feciales. Debido al inevitable retraso en el acuerdo del tratado, se exigió que seiscientos caballeros quedasen como rehenes para responder con sus vidas si no se observaban los términos de la capitulación. Luego se fijó un periodo determinado para entregar los rehenes y enviar al ejército, privado de sus armas, bajo el yugo. El regreso de los cónsules con los términos de la rendición renovó el dolor y la angustia en el campamento. Tan amargo fue el sentimiento, que los hombres tenían dificultades para mantener sus manos apartadas de aquellos por cuya temeridad, decían, habían sido puestos en tal situación y por cuya cobardía tendrían que abandonarlo de manera más vergonzosa de la que habían llegado. Ellos no habían dispuesto guías que conocieran el terreno, no habían enviado exploradores y habían caído ciegamente como animales salvajes en una trampa. Allí estaban, mirándose unos a otros, contemplando con tristeza las armas y corazas que pronto debían abandonar, sus manos diestras que quedarían indefensas, sus cuerpos que quedarían a merced del enemigo. Se imaginaban bajo el yugo enemigo, las burlas y miradas insultantes de los vencedores, su marcha desarmados entre las filas armadas y la posterior marcha miserable de un ejército desgraciado por las ciudades de sus aliados, su vuelta a su país y a sus padres, donde sus antepasados tantas veces regresaron en procesión triunfal. Sólo ellos, decían, habían sido derrotados sin recibir una sola herida, sin que se usase una sola arma o sin combatir ni una batalla, no se les había permitido desenvainar la espada o cruzarla con la del enemigo; el valor y la fuerza habían sido en vano. Mientras protestaban así con indignación, llegó la hora en que la experiencia real de su humillación se les haría más amarga de lo que habían previsto o imaginado. En primer lugar se les ordenó deponer las armas y marchar fuera de la empalizada, cada uno con una sola prenda de vestir. Los primeros fueron los que iban a ser entregados como rehenes, a quienes se llevaron para su custodia. A continuación, los lictores fueron obligados a separarse de los cónsules, que luego fueron despojados de sus paludamentos. Esto despertó conmiseración tan profunda entre aquellos que hacía poco les habían estado maldiciendo y exclamando que debían ser depuestos y azotados, que cada hombre, olvidando su propia situación, apartaron sus ojos de tal atentado a la majestad del Estado, como espectáculo demasiado horrible de contemplar.

[9,6] Los cónsules fueron los primeros en ser enviados, poco menos que medio vestidos, bajo el yugo; luego, cada uno según su rango, fue expuesto a la misma vergüenza y, finalmente, los legionarios uno tras otro. Alrededor de ellos se encontraba el enemigo bien armado, insultándolos y burlándose de ellos; sobre muchos llegaron a alzar las espadas cuando algunos insultaron a sus vencedores, mostrando claramente su indignación y rencor, y varios fueron heridos y hasta asesinados. Así marcharon bajo el yugo. Pero lo que resultó todavía más difícil de soportar fue tener que atravesar el paso bajo los ojos del enemigo; sin embargo, al salir, como hombres liberados de las fauces del infierno, parecían ver la luz por vez primera y esa misma luz, al revelarles el horrible espectáculo de verse marchar a lo largo, resultó más triste que cualquier forma de muerte. Podrían haber llegado a Capua antes de la noche pero, dudando de la fidelidad de sus aliados y retenidos por

la vergüenza, se tendieron, desprovistos de todo, a los lados de la carretera, cerca de Capua. Tan pronto como estas noticias llegaron al lugar, el propio sentimiento de compasión por sus aliados pudo más que el desprecio innato de la Campania; enviaron inmediatamente a los cónsules sus propias insignias de magistratura, las fasces y los lictores, y los proporcionaron a los soldados, con generosidad, armas, caballos, ropas y provisiones. Al entrar en Capua, el Senado y el pueblo salió en masa a su encuentro, mostrándoles toda la hospitalidad debida, y tratándoles con toda la consideración a la que tenían derecho, como individuos y como miembros de un estado aliado. Pero todas las atenciones, miradas amables y saludos alegres de sus aliados fueron incapaces de provocar una sola palabra, o incluso de hacerlos levantar sus ojos y mirar a la cara a los amigos que trataban de consolarlos. A tal grado llegaba el sentimiento de vergüenza a dominar su tristeza y desaliento que les obligaba a huir de la conversación y de la compañía de los hombres. Al día siguiente, algunos nobles jóvenes se encargaron de escoltarlos hasta la frontera. A su regreso fueron convocados a la Curia, y en respuesta a las preguntas de los senadores ancianos, informaron que les habían parecido aún más sombríos y deprimidos que el día anterior; la columna se trasladó todo el rato tan silenciosamente que podrían haber sido mudos; el temple romano estaba acobardado; habían perdido su ánimo y sus armas; no saludaban a nadie, ni devolvían el saludo a nadie; ni un sólo hombre se atrevía a abrir su boca por miedo a lo que pudiera venir; sus cuellos estaban abatidos como si estuviesen aún bajo el yugo. Los samnitas no sólo habían ganado una victoria gloriosa, también una perdurable; no solo habían capturado Roma, como antes hicieran los galos, si no, lo que era una hazaña bélica aún mayor, habían conquistado el valor y la audacia romana.

[9,7] Mientras se escuchaba con la mayor atención este informe, y el nombre y la grandeza de Roma se sabían perdidos casi para siempre, en el consejo de sus fieles aliados, Ofilio Aulo Calavio, el hijo de Ovio, se dirigió a los senadores. Era un hombre de alta cuna, con una distinguida carrera y ahora venerable por su edad. Según los relatos, dijo: *Es muy otra la verdad. Ese silencio obstinado, esos ojos fijos en el suelo, esos oídos sordos a todo consuelo, esa cara avergonzada apartada de la luz, son todas indicaciones de un terrible resentimiento fermentando en su corazón y que explotará en la venganza. O yo no sé nada del carácter romano o ese silencio pronto suscitará entre los samnitas gritos de aflicción y gemidos de angustia. El recuerdo de la capitulación de Caudio será mucho más amargo a los samnitas que a los romanos. Cuando y donde quiera que se enfrenten, cada lado estará animado por su propio coraje y los samnitas no siempre encontrarán unas Horcas Caudinas en cada lugar.* Roma era ahora consciente de su desastre. La primera información que recibieron fue que el ejército estaba bloqueado, después llegaron las más tristes noticias sobre la ignominiosa capitulación. Inmediatamente después de recibir el primer aviso del asedio, empezaron a alistar tropas; pero al oír que el ejército se había rendido de modo tan vergonzoso, se abandonaron los preparativos para aliviarles y, sin esperar ninguna orden formal, toda la Ciudad adoptó el luto público. Las tiendas alrededor del Foro cerraron y cesaron allí todos los asuntos públicos espontáneamente antes de que se proclamara su finalización; se dejaron las laticlavas y sus anillos de oro; el abatimiento entre los ciudadanos era casi mayor que en el ejército. Su indignación no se limitaba a los generales o a los oficiales que habían hecho el pacto, hasta los inocentes soldados fueron objeto del rencor y decían que no los admitirían en la Ciudad. Pero este enfado se disipó con la llegada de las tropas; su aspecto miserable despertó la conmiseración hasta entre los más resentidos. No entraron en la Ciudad como hombres que regresan a la seguridad después de haber sido dados por perdidos, sino con la apariencia y expresión de los prisioneros. Llegaron tarde por la noche y se deslizaron hacia sus hogares, donde se encerraron tan ocultos que durante algunos días ninguno de ellos se mostró en público o en el Foro. Los cónsules se encerraron también en privado y se negaron a cumplir con sus funciones oficiales, con excepción de una que se les arrancó mediante un decreto del Senado, a saber, la designación de un dictador para llevar a cabo las elecciones. Nombraron a Quinto Fabio Ambusto y a Publio Elio Peto como jefe de la caballería. Su nombramiento fue encontrado irregular y fueron sustituidos por Marco Emilio Papo como dictador

y Lucio Valerio Flaco como jefe de la caballería. Ni siquiera a ellos, sin embargo, se les permitió llevar a cabo las elecciones; el pueblo estaba insatisfecho con todos los magistrados de ese año, por lo que los asuntos llegaron a un interregno. Quinto Fabio Máximo y Marco Valerio Corvo fueron sucesivamente interreges, y el segundo celebró las elecciones consulares. Quinto Publilio Filón y Lucio Papirio Cursor, éste último por segunda vez, fueron elegidos *(320 a.C.).* La elección fue aprobada unánimemente, pues todos sabían que no había por entonces generales más brillantes.

[9,8] Se hicieron cargo de los deberes de su magistratura el mismo día de su elección, pues así lo había decretado el Senado, y tras disponer los asuntos relativos a su acceso al cargo, procedieron enseguida a presentar la cuestión de la capitulación de Caudio. Publilio, que llevaba las fasces, invitó a hablar a Espurio Postumio. Se levantó de su lugar, justo con la misma expresión que tenía al pasar bajo el yugo, y comenzó: *Cónsules, soy muy consciente de que he sido llamado a hablar en primer lugar, no porque yo sea el más honorable, sino porque soy el más desgraciado, y estoy en la situación no de un senador, sino en la de un acusado ante su juicio, debiendo enfrentar la acusación no sólo de una guerra perdida, sino la de una paz ignominiosa. Dado que, sin embargo, no habéis presentado el asunto de nuestra culpabilidad o nuestro castigo, no entraré en una defensa que, en presencia de hombres advertidos de la mutabilidad de las fortunas humanas, no sería muy difícil llevar a cabo. Diré en pocas palabras lo que pienso sobre la cuestión que tenemos ante nosotros, y podréis juzgar por lo que diga si salvarme a mi o a vuestras legiones, con la promesa mediante la que me comprometí, resultó vergonzoso o necesario. Esta promesa, sin embargo, no se hizo por orden del pueblo romano, y por lo tanto el pueblo romano no están vinculado por ella, ni se debe nada a los samnitas en sus términos más allá de nuestras propias personas. Que se nos entregue por los feciales, desnudos y atados; liberemos al pueblo de sus obligaciones religiosas si le hemos involucrado en algo, para que sin infringir ley alguna, humana o divina, podamos reanudar una guerra que será amparada por el derecho de gentes y sancionada por los dioses. Aconsejo que, mientras tanto los cónsules alistan y equipan un ejército y lo llevan a la guerra, no se cruce la frontera enemiga hasta que se hayan cumplido todas nuestras obligaciones según los términos de la rendición. ¡Y a vosotros, dioses inmortales, ruego y suplico que, como no era vuestra voluntad que los cónsules Espurio Postumio y Tito Veturio pudiesen librar una guerra victoriosa contra los samnitas, consideréis al menos suficiente que hayamos pasado bajo el yugo y se nos haya obligado a una promesa vergonzosa, que sea suficientes que nos hayamos visto rendidos, desnudos y encadenados, al enemigo, llevando sobre nuestras cabezas todo el peso de su ira y su venganza! ¡Que sea conforme a vuestra voluntad que las legiones romanas, bajo nuevos cónsules, puedan llevar la guerra contra los samnitas del mismo modo que se condujeron antes de que nosotros fuésemos cónsules!* Cuando terminó de hablar, tanta admiración y compasión sintieron por él que apenas se podía pensar que se trataba del mismo Espurio Postumio que había concluido una paz vergonzosa. Consideraron con la mayor tristeza la perspectiva de un hombre así sufriendo a manos del enemigo tan terrible castigo como al que estaban seguros que se enfrentaría, enfurecidos como estarían por la ruptura de la paz. Toda la Cámara expresó con los mayores elogios la aprobación de su propuesta. Empezaron a votar sobre la cuestión cuando dos de los tribunos de la plebe, Lucio Livio y Quinto Melio, comenzaron una protesta que luego retiraron. Argumentaron que el pueblo en su conjunto no quedaría liberado de su obligación religiosa por esta rendición a menos que los samnitas fueron colocados en la misma posición de ventaja que tenían en Caudio. Además, dijeron que no merecían ningún castigo por haber salvado al ejército romano por el compromiso de procurar la paz, e instaron, como último motivo, que como ellos, los tribunos, eran sacrosantos y sus personas inviolables, no se les podía entregar al enemigo ni expuestos a la violencia.

[9.9] A esto replicó Postumio: *Mientras tanto, entregadnos, pues a nosotros no nos protege ninguna inviolabilidad y nuestra entrega no violará ninguna conciencia. Posteriormente les*

entregaréis también a estos caballeros sacrosantos, cuando su año de cargo expire; pero si hacéis caso a mi consejo, procuraréis que antes de que sean entregados se les azote en el Foro a modo de pago de intereses por el retraso en el castigo. En cuanto a no quedar libre el pueblo de su compromiso sagrado, ¿quién es tan ignorante de las leyes feciales como para no ver que estos hombres dicen esto, no por lo que el hecho representa, sino para impedir que se les entregue? No niego, senadores, que las promesas son tan sagradas como un tratado formal, para los que cumplen las leyes humanas del mismo modo que las divinas. Pero sí digo que sin la orden expresa del pueblo no se puede ratificar nada que obligue al pueblo. Supongamos que los samnitas, con el mismo espíritu de orgullo insolente con el que nos obligaron a esta capitulación, nos hubieran obligado a recitar la fórmula para la rendición de las ciudades; diríais, tribunos, que el pueblo romano se había rendido y que esta Ciudad, con sus templos y santuarios, su territorio y sus aguas se había convertido en propiedad de los samnitas? No diré más acerca de la rendición, pues lo que estamos considerando es la promesa que se hizo en la capitulación. Ahora bien, supongamos que hubiéramos prometido que el pueblo romano abandonaría esta Ciudad, la quemaría, no volvería a tener sus propios magistrados y senado y leyes, sino que viviría bajo el dominio de reyes. ¡Dios no lo quiera!, diréis. Sí, pero la fuerza vinculante de una capitulación no se aligera por la naturaleza humillante de sus términos. Si el pueblo puede estar sujeto por algún punto, lo puede estar por todos. Lo que algunos consideran importarte, a saber, si es un cónsul, un pretor o un dictador quien ha ofrecido el compromiso, no tiene importancia. Los samnitas dejaron esto claro: no bastándoles con que los cónsules se comprometieran a ellos mismos, obligaron a los legados, a los cuestores y a los tribunos militares a hacer lo mismo.

Que nadie me diga ahora: ¿Por qué prometisteis eso, sabiendo que un cónsul no tiene derecho a hacerlo y no estando vosotros en posición de prometerles una paz de la que no podíais garantizar la ratificación, ni pudiendo actuar en nombre del pueblo al no haberos dado este ningún mandato para hacerlo? Nada de lo que sucedió en Caudio, senadores, fue dictado por la prudencia humana; los dioses privaron de la sensatez tanto a los jefes enemigos como a los vuestros. Nosotros no fuimos lo bastante prudentes en nuestros movimientos, ellos en su locura arrojaron una victoria cuando la tenían ganada por nuestra insensatez. Apenas se sentían seguros en el terreno que les había dado la victoria, tanta prisa tenían por llegar a un acuerdo en cualquier condición que se contentaron con privar de sus armas a hombres que habían nacido con ellas. Si hubieran estado en sus cabales, ¿habrían tenido alguna dificultad para mandar embajadores a Roma en vez de sacar a un anciano de su casa para asesorarles? ¿No les era posible entrar en negociaciones con el Senado y con el pueblo para asegurarse la paz y firmar un tratado? Es un viaje de tres días para jinetes ligeramente equipados, y entretanto se pudiera haber hecho un armisticio hasta que regresasen los legados trayendo la paz o la certeza de su victoria. Entonces, y sólo entonces, habría habido un acuerdo vinculante, ya que lo habríamos hecho por orden del pueblo. Pero vosotros no podíais dar tal orden, ni nosotros haber prestado tal promesa. No era voluntad del cielo que hubiera un resultado distinto a este, es decir, que los samnitas quedaran vanamente engañados por un sueño demasiado delicioso como para que sus mentes comprendieran, que la misma Fortuna que aprisionó a nuestro ejército también lo liberó, que una aparente victoria resultase fútil por una paz aun más ilusoria, y que las estipulaciones serían nulas, vinculantes solo para los que efectivamente las hicieron. Pues ¿qué tenéis vosotros que ver con esto, senadores? ¿Qué tiene que ver el pueblo en este asunto? ¿Quién os puede pedir cuentas?, ¿quién puede decir que le habéis engañado? ¿El enemigo? Vosotros no habéis prometido nada al enemigo. ¿Algún conciudadano? No habéis comisionada a ningún conciudadano para que haga promesas en vuestro nombre. Vosotros no estáis, en modo alguno, comprometidos por nosotros, pues no nos habíais dado ninguna orden; no sois responsables ante los samnitas, pues nada habéis tratado con ellos. Somos nosotros los responsables, comprometidos como deudores y muy capaces de pagar la deuda en lo que a nosotros respecta; y estamos dispuestos a pagar, es decir, entregar nuestras personas y vidas. Que sobre estas dejen caer su venganza, que sobre estas descarguen su ira y sus espadas. En

cuanto a los tribunos, debéis considerar si se les debe entregar enseguida o si debe retrasarse su entrega; pero por lo que a nosotros respecta, Tito Veturio y el resto de vosotros que estáis comprometidos, debemos entre tanto ofrecer estas nuestras vidas sin valor para cumplir nuestra promesa, y que nuestras muertes liberen las armas de Roma para actuar.

[9.10] Tanto el discurso como el orador produjeron una gran impresión en todos los que le oyeron, incluyendo los tribunos, que quedaron tan impresionados por lo que habían oído que se pusieron formalmente se pusieron a disposición del Senado. De inmediato renunciaron su cargo y fueron entregados a los feciales para ser llevados con el resto a Caudio. Después que el Senado hubo aprobado la resolución, semejó como si la luz del día brillase de nuevo sobre el Estado. El nombre de Postumio estaba en boca de todos, fue puesto por las nubes, su conducta se comparó al mismo nivel que la del auto-sacrificio de Publio Decio y de otros ejemplos espléndidos de heroísmo. Por su consejo y auxilio, decían los hombres, había encontrado el Estado la manera de evitar una paz culpable y deshonrosa; se exponía a sí mismo a la ira del enemigo y a todas las torturas que le pudiesen infligir, como víctima expiatoria del pueblo romano. Todas las miradas se volvieron a las armas y a la guerra, *Se nos permitirá alguna vez*, exclamaban, *enfrentarnos a los samnitas con las armas?* En medio de esta hoguera de emoción, ira y sed de venganza, se celebró un alistamiento y todos se reengancharon como voluntarios. Se formaron nueve legiones, aparte de las tropas iniciales, y el ejército marchó hacia Caudio. Los feciales se adelantaron y, al llegar a las puertas de la ciudad, ordenaron que se quitaran las prendas a quienes habían capitulado y que se atasen sus brazos a la espalda. Cuando su ayudante, por respeto al rango de Postumio, ató las cuerdas con laxitud, éste le preguntó: *¿Porqué no atas la cuerda con fuerza, para que la entrega sea como debe ser?* En cuanto entraron en la sala del consejo y llegaron al tribunal donde estaba sentado Poncio, el fecial se dirigió a él así: *Por cuanto estos hombres, sin tener órdenes para ello del pueblo romano de los quirites, dieron su promesa y juramento de que se firmaría un tratado y por ello han sido declarados culpables de incurrir en falta, por la presente os hago entrega de estos hombres, a fin de que el pueblo romano pueda ser absuelto de la culpa de un acto impío y detestable.* Al decir esto el fecial, Postumio le golpeó tan fuerte como pudo en el muslo con la rodilla, y a voz en grito declaró que él era un ciudadano samnita, que había violado el derecho de gentes al maltratar al fecial que, como embajador, era inviolable, y que tras esto los romanos tenían razones de sobra para proseguir la guerra.

[9.11] Poncio respondió: *Ni yo voy a aceptar esta entrega de los vuestros ni los samnitas la considerarán válida. ¿Por qué tú, Espurio Postumio, si crees en la existencia de los dioses, no rescindes todo el acuerdo o cumples con lo que prometiste? El pueblo samnita tiene derecho a todos aquellos a quienes tuvo en su poder, o a que en su lugar se haga la paz con Roma. Pero ¿por qué apelo a ti? Tú mantienes tu palabra hasta el final, al entregarte como prisionero a tu vencedor. Hago un llamamiento al pueblo romano. Si no está satisfecho con el acuerdo de las Horcas Caudinas, que coloquen nuevamente sus legiones entre los pasos que les aprisionaron. Que no haya intento de fraude por ninguna parte, que se anule toda la operación, que se les devuelvan las armas que entregaron en la capitulación, que vuelvan a su posición de entonces, que tengan cuanto tenían la víspera de su rendición. Cuando esto sea hecho, que formen una recia línea y voten por la guerra, que repudien entonces el acuerdo y la paz convenidas. Vamos a continuar la guerra con la misma suerte y sobre el mismo terreno en que estábamos antes que se hiciera mención de la paz; el pueblo romano no tendrá motivo para culpar a sus cónsules por promesas que no tenían derecho a hacer, ni nosotros tendremos motivo para culpar al pueblo romano de ninguna violación de la fe.*

¿Es que nunca os faltarán motivos para dejar de cumplir vuestros acuerdos al ser derrotados? Entregasteis rehenes a Porsena, luego se los robasteis. Rescatasteis vuestra ciudad de los galos con oro, y mientras estaban recibiéndolo fueron masacrados. Hicisteis la paz con nosotros a condición de liberar a vuestras legiones cautivas, y ahora decís que esa paz es nula y

sin efecto. Siempre ocultáis vuestra deshonestidad bajo engañosos pretextos de derecho y justicia. ¿No aprueba el pueblo romano que sus legiones se salvaran a costa de una paz humillante? Entonces, que mantenga la paz por sí mismo, sólo tienen que devolver al vencedor sus legiones cautivas. Tal acción estaría de acuerdo con los dictados del honor, con la fidelidad a los tratados y con el rito solemne de los feciales. Pero ¿que vosotros tengáis lo que pedíais en el pacto, la seguridad de miles de vuestros ciudadanos, y que yo no tenga la paz que acordé al liberarlos?, ¿esto es lo que tú y tus feciales, Aulo Cornelio, llamáis actuar según el derecho de gentes? En cuanto a aquellos hombres cuya entrega simuláis, ni les acepto, ni les considero como entregados ni les impido volver con los suyos; están atados por un compromiso por cuya violación se atraerán la ira de todos los dioses con cuya majestad juegan. Cierto; Espurio Postumio acaban de golpear al heraldo fecial con su rodilla, ¡que venga la guerra! Por supuesto, los dioses creerán que Postumio es un ciudadano samnita, no un romano, y que por un ciudadano samnita ha sido maltratado un heraldo romano, y que por esta razón se justifica hacernos la guerra. Resulta triste pensar que no sentís vergüenza al burlaros así de la religión, a la luz del día, y que hombres ancianos de rango consular tengan que inventar excusas para incumplir su palabra impropias incluso de chiquillos. Ve, lictor, quita las ataduras a los romanos, que a ninguno se les impida salir cuando le plazca. Así libres, volvieron al campamento romano, habiendo cumplido con sus obligaciones personales y, posiblemente, con las del Estado.

[9.12] Los samnitas vieron claramente que en lugar de la paz que se había dictado con tanta arrogancia, había dado comienzo una guerra aun más amarga. No sólo presintieron lo que estaba por venir, casi lo vieron con sus propios ojos; ahora que ya era demasiado tarde, empezaron a ver lo acertadas que eran las dos alternativas que el viejo Poncio había sugerido. Vieron que se habían quedado entre las dos, y que adoptando un curso medio habían cambiado la posesión de una victoria segura por una insegura y dudosa paz. Se dieron cuenta de que habían perdido la oportunidad de ejercitar la generosidad o la ofensa, y que tendrían que luchar con aquellos de los que se podían haber librado para siempre como enemigos o de los que se podían haber asegurado su amistad. Y aunque la batalla no había otorgado ventaja a ningún bando, el ánimo de los hombres había cambiado tanto que Postumio ganó tanta reputación entre los romanos por su entrega como tenía Poncio entre los samnitas por su victoria incruenta. Los romanos consideraban ya la posibilidad de una guerra como una victoria cierta, mientras que los samnitas contemplaban la renovación de las hostilidades por los romanos como el equivalente a su propia derrota. Mientras tanto, Sátrico se rebeló y se pasó a los samnitas. Estos últimos hicieron una marcha repentina sobre Fregellas y la ocuparon por la noche, ayudados, no hay duda, por los satricanos. El miedo mutuo mantuvo tanto a los samnitas como a los fregelanos en calma hasta el amanecer, con la vuelta de la luz comenzó la batalla. Durante algún tiempo, los fregelanos mantuvieron su terreno, pues luchaban por sus altares y sus hogares y la población no combatiente les ayudaba desde los tejados de las casas. Al fin, los asaltantes se hicieron con la ventaja mediante el uso de un ardid. Se proclamó que todo aquel que depusiera sus armas podría salir indemne, y los defensores no impidieron al pregonero que cumpliera su misión. Ahora que tenían esperanzas de seguridad, se enfrentaron a ellos con menos energía y por todas partes se arrojaban las armas. Algunos, sin embargo, mostraron mayor determinación y se abrieron paso, completamente armados, por la puerta opuesta. Su coraje demostró ser mejor protección que la tímida credulidad de los demás, para estos se vieron cercados por los samnitas con un anillo de fuego, y a pesar de sus gritos de clemencia fueron quemados hasta morir. Después de partir entre sí sus provincias, los cónsules salieron en campaña. Papirio entró en Apulia hasta Luceria, donde los caballeros que habían sido entregados como rehenes en Caudio estaban internados; Publilio permaneció en Samnio para enfrentarse a las legiones que habían estado en Caudio. Su presencia hizo que los samnitas no supieran cómo actuar; no podían marchar a Luceria por temor a exponerse a un ataque por la retaguardia, ni se sentían satisfechos de permanecer donde estaban, pues Luceria podría, entre tanto, perderse. Decidieron que lo mejor sería

probar fortuna y arriesgarse en una batalla contra Publilio.

[9.13] En consecuencia, dispusieron sus fuerzas para el combate. Antes de enfrentarse a ellos, Publilio pensó que debía dirigir unas palabras a sus hombres, y ordenó que se tocase a Asamblea. Aunque acudieron a toda prisa hasta el pretorio, tales gritos se daban por todas partes exigiendo los hombres ser llevados a la batalla, que no se escuchó nada de lo que decía; la memoria de la reciente desgracia fue suficiente en sí misma para estimular a cada hombre para luchar. Fueron rápidamente al combate, instando a los signíferos para que se moviesen más rápidos, y, para evitar cualquier retraso en el lanzamiento de sus pilos, los arrojaron como si se hubiese dado una señal y se lanzaron sobre el enemigo espada en mano. No había tiempo para que se mostrase la habilidad del comandante haciendo maniobrar a sus hombres o situando sus reservas; todo fue hecho por soldados enfurecidos que cargaban como locos. El enemigo no sólo fue derrotado, ni siquiera se atrevió a huir hacia su campamento y se dispersó en grupos en dirección a Apulia. Finalmente, se recuperó y llegó a Luceria en un solo cuerpo. La misma rabia y furia que había llevado a los romanos por en medio del enemigo, les hizo llegar hasta el campamento samnita, y más matanzas tuvieron lugar allí que en el propio campo de batalla. Destruyeron, en su ira, la mayor parte del botín. El otro ejército, bajo el mando de Papirio, había marchado a lo largo de la costa y llegó a Arpos. El conjunto del país por donde marchaba mantenía una disposición pacífica, actitud debida más a las ofensas infligidas por los samnitas que a cualquier servicio que les hubiesen prestado los romanos. Era costumbre de los samnitas vivir hasta entonces en aldeas abiertas entre las montañas, y tenían el hábito de efectuar incursiones de pillaje en las tierras bajas y por los distritos costeros. Viviendo la vida al aire libre de los montañeses, despreciaban a los agricultores menos resistentes de las llanuras que, como sucede a menudo, habían desarrollado un carácter en armonía con su entorno. Si esta zona del país hubiera estado en buenos términos con los samnitas, el ejército romano no habría podido llegar a Arpos ni habría podido obtener provisiones en su ruta, de modo que habrían carecido de todo tipo de suministros. A pesar de todo, cuando hubieron avanzado hasta Luceria, tanto sitiadores como sitiados sufrían de escasez de provisiones. Los romanos traían todos sus suministros de Arpos, pero en cantidades muy pequeñas porque, como la infantería se empleaba en puestos avanzados, patrullas y trabajos de construcción, la caballería traía el grano desde Arpos en sus alforjas, y a veces se encontraban con el enemigo y se veían obligados a arrojarlas para poder estar desembarazados en el combate. Los sitiados, por otra parte, obtenían sus provisiones y refuerzos del Samnio. Pero la llegada del otro cónsul, Publilio, con su ejército victorioso, motivó el estrechamiento del cerco. Dejó la conducción del asedio a su colega, para poder dedicarse libremente a interceptar por todas partes los convoyes del enemigo. Cuando los samnitas, que estaban acampados ante Luceria, se encontraron con que no había esperanza de que los sitiados soportasen más tiempo sus privaciones, se vieron obligados a concentrar todas su fuerzas y presentar batalla a Papirio.

[9.14] Mientras ambas partes estaban haciendo los preparativos para la batalla, una delegación de Tarento se presentó en escena con una demanda perentoria por la que tanto samnitas como romanos debían desistir de las hostilidades. Amenazaron con ayudar a la parte contraria a la que no abandonase las armas. Después de escuchar las demandas que avanzó la delegación y dándole aparentemente importancia a cuanto habían dicho, Papirio replicó que se pondría en contacto con su colega. A continuación, envió por él y empleó el intervalo en acelerar los preparativos para la batalla. Después de hablar sobre el asunto, sobre el cual no podía haber dos opiniones, hizo mostrar la señal para la batalla. Mientras que los cónsules estaban ocupados con diversas tareas, religiosas y de otro tipo, que son habituales antes del combate, los tarentinos esperaban una respuesta, y Papirio les informó de que el pollero había señalado que los auspicios eran favorables y el sacrificio más que satisfactorio. *Ya veis*, añadió, *que vamos a entrar en acción con la aprobación de los dioses.* Ordenó luego que se dispusieran los estandartes, y conforme avanzaba hacia sus hombres, en el

campo de batalla, expresó su desprecio hacia pueblo tan vanidoso, que aunque incapaz de administrar sus propios asuntos a causa de sus querellas internas y sus discordias, se creía autorizado para decir a los demás hasta dónde podían llegar en la paz o en la guerra. Los samnitas, en cambio, habían renunciado a toda idea de lucha, fuese porque realmente ansiaran la paz o porque les interesaba aparentarlo para asegurarse la buena voluntad de los tarentinos. Cuando de repente vieron a los romanos dispuestos para la batalla, gritaron que debían actuar de acuerdo con las instrucciones de los tarentinos; que ni bajarían al campo de batalla ni llevarían sus armas fuera de su empalizada, que preferían que se aprovecharan de ellos y darles todas las oportunidades posibles que permitir que se pensase que se burlaban de los pacíficos consejos de Tarento. Los cónsules declararon que daban la bienvenida al presagio y rezaron para que el enemigo quedase en tal situación y que ni siquiera defendiesen su empalizada. Avanzando en dos agrupaciones hasta las trincheras, los atacaron simultáneamente por todas partes. Algunos comenzaron a rellenar el foso, otros derribaron la empalizada y tiraban la madera al foso. No fue solo su valor natural, sino la indignación y la ira lo que les movió, conscientes como eran de su reciente desgracia. A medida que irrumpían en el campamento, se recordaban unos a otros que no había allí Horcas Caudinas, no existía ninguno de aquellos desfiladeros insuperables donde el engaño había ganado una insolente victoria sobre la imprudencia, solo estaba el valor romano que ninguna empalizada o foso podría detener. Mataron por igual a los que lucharon y a los que huyeron, armados y desarmados, esclavos y hombres libres, jóvenes y viejos, hombres y bestias. Ni un solo ser vivo habría sobrevivido de no haber dado los cónsules la orden de retirada, sacando, mediante órdenes y amenazas, del campamento enemigo a los soldados sedientos de sangre. Como los hombres se enojaron mucho por esta interrupción de tan deliciosa venganza, fue necesario explicarles allí mismo por qué se les impedía llegar a más. Los cónsules les aseguraron que ni habían cedido ni cederían ante ningún hombre en mostrar su odio hacia el enemigo, y que como jefes suyos en el combate ellos habían sido los que más habían fomentado su ira insaciable y su venganza. Pero tenían que recordar a los seiscientos caballeros que permanecían detenidos como rehenes en Luceria, y procurar que el enemigo, desesperado de obtener cuartel para sí mismo, no se dejara llevar por la rabia ciega con sus cautivos y les masacrase antes de perecer ellos mismos. Los soldados lo aprobaron y se alegraron de que hubiesen detenido aquella furia indiscriminada; admitieron que debían someterse a lo que fuera antes que poner en peligro la seguridad de tantos jóvenes pertenecientes a las más nobles familias de Roma.

[9.15] Se desconvocó la asamblea y se celebró un consejo de guerra para decidir si debían persistir en el asedio de Luceria con todas sus fuerzas o si Publilio con su ejército debía visitar a los apulios y conocer sus intenciones, sobre las que había bastante dudas. Se decidió esto último, y el cónsul consiguió reducir un número considerable de sus ciudades en una sola campaña mientras a las demás se las admitió como aliadas. Papirio, que se había quedado atrás para proseguir el sitio de Luceria, pronto vio cumplidas sus expectativas pues, como todos los caminos por los que podían llegar los suministros quedaron bloqueados, la guarnición samnita de Luceria quedó tan reducida por el hambre que enviaron un ofrecimiento al cónsul romano para devolver los rehenes, por cuya recuperación se había hecho la guerra, si levantaba el asedio. Él respondió que debía consultar con Poncio, por cuya instigación se había hecho pasar a los romanos bajo el yugo, sobre cuáles eran los términos que pensaba que se debían imponer a los vencidos. Como ellos, sin embargo, preferían que fuera el enemigo y no ellos mismos quienes establecieran unos términos justos, él le dijo a los negociadores que llevasen de vuelta a Luceria la contestación de que todas las armas, bagajes y bestias de carga, junto a la población no combatiente debían ser abandonados; a los soldados les haría pasar bajo el yugo y les dejaría una sola prenda de vestir a cada uno. Al hacer esto, dijo, no se les sometía a ninguna nueva desgracia sino que, simplemente, tomaba sobre ellos las represalias que una vez habían infligido. Se vieron obligados a aceptar estos términos y siete mil hombres fueron enviados bajo el yugo. Se encontró en Luceria una enorme cantidad de botín, todas las armas y los

estandartes que habían sido capturadas en Caudio y, lo que produjo más alegría de todo, recuperaron a los caballeros, los rehenes que los samnitas habían llevado allí para mayor seguridad. Casi ninguna otra victoria que Roma hubiese ganado antes resultó más notable por el cambio repentino que produjo en las circunstancias de la república, especialmente si, como me he encontrado en algunos anales, Poncio, el hijo de Herenio y generalísimo samnita, fue enviado bajo el yugo con el resto para expiar la desgracia que había infligido a los cónsules. No estoy, sin embargo, tan sorprendido porque exista incertidumbre respecto a este punto; lo que me sorprende es que se dude si fue Lucio Cornelio, actuando como dictador y con Lucio Papirio Cursor como jefe de la caballería, quien logró la victoria en Caudio y después en Luceria; y desconozco si él, como único hombre que vengase el honor romano, obtuvo el triunfo, el más merecido desde tiempos de Furio Camilo, o se otorgó este honor a los cónsules, y especialmente a Papirio. Hay otro error más aquí, debido a las dudas sobre si en las siguientes elecciones consulares Papirio Cursor fue reelegido por tercera vez como consecuencia de su éxito en Luceria, junto con Publio Aulio Corretano por segunda vez, o si se trataba en realidad de Lucio Papirio Mugilano y el error se produjo en el sobrenombre *(319 a.C.)*.

[9.16] Los diversos autores están de acuerdo en que el resto de la guerra fue llevada a cabo por los cónsules. Aulio terminó la campaña contra los Ferentinos en una sola batalla. Su ejército derrotado huyó a su ciudad y, tras entregar rehenes, el cónsul recibió su rendición. El otro cónsul resultó igualmente afortunado en su campaña contra los Satricanos. Aunque admitidos a la ciudadanía romana, se habían rebelado junto a los samnitas después del desastre Caudino y les permitieron situar una guarnición en su ciudad. Pero cuando el ejército romano estaba cerca de sus murallas, enviaron una solicitud urgente, redactada en términos muy humildes, pidiendo la paz. El cónsul dijo que, a menos que entregaran a la guarnición samnita o los matasen, no volverían nuevamente ante él. La severidad de esta réplica produjo más terror entre ellos que la misma presencia del ejército romano. Una y otra vez le preguntaban por qué medios pensaba que una población tan débil y pequeña podría tratar de enfrentarse a una guarnición fuerte y bien armada. Les dijo que pidiesen consejo a aquellos responsables de admitir primeramente a la guarnición. Después de haber obtenido, con alguna dificultad, su permiso para consultar a su Senado, volvieron a la ciudad. Había dos facciones en el Senado: los líderes de la una fueron los autores de la revuelta contra Roma; la otra estaba compuesta por ciudadanos leales. Ambas, sin embargo, estaban igualmente deseosas de que se hicieran todos los esfuerzos para inducir al cónsul a concederles la paz. Como la guarnición samnita no se encontraba tampoco preparada para sostener un asedio, trató de evacuar la ciudad a la noche siguiente. La facción que les había introducido, pensó que sería suficiente con hacer saber al cónsul a qué hora y por cuál puerta marcharía; la otra, que siempre se había opuesto a su entrada, abrieron de hecho la puerta al cónsul esa misma noche y dejaron que entrasen sus tropas en la ciudad. Los samnitas fueron atacados inesperadamente, por una fuerza oculta en el bosque a través del cual marchaban, mientras los gritos de los romanos resonaban por todas partes de la ciudad; con este doble acto de traición, los samnitas fueron muertos y Sátrico capturado en el plazo de una corta hora y el cónsul se hizo dueño absoluto de la situación. Ordenó una investigación rigurosa para establecer los responsables de la revuelta, quienes fueron encontrados culpables resultaron azotados y decapitados. Los satricanos fueron privados de sus armas y se apostó una fuerte guarnición en la ciudad.

Los autores que nos cuentan que Luceria fue recuperada por Papirio y que los samnitas fueron pasados bajo el yugo, siguen informándonos de que tras la captura de Sátrico aquel regresó a Roma para celebrar su triunfo. Y en efecto, él fue, sin duda, un hombre digno de toda alabanza por sus cualidades como soldado, distinguido no sólo por su fuerza intelectual, sino también por su destreza física. Sobresalía especialmente no su rapidez de pies, lo que le valió su sobrenombre; se cuenta de él que derrotaba a los de su misma edad en las carreras. Fuera debido a su gran fuerza o a la cantidad de ejercicio, tenía un apetito enorme. Bajo ningún comandante encontró penoso el servicio,

ni a caballo ni a pie, pues nunca supo lo que era estar cansado. En cierta ocasión, la caballería se atrevió a pedirle que les excusase un tanto de su fatigoso servicio en consideración a haber combatido en una lucha victoriosa. Él respondió: *Para que no digáis que nunca excuso nada, yo os eximo de pasar la mano por el lomo de vuestros caballos cuando desmontéis.* Ejercía además su autoridad con gran fuerza, tanto entre los aliados de Roma como entre sus propios compatriotas. El comandante del destacamento de Palestrina había mostrado falta de valor para llevar a sus hombres desde la retaguardia hasta la primera línea de combate. Papirio, caminando hasta delante de su tienda, ordenó que se le llamara y, cuando apareció, le dijo al lictor que dispusiese la segur. El palestrinense, al oír esto, quedó paralizado por el miedo. *Ve, lictor,* dijo Papirio, *a cortar esta raíz que está en el camino de las personas que pasean.* Después darle casi matarle del susto con esta amenaza, lo despachó con una multa. Ninguna época ha sido más prolífica en grandes y nobles caracteres que aquella en la que él vivió, e incluso entonces no hubo nadie cuyo simple brazo hiciera más para sostener la república. Si Alejandro Magno, después de someter a Asia, hubiese dirigido su atención a Europa, muchos sostienen que se habría encontrado con su igual en Papirio.

[9.17] Nada estaba más lejos de mi propósito, desde que dí comienzo a este trabajo, que divagar más de lo necesario del orden de mi narración, ni embellecer mi labor con variedad de asuntos que supusieran momentos de descanso para mis lectores y relajación mental para mí. La mención, sin embargo, de tan gran rey y general me induce a presentar ante mis lectores algunas reflexiones que me he hecho a menudo al plantearme a mí mismo la cuestión: *¿Cuáles habrían sido las consecuencias para Roma si se hubiera enfrentado en una guerra con Alejandro?* Parece que lo más importante en la guerra es el número y valor de las tropas, la habilidad de los generales y la Fortuna, que tanta importancia tiene sobre los asuntos humanos y especialmente en los de la guerra. Cualquiera que considere estos factores, por separado o en conjunto, verá fácilmente que, igual que el Imperio Romano resultó invencible contra otros reyes y naciones, habría resultado también invencible contra Alejandro. Comparemos, en primer lugar, a los generales de cada parte. No discuto que Alejandro fue un general excepcional, pero su reputación se ve reforzada por el hecho de que él murió siendo aún muy joven y antes de tener tiempo de experimentar cualquier cambio de fortuna. Por no hablar de otros reyes y capitanes ilustres, que resultan ejemplos notables de la mutabilidad de las cosas humanas, sólo pondré como ejemplo a Ciro, a quien los griegos celebran como a uno de los hombres más grandes. ¿Qué fue lo que lo expuso a reveses y desgracias, sino la duración de su vida, como recientemente fue el caso de Pompeyo el Grande? Permítanme enumerar los generales romanos, no a los de todas las épocas, sino sólo a los que, como cónsules y dictadores, Alejandro se habría debido enfrentar: Marco Valerio Corvo, Cayo Marcio Rutilo, Cayo Sulpicio, Tito Manlio Torcuato, Quinto Publilio Filón, Lucio Papirio Cursor, Quinto Fabio Máximo, los dos Decios, Lucio Volumnio y Manlio Curio. A estos siguen aquellos hombres de molde excepcional que se le habrían enfrentado si él hubiera vuelto sus armas contra Cartago y luego, más adelante en su vida, hubiera cruzado a Italia. Cada uno de estos hombres fue igual a Alejandro en valor y capacidad, y el arte de la guerra, que desde la fundación de la Ciudad había sido una tradición ininterrumpida, se había convertido ahora en una ciencia basada en reglas definidas y permanentes. Fue así como los reyes condujeron sus guerras, y después de ellos los Junios y Valerios, quienes expulsaron a los reyes, y más tarde en sucesión los Fabios, Quincios y los Cornelios. Fueron estas reglas las que siguió Camilo, y los hombres que hubieran tenido que luchar contra Alejandro habían visto a Camilo, siendo un anciano, cuando ellos eran poco más que muchachos.

Alejandro, sin duda, hizo todo lo que un soldado debe hacer en la batalla, y no es su título menos famoso. Pero si Manlio Torcuato se le hubiera enfrentado en el campo de batalla, ¿habría sido en esto inferior a él, o Valerio Corvo, ambos distinguidos como soldados antes de asumir el mando? ¿O los Decios, que, tras ofrendarse a ellos mismos, se abalanzaron sobre el enemigo, o Papirio Cursor, con su enorme valor y fuerza física? ¿Habría logrado el inteligente generalato de un joven desconcertar a todo el Senado, por no mencionar a las personas que en él estaban, de las que

solo el que verdaderamente se hizo una idea veraz llegó a decir que estaba formado por reyes? ¿Había algún peligro de que mostrase más competencia que cualquiera de los que he mencionado al elegir el lugar para su campamento, o al organizar su intendencia o prevenir las sorpresas, o al elegir el momento adecuado para presentar batalla, o disponer la línea de combate de sus hombres y situar sus reservar de la manera más ventajosa? Él habría dicho que no se enfrentaba con un Darío, arrastrando tras él un reguero de hombres y eunucos, envuelto en púrpura y oro y cargado con toda la parafernalia del Estado. Encontró en él una presa fácil, en vez de un enemigo formidable, y lo derrotó sin pérdidas, sin que tuviese que hacer algo más atrevido que mostrar un justo desprecio por aquella falsa muestra de poderío. El aspecto de Italia le habría parecido muy diferente de la India, que atravesó con un ejército de borrachos de comilona en comilona; habría contemplado en los estrechos pasos de Apulia y en las montañas de Lucania las pistas del reciente desastre que cayó sobre su linaje, donde su tío Alejandro, rey de Épiro, halló la muerte.

[9.18] Estoy refiriéndome a Alejandro tal y como era antes de nadar en el éxito, pues no hubo hombre menos capaz de sobrellevar la prosperidad que él. Si lo contemplamos una vez transformado por su fortuna y presentando, por así decir, el nuevo carácter que adoptó tras sus victorias, resulta evidente que habría llegado a Italia siendo más parecido a Darío que a Alejandro, y hubiera traído consigo un ejército que se habría olvidado de su nativa Macedonia y se estaría convirtiendo rápidamente en persa de carácter. Es algo desagradable, en el caso de tan gran hombre, tener que dar cuenta de su amor tan ostentoso por la indumentaria; las postraciones que exigía a cuantos se aproximaban a su presencia, y lo humillados que se debían sentir los macedonios, no ya de haber sido vencidos, sino cuánto más siendo los vencedores; los castigos terriblemente crueles que infligió; el asesinato de sus amigos en la mesa de banquetes; la vanidad que le hizo inventar para sí mismo un linaje divino. ¿Qué habría pasado de haberse hecho más fuerte su amor al vino y si su apasionada y ardiente naturaleza se hubiera vuelto más violenta con la edad? Sólo estoy señalando hechos sobre los que no hay discusión alguna. ¿Creeremos que estos inconvenientes no habrían afectado a sus méritos como comandante? ¿O había algún peligro, como suelen decir los griegos más frívolos que andan exaltando a los partos por encima de los romanos, de que el pueblo romano se hubiera inclinado ante la grandeza del nombre de Alejandro (del que me parece que ni siquiera habían oído hablar), y que ninguno de los jefes romanos hubiera osado expresar sus auténticos sentimientos hacia él cuando, habiendo sido destruida Atenas y teniendo a la vista las ruinas humeantes de Tebas, hubo hombres que se atrevieron a hablar contra él, como demuestran de manera evidente los discursos conservados?

A pesar de lo elevadas que sean nuestras ideas sobre la grandeza de este hombre, no deja de ser la grandeza de un hombre solo, ganada en una carrera de poco más de diez años. Los que lo ensalzan sobre la base de que aunque Roma nunca ha perdido una guerra sí ha perdido muchas batallas, mientras que Alejandro nunca perdió ninguna, no tienen en cuenta que están comparando las acciones de un individuo, y joven, frente a los logros de un pueblo que lleva ochocientos años guerreando. ¿Cómo, al contar más generaciones por una parte que años por la otra, nos podemos sorprender de que en tan largo espacio de tiempo haya habido más cambios de suerte que en un período de trece años? ¿Por qué no se compara la fortuna de un hombre con otro, de un comandante con otro? ¡Cuántos generales romanos podría yo nombrar que nunca han sido desafortunados en una sola batalla! Podéis pasar página tras página de las listas de magistrados, tanto cónsules como dictadores, y no encontraréis uno de cuya suerte y valor tenga el pueblo romano motivos para estar insatisfecho. Y estos hombres son más dignos de admiración que Alejandro o cualquier otro rey. Algunos ostentaron la dictadura durante sólo diez o veinte días; ninguno desempeñó un consulado durante más de un año; los alistamientos de tropas fueron a veces obstaculizados por los tribunos de la plebe; salieron, por tanto, tarde en campaña, y a menudo se les llamó de vuelta para celebrar las elecciones; con frecuencia, habiendo comenzado alguna operación importante, expiró su año de mandato; sus colegas frustraron o arruinaron sus planes, algunos por imprudencia y otros por celos;

a menudo tuvieron que vencer sobre los errores o fracasos ajenos y hacerse cargo de un ejército de nuevos reclutas o en mal estado de disciplina. ¡Por Hércules!, los reyes están libres de todos estos obstáculos; son señores del tiempo y las circunstancias y hacer salir todas las cosas de acuerdo con sus propios designios. Así pues, el invencible Alejandro habría cruzado armas con capitanes invencibles, y habría hecho a la Fortuna las mismas ofrendas que ellos. No, él habría corrido mayores riesgos que ellos, pues los macedonios solo tenían un Alejandro, que no era únicamente el responsable ante cualquier accidente, sino que se exponía a ellos deliberadamente, mientras que había mucho romanos iguales a Alejandro en gloria y la grandeza de sus hazañas, y aún cada uno de ellos podía enfrentar su destino con su vida o su muerte sin poner en peligro la existencia del Estado.

[9.19] Nos queda comparar un ejército con el otro, tanto en lo que respecta al número como a la calidad de las tropas o a la fuerza de los soldados aliados. El censo correspondiente a ese período da doscientas cincuenta mil personas. Durante todas las revueltas de la Liga Latina se alistaron diez legiones, compuestas casi en su totalidad por tropas de la Ciudad. A menudo, durante aquellos años, cuatro o cinco ejércitos estuvieron en campaña simultáneamente en Etruria, en Umbría (donde también tuvieron que enfrentarse a los galos), en el Samnio y en Lucania. Así, por lo que respecta a la actitud de las distintas tribus itálicas (el conjunto del Lacio con los sabinos, volscos y ecuos, la totalidad de la Campania, partes de Umbría y de Etruria, los picentinos, los marsios, los vestinios y apulios, a los que debemos añadir toda la costa del Tirreno, con su población griega que se extiende desde Turios hasta Nápoles y Cumas, y desde allí hasta Anzio y Ostia), todas aquellas naciones habría encontrado Alejandro aliadas fuertemente a Roma o reducidas a la impotencia por las armas romanas. Él habría cruzado el mar con sus veteranos macedonios, que ascenderían a no más de treinta mil infantes y cuatro mil de caballería, la mayor parte tracia. Esta sería la composición de su fuerza real. Si hubiera traído, además, a persas, indios y otros orientales, le habrían sido más un estorbo que una ayuda. Debemos recordar también que los romanos tenían una reserva para alistar en casa, sin embargo, Alejandro, guerreando en territorio extranjero, se habría encontrado a su ejército disminuido por las pérdidas en combate, como después sucediera a Aníbal. Sus hombres estaban armados con clípeos y sarisas, los romanos portaban el scutum, que protegía mejor el cuerpo, y el pilo, un arma mucho más efectiva que la lanza, tanto para arrojar como para acometer. En ambos ejércitos los soldados combatían en línea, fila tras fila, pero la falange macedonia carecía de movilidad y formaba una unidad compacta; el ejército romano era más elástico, compuesto de numerosas divisiones que podían actuar fácilmente por separado o en combinación, según las necesidades. Y después, por lo que se refiere a la capacidad de soportar la fatiga del servicio, ¿qué soldado es más capaz de soportar el trabajo duro que el romano?

Si Alejandro hubiera sido derrotado en una batalla, la guerra se habría terminado; ¿qué ejército podía haber quebrado la resistencia de Roma cuando ni las Horcas Caudinas ni Cannas pudieron? Incluso si las cosas le hubieran ido bien al principio, a menudo habría estado tentado de desear que los persas, los indios y los afeminados asiáticos fuesen sus enemigos, y habría terminado confesando que sus guerras anteriores fueron contra mujeres, como se dice que dijo Alejandro de Épiro cuando, tras recibir su herida mortal, comparó su fortuna actual con la de su primera juventud en sus campañas asiáticas. Cuando recuerdo que en la Primera Guerra Púnica combatimos por mar veinticuatro años, pienso que Alejandro difícilmente habría vivido lo bastante para abarcar una guerra. Es muy posible, también, que como Roma y Cartago estaban en aquel momento aliadas entre sí por un antiguo tratado vigente, el mismo temor hubiera llevado a aquellos dos poderosos estados a tomar las armas contra el enemigo común y Alejandro hubiese sido aplastado por sus fuerzas combinadas. Roma ha tenido la experiencia de una Guerra Macedonia, no precisamente cuando estaba al mando Alejandro ni cuando los recursos de Macedonia seguían intactos, pero los conflictos contra Antíoco, Filipo y Perseo se libraron no sólo sin pérdidas, incluso sin riesgos. Confío en que no ofenderé al decir que, dejando aparte las guerras civiles, nunca hemos encontrado

una caballería o infantería enemiga que nos supere, ni cuando hemos combatido en campo abierto, ni en terreno igualmente favorable a ambos bandos y aún menos cuando el terreno nos daba ventaja. El soldado de infantería, con su pesada armadura y sus armas, puede con razón temer las flechas de la caballería parta, los pasajes estrechos, los asedios enemigos o un país del que no se puedan obtener suministros; pero ha rechazado miles de ejércitos más formidables que aquellos de Alejandro y sus macedonios, y los rechazará en el futuro siempre que la paz doméstica y la concordia de la que ahora disfrutamos sigan sin interrupción durante los años venideros.

[9.20] Marco Folio Flaccina y Lucio Plaucio Venox fueron los siguientes cónsules *(318 a.C.)*. En este año varios pueblos samnitas presentaron propuestas para hacer un nuevo tratado. Estas delegaciones, cuando se les concedió audiencia, se postraron en el suelo, y su actitud humilde influyó en el Senado a su favor. Sus súplicas, sin embargo, no fueron en absoluto tan eficaces con el pueblo, al que fueron remitidos por el Senado. Se rechazó su petición de un tratado, pero tras haber pasado varios días apelando a los ciudadanos individualmente, lograron obtener una tregua por dos años. En Apulia, también, los pueblos de Teano y Canosa, cansados de los estragos constantes que habían sufrido, entregaron rehenes y se rindieron al cónsul Lucio Plaucio. Fue también durante este año cuando se nombraron por primera vez prefectos para Capua y el pretor Lucio Furio les dio un cuerpo de leyes. Estas dos mercedes se concedieron en respuesta a una petición de los propios campanos como remedio para el deplorable estado de cosas provocado por la discordia civil. Se formaron dos nuevas tribus, la Ufentina y la Falerna. Como el poder de Apulia iba declinando, el pueblo de Teate se llegaron a los nuevos cónsules, Cayo Junio Bubulco y Quinto Emilio Bárbula, para negociar un tratado *(317 a.C.)* Se comprometieron formalmente a avalar la paz de la Apulia con Roma, y la confianza en las garantías que dieron desembocó en un tratado que, sin embargo, no fue como entre dos estados independientes, ellos hubieron de reconocer la soberanía de Roma. Tras subyugar la Apulia, pues Forento, lugar también de considerable fortaleza, había sido capturado por Junio, se avanzó hacia Lucania y el cónsul, Emilio, sorprendió y capturó la ciudad de Nérulo. El orden introducido en Capua mediante la adopción de las instituciones romanas había adquirido notoriedad general entre los Estados en alianza con Roma, y los anziates solicitaron el mismo privilegio, pues carecían de código fijo de leyes y de magistrados ordinarios propios. El Senado comisionó a los patronos de la colonia para establecer un sistema de derecho. No sólo las armas de Roma, sino también sus leyes, se estaban extendiendo por todas partes.

[9.21] Al finalizar su año de mandato, los cónsules no entregaron las legiones a sus sucesores, Espurio Naucio y Marco Popilio, sino al dictador Lucio Emilio *(316 a.C.)*. En unión de Marco Fulvio, el jefe de la caballería, comenzó un ataque a Satícula, y los samnitas enseguida aprovecharon la oportunidad para renovar las hostilidades. Los romanos se vieron amenazados por un doble peligro; los samnitas, después de reunir un gran ejército, se habían atrincherado no lejos del campamento romano con el fin de aliviar a sus aliados bloqueados, mientras que los saticulanos abrieron repentinamente sus puertas y lanzaron un tumultuoso ataque a los puestos romanos avanzados. Los dos grupos de combatientes, apoyándose más en el auxilio de los otros que en su propio fuerza, lanzaron un ataque conjunto sobre el campamento romano. Aunque resultaron atacados ambos lados del campamento, el dictador mantuvo a sus hombres tranquilos, al haber seleccionado una posición que no era fácil de sobrepasar y también porque sus hombres presentaban dos frentes. Dirigió sus esfuerzos, principalmente, contra los que habían efectuado la salida y los rechazó, sin muchas complicaciones, hasta detrás de sus murallas. Luego se volvió con todas sus fuerzas contra los samnitas. Aquí la lucha fue más sostenida y la victoria tardó más en llegar, pero cuando lo hizo fue decisiva. Los samnitas fueron expulsados en desorden hacia su campamento y, después de apagar todos los fuegos del campamento, se marcharon silenciosamente por la noche tras abandonar cualquier esperanza de salvar Satícula. A modo de represalia, asediaron Plística, una ciudad aliada de Roma.

[9.22] Habiendo expirado el año, la guerra fue dirigida a partir de entonces por el dictador, Quinto Fabio, mientras que los nuevos cónsules, como sus predecesores, permanecían en Roma *(315 a.C.).* Fabio marchó con refuerzos para Satícula hacerse cargo del ejército de Emilio. Los samnitas no se quedaron ante Plística; habían llamado a tropas de refresco desde casa, y confiados en su número asentaron su campamento en el mismo terreno que el año anterior y trataron de distraer a los romanos de sus operaciones de asedio provocándoles con ataques. Esto determinó aún más al dictador a proseguir el asedio, pues consideró que la reducción de la plaza afectaría enormemente al carácter de la guerra; trató a los samnitas casi con indiferencia y simplemente reforzaba los piquetes del lado del campamento que enfrentaba cada ataque que pudieran hacer. Esto envalentonó a los samnitas; cabalgaban día tras día hasta la empalizada y no dejaban descansar a los romanos. Por fin, casi consiguieron llegar a las puertas del campamento cuando Quinto Aulio, el jefe de la caballería, sin consultar al dictador, cargó furiosamente contra ellos desde el campamento con toda su caballería y los obligó a retirarse. Aunque esto fue únicamente un incidente aislado, la Fortuno tomó cartas en él de tal manera que infligió una señalada pérdida a ambos bandos provocando la muerte de ambos jefes. En primer lugar, el general samnita, indignado por haber sido rechazado y puesto en fuga del terreno que había corrido con tanta confianza, incitó a su caballería con ruegos y ánimos a renovar el combate. Mientras se hacía de notar entre ellos urgiéndoles a la lucha, el jefe de la caballería apuntó su lanza y espoleó su caballo contra él con tanta fuerza que con un solo golpe le arrojó, muerto, de su silla. Sus hombres no quedaron, como a menudo sucede, desanimados por la caída de su jefe. Todos los que estaban a su alrededor lanzaron sus proyectiles contra Aulio, que había cabalgado imprudentemente entre ellos, pero dejaron que el hermano del general muerto tuviera la gloria especial de vengar su muerte. En un frenesí de dolor y rabia tiró al jefe de la caballería de su montura y lo mató. Los samnitas, entre los que había caído, se habrían hecho con el cadáver si los romanos, repentinamente, no hubiesen saltado de sus caballos, ante lo que los samnitas se vieron obligados a hacer lo mismo. Se dio una lucha feroz de infantería alrededor de los cuerpos de los dos generales, en la que los romanos fueron decididamente superiores; se rescató el cuerpo de Aulio y fue llevado al campamento, entre las manifestaciones mezcladas de alegría y dolor de los vencedores. Después de perder a su líder y viendo el resultado desfavorable de la prueba de fuerza en la acción de la caballería, los samnitas consideraron inútil hacer nuevos esfuerzos en favor de Satícula y reanudaron el asedio de Plística. Unos días más tarde Satícula se rindió a los romanos y Plística fue tomada al asalto por los samnitas.

[9.23] Cambió ahora el teatro de la guerra; las legiones se marcharon de Samnio y Apulia hacia Sora. Este lugar se había rebelado, pasándose a los samnitas, después de dar muerte a los colonos romanos. El ejército romano marchó allí a toda velocidad para vengar la muerte de sus compatriotas y para restablecer la colonia. No bien llegaron al lugar, las partidas de reconocimiento que habían estado explorando las distintas rutas volvieron con informes de que los samnitas les seguían y estaban a no mucha distancia. El cónsul marchó al encuentro del enemigo y se libró una acción no decisiva en Lautulae. La batalla terminó, no con la derrota o fuga de una parte, sino con la noche que sorprendió a los combatientes mientras aún estaba por decidir si resultaban vencedores o vencidos. Veo en algunos autores que esta batalla fue desfavorable a los romanos y que Quinto Aulio, el jefe de la caballería, cayó allí. Cayo Fabio fue nombrado jefe de la caballería en su lugar y llegó con un ejército de refresco desde Roma. Envió mensajeros ante sí para consultar al dictador sobre dónde debía asentar su posición y sobre el momento y manera de atacar al enemigo. Después de ponerse al tanto de los planes del dictador, detuvo su ejército en un lugar donde quedó bien oculto. El dictador mantuvo a sus hombres durante varios días confinados en su campamento, como si estuviera soportando un asedio en lugar de llevándolo a cabo. Por fin, de repente, mostró la señal para la batalla. Pensando que los hombres valientes eran más propensos a ver estimulado su valor cuando todas sus esperanzas residían en sí mismos, ocultó a sus soldados la llegada del jefe de la

caballería y su ejército de refresco y, como si todas sus perspectivas de seguridad dependieran de abrirse paso, dijo a sus hombres: *Estamos atrapados y encerrados en esta posición, y no tenemos más camino de salida que el que podamos abrir con nuestras espadas victoriosas. Nuestro campamento está suficientemente protegido por sus trincheras, pero es insostenible debido a la falta de provisiones; todos los lugares de los que se pueden obtener suministros se han rebelado, y aunque la gente nos quisiera ayudar, el país resulta intransitable para los convoyes. No engañaré vuestro valor dejando aquí un campamento al que os podáis retirar, como hicisteis la última vez, sin obtener la victoria. Las fortificaciones deben ser protegidas por las armas, no las armas por las fortificaciones. Que tengan campamento al que retirarse quienes piensen que les merece la pena prolongar la guerra; nosotros no pensaremos más que en la victoria. Avanzad los estandartes contra el enemigo y, cuando la columna esté en campo abierto, aquellos a quienes se le ha ordenado que le prendan fuego al campamento. Lo que perdáis, soldados, os será devuelto con el saqueo de todas las ciudades rendidas que se habían rebelado.* Las palabras del dictador, señalando la imperiosa necesidad a que se veían reducidos, produjeron gran excitación y, desesperados a la vista del humeante campamento (aunque el dictador sólo había ordenado que se prendiese fuego a unos pocos lugares cerca de ellos), cargaron como locos y al primer choque pusieron en confusión al enemigo. En ese mismo instante, el jefe de la caballería, viendo en la distancia el campamento humeante (la señal convenida) atacó al enemigo por la retaguardia. Así acorralados, los samnitas huyeron en todas direcciones, cada uno lo mejor que pudo. Un gran número, que en su miedo se había agrupado y estaban tan cerca unos de otros que no podían utilizar sus armas, fueron asesinados entre los dos ejércitos. El campamento del enemigo fue capturado y saqueado, y los soldados, cargados con el botín, se marcharon de vuelta a su propio campamento. Su victoria no les produjo tanto placer como el descubrimiento de que, con la excepción de una pequeña parte echada a perder por el fuego, su campamento estaba inesperadamente seguro.

[9.24] Regresaron luego a Sora y los nuevos cónsules, Marco Petelio y Cayo Sulpicio, se hicieron cargo del ejército del dictador Fabio, después que gran parte de los veteranos fuesen enviados a casa y que llegaran nuevas cohortes de refuerzo *(314 a.C.).* Sin embargo, debido a las dificultades presentadas por la posición de la ciudad, aún no se había decidido un plan de ataque; haría falta mucho tiempo para reducirla por hambre y tratar de asaltarla implicaría un riesgo considerable. En medio de estas dudas, un desertor sorano abandonó secretamente la ciudad y se dirigió hacia los centinelas romanos, a quienes pidió que le llevasen enseguida con los cónsules. Al ser conducido ante ellos, se comprometió a poner la ciudad en sus manos. Cuando se le preguntó sobre los medios por los cuales llevaría a cabo su empresa, él les presentó su propuesta y les pareció bastante factible. Les recomendó abandonar su campamento, que estaba casi contiguo a las murallas, hasta una distancia de seis millas de la ciudad esto provocaría una menor vigilancia por parte de los que estaban de vigías durante el día y de centinela durante la noche. La noche siguiente, después que algunas cohortes hubiesen recibido la orden de ocultarse en algunos lugares arbolados próximos a la ciudad, él condujo un grupo selecto de diez hombres por un camino escarpado y casi inaccesible hasta ha ciudadela. Ahí se había reunido gran cantidad de proyectiles, muchos más de los necesarios para los hombres que habrían sido llevados allí, y había además grandes piedras, algunas caídas como es habitual en los lugares escarpados y otras apiladas en montones por los ciudadanos para la defensa del lugar. Cuando hubo situado aquí a los romanos y les hubo señalado el camino empinado y estrecho que subía desde el pueblo, les dijo: *Por esta cuesta, hasta tres hombres armados pueden contener a una gran multitud. Vosotros sois diez, y lo que es más, sois romanos y los más valientes de entre ellos. Tenéis la ventaja de la posición y la noche os ayudará, pues la oscuridad hace que todo parezca más terrible. Ahora voy a sembrar el pánico por todas partes; vosotros debéis guardar la ciudadela.* Luego salió corrió hacia abajo y creó un tumulto tan grande como puedo gritando: *¡A las armas, ciudadanos! ¡Ayuda, ayuda!, ¡La ciudadela ha sido capturada por el enemigo, apresuraos a defenderla!* Mantuvo la alarma llamando a las puertas de

los hombres principales, gritaba a los oídos de todo el que se encontraba, de todo el que salía a la calle empujado por el terror. El pánico, que un hombre había empezado, fue extendido por la multitud a toda la ciudad. Los magistrados enviaron hombres a toda prisa hasta la ciudadela para averiguar lo que había sucedido, y cuando se enteraron que estaba en manos de una fuerza armada, cuyo número fue exagerado, renunciaron a toda esperanza de recuperarla. Todos los barrios de la ciudad se llenaron de fugitivos; las puertas fueron abiertas de golpe por personas que estaban sólo medio despiertas y la mayoría desarmadas; por esa puerta entraron las cohortes romanas, corriendo y matando a la asustada muchedumbre que abarrotaba las calles. Sora ya había sido tomada cuando al amanecer aparecieron los cónsules y aceptaron la rendición de aquellos a quienes la Fortuna había salvado de la masacre nocturna. Entre estos estaban doscientos veinticinco que fueron enviados encadenados a Roma, a los que todos señalaron como los instigadores del asesinato de los colonos y la revuelta que siguió. El resto de la población resultó ilesa y se puso una guarnición en la ciudad. A todos los que se envió a Roma se les azotó y decapitó para gran satisfacción de la plebe que consideraba aquello un asunto de suprema importancia, para que aquellos a quienes se enviaba en tan gran número como colonos se sintiesen seguros donde quiera que estuvieran.

[9.25] Después de salir de Sora los cónsules llevaron la guerra a las ciudades y campos ausones, pues en todo el país se había producido una general inquietud debido a la presencia de los samnitas tras la batalla de Láutulas. Se habían fraguado conjuras por todas partes a lo largo de la Campania, ni siquiera Capua se libró de la desafección y tras una investigación se supo que el movimiento había llegado, de hecho, hasta algunos de los principales hombres de Roma. Fue, sin embargo, como en el caso de Sora, a través de la traición de sus ciudades que Ausonia cayó bajo el poder de Roma. Hubo tres ciudades, Ausona, Minturnas y Vescia, en las que una docena de jóvenes, pertenecientes a las principales familias, habían decidido de común acuerdo traicionarlas a los romanos. Fueron hasta los cónsules y les informaron de que su pueblo había estado durante mucho tiempo esperando la llegada de los samnitas, y después de haber oído hablar de la batalla de Láutulas consideraron vencidos a los romanos y muchos de los hombres más jóvenes se habían ofrecido para servir con los samnitas. Después que los samnitas, sin embargo, habían sido expulsados de su país vacilaban entre la paz y la guerra, temiendo cerrar sus puertas a los romanos para no provocar una guerra y, sin embargo decididos a cerrarlas si un ejército romano se acercaba a su ciudad. En este estado de indecisión caerían como una presa fácil. Actuando según su consejo, los romanos trasladaron su campamento a las cercanías de dichas ciudades y al mismo tiempo enviaron soldados, algunos completamente armados para ocupar posiciones concertadas cerca de las murallas, otros con vestidos normales con las espadas ocultas bajo sus togas, para entrar a las ciudades por las puertas abiertas al aproximarse la luz del día. Tan pronto como éstos últimos comenzaron a atacar a los guardias, se dio la señal a los demás para correr desde donde estaban emboscados. Así, las puertas fueron aseguradas y las tres ciudades fueron capturadas al mismo tiempo y con la misma estratagema. Como los comandantes no estaban allí para dirigir el ataque, no se hubo límite a la matanza que siguió, y la nación de los ausones fue exterminada, como si hubieran estado involucrados en una guerra fratricida, aunque no hay prueba cierta de que se rebelaran.

[9.26] Durante este año la guarnición romana en Luceria fue entregada a traición y los samnitas se apoderaron del lugar. Los traidores no pasaron mucho tiempo sin castigo. Un ejército romano no estaba lejos, y la ciudad, que estaba en una llanura, fue tomada al primer asalto. Lucerinos y samnitas fueron muertos sin darles cuartel, y tan grande fue la indignación en Roma que, cuando se discutió en el Senado el asunto de enviar nuevos colonos a Luceria, muchos votaron por la completa destrucción de la ciudad. No fue sólo el amargo sentimiento hacia un pueblo que había sido sometido dos veces, sino también la distancia a Roma, lo que les hizo retraerse de enviar a sus conciudadanos tan lejos de casa. Sin embargo, se aprobó la propuesta de enviar colonos y se

mandaron dos mil quinientos. Mientras por todas partes aparecía la deslealtad, Capua también se convirtió en el centro de las intrigas entre algunos de sus hombres principales. Cuando la cuestión se planteó en el Senado, hubo acuerdo general en que se debía afrontar de inmediato. Se aprobó un decreto que autorizaba la inmediata apertura de un tribunal de investigación, y Cayo Menio fue nombrado dictador para dirigirla *(313 a.C.).* Marco Folio fue nombrado jefe de la caballería. Grande fue el terror de los magistrados de Capua, y los Calavios, Ovio y Novio, que habían sido los cabecillas, no esperaron a ser denunciados al dictador sino que escaparon a la acción judicial suicidándose. Como ya no había ningún motivo de investigación en Capua, la investigación fue dirigida a los que se sospecha en Roma. El decreto fue interpretado como una autorización para investigar no únicamente a Capua en concreto, sino a cuantos habían hecho cábalas y conspirado contra la república, incluyendo las alianzas secretas suscritas por candidatos a magistraturas para conseguirlas. La investigación comenzó a tener un alcance más amplio, tanto con respecto a la naturaleza de los presuntos delitos como a las personas los afectados, y el dictador insistió en que la autoridad de la que se le invistió como juez penal era ilimitada. Fueron acusados hombres de familias elevadas, y a nadie se le permitió apelar a los tribunos para detener los procesos. Habiendo llegado las cosas tan lejos, la nobleza (no sólo aquellos a los que se imputó, sino todo el orden en conjunto), protestó pidiendo que no se podía acusar a los patricios, para quienes la carrera política había estado siempre abierta, a menos que fuera obstruida por la intriga, sino a los hombres nuevos. Incluso afirmaban que, en el caso presente, el dictador y el jefe de la caballería debían ser puestos más entre los acusados que entre los acusadores, y que así sería tan pronto abandonasen su cargo.

En estas circunstancias, Menio, más ansioso por limpiar su reputación que por mantener su cargo, se llegó hasta la Asamblea y se dirigió a ella en los siguientes términos: *Todos sois conscientes, Quirites, de cuál ha sido mi vida pasada, y el concederme este mismo cargo es prueba de mi inocencia. Hay hombres entre la nobleza (en cuanto a sus motivos, es mejor que os forméis vuestra propia opinión y no que yo, mientras ostente el cargo, diga nada sin pruebas) que trataron por todos los medios de impedir esta investigación. Cuando se vieron impotentes para hacerlo, trataron de escudarse, a pesar de ser patricios, tras la fuerza de sus opositores, el veto tribunicio, con el fin de escapar del juicio. Por fin, negándoseles esa opción y considerando cualquier acción más segura que el tratar de demostrar su inocencia, han dirigido sus asaltos contra nosotros y ciudadanos particulares no se han avergonzado de exigir la destitución del Dictador. Ahora, que sepan dioses y hombres por igual que tratando de evitar rendir cuentas de sí mismos, tales hombres quieren lo imposible, y que estoy preparado para responder de cualquier acusación y enfrentar a mis acusadores cara a cara una vez renuncie a mi dictadura. Y si el Senado os asignase tal tarea a vosotros, cónsules, os ruego que empecéis por Marco Folio y por mí mismo, para que se demuestre de manera concluyente que estamos protegidos de dichas acusaciones no por nuestra posición oficial, sino por nuestra inocencia.* A continuación, renunció a su cargo seguido por el jefe de la caballería. Ellos fueron los primeros en ser juzgados ante los cónsules, pues así lo ordenó el Senado, y como los motivos alegados por los nobles contra ellos fueron completamente desestimados, resultaron triunfalmente absueltos. Incluso Publilio Filón, un hombre que había desempeñado en varias ocasiones los más altos cargo en recompensa a sus servicios en casa y en campaña, pero al que la nobleza rechazaba, fue llevado a juicio y absuelto. Como es habitual, sin embargo, solo mientras se llevó a cabo esta investigación hubo fuerza suficiente para atacar a los nombres ilustres; pronto empezó a decantarse sobre víctimas humildes, hasta que se hundió entre las coaliciones y facciones a las que había intentado suprimir.

[9.27] El rumor sobre estos hechos y, más aún, la esperanza de una revuelta de la Campania, que ya se había organizado en secreto, hizo que los samnitas volvieran de la Apulia. Marcharon a Caudio, que por su proximidad a Capua les haría más fácil, si se ofrecía la oportunidad, arrebatar la ciudad a los romanos. Los cónsules marcharon a Caudio con una gran fuerza. Durante hace algún tiempo ambos ejércitos permanecieron en sus posiciones a ambos lados del paso, ya que sólo se

podían acercar entre sí por una ruta de lo más difícil. Al fin, los samnitas descendieron por un pequeño desvío a campo abierto a la llanura de Campania, y por primera vez quedaron a la vista sus respectivos campamentos. Hubo frecuentes escaramuzas, en las que la caballería jugó un papel mayor que la infantería, y los romanos no tuvieron motivos para estar insatisfechos con tales pruebas de fuerza ni con la demora que prolongaba la guerra. Los jefes samnitas, por el contrario, vieron que aquellos enfrentamientos diarios provocaban pérdidas diarias y que la prolongación de la guerra iba minando sus fuerzas. Decidieron, por tanto, provocar una batalla. Situaron su caballería a ambos flancos de su ejército, con órdenes de mantener su atención sobre su campamento, en caso de que fuese atacado, y no sobre el combate, que estaría a salvo en manos de la infantería. En el otro bando, el cónsul Sulpicio mandaba el ala derecha y Petilio la izquierda. El flanco derecho romano fue dispuesto en un orden más abierto de lo normal, pues los samnitas que tenían enfrente se habían extendido con una línea más delgada tanto para tratar de rodear a sus enemigos como para evitar ser rodeados. La izquierda, que estaba en una formación mucho más cerrada, se vio reforzada por una rápida maniobra de Petilio, que de repente situó en la línea de combate a las cohortes que habitualmente permanecían en reserva por si se prolongaba la batalla. A continuación, cargó contra el enemigo con todas sus fuerzas. Al acusar la infantería samnita el peso de su ataque, su caballería vino en su ayuda y, cabalgando de través entre ambos ejércitos, fue a enfrentarse con la caballería romana que cargó contra ella al galope tendido, creando la confusión por igual entre su caballería y su infantería, hasta que obligó a retroceder a toda la línea en esta parte del campo de batalla. Sulpicio se unió a Petilio, animando a los hombres en esta parte pues, al escuchar que se lanzaba el grito de guerra, cabalgó cruzando su propia división, que aún no había entrado en combate. Viendo que la victoria allí ya era segura, regresó a su posición con sus mil doscientos jinetes, pero se encontró con una situación bien distinta: los romanos habían cedido terreno y el enemigo victorioso les presionaba con fuerza. La presencia del cónsul produjo un cambio repentino y completo, revivió el valor de los hombres a la vista de su general y la caballería que traía prestó una ayuda superior a la proporción de su número, pues su ruido, seguido pronto de la vista del éxito en el otro flanco, reanimó a los combatientes y redoblaron sus esfuerzos. A partir de este momento, los romanos vencieron en toda la línea y los samnitas, abandonando toda resistencia, fueron todos muertos o hechos prisioneros, con excepción de aquellos que lograron escapar a Malavento, ahora llamado Benevento. Dicen los cronistas que sus pérdidas entre muertos y cautivos ascendieron a treinta mil.

[9.28] Después de esta gran victoria, los cónsules avanzaron hacia Bovianum, que procedieron a asediar. Se quedaron allí en los cuarteles de invierno hasta que los siguientes cónsules, Lucio Papirio Cursor, cónsul por quinta vez, y Cayo Junio Bubulco, por segunda, nombraron dictador a Cayo Petilio con Marco Folio como jefe de la caballería y éstos se hicieron cargo del ejército *(313 a.C.).* Al enterarse de que la ciudadela de Fregellas había sido capturada por los samnitas, levantó el asedio de Bovianum y marchó a Fregellas. El lugar fue retomado sin combatir, pues los samnitas lo evacuaron por la noche, y después de dejar allí una fuerte guarnición, el dictador volvió a Campania con el objetivo principal de recuperar Nola. Al aproximarse, toda la población samnita y el campesinado nativo se retiró al interior de las murallas. Tras examinar la posición de la ciudad, ordenó que se destruyeran los edificios extramuros (y había una población considerable en los suburbios) para facilitar la aproximación. Poco tiempo después Nola fue tomada, fuese por el dictador o por el cónsul Cayo Junio, pues hay registros en ambos sentidos. Los que dan el crédito de la captura al cónsul, dicen que también tomó Atina y Calacia y explican que el nombramiento como dictador de Petilio fue con el propósito de que hincase el clavo al brotar una epidemia. Ese año se asentaron las colonias de Suessa y Poncias; Suessa había pertenecido a los auruncinos, y la isla de Poncias había estado habitada por los volscos y se divisaba desde su costa. El Senado también autorizó el asentamiento de una colonia en Interamna Sucasina, pero correspondió a los siguientes cónsules, Marco Valerio y Publio Decio, nombrar los triunviros y enviar cuatro mil colonos *(312 a.C.).*

[9.29] La guerra samnita estaba llegando a su fin, pero antes de que el Senado pudiera apartarla completamente de sus preocupaciones, se produjo un rumor de guerra con los etruscos. Con la única excepción de los galos, ninguna nación era más temida en aquellos tiempos, debido tanto a su proximidad a Roma como a su vasta población. Uno de los cónsules se mantuvo en el Samnio para terminar la guerra, el otro, Publio Decio, quedó postrado en Roma por una enfermedad grave y, por orden del Senado, nombró dictador a Cayo Junio Bubulco. En vista de la gravedad de la emergencia, el dictador obligó a cuantos estaban disponibles para el servicio a que prestasen el juramento militar, y empleó sus mayores esfuerzos en disponer cuanto antes las armas y todo lo era necesario. No obstante los grandes preparativos que estaba haciendo, que no tenía intención de ser el agresor, y tenía la intención de esperar hasta que los etruscos dieran el primer paso. Estos ejecutaban sus preparativos con la misma energía y eran igualmente reacios a iniciar las hostilidades. Ninguna de las partes salió de sus fronteras. Este año *(312 a.C.)* fue reseñable por la censura de Apio Claudio y Cayo Plaucio. Para la posteridad quedaría el feliz renombre del primero por sus obras públicas, la carretera y el acueducto que llevan su nombre. Llevó a cabo estas empresas en solitario, pues, debido al odio que produjo por el modo de revisar las listas senatoriales y cubrir las vacantes, su colega, completamente avergonzado de su conducta, dimitió. Con la tenacidad que siempre había caracterizado a su gens, Apio continuó con su cargo en solitario. Indujo a los Poticios, a cuya familia había correspondido siempre el sacerdocio del Ara Máxima de Hércules, a que transfiriesen tal derecho a ciertos esclavos del templo a quienes habían instruido en los diversos ritos. Hay una extraña tradición relativa a esto, una que está bien calculada para provocar escrúpulos religiosos en las mentes de cualquiera que perturbase el orden establecido en los ceremoniales. Se dice que, aunque cuando se hizo el cambio existían doce familias de la gens Poticia, y en ellas unos treinta varones adultos, ni uno solo, viejo o joven, estaba vivo doce meses más tarde. Tampoco fue la extinción del nombre Poticio la única consecuencia; el mismo Apio, unos años después, fue golpeado con la ceguera por la ira de los dioses, que no olvidan.

[9.30] Los cónsules para el año siguiente fueron Cayo Junius Bubulco, por tercera vez, y Quinto Emilio Bárbula, por segunda *(311 a.C.)* .Al comienzo de su año de mandato, presentaron una denuncia ante la Asamblea en relación al modo inescrupuloso con el que se habían cubierto las vacantes en el Senado; se había pasado por alto a hombres que eran muy superiores a algunos de los que habían sido seleccionados, por el que el conjunto del orden senatorial había quedado manchado y deshonrado. Declararon que la selección se había realizado únicamente con el fin de ganar popularidad y por puro capricho, y sin tener en cuenta la rectitud del carácter de los elegidos. Luego les dieron que ellos los ignorarían completamente y enseguida procedieron a convocar a los senadores por sus nombres, tal y como aparecían en los rollos antes de que Apio Claudio y Cayo Plaucio fueran nombrados censores. Dos cargos oficiales se pusieron este año, por primera vez, a disposición del pueblo, ambos de carácter militar. Uno fue el de tribuno militar; el pueblo, así, designó en adelante a dieciséis para las cuatro legiones, que hasta entonces habían sido nombrados por los dictadores y cónsules, habiéndose dejado muy pocas plazas al voto popular. Lucio Atilio y Cayo Marcio, tribunos de la plebe, fueron los responsables de esa medida. El otro cargo fue el puesto de duunviro naval; el pueblo debía nombrarlos para supervisar el equipamiento y mantenimiento de la flota. Esta disposición se debió a Marco Decio, otro tribuno de la plebe. Ocurrió este año un incidente, de carácter un tanto insignificante, que yo habría pasado por alto si no pareciese tener relación con las costumbres religiosas. Los censores habían prohibido a los flautistas que celebrasen su banquete anual en el templo de Júpiter, privilegio del que gozaban desde la antigüedad. Tremendamente disgustados, se marcharon en bloque a Tívoli y no quedó ninguno en la ciudad para actuar en los ritos sacrificiales. El Senado se alarmó ante la perspectiva de que las diversas ceremonias religiosas quedaran así impropiamente ejecutadas y envió mensajeros a Tívoli, con el encargo de conseguir que se devolviesen esos hombres a los romanos.

Los tiburtinos prometieron hacer cuanto pudiesen e invitaron a los músicos a su curia, donde les instaron encarecidamente a que regresasen a Roma. Al no poder persuadirles, los tiburtinos perpetraron una artimaña muy apropiada al carácter de los hombres con los que estaban tratando. Cierto día festivo se les invitó a varias casas, aparentemente para proporcionar música durante los banquetes. Al igual que al resto de los de su clase, les gustaba el vino, y se les proporcionó hasta que se emborracharon cayendo en un estado de letargo. En esta condición les pusieron en carretas y se los llevaron a Roma. Les dejaron en las carretas, en el Foro, toda la noche, y no recobraron el conocimiento hasta que les sorprendió el amanecer, sufriendo aún los efectos de la resaca. La gente se agolpó a su alrededor y consiguieron convencerlos para que se quedasen, concediéndoles el privilegio de desfilar durante tres días por la Ciudad con sus largos vestidos y máscaras, cantando y con esa permisividad que aún se observa. A los que tocasen en los sacrificios se les restituyó el derecho de celebrar allí sus banquetes. Estos incidentes se produjeron mientras la atención pública se centraba en dos guerras más graves.

[9.31] Los cónsules echaron a suertes sus respectivos mandos; los samnitas correspondieron a Junio y el nuevo teatro de operaciones en Etruria a Emilio. La guarnición romana de Cluvias, en el Samnio, después de ser atacada sin éxito, fue obligada a rendirse por y luego les masacraron tras haber sido cruelmente mutilados por el látigo. Enfurecido por esta brutalidad, Junio consideró que lo primero que debía hacer era atacar Cluvias, y el mismo día en que llegó ante el lugar lo tomó por asalto y dio muerte a todos los varones adultos. De allí, su ejército conquistador marchó a Boiano. Esta era la ciudad principal de los samnitas pentros, y con mucho la más rica y más surtida de armas. No era la misma causa de resentimiento aquí que en Cluvias; a los soldados les animaba sobre todo la perspectiva del saqueo y, al capturar la ciudad, el enemigo fue tratado con menos severidad; pero se tomó allí casi más botín que el resto del Samnio, y todo él fue generosamente entregado a los soldados. Ahora que nada podía resistir el abrumador poderío de las armas romanas, ni los ejércitos, ni los campamentos ni las ciudades, la única idea en la mente de todos los líderes samnitas era elegir una posición desde la que las tropas romanas, cuando estuviesen dispersas saqueando, pudieran ser atrapadas y rodeadas. Algunos campesinos, que fingían ser desertores, y otros que, fuese intencionadamente o por accidentes, habían sido hechos prisioneros, llegaron hasta los cónsules con el relato que habían acordado y que en realidad era cierto, es decir, que una enorme cantidad de ganado había sido conducido a un bosque impenetrable. Esta historia indujo a los cónsules a enviar las legiones, sin su impedimenta, en la dirección que llevaba el ganado para apoderarse de él. Un potente ejército enemigo se ocultaba a cada lado de la carretera y, cuando vieron que los romanos habían entrado en el bosque, lanzaron repentinamente un grito y lanzaron un tumultuoso ataque. La rapidez de la agresión produjo al principio cierta confusión, mientras apilaban sus equipajes personales en el centro y empuñaban las armas; pero tan pronto se desembarazaron de sus cargas y se aprestaron al combate, empezaron a reunirse alrededor de los estandartes. Por su antigua disciplina militar y larga experiencia, conocían sus lugares en las filas y formaron las líneas sin necesidad de órdenes, actuando cada hombre por su propia iniciativa.

El cónsul cabalgó hasta la parte donde los combates eran más intensos y, saltando de su caballo, puso a Júpiter, a Marte y los otros dioses por testigos de que él no había ido a ese lugar en busca de gloria para sí mismo, sino únicamente para proporcionar botín para sus soldados, ni se podía encontrar otra falta en él más que la de haber deseado intensamente el enriquecer a sus hombres a expensas del enemigo. De aquel deshonor sólo le salvaría el valor de sus hombres. Sólo tenían que lanzar, todos a una, un ataque con determinación. El enemigo había sido ya derrotado en el campo de batalla, despojado de su campamento, privado de sus ciudades, y buscaba ahora su última oportunidad acechando oculto en emboscada y confiando más en el terreno que en sus armas. ¿Qué terreno resultaba demasiado difícil para el valor romano? Les recordó las ciudadelas de Fregellas y de Sora, y las victorias que habían conseguido aún cuando la naturaleza del terreno les era adversa. Encendidos por sus palabras, sus hombres, olvidando todas las dificultades, cargaron

directamente contra la línea enemiga situada por encima de ellos. Hubieron de esforzarse mientras la columna subía la ladera de la colina, pero una vez que los estandartes de vanguardia adoptaron su posición en la llanura de la cima y el ejército se dio cuenta que estaba en terreno favorable, fue el turno del enemigo para desanimarse: arrojaron sus armas y huyeron despavoridos hasta los lugares donde poco antes se habían ocultado. Pero el lugar que habían elegido por presentar mayor dificultad para el enemigo, se convirtió ahora en una trampa para ellos mismos. Muy pocos pudieron escapar. Murieron tantos como veinte mil hombres, y los victoriosos romanos se dispersaron en diferentes direcciones para apoderarse del ganado que el enemigo les había regalado.

[9.32] Durante estos sucesos en el Samnio, todas las ciudades de Etruria, con la excepción de Arezzo habían tomado las armas y comenzaron lo que resultó ser una importante guerra atacando Sutri. Esta ciudad era aliada de Roma, y servía a modo de cierre de la Etruria. Emilio marchó allí para levantar el sitio, y escogió un lugar delante de la ciudad donde se fortificó. Su campamento estaba abundantemente provisto con las provisiones que llegaban de Sutri. Los etruscos dedicaron el día siguiente a su llegada a discutir si debían proceder a combatir inmediatamente o bien debían prolongar la guerra. Sus generales se decidieron por la opción más enérgica, en vez de por la más segura, y al amanecer del día siguiente se mostró la señal para la batalla y las fuerzas marcharon al campo de batalla. Tan pronto como se le informó de esto, el cónsul ordenó que se diese la contraseña, que desayunasen sus hombres y que después de haberse fortalecido con la comida se armasen para el combate. Cuando vio que estaban plenamente dispuesto, ordenó que avanzasen los estandartes y, tras salir todo el ejército del campamento, formó su línea de batalla no lejos del enemigo. Durante algún tiempo, ambos bando quedaron a la expectativa, esperando cada cual que el otro lanzase el grito de guerra y comenzase la lucha. El sol pasó el meridiano antes de que un solo proyectil fuera lanzado por cualquier bando. Al fin, los etruscos, no queriendo abandonar el campo sin alcanzar alguna victoria, lanzaron el grito de guerra; sonaron las tubas y avanzaron los estandartes. Los romanos no mostraron menos entusiasmo por combatir. Cerraron entre sí con empeño. Los etruscos tenían la ventaja del número, los romanos la del valor. La lucha se mantuvo con igualdad y costó muchas vidas, incluyendo a los más valientes de ambas partes, pues ningún ejército dio muestras de ceder hasta que la segunda línea romana relevó a la primera, que estaba cansada y se había agotado. Los etruscos no tenían reservas para apoyar su primera línea, y todos cayeron delante de sus estandartes o alrededor de ellos. Ninguna batalla habría sido testigo de menos fugitivos ni hubiera supuesto mayor carnicería si los etruscos, que se habían hecho a la idea de morir, no hubiesen encontrado protección en la llegada de la noche, pues fueron los vencedores los primeros que abandonaron el combate. Después del atardecer se dio la señal de retirada y ambos ejércitos regresaron por la noche a sus respectivos campamentos. Nada digno de mención ocurrió ese año en Sutri. El enemigo había perdido toda su primera línea en una sola batalla y sólo le quedaban sus reservas, que apenas resultaban suficientes para proteger su campamento. Entre los romanos había tantos heridos que quienes abandonaron el campo de batalla heridos eran más numerosos que los que habían caído.

[9.33] Los cónsules para el año siguiente fueron Quinto Fabio y Cayo Marcio Rutilo *(310 a.C.).* Fabio se hizo cargo del mando en Sutri y llevó refuerzos desde Roma. Un nuevo ejército fue también alistado en Etruria y enviado para ayudar a los sitiadores. Ya habían transcurrido muchos años sin que se hubiese producido ningún conflicto entre los magistrados patricios y los tribunos de la plebe. Ahora, sin embargo, surgió una disputa a través de aquella familia que parecía estar marcada por el destino para ser la causa de conflictos con la plebe y sus tribunos. Apio Claudio había sido ya censor durante dieciocho meses, el plazo fijado por la Ley Emilia para la duración de dicho cargo. A pesar del hecho de que su colega, Cayo Plaucio, había renunciado, no se le pudo, bajo ninguna circunstancia, obligar a abandonar su magistratura. Publio Sempronio era el tribuno de la plebe que comenzó el proceso para limitar su censura al plazo legal. Al dar este paso estaba

actuando tanto en interés de la justicia como en interés del pueblo, y tenía tanto las simpatías de la aristocracia como el apoyo de las masas. Recitó las diversas disposiciones de la Ley Emilia y ensalzó a su autor, Mamerco Emilio, el dictador, por haber acortado la censura. Anteriormente, recordó a sus oyentes, se había desempañado durante cinco años, tiempo suficiente para convertirla en despótica y tiránica, y Emilio la había limitado a dieciocho meses. Después, volviéndose hacia Apio, le preguntó: *Dime, Apio, ¿que hubieras hecho tú de haber sido censor cuando lo fueron Cayo Furio y Marco Geganio?* Apio Claudio respondió que la pregunta del tribuno no tenía mucho que ver con su caso. Sostenía que, aunque la ley era obligatoria en el caso de los censores durante cuyo periodo de mandato se aprobó, pues fue después de haber sido aprobada por el pueblo cuando se convirtió en ley, y solo lo que ordena el pueblo es ley; no obstante, ni él ni ningún otro de los que habían sido designados censores con posterioridad a aquella ley estaban obligados por ella.

[9.34] Esta argucia por parte de Apio no convenció a nadie. Sempronio entonces se dirigió a la Asamblea en los siguientes términos: *Quirites, aquí tenéis la progenie de aquel Apio que, tras haber sido nombrado decenviro para un año, se designó a sí mismo para un segundo, y luego, sin pasar por ninguna clase de designación, ni suya ni de otros, mantuvo las fasces y la autoridad suprema un tercer año, y persistía en retenerlas hasta que el poder que obtuvo por medios sucios, que ejerció de modo sucio y que retuvo por medios sucios supuso su ruina. Esta es la familia, Quirites, cuya violencia e ilegalidad os condujo fuera de vuestra Ciudad y os obligó a ocupar el Monte Sacro; la familia contra la que conquistasteis la protección de vuestros tribunos; la familia por la que ocupasteis el Aventino con dos ejércitos. Esta es la familia que siempre se ha opuesto a las leyes contra la usura y las leyes agrarias; la que interfiere con el derecho al matrimonio entre patricios y plebeyos, la que bloqueó el camino de la plebe a las magistraturas curules. Este nombre es mucho más letal para vuestras libertades que el de los Tarquinios. ¿Crees realmente que es así, Apio Claudio, que aunque hace cien años que Mamerco Emilio fue dictador y ha habido otros censores desde entonces, hombres de mayor rango y fortaleza de carácter, ninguno de ellos había leído nunca las Doce Tables y ninguno sabía que la última orden del pueblo es la ley vigente? Por supuesto que todos ellos sabían, y porque lo sabían prefirieron obedecer la Ley Emilia en lugar de la anterior por la que los censores se designaban originalmente, simplemente porque la primera fue la última aprobada por orden del pueblo y además porque cuando dos leyes se contradicen la posterior deroga a la anterior. ¿Mantienes, Apio, que el pueblo no está obligado por la Ley Emilia, o sostienes, si afirmas que sí lo está, que solo tú estas exento de sus disposiciones? Esa ley sirvió para obligar a aquellos arbitrarios censores, Cayo Furio y Marco Geganio, que nos enseñaron cómo podía usarse aquel cargo contra la república cuando, en venganza por la limitación de su poder, convirtieron en erario al más famoso soldado y estadista de su tiempo: Mamerco Emilio. Esa ley obligó a los sucesivos censores durante cien años, obligó a tu colega, Cayo Plaucio, que fue designado bajo los mismos auspicios y con los mismos poderes que tú. ¿No le nombró el pueblo con todos los poderes tradicionales y privilegios que un censor debe poseer? ¿O eres tú la única excepción, para ostentar estos poderes y privilegios? ¿A quién nombrarás entonces como rey de los sacrificios? Se aferrará al nombre de rey y dirá que ha sido nombrado con todos los poderes que tenían los reyes de Roma. ¿Quién crees que se contentaría con una dictadura de seis meses o un interregno de cinco días? ¿A quién te atreverías a designar como dictador para clavar el clavo o presidir los Juegos? ¡Qué estúpidos y apocados, Quirites, debéis considerar que han sido aquellos que tras sus magníficos logros renunciaron a su dictadura a los veinte días, o abandonaron sus cargos debido a algún fallo en su nombramiento! Pero ¿por qué hay que recordar las cosas de la antigüedad? No hace ni diez años desde que Cayo Menio, siendo dictador, llevaba un proceso penal con un rigor que algunas personas de alcurnia consideraban peligrosa para ellos mismos y, en consecuencia, sus enemigos lo acusaron de estar contaminado por el mismo crimen que estaba investigando. En seguida renunció a su dictadura con el fin de afrontar, como ciudadano privado, las acusaciones formuladas contra él. Estoy lejos de querer ver tal moderación en ti, Apio. No te*

muestres como un vástago degenerado de tu familia; no caigas a la altura de tus antepasados con su ansia de poder y su amor a la tiranía; no dejes tu cargo ni un día ni una hora antes de lo obligado, procura solo no exceder su límite. ¿Te contentaría, quizás, con un mes o un día más? No, dice, Mantendré mi censura durante tres años y medio más del periodo fijado por la Ley Emilia y la desempeñaré en solitario'. Eso suena muy parecido a un monarca absoluto. ¿O vas a nombrar a un colega, procedimiento prohibido por las leyes divinas, cuando incluso uno se perdió al morir?

Existe una función sagrada que se remonta a los tiempos más antiguos, la única que de verdad fue iniciada por la divinidad en cuyo honor se ejecuta, que siempre ha sido desempeñada por hombres de la mayor alcurnia y de carácter más intachable. Tú, censor escrupuloso, has transferido ese ministerio a esclavos, y una Familia más antigua que esta Ciudad, santificada por la hospitalidad que mostró a los dioses inmortales, se ha extinguido en un solo años por tu culpa y la de tu censura. Pero esto no es suficiente para ti, no descansarás hasta que impliques a toda la república en un sacrilegio de consecuencias que no me atrevo a contemplar. La captura de esta Ciudad se produjo en aquel lustro en el que el censor, Lucio Papirio Cursor, tras de la muerte de su colega, Cayo Julio, cooptó como su colega a Marco Cornelio Maluginense antes que renunciar a su cargo. Y sin embargo, ¡cuánto más moderación mostró que tú, Apio!; no siguió con su censura en solitario ni más allá del término legal. Lucio Papirio, sin embargo, no encontró a nadie que siguiese su ejemplo, todos los censores siguientes renunciaron a su cargo tras la muerte de su colega. Pero nada te detiene, ni la expiración de tu mandato, ni la renuncia de tu colega, ni la Ley ni ningún respeto por ti mismo. Consideras un mérito mostrarte arrogante, desvergonzado y despreciando a los dioses y a los hombres. Cuando veo la majestad y reverencia que rodean el cargo que has ostentado, Apio Claudio, soy aún más reacio a sujetarte a limitación personal o a dirigirme a ti en términos severos. Sin embargo, tu obstinación y arrogancia me han obligado a hablar como lo he hecho, y ahora de advierto que si no cumples la Ley Emilia ordenaré que seas encarcelado. Nuestros antepasados crearon la norma de que si en la elección de censores no alcanzaban la mayoría necesaria dos candidatos, no debía nombrarse solo uno sino que se debía aplazar la elección. Bajo esta norma, como no puedes ser nombrado censor único, no te permitiré seguir en solitario en el cargo. Ordenó luego que el censor fuera detenido y llevado a prisión. Apio pidió oficialmente la protección de los tribunos, y aunque Sempronio recibió el apoyo de seis de sus colegas, los otros tres pusieron el veto. Apio continuó ejerciendo su cargo entre la general indignación y repugnancia de todos los estamentos.

[9.35] Durante aquellos sucesos en Roma, se mantuvo el asedio de Sutri por los etruscos. El cónsul Fabio marchaba para ayudar a los aliados de Roma y trataba de cortar las líneas enemigas dondequiera que le parecía posible. Estableció su ruta a lo largo de las faldas bajas de la cordillera y cuando se encontró con las fuerzas enemigas dispuestas en formación de combate. La amplia llanura que se extendía por debajo puso de manifiesto su enorme cantidad y, con el fin de compensar su inferioridad mediante la ventaja de la posición, desvió su columna un poco más hacia la loma, que era áspera y cubierta de piedras. Luego formó su frente contra el enemigo. Los etruscos, sin pensar en nada más que en su número, en el que únicamente se basaban, cargaron con tan ávida impetuosidad que arrojaron sus jabalinas, para poder llegar más rápidamente al combate cuerpo a cuerpo, y se precipitaron sobre sus enemigos con las espadas desenvainadas. Los romanos, por su parte, lanzaron primeramente sobre ellos sus dardos y después las piedras que abundantemente les proporcionaba el terreno. Escudos y cascos fueron alcanzados por igual, y los que no resultaron heridos quedaron confundidos y desconcertados; les era casi imposible llegar al enfrentamiento cerrado y no tenían proyectiles con los que continuar la lucha a distancia. Mientras estaban de pie, como blancos para los proyectiles, sin ningún tipo de protección adecuada, algunos incluso retirándose y con toda la línea vacilante e inestable, los asteros y los príncipes romanos lanzaron nuevamente su grito de guerras y cargaron cuesta abajo sobre ellos con las espadas desenvainadas. Los etruscos no esperaron la carga sino que dieron la vuelta y en una huida

desordenada llegaron hasta su campamento. La caballería romana, sin embargo, galopando en dirección oblicua a través de la llanura, se dirigió contra los fugitivos, que renunciaron a toda idea de llegar a su campamento y marcharon hacia las montañas. En su mayor parte sin armas, y con una gran proporción de heridos, los fugitivos entraron en el bosque de Címino. Muchos miles de etruscos fueron muertos, se tomaron treinta y ocho estandartes y, al capturar el campamento, los romanos consiguieron una inmensa cantidad de botín. Entonces se discutió la posibilidad de perseguir o no al enemigo.

[9.36] La selva Ciminia era, por esos días, más terrible e infranqueable de lo que los bosques alemanes recientemente han resultado ser; ni un solo comerciante, hasta aquel momento, se había aventurado a través de él. De los presentes en el consejo de guerra, casi nadie, excepto el propio comandante, era lo bastante audaz como para osar entrar en él; aún no habían olvidado los horrores de Caudio. Según una tradición, parece ser que Marco Fabio, el hermano del cónsul (aunque otros dicen que fue Cesón y otros que Lucio Claudio, hermano de madre del cónsul), dijo que él iría ir efectuaría un reconocimiento y volvería en breve con información precisa. Había sido educado en Caere y estaba completamente familiarizado con la lengua y la literatura etrusca. Hay autores que afirmar que, por aquel tiempo, los muchachos romanos eran, por regla general, educados en literatura etrusca como hoy lo son en literatura griega; pero yo creo que lo más probable es que resultase algo extraordinario que un hombre se significara así al poder mezclarse con el enemigo. Se dice que fue acompañado por un único esclavo, criado con él y conocedor también de aquella lengua, y durante su viaje solo hicieron breves preguntas, sobre la naturaleza del país y los nombres de sus hombres más notables, para que no pudieran cometer algún error y ser descubiertos al hablar con los nativos. Salieron disfrazados de pastores, con sus rústicas armas, cada uno con dos hoces y dos gaesas. Pero ni su familiaridad con el idioma, ni sus vestidos, ni sus herramientas les protegieron tanto como la imposibilidad de creer que ningún extranjero se atreviese a entrar en la selva Ciminia. Se dice que llegaron hasta los umbros camertes y que, solo al llegar allí, se atrevieron los romanos a decir quiénes eran. Fue llevado ante el Senado, y, actuando en nombre del cónsul, estableció un tratado de amistad con ellos. Después de haber sido tan amable y hospitalariamente recibido, se le pidió que dijese a los romanos que tendrían disponibles provisiones para treinta días si llegaban hasta aquella zona, y los soldados camerinos estarían listos para ponerse a sus órdenes. Cuando el cónsul recibió este informe, envió por delante los bagajes en la primera guardia. Se ordenó a las legiones que marchasen detrás, mientras él mismo se quedaba atrás con la caballería. Al día siguiente, al amanecer, cabalgó con su caballería hasta las posiciones de vanguardia enemigas, situadas en el borde del bosque, y tras atraer su atención durante bastante tiempo regresó al campamento y, por la tarde, saliendo por la puerta trasera se dirigió hacia la columna de tropas. Al amanecer del día siguiente llegaba se apoderó de la altura del monte Címino; tras observar desde allí los ricos campos de la Etruria envió partidas de saqueo. Ya habían conseguido gran cantidad de botín cuando algunas cohortes de campesinos etruscos, rápidamente reunidas por las autoridades de la vecindad, trataron de enfrentarse a los saqueadores; estaban, sin embargo, tan mal organizados que, en vez de recuperar la presa, quedaron presos a su vez casi todos ellos. Tras ponerlos en fuga con grandes pérdidas para los etruscos, los romanos asolaron el país a lo largo y a lo ancho, volviendo a su campamento cargados con toda clase de botín. Resultó que, durante esta incursión, llegó una delegación, consistente en cinco legados y dos tribunos de la plebe, para advertir a Fabio, en nombre del Senado, de que no atravesase en bosque Címino. Estuvieron muy contentos de ver que habían llegado demasiado tarde para impedir la expedición y regresaron a Roma para informar de la victoria.

[9.37] Esta expedición no puso fin a la guerra, solo la extendió. Todo el territorio que se extendía bajo el monte Címino sintió los efectos de sus estragos, y éstos levantaron la indignación de los distritos etruscos y territorios vecinos de la Umbría. Un ejército más grande del que nunca se

hubiera reunido marchó a Sutri. No sólo adelantaron su campamento más allá de la linde del bosque, sino que mostraron tanta ansia que marcharon, tan pronto como pudieron y en orden de combate, hasta la llanura. Tras avanzar cierta distancia, se detuvieron dejando un espacio entre ellos y el campamento romano para que el enemigo formase sus líneas. Cuando se dieron cuenta que su enemigo rehusaba el combate, llegaron hasta la empalizada del campamento y, viendo que los vigías se retiraban al interior del campamento, clamaban a sus generales para que les llevasen las raciones desde su campamento, pues tenían intención de permanecer sobre las armas y atacar el campamento enemigo, si no por la noche, en todo caso al amanecer. Los romanos estaban también entusiasmados ante la perspectiva de la batalla, pero se mantuvieron en silencio por orden de su comandante. Era la hora décima cuando el general ordenó que las tropas comieran, y las instruyó para que siguieran bajo las armas y dispuestos para cualquier momento en que diese la señal, fuese de día o de noche. En un breve discurso a sus hombres, señaló el contraste entre las cualidades militares de los samnitas y las de los etruscos, alabando a los primeros y siendo despectivo para con los segundos, diciendo que no había comparación entre ellos, ni por su valor ni por su número. Verían a su debido tiempo que tenía otra arma en reserva y que, entretanto, debían mantener el silencio. Con estos vagos consejos hizo creer a sus hombres que el enemigo sería traicionado, y esto ayudó a devolverles el valor que habían perdido a la vista de tan inmensa multitud. Esta impresión fue confirmada por la ausencia de cualquier intención, por parte del enemigo, de fortificar el terreno que ocupaban.

Después que las tropas hubieran cenado, descansaron hasta cerca de la cuarta guardia. Se levantaron entonces en silencio y se armaron. Se repartieron dolabras entre los esclavos, para que echaran abajo la empalizada y rellenasen el foso. Se formó a las tropas en el interior del campamento y se situaron cohortes selectas en las salidas del mismo. Luego, un poco antes del amanecer (que en las noches de verano es el momento del sueño más profundo), se dio la señal; los hombres cruzaron en formación la empalizada nivelada y cayeron sobre el enemigo que se extendía en todas direcciones. Algunos murieron antes de que pudieran moverse, otros sólo medio despiertos, y la mayoría de ellos mientras trataban salvajemente de tomar sus armas. Sólo unos pocos tuvieron tiempo de armarse, y éstos, sin estandartes bajo los que agruparse ni oficiales que les dirigiesen, fueron derrotados y huyeron con los romanos persiguiéndoles de cerca. Algunos buscaron su campamento, otros los bosques. Este último resultó el refugio más seguro, pues el campamento, situado en la llanura, se tomó el mismo día. Se ordenó que llevasen el oro y la plata ante el cónsul; el resto del botín se convirtió en propiedad de los soldados. Entre muertos y prisioneros sumaban sesenta mil. Algunos autores afirman que esta gran batalla se libró más allá de la selva Ciminia, en Perusia, y que se temió en la Ciudad que el ejército, aislado de toda ayuda por aquel bosque terrible, fuese abrumado por la fuerza conjunta de etruscos y umbros. Pero, dondequiera que se hubiese combatido, los romanos llevaron la mejor parte. Como resultado de esta victoria, Perusia, Cortona, y Arezzo, que eran por entonces los pueblos principales de la Etruria, enviaron embajadores a pedir la paz a Roma. Se les concedió una tregua de treinta años.

[9.38] Durante estos sucesos en Etruria, el otro cónsul, Cayo Marcio Rutilo, capturó Alife a los samnitas. Muchos otros castillos y aldeas fueron destruidas o cayeron intactas en poder de los romanos. Mientras esto ocurría, Publio Cornelio, a quien el Senado había nombrado prefecto naval, llevó la flota romana a la Campania, hasta Pompeya. Aquí desembarcaron las tripulaciones y procedieron a saquear el territorio de Nocera Inferior. Después de devastar la zona cercana a la costa, desde la que podían llegar fácilmente a sus barcos, se adentraron más allá, atraídos como siempre por el deseo de botín, y allí levantaron a los habitantes en su contra. Al dispersarse por los campos no encontraron a nadie, aunque podían haber sido masacrados hasta no quedar ninguno; pero al regresar, creyéndose completamente a salvo, fueron alcanzados por los campesinos y despojados de todo su botín. Algunos resultaron muertos; los sobrevivientes fueron expulsados atropelladamente hasta sus barcos. Por grande que hubiese sido la alarma creada en Roma por la

expedición de Quinto Fabio a través de la selva Ciminia, no fue tan grande como el placer que sintieron los samnitas cuando oyeron hablar de ella. Dijeron que el ejército romano quedó cercado; que se repitió el desastre Caudino; la antigua imprudencia había llevado a un país siempre ávido de más conquistas a una selva intransitable; allí fueron acosados tanto por las dificultades del terreno como por las armas enemigas. Su alegría quedó, sin embargo, teñida de envidia al reflejar que la Fortuna había desviado la gloria de terminar la guerra con Roma de los samnitas a los etruscos. Así que concentraron todas sus fuerzas para aplastar a Cayo Marcio o, si no les presentaba la oportunidad de luchar, para marchar por el país de los marsos y sabinos hasta Etruria. El cónsul avanzó contra ellos, y se libró una desesperada batalla sin resultado decisivo. Es dudoso qué bando tuvo más pérdidas, pero se extendió el rumor de que fue el romano, pues habían perdido algunos del rango ecuestre y algunos tribunos militares, además de un general y de, lo que era señal del desastre, quedar herido el propio cónsul. Llegaron informes de la batalla, exagerados como de costumbre, a Roma y crearon la más viva alarma entre los senadores. Se decidió que había de nombrarse un dictador y nadie tuvo la más mínima duda de que se nombraría a Papirio Cursor, el único hombre considerado como el mejor general de su época. Pero no creían que un mensajero pudiera llegar hasta el ejército en Samnio, siendo hostil todo el país, ni estaban seguros en absoluto de que Marcio estuviese aún vivo.

El otro cónsul, Fabio, estaba en malos términos con Papirio. Para evitar que esta rencilla particular resultase en un peligro público, el Senado resolvió enviar una delegación a Fabio, compuesta por hombres de rango consular, que debían aprovechar su autoridad como legados públicos para usar su influencia personal y convencerle para que dejase de lado cualquier sentimiento de enemistad en bien de su patria. Cuando hubieron entregado a Fabio la resolución del Senado, habiendo empleado los argumentos que exigía su misión, el cónsul, fijando su mirada en el suelo, se separó de la delegación sin darles contestación y dejándoles con la incertidumbre de lo que haría. Posteriormente, nombró a Lucio Papirio dictador según la costumbre tradicional, a medianoche. Cuando la delegación le dio las gracias por haber mostrado tan excepcional dominio de sí mismo, se mantuvo en absoluto silencio, y dar respuesta alguna ni hacer alusión a lo que había hecho, los despidió abruptamente, demostrando con su conducta cuán doloroso había sido aquel esfuerzo para él. Papirio designó a Cayo Junio Bubulco como jefe de la caballería *(309 a.C.).* Mientras presentaba a los comicios centuriados la resolución que le confería el poder dictadores, se produjo un presagio desfavorable que le obligó a suspender el procedimiento. Correspondía a la curia Faucia votar en primer lugar, y esta curia había votado la primera los años en que se produjeron dos memorables desastres: la captura de la Ciudad y la capitulación de Caudio. Licinio Macer añade un tercer desastre por el que esta curia se convirtió en abominable: la masacre en el río Crémera.

[9.39] Al día siguiente, después de tomarse nuevos auspicios, el dictador quedó investido de sus poderes oficiales. Tomó el mando de las legiones que se habían alistado con motivo de la alarma creada por la expedición por la selva Ciminia y las llevó a Longula. Aquí se hizo cargo de las tropas del cónsul, y con ambas fuerzas unidas marchó hacia el campo de batalla. El enemigo no se mostró dispuesto a eludir la batalla, pero estando ambos ejércitos uno frente al otro, completamente preparados para la acción y aun ansiosos por comenzar, les sorprendió la noche. Sus campamentos estaban dispuestos a poca distancia el uno del otro, y durante algunos días que permanecieron tranquilos, no obstante, sin desconfiar en sus propias fuerzas ni despreciar al enemigo. Mientras tanto, los romanos se desenvolvían con éxito en Etruria, pues en un enfrentamiento con los umbros el enemigo no pudo sostener el combate con el mismo ánimo que lo habían empezado y, sin grandes pérdidas para los romanos, fueron completamente derrotados. También tuvo lugar un combate en el lago Vadimón, donde los etruscos habían concentrado un ejército alistado bajo una ley sacra, por la cual cada hombre elegía a su compañero. Como aquel ejército era más numeroso que cualquiera que hubiesen antes alistado, mostraban más valor del que hubieran mostrado anteriormente. Tan

exaltados estaban los ánimos por ambas partes que, sin lanzar un solo proyectil, empezaron enseguida a luchar con las espadas. La furia demostrada en el combate, que durante mucho tiempo colgó de un hilo, fue tal que parecía que no estábamos luchando con los etruscos a los que tantas veces habíamos derrotado, sino algún nuevo y desconocido pueblo. En ninguna parte se daban signos de ceder; conforme caían los hombres de la primera línea, los de la segunda ocupaban sus puestos para defender los estandartes. Al fin hubo de echarse mano de las últimas reservas, y a tal extremo de afán y peligro habían llegado las cosas que la caballería romana desmontó y, dejando sus caballos juntos, se abrieron paso entre los montones de armas y muertos de las primeras filas de la infantería. Se presentaron como un ejército fresco entre los agotados combatientes, y enseguida pusieron en desorden los estandartes etruscos. El resto de los hombres, cansados como estaban, sin embargo, siguieron el ataque de la caballería y al fin rompieron las filas enemigas. Su tenaz resistencia fue ahora superada y, una vez que sus manípulos empezaron a ceder terreno, pronto se dieron a la fuga. Ese día se rompió por primera vez el poder de los etruscos después de su larga, abundante y continua prosperidad. La fuerza principal de su ejército quedó en el campo de batalla y su campamento fue capturado y saqueado.

[9.40] Una lucha igualmente dura y un triunfo igualmente brillante caracterizaron la campaña que siguió inmediatamente a continuación contra los samnitas. Además de sus habituales preparativos bélicos, habían construido unas nuevas armaduras brillantes con las que sus tropas aparecían resplandecientes. Había dos ejércitos, el uno tenía sus escudos labrados de oro y el otro de plata. El escudo fue construido recto y ancho en la parte superior para proteger el pecho y los hombros, luego se estrechaba en cuña hacia abajo para permitir así una mejor movilidad. Para proteger la parte frontal del cuerpo, llevaban una protección acolchada; la pierna izquierda estaba cubierta por una greba, y sus casos iban emplumados para dar la sensación de que eran más altos de lo que realmente eran. Las túnicas de los hombres con escudos labrados en oro eran de varios colores, las de quienes llevaban los escudos labrados con plata eran de lino blanco. Estos últimos fueron situados a la derecha y los primeros quedaron dispuestos a la izquierda. Los romanos ya sabían del esplendor de sus armaduras, y sus jefes les habían enseñado que un soldado debía inspirar miedo, no por estar cubierto de oro y plata, sino por su confianza en su valor y su espada. Miraban todo aquello más como un despojo a capturar por el enemigo que como una defensa para el portador, muy resplandeciente antes de la batalla y pronto manchado y ensuciado por las heridas y el derramamiento de sangre. Sabían que el único adorno del soldado era el valor y que todas aquellas galas quedarían para quienquiera que venciese; un enemigo rico sería presa del vencedor, aunque este fuese pobre.

Con esta enseñanza fresca en sus mentes, Cursor condujo a sus hombres a la batalla. Tomó su lugar en el ala derecha y le dio el mando de la izquierda al jefe de la caballería. Tan pronto chocaron las dos líneas, empezó una competición entre el dictador y el jefe de la caballería, tan fuerte como el combate contra el enemigo, para ver qué división era la primera en alcanzar la victoria. Junio resultó ser el primero en desalojar al enemigo. Llevando su ala izquierda contra la derecha enemiga, donde estaban situados los soldados consagrados, resaltando con sus túnicas blancas y brillantes armaduras, Junio declaró que los sacrificaría al Orco y, presionando al ataque, rompió sus líneas y les hizo ceder terreno ostensiblemente. Al ver esto, el dictador exclamó: *¿Será la victoria para el ala izquierda? ¿Va el ala derecha, la del propio dictador, a seguir a aquella en la batalla y no va a ganar para sí la mayor parte de la victoria?* Esto animó a los hombres; la caballería se comportó más gallardamente que la infantería y los generales mostraron tanta energía como los comandantes. Marco Valerio, en el ala banda derecha, y Publio Decio, en la izquierda, hombres ambos de rango consular, cabalgaron hasta la caballería que cubría los flancos y la incitaron a ganar algo de gloria para sí mismos. Atacaron al enemigo por ambos flancos, y el doble ataque aumentó el desánimo del enemigo. Para completar su derrota, las legiones romanas volvieron a lanzar su grito de guerra y a cargar. Se dieron ahora los samnitas a la fuga, y pronto la llanura quedó llena de brillantes

armaduras y montones de cadáveres. Al principio, los aterrorizados samnitas se refugiaron en su campamento, pero ni siquiera fueron capaces de defenderlo; fue capturado, saqueado y quemado antes de que cayese la noche.

El Senado decretó un triunfo para el dictador. Con mucho, la mejor visión de la procesión fueron las armaduras capturadas, y tan magnífica era la consideración de las piezas que los escudos dorados fueron distribuidos entre los propietarios de talleres de platería para que adornasen el Foro. Se dice que esto fue el origen de la costumbre de que los ediles decoren el Foro cuando los símbolos de los tres dioses capitolinos son llevados en procesión por la Ciudad con ocasión de los Grandes Juegos. Mientras los romanos usaban estas armaduras para honrar a los dioses, los campanos, llenos de desprecio y odio hacia los samnitas, hicieron que las llevasen los gladiadores que actuaban en sus banquetes y los llamaron, desde entonces, *samnitas*. El cónsul Fabio se enfrentaron este año en una batalla con los restos de los etruscos, en Perusia, pues esta ciudad había roto la tregua. Obtuvo una victoria fácil y decisiva, y después de la batalla se acercó hasta las murallas y habría tomado la plaza si esta no hubiese enviado legados para rendirla. Después de haber colocado una guarnición en Perusia, llegaron hasta él delegaciones de diversas ciudades etruscas para pedir la restauración de relaciones amistosas; a estas las remitió al Senado, en Roma. Entró después en la Ciudad, en procesión triunfal, tras alcanzar un éxito más sólido que el del dictador, especialmente porque la derrota de los samnitas fue achacada principalmente a los legados, Publio Decio y Marco Valerio. Estos hombres fueron elegidos por el voto casi unánime, en las siguientes elecciones, uno como cónsul y el otro como pretor.

[9.41] Por sus espléndidos servicios en el sometimiento de la Etruria, el consulado de Fabio se extendió otro año, siendo Decio su colega *(308 a.C.)*. Valerio fue elegido pretor por cuarta vez. Los cónsules sortearon sus respectivos mandos; Etruria tocó a Decio y el Samnio a Fabio. Fabio marchó a Nuceria Alfaterna, de la que rechazó ahora su petición de paz por haberla rehusado su pueblo con anterioridad. No fue hasta que comenzó a atacar realmente el lugar que se vieron obligados a rendirse sin condiciones. Libró un combate contra los samnitas y obtuvo una victoria fácil. El recuerdo de esa batalla no hubiera sobrevivido si no hubiera sido aquella la primera vez que los marsios se enfrentaban hostilmente a Roma. Los pelignos, que habían seguido el ejemplo de los marsios, corrieron la misma suerte. El otro cónsul, Decio, también tuvo éxito. Produjo tanta inquietud a los tarquinios que este pueblo aprovisionó a su ejército con grano y pidió una tregua por cuarenta años. Capturó varios castillos a los volsinios, destruyendo algunos para que no sirvieran como refugio al enemigo; extendiendo sus operaciones en todas direcciones, hizo tan temido su nombre que toda la liga etrusca se rogó que les concediera un tratado de paz. No había la menor posibilidad de que lo obtuvieran, pero se les otorgó una tregua por un año. Tuvieron que pagar la soldada anual de las tropas y dos túnicas para cada soldado. Ese fue el precio de la tregua.

Habiéndose así calmado las cosas en Etruria, surgió un nuevo problema a causa de la deserción repentina de los umbros, pueblo que hasta entonces había quedado al margen de los estragos de la guerra excepto por haber sufrido sus tierras el paso de los romanos. Convocaron a todos sus guerreros y obligaron a gran parte de su población etrusca a reanudar las hostilidades. El ejército que reunieron era tan grande que comenzaron a hablar con fanfarronería sobre sí mismos y en términos de lo más despectivos sobre los romanos. Expresaron incluso su intención de dejar a Decio a su retaguardia y marchar directamente a atacar Roma. Sus intenciones fueron dadas a conocer a Decio; este enseguida se apresuró a marchas forzadas hasta una ciudad fuera de las fronteras etruscas y tomó posiciones en territorio de Pupinia, para controlar los movimientos del enemigo. Este movimiento hostil de los umbros fue considerado muy seriamente en Roma, y aún su lenguaje amenazante hizo que el pueblo, tras de su experiencia con la invasión gala, temiese por la seguridad de su Ciudad. Se enviaron, por lo tanto, instrucciones a Fabio, ordenándole que, si podía por el momento suspender las operaciones en el Samnio, marchase a toda velocidad hacia la Umbría. El cónsul actuó de inmediato según sus órdenes y se dirigió a marchas forzadas hacia

Mevania, donde estaban estacionadas las fuerzas de los umbros. Estos le creían muy lejos, en el Samnio, con otra guerra entre manos, y su llegada repentina les produjo tal consternación que algunos aconsejaron retirarse a sus ciudades fortificadas mientras otros estaban a favor de abandonar la guerra. Una sola comarca, a la que sus nativos llamaban Materina, no solo mantuvo a los demás bajo las armas, sino que incluso los indujo a combatir de inmediato. Atacaron a Fabio mientras estaba fortificando su campamento. Cuando este les vio correr hacia sus trincheras, mandó retirar a sus hombres de sus trabajos y los dispuso en el mejor orden que el tiempo y el terreno le permitió. Les recordó la gloria que habían ganado en Etruria y en el Samnio, y les ordenó acabar con este pequeño resto de la guerra etrusca y darles una adecuada retribución por el lenguaje impío con el que el enemigo había amenazado con atacar a Roma. Sus palabras fueron recibidas con tanto entusiasmo por sus hombres que sus gritos interrumpieron la arenga de su comandante, y sin esperar la voz de mando o el toque de tubas y cuernos, se lanzaron corriendo hacia el enemigo. No les atacaron como a hombres armados; resulta increíble pero empezaron arrebatando los estandartes a quienes los llevaban, después arrastraron a los propios portaestandartes hasta donde el cónsul y empujaron a los soldados de un ejército al otro; se combatió por todas partes más con los escudos que con las espadas, derribando a los hombres con los umbos de los escudos y con golpes en los hombros. Hubo más prisioneros que muertos y solo se oía un grito entre las filas: *¡Arrojad vuestras armas!* Así, en el campo de batalla, los principales culpables de la guerra se rindieron. Durante los siguientes días, el resto de los pueblos de la Umbría se sometieron. Los ocriculanos llegaron a un compromiso mutuo con Roma y fueron admitidos en su amistad.

[9.42] Después de dar un fin victorioso a la guerra que había tocado a su colega, Fabio regresó a su propia provincia. Como había dirigido las operaciones con tanto éxito, el Senado siguió el precedente establecido por el pueblo el año anterior y extendió su consulado a un tercer año, a pesar de la enérgica oposición de Apio Claudio, que era ahora cónsul junto a Lucio Volumnio *(307 a.C.).* Veo que algunos analistas que Apio fue candidato al consulado cuando aún era censor, y que Lucio Furio, un tribuno de la plebe, impidió la elección hasta que hubiese renunciado a su censura. Apareció un nuevo enemigo, los salentinos, y la conducción de esta guerra tocó a su colega; el propio Apio permaneció en Roma con el fin de reforzar su influencia mediante las obras públicas, pues la consecución de la gloria militar estaba en otras manos. Volumnio no tenía motivos para lamentar este arreglo; combatió en muchas acciones con éxito y capturó al asalto algunas ciudades enemigas. Fue pródigo en la distribución del botín, y esta generosidad resultó aún más agradable por sus maneras francas y cordiales; por tales cualidades hizo que sus hombres enfrentasen cualquier peligro o trabajo. Quinto Fabio, como procónsul, se enfrentó en batalla campal con los samnitas, cerca de la ciudad de Alife. Hubo muy pocas dudas en cuanto al resultado, el enemigo fue derrotados y obligado a huir a su campamento, y no lo habrían conservado si hubiese quedado más luz diurna. Antes de que se hiciera de noche, sin embargo, su campamento quedó completamente rodeado y nadie pudo escapar. Al día siguiente, durante el crepúsculo, hicieron propuestas de rendición, y esta fue aceptada a condición de que los samnitas partiesen con una sola pieza de ropa y tras haber pasado todos bajo el yugo. Nada se pactó respecto a sus aliados y hasta siete mil de ellos fueron vendidos como esclavos. Los que se declararon hérnicos fueron separados y puestos bajo custodia; posteriormente, Fabio les envió a todos al Senado en Roma. Después de haberse investigado quiénes de ellos combatieron junto a los samnitas como voluntarios y quiénes a la fuerza, se les entregó a la custodia de las ciudades latinas. Los nuevos cónsules, Publio Cornelio Arvina y Quinto Marcio Trémulo *(306 a.C.)*, recibieron órdenes de presentar todo el asunto de los prisioneros ante el Senado. Los hérnicos se resintieron de esto y los anagninos convocaron su consejo nacional, que se reunió en el circo llamado Marítimo; así, toda la nación, con excepción de Aletrium, Ferentinum y Verula, declaró la guerra a Roma.

[9.43] También en el Samnio, una vez que Fabio hubo evacuado el país, se produjeron nuevos

movimientos. Calacia, Sora y las guarniciones romanas que había allí fueron tomadas al asalto, a los soldados capturados se les maltrató de manera cruel. Publio Cornelio fue enviado allí con un ejército. Anagninos y hérnicos habían correspondido a Marcio. Al principio el enemigo ocupó una posición, bien elegida, entre los campamentos de ambos cónsules, de modo que ningún mensajero, por ligero que fuese, pudo pasar y, durante algunos días, ambos cónsules estuvieron sin noticias e inquietos por no saber de los movimientos del otro. Llegaron nuevas a Roma de este estado de cosas, y se llamó a todos los hombres disponibles para el servicio; se alistaron dos ejércitos completos para afrontar cualquier emergencia inesperada. Pero el progreso de la guerra no justificó esta extrema inquietud, ni era digna de la antigua reputación que tenían los hérnicos. No intentaron nada que valga la pena mencionar, a los pocos días perdieron sucesivamente tres campamentos y pidieron un armisticio de treinta días para que sus embajadores pudiesen ir a Roma. Para obtenerlo, consintieron en proporcionar a las tropas romanas el sueldo de seis meses y una túnica por hombre. Los legados fueron remitidos por el Senado a Marcio, a quien le había dado plenos poderes para negociar, y este recibió la rendición formal de los hérnicos. El otro cónsul en el Samnio, aunque superior en fuerza, estaba más impedido en sus movimientos. El enemigo había bloqueado todas las carreteras y controlado los pasos para que no pudiesen llegar los suministros, y aunque el cónsul formó sus líneas y ofreció batalla cada día, no pudo llevar al enemigo a un combate. Estaba bastante claro que los samnitas no correrían el riesgo de un combate inmediato, y que los romanos no podrían soportar una campaña prolongada. La llegada de Marcio, que tras someter a los hérnicos había corrido en auxilio de su colega, imposibilitó al enemigo retrasar más las cosas. No se habían sentido lo bastante fuertes como para enfrentarse siquiera a un ejército en campo abierto, y sabían que su posición sería totalmente desesperada si ambos ejércitos consulares se unían; decidieron, por lo tanto, atacar a Marcio mientras marchaba, antes de que tuviese tiempo de desplegar a sus hombres. La impedimenta de los soldados se arrojó al centro a toda prisa y se formó la línea de combate tan bien como permitió el tiempo disponible. El sonido del grito de guerra extendiéndose y luego la vista de la nube de polvo en la distancia, produjeron gran expectación en el campamento de Cornelio. Este ordenó en seguida a los hombres que se armasen para la batalla, y los formó, a toda prisa, fuera del campamento. Sería, exclamó, una escandalosa vergüenza que permitiesen al otro ejército obtener en solitario una victoria que ambos debían compartir y que no pudiesen reclamar la gloria de una guerra que se les había encomendado especialmente a ellos. A continuación, hizo un ataque de flanco y, rompiendo por el centro del enemigo, llegó hasta su campamento, que estaba sin defensores, y lo quemó. Tan pronto como las tropas de Marcio vieron las llamas, y viéndolas también el enemigo al mirar hacia atrás, los samnitas huyeron en todas direcciones, pero no hubo lugar que les brindara un refugio seguro, la muerte les esperaba en todas partes.

Después de dar muerte a treinta mil enemigos, los cónsules dieron la señal de retirada. Estaban reuniendo y concentrando las tropas en medio de mutuas felicitaciones cuando aparecieron repentinamente nuevas cohortes enemigas en la distancia, compuestas por reclutas que habían sido enviados como refuerzos. Esto supuso la renovación de la carnicería, ya que, sin órdenes de los cónsules ni que se diera señal alguna, los romanos victoriosos los atacaron, gritando conforme cargaban que los reclutas samnitas tendrían que pagar un alto precio por su entrenamiento. Los cónsules no refrenaron el ardor de sus hombres, pues sabían muy bien que los soldados primerizos ni siquiera intentarían luchar cuando los veteranos a su alrededor se encontraban en desordenada fuga. No estaban equivocados; todas las fuerzas samnitas, veteranos y reclutas por igual, huyeron a las montañas más cercanas. Los romanos les persiguieron a continuación, ningún lugar ofreció refugio al derrotado enemigo, fueron expulsados de las alturas que habían ocupado y, por fin, con una sola voz rogaron la paz. Se les ordenó que suministrasen grano para tres meses, la paga de un año y una túnica para cada soldado; se mandó a los embajadores al Senado para que se les diesen las condiciones de paz. Cornelio se quedó en Samnio; Marcio entró en la ciudad en procesión triunfal tras haber sometido a los hérnicos. Se decretó para él una estatua ecuestre, que se erigió en el Foro, enfrente del Templo de Cástor. Tres de las comunidades hérnicas (Aletrium, Ferentinum y

Verula) vieron restaurada su independencia, pues prefirieron esto a la ciudadanía, y se les garantizó el derecho de matrimonio entre ellos, un privilegio que, durante un tiempo considerable, fueron las únicas comunidades hérnicas en disfrutar. Los anagninos y los demás que habían tomado las armas contra Roma fueron admitidos a la ciudadanía sin derecho a voto, se les privó del auto-gobierno y del derecho de matrimonio con los otros y a sus magistrados se les prohibió ejercer ninguna otra función excepto las relacionadas con la religión. En este año, el censor Cayo Junio Bubulco firmó un contrato para la construcción del templo de Salus que había ofrendado cuando participó como cónsul en la guerra samnita. Él y su colega, Marco Valerio Máximo, llevaron también a cabo la construcción de carreteras, con fondos públicos, por los distritos rurales. También ese año, se renovó por tercera vez el tratado con los cartagineses y se hicieron generosos regalos a los plenipotenciarios que llegaron con tal propósito.

[9.44] Publio Cornelio Escipión fue nombrado dictador este año, con Publio Decio Mus como jefe de la caballería, pues ninguno de los cónsules pudo dejar su puesto en campaña. Los cónsules electos fueron Lucio Postumio y Tiberio Minucio *(305 a.C.).* Pisón sitúa a estos cónsules inmediatamente después de Quinto Fabio y Publio Decio, omitiendo los dos años en los que he insertado el consulado de Claudio y Volumnio y de Cornelio y Marcio. No está claro si esto se debió a un fallo de memoria al elaborar las listas o si les omitió deliberadamente. Los samnitas hicieron aquel año incursiones en el territorio de Estela en Campania. En consecuencia, ambos cónsules fueron enviados al Samnio. Postumio marchó a Tiferno y Minucio hizo de Boiano su objetivo. Postumio fue el primero en entrar en contacto con el enemigo y se libró una batalla en Tiferno. Algunos autores afirman que los samnitas fueron derrotados profusamente y que se tomaron veinticuatro mil 24.000 prisioneros. Según otros, la batalla tuvo un resultado indeciso y Postumio, con el fin de dar la impresión de que tenía miedo del enemigo, se retiró por la noche hacia las montañas, donde le siguió el enemigo y se atrincheró a unos dos millas de él. Para mantener la apariencia de haber buscado un lugar seguro y cómodo donde levantar un campamento, como así era realmente, el cónsul lo fortificó fuertemente y lo equipó con todo lo necesario. Luego, dejando un fuerte destacamento para guarnecerlo, hacia la tercera guardia condujo sus legiones sin bagajes, por la ruta más corta posible, hasta donde estaba su colega, quien también estaba acampado frente a otro ejército samnita. Actuando Minucio según el consejo de Postumio, y después que la batalla hubiese ocupado la mayor parte del día sin que ningún bando obtuviese ventaja, Postumio condujo sus legiones de refresco y efectuó un ataque por sorpresa contra las cansadas líneas enemigas. Agotados por el combate y por las heridas, fueron incapaces de huir y fueron prácticamente aniquilados. Se capturaron veintiún estandartes. Ambos ejércitos marcharon hacia el campamento que había levantado Postumio, y una vez allí atacaron, derrotaron y dispersaron a otro ejército enemigo, que estaba desmoralizado por las noticias de la batalla anterior. Se capturaron veintiséis estandartes, al jefe samnita, Estacio Gelio, gran cantidad de hombres que fueron hechos prisioneros y ambos campamentos. Al día siguiente atacaron Boiano, que pronto se tomó, y los cónsules celebraron un triunfo conjunto tras sus brillantes éxitos. Algunos autores afirman que el cónsul Minucio fue llevado de vuelta al campamento, gravemente herido, y murió allí; que Marco Fulvio fue nombrado cónsul en su lugar y, tras tomar el mando del ejército de Minucio, efectuó la captura de Boiano. Durante aquel año, Sora, Arpino y Cesennia fueron recuperadas de los samnitas. También se erigió la gran estatua de Hércules, que se dedicó en el Capitolio.

[9.45] Publio Sulpicio Saverrión y Publio Sempronio Sofo fueron los siguientes cónsules *(304 a.C.).* Durante su consulado, los samnitas, ansiosos por terminar, o al menos suspender, las hostilidades, enviaron emisarios a Roma para pedir la paz. A pesar de su actitud sumisa, no se encontraron con una acogida muy favorable. Se les contestó en el sentido de que si los samnitas no hubieran hecho a menudo propuestas de paz mientras realmente se preparaban para la guerra, posiblemente se hubieran llevado a cabo las negociaciones; pero habiendo resultado hasta ahora

vanas sus palabras, los hechos resolverían la cuestión. Se les informó que el cónsul Publio Sempronio estaría en breve en el Samnio con su ejército, y él sería capaz de juzgar con exactitud si estaban más dispuestos a la paz o a la guerra. Cuando hubiera obtenido toda la información que precisara, la presentaría ante el Senado; a su vuelta del Samnio los embajadores podrían seguirle a Roma. Donde quiera que iba, Sempronio hallaba a los samnitas en pacífica disposición y dispuestos a suministrarle provisiones con generosidad. El antiguo tratado, por lo tanto, fue renovado. De aquí, las armas romanas se volvieron contra sus antiguos enemigos ecuos. Durante muchos años, esta nación había permanecido tranquila, disimulando sus verdaderos sentimientos bajo una actitud pacífica. Mientras los hérnicos permanecieron sin someter, los ecuos cooperaron frecuentemente con ellos mandando ayuda a los samnitas, pero tras su sometimiento final casi toda la nación ecua se quitó la máscara y se pasó abiertamente al enemigo. Después que Roma hubiera renovado el tratado con los samnitas, los feciales acudieron ante los ecuos en demanda de satisfacción. Se les dijo consideraban su demanda, simplemente, como un intento de los romanos para intimidarles con amenazas de guerra para que se convirtiesen en ciudadanos romanos. ¿Cómo iba a ser esto algo deseable, si cuando a los hérnicos se les permitió elegir escogieron vivir bajo sus propias leyes en vez de convertirse en ciudadanos de Roma? Para hombres a quienes no se les permitía escoger, sino que se les convertía en ciudadanos a la fuerza, sería un castigo.

Habiendo sido expresada unánimemente esta opinión en sus diversos consejos, los romanos ordenaros que se declarase la guerra a los ecuos. Tanto los cónsules marcharon en campaña y se situaron en una posición a cuatro millas de distancia del campamento del enemigo. Como los ecuos no habían sufrido en mucho tiempo una guerra nacional, su ejército parecía alistado a toda prisa, sin generales adecuados, disciplina ni obediencia. Ellos estaban en total confusión; algunos eran de la opinión de que debían dar batalla, otros pensaban que debían limitarse a defender su campamento. La mayoría estaban influenciados por la perspectiva de ver sus campos devastados y sus ciudades, con sus escasas guarniciones, destruidas. Entre esta diversidad de opiniones, prevaleció una que anteponía al interés general el propio de cada hombre. Se les aconsejó abandonar su campamento en la primera guardia, llevarse todas sus pertenencias y dispersarse hacia sus respectivas ciudades para proteger sus propiedades detrás de sus murallas. Este consejo encontró la más cálida aprobación general. Mientras que el enemigo se marchaba con tal desorden a sus casas, los romanos, tan pronto amaneció, salieron con sus estandartes y formaron en orden de batalla, al no encontrar ningún oponente se dirigieron a paso ligero hacia el campamento enemigo. No encontraron aquí a nadie de guardia ante las puertas o sobre la empalizada, ningún ruido de los acostumbrados en un campamento y, temiendo que el desacostumbrado silencio fuera señal de haberse preparado alguna trampa, se detuvieron. Por fin, escalaron la empalizada y lo hallaron todo desierto. Empezaron a seguir entonces los pasos del enemigo, pero como este se había diseminado en todas direcciones por igual, se vieron inducidos a error. Posteriormente descubrieron, por medio de sus exploradores, cuál fue la intención del enemigo, atacando sucesivamente sus ciudades. En un lapso de dos semanas asediaron y capturaron treinta y una ciudades fortificadas. La mayoría fue saqueada y quemada, y la nación de los ecuos fue casi exterminada. Se celebró un triunfo sobre ellos y, advertidos por su ejemplo, los marrucinos, los marsios, los pelignos y los ferentinos enviaron mensajeros a Roma para pedir la paz y su amistad. Estas tribus consiguieron un tratado con Roma.

[9.46] Fue durante este año que Cneo Flavio, escriba, hijo de un liberto, de origen humilde pero de clara inteligencia y buen orador, se convirtió en edil curul. Veo en algunos analistas la afirmación de que al llegar el momento de la elección de ediles, encontrándose con que el primer voto emitido lo fue en su favor y siendo rechazado con considerar que era un escriba, arrojó su tableta de escritura y juró que no seguiría con esa profesión. Licinio Macer, sin embargo, intenta demostrar que ya había dejado mucho antes ese empleo, pues había sido tribuno de la plebe y en dos ocasiones desempeñó el cargo de triunviro, la primera como triunviro nocturno y la segunda como uno de los tres encargados del asentamiento de una colonia. Como quiera que sea, no hay

duda de que mantuvo una actitud desafiante hacia los nobles, que miraban su origen humilde con desprecio. Hizo público el derecho civil y las formas procesales que eran ocultadas por los pontífices en los archivos; exhibió en el Foro un calendario escrito en tablones blanqueados, sobre el que se indicaban los fastos, para que se supiese cuándo estaban permitidos los asuntos legales; para gran disgusto de la nobleza, dedicó el templo de la Concordia en el Vulcanal. A estos efectos, el Pontífice Máximo, Cornelio Barbado, fue obligado por la voz unánime del pueblo a recitar la forma usual de la devoción a pesar de su insistencia en que, de acuerdo con la costumbre ancestral, nadie excepto un cónsul o un imperator, podía dedicar un templo. Fue como consecuencia de esto que el Senado autorizara que se presentase al pueblo una medida para que nadie dedicase un templo o un altar sin que le fuera ordenado por el Senado o por una mayoría de los tribunos de la plebe.

Relataré un incidente, bastante trivial en sí mismo, pero que ofrece una prueba evidente de la forma en que se afirmaron las libertades de la plebe en contra de la soberbia de la nobleza. Flavio fue a visitar a su colega, que estaba enfermo. Como varios jóvenes nobles que estaban sentados en la sala habían acordado no levantarse cuando entrase, ordenó que se trajese su silla curul y, desde aquel sitial de dignidad, contempló tranquilamente a sus enemigos, que permanecían llenos de envidia. La elevación de Flavio a la edilidad resultó, sin embargo, labor de un partido en el Foro que había obtenido su poder durante la censura de Apio Claudio. Pues Apio había sido el primero en contaminar el Senado con la elección de hijos de libertos, y cuando nadie reconoció la validez de estas elecciones y él no consiguió en la Curia la influencia que había buscado ganar en la Ciudad, sobornó a los comicios centuriados y a los comicios tribunados distribuyendo la escoria del populacho entre todas las tribus. Tal fue la profunda indignación suscitada por la elección de Flavio, que la mayoría de los nobles arrojaron sus anillos de oro y condecoraciones militares como señal de luto. A partir de ese momento los ciudadanos se dividieron en dos partidos; la parte no sobornada del pueblo, que estaba a favor y apoyaba a los hombres íntegros y patriotas, quería una cosa, la chusma del Foro, otra distinta, Este estado de cosas duró hasta que Quinto Fabio y Publio Decio fueron nombrados censores. Quinto Fabio, en aras de la concordia y al mismo tiempo para evitar que las elecciones fuesen controladas por lo más bajo del populacho, puso a todos los ciudadanos de la clase más baja *(la chusma del Foro)* en cuatro tribus a las que llamó *las tribus urbanas*. En agradecimiento por su acción, se dice, recibió un apodo que no se le había otorgado tras todos sus triunfos y que ahora se le daba por la sabiduría mostrada al repartir así los estamentos del Estado, el cognomen de Máximo. Se dice que fue también él quien instituyó el desfile anual de la caballería el 15 de julio.

LIBRO X. LA TERCERA GUERRA SAMNITA
(303-293 a. C.)

[10.1] Durante el consulado de Lucio Genucio y Servio Cornelio hubo un casi completo respiro respecto a las guerras en el exterior *(303 a.C.).* Se asentaron colonias en Sora y Alba. La última estaba en el país de los ecuos y allí se asentaron seis mil colonos. Sora había sido una ciudad Volsca, pero los samnitas la habían ocupado; allí se enviaron cuatro mil hombres. Ese año se confirió el derecho de ciudadanía a los arpinates y a los trebulanos. Los frusinos fueron multados con un tercio de su territorio, pues se había descubierto que fueron ellos los instigadores de la revuelta hérnica. El Senado decretó que los cónsules debían realizar una investigación y los cabecillas fueron azotados y decapitados. Sin embargo, con el fin de que los romanos no pasasen un año entero sin efectuar ningún tipo de campaña militar, se envió una pequeña fuerza expedicionaria a la Umbría. Se informó de que desde cierta cueva se estaban efectuando expediciones armadas contra los alrededores. Los soldados romanos entraron en la cueva, y muchos de ellos resultaron heridos, sobre todo por las piedras, debido a la oscuridad del lugar. Al fin se descubrió otra entrada, pues había un pasaje que atravesaba la cueva, y ambas bocas fueron rellenadas con madera. Se prendió fuego a esta y, sofocados por el humo, perecieron dos mil bandidos al tratar de escapar. Marco Livio Denter y Marco Emilio fueron los siguientes cónsules, y durante su año de magistratura *(302 a.C.)* los ecuos reanudaron las hostilidades. Estaban resentidos por el asentamiento en sus fronteras de una colonia que sería un bastión del poderío romano; hicieron un intento desesperado por capturarla, pero los colonos les rechazaron. Dado su débil estado, parecía casi increíble que los ecuos hubiesen comenzado la guerra con sus solas fuerzas, y el miedo de que se extendiera una guerra larga hizo necesario el nombramiento de un dictador. Fue nombrado Cayo Junio Bubulco, que salió en campaña con Marco Titinio como jefe de la caballería *(301 a.C.)* En la primera batalla aplastó a los ecuos y una semana más tarde regresó en triunfo a la Ciudad. Siendo dictador, consagró el templo de Salus que había ofrecido como cónsul y cuya construcción había contratado cuando fue censor.

[10.2] Durante ese año, una flota de buques griegos bajo el mando del lacedemonio Cleónimo navegó por las costas itálicas y capturó la ciudad de Turias, en territorio salentino. El cónsul, Emilio, fue enviado a enfrentarse con este enemigo y, en una batalla, le derrotó y lo empujó hasta sus barcos. Turias fue devuelta a sus antiguos habitantes, y se restableció la paz en territorio salentino. Veo que algunos analistas dicen que el dictador, Junio Bubulco, fue el enviado a aquel país y que Cleónimo dejó Italia para evitar un conflicto con los romanos. Este navegó alrededor del promontorio de Brindisi y fue llevado por los vientos hasta el Adriático, donde tenía a su izquierda las costas sin puertos de Italia y a su derecha los países de los ilirios, los liburnos y los istrios, tribus salvajes principalmente conocidas por sus actos de piratería. Temía la posibilidad de caer entre estos y, por lo tanto, dirigió su rumbo tierra adentro hasta llegar a las costas de los vénetos. Aquí desembarcó un pequeño grupo para explorar los alrededores. Volvieron con información en el sentido de que había una playa estrecha, y que tras cruzarla se hallaban marismas anegadas por las mareas; más allá se veía un país bajo y cultivado y, en la distancia, algunas colinas. A no mucha distancia estaba la desembocadura de un río lo suficientemente profundo como para maniobrar las naves y anclarlas con seguridad (se trataba del Meduacus). Al oír esto, ordenó a la flota aproar hacia ese río y navegarlo corriente arriba. Como el cauce del río no admitía el paso de sus naves mayores, la mayoría de sus fuerzas ocuparon los buques más ligeros y llegaron a un distrito populoso, perteneciente a los pueblos marítimos de los paduanos, que habitaban aquella costa. Después de dejar unos pocos para proteger los buques, desembarcaron, tomaron las aldeas, quemaron las casas y se llevaron a los hombres y al ganado como botín. Su afán de saqueo los llevó muy lejos de sus buques. El pueblo de Padua estaba obligado a permanecer siempre bajo las armas por culpa de sus vecinos, los galos, y cuando se enteraron de lo que pasaba dividieron sus fuerzas en dos ejércitos.

Uno de ellos se dirigió al territorio donde se había informados que el enemigo hacía sus correrías; el otro marchó por una ruta distinta, para evitar encontrarse con ningún saqueador, hasta donde estaban ancladas las naves, a unas catorce millas de la ciudad. Este último atacó a los barcos y, después de matar a los que se resistieron, obligó a los aterrorizados marineros a llevar sus barcos hacia la orilla opuesta. El otro ejército había tenido también éxito contra los saqueadores, quienes en su huida hacia las naves fueron interceptados por los vénetos, tomados entre ambos ejércitos y destrozados. Varios de los prisioneros informaron a sus captores que el rey Cleómenes, con su flota, estaba a sólo tres millas de distancia. Enviaron a los prisioneros a la aldea más cercana para su custodia, y algunos de los defensores abordaron sus botes de río, que tenían el fondo plano para poder navegar por las aguas poco profundas de las lagunas, mientras otros tripulaban las naves que habían capturado y navegaban río abajo. Cuando alcanzaron la flota griega, rodearon los barcos inmóviles, más temerosos de las aguas desconocidas que del enemigo, y los persiguieron hasta la desembocadura del río. Algunos encallaron en la confusión del combate y fueron tomados y quemados. Después de esta victoria regresaron. Al no poder desembarcar en parte alguna del Adriático, Cleónimo zarpó con apenas una quinta parte de su flota en buen estado. Hay muchos, vivos aún, que han visto los espolones de las naves y los despojos de los lacedemonios colgados en el antiguo templo de Juno en Padua, y el aniversario de esa batalla se celebra mediante un combate simulado de buques en el río que fluye a través de la ciudad.

[10.3] Los vestinos había solicitado que se les considerase un estado amigo y se firmó con ellos, ese año, un tratado. Ocurrieron después varios sucesos que crearon preocupación en Roma. Se recibieron nuevas de la reanudación de hostilidades por los etruscos, debido a los disturbios de los aretinos. La poderosa gens de los Cilnios había provocado unánimes celos por su enorme riqueza y se había tratado de expulsarlos de la ciudad. Los marsios también estaban dando problemas, pues se había enviado un grupo de cuatro mil colonos a Carseoli y aquellos les impidieron por la fuerza que ocuparan el lugar. A la vista de este amenazador estado de cosas, Marco Valerio Máximo fue nombrado dictador y designó a Marco Emilio Paulo como jefe de la caballería *(301 a.C.).* Creo que esto es más probable a que Quinto Fabio fuese nombrado jefe de la caballería y, por lo tanto, quedase subordinado a Valerio, a pesar de su edad y de los cargos que había desempeñado; pero estoy dispuesto a admitir que la error surgió del apodo Máximo, común a los dos hombres. El dictador salió en campaña y derrotó a los marsios en una batalla. Tras obligarles a buscar refugio en sus ciudades fortificadas, tomó Milionia, Plestina y Fresilia en pocos días. Los marsios se vieron obligados a renunciar a una porción de su territorio y después se renovó el antiguo tratado con Roma. La guerra se dirigió ahora contra los etruscos, aconteciendo un desafortunado incidente durante esta campaña. El dictador había dejado el campamento para ir a Roma a tomar nuevos auspicios y el jefe de la caballería había salido a forrajear. Fue sorprendido y rodeado, y tras perder algunos estandartes y a muchos de sus hombres fue obligado a retroceder vergonzosamente a su campamento. Esta huida precipitada se contradice con todo lo que sabemos de Fabio; pues era su reputación como un soldado la que, más que otra cosa, justificaba su epíteto de Máximo, y él nunca olvidó la severidad de Papirio hacia él, y nunca habría estado tentado luchar sin órdenes del dictador.

[10.4] Las noticias de esta derrota creado una inquietud bastante injustificada en Roma. Se tomaron medidas como su hubiese sido aniquilado un ejército; todos los asuntos legales se suspendieron, se pusieron guardias en las puertas, se apostaron vigías en diferentes barrios de la Ciudad, se dispusieron armas y corazas junto a las murallas y se incorporó a cada hombre en edad militar. Cuando el dictador regresó al campamento se encontró con que, debido a las cuidadosas disposiciones que había tomado el jefe de la caballería, todo estaba más tranquilo de lo que había esperado. El campamento había sido retrasado a una posición más segura; las cohortes que habían perdido sus estandartes fueron castigadas, situándolas fuera de la empalizada y sin tiendas; todo el

ejército estaba ansioso por combatir y acabar con la mancha de la derrota. En estas circunstancias, el dictador avanzó su campamento en las cercanías de Rusella. El enemigo lo seguía y, aunque sentía la máxima confianza ante una prueba de fuerza en campo abierto, se decidió por intentar una estratagema contra su enemigo, pues ya había tenido éxito antes. A no mucha distancia del campamento romano había algunas casas medio demolidas, pertenecientes a un pueblo que había sido incendiado cuando asolaron el territorio. Algunos soldados se ocultaron en ellas y llevaron el ganado a un lugar a la vista de una guarnición romana al mando de un general, Cneo Fulvio. Como ni un solo hombre abandonó su puesto para apoderarse del cebo, uno de los arrieros, llegando cerca de las líneas romanas, llamó a los otros, que estaban conduciendo el ganado un poco lentamente lejos de las casas en ruinas, para preguntarles por qué iban tan lentos pues podrían arrearlo con seguridad a través del campamento romano. Algunos cerites que estaban con Fulvio le tradujeron aquellas palabras, y todos los manípulos quedaron muy indignados por el insulto, pero no se atrevió a moverse sin órdenes. A continuación, instruyó a los que estaban familiarizados con el idioma para que se fijasen si su modo de hablar era más propio de campesinos o de habitantes de ciudad. Cuando le dijeron que su acento y aspecto eran demasiado refinados para unos arrieros de ganado, dijo: *Id y decirles que abandonen el engaño que han intentado en vano; los romanos lo saben todo y ya no se les puede atrapar por la astucia, sólo por las armas.* Cuando llegaron estas palabras a los que yacían ocultos, se levantaron de repente de su escondite y avanzaron sus estandartes hacia una llanura abierta, visibles desde todas partes. La línea de su frente le pareció a Fulvio demasiado grande para que sus hombres la pudieran resistir, y envió un mensaje apresurado al dictador para pedir ayuda; mientras tanto, enfrentó el ataque por sí mismo.

[10.5] Cuando el mensaje llegó al dictador, ordenó avanzar a los estandartes y que las tropas los siguieran. Pero todo se ejecutó casi más rápidamente de que se dieran las órdenes. Se tomaron de inmediato los estandartes, y casi no se pudo contener a las fuerzas para que cargasen a la carrera. Estaban ardiendo en deseos de vengar su reciente derrota, y los gritos, cada vez más fuertes en la batalla que ya se estaba combatiendo, les incitó aún más. Se animaban unos a otros y les decían a los portaestandartes que se movieran más rápidos; pero cuanta más prisa veía el dictador que tenían, más decidido estaba a retener la columna y ralentiza la marcha. Los etruscos había estado presentes con todas sus fuerzas al empezar la batalla. Enviaron al dictador mensaje tras mensaje, diciéndole que todas las legiones etruscas estaban empeñadas en la lucha, que sus hombres ya no podrían mantenerse frente a ellos y que él mismo, desde su posición más elevada, podía ver la crítica situación de su destacamento. Como, sin embargo, el dictador tenía bastante confianza en que su general pudiera aún contener el ataque, y como él también estaba cerca para guardarle contra cualquier riesgo de derrota, decidió esperar hasta que el enemigo estuviese completamente agotado y atacarle luego con tropas frescas. A pesar de que sus propios hombres avanzaban lentamente, había ya poca distancia entre ambas líneas, sobre todo para que cargase la caballería. Los estandartes de las legiones marchaban en vanguardia, para evitar que el enemigo sospechase cualquier maniobra repentina o secreta; pero el dictador había dispuesto intervalos en las filas de la infantería a través de los cuales pudiera pasar la caballería. Las legiones lanzaron el grito de guerra y en el mismo instante la caballería cargó contra el enemigo, que no estaba preparado para tal huracán, y entró en pánico. Como a las primeras líneas, que habían sido casi completamente destrozadas, las relevaron en el último momento, se les permitió respirar de más esfuerzos. Las nuevas tropas reanudaron el combate y el resultado no permaneció mucho tiempo dudoso. El enemigo derrotado buscó su campamento, y como se retiraron ante los romanos que los atacaban, se hacinaron en la parte más lejana de él. Al tratar de escapar se bloquearon en las estrechas puertas y una buena cantidad de ellos se subieron al terraplén y la empalizada, con la esperanza de defenderse desde un terreno más elevado o, posiblemente también, para escapar así, cruzando las rampas y el foso. En cierto punto, el terraplén había sido construido sin apisonarlo demasiado y, debido al peso de los que estaban encima, se derrumbó hacia el foso; muchos, tanto soldados como no

combatientes, gritando que los dioses habían despejado aquel paso para que pudiesen huir, escaparon de aquella manera. En esta batalla fue quebrado por segunda vez el poder etrusco. Después de comprometerse a entregar un año de paga para el ejército y el suministro de dos meses de grano, obtuvieron permiso del dictador para enviar embajadores a Roma a que pidieran la paz. Se rehusó concederles un tratado formal de paz, pero se les otorgó una tregua de dos años. El dictador regresó en procesión triunfal a la Ciudad. Hay autores que dicen que Etruria fue pacificada sin que se librase ninguna batalla importante, simplemente solucionando los disturbios sediciosos en Arezzo y restaurando a los Cilnios al favor popular. Tan pronto Marco Valerio depuso su dictadura fue elegido cónsul. Algunos han pensado que fue elegido sin haber sido candidato y, por tanto, en su ausencia, y que la elección fue dirigida por un interrex. No hay duda, sin embargo, de que ocupó el consulado con Apuleyo Pansa *(300 a.C.)*.

[10.6] Durante el año de su magistratura, los asuntos extranjeros permanecieron bastante pacíficos; el poco éxito de los etruscos en la guerra se había juntado con los términos de la tregua para mantenerlos tranquilos; los samnitas, después de sus muchos años de derrotas y desastres, estaban bastante satisfechos con su reciente tratado con Roma. En la propia Ciudad, el gran número de colonos enviados al exterior, hizo que la plebe estuviese menos inquieta y más aliviada de sus cargas financieras. Pero, para evitar que se diese algo parecido a la calma general, dos de los tribunos de la plebe, Quinto y Cneo Ogulnio, dieron inicio a un conflicto entre los patricios y los plebeyos más prominentes. Estos hombres habían buscado por todas partes una oportunidad para difamar a los patricios ante la plebe y, después que todos los demás intentos fallasen, adoptaron una política calculada para indignar las mentes, no de la hez del populacho, sino de los líderes de hecho de la plebe, hombres que habían sido cónsules y disfrutado de triunfos y a cuyas distinciones oficiales no faltaba más que el sacerdocio. Este no estaba todavía abierto a ambos órdenes. Los Ogulnios, en consecuencia, anunciaron una medida previendo que, como había por entonces cuatro augures y cuatro pontífices, y se había decidido que había de aumentar el número de sacerdotes, los cuatro pontífices adicionales y los cinco augures debían ser cooptados de entre la plebe. Soy incapaz de ver cómo podría haberse reducido a cuatro el colegio de los augures, excepto por la muerte de dos de ellos. Pues era una regla establecida entre los augures que su número tenía que ser impar, para que las tres antiguas tribus de los Ramnes, Ticies y Lúceres pudieran cada una tener su propio augur o, si se necesitaban más, que se añadiera el mismo número por cada uno. Este fue el principio en el que se basaron cuando, al añadir cinco a cuatro, el número llegó hasta nueve, correspondiendo tres a cada tribu. Sin embargo, la cooptación de sacerdotes adicionales de la plebe produjo casi tanta indignación entre los patricios como cuando vieron abierto el consulado a todos. Pretendían que el asunto importaba a los dioses más de lo que les importaba a ellos; pues, por sus propias funciones sagradas, miraban que ellos también fuesen puros; solo esperaban y rezaban para que ningún desastre cayese sobre la república. Su oposición, sin embargo, no fue muy grande, porque ya se habían acostumbrado a la derrota en tales contiendas políticas y veían que sus rivales en la lucha por los más altos honores no apuntaban, como antes, a lo que tenían pocas esperanzas de ganar; hasta entonces, todo por lo que habían luchado, aunque con dudosas esperanzas de éxito, lo habían conseguido: innumerables consulados, censuras y triunfos.

[10.7] Se dice que Apio Claudio y Publio Decio fueron los líderes de esta controversia; el primero como opositor y el último como partidario de la medida propuesta. Los argumentos que presentaron eran prácticamente los mismos que los empleados a favor y en contra de las leyes Licinias, cuando se demandó que el consulado fuera accesible a los plebeyos. Después de repasar gran parte de los antiguos argumentos, Decio hizo una apelación final en nombre de los proponentes. Comenzó recordando la escena que muchos de los presentes habían visto, cuando el viejo Decio, su padre, ceñido con el cinturón gabino y de pie sobre una lanza, se ofrendó solemnemente en nombre de las legiones y el pueblo de Roma. Y continuó, *La ofrenda que hizo en*

aquella ocasión el cónsul Decio fue, a los ojos de los dioses inmortales, tan pura y santa como la de su colega, Tito Manlio, habría sido si se hubiera ofrendado. ¿No podría haber sido aquel Decio justamente elegido para ejercer funciones sacerdotales en nombre del pueblo romano? Y en cuanto a mí, ¿teméis que los dioses no escuchen mis oraciones como hacen con las de Apio Claudio? ¿Acaso él ejerce su culto privado con una mente más pura o adora a los dioses con un espíritu más religioso que yo? ¿Quién ha tenido ocasión de lamentar los votos hechos en nombre de la república por tantos cónsules plebeyos, por tantos dictadores plebeyos, cuando iban a tomar el mando de sus ejércitos o cuando se involucraban en acciones de guerra? Contad los comandantes de todos los años, desde que se libraron por vez primera guerras bajo la dirección y auspicios de plebeyos; veréis que hay tantos triunfos como comandantes. Los plebeyos, también, tienen su nobleza y carecen de motivos para estar insatisfechos con ellos. Podéis estar bien seguros de que, si ahora se desencadenase una guerra, el Senado y el Pueblo de Roma no tendría más confianza en un general porque fuera patricio que en otro que resultase ser un plebeyo. Ahora bien, si este fuera el caso, ¿quién en el cielo o en la tierra podría considerar una indignidad que hombres a quienes habéis honrado con sillas curules, con la toga pretexta, con la túnica palmada y la toga picta, con la corona triunfal y la de laurel, los hombres a cuyas casas habéis distinguido especialmente al poner en ellas los despojos capturados al enemigo, que a tales hombres, digo, se les añada a sus otros signos de rango las insignias de los pontífices y los augures? Un general triunfante conduce por la Ciudad un carro dorado, ataviado con las espléndidas vestiduras de Júpiter Óptimo Máximo. Después de esto, sube al Capitolio; ¿y no es cierto que se le ve allí con el vaso del sacrificio y el Lituus? ¿Va a considerarse una humillación si él, con la cabeza velada, sacrifica una víctima o toma un augurio desde su puesto en la ciudadela? Y si, en la inscripción de su retrato, las palabras consulado, censura o triunfo se leen sin provocar indignación, ¿provocarán escándalo las de augurado o pontificado? Yo de hecho espero, si a los cielos place, que, gracias a los buenos deseos del pueblo romano, tengamos ahora dignidad bastante como para ser capaces de otorgar tanto honor al sacerdocio como el que recibiremos. Por el bien de los dioses tanto como por el nuestro mismo, insistamos en que tal y como nosotros les adoramos ahora como particulares, así les adoraremos en el futuro como magistrados del Estado.

[10.8] *Pero ¿por qué he supuesto hasta ahora que la cuestión de los patricios y el sacerdocio es todavía una cuestión abierta, y que no estamos aún en posesión del más alto de todos los cargos? Vemos plebeyos entre los diez guardianes de los libros sagrados, en calidad de intérpretes de los versos de la Sibila y del destino de este pueblo; los vemos, también, presidir los sacrificios y otros ritos relacionados con Apolo. No se inflige ninguna injusticia a los patricios cuando se aumenta el número de guardianes de los Libros Sagrados a petición de los plebeyos. Ninguna se ha infligido ahora, cuando un tribuno fuerte y capaz ha creado cinco puestos más para augures y otros cuatro para los sacerdotes, que han de ser ocupados por los plebeyos; y no, Apio, con el propósito de expulsar a los patricios de sus lugares, sino para que la plebe les pueda ayudar en la dirección de los asuntos divinos, como lo hacen con el máximo de su capacidad en la administración de los asuntos humanos. No te ruborices, Apio, por tener como colega en el sacerdocio a un hombre al que podrían haber tenido como colega en la censura o en el consulado, que pudiera haber sido dictador contigo como jefe de la caballería, igual que si tú hubieras sido dictador con él como tu jefe de la caballería. Un inmigrante sabino, Atio Clauso, o si lo prefieres, Apio Claudio, el fundador de tu noble casa, fue admitido entre su número por aquellos antiguos patricios; no creo que esté por debajo de ti si nos admites entre el número de los sacerdotes. Traemos con nosotros muchas distinciones, todas las que, de hecho, os hacen tan orgullosos. Lucio Sextio fue el primer plebeyo en ser elegido cónsul, Cayo Licinio Estolo fue el primer plebeyo jefe de la caballería, Cayo Marcio Rutilo el primer plebeyo que fue dictador y censor, Quinto Publilio Filón fue el primer pretor. Siempre os hemos oído plantear la misma objeción: que los auspicios estaban únicamente en vuestras manos, que solo vosotros disfrutáis los privilegios y las*

prerrogativas del noble nacimiento, que solo vosotros podéis desempeñar mandos legítimos y tomar los auspicios en la paz y en la guerra. ¿Nunca habéis oído el dicho de que los patricios no descendieron originalmente del cielo sino que eran aquellos de los que podíamos nombrar un padre, que no es más que decir que eran nacidos libres? Yo puedo ahora citar a un cónsul como mi padre, y mi hijo será capaz de citarlo como su abuelo. Simplemente se trata de esto, Quirites, que no podemos conseguir nada sin esfuerzo. Es sólo una pelea lo que buscan los patricios, no les importa lo más mínimo el resultado. Por mi parte, apoyo a esta medida, que creo que será para vuestro bien y para felicidad y bendición del Estado, y sostengo que debería aprobarse.

[10.9] La Asamblea estaba a punto de ordenar que se procediese a la votación, y era evidente que la medida se habría aprobado, cuando, por el veto de algunos de los tribunos, se aplazó todo para el día siguiente. Al día siguiente, habiendo cedido los tribunos disidentes, se aprobó la ley con gran alegría de todos. Los pontífices cooptados fueron Publio Decio Mus, el proponente de la medida, Publio Sempronio Sofón, Cayo Marcio Rutilo y Marco Livio Denter. Los cinco augures que fueron también elegidos de entre la plebe eran Cayo Genucio, Publio Elio Peto, Marco Minucio Feso, Cayo Marcio y Tito Publilio. Así el número de los pontífices se elevó a ocho y el de los augures a nueve. En este año, el cónsul, Marco Valerio, realizó una propuesta para fortalecer las disposiciones de la ley en lo tocante al derecho de apelación. Esta fue la tercera vez, desde la expulsión de los reyes, que se modificaba esta ley, y siempre por medio de la misma familia. Creo que el motivo de tantas renovaciones era el solo hecho de que el poder excesivo, ejercido por unos pocos hombres, era peligroso para las libertades de la plebe. La ley Porcia, sin embargo, parece haber sido aprobada únicamente para la protección de la vida y la integridad física de de los ciudadanos, pues imponía las más severas penas a cualquiera que matase o azotase a un ciudadano romano. La ley Valeria, es cierto, prohibía que se azotase o decapitase a quien hubiera ejercido el derecho de apelación; pero si alguien transgredía sus disposiciones no preveía ninguna pena, simplemente calificaba tal transgresión como un *acto perverso*. Tal era el respeto por sí mismos y el sentido de la vergüenza entre los hombres de aquellos días, que creo que aquella calificación constituía una barrera lo bastante fuerte contra las violaciones de la ley. Nadie haría hoy caso a una expresión así.

Valerio también dirigió una campaña contra los ecuos, que habían reanudado las hostilidades pero que no conservaban nada de su antiguo carácter, excepto su temperamento inquieto. El otro cónsul, Apuleyo, asedió la ciudad de Nequinum en la Umbría. Estaba situada donde ahora está Narni, en terrenos elevados que, por un lado, eran escarpados y abruptos, siendo imposible tomarla por asalto o por asedio. Se dejó a los nuevos cónsules, Marco Fulvio Peto y Tito Manlio Torcuato, para que condujeran el asedio a un final victorioso *(299 a.C.).* Según Licinio Macer y Tuberón, todas las centurias trataron de elegir cónsul para ese año a Quinto Fabio, pero este les instó a posponer su consulado hasta que surgiese alguna guerra importante, pues consideraba que sería más útil al estado como magistrado de la Ciudad. Así, sin disimular sus verdaderos deseos ni buscar ostensiblemente el cargo, fue elegido edil curul junto a Lucio Papirio Cursor. No puedo, sin embargo, estar seguro sobre este punto, pues el analista más cercano a los hechos, Pisón, dice que los ediles curules de ese año fueron Cneo Domicio Calvino, hijo de Cneo y Espurio Carvilio Máximo, hijo de Quinto. Yo creo que el sobrenombre de dos ediles últimos mencionados, Máximo, fue la causa del error, y que se creó una historia en la que las listas de las dos elecciones, consulares y edilicias, se combinaban para arreglar el error. El lustro quedó cerrado este año por los censores, Publio Sempronio Sofón y Publio Sulpicio Saverrio, añadiéndose dos nuevas tribus, la Aniense y la Terentina. Estos fueron los principales acontecimientos del año en Roma.

[10.10] Mientras tanto, el sitio de Narni transcurría lentamente y pasaba el tiempo. Al fin, dos de los hombres de la ciudad, cuyas casas lindaban con la muralla, hicieron un túnel y llegaron por aquel pasaje oculto hasta los vigías romanos. Se les llevó ante el cónsul y se comprometieron a

conducir un destacamento de soldados al interior de las fortificaciones y las murallas de la ciudad. No parecía adecuado rechazar su propuesta, ni tampoco aceptarla sin pensarlo. A uno de ellos se le encargó guiar dos espías a través del paso subterráneo, el otro quedó como rehén. El informe de los espías fue satisfactorio, y trescientos soldados, conducidos por el desertor, entraron en la ciudad de noche y se apoderaron de la puerta más cercana. Rompieron esta, y el cónsul con su ejército se apoderó del lugar sin ningún tipo de lucha. Así pasó Narni a poder de Roma. Se envió allí una colonia, como puesto avanzado contra los umbros, y se llamó Narnia al lugar por el río Nar. El ejército regresó a Roma con gran cantidad de despojos. Este año los etruscos decidieron romper la tregua, y empezaron a hacer preparativos para la guerra. Pero la invasión de su país por un enorme ejército de galos, lo último que se esperaban, les distrajo durante un tiempo de su propósito. Confiando en el poder del dinero, del que tenían en abundancia, trataron de convertir a los galos de enemigos en aliados, para así combinar sus fuerzas en un ataque contra Roma. Los bárbaros no se opuso a una alianza, siendo la única cuestión el importe de la remuneración. Después haberse acordado este punto y haber completado el resto de preparativos para la guerra, los etruscos exhortaron a los galos a seguirlos. Se negaron a hacerlo, y afirmaron que no habían tomado el dinero para hacer la guerra a Roma. Todo lo que habían recibido había sido aceptado como compensación por no devastar las tierras de Etruria ni someter a sus habitantes por la fuerza de las armas. No obstante, se mostraron dispuestos a servir, si realmente los etruscos lo querían, con una sola condición, a saber, que debían ser admitidos en una parte de su territorio y poder asentarse al fin en un hogar permanente. Hubo muchas reuniones en las distintas poblaciones para discutir esta propuesta, pero se consideró imposible aceptar tales términos, no tanto porque no quisieran perder ningún territorio, sino porque les aterraba la posibilidad de tener como vecinos a hombres de raza tan salvaje. Los galos fueron así despedidos, llevando con ellos una enorme suma de dinero obtenida sin trabajo y sin riesgo. El rumor de una invasión gala, añadido a la guerra contra los etruscos, produjo gran inquietud en Roma y hubo pocas dudas a la hora de firmar un tratado con los picentinos.

[10.11] La campaña en Etruria recayó sobre el cónsul Tito Manlio. Había entrado apenas en territorio hostil cuando, ejecutando algunas maniobras de caballería, al tratar de girar en plena carrera a su montura fue arrojado y casi quedó muerto en el acto. Tres días más tarde, terminó la vida del cónsul. Los etruscos se envalentonaron ante este suceso, pues lo tomaron como un presagio, y decían que los dioses combatían por ellos. Cuando las tristes noticias llegaron a Roma, no fue sentida únicamente la pérdida del hombre, sino también la inoportunidad del momento en que sucedió. El Senado estaba dispuesto a ordenar el nombramiento de un dictador, pero se abstuvo de hacerlo al estar más de acuerdo con los deseos de los principales patricios que se eligiese un cónsul sustituto. Todos los votos fueron emitidos en favor de Marco Valerio, el hombre a quien el Senado habría designado como dictador. Se le envió enseguida a Etruria con las legiones. Su presencia actuó como un freno contra los etruscos de manera que ninguno se aventuró fuera de sus fortificaciones; su propio miedo los calló más que los bloqueos que sufrieron. Valerio devastó sus campos y quemó sus casas, hasta que no sólo las granjas individuales, sino también numerosos pueblos, quedaron reducidos a cenizas humeantes, pero no logró inducir al enemigo a presentar batalla. Mientras esta guerra progresaba más lentamente de lo previsto, se hicieron sentir las prevenciones ante otra guerra que, no sin motivo, se temía por las muchas derrotas sufridas anteriormente por ambas partes. Los picentinos habían informado de que los samnitas se estaban armando para la guerra, y que se les habían aproximado para inducirlos a unírseles. Se les agradeció su lealtad y la atención del pueblo se volvió en gran medida desde Etruria hasta el Samnio. La carestía de los alimentos causó un malestar general entre los ciudadanos. Aquellos autores que citan a Fabio Máximo como edil curul para ese año, afirman que habría habido, de hecho, hambre si él no hubiese mostrado la misma cuidadosa sabiduría al controlar el mercado y la acaparación de suministros que la mostrada en la guerra. Se produjo un interregno este año, aunque la tradición no

da ninguna razón para ello. Los interreges fuero Apio Claudio y Publio Sulpicio. El último celebró las elecciones consulares, en las que Lucio Cornelio Escipión y Cneo Fulvio fueron elegidos *(298 a.C.).* A principios de su año llegó una delegación de lucanos para presentar una denuncia formal contra los samnitas. Dijeron al Senado que aquel pueblo había tratado de seducirlos para que formasen una alianza militar con ellos y que, encontrando fútiles sus esfuerzos, invadieron su territorio y lo estaban arrasando para así, haciéndoles la guerra, tratar de llevarles a una guerra contra Roma. Los lucanos, dijeron, habían ya cometido demasiados errores; ya se habían dado cuenta de que sería mejor soportar y sufrir todo aquello antes que intentar cualquier cosa contra Roma. Imploraron al Senado que les tomasen bajo su protección y que les defendiesen de las agresiones injustas de los samnitas. Eran plenamente conscientes de que si Roma declaraba la guerra contra el Samnio su lealtad sería asunto de vida o muerte; pero, no obstante aquello, estaban dispuestos a entregar rehenes como garantía de buena fe.

[10.12] La discusión en el Senado fue breve. Sus miembros decidieron por unanimidad que se debía hacer un tratado de alianza con los lucanos y pedir satisfacción a los samnitas. Cuando los embajadores fueron readmitidos, recibieron una respuesta favorable y se firmó un tratado con ellos. Se envió a los feciales para insistir a los samnitas para que evacuaran los territorios de los aliados de Roma y que retirasen sus fuerzas de las fronteras lucanas. Fueron recibidos por emisarios de los samnitas, que les advirtieron de que si aparecían por cualquiera de los consejos samnitas ya no se respetaría su inviolabilidad. Al informarse de esto en Roma, la Asamblea confirmó la resolución aprobada por el Senado y ordenó que se hiciera la guerra a los samnitas. En el sorteo de sus respectivos mandos, Etruria recayó en Escipión y los samnitas en Fulvio. Ambos cónsules salieron en campaña. A Escipión, que preveía una campaña pausada, similar a la del año anterior, se le enfrentó el enemigo en formación de combate en Volterra. La batalla duró la mayor parte del día, con grandes pérdidas en ambos lados. Llegó la noche mientras la victoria aún estaba indecisa; a la mañana siguiente quedó decidida, pues los etruscos habían abandonado su campamento en la oscuridad de la noche. Cuando los romanos salieron para la batalla y vieron que el enemigo, por su acción, admitía su derrota, macharon hacia el campamento desierto. Así se apoderaron de él y, como era un campamento completamente dispuesto y lo habían abandonado a toda prisa, se hicieron con una considerable cantidad de botín. Las tropas marcharon nuevamente hacia las cercanías de Faleria y, tras dejar su impedimenta allí con una pequeña escolta, continuaron con una marcha más ligera para arrasar el territorio etrusco. Todo fue arrasado a fuego y espada; se hicieron presas por todas partes. No sólo quedó la tierra completamente perdida para el enemigo, también se quemaron sus aldeas y castillos. Los romanos se abstuvieron de atacar las ciudades en las que los aterrorizados etruscos se habían refugiado. Cneo Fulvio libró un brillante combate en Bovianum Vetus, en el Samnio, y obtuvo una decisiva victoria. Luego tomó Bovianum Vetus por asalto y, poco después, Aufidena.

[10.13] Durante aquel año, se estableció una colonia en Carseoli, en el país de los ecuos. El cónsul Fulvio celebró un triunfo sobre los samnitas. Conforme se acercaban las elecciones consulares, se extendió un rumor sobre que los etruscos y los samnitas estaban levantando inmensos ejércitos. De acuerdo con los informes recibidos, los líderes de los etruscos fueron acusados en todas las reuniones de los consejos locales de no haber traído a los galos, bajo cualesquiera condiciones, para que participasen en la guerra; se increpaba a los magistrados samnitas por haber empleado contra los romanos unas fuerzas alistadas únicamente para combatir contra los lucanos; el enemigo acrecentaba sus propias fuerzas y las de sus aliados, mientras que las cosas ya no se resolverían sin un conflicto mucho mayor que antes. Había hombres distinguidos entre los candidatos al consulado, pero la seriedad del peligro hizo volver los ojos a Quinto Fabio Máximo. Él, en un principio, simplemente declinó ser candidato; luego, al ver el sentir popular, claramente se negó a que apareciera su nombre: *¿Por qué*, preguntó, *queréis a un hombre anciano como yo, que*

ha cumplido todos sus deberes y ganado todas las recompensas por ellos? Yo no soy el hombre que era, ni en fuerza de cuerpo ni de mente, y me temo que no quede ningún dios que considere que mi buena fortuna sea ya excesiva o demasiado ininterrumpida para que la disfrute la naturaleza humana. He crecido hasta la medida de la gloria de mis antepasados, y veré gustoso a otros alcanzar la altura de mi propia fama. No faltan honores en Roma para los hombres más fuertes y más capaces, ni faltan hombres para ganar tales honores. Esta exhibición de modestia y desinterés sólo hizo que el sentimiento popular se agudizara en su favor, al demostrar cuán justamente se comportaba. Pensando que la mejor manera de confrontarlo sería apelar a la instintiva reverencia a las leyes, ordenó que se volviera a proclamar la ley que prohibía a cualquier hombre ser reelegido cónsul hasta pasados diez años. Debido al clamor, apenas se pudo escuchar la ley, y los tribunos de la plebe declararon que no había impedimento aquí y que presentarían una proposición a la Asamblea para que se le eximiese de sus disposiciones. Él, sin embargo, persistió en su negativa, y en varias ocasiones preguntó cuál era el objeto de hacer leyes si se rompían deliberadamente por quienes las hacían; *Nosotros*, decía, *gobernamos ahora a las leyes, en vez de que las leyes nos gobiernen a nosotros.* A pesar de su oposición, el pueblo empezó a votar, y conforme era llamada cada centuria, esta se declaraba sin la menor duda por Fabio. Por fin, cediendo a la voluntad general de sus compatriotas dijo: *Que los dioses aprueben lo que habéis hecho y lo que vais a hacer. Ya que, así pues, vais a seguir vuestro propio camino por lo que a mi respecta, dadme la oportunidad de emplear mi influencia con vosotros por lo que hace a mi colega. Os pido que elijáis como mi colega cónsul a Publio Decio, un hombre con el que trabajo en total armonía, un hombre digno de vuestra confianza y digno de su ilustre padre.* La recomendación se consideró bien merecido, y todas las centurias que aún no habían votado eligieron cónsules a Quinto Fabio y Publio Decio *(297 a.C.).* Durante aquel año, los ediles procesaron a muchas personas al ocupar más cantidad de tierra que la legalmente permitida. Apenas nadie pudo escapar a la acusación y se puso un gran freno a la codicia desmesurada.

[10.14] Los cónsules estaban ocupados con sus preparativos para la campaña, decidiendo quién de ellos haría frente a los etruscos y quién a los samnitas, cuántas tropas necesitarían y qué teatro de operaciones sería el mejor cuando llegaron mensajeros desde Sutri, Nepi y Civita Castellana con informaciones definitivas acerca de que las asambleas locales de Etruria habían convenido decidirse por una política de paz. Sobre la base de esta información, todo el esfuerzo de guerra se volvió contra los samnitas. Con el fin de facilitar el transporte de suministros, y también para hacer que el enemigo dudase en cuanto a la línea del avance romana, Fabio llevó sus legiones a través de Sora, mientras que Decio marchó por territorio sidicino. Cuando hubieron cruzado las fronteras del Samnio, marcharon en un frente muy extendido y devastando el país a su paso. Extendieron aún más el alcance de sus partidas exploratorias, y descubrieron al enemigo cerca de Tiferno. Este se había dispuesto en un valle aislado, preparado para atacar a los romanos, en caso de que entrasen en el valle, desde el terreno elevado a ambos lados. Fabio dejó la impedimenta en lugar seguro con una pequeña guardia. A continuación, informó a sus hombres de que la batalla era inminente y, concentrándoles en un sólido cuadrado, se acercó hasta la posición elevada donde se ocultaba el enemigo. Los samnitas, viendo que se había perdido la sorpresa y que la cuestión se habría de decidir en campo abierto, pensaron que lo mejor sería enfrentarse a sus enemigos en batalla campal. Bajaron, por tanto, a terreno más bajo y se encomendaron a la Fortuna con más valor que esperanza. Pero fuera que hubiesen juntado toda la fuerza de cada comunidad del Samnio, o que su valor estuviera acrecentado por el pensamiento de que su misma existencia como nación dependía de aquella batalla, ciertamente acertaron a producir gran inquietud en las filas romanas, aún cuando luchaban en terreno abierto. A ver Fabio que el enemigo mantenía el terreno en toda la línea, cabalgó hasta primera línea con su hijo, Máximo, y con Marco Valerio, ambos tribunos militares, y les ordenó ir donde la caballería y decirles que recordaban alguna ocasión en que la república hubiera sido auxiliada por los esfuerzos de la caballería, aquel día debían dar lo mejor de

sí para mantener la fama de aquel Arma del Estado, pues el enemigo se mostraba inconmovible contra la infantería y todas sus esperanzas reposaban en la caballería. Hizo un llamamiento personal a cada uno de ellos, derrochando elogios y manteniendo la esperanza en grandes recompensas. Considerando, sin embargo, que pudiera fallar en su objetivo la carga de caballería y que el ataque en masa resultase inútil, pensó que debía adoptar cierta estratagema. Escipión, uno de sus generales, recibió órdenes para tomar a los asteros de la primera legión y, llamando la atención lo menos posible, llevarles hasta los cerros próximos. A continuación, subiendo hasta donde no pudieran ser vistos, aparecerían de repente a retaguardia del enemigo.

La caballería, dirigida por los dos jóvenes tribunos, cabalgó delante de los estandartes y su aparición repentina produjo casi tanta confusión entre los suyos como entre el enemigo. La línea samnita permaneció perfectamente firme contra los escuadrones al galope, que en ninguna parte pudieron obligarlos a retroceder ni a romper la línea. Viendo que su intento fallaba, la caballería se retiró detrás de los estandartes y ya no tomó parte en los combates. Esto aumentó el valor del enemigo, y el frente romano no habría sostenido la lucha, enfrentados como estaban por una resistencia que se volvía más obstinada conforme crecía su confianza, si el cónsul no hubiese ordenado a la segunda línea que relevase a la primera. Estas nuevas tropas detuvieron el avance de los samnitas, que ahora estaban presionando hacia adelante. Justo en ese momento, se vieron los estandartes en las colinas y un nuevo grito de guerra surgió de las filas romanas. La inquietud que se creó entre los samnitas fue mayor de lo que las circunstancias justificaban, pues Fabio gritó que llegaba su colega Decio, y cada soldado, loco de alegría, gritaba a su compañero que venía el otro cónsul con sus legiones. Este error, tan oportunamente ocurrido, llenó a los samnitas de desánimo; temían, agotados como estaban por el combate, la perspectiva de ser superados por un segundo ejército, fresco e intacto. Incapaces de ofrecer más resistencia, se dispersaron y huyeron; debido a la dispersión de su huida, el derramamiento de sangre fue pequeño en comparación con la magnitud de la victoria; tres mil cuatro cientos resultaron muertos, unos ochocientos treinta fueron hechos prisioneros y se capturaron veintitrés estandartes.

[10.15] Antes de que se librara esta batalla, los apulios se habrían unido a los samnitas si el cónsul Decio no se hubiera anticipado a su acción, asentando su campamento en Benevento. Les provocó al combate y los puso en fuga, y en esta batalla hubo también más huidos que muertos, los cuales ascendieron a dos mil. Sin preocuparse más de los apulios, Decio llevó su ejército al Samnio. Allí pasaron ambos ejércitos consulares cinco meses, devastando y asolando el país. En cuarenta y cinco lugares distintos del Samnio fijó Decio en una u otra ocasión su campamento; el otro cónsul lo hizo en ochenta y seis. No fueron murallas y fosos los únicos restos que dejaron, más visibles aún resultaron aquellos que atestiguaban la devastación y despoblamiento de todo el país. Fabio también capturó la ciudad de Cimetra, donde dos mil novecientos fueron hechos prisioneros de guerra y ochocientos treinta murieron durante el asalto. Después de esto regresó a Roma para las elecciones y dispuso que se celebraran lo antes posible. Las centurias que votaron en primer lugar se declaraban sin excepción por Fabio. Entre los candidatos estaba el enérgico y ambicioso Apio Claudio. Ansioso de asegurarse aquel honor para sí mismo, lo estaba también porque ambos puestos fueran para patricios, y ejerció toda su influencia, apoyado por la totalidad de la nobleza, para convencer a los electores para que le eligieran junto a Fabio. Al principio, Fabio rehusó alegando los mismos motivos para ello que el año anterior. Después, todos los nobles se arremolinaron alrededor de su silla y le rogaron que sacase el consulado del fango plebeyo y que restaurase al propio cargo y a las gens patricias en la augusta dignidad que desde antiguo poseyeran. Tan pronto como pudo obtener el silencio, se dirigió a ellos en términos tranquilizadores. Dijo que podría haber admitido los votos para dos patricios si viera que era elegido alguien distinto de él mismo; pero tal y como estaban las cosas no permitiría que siguiese su nombre, pues iba contra la ley y sentaba un precedente muy peligroso. Así, Lucio Volumnio, un plebeyo, fue elegido junto con Apio Claudio; ya habían estado asociados en un consulado anterior *(296 a.C.).* Los nobles criticaron a Fabio y decían

que había rechazado tener a Apio Claudio como colega porque era claramente inferior a él en elocuencia y competencia.

[10.16] Habiendo terminado las elecciones, los cónsules anteriores recibieron una extensión de su mandato por seis meses y se les ordenó que continuasen la guerra en el Samnio. P. Decio, a quien su colega había dejado en el Samnio y era ahora procónsul, continuó estragando los campos samnitas hasta expulsó a su ejército, que en ninguna parte se atrevió a enfrentarse con él, fuera de sus fronteras. Marcharon a Etruria, y tenían la esperanza de que los objetivos que no habían podido alcanzar con sus numerosas legaciones, pudieran lograrse ahora que tenían una gran fuerza y podían respaldar sus requerimientos mediante la intimidación. Insistieron en convocar una reunión de los jefes etruscos. Cuando se hubieron reunido, señalaron cómo durante muchos años habían estado luchando contra los romanos, cómo habían tratado por todos los medios soportar el peso de esa guerra con sus propias fuerzas, y cómo había resultado de escaso valor la ayuda de sus vecinos. Habían pedido la paz al no poder sostener más la guerra, y habían retomado la guerra porque una paz que les reducía a la esclavitud era más pesada de sobrellevar que una guerra en la que combatirían como hombres libres. La única esperanza que les quedaba ahora residía en los etruscos. Sabían que, de todas las naciones de Italia, ellos eran los más ricos en hombres, armas y dinero, y tenían por vecinos a los galos, entrenados en las armas desde la cuna, naturalmente valiente hasta la desesperación y sobre todo contra los romanos, una nación sobre la que con justicia podían presumir de haber capturado y luego permitirles rescatarse con oro. Si los etruscos tenían el mismo espíritu que Porsena y sus antepasados habían tenido una vez, no había razón alguna para que no pudiesen expulsar a los romanos de todos sus territorios hasta el Tíber y obligarlos a luchar por su propia existencia y no por el dominio insoportable de Italia. El ejército samnita había llegado hasta ellos completamente provisto de armas y tesoro de guerra, y estaba listo para seguirles de inmediato aún si les conducían a un ataque contra la propia Roma.

[10.17] Mientras estaban así ocupados con sus intrigas en Etruria, la guerra que los romanos llevaban a cabo en el Samnio resultó terriblemente destructiva. Cuando Publio Decio hubo comprobado mediante sus exploradores la salida del ejército samnita, convocó un consejo de guerra. *¿Por qué"*, preguntó, *nos extendemos por los campos, haciendo la guerra solo a los poblados? ¿Por qué no atacamos las ciudades amuralladas? No hay ejército que las defienda, el ejército ha abandonado su país y ha marchado a un exilio voluntario.* Su propuesta fue aprobada por unanimidad y los condujo a atacar Murgancia, una ciudad fuertemente fortificada. Tal era el entusiasmo de los soldados, debido en parte al afecto que sentían por su comandante y en parte a la expectativa de conseguir una mayor cantidad de botín del ya logrado, que asaltaron y capturaron la ciudad en un solo día. Dos mil cien combatientes fueron derrotados y hechos prisioneros, incautándose de una enorme cantidad de botín. Para evitar cargar al ejército con un pesado tren de bagajes, Decio reunión a sus hombres y les habló así: *¿Vais a contentaron con esta solitaria victoria y estos despojos? ¡Levantad vuestras sus esperanzas y expectativas a la altura de vuestro valor! Todas las ciudades de los samnitas y toda la riqueza que hay en ellas son vuestras, ahora que a sus legiones, derrotadas en tantas batallas, las habéis compelido fuera de sus fronteras. Vended lo que ahora tenéis y atraed a los comerciantes para que con la esperanza de los beneficios sigan nuestros ejércitos; yo os proporcionaré frecuentemente cosas que vender. Vayamos a la ciudad de Romúlea, donde os espera un botín aún más grande, aunque no mayor esfuerzo.*

Se vendió el botín y los hombres, dando prisa a su comandante, marcharon a Romúlea. Tampoco en este caso se construyeron obras de asedio, ni se empleó la artillería; en el momento que se llevaron los estandartes hacia las murallas, ninguna resistencia pudieron oponer los defensores para detener a los soldados; situaron sus escalas de asalto donde les vino más cerca y escalaron sobre las murallas. La ciudad fue tomada y saqueada, dos mil trescientos murieron, seis mil fueron hechos prisioneros y se consiguió gran cantidad de botín que las tropas, como antes, se vieron

obligadas a poner a disposición de los mercaderes. El siguiente lugar en ser atacado fue Ferentino y, aunque no se dio descanso a los hombres, marcharon allá del mejor humor. Aquí, sin embargo, tuvieron más problemas y corrieron más riesgos. La posición se había fortificado tanto como era posible, combinando naturaleza y arte, y las murallas estaban defendidas con la mayor energía; pero los soldados, habituados al saqueo, superaron todos los obstáculos. Tantos como tres mil enemigos fueron muertos en las murallas; el botín se entregó a las tropas. En algunos analistas, la mayor parte del crédito de estas capturas se concede a Máximo; Decio tomó, según dicen, Murgancia, y Fabio capturó Ferentino y Romúlea. Algunos, de nuevo, reclaman este honor para los nuevos cónsules, mientras que unos pocos lo limitan a Lucio Volumnio, a quien dicen correspondió el Samnio como su área de acción.

[10.18] Mientras transcurría esta campaña en el Samnio, quienquiera que fuese su jefe y auspiciador, una guerra más grave contra Roma se estaba organizando en Etruria, en la que iban a tomar parte muchas naciones. El principal organizador fue Gelio Egnacio, un samnita. Casi todos los pueblos etruscos se habían decidido por la guerra, llevando el contagio a los pueblos vecinos de la Umbría y habiendo solicitado ayuda de los galos como mercenarios. Todos estos se fueron concentrando en el campamento samnita. Cuando las noticias de este repentino levantamiento llegaron a Roma, Lucio Volumnio ya había marchado hacia el Samnio con las legiones segunda y tercera y quince mil tropas aliadas; se decidió, por consiguiente, que Apio Claudio debía entrar a la mayor brevedad posible en Etruria. Dos legiones romanas le siguieron, la primera y la cuarta, y doce mil aliados. Fijó su campamento no lejos del enemigo. La ventaja obtenida por su pronta llegada sirvió para infundir el temor a Roma y controlar a algunos pueblos etruscos que aún estaban meditando si entrar en guerra; nada hizo el cónsul, sin embargo, para demostrar su sabiduría o habilidad militar. Se produjeron varios combates desde posiciones y en momentos desfavorables, y cuando más aumentaban las esperanzas enemigas de vencer, más formidable se volvía el adversario. Llegaron las cosas casi al punto de que los soldados desconfiasen de su general y que su general no confiara en sus soldados. Encuentro registrado por algunos analistas que envió cartas a su colega llamándose del Samnio, pero no puedo asegurar esto a ciencia cierta, pues esta misma circunstancia se convirtió en objeto de discusión entre ambos cónsules, que desempañaban juntos el cargo por segunda vez; Apio negando que hubiera enviado ninguna carta y Volumnio insistiendo en que Apio le había llamado por carta.

Volumnio, para entonces, había tomado tres castillos en el Samnio donde habían muerto tres mil hombres y casi la mitad de ese número se habían hecho prisioneros. También había enviado a Quinto Fabio, el procónsul, con su ejército veterano, para gran satisfacción de los magnates lucanos, a reprimir los disturbios que se habían producido por aquella parte del país entre los plebeyos y las clases indigentes. Dejando la devastación de los campos enemigos a cargo de Decio, se dirigió con todas sus fuerzas hacia Etruria. A su llegada fue unánimemente bienvenido. En cuanto al modo en que Apio lo trató, creo depende de cuál fuera la verdad: con ira, si realmente no había escrito la carta, pero ingrato y falaz si ocultaba que la había remitido. Cuando él salió al encuentro de su colega, casi antes de haber tenido tiempo de intercambiar saludos mutuos, le preguntó: *¿Va todo bien, Volumnio? ¿Cómo van las cosas en el Samnio? ¿Qué te ha hecho abandonar la provincia que te fue asignada?* Volumnio le respondió que todo transcurría satisfactoriamente y que había venido porque él así se lo había pedido por carta. Si se trataba de una falsificación y no había nada que él tuviese que hacer en Etruria, enseguida contramarcharía con sus tropas y se irían. *Pues bien,* dijo Apio, *entonces vete, que nada te retenga aquí, porque no es justo que no siendo tal vez capaz de afrontar tu propia guerra, te hayas de jactar de haber venido a ayudar a los demás.—¡Que sea para bien, por Hércules!,* respondió Volumnio. *Prefiero haberme tomado en vano tantas molestias a que sucediera algo en Etruria para lo que no bastase un sólo ejército consular.*

[10.19] Al ir a separarse los cónsules, los legados y tribunos de Apio les rodean; algunos de

ellos imploraron a su propio comandante que no rechace la ayuda de su colega, ayuda que él mismo debía haber pedido y que se le ofrecía ahora espontáneamente; muchos de los otros trataron de detener a Volumnio, que se marchaba, y le conminaban a no traicionar la seguridad de la república por una mísera pelea con su colega. Argüían que, si ocurría algún desastre, la responsabilidad recaería en aquel que abandonase al otro, no en el que fuera abandonado; llegando a este punto, toda la gloria del éxito y toda la deshonra del fracaso caerían sobre Volumnio. El pueblo no se preguntaría qué palabras había pronunciado Apio, sino qué fortuna había tenido el ejército; a él le podía haber despedido Apio, pero su presencia era exigida por la república y por el ejército. Sólo tenía que comprobar el sentir de los soldados para darse cuenta de esto por sí mismo. En medio de apelaciones y advertencia de este tenor, lograron prácticamente arrastrar a los reluctantes cónsules hasta un consejo de guerra. Allí, la discusión que habían presenciado anteriormente se convirtió en poco tiempo en otra mucho mayor. Volumnio tenía no sólo el caso más fuerte, sino que se mostró como un orador nada malo, incluso si se le comparaba con la excepcional elocuencia de su colega. Apio comentó sarcásticamente que deberían considerar que gracias a él tenían un cónsul verdaderamente capaz de hablar, en vez del tartamudo que era antes. En su consulado anterior, especialmente durante los primeros meses de mandato, no podía abrir ni la boca, y ahora se estaba convirtiendo en un orador bastante popular. Volumnio le observó: *Hubiera preferido, en vez de eso, que tú hubieses aprendido a actuar con vigor y decisión en vez de haber aprendido yo de ti a ser un orador eficaz.* Por último, hizo una propuesta que resolvería la cuestión de quién era, no el orador mejor, que no era eso lo que precisaba la república, sino el mejor jefe. Sus dos provincias eran Etruria y el Samnio; Apio podría elegir la que prefiriese pues él, Volumnio, estaba dispuesto a dirigir las operaciones tanto en Etruria como en el Samnio. Ante esto, se elevó un clamor entre los soldados; insistían en que ambos cónsules debían hacerse cargo de la guerra en Etruria. Cuando Volumnio vio que éste era el deseo general, dijo: *Ya que yo he cometido un error al interpretar los deseos de mi colega, yo me encargaré de que no haya ninguna duda acerca de qué es lo que deseáis. Expresad vuestro deseo por aclamación; ¿queréis que me quede o que me vaya?* Dieron tal grito como respuesta que hicieron que el enemigo saliera de su campamento; tomando sus armas, se dirigieron hasta el campo de batalla. Luego, Volumnio ordenó que sonase la señal de batalla y que se sacaran los estandartes fuera del campamento. Apio, según se dice, estuvo durante algún tiempo indeciso al ver que, tanto si luchaba como si se mantenía inactivo, la victoria se achacaría a su colega; pero al final, temiendo que también sus legiones siguiesen a Volumnio, cedió a sus ruidosas demandas y les dio la señal para la batalla.

En ambos bandos, las formaciones estaban lejos de haberse completado. El dux samnita, Gelio Egnacio, había partido con unas pocas cohortes en una salida de forrajeo, y sus tropas empezaron la batalla obedeciendo a sus propios impulsos más que a ninguna voz de mando. Nuevamente, los ejércitos romanos no fueron llevados al ataque sincronizadamente, ni hubo tiempo bastante para que pudieran formar de nuevo. Volumnio entró en combate antes de que Apio llegara hasta el enemigo, de modo que la batalla comenzó sobre un frente irregular con los oponentes habituales cambiados: los etruscos enfrentándose a Volumnio y los samnitas, tras un pequeño retraso debido a la ausencia de su líder, cerrando con Apio. La historia cuenta que este levantó sus manos al cielo, para hacerse visible a los que rodeaban los estandartes y pronunció esta oración: *¡Bellona! Si es tu deseo concedernos hoy la victoria, yo, a cambio, te dedicaré un templo.* Tras esta oración parecía como si la diosa le hubiese inspirado, mostró un valor igual al de su colega o incluso al de todo el ejército. Nada faltó, por parte de los generales, para asegurar el éxito, y las filas y líneas de cada ejército consular hicieron todo lo posible para evitar que el otro fuese el primero en alcanzar la victoria. El enemigo fue incapaz de soportar una fuerza mucho mayor que cualquier otra a la que estuviese habituado a enfrentarse y, en consecuencia, fue puesto en fuga. Los romanos incrementaron su ataque al empezar ellos a ceder terreno, y cuando se dispersaron y huyeron, los siguieron hasta que se refugiaron en su campamento. Allí, la aparición de Gelio y sus cohortes renovó un tanto el combate; pronto, sin embargo, fueron derrotados y los vencedores atacaron el

campamento. Volumnio, alentando a sus hombres con su propio ejemplo, dirigió en persona el ataque a una de las puertas mientras Apio encendía repetidamente el valor de sus tropas invocando a *Bellona, la victoriosa*. Lograron abrirse paso a través del foso y la empalizada; el campamento fue capturado y saqueado, descubriéndose y entregándose a los soldados una cantidad muy considerable de botín; seis mil novecientos enemigos fueron muertos y dos mil ciento veinte hechos prisioneros.

[10.20] Mientras ambos cónsules, con toda la fuerza de Roma, dedicaban todas sus energías más y más a la guerra etrusca, se levantaban en el Samnio nuevos ejércitos con el propósito de asolar los territorios sometidos a Roma. Atravesaron tierras de los vescinos hasta llegar al territorio que rodeaba Capua y Falerno, obteniendo un inmenso botín. Volumnio volvía al Samnio a marchas forzadas, pues estaba a punto de expirar el mandato ampliado de Fabio y Decio, cuando se enteró de las devastaciones que los samnitas estaban produciendo en Campania. En seguida desvió su ruta en aquella dirección para proteger a nuestros aliados. Cuando estaba en la zona de Cales vio por sí mismo las huellas recientes de la destrucción que habían provocado, y los habitantes le informaron de que el enemigo se llevaba tanto botín que apenas podía mantener un orden de marcha adecuado. De hecho, sus generales decían abiertamente que no se atrevían a exponer a un ejército tan cargado a los azares de una batalla, y que debían regresar enseguida al Samnio para dejar allí su botín, tras lo cual regresarían para una nueva incursión. Aun cuando todo esto fuera cierto, Volumnio pensó que debía obtener más información y, por consiguiente, envió alguna caballería para alcanzar a los rezagados que pudieran encontrar de entre los incursores. Al interrogarles, se enteró de que el enemigo se había detenido junto al río Volturno y que avanzaría sobre la tercera guardia, tomando el camino del Samnio. Satisfecho con esta información, marchó y fijó su campamento a una distancia del enemigo que, si bien no estaba lo bastante cerca como para que detectasen su llegada, sí lo estaba para permitirle sorprenderles mientras estaban abandonando su campamento. Algún tiempo antes del amanecer, se acercó hasta su campamento y envió algunos hombres familiarizados con el idioma osco para averiguar lo que estaba pasando. Mezclados con el enemigo, cosa fácil en la confusión de una salida nocturna, se encontraron con que los estandartes ya habían salido, con sólo unos cuantos para defenderlos, el botín y quienes debían escoltarlo estaban saliendo justo entonces y el ejército en su totalidad estaba impedido de ejecutar cualquier maniobra, pues cada cual se preocupaba de sus propios asuntos, sin haber dispuesto ningún plan de acción común y sin tener órdenes concretas de su comandante. Este parecía el momento de lanzar su ataque, y la luz del día se acercaba, por lo que ordenó que se tocase a carga y atacó la columna enemiga. Los samnitas se vieron estorbados por su botín, sólo unos pocos estaban en orden de combate; algunos huyeron y llevaron delante a los animales que habían capturado, otros se pararon, indecisos entre seguir o regresar al campamento; en medio de sus dudas, fueron rodeados y destrozados. Los romanos se habían ya apoderado de la empalizada y el campamento se convirtió en escenario de una salvaje carnicería y desórdenes. La confusión creada en la columna samnita por la rapidez del ataque se incrementó por la repentina liberación de sus prisioneros. Algunos, tras liberarse a sí mismos, rompieron las cadenas de quienes les rodeaban, otros se apoderaban de las armas que había en los equipajes y provocaron un gran tumulto en el centro de la columna, más terrible conforme trascurría la lucha. Luego lograron una hazaña aún más extraordinaria. Estacio Minacio, el general en jefe, cabalgaba arriba y abajo de las filas animando a sus hombres cuando los prisioneros lo atacaron y, tras dispersar a su escolta, se lo llevaron a toda prisa, estando todavía en su silla, para presentarlo como prisionero al cónsul romano. El ruido y el tumulto hicieron volver a las cohortes que estaban a la cabeza de la columna y la batalla se reanudó, pero sólo por un corto período de tiempo, pues era imposible una larga resistencia. Hasta seis mil hombres resultaron muertos, hubo dos mil quinientos prisioneros, entre ellos cuatro tribunos militares, se capturaron treinta estandartes y, lo que proporcionó más placer a los vencedores, se rescataron siete mil cuatrocientos cautivos y se recuperó el inmenso botín arrebatado a los aliados. Se dio aviso público, invitando a los propietarios a identificar y recuperar lo que les pertenecía. Todo aquello para lo que no apareció ningún

propietario en el día señalado se le entregó a los soldados, pero estos se vieron obligados a venderlo todo para que nada pudiese distraer sus pensamientos de sus deberes militares.

[10.21] Esta incursión de saqueo en Campania produjo gran preocupación en Roma, y dio la casualidad de que justo en ese momento se recibieron graves nuevas de Etruria. Tras la retirada del ejército de Volumnio, todo el país, actuando en concierto con el general samnita, Gelio Egnacio, se levantó en armas; mientras, los umbros eran convocados para unirse al movimiento y se abordaba a los galos con generosas ofertas de remuneración. El Senado, completamente alarmado por estas noticias, ordenó la suspensión de todos los negocios, jurídicos o de cualquier otra clase, y se alistó a los hombres de todas las edades y de todas las clases. No sólo se obligó a efectuar el juramento militar a los nacidos libres y a todos los que estaban en edad militar, también se formaron cohortes a base de los más ancianos e incluso se encuadró a los libertos en centurias. Se tomaron las disposiciones para la defensa de la Ciudad, y Publio Sempronio se hizo cargo del mando supremo. El Senado, sin embargo, vio aliviada su ansiedad al recibir algunos despachos de Lucio Volumnio, quien aseguró que los saqueadores de la Campania habían sido derrotados y muertos. Se ordenó una acción oficial de agradecimiento en honor del cónsul, se retiró la suspensión de los negocios trascurridos dieciocho días y la acción de gracias tuvo un carácter más alegre. El siguiente asunto era la protección del territorio que había sido devastado por los samnitas, y se decidió asentar un grupo de colonos en el país de Vescia y en Falerno. Uno de ellos se situaría en la desembocadura del Liris, que ahora es la colonia de Menturnas; el otro, en los bosques vescinios donde estaría contiguo al territorio de Falerno. Se dice que aquí estuvo la ciudad griega de Sinope, y por esto los romanos le dieron al lugar el nombre de Sinuessa. Se dispuso que los tribunos de la plebe debían conseguir que se aprobase en plebiscito que requiriese de Publio Sempronio, el pretor, que nombrase triunviros para la fundación de las colonias en aquellos lugares. Pero no era fácil encontrar gente a quien enviar a lo que era, en la práctica, un puesto de descubierta en un peligroso y hostil país, en vez de un conjunto de tierras sorteadas para su cultivo. La atención del Senado se desvió de estos asuntos por el agravamiento de las perspectivas de la situación en Etruria. Llegaron frecuentes despachos de Apio alertándoles para que no descuidasen los movimientos que se estaban produciendo en aquella parte del mundo; cuatro naciones habían unido sus armas: los etruscos, los samnitas, los umbros y los galos, y se habían visto obligados a establecer dos campamentos separados al no poder solo uno albergar tal multitud. La fecha de las elecciones se acercaba y Volumnio fue llamado a Roma para celebrarlas, y también para aconsejar sobre la política general. Antes de llamar a votar a las centurias, convocó al pueblo a una Asamblea. Aquí se extendió un tanto sobre la gravedad de la guerra en Etruria. Incluso, dijo, aun cuando él y su colega estaban dirigiendo conjuntamente la campaña, la guerra había alcanzado una escala demasiado grande como para que un único general con un único ejército le hiciera frente. Para entonces, él se había enterado de que los umbros y una enorme fuerza de galos había incrementado las filas del enemigo. Los electores debían tener en cuenta que ese día elegían a dos cónsules para hacer frente a cuatro naciones. La elección del pueblo romano recaería, estaba seguro, en el único hombre que era, sin ninguna duda, el primero de sus generales. De no estar seguro de esto, él habría nombrado enseguida un dictador.

[10.22] Después de este discurso, a nadie le cabía duda de que se debía elegir a Quinto Fabio por unanimidad. Las centurias prerrogativas y las llamadas en primer lugar habían votado por él y por Volumnio, cuando se dirigió a los electores en los mismos términos que había empleado hacía dos años, y como en aquella ocasión cedió al deseo general, volviendo a pedir que Publio Decio fuese su colega. Sería un apoyo para su vejez, habían sido censores juntos y cónsules dos veces, y sabía por experiencia que nada servía tanto para proteger al Estado que la armonía entre colegas. Sentía que en aquel momento de su vida ya no podría acostumbrarse a un nuevo compañero de cargo, que le sería mucho más fácil compartir sus consejos con uno cuyo carácter y disposición ya

conocía. Volumnio confirmó cuanto dijo Fabio. Otorgó un merecido elogio a Decio, y señaló cuánta ventaja se ganaría en las operaciones militares por la armonía entre los cónsules y cuánto mal se producía cuando estaban en desacuerdo. Mencionó como ejemplo el reciente malentendido entre él y su colega, que casi llevó a un desastre nacional, y solemnemente amonestó a Decio y a Fabio para que convivieran como una sola mente y un solo corazón. Ellos, continuó, habían nacido jefes, grandes en el combate, poco dotados para contiendas verbales y poseedores, de hecho, de todos los méritos de un cónsul. Aquellos, en cambio, que eran despiertos y astutos, peritos en leyes y litigantes avezados, como Apio Claudio, debían ser empleados en la Ciudad y en los tribunales; debían ser elegidos pretores para que administrasen justicia. La discusión en la Asamblea duró todo el día. Al día siguiente se celebraron las elecciones para cónsules y pretores. La recomendación del cónsul fue seguida y Quinto Fabio y Publio Decio resultaron elegidos cónsules mientras que Apio Claudio fue elegido pretor, todos ausentes. El Senado aprobó una resolución, que la Asamblea confirmó mediante plebiscito, para que se prorrogase el mandato de Volumnio por un año.

[10.23] Varios portentos tuvieron lugar este año y, con objeto de conjurarlos, el Senado aprobó un decreto para que se ofrecieran rogativas especiales durante dos días. El vino y el incienso se proporcionaron a cargo del erario público, y tanto hombres como mujeres asistieron en gran número a las funciones religiosas. Este momento de especial observancia se hizo memorable por la pelea que estalló entre las matronas en la capilla de la Pureza Patricia, que está en el Foro Boario, cerca del templo circular de Hércules. Verginia, la hija de Aulo Verginio, un patricio, se había casado con el cónsul plebeyo, Lucio Volumnio, y las matronas la excluyeron de sus ritos sacros por haberse casado fuera del patriciado. Esto condujo a un breve altercado que, como las mujeres se apasionasen, pronto se convirtió en tormenta. Verginia protestaba con absoluta veracidad que ella entraba al templo de la Pureza como patricia que era y una mujer pura, esposa de un hombre a quien había sido prometida como virgen, y que no tenía nada de qué avergonzarse, ni por su marido, ni por su honorable carrera ni por los cargos que había desempañado. A su soberbia declaración añadió su acto posterior. En el barrio Largo, donde vivía, cerró una parte de su casa, lo bastante para construir una capilla de moderado tamaño y levantar allí un altar. Luego llamó a las matronas plebeyas y les contó cómo había sido injustamente tratada por las damas patricias. *Voy a dedicar*, les dijo, *este altar a la Pureza Plebeya, y yo os exhorto encarecidamente como matronas a que mostréis el mismo espíritu de emulación en la valoración de la castidad que el que muestran los hombres de esta Ciudad respecto al valor, para que este altar pueda tener, si fuera posible, la reputación de ser honrado con más sagrada observancia y más pura adoración que el de las patricias.* El ritual y ceremonial practicados en este altar eran casi idénticos a los del más antiguo; no se permitiría sacrificar allí a ninguna matrona cuya moralidad no estuviera bien acreditada y que hubiera tenido más de un marido. Posteriormente fue contaminado por la presencia de las mujeres de todo tipo, no sólo matronas, y finalmente quedó en el olvido. Los ediles curules, Cneo y Quinto Ogulnio, llevaron a juicio ese año a varios prestamistas. El producto de las multas ingresado en el Tesoro se dedicó a varios asuntos públicos; La proporción de las multas que se ingresarán en el Tesoro se dedicó a diversos objetos públicos; los umbrales de madera del Capitolio fueron sustituidos por otros de bronce, se hicieron vasijas de plata para las tres mesas en el templo de Júpiter y una estatua del propio dios, en una cuadriga, se situó en el techo. También colocaron cerca de la higuera Ruminal un grupo escultórico representando a los fundadores de la Ciudad como niños amamantados por la Loba. Por orden suya, se pavimentó con losas de piedra la calle que va desde la Puerta Capena al templo de Marte. Algunos ganaderos fueron procesados también por exceder el número de ganado que podía introducirse en el terreno público, y los ediles plebeyos, Lucio Elio Peto y Cayo Fulvio Curvo, gastaron el dinero obtenido de las multas que impusieron en juegos públicos y en un conjunto de copas de oro que fueron colocadas en el templo de Ceres.

[10.24] Quinto Fabio y Publio Decio entraron ahora en su año de mandato *(295 a.C.)*, el

primero por quinta vez y el último por cuarta. En dos ocasiones anteriores habían sido cónsules juntos, habían desempeñado juntos la censura y su total comunión, tanto como el cumplimiento de sus deberes, distinguió especialmente su desempeño del cargo. Pero esto no duraría para siempre; el conflicto que estalló entre ellos se debió, sin embargo, según creo, más al antagonismo entre los órdenes a los que pertenecían que a cualquier sentimiento personal por su parte. Los senadores patricios ansiaban enormemente que Etruria fuera asignada a Fabio, sin seguir el procedimiento habitual; los senadores plebeyos instaron a Decio para que insistiera en que el asunto se resolviera mediante el habitual sorteo. Había, en todo caso, una clara división de opiniones en el Senado y, cuando se hizo evidente que el interés de Fabio tenía más fuerza, se remitió la cuestión al pueblo. Como ambos eran antes que nada soldados, confiando más en los hechos que en las palabras, sus discursos ante la Asamblea fueron breves. Fabio declaró que sería una conclusión indigna el que otro recogiese los frutos del árbol que él había plantado; él había abierto la selva Ciminia y construido un camino, a través de una selva sin ellos, con las armas de Roma. ¿Por qué le habían metido en problemas a esas alturas de su vida si deseaban encargar la guerra a otro general? Luego se dirigió a Decio: *Sin duda*, dijo, *he escogido a un oponente, y no a un compañero, en el cargo; Decio está pesaroso de que nuestros tres años de poder compartido hayan transcurrido tan armoniosamente.* Por último, afirmó que él no deseaba nada más que, si lo consideraban digno de ese mando, lo enviasen allí; había cedido a la voluntad del Senado y aceptaría la decisión del pueblo.

Publio Decio, en respuesta, protestó contra la injusticia del Senado. Los patricios, dijo, habían hecho todo lo posible para excluir a los plebeyos de los cargos más importantes del Estado. Desde que el mérito personal se había impuesto sobre la clase a la que se pertenecía, su objetivo ahora consistía no solo en tergiversar las decisiones expresadas por el pueblo en sus votaciones, sino incluso cambiar los juicios que hacía la Fortuna, para mantener su poder siendo tan pequeño su número. Todos los cónsules antes que él habían sorteado sus mandos, ahora el Senado daba a Fabio el suyo con independencia de la suerte. Si aquello era simplemente algo así como una marca de honor, entonces admitiría que Fabio había rendido servicios a la república y a él mismo y con gusto aceptaría cualquier cosa que acrecentara su fama, siempre que no implicase un insulto para sí mismo . Pero, ¿quién podía dejar de ver que cuando una guerra, particularmente difícil y temible, se confiaba a un cónsul sin recurrir a la suerte, aquello significaba que al otro cónsul se le consideraba superfluo e inútil? Fabio señaló con orgullo sus logros en Etruria; Decio deseaba ser capaz de hacer lo mismo, y posiblemente pudiera tener éxito extinguiendo completamente el fuego que el otro solo había ahogado, y ahogado de modo tal que constantemente renacía en nuevas conflagraciones cuando menos se esperaba. Él estaba dispuesto a conceder honores y recompensas a su colega por respeto a su edad y posición, pero tratándose de una cuestión de peligro o de combate no cedería, no voluntariamente. Si no ganaba otra cosa de aquella disputa, al menos obtendría aquello: que el pueblo decidiera la cuestión que les correspondía a ellos decidir, en lugar de que el Senado mostrase una indebida parcialidad. Rogó a Júpiter Óptimo Máximo y a los dioses inmortales para que le concediesen la ocasión imparcial de echar suertes con su colega, si les habían de otorgar el mismo valor y buena fortuna en la dirección de la guerra. Fue, en todo caso, algo eminentemente justo en sí mismo, un excelente precedente para todos los tiempos y una cuestión que tocaba el buen nombre de Roma muy de cerca, el que ambos cónsules fueran hombres en condiciones de dirigir la guerra etrusca sin riesgo de fracasar. La única respuesta de Fabio fue a rogar al pueblo que escuchase alguno de los despachos que había remitido Apio antes de proceder a la votación. Luego abandonó la Asamblea. El pueblo fue no menos fuerte en su apoyo de lo que lo había sido el Senado y se decretó que Etruria se asignase a Fabio sin echar las suertes.

[10.25] Una vez se llegó a esta decisión, todos los hombres en edad militar se reunieron con el cónsul, y cada uno empezó a dar su nombre, tan ansiosos estaban de servir bajo su mando. Al verse rodeado de esa multitud, gritó: *No tengo intención de alistar más de cuatro mil soldados de*

infantería y seiscientos de caballería, y llevaré conmigo a quienes de vosotros den sus nombres hoy y mañana. Me preocupa más que regreséis todos ricos a llevar una fuerza con muchos hombres. Con este ejército compacto, lleno de confianza y esperanza, aún más porque no sentía necesidad de un gran ejército, marcharon hacia la ciudad de Aharna, que no estaba lejos del enemigo, y desde allí fueron hasta el campamento de Apio. Era todavía a algunas millas de ella cuando se encontró con algunos soldados enviados para cortar madera, acompañados por una escolta armada. Cuando vieron los lictores marchar delante de él y escucharon que Fabio era su cónsul, se llenaron de alegría y dieron gracias a los dioses y al pueblo de Roma por haberlo enviado a ellos como su comandante. Como insistían alrededor del cónsul para saludarlo, Fabio les preguntó a dónde iban, y al decirle que se dirigían a cortar madera, les dijo *¿Qué decís?* preguntó, *¿sin duda tendréis un campamento con empalizada?* Se le informó que había una doble empalizada y foso todo alrededor del campamento y aún estaban mortalmente atemorizados. *Bien, entonces*, respondió, *volved atrás y tirad abajo vuestra empalizada, así tendréis bastante madera suficiente.* Volvieron al campamento y empezaron a demoler la empalizada, para gran terror de los que habían permanecido en el campamento, y en especial del propio Apio, hasta que se difundió la noticia de que actuaban por órdenes de Quinto Fabio, el cónsul. Al día siguiente se trasladó el campamento y Apio fue enviado de vuelta a Roma para tomar posesión de su cargo como pretor.

A partir de aquel momento los romanos no levantaron campamento. Fabio decía que era malo para el ejército permanecer fijo en un solo lugar; permanecería más sano y activo con marchas frecuentes y cambios de posición. Ellos hicieron las marchas tan largas y frecuentes como permitía la estación, pues aún no había terminado el invierno. Tan pronto la primavera se asentó, dejó la segunda legión en Clusio, antes llamada Camars, y puso a Lucio Escipión a cargo del campamento como propretor. Luego regresó a Roma para consultar al Senado respecto a las futuras operaciones. Puede que diese este paso por propia iniciativa, tras observar personalmente que la guerra era de mayor entidad de lo que había pensado a partir de los informes recibidos, o puede que le convocase en Senado; nuestros autores nos dan ambos motivos. Algunos quieren hacer creer que se vio obligado a regresar, debido a la acción de Apio Claudio, que había enviado despachos alarmantes sobre el estado de cosas en Etruria y que ahora añadía preocupación con sus discursos en el Senado y ante la Asamblea. A su juicio, un general con un solo ejército era muy insuficiente para hacer frente a cuatro naciones; tanto si combinaban sus fuerzas contra él o si actuaban por separado, existía el peligro de que fuera incapaz de enfrentar por sí solo todas las emergencias. Había dejado allí sólo dos legiones, y con Fabio habían llegado menos de cinco mil infantes y caballería; él aconsejaba que Publio Decio se uniera a su colega en Etruria tan pronto como fuera posible. El Samnio podría ser encargado a Lucio Volumnio, o, si el cónsul prefería conservar su propia provincia, Volumnio iría en ayuda de Fabio con un ejército consular completo. Como los discursos del pretor estaban produciendo tanta impresión, se nos dice que Decio dio su opinión de que no se debía interferir con Fabio, sino dejarle libre de actuar como mejor creyera hasta que él mismo regresase a Roma, si podía hacerlo con seguridad para el Estado, o si enviaba alguien de su estado mayor por quien el Senado pudiera conocer el estado presente de cosas en Etruria, qué fuerza se pudiera necesitar y cuántos generales eran precisos.

[10.26] Inmediatamente después de su llegada a Roma, Fabio se dirigió al Senado y la Asamblea para hablarles de la guerra. Su tono era tranquilo y templado, ni exageró ni subestimó las dificultades. Si aceptó, dijo, la ayuda de un colega, fue más por consideración a los otros temores del pueblo que para precaverse de cualquier peligro hacía sí mismo o hacia la república. Si, no obstante, designaron un colega para asociarlo con él en el mando, ¿cómo podía ignorar a Publio Decio, que con tanta frecuencia había sido su colega y a quien tan bien conocía? No había nadie en el mundo a quien hubiera preferido; si Decio estaba con él, siempre encontraba fuerzas suficientes para cumplir con su deber y nunca consideraba al enemigo demasiado numeroso como para enfrentarlo. Si su colega prefería algún otro arreglo, podían darle a Lucio Volumnio. El pueblo, el

Senado y su propio colega se mostraron de acuerdo en que Fabio debía gozar de entera libertad en el asunto, y cuando Decio dejó claro que estaba dispuesto a marchar tanto al Samnio como a Etruria, todos se alegraron y felicitaron. La victoria fue considerada ya como segura y parecía como si se hubiese aprobado un triunfo, y no una guerra seria, a los cónsules. Veo que algunos autores dicen que Fabio y Decio partieron inmediatamente hacia Etruria al hacerse cargo de la magistratura, sin mención a que no se decidieran sus provincias por sorteo o a la querella entre colegas que he descrito. Algunos, por otra parte, no se contentan con narrar simplemente la disputa, sino que dan cuenta por añadidura de ciertas acusaciones que presentó Apio contra el ausente Fabio ante el pueblo y los amargos ataques que le hizo en su presencia, haciendo mención de una segunda discusión entre los colegas provocada por Decio, que insistió en que cada uno debía mantenerse en la provincia que le tocó. Encontramos más acuerdo entre los autores acerca del momento en que ambos cónsules dejaron Roma para marchar al escenario de la guerra.

Pero antes de que los cónsules llegaran a Etruria, los galos senones llegaron en enorme cantidad hasta Chiusi con la intención de atacar el campamento romano y a la legión que estaba allí estacionada. Escipión estaba al mando, y pensando en ayudar la escasez de su número ocupando una posición fuerte, hizo marchar a sus fuerzas hasta una colina que se extendía entre su campamento y la ciudad. El enemigo había aparecido tan de repente que no había tenido tiempo para reconocer el terreno, y siguió hacia la cumbre después de que el enemigo ya la hubiera capturado aproximándose desde el otro lado. Así pues, la legión fue atacada por el frente y la retaguardia y quedó completamente rodeada. Dicen algunos autores que toda la legión fue allí aniquilada, nadie quedó para llevar las noticias y que, aunque los cónsules estaban no muy lejos de Chiusi para entonces, no les llegó ninguna información del desastre hasta que apareció la caballería gala con las cabezas de los muertos colgando del pecho de sus monturas o fijadas en las puntas de sus lanzas, mientras entonaban cánticos guerreros según su costumbre. Según otra tradición, no se trataba en absoluto de galos, sino de umbros, y tampoco se produjo un gran desastre; una partida de forrajeo, mandada por Lucio Manlio Torcuato, un legado, fue rodeada, pero Escipión envió ayuda desde el campamento y al final se derrotó a los umbros y se recuperó a los prisioneros y al botín. Lo más probable es que esta derrota fuera infligida por galos, y no por umbros, pues como en ocasiones anteriores, el miedo a una invasión gala se asentó en las mentes de los ciudadanos. La fuerza con la que los cónsules salieron en campaña constaba de cuatro legiones y un gran cuerpo de caballería, además de mil soldados selectos campanos destinados a esta guerra; los contingentes proporcionados por los aliados y la liga latina formaban un ejército aún más grande que el romano. Pero además de esta gran fuerza, otros dos ejércitos estaban estacionados no muy lejos de la Ciudad, frente a Etruria; uno en territorio falisco y otro en los campos del Vaticano. Los propretores, Cneo Fulvio y Lucio Postumio Megelo, habían recibido órdenes de asentar sus campamentos en aquellas posiciones.

[10.27] Después de cruzar los Apeninos, los cónsules descendieron hasta el territorio de Sentino y establecieron su campamento a unas cuatro millas de distancia del enemigo. Las cuatro naciones se consultaron sobre el plan de acción, y se decidió que no se mezclarían en un único campamento ni irían a la batalla al mismo tiempo. Los galos se vincularon con los samnitas y los umbros con los etruscos. Fijaron el día de la batalla; el peso de la lucha se reservaba a galos y samnitas para que, una vez en el fragor del combate, etruscos y umbros atacasen el campamento romano. Estos acuerdos fueron desvelados por tres desertores, que se llegaron secretamente por la noche hasta Fabio y le descubrieron los planes enemigos. Se les premió por su información y se les despidió con instrucciones de enterarse e informar de cualquier nueva decisión que se tomara. Los cónsules enviaron instrucciones por escrito a Fulvio y a Postumio para que trajeran sus ejércitos hasta Chiusi y devastasen el país enemigo durante su marcha en la medida en que fuera posible. Las nuevas de estos estragos sacaron a los etruscos de Sentino para proteger su propio territorio. Ahora los habían apartado de su camino, los cónsules se esforzaron por llegar al combate. Durante dos días

trataron de provocar al enemigo a combatir, pero nada se hizo durante esos dos días que merezca la pena mencionar; hubo algunas bajas en ambos bandos y se produjo mucha irritación que les hizo desear una batalla normal sin, no obstante, querer ponerlo todo en riesgo en un combate decisivo. Al tercer día, todas las fuerzas de ambos bandos descendieron a la llanura. Mientras ambos ejércitos se disponían a combatir, una cierva, empujada por un lobo desde las montañas, corrió entre el espacio abierto entre las dos líneas con el lobo en su persecución. Aquí cada animal tomó una dirección distinta: la cierva corrió hacia los galos y el lobo hacia los romanos. Se abrió una vía entre las filas romanas, los galos lancearon a la cierva. Ante esto, un soldado de la primera línea exclamó: *En ese lugar, donde veis yacer muerta a la criatura sagrada de Diana, empezará la huida y la carnicería; aquí este lobo, completamente ileso, criatura sagrada de Marte, nos recuerda a nuestro Fundador y que nosotros también somos de la raza de Marte.* Los galos estaban colocados a la derecha, los samnitas a la izquierda. Quinto Fabio situó las legiones primera y tercera en el ala derecha, enfrentando a los samnitas; para oponerse a los galos, Decio tenía a la quinta y la sexta legión, que formaban el ala izquierda. La segunda y la cuarta legión estaban enzarzadas en el Samnio al mando de Lucio Volumnio, el procónsul. Cuando los ejércitos chocaron por primera vez estaban tan igualados que, de haber estado presentes los etruscos y los umbros, fuese combatiendo o atacando el campamento, los romanos habrían sido derrotados.

[10,28] Sin embargo, aunque ninguno de los bandos obtenía ventaja y la Fortuna no había indicado de ningún modo a quién concedería la victoria, la lucha en el lado derecho era muy distinta de la del lado izquierdo. Los romanos al mando de Fabio combatían más a la defensiva y prolongaban la contienda tanto tiempo como les era posible. Su comandante sabía que era práctica habitual tanto de los galos como de los samnitas el hacer un ataque furioso al principio, y si éste se resistía con éxito solía bastar; el valor de los samnitas poco a poco se hundió al avanzar la batalla, mientras que los galos, incapaces de resistir el calor y el esfuerzo, vieron como se derretía su fuerza física; en sus primeros ataques eran más que hombres, al final eran más débiles que las mujeres. Conocedor de, mantenía las fuerzas de sus hombres hasta el momento en que el enemigo normalmente empezaba a dar signos de ceder. Decio, como hombre más joven, poseedor de mayor vigor mental, mostró más empuje; hizo uso de toda la fuerza que tenía al empezar el ataque, y como el combate de infantería se desarrollaba con demasiada lentitud para su gusto, hizo llamar a la caballería. Poniéndose a la cabeza de una turma de jóvenes excepcionalmente valientes, les pide que le sigan al cargar al enemigo, pues de ellos sería la doble gloria si la victoria comenzaba en el ala izquierda y si, en esa ala, la empezaba la caballería. Dos veces rechazaron a la caballería gala. Al lanzar una tercera carga, llegaron demasiado lejos y, mientras luchaban ahora desesperadamente en medio de la caballería enemiga, quedaron atemorizados por un nuevo estilo de hacer la guerra. Hombres armados, montados sobre carros y carretas de equipaje, vinieron con gran estruendo de caballos y ruedas, y los caballos de la caballería romana, no acostumbrados a esa clase de alboroto, se volvieron incontrolables por el miedo; la caballería, tras sus cargas victoriosas, cayó ahora en un frenético terror; hombres y caballos por igual quedaron destruidos en su ciega huida. Incluso los estandartes de los legionarios quedaron confundidos, y muchos de los hombres de primera fila quedaron aplastados por el peso de los caballos y los vehículos corriendo a través de las líneas. Cuando los galos vieron a su enemigo así desmoralizado, no le dieron un momento de respiro con el que recuperarse sino que continuaron enseguida con un ataque feroz. Decio gritó a sus hombres y les preguntó a dónde estaban huyendo, qué esperanza tenían al huir; trató de detener a los que retrocedían y reunir a las unidades dispersas. Al verse incapaz, hiciera lo que hiciera, de detener la desmoralización, invocó el nombre de su padre, Publio Decio, y gritó: *¿Por qué he de retrasar el destino de mi familia? Este es el privilegio concedido a nuestra gens: que seamos el sacrificio expiatorio que evite los peligros al Estado. Ofrendo ahora las legiones enemigas junto conmigo como sacrificio a Tellus y los dioses Manes.* Cuando hubo pronunciado estas palabras, ordenó al pontífice, Marco Livio, a quien había mantenido a su lado durante toda la batalla, que recitase la

fórmula prescrita por la que se iba a ofrendar *a sí mismo y a las legiones del enemigo en nombre del ejército del pueblo romano de los Quirites.* Se dedicó, así pues, con las mismas palabras y empleando las mismas vestimentas que su padre, Publio Decio, en la batalla de Veseris, en la guerra Latina. Después que hubieron sido recitadas las oraciones de costumbre, pronunció la siguiente terrible maldición: *Llevo delante de mí el terror y la derrota y la matanza y la sangre y la ira de todos los dioses, los de arriba y los de abajo. Infectaré los estandartes, los dardos, las armas del enemigo con funesta y múltiple muerte, el lugar de mi destrucción será también testigo de la de los galos y los samnitas.* Después de proferir esta imprecación sobre sí mismo y sobre el enemigo, picó su caballo contra la parte de la línea gala donde más densidad de guerreros había y saltando sobre ellos fue muerto por sus proyectiles.

[10.29] A partir de este momento, difícilmente habría parecido a nadie que la batalla dependiese solo de la fuerza humana. Después de perder a su líder, algo que por lo general desmoraliza a un ejército, los romanos detuvieron su huida y reanudaron la lucha. Los galos, especialmente los que se apiñaban alrededor del cuerpo del cónsul, estaban lanzando sus jabalinas sin puntería y sin causar daño, como si estuviesen privados de sus sentidos; algunos parecían paralizados, incapaces de luchar o de huir. Pero, en el otro ejército, el pontífice Livio, a quien Decio había traspasado sus lictores y nombrado para actuar como propretor, anunció a grandes voces que la muerte del cónsul había librado a los romanos de todo peligro y les había concedido la victoria, que galos y samnitas pertenecían a la Madre Tellus y a los dioses Manes, que Decio convocó y arrastró consigo al ejército que había ofrendado junto a sí mismo, que había pánico entre el enemigo y las Furias les sometían al azote de la locura. Habiéndose reanudado así la batalla, Fabio ordenó a Lucio Cornelio Escipión y a Cayo Marcio que llevasen las reservas desde la retaguardia para apoyar a sus colegas. Supieron allí del destino de Publio Decio, y aquello les resultó un poderoso estímulo para atreverse a todo por la república. Los galos formaban en orden cerrado, cubiertos por sus escudos, y un combate cuerpo a cuerpo no parecía un asunto fácil; sin embargo, los legados ordenaron que se juntasen las jabalinas que estaban esparcidas entre los dos ejércitos y que las lanzasen contra el muro de protección del enemigo. Aunque la mayoría quedó atrapada en sus escudos y solo unas cuantas penetraron en sus cuerpos, la masa compacta se vino abajo, cayendo la mayoría sin haber sido heridos, como si les hubiera alcanzado un rayo. Tal fue el cambio que la Fortuna provocó en el ala izquierda romana.

En la derecha, Fabio, como ya he dicho, prolongaba el combate. Cuando vio que ni el grito de guerra enemigo, ni su ímpetu ni el lanzamiento de sus proyectiles eran tan fuertes como al principio, ordenó a los prefectos de la caballería que llevasen sus alas alrededor del flanco del ejército samnita, dispuestos lanzar, cuando se les diera la señal, un ataque tan fiero como pudiesen contra el flanco. La infantería, al mismo tiempo, empujaba y desalojaba al enemigo. Cuando vio que no ofrecían resistencia y que estaban evidentemente cansados, concentró todos los apoyos que había mantenido en reserva para el momento decisivo y dio la señal de carga general a la infantería y a la caballería. Los samnitas no pudieron hacer frente al ataque y huyeron precipitadamente, pasando a los galos, hacia su campamento, dejando a sus aliados para que luchasen como bien pudieran. Los galos permanecían aún firmes en orden cerrado tras su muro de escudos. Fabio, al enterarse de la muerte de su colega, ordenó a una ala de caballería campana, una fuerza de casi quinientos, que dejase el combate y diera un rodeo para tomar los galos por la retaguardia. Los príncipes de la tercera legión recibieron orden de seguir y, donde quiera que viesen la línea enemiga desordenada por la caballería, incrementar el ataque y destrozarlas. Prometió un templo y los despojos del enemigo a Júpiter Víctor y después se dirigió al campamento samnita, donde el pánico había impulsado a toda la masa de fugitivos. Como no todos podían pasar al mismo tiempo por las puestas, los que estaban fuera intentaron resistir el ataque romano y comenzó así una batalla cerca de la empalizada. Fue aquí donde Gelio Egnacio, el comandante en jefe samnita, cayó. Finalmente, los samnitas se vieron empujados al interior de su campamento, que fue tomado tras una breve

lucha. Al mismo tiempo, los galos fueron atacados por la retaguardia y vencidos; veinticinco mil enemigos murieron combatiendo ese día y a ocho mil se les hizo prisioneros. La victoria fue en absoluto incruenta para los nuestros, pues el ejército de Publio Decio tuvo siete mil muertos y el de Fabio mil setecientos. Después de enviar a buscar el cuerpo de su colega, Fabio reunió los despojos del enemigo en una pila y los quemó como sacrificio a Júpiter Víctor. El cuerpo del cónsul no se pudo encontrar ese día, pues estaba enterrado bajo un montón de galos; fue descubierto al día siguiente y traído de vuelta al campamento en medio de las lágrimas de los soldados. Fabio dejó a un lado todo lo demás para rendir los últimos ritos fúnebres a su colega muerto; las exequias se llevaron a cabo con todos los honores y en el elogio fúnebre sonaron las merecidas alabanzas al cónsul fallecido.

[10.30] Mientras sucedía todo esto, el propretor Cneo Fulvio, en Etruria, obtenía grandes éxitos. No sólo llevó la destrucción a lo largo y a lo ancho de los campos enemigos, también libró una brillante acción contra las fuerzas unidas de Perugia y Chiusi, en la que más de tres mil enemigos murieron y se capturaron veinte estandartes. Los restos del ejército samnita intentaron escapar a través del territorio peligno, pero fueron interceptados por las tropas del país, y de sus cinco mil hombres resultaron muertos unos mil. Grande, como debiera parecer que fue a cualquier escritor que se adhiera a la verdad, la gloria de la fecha en que se libró la batalla de Sentino, hay algunos autores que la han exagerado más allá de toda credibilidad. Afirman que el ejército enemigo ascendía a un millón de infantes y cuarenta y seis mil de caballería junto a mil carros de guerra. Eso, por supuesto, incluye a los umbros y a los etruscos que se presentan como participantes en la batalla. Y como manera de aumentar las fuerzas romanas, nos cuentan que Lucio Volumnio tomó parte en el mando de la acción, junto a los cónsules, y que las legiones de estos fueron complementadas por su ejército. La mayoría de los analistas achacan la victoria solo a los dos cónsules; Volumnio es presentado combatiendo en el Samnio, haciendo que un ejército samnita se refugie en lo alto del Monte Tiferno y consiguiendo, pese a la dificultad de su posición, derrotarlo y ponerlo en fuga. Quinto Fabio dejó al ejército de Decio guarneciendo Etruria y condujo de vuelta a la Ciudad a sus propias legiones, para disfrutar un triunfo sobre los galos, los etruscos y los samnitas. En las canciones que los soldados cantaban en la procesión, se celebró tanto la muerte gloriosa de Decio como la victoria de Fabio, y recordaban la memoria del padre en sus alabanzas al hijo, que rivalizó con él en lo público tanto como en lo privado. De los despojos, cada soldado recibió ochenta y dos ases de bronce, con mantos y túnicas, recompensas nada despreciables para aquellos días.

[10.31] A pesar de estas derrotas, ni los etruscos ni los samnitas se quedaron quietos. Después que el cónsul hubo retirado su ejército los perusinos reanudaron las hostilidades, una fuerza de samnitas descendió a las comarcas que rodeaban Vescia y Formia, saqueándolas y corriéndolas a su paso, mientras que otro grupo invadía el distrito de Aserno y la región que rodeaba el río Volturno. Apio Claudio fue enviado contra estos con el antiguo ejército de Decio; Fabio, que había penetrado en Etruria, dio muerte a cuatro mil quinientos perusinos y tomó mil setecientos cuarenta prisioneros, que fueron rescatados a trescientos diez ases por cabeza; el resto del botín fue entregado a los soldados. Los samnitas, uno de cuyos cuerpos era perseguido por Apio Claudio y el otro por Lucio Volumnio, se unieron en territorio estelate, tomando posiciones allí, cerca de Cayatia junto con Apio y Volumnio. Se libró un combate desesperado; uno de los ejércitos estaba furioso contra aquellos que tantas veces habían tomado las armas contra ellos, el otro consideraba que aquella era su última esperanza. Los samnitas perdieron dieciséis mil trescientos muertos y dos mil setecientos prisioneros; por parte romana cayeron dos mil setecientos. Al igual que las operaciones militares, el año fue también próspero, pero se produjo una gran inquietud debido a una grave peste y a portentos alarmantes. Se contó que en muchos lugares llovió tierra y gran número de hombres del ejército de Apio Claudio fueron alcanzados por el rayo. Se consultaron los libros sagrados en vista

de tales sucesos. Durante este año Quinto Fabio Gurges, hijo del cónsul, que era edil, llevó a juicio a ciertas matronas ante el pueblo por el delito de adulterio. De las multas obtuvo el dinero suficiente para construir el templo de Venus que se encuentra cerca del Circo.

Las guerras samnitas aun nos acompañan, esas guerras que he contado a través de estos últimos cuatro libros y que han ocupado de forma continua cuarenta y seis años, en realidad, desde que los cónsules Marco Valerio y Aulo Cornelio llevaron las armas de Roma por vez primera al Samnio. No es necesario ahora volver a contar las innumerables derrotas que alcanzaron a ambas naciones, y las fatigas que sufrieron a través de todos esos años; y, sin embargo, tales cosas no lograron quebrar la resolución o el espíritu de aquel pueblo; solo nombraré los acontecimientos del año pasado. Durante ese período, los samnitas, luchando a veces solos, a veces en conjunción con otras naciones, habían sido derrotados por cuatro ejércitos romanos y por cuatro generales romanos en cuatro ocasiones: en Sentino, entre los pelignos, en Tiferno, y en la llanura estelate; habían perdido el general más brillante que nunca hubieran tenido; veían ahora a sus aliados (etruscos, umbros, galos) alcanzados por la misma fortuna que ellos habían sufrido; no podían aguantar más tiempo por sus propias fuerzas ni por las proporcionadas por las armas extranjeras. Y, sin embargo, no se abstenían de guerrear; tan incansables eran en la defensa de su libertad que, pese a tantas derrotas, preferían ser vencidos a no tratar de obtener la victoria. ¿Qué clase de hombre sería el que encontrase aburrida la larga historia de estas guerras, aunque solo la narre o la lea, cuando no lo fueron para quienes estuvieron realmente implicados en ellas?

[10.32] Quinto Fabio y Publio Decio fueron sucedidos en el consulado por Lucio Postumio Megelo y por Marco Atilio Régulo *(294 a.C.).* Se les asignó a ambos el Samnio como campo de operaciones a causa de una información recibida que decía que se habían levantado allí tres ejércitos: uno destinado a Etruria, otro a devastar Campania y el tercero para la defensa de sus fronteras. La enfermedad mantuvo a Postumio en Roma, pero Atilio marchó de inmediato, de acuerdo con las instrucciones del Senado, con la intención de sorprender a los ejércitos samnitas antes de que iniciasen sus expediciones. Se encontró con el enemigo, como si hubieran tenido un acuerdo previo, en un punto donde él no podía entrar en territorio samnita y, al mismo tiempo, les impedía cualquier movimiento hacia territorio romano o a los pacíficos de sus aliados. Los dos campamentos estaban enfrentados, y los samnitas, con la temeridad que da la desesperación, se aventuraron en una empresa a la que los romanos, que habían salido tantas veces victoriosos, apenas se habrían comprometido, es decir, atacar el campamento enemigo. Su audaz intento no logró su fin, pero no fue del todo infructuoso. Durante gran parte del día había habido tan densa niebla que no sólo era imposible ver nada más allá de la empalizada, sino que incluso quienes estaban juntos no eran capaces de verse entre sí. Los samnitas, confiando en que sus movimientos quedasen ocultos, llegaron entre las penumbras del amanecer, cuya luz ocultaba la niebla, y alcanzaron el puesto de guardia frente a la puerta, que vigilaban con descuido, y al verse atacados por sorpresa no tuvieron ni la fuerza ni el valor de ofrecer ninguna resistencia. Después de deshacerse de la guardia, entraron al campamento por la puerta decumana y se apoderaron de la tienda del cuestor, Lucio Opimio Pansa, que fue muerto. Entonces se produjo la llamada a las armas.

[10.33] El cónsul, despertado por el tumulto, ordenó a dos de las cohortes aliadas, las de Lucca y Suessa, que resultaban ser las más cercanas, que protegieran el pretorio y a continuación reunió los manípulos en la vía principal. Formaron en línea casi antes de estar adecuadamente dispuestos, y localizaron al enemigo por la dirección de sus gritos antes que por haberles visto; en cuanto a su número, no eran capaces de estimarlo. Dudando de su posición, se retiraron en un primer momento y permitieron así que el enemigo avanzase hasta la mitad del campamento. Al ver esto, el cónsul les preguntó si les iban a expulsar fuera de la empalizada y después tratarían de recuperar su campamento por asalto. Lanzaron entonces el grito de guerra y mantuvieron firmemente el terreno hasta que fueron capaces de tomar la ofensiva y obligar al enemigo a

retroceder, lo que hicieron sin darles un momento de respiro, hasta que los expulsaron, impelidos por el mismo pánico que ellos habían sufrido, por la puerta, fuera de la empalizada. Más allá de aquí no se atrevieron a ir en su persecución, pues la mala luz les hacía temer la posibilidad de una sorpresa. Contentándose con haber expulsado al enemigo del campamento, se retiraron tras la empalizada después de haber matado a cerca de trescientos. En el lado romano, murieron los del puesto de guardia y los que cayeron alrededor de la tienda del cuestor, ascendiendo el total a doscientos treinta. El éxito parcial de esta maniobra audaz levantó los ánimos de los samnitas, y no sólo impedían a los romanos avanzar sino que incluso mantenían las partidas de forrajeo alejadas de sus campos y tuvieron que caer sobre el territorio pacificado de Sora. El informe de este suceso que llegó a Roma, y que era mucho más sensacionalista de lo que los hechos justificaban, obligó al otro cónsul, Lucio Postumio, a dejar la Ciudad antes de que su salud estuviera lo bastante restablecida. Dio una orden general para que sus hombres se reuniesen en Sora, y antes de su partida dedicó el templo a la Victoria que, cuando fue edil curul, había construido con los fondos de las multas. Al reunirse con su ejército marchó desde Sora al campamento de su colega. Los samnitas desesperaron de ofrecer una resistencia eficaz ante dos ejércitos consulares y se retiraron; los cónsules marcharon entonces en direcciones distintas para arrasar sus campos y asaltar sus ciudades.

[10,34] Entre éstas se encontraba Milionia, que Postumio intentó tomar, sin éxito, por asalto. Luego atacó el lugar mediante máquinas de asedio y, tras acercarse con sus manteletes hasta las murallas, forzó una apertura en ellas. Desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde se combatió por todos los barrios de la ciudad con resultado indeciso; al final los romanos se apoderaron de la plaza; murieron tres mil doscientos samnitas y cuatro mil setecientos fueron hechos prisioneros, además del resto del botín. De allí marcharon a las legiones a Feritro, pero la gente del pueblo evacuó el lugar en silencio durante la noche, llevándose todas sus posesiones, todo cuanto podía ser conducido o transportado. Inmediatamente después de su llegar junto a ella, el cónsul se acercó a las murallas con sus hombres dispuestos a actuar, como si fuesen a combatir allí tanto como lo habían hecho en Milionia. Cuando se encontró con que había un silencio de muerte en la ciudad y sin rastro visible de hombres o de armas en las torres o en las murallas, retuvo a sus hombres, que estaban ansiosos por entrar en las fortificaciones desiertas, por miedo a que pudieran caer ciegamente en una trampa. Él ordenó a dos soldados de caballería perteneciente al contingente latino que cabalgaran alrededor de las murallas y que hicieran un reconocimiento a fondo. Descubrieron una puerta abierta y otra cerca de esta, también abierta, y en la carretera que salía de esas puertas vieron las huellas de la huida nocturna del enemigo. Cabalgando lentamente hasta las puertas, tuvieron una vista ininterrumpida de la ciudad a través de las rectas calles e informaron al cónsul de que la ciudad había sido evacuada, como se desprendía de la soledad inconfundible y las cosas dispersas en la confusión de la noche, prueba de su precipitada fuga. Al recibir estas noticias, el cónsul llevó a su ejército dando la vuelta hasta aquel lado de la ciudad que había examinado la caballería. Deteniendo los estandartes cerca de las puertas, ordenó a cinco jinetes que entrasen en la ciudad y, tras darles cierta distancia, tres se quedaban donde estaban y dos volvían para informarle de lo que descubrían. Le dijeron que habían llegado a un punto desde el que tenían vistas en todas direcciones, y por todas partes veían una silenciosa soledad. El cónsul envió de inmediato algunas cohortes armadas a la ligera por la ciudad y el resto del ejército recibió la orden de formar un campamento atrincherado. Los soldados que habían entrado en el lugar violentaron algunas de las casas y se encontraron unas cuantas personas ancianas, a los enfermos y a los bienes abandonados, que eran muy difíciles de transportar. Entraron a saquear y se dedujo de la declaración de los prisioneros que varias ciudades vecinas habían acordado abandonar sus hogares y que, probablemente, los romanos encontrarían el mismo abandono en otras ciudades. Lo que dijeron los prisioneros resultó ser cierto, y el cónsul tomó posesión de las ciudades abandonadas.

[10.35] El otro cónsul, Marco Atilio, no tuvo una guerra tan fácil en absoluto. Había recibido

noticias de que los samnitas estaban sitiando Lucera y marchó en su socorro, pero el enemigo se le enfrentó en la frontera del territorio lucerino. Allí, la ira y la rabia les prestó la fuerza que les hizo estar a la altura de los romanos. La batalla trascurrió con fortuna variable y resultado indeciso, pero finalmente los romanos se vieron en la situación más triste, pues no estaban acostumbrados a la derrota y fue tras separarse los ejércitos, y no en la propia batalla, cuando se dieron cuenta de las grandes pérdidas que habían tenido por su parte, tanto en muertos como en heridos. Una vez estuvieron en el interior de su campamento, quedaron presa de los temores que, de haberlos sentido mientras estaban en batalla, les habrían llevado a un señalado desastre. Pasaron una noche de inquietud, a la espera de que los samnitas atacasen de inmediato el campamento o de tener que enfrentarse a su victorioso enemigo al romper el día. Por parte enemiga, las pérdidas fueron menores pero ciertamente no mostraban más ánimos. Tan pronto como empezó a clarear los romanos estaban ansiosos por retirarse sin luchar, pero el único modo de hacerlo pasaba precisamente a través del enemigo; si tomaban aquella ruta equivaldría a un desafío, pues parecería como si avanzasen directamente al ataque del campamento samnita. El cónsul dio orden general de que los soldados se armasen para la batalla y lo siguieran fuera de la empalizada. Luego impartió las instrucciones necesarias a los legados, tribunos y prefectos de los aliados. Todos ellos le aseguraron que por lo que a ellos se refería, harían cuanto deseara que hicieran; pero los hombres habían perdido ánimos, habían pasado una noche en blanco entre los gemidos de heridos y moribundos y si el enemigo hubiera atacado el campamento en la oscuridad, estaban en tal estado de pánico que habrían desertado de sus estandartes. Tal como estaban las cosas, lo único que les impedía huir era la vergüenza, en todos los demás aspectos eran hombres prácticamente derrotados.

Bajo tales circunstancias, el cónsul pensó que debía hacer una ronda y dirigirse a los soldados personalmente. Cuando llegaba a cualquiera de los que se mostraban renuentes para armarse, les preguntaba por qué tardaban tanto y eran tan cobardes; el enemigo entraría en el campamento a menos que les encontrase en el exterior; tendrían que luchar para defender sus tiendas si rehusaban luchar delante de la empalizada. Armados y combatiendo tendrían una oportunidad de vencer, pero los hombres que esperaban al enemigo desarmados e indefensos habrían de sufrir la muerte o la esclavitud. A estos insultos y reproches respondían que estaban agotados por el combate del día anterior, que no les quedaban fuerzas ni sangre y que el enemigo parecía ser más fuerte que nunca. Mientras esto pasaba, el ejército enemigo se acercaba, y como estaban ahora más cerca y se les podía ver con más claridad, los hombres dijeron que los samnitas llevaban estacas y que no había duda de su intención de cercar el campamento con una empalizada. Entonces el cónsul exclamó a voz en grito que sería una vergüenza indigna si se veían sometidos a tan irritante insulto por un enemigo tan cobarde. Les gritó: *¿Vamos de verdad a ser rodeados en nuestro campamento, para perecer ignominiosamente por el hambre en vez de morir, si debemos hacerlo, con valor y por la espada? ¡No lo quieran los dioses! ¡Portaos, cada uno de vosotros, como consideréis digno de vosotros mismos! Yo, el cónsul, Marco Atilio, marcharé solo contra el enemigo aunque nadie me siga y caeré entre los estandartes de los samnitas antes que ver un campamento romano rodeado por una circunvalación.* Las palabras del cónsul fueron bien recibidas por todos sus oficiales, y la tropa, avergonzada de retrasarse por más tiempo, lentamente se puso en orden de combate y lentamente salió del campamento. Se movían en una larga columna irregular, abatidos y al parecer totalmente acobardados, pero el enemigo contra el que avanzaban no sentía mucha más confianza ni ánimo que el que ellos mismos tenían. Tan pronto como vieron los estandartes romanos, corrió un murmullo por el ejército samnita, desde la primera línea hasta las filas de retaguardia, diciendo que lo que temían estaba sucediendo, que los romanos venían para enfrentase a su marcha y que no había ruta abierta por la que huir, deberían caer donde estaban o abrirse paso sobre los cuerpos abatidos de sus enemigos.

[10.36] Apilaron sus bagajes en el centro y formaron en orden de batalla. Quedaba en esta ocasión solo un pequeño espacio entre ambos ejércitos, y cada bando permanecía parado esperando

que el otro lanzase el grito de guerra y el comenzara el ataque. Ninguno de ellos tenía ánimo alguno para combatir, y habrían marchado en direcciones opuestas si no hubiesen temido que los otros les atacaran por la retaguardia. Con este ánimo tímido y renuente se inició una débil lucha, sin recibir orden alguna para atacar o lanzar el reglamentario grito de guerra y sin que ningún hombre moviera un pie de donde estaba. Entonces el cónsul, con el fin de infundir algún espíritu entre los combatientes, envió algunas turmas de caballería para hacer una incursión; la mayoría de ellos fueron derribados de sus caballos y el resto quedó confuso y desmoralizado. Corrieron los samnitas para dominar a los que habían sido desmontados; esta carrera se encontró con la de los romanos que iban a proteger a sus camaradas. Esto hizo que los combates se animasen algo más, pero los samnitas presionaron más y en mayor número mientras que la desordenada caballería romana, sobre sus aterrorizados caballos, pisoteaba a quienes venían en su ayuda. La desmoralización que se inició aquí se extendió a todo el ejército; hubo una huida general y los samnitas solo tuvieron que luchar con los más retrasados de sus enemigos. En este momento crítico, el cónsul galopó de vuelta al campamento y envió un destacamento de caballería ante la puerta, con órdenes estrictas de tratar como a enemigos a cualquiera que llegase a la empalizada, fuera romano o samnita. A continuación, detuvo a sus hombres, que corrían de vuelta al campamento en desorden, y en tono amenazante les gritó: *¿A dónde vais, soldados? Aquí también encontraréis hombres armados, y ni uno de vosotros entrará en el campamento mientras vuestro cónsul viva, a menos que vengáis como vencedores; elegid ahora si queréis combatir con vuestros compatriotas o con el enemigo.* Mientras que el cónsul estaba hablando, la caballería rodeó a los fugitivos con las lanzas niveladas y les ordenó perentoriamente que regresaran al campo de batalla. No sólo el valor del cónsul ayudó a reanimarlos, también les favoreció la Fortuna. Como los samnitas no les perseguían de cerca, hubo espacio suficiente para que los estandartes diesen la vuelta y que todo el ejército dejara de dar frente a su campamento y pasase a darlo al enemigo. Ahora los hombres empezaron a animarse unos a otros, los centuriones arrebataron los estandartes de manos de los signíferos y los adelantaron, señalando al mismo tiempo a sus hombres cuán pocos eran los enemigos y con qué escaso orden venían. En medio de todo esto el cónsul, alzando las manos al cielo y hablando en voz alta para que se le pudiera oír bien, prometió un tempo a Júpiter Stator si el ejército romano dejaba de huir, reanudaba la batalla y derrotaba y aniquilaba a los samnitas. Todos los oficiales y soldados, tanto de infantería como de caballería, se esforzaron al máximo para restaurar el signo la batalla. Incluso la providencia divina pareció contemplar con agrado a los romanos, tan fácilmente cambiaron las cosas en su favor.

El enemigo fue rechazado desde el campamento, y en poco tiempo se les expulsó hasta el terreno donde empezó la batalla. Aquí sus movimientos se vieron obstaculizados por el montón de sus pertenencias, que habían acumulado en su centro; para evitar que las saquearan, tomaron posiciones a su alrededor. Sin embargo, la infantería romana les presionó por el frente y la caballería les atacó por detrás, y así entre ambas les mataron o apresaron a todos. Los últimos ascendieron a siete mil ochocientos, a quienes se desnudó y envió bajo el yugo. El número de muertos registrados fue de cuatro mil ochocientos. Los romanos no tenían demasiados motivos para alegrarse mucho más de su victoria, ya que cuando el cónsul contabilizó las pérdidas sufridas en los dos días de combates, vio que el número de desaparecidos ascendía a siete mil ochocientos. Mientras ocurrían estas cosas en la Apulia, los samnitas hicieron un intento con un segundo ejército contra la colonia de Interamna Sucasina, situada en la vía Latina. Al no poder tomar la ciudad, asolaron los campos y se llevaron, junto con otro botín, cierto número de hombres, algunas cabezas de ganado y algunos colonos que capturaron. Fueron a encontrarse con el cónsul, que regresaba de su victoriosa campaña en Lucera; no solo perdieron su botín, sino que, al estar su larga columna desordenada y entorpecida por la carga, no pudieron enfrentar el ataque y fueron destrozados. El cónsul publicó un aviso convocando a los propietarios de los bienes saqueados en Interamna Sucasina, para que identificasen y recuperasen lo que les pertenecía, y dejando a su ejército allí, regresó a Roma para llevar a cabo las elecciones. Pidió que se le permitiera celebrar un triunfo, pero

este honor le fue denegado al considerar la pérdida de tantos miles de hombres, y también por haber enviado a sus prisioneros bajo el yugo sin haber sido una condición para su rendición.

[10.37] El otro cónsul, Postumio, sin encontrar nada que pudieran hacer sus tropas entre los samnitas, las llevó a Etruria y empezó a arrasar el territorio volsinio. Los hombres de la ciudad salieron a defender sus fronteras y se produjo una batalla no lejos de sus muros; dos mil ochocientos de los etruscos murieron, el resto se salvó por la proximidad de su ciudad. El cónsul atravesó después el territorio ruselano; allí, no solo asoló los campos sino que capturó la misma ciudad.. Hizo más de dos mil prisioneros y unos dos mil más murieron en el asalto del lugar. La paz conseguida aquel año en Etruria fue más importante y redundó incluso en mayor honor para Roma que la guerra que llevó a ella. Tres ciudades muy poderosas, las principales de Etruria, Vulsinia, Perugia, y Arezzo, pidieron la paz y, tras haber provisto a las tropas con vestuario y grano, obtuvieron el permiso del cónsul para enviar parlamentarios a Roma, que lograron una tregua por cuarenta años. Cada una de las ciudades tuvo, a su vez, que pagar una indemnización de quinientos mil ases. Por estos servicios, el cónsul pidió al Senado que decretase para él la celebración de un triunfo. La petición se hizo más como una formalidad, para cumplir con la costumbre establecida, que por tener realmente esperanza de conseguirlo. Se encontró con que algunos de los que eran sus enemigos personales y otros que eran amigos de su colega, rechazaron su solicitud por diversos motivos: algunos alegando que había tardado mucho en salir en campaña, otros que había trasladado su ejército del Samnio a Etruria sin orden del Senado y unos terceros que actuaban por el deseo de consolar a Atilio del rechazo también recibió. En vista de esta oposición, se limitó a decir: "Senadores, no consideraré vuestra autoridad hasta el punto de olvidar que yo soy el cónsul. Con el mismo derecho y autoridad con los que he dirigido guerras, ahora que estas han sido llevadas a buen término, subyugado el Samnio y la Etruria, aseguradas la victoria y la paz, celebraré mi triunfo·. Y con esto abandonó el Senado.

Una fuerte controversia estalló entonces entre los tribunos de la plebe. Decían algunos que debían vetar que consiguiera su triunfo de aquel modo que violaba todo precedente, otros aseguraban que se le debía conceder a pesar de lo que dijeran sus colegas. El asunto fue llevado ante la Asamblea, y se convocó al cónsul para que estuviese presente. En su discurso, aludió a los casos de los cónsules Marco Horacio y Lucio Valerio, y al reciente de Cayo Marcio Rutilo, el padre del censor de aquel momento. A todos estos, dijo, se había permitido el triunfo, no por la autoridad del Senado, sino por una orden del pueblo. Él habría traído, por sí mismo, la cuestión ante el pueblo si no hubiera sido consciente de que algunos tribunos de la plebe, que estaban atados de pies y manos por los nobles, vetarían la propuesta. Consideraba la buena voluntad y el favor unánime del pueblo como equivalente a cualesquier orden formal que se diera. Con el apoyo de tres de los tribunos, contra el veto de los otros siete y en contra de la voz unánime del Senado, celebró su triunfo al día siguiente en medio de una gran explosión de entusiasmo popular. Los relatos de este año varían mucho de un autor a otro. Según Claudio, Postumio, después de capturar algunas ciudades del Samnio, fue derrotado y puesto en fuga en Apulia, resultando él mismo herido, y fue conducido por un pequeño grupo de fuerzas a Lucera; las victorias en Etruria fueron logradas por Atilio y fue este quien celebró el triunfo. Fabio nos dice que los dos cónsules dirigieron la campaña en el Samnio y en Lucera, y que el ejército se trasladó a Etruria, pero no dice por cuál cónsul. También afirma que en Lucera las pérdidas fueron fuertes en ambos lados, y que se prometió un templo a Júpiter Stator en esa batalla. Esta misma ofrenda había hecho Rómulo muchos siglos antes, pero sólo el fanum, que es el solar del templo, había sido consagrada. Al haberse comprometido así doblemente el Estado, se hizo necesario cumplir aquella obligación para con el dios, y el Senado dio orden aquel año para la construcción del templo.

[10.38] El año siguiente *(293 a.C.)* estuvo marcado por el consulado de Lucio Papirio Cursor, que no sólo había heredado la gloria de su padre, sino que la acrecentó por la dirección de una gran

guerra y la victoria sobre los samnitas, sólo superada por la que su padre había ganado. Sucedió que esta nación se tomó la misma molestia y cuidado por adornar a sus soldados con tanta riqueza y esplendor como habían hecho en ocasión de la victoria del anterior Papirio. Habían pedido también el favor de los dioses al someter a los soldados a una especie de iniciación en una antigua forma de juramento. Se efectuó un alistamiento en todo el Samnio mediante una nueva normativa; cualquier hombre en edad militar que no se presentase a la convocatoria del comandante en jefe, o cualquiera que marchase sin permiso, sería ofrendado a Júpiter y perdería su vida. Se convocó a todo el ejército en Aquilonia, y cuarenta mil hombres, toda la fuerza del Samnio, se concentró allí. Un espacio de no más de 200 pies cuadrados, casi en el centro de su campamento, vallado con tablas y maderos y cubierto con un paño de lino. En este recinto se llevó a cabo una ceremonia sacrificial, leyéndose las palabras de un viejo libro de lino por un anciano sacerdote, Ovio Pacio, que anunció que usaba aquel rito según el viejo ritual de la religión samnita. Era la liturgia que emplearon sus ancestros cuando planearon secretamente arrebatar Capua a los etruscos. Cuando el sacrificio se completó, el general envió un mensajero para convocar a todos los de nacimiento noble o a los que se habían distinguido por sus logros militares. Fueron introducidos en el recinto uno por uno. Conforme entraban, se les llevaba hasta el altar, más como una víctima que como alguien que participaba del culto, y se obligaba bajo juramento a no divulgar cuanto viera o escuchase en aquel lugar. Luego se le forzaba a prestar un juramento, expresado en el lenguaje más terrible, maldiciéndose a sí mismo, a su familia y a su raza si no marchaba al combate cuando sus jefes se lo ordenasen o si huía de la batalla o si no impedía, matándole enseguida, que lo hiciera cualquiera a quien viese huir. Al principio hubo algunos que se negaron a prestar este juramento; se les dio muerte junto al altar y sus cuerpos yacientes entre los restos de las víctimas resultaron una clara indicación para que el resto no rehusara. Después de haber obligado con esta terrible fórmula a los principales hombres de entre los samnitas, el general nombró especialmente a diez y le dijo a cada uno que escogiese un compañero de armas, y a estos, de nuevo, que eligiesen a otros hasta alcanzar el número de dieciséis mil. A estos se les llamó *la legión de lino*, por el tejido con que se había cubierto el lugar donde juraron. Se les proporcionó una resplandeciente armadura y cascos emplumados para distinguirlos de los demás. El resto del ejército se componía de algo menos de veinte mil, pero no eran inferiores a la legión de lino ni en su aspecto personal, ni en sus cualidades militares ni en la excelencia de su equipo. Este fue el número de los que estaban en el campamento de Aquilonia, formando la fuerza completa del Samnio.

[10.39] Los cónsules salieron de la Ciudad. El primero en irse fue Espurio Carvilio, a quien se le había asignado las legiones que Marco Atilio, el cónsul anterior, había dejado en territorio de Interamna Sucasina. Con estas avanzó por el Samnio, y mientras el enemigo se dedicaba a su supersticiosa observancia y a hacer planes secretos, él tomó al asalto la ciudad de Pescara. Cerca de dos mil ochocientos hombres murieron allí y cuatro mil doscientos setenta fueron hechos prisioneros. Papirio, con un nuevo ejército alistado por decreto del Senado, atacó con éxito la ciudad de Duronia. Hizo menos prisioneros que su colega, pero mató a un número algo mayor. En ambas ciudades se consiguió un rico botín. A continuación, los cónsules atravesaron el Samnio en diferentes direcciones; Carvilio, después de devastar el territorio atinate, llegó hasta Cominio; Papirio llegó hasta Aquilonia, donde estaba situado el grueso del ejército samnita. Durante algún tiempo, sus tropas, aunque no completamente inactivas, se abstuvieron de cualquier combate serio. El tiempo transcurrió acosando al enemigo cuando estaba tranquilo y retirándose cuando mostraba resistencia, amenazándole más que presentando batalla. De cuanto se hacía en Cominio, hasta de la escaramuza menos importante, se daba cuenta. El otro campamento romano estaba a unas veinte millas fue separado por un intervalo de 20 millas, pero Carvilio se guió en todas sus disposiciones por el consejo de su distante colega; sus pensamientos estaban más en Aquilonia, donde la situación era tan crítica, que en Cominio, que era la que, en realidad, estaba sitiando.

Papirio estaba, por fin, completamente preparado para combatir, y envió un mensaje a su

colega anunciándole su intención, si los auspicios eran favorables, de enfrentarse al enemigo al día siguiente, advirtiéndole de la necesidad de que atacase Cominio con todas sus fuerzas para no dar oportunidad a los samnitas de enviar ayuda a Aquilonia. El mensajero empleó todo el día en su viaje, regresó por la noche llevando respuesta al cónsul de que su colega aprobaba su plan. Inmediatamente después de despachar al mensajero, Papirio ordenó convocar a sus tropas y se dirigió a ellos en preparándoles para la batalla. Habló con cierta extensión sobre el carácter general de la guerra en que combatían, y sobre todo del estilo del equipo que había adoptado el enemigo, del que dijo que servía más para la inútil ostentación que para un uso práctico. Las plumas no infligían heridas, sus escudos pintados y dorados podían ser atravesados por los pilos romanos y un ejército resplandeciente de blanco deslumbrante quedaría manchado de sangre cuando entrase en juego el hierro. Ya una vez había sido aniquilado por su padre un ejército samnita todo ornado en oro y plata, y aquellos atavíos habían servido más de gloria, como botín, a los vencedores que como armadura a los portadores. Pudiera tratarse, quizás, de algún privilegio especial concedido a su nombre y familia el que los mayores esfuerzos que nunca hicieran los samnitas resultasen quebrados y derrotados bajo su mando, y que los despojos con que regresaran fueran lo bastante espléndidos como para servir de adorno en los lugares públicos de la Ciudad. Tantos tratados solicitados como a menudo rotos, habrían provocado la intervención de los dioses inmortales; y si se permitiera a un hombre conjeturar sobre los sentimientos divinos, él creía que nunca se habrían sentido más indignados contra ningún ejército más que contra este de los samnitas, que había tomado parte en ritos infames y se había manchado con la sangre mezclada de hombres y bestias; había jurado doblemente invocando la cólera divina, temiendo de una parte a los dioses testigos de los tratados quebrantados y por la otra las imprecaciones proferidas contra los propios tratados. Aquellos juramentos habían sido forzados y tomados contra su voluntad. Temían por igual a los dioses, a sus compatriotas y al enemigo.

[10,40] Estos detalles los había reunido el cónsul a partir de informaciones suministradas por desertores, y su mención aumentó la hostilidad de las tropas. Seguros del favor divino y confiados en sus propias fuerzas, clamaron con una sola voz que se les llevase a la batalla y se disgustaron al ver que se retrasaba hasta el día siguiente; se irritaron al ver el retraso de todo un día y una noche. Después de recibir la carta de su colega, Papirio se levantó en silencio durante la tercera guardia nocturna y mandó al pollero a ver los auspicios. No había hombre en el campamento, cualquiera que fuese su rango o condición, que no estuviera poseído por la pasión del combate; superiores y subordinados lo ansiaban por igual; el jefe contemplaba el aspecto excitado de sus hombres y estos miraban a su jefe, el ansia se generalizaba incluso entre aquellos dedicados a la observación de los pollos sagrados. Los pollos se negaron a comer, pero el pollero se atrevió a tergiversar los hechos e informó al cónsul de que los pollos habían comido el grano con voracidad. El cónsul estuvo encantado por la noticia, dado que los augurios no podían ser más favorables; se iban a enfrentar al enemigo bajo la guía y la bendición de los dioses. A continuación, dio la señal para la batalla. Justo mientras formaban en sus posiciones, llegó un desertor con la noticia de que veinte cohortes samnitas, de cuatrocientos hombres cada una, habían llegado a Cominio. Inmediatamente envió un mensaje a su colega por si no estaba al tanto de este movimiento y ordenó que los estandartes avanzasen con más rapidez. Ya había situado las reservas en sus posiciones respectivas y puso prefectos al mando de las fuerzas aliadas. El ala derecha del ejército principal la confió a Lucio Volumnio, la izquierda a Lucio Escipión, a sus dos generales, Cayo Cedicio y Tito Trebonio, les dio el mando de la caballería. Dio órdenes a Espurio Naucio para que que quitase las albardas de las mulas y las llevase junto con tres cohortes auxiliares por un camino tortuoso hasta algún lugar elevado y visible desde el campo de batalla, donde durante el combate tenían que llamar la atención produciendo una nube de polvo lo más grande que pudieran.

Mientras que el cónsul estaba ocupado con estos arreglos, empezó un altercado entre los polleros respecto a los presagios que se habían observado por la mañana. Algunos soldados

romanos de caballería escucharon algo de ello y pensaron que era lo bastante importante como para justificar que le dijeran a Espurio Papirio, el sobrino del cónsul, que se estaban poniendo en tela de juicio los auspicios. Este joven, nacido en una época en que a los jóvenes no se les enseñaba a despreciar a los dioses, se interesó por el asunto para asegurarse de que lo que dijera sería la verdad y se presentó luego ante el cónsul. Él le dio las gracias por las molestias que se había tomado y le pidió que no temiese. *Mas*, siguió, *si el hombre que vigila los auspicios hace un informe falso, atrae la ira divina sobre su propia cabeza. En lo que a mí respecta, se me ha dicho formalmente que los pollos han comido con avidez: no hay auspicio más favorable para el pueblo y el ejército romano.* A continuación dio instrucciones a los centuriones para que colocasen al pollero en delante de la línea de combate. Avanzaban ahora los estandartes samnitas, seguidos del adornado ejército; incluso a sus enemigos presentaban una vista magnífica. Antes de que se lanzase el grito de guerra o que las líneas cerraran, un pilo golpeó al pollero y cayó delante de los estandartes. Cuando se comunicó esto al cónsul, comentó: *Los dioses están tomando parte en la batalla, el culpable se ha encontrado con su castigo.* Mientras estaba hablando el cónsul, un cuervo frente a él graznó fuerte y claramente. El cónsul agradeció el augurio y dijo que los dioses no habían manifestado nunca más claramente su presencia en los asuntos humanos. Ordenó después que se tocase a carga y que se lanzase el grito de guerra.

[10.41] Siguió a esto un salvaje combate. A cada parte le animaban, sin embargo, diferentes sentimientos. Los romanos entraron en combate anhelando el fragor, confiados en la victoria, encendidos contra el enemigo y ávidos de su sangre. Los samnitas marcharon, la mayoría de ellos, arrastrados en contra de su voluntad a la pura fuerza y por terror religioso, adoptando tácticas defensivas en lugar de ofensivas. Acostumbrados como habían estado durante tantos años a la derrota, no habrían aguantado ni siguiera el primer grito y la primera carga de los romanos de no haber estado poseídas sus mentes por un miedo aún más terrible que les impidió huir. Tenían ante sus ojos toda la parafernalia del rito secreto: los sacerdotes armados, los restos sacrificados de hombres y animales esparcidos indiscriminadamente, los altares salpicados con la sangre de las víctimas y de sus compatriotas asesinados, las terribles imprecaciones, las horrorosas maldiciones proferidas contra sus familias y raza; estas eran las cadenas que les impedían huir. Temían más a sus propios compatriotas que al enemigo. Los romanos presionaron desde ambos flancos y desde el centro, y destrozaban a los hombres paralizados por el temor a los dioses y a los hombres. Sólo pudieron ofrecer una débil resistencia quienes se guardaron de huir por el miedo. La carnicería se había extendido casi hasta la segunda línea, donde estaban los estandartes, cuando apareció en la distancia una nube de polvo enorme, como la levantada por un gran ejército. Era Espurio Naucio (aunque algunos dicen que se trataba de Octavio Mecio), el comandante de las cohortes auxiliares. Levantaban una cantidad de polvo fuera de toda proporción respecto a su número, pues los de la columna de arrieros, montados sobre las mulas, iban arrastrando ramas por el suelo. Al principio, armas y estandartes se fueron haciendo gradualmente visibles entre la nublada luz, y después aparecía una columna más alta y gruesa de polvo dando apariencia de la caballería que cerraba la columna. Esto no solo engañó a los samnitas, también lo fueron los romanos, y el cónsul hizo suyo el error al gritar a su primera línea, de manera que el enemigo le pudiera oír: *Cominio ha caído, mi colega victorioso acude a la batalla; ¡haced todo lo que podáis para vencer, antes de que la gloria de obtenerla sea para el otro ejército!* Cabalgaba a lo largo de la línea mientras decía esto, y ordenó a los tribunos y centuriones que abriesen sus filas para dar paso a la caballería. Había indicado previamente a Trebonio y a Cedicio que cuando le vieran blandir su lanza, debían lanzar la caballería contra el enemigo con toda la potencia que pudieran. Sus órdenes se cumplieron al pie de la letra; los legionarios abrieron sus filas, la caballería galopó a través de los espacios abiertos y con las lanzas niveladas cargó contra el centro del enemigo. Dondequiera que atacaron rompieron las filas. Volumnio y Escipión siguieron la carga de caballería y completaron la derrota de los samnitas. Finalmente, el temor a los dioses y a los hombres había cedido ante un miedo mayor, las *cohortes*

de lino fueron derrotadas; tanto quienes habían prestado el juramento, como quienes no habían huido, solo temían ahora al enemigo.

La mayor parte de la infantería, que sobrevivió de hecho la batalla, fue empujada a su campamento o hacia Aquilonia, mientras que la nobleza y la caballería huyeron hacia Boiano. La caballería fue perseguida por la caballería y la infantería por la infantería; los flancos del ejército romano se separaron: el derecho se dirigió hacia el campamento samnita y el izquierdo hacia la ciudad de Aquilonia. La primera victoria se debió a Volumnio, que capturó el campamento samnita. Escipión se encontró con una mayor resistencia en la ciudad, no porque el enemigo derrotado mostrase allí más coraje, sino porque las murallas de piedra son más difíciles de superar que la empalizada de un campamento. Desde ellas arrojaban los defensores una lluvia de piedras. Escipión se dio cuenta de que, a menos que terminase su misión antes de que el enemigo tuviera tiempo de recuperarse de su pánico, un ataque sobre una ciudad fortificada sería un asunto un tanto lento. Preguntó a sus hombres si se contentarían con que el otro ejército capturase el campamento mientras que ellos mismos, tras su victoria, eran rechazados fuera de las puertas de la ciudad. Todos gritaron: *¡No!* Al oír esto, puso su escudo por encima de su cabeza y corrió hacia la puerta, los hombres siguieron su ejemplo, y cubriéndose a sí mismos con sus escudos irrumpieron en la ciudad. Desalojaron a los samnitas de las murallas a ambas partes de la puerta, pero como solo eran unos cuantos no se atrevieron a penetrar en el interior de la ciudad.

[10.42] El cónsul no tuvo constancia al principio de lo que estaba ocurriendo y estaba ansioso por recuperar sus tropas, pues el sol se ponía rápidamente y la proximidad de la noche convertía cualquier sitio en sospechoso y peligroso, aún para tropas victoriosas. Tras haber cabalgado avanzando a cierta distancia, vio que el campamento, a su derecha, había sido capturado y escuchó al mismo tiempo el clamor mezclado de los gritos y los gemidos que surgían en dirección de la ciudad, a su izquierda; justo en ese momento se combatía en la puerta. Al acercarse más vio a sus hombres sobre las murallas y se dio cuenta de que la posición ya era firme, pues gracias a la temeraria audacia de unos pocos se había aprovechado la oportunidad de obtener una brillante victoria. En seguida, ordenó a las tropas que había llamado que formaran y se dispusieran para un ataque en toda regla a la ciudad. Los que ya estaban dentro acamparon cerca, pues la noche se acercaba, y durante esta el enemigo evacuó el lugar. Las pérdidas samnitas durante el día ascendieron a veinte mil trescientos cuarenta muertos y tres mil ochocientos setenta prisioneros, tomándose noventa y siete estandartes. Se advierte en los relatos de que casi ningún otro general mostró tanto ánimo durante la batalla, fuera por su temperamento valeroso y por la confianza que sentía en su éxito final. Fue este carácter intrépido y decidido que le impidió abandonar la idea de combatir al ser cambiados los auspicios. Fue también este el que hizo que, en plena crisis de la batalla, en el instante en que se acostumbraba a ofrendar templos a los dioses, hiciera un voto a Júpiter Víctor de que si derrotaba a las legiones enemigas, le ofrecería una copa de vino con miel antes de beber él mismo cualquier otro más fuerte. Este voto resultó agradable a los dioses y cambiaron los auspicios por otros favorables.

[10.43] La misma buena suerte asistió al otro cónsul en Cominio. Al llegar la luz del día, llevó todas sus fuerzas fuera de las murallas, como para rodear la ciudad con un anillo de acero, y dispuso fuertes contingentes de tropas ante las puertas para impedir que efectuasen alguna salida. Justo cuando estaba dando la señal para el asalto, le llegó el mensaje de su colega advirtiéndole sobre las veinte cohortes. Esto retrasó el ataque y exigió la retirada de una parte de sus tropas, que estaban listos y ansiosos por comenzar el asalto. Ordenó a Décimo Bruto Esceva, uno de sus legados, que interceptase los refuerzos enemigos con la primera legión y diez cohortes auxiliares con su correspondiente caballería. Dondequiera que les encontrase, debía enfrentarlos y detenerlos; si las circunstancias lo hacían necesario, debía presentar batalla; en todo caso, debía impedir que aquellas fuerzas alcanzasen Cominio. Luego continuó con sus preparativos para el asalto. Se dio orden para

que en todas partes se pusieran las escalas contra las murallas y que se hiciera una aproximación contra las puertas bajo un techo protector. Simultáneamente al golpear contra las puertas, los destacamentos de asalto se encaramarían a las murallas por todas partes. En realidad, hasta que no vieron a su enemigo sobre la muralla los samnitas tuvieron valor suficiente para tratar de impedirles que se acercasen a la ciudad; pero cuando tuvieron que luchar, no ya descargando sus proyectiles a distancia, sino cuerpo a cuerpo, cuando aquellos que habían forzado el paso sobre las murallas y sobrepasado la desventaja de estar en terreno más bajo se encontraron luchando en términos de igualdad con un enemigo que no era lo bastante fuerte para él, los defensores abandonaron sus murallas y torres y fueron expulsados hasta el foro. Aquí efectuaron un esfuerzo desesperado para recuperar su fortuna, pero tras una breve lucha arrojaron sus armas y se rindieron once mil cuatrocientos hombres después de perder a cuatro mil ochocientos ochenta muertos. Así, las cosas ocurrieron en Cominio como ya habían sucedido en Aquilonia.

En el terreno entre estas dos ciudades, donde se esperaba una tercera batalla, nada se supo de las veinte cohortes. Cuando aún estaban a siete millas de Cominio fueron llamados por sus compañeros, y así no llegaron a tomar parte en ninguna batalla. Justo en el crepúsculo, habiendo alcanzado un lugar desde el que veían tanto su campamento como Aquilonia, les llegó un ruido de gritos desde ambos sitios que les hizo detenerse. Después, desde la dirección de su campamento, al que los romanos habían prendido fuego, vieron las llamas crepitando por todas partes, señal segura de un desastre, y ya no fueron más allá. Se dejaron caer donde estaba cada cual, armados, y pasaron una noche agitada esperando y temiendo la llegada del día. Cuando comenzó a clarear, no sabiendo aún qué dirección tomar, fueron divisados por la caballería que había salido en busca de los samnitas que se habían retirado por la noche de Aquilonia. Todo el contingente era claramente discernible, sin trincheras que les protegiesen ni puestos de guardia. También eran visibles desde las murallas de la ciudad, y en poco tiempo las cohortes legionarias estuvieron en camino. Huyeron precipitadamente y la infantería no pudo darles alcance; unos doscientos ochenta de la extrema retaguardia fueron abatidos por la caballería. Dejaron atrás gran cantidad de armas y abandonaron veintidós estandartes en su apresurada fuga. El otro grupo, que había escapado de Aquilonia, alcanzó Boiano en relativa seguridad, considerando la confusión que había caracterizado su retirada.

[10.44] El regocijo de cada uno de los ejércitos romanos fue aún mayor por el éxito alcanzado por el otro. Los cónsules, de común acuerdo, dejaron que las ciudades capturadas fuesen saqueadas por los soldados. Una vez hubieron limpiado las casas, les prendieron fuego y, en un día, Aquilonia y Cominio fueron consumidas por las llamas. Entre sus mutuas felicitaciones y las de sus soldados, los cónsules unieron sus campamentos. En presencia de ambos ejércitos, tanto Papirio como Carvilio otorgaron premios y condecoraciones. Papirio había contemplado a sus hombres en muy diferentes situaciones, en campo abierto, cercando un campamento y bajo las murallas de una ciudad, y repartió recompensas a quienes las tenían bien merecidas. Espurio Naucio, Espurio Papirio, su sobrino, cuatro centuriones, y un manípulo de asteros recibieron todos recibieron brazaletes de oro y coronas. Espurio Naucio ganó la suya por la maniobra con la que atemorizó al enemigo apareciendo como un gran ejército; el joven Papirio debió su recompensa al trabajo que hizo con su caballería durante la batalla y en la noche que siguió, cuando acosó la retirada de los samnitas desde Aquilonia; los centuriones y los hombres del manípulo fueron recompensados por haber sido los primeros en apoderarse de la puerta y las murallas de la ciudad. A toda la caballería se le regalaron adornos para sus cascos y brazaletes de plata como recompensa por su brillante desempeño en varias localidades. Posteriormente, se celebró un consejo de guerra para decidir si habían llegado el momento de que ambos ejércitos se retirasen del Samnio o, en todo caso, lo hiciera uno de ellos. Se pensó que lo mejor era continuar la guerra, conduciéndose más y más despiadadamente, conforme los samnitas se debilitasen, para que pudiesen entregar a los siguientes cónsules una nación completamente sometida. No teniendo el enemigo entonces ningún ejército en condiciones de luchar en campo abierto, la guerra solo podía continuarse mediante el ataque a sus

ciudades y el saqueo de aquellas cuya captura enriqueciera a los soldados; así el enemigo, compelido a combatir a la desesperada, se agotaría gradualmente. Los cónsules enviaron cartas a Roma dando cuenta de sus operaciones y luego se separaron; Papirio marchó a Sepino mientras que Carvilio llevó sus legiones a asaltar Velia.

[10.45] El contenido de aquellas cartas se escuchó con toda clase de manifestaciones de alegría, tanto en el Senado como en la Asamblea. Se decretó una acción de gracias durante cuatro días como expresión de la alegría pública y se celebraron festejos en cada casa. Estos éxitos no sólo eran de gran importancia en sí mismos, sino que llegaron muy oportunamente para Roma, ya que dio la casualidad de que en ese momento llegaron noticias de que Etruria había comenzado nuevamente las hostilidades. La pregunta, naturalmente, surgió en la mente de las gentes: ¿cómo habría sido posible enfrentarse a la Etruria de haberse producido cualquier adversidad en el Samnio? Los etruscos, que actuaban según un acuerdo secreto con los samnitas, habían aprovechado el momento en que los dos cónsules y toda la fuerza de Roma se empleaban contra el Samnio como una ocasión propicia para reanudar la guerra. El pretor Marco Atilio presentó ante el Senado las embajadas enviadas por los estados aliados, que se quejaban de que sus vecinos etruscos devastaban y quemaban sus campos, al no rebelarse contra Roma. Apelaban al Senado para que les protegiera de la atroz violencia de su enemigo común, y se les contestó que el Senado se encargaría de que sus aliados no tuvieran motivos para lamentar su fidelidad y que estaba cercano el día en que los etruscos se vieran en la misma posición que los samnitas. Sin embargo, el Senado se habría retrasado un tanto al tratar el asunto etrusco de no haber tenido noticias de que incluso los faliscos, que durante tanto tiempo habían mantenido la amistad con Roma, hacían ahora causa común con los etruscos. La proximidad de esta ciudad a Roma hizo al Senado ver con más gravedad la situación y decidió enviar a los feciales para que exigieran reparación. Rehusaron dar satisfacción, y por orden del pueblo, y con la sanción del Senado, se declaró formalmente la guerra a los faliscos. Los cónsules recibieron orden de decidir por sorteo cuál de ellos debe trasladar su ejército desde el Samnio a la Etruria.

Por entonces, Carvilio había tomado tres ciudades a los samnitas: Velia, Palumbino y Herculáneo. A Velia la tomó después de un asedio de unos pocos días; Palumbino, el mismo día en que llegaron antes de sus murallas. Herculaneo le dio más problemas; después de una batalla indecisa en la que, sin embargo, sus pérdidas fueron algo mayores, trasladó su campamento cerca de la ciudad y confinó al enemigo dentro de sus murallas. La plaza fue después asaltada y capturada. En estas tres capturas, en el número de muertos y prisioneros ascendió a diez mil, siendo los apresados una pequeña mayoría sobre las pérdidas totales. Al echar a suertes los cónsules sus respectivos mandos, Etruria correspondió a Carvilio, para gran satisfacción de sus hombres, que ya no podían soportar el intenso frío del Samnio. Papirio se encontró con más resistencia en Sepino. Hubo encuentros frecuentes en campo abierto, durante la marcha y alrededor de la misma ciudad, cuando estaba vigilando las salidas del enemigo. Y no era tanto un asedio como una guerra en igualdad de condiciones, pues los samnitas protegían sus muros con las armas tanto como los muros les protegían a ellos. Por fin, a fuerza de duros combates, se obligó al enemigo a someterse a un asedio en regla que, al estrechase mediante la azada y la espada, le condujo finalmente a la toma del lugar. Los vencedores estaban exasperados por la obstinada resistencia y los samnitas lo sufrieron pesadamente, perdiendo no menos de siete mil cuatrocientos muertos mientras que solo tres mil fueron hechos prisioneros. Debido a que los samnitas habían guardado todas sus propiedades en un número limitado de ciudades, se logró gran cantidad de botín, que se entregó enteramente a los soldados.

[10.46] Todo estaba para entonces hundido en la nieve y, siendo imposible permanecer por más tiempo al aire libre, el cónsul retiró su ejército del Samnio. Al acercarse a Roma, se le concedió un triunfo por unanimidad. Este triunfo, que celebró desempeñando aún su cargo, fue muy brillante

para aquellos días. La infantería y caballería, que marchaban en la procesión, resaltaban con sus condecoraciones pues muchos llevaban coronas murales, cívicas, y vallarias. El botín de los samnitas llamó mucho la atención; su esplendor y belleza se compararon con el que había ganado el padre del cónsul, y que era familiar para todos al ser empleado como decoración de los lugares públicos. Entre los que iban en el tren victorioso había algunos prisioneros de alto rango, distinguidos por sus propios servicios militares o los de sus padres; también se llevó en la procesión dos millones quinientos treinta y tres mil ases de bronce, procedentes de la venta de los prisioneros, y mil ochocientas treinta libras de plata obtenidas en las ciudades. Toda la plata y el bronce fue almacenada en el tesoro, nada de esto se entregó a los soldados. Esto produjo descontento entre la plebe, que se agravó por la recaudación de un impuesto de guerra para proveer a la paga de los soldados pues si Papirio no hubiese querido tener la vanagloria de ingresar el precio de los prisioneros en el tesoro, habría habido suficiente para hacer una donación a los soldados y también para abonar su paga. Dedicó el templo de Quirino. Yo no encuentro en ningún autor antiguo que fuera él quien prometiese este templo durante la crisis de una batalla, y ciertamente no podría haberlo terminado en tan poco tiempo; fue ofrecido por su padre, cuando fue dictador, y el hijo lo dedicó siendo cónsul, adornándolo con los despojos del enemigo. Hubo tan gran cantidad de estos que no sólo el templo y el Foro se adornaron con ellos, sino que se distribuyeron entre los pueblos aliados y las colonias más cercanas para decorar sus espacios públicos y templos. Después de su triunfo, Papirio condujo a su ejército a las proximidades de Vescia, pues aquel territorio estaba aún infestado de samnitas, y allí invernó.

Durante este tiempo, Carvilio se preparaba para atacar Troilo, en Etruria. Permitió que cuatrocientos setenta de sus ciudadanos más ricos abandonasen el lugar después de haber pagado una suma enorme como rescate; la ciudad, con el resto de la población, fue tomada al asalto. Marchando de allí, capturó cinco castillos, posiciones de gran fortaleza natural. En estas acciones el enemigo perdió dos mil cuatrocientos muertos y dos mil prisioneros. Los faliscos pidieron la paz y él les concedió una tregua de un año a condición de que proporcionasen la paga de un año de sus tropas y una indemnización de cien mil ases en moneda de bronce. Después de estos éxitos marchó a casa para disfrutar de su triunfo; un triunfo menos ilustre que el de su colega en la campaña samnita, pero equivalente del todo teniendo en cuenta su serie de éxitos en Etruria. Llevó al tesoro trescientos ochenta mil ases librales, el resto lo repartió entre la construcción de un templo a la Fortis Fortuna, cerca del templo de esa diosa dedicado por el rey Servio Tulio, y como donativo a los soldados: cada legionario recibió ciento dos ases y otro tanto los centuriones y caballeros. Este donativo resultó aún más aceptable para sus hombres tras la mezquindad de su colega. Lucio Postumio, uno de sus generales, fue acusado ante el pueblo, pero quedó protegido por la popularidad del cónsul. Su acusador fue Marco Escancio, un tribuno de la plebe, y la acusación era de haber evadido el juicio mediante su nombramiento como general; aquella acusación era más fácil de hacer que de sostener.

[10.47] Habiendo expirado ya el año, tomaron posesión del cargo nuevos tribunos plebeyos, pero hubo un error en su elección y cinco días después otros los sustituyeron. Ese año se celebró el lustro por los censores Publio Cornelio Arvina y Cayo Marcio Rutilo. Los resultados del censo dieron una población de doscientos sesenta y dos mil trescientos veintiún habitantes. Esta fue la pareja vigésimo sexta de censores desde la primera, y el lustro fue el decimonoveno. Este año, por primera vez, a quienes fueron coronados por sus hazañas de guerra se les permitió llevar sus condecoraciones en los Juegos Romanos y luego, también por primera vez, se entregaron palmas a los vencedores según una costumbre tomada de Grecia. Este año también se pavimentó en toda su longitud el camino que iba desde el templo de Marte hasta Bovilas[52], por orden de los ediles curules, que dedicaron a este fin las multas impuestas a los ganaderos. Lucio Papirio celebró las elecciones consulares. Los cónsules electos fueron Quinto Fabio Gurgites, el hijo de Máximo, y Décimo Junio

52 La Vía Apia. [N. del T.]

Bruto Esceva *(292 a.C.).* El propio Papirio fue nombrado pretor. Los numerosos sucesos que contribuyeron a hacer de aquel un año feliz sirvieron también para consolar a los ciudadanos de una calamidad, una peste que asoló tanto los campos como la Ciudad por igual. El daño que causó fue visto como un presagio. Se consultaron los Libros Sagrados para ver qué término o qué remedio daban los dioses para semejante mal. Se comprobó que debía traerse a Esculapio de Epidauro a Roma. Nada se hizo, sin embargo, ese año, debido a los cónsules estuvieron ocupados con la guerra, aparte de designar un día para efectuar una intercesión pública a Esculapio.

PERÍOCAS DE LOS LIBROS XI A XX

[Las *Períocas* son un resumen de la *Historia de Roma desde su fundación* de Tito Livio, elaborado en el siglo IV. Reproducimos aquí las correspondientes a los libros originales perdidos]

LIBRO XI

[292 a.C.] Cuando el cónsul Fabio Gurges hubo combatido sin éxito contra los samnitas y el Senado discutió su retirada del ejército, su padre Fabio Máximo rogó para salvar a su hijo de la humillación y el Senado se lo garantizó cuando él prometió ayudar a su hijo como legado, lo que efectivamente hizo. Con su consejo y ayuda, su hijo, el cónsul, derrotó a los samnitas y celebró un triunfo. Cayo Pontio, el jefe samnita, anduvo en el desfile y fue decapitado.

[293 a.C.] Cuando el pueblo sufrió una peste, se enviaron legados para traer una estatua de Esculapio desde Epidauro a Roma. Trajeron consigo una serpiente que encontraron en el barco y que sin duda era una manifestación del dios; desde el barco la llevaron a la isla en el Tíber, al lugar donde había sido erigido el templo de Esculapio.

El consular Lucio Postumio fue condenado porque había ordenado a los soldados del ejército bajo su mando trabajar sus tierras [las del consular].

[290 a.C.] Cuando los samnitas pidieron la paz, se renovó el tratado por cuarta vez. El cónsul Curio Dentato celebró dos triunfos en un año, pues había derrotado a los samnitas y dominado a los rebeldes sabinos y aceptado su rendición.

Son fundadas colonias en Castrum, Sena y Hadria.

Por primera vez, se creó un tribunal de tres jueces para juzgar los crímenes capitales.

Se celebró la ceremonia lústrica censal. Se registraron 272.000 ciudadanos.

[287 a.C.] Por sus deudas, y tras duros y largos motines, los plebeyos se marcharon y se asentaron en el Janículo, de donde les trajo el dictador Quinto Hortensio (quien murió durante el ejercicio de su magistratura).

Además contiene cosas de las guerras contra los vosinienses y lucanianos, cuando los romanos decidieron apoyar a los thurinios contra ellos.

LIBRO XII

[284 a.C.] Cuando los enviados romanos fueron muertos por los galos senones, se declaró la guerra contra los galos. El pretor Lucio Cecilio [Metelo] pereció con sus legiones.

[282 a.C.] Cuando los tarentinos saquearon una flota romana y asesinaron a su comandante, el Senado les envió embajadores para quejarse de su ataque pero fueron maltratados. Por consiguiente, se les declaró la guerra.

Los samnitas de rebelan. En varias batallas, muchos jefes lucharon victoriosamente contra ellos y contra los lucanianos, brutios y etruscos.

[280 a.C.] El rey Pirro de los epirotas llegó a Italia para ayudar a los Tarentinos.

Cuando una legión de Campana, mandada por el prefecto Decio Vibulio, se envió a Regio, mató a sus habitantes y ocupó la ciudad.

LIBRO XIII

El cónsul Publio Valerio Lavinio luchó sin éxito contra Pirro, sobre todo porque sus soldados no estaban acostumbrados a los elefantes y se atemorizaron. Tras la batalla, Pirro inspeccionó los cuerpos de los romanos caídos en la lucha y advirtió que todos habían caído de cara al enemigo. Saqueando el país, se dirigió a la ciudad de Roma. El Senado envió a Cayo Fabricio para negociar la devolución de los cautivos. En vano, el rey trató de persuadirle para que desertase. Los prisioneros fueron liberados sin rescate. El enviado de Pirro, Cineas, fue al Senado para organizar la entrada del rey en la ciudad para negociar un tratado de paz. Se decidió hablar este asunto con todos los senadores, pero Apio Claudio (que no había asistido a las deliberaciones por una enfermedad de

la vista) fue al Senado y convenció a los senadores, con un discurso, para no firmar el tratado.

Gneo Domicio, el primer censor plebeyo, celebró la ceremonia lústrica del censo. Son censados 287.222 ciudadanos.

[279 a.C.] Por segunda vez, los romanos lucharon sin éxito contra Pirro.

[278 a.C.] Es renovado el tratado con Cartago por cuarta vez.

Cuando el cónsul Cayo Fabricio escuchó decir a alguien, que había huido de Pirro, que podía envenenar al rey, le envió de vuelta al rey con un informe de lo que había hecho.

Contiene también el relato de las guerras victoriosas contra los lucanianos, brutios, samnitas yetruscos.

LIBRO XIV

[278 a.C.] Pirro va a Sicilia

Hubo muchos prodigios, y la estatua de Júpiter Capitolino fue derribada por un rayo. Su cabeza fue encontrada por los arúspices.

[275 a.C.] Cuando el cónsul Curio Dentato estaba reclutando un ejército, vendió las propiedades de un ciudadano que no se había presentado. Derrotó a Pirro, que había vuelto, y le expulsó de Italia.

El censor Fabricio expulsó al consular Publio Cornelio Rufino del Senado porque poseía más de diez libras de plata labrada. Los censores celebraron las ceremonias lustrales del censo; son censados 271.224 ciudadanos.

[273 a.C.] Se firma un tratado de amistad con el rey Ptolomeo [II Filadelfo] de Egipto.

La virgen Vestal Sextilia fue condenada por adulterio y enterrada viva.

Son fundadas colonias en Posidonia y Cosa.

[272 a.C.] Una flota cartaginesa acudió en ayuda de los tarentinos, y rompió el tratado.

Contiene también el relato de las guerras victoriosas contra los lucanianos, brutios y samnitas, y la muerte del rey Pirro.

LIBRO XV

Cuando los tarentinos hubieron sido sojuzgados, se les concedió la paz y la libertad.

[270 a.C.] La legión campana que había ocupado Regio, fue asediada. Tras su capitulación, sus soldados fueron decapitados.

Por haber asaltado varios jóvenes a los legados de los apoliniatios, que habían sido enviados al Senado, se extrañó a dichos jóvenes.

[268 a.C.] Cuando los picentinos hubieron sido sometidos, les les dio la paz. Se fundan colonias en Rímini, en el Piceno, y en Benevento, en el Samnio.

[267 a.C.] Tras haber derrotado a los umbros y salentinos, se acepta su rendición.

El número de cuestores se dobla, siendo en adelante ocho.

LIBRO XVI

Se describe la ciudad de Cartago y sus orígenes.

[264 a.C.] Contra ellos y contra el rey Hierón, el Senado decidió ofrecer ayuda a los mamertinos. Hubo mucha discusión entre aquellos que estaban a favor y los que estaban en contra. Por primera vez, los romanos cruzaron el mar con un ejército y combatieron con éxito contra Hierón. [263 a.C.] Cuando pidió la paz, se le concedió.

La ceremonia lústrica del censo fue realizada por los censores. Se censaron 382.234 ciudadanos.

Décimo Junio Bruto fue el primero en organizar juegos gladiatorios en honor de su difunto padre.

También contiene relatos de las guerras victoriosas contra los cartagineses y los Volsinios.

LIBRO XVII

El cónsul Gneo Cornelio fue acorralado por una flota cartaginesa y le capturaron, engañándole al convocarle a negociar.

[260 a.C.] El cónsul Cayo Duilio luchó con éxito contra la flota cartaginesa, y fue el primer jefe romano en celebrar un triunfo naval. Así pues, se le concedió el derecho vitalicio de llevar un portatorque y un flautista cuando volvía a su casa tras cenar.

[259 a.C.] El cónsul Lucio Cornelio [Escipión] luchó victoriosamente en Cerdeña y Córcega contra los sardos, los corsos y los cartaginenes mandados por Hanón.

[258 a.C.] El cónsul Atilio Calatino, condujo imprudentemente sus fuerzas a un lugar donde fueron vencidos por los cartagineses, pero escapó por el valor y la energía del tribuno militar Marco Calpurnio, quien condujo una salida con 300 soldados y desvió la atención del enemigo.

[257 a.C.] El general cartaginés Aníbal fue crucificado por sus propios hombres después que la armada que mandaba hubiera sido derrotada.

[256 a.C.] El cónsul [Marco] Atilo Régulo cruzó a África tras haber derrotado a los cartagineses en una batalla naval [en el Cabo Ecnomus].

LIBRO XVIII

[255 a.C.] En África, [Marco] Atilio Régulo mató a una serpientes de portentosas dimensiones, y sufrió grandes pérdidas entre sus soldados. Pero aunque él combatió con éxito contra los cartagineses en varias batallas, el Senado no le envió un sucesor. Se quejó en una carta al Senado, en la que comparaba su petición con un pedazo de tierra que hubiera sido abandonado por sus trabajadores. En la persona de Régulo, la Fortuna quiso dar un ejemplo de cada cara del destino: Fue derrotado y capturado por Jántipo, un jefe espartano que había sido invitado por los cartagineses para ayudarles. Tras esto, los jefes romanos siguieron la guerra con éxito por tierra y mar, aunque los efectos se perdieron a causa del naufragio de la flota.

Tiberio Coruncanio fue el primer plebeyo en ser nombrado Pontífice Máximo.

Los censores Manio Valerio Máximo y Publio Sempronio Sofo publicaron la lista de senadores, y eliminaron dieciséis miembros del Senado. La ceremonia lustral del censo se efectuó y fueron censados 297.797 ciudadanos.

Los cartagineses enviaron a Régulo al Senado para mantener conversaciones de paz o (si no la podía obtener) sobre intercambio de prisioneros. Aunque él estaba atado por un juramento para regresar a Cartago si no obtenía el intercambio, aconsejó al Senado contra ambas proposiciones. Cuando volvió a prisión, murió a causa de la tortura.

LIBRO XIX

[251 a.C.] Cecilio Metelo combatió victoriosamente contra los cartagineses [mandandos por Asdrúbal] y organizó un triunfo espectacular en el cual se pudo ver a trece jefes enemigos y ciento veinte elefantes.

[249 a.C.] El cónsul Claudio Pulcro luchó sin éxito contra la armada cartaginesa tras augurios infaustos (había ordenado que tirasen a los pollos sagrados si se negaban a comer). Fue reclamado por el Senado, se le ordenó señalar un dictador y eligió a Claudio Glicia, un hombre de la última clase. Aunque se le obligó a abdicar de su magistratura, después asistió a los juegos con una toga orlada de púrpura.

Aulo Atilio Calatino fue el primer dictador que mandó un ejército fuera de Italia. Se intercambiaron prisioneros con los cartagineses.

[244 a.C.] Son fundadas colonias en Fregenae y Brindisi, en el país de los salentinos.

Los censores celebran la ceremonia lústrica del censo. Son censados 241.212 ciudadanos.

Claudia (la hermana de Publio Claudio, quien había luchado tan mal tras su desprecio a los augurios) dijo, cuando volvió de los juegos y resultó estorbada por los cuervos: *¡Oh!, ¡así mi hermano estuviese aún vivo y mandara una armada!* Por este motivo, se le multó.

[242 a.C.] Por vez primera, son elegidos dos pretores.

El Pontífice Máximo Cecilio Metelo mantuvo al cónsul Aulo Postumio, quien era también sacerdote de Marte, en la ciudad cuando quiso ser enviado fuera para conducir la guerra. No se le permitió olvidar sus deberes religiosos.

[241 a.C.] La guerra contra los cartagineses fue llevada victoriosamente por varios jefes. La victoria final fue ganada por el cónsul Cayo Lutacio cerca de las Islas Egadas, donde derrotó a la armada cartaginesa. Cuando los cartagineses pidieron la paz, se les concedió.

Cuando el templo de Vesta estaba ardiendo, Cecilio Metelo, el Pontífice Máximo, salvó los objetos sacrados del fuego.

Son añadidas dos tribus, Velina y Quirina.

LIBRO XX

Cuando los faliscos se rebelaron, fueron sometidos al sexto día y se aceptó su rendición.

Por vez primera, se envía un ejército contra los ligures.[237 a.C.] Cuando los sardos y corsos se rebelaron fueron sometidos.

[229 a.C.] Se declaró la guerra a los Ilirios después de que mataran a uno de los legados que se les envió. Siendo conquistados, se rindieron.

[227 a.C.] Se duplicó el número de pretores. Ahora serían cuatro.

[225 a.C.] Los galos transalpinos invadieron Italia y fueron derrotados. Se dice que durante esta guerra, el pueblo romano y sus aliados itálicos emplearon 800.000 soldados. [223 a.C.] Por primera vez, los ejércitos romanos cruzaron el Po y los galos insubros fueron derrotados en varias batallas y se rindieron. [222 a.C.] El cónsul Marco Claudio Marcelo mató al jefe de los galos insubros, Vertomaro, y volvió con un gran botín.

[221 a.C.] Los istrios fueron sometidos.

[219 a.C.] Los ilirios se rebelaron otra vez, pero fueron sometidos. Su rendición fue aceptada.

Tres veces, los censores celebraron la ceremonia lústrica del censo. En la primera ocasión, se censaron 270.212 ciudadanos. Los libertos fueron censados en cuatro tribus: Esquilina, Palatina, Subura y Collina (hasta entonces, habían sido repartidos más equitativamente).

[220 a.C.] El censor Cayo Flaminio construyó la Via Flaminia y el Circo Flaminio.

Son fundadas colonias en los territorios galos conquistados en Plasencia y Cremona.